

Un libro que combina el psicoanálisis clínico con el nuevo enfoque antropológico cultural. Esclarece el significado social de la niñez y de las relaciones entre la educación del niño y la cultura; entre el miedo del niño y la ansiedad social. A través de una descripción de situaciones tipo registradas en las clínicas infantiles, en la rehabilitación de veteranos de guerra, en la reeducación de indios americanos y, en el análisis de las modernas ideologías de la juventud de tres países industriales (Estados Unidos, Alemania y la Unión Soviética), se analizan las características de madurez e infantilismo, modernas y arcaicas, de la motivación humana. Erikson demuestra que si bien la prolongada dependencia infantil es un prerrequisito del aprendizaje, deja un residuo de inmadurez emocional, que si es innecesariamente exacerbado en la niñez y explotado en la vida adulta, constituye una amenaza para la realización individual.

*The Psychoanalytic Quarterly* calificó este libro como "una obra maestra de la literatura científica".

Los estudios del hombre y de la sociedad encontrarán en esta obra la expresión más madura de la aplicación del psicoanálisis al campo de la antropología cultural y la más actualizada información acerca del progreso de la especialidad.

# INFANCIA Y SOCIEDAD

ERIK H. ERIKSON

COLECCION S. U. A.



9 789506 180003

2

ERIK H. ERIKSON

✓  
**INFANCIA  
Y  
SOCIEDAD**

Prólogo por el  
Dr. EMILIO RODRIGUÉ

**LUMEN-HORMÉ**

Viamonte 1674 (1055)  
☎ 49-7446 / 814-4310 / FAX (54-1) 814-4310  
Buenos Aires • República Argentina

NO SALE DE LA BIBLIOTECA

Título del original inglés  
CHILDHOOD AND SOCIETY

Editado por W. W. Norton Company Inc. N. York

Traducción de la segunda edición  
norteamericana corregida y aumentada por

NOEMÍ ROSENBLATT



12<sup>a</sup>. edición 1993

HQ781

E763

1976

-1.2

M.-255819

ISBN 950-618-000-8

Ps. 62379

©

Copyright de todas las ediciones en castellano por

EDICIONES HORMÉ S.A.E.

Castillo 540 - Buenos Aires

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723  
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Ps. 62379  
GRANDES OBRAS DEL PSICOANÁLISIS

- 1 - ERIK H. ERIKSON. Ética y psicoanálisis.
- 2 - D. W. WINNICOTT. Clínica psicoanalítica infantil.
- 3 - D. W. WINNICOTT. El niño y el mundo externo.
- 4 - KARL ABRAHAM. Estudios sobre psicoanálisis y psiquiatría.
- 5 - ERIK H. ERIKSON. Infancia y sociedad.

Volumen  
5

## INDICE

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN .....	9
PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN .....	11
PRÓLOGO del Dr. Emilio Rodrigné .....	15
PARTE UNO: La infancia y las modalidades de la vida social.	
CAPÍTULO 1— <i>Pertinencia y relatividad en la historia clínica</i> ...	19
1. Una crisis neurológica en un niño pequeño: Sam .....	21
2. Una crisis de combate en un infante de marina .....	32
CAPÍTULO 2— <i>La teoría de la sexualidad infantil</i> .....	41
1. Dos episodios clínicos .....	41
2. Libido y agresión .....	50
3. Zonas, modos y modalidades .....	62
A. <i>La boca y los sentidos</i> .....	62
B. <i>Los órganos eliminatorios y la musculatura</i> .....	69
C. <i>La locomoción y los genitales</i> .....	74
D. <i>Pregenitalidad y genitalidad</i> .....	80
4. Los modos genitales y las modalidades espaciales .....	85
PARTE DOS: La infancia en dos tribus indias norteamericanas.	
INTRODUCCIÓN A LA PARTE DOS .....	99
CAPÍTULO 3— <i>Los cazadores de la pradera</i> .....	102
1. Antecedentes históricos .....	102
2. Jim .....	107
3. Un seminario interracial .....	111
4. Educación infantil de los sioux .....	119
A. <i>El nacimiento</i> .....	119
B. <i>Recibir y tomar</i> .....	120
C. <i>Retener y soltar</i> .....	125
D. <i>"Conquistar" y conquistar</i> .....	126
5. Lo sobrenatural .....	132
A. <i>La danza del sol</i> .....	132
B. <i>La búsqueda de la visión</i> .....	134
6. Resumen .....	138
7. Un estudio posterior .....	140
CAPÍTULO 4— <i>Los pescadores de salmón</i> .....	149
1. El mundo de los yurok .....	149
2. Psiquiatría infantil entre los yurok .....	154

3. Educación infantil yurok .....	157
4. Resumen comparativo .....	162

## PARTE TRES: El desarrollo del yo.

INTRODUCCIÓN A LA PARTE TRES .....	171
CAPÍTULO 5— <i>Fracaso temprano del yo: Jean</i> .....	176
CAPÍTULO 6— <i>Juguetes y razones</i> .....	188
1. Juego, trabajo y crecimiento .....	188
2. Juego y curación .....	200
3. Los comienzos de la identidad .....	211
A. <i>Juego y medio ambiente</i> .....	211
B. <i>El hijo de un piloto de bombardero</i> .....	214
C. <i>Identidad negra</i> .....	217
CAPÍTULO 7— <i>Ocho edades del hombre</i> .....	222
1. Confianza básica versus desconfianza básica .....	222
2. Autonomía versus vergüenza y duda .....	226
3. Iniciativa versus culpa .....	229
4. Industria versus inferioridad .....	232
5. Identidad versus confusión de rol .....	235
6. Intimidad versus aislamiento .....	237
7. Generatividad versus estancamiento .....	240
8. Integridad del yo versus desesperación .....	241
9. Un diagrama epigenético .....	243

## PARTE CUATRO: La juventud y la evolución de la identidad.

INTRODUCCIÓN A LA PARTE CUATRO .....	251
CAPÍTULO 8— <i>Reflexiones sobre la identidad norteamericana</i> ..	258
1. Polaridades .....	258
2. "Mami" .....	260
3. John Henry .....	270
4. Adolescente, patrón y máquina .....	278
CAPÍTULO 9— <i>La leyenda de la infancia de Hitler</i> .....	296
1. Alemania .....	297
2. El padre .....	300
3. La madre .....	307
4. El adolescente .....	309
5. <i>Lebensraum</i> , soldado, judío .....	312
6. Nota sobre el judaísmo .....	321
CAPÍTULO 10— <i>La leyenda de la juventud de Máximo Gorki</i> ..	325
1. La tierra y el mir .....	327
2. Las madres .....	331
3. Déspota senil y progenie maldita .....	334
4. Los explotados .....	342
A. <i>Santo y mendigo</i> .....	342
B. <i>El desconocido</i> .....	345
C. <i>Pandilla sin padre y niño sin piernas</i> .....	348
D. <i>El niño fajado</i> .....	350
5. El protestante .....	354
CAPÍTULO 11— <i>Conclusión: Más allá de la ansiedad</i> .....	363

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

AL RELEER el Prefacio a la Primera Edición, atrajo mi atención la frase "itinerario conceptual", y la puse en bastardilla, pues buscaba una fórmula que permitiera explicar el destino de este libro. Escrito originalmente para complementar la formación psiquiátrica de los médicos, psicólogos y asistentes sociales norteamericanos, ha seguido su propio camino y ha llegado también a los *colleges* y a las diversas escuelas para graduados en este país y en el extranjero. Una segunda edición, y la consiguiente revisión, se ha convertido así en una cuestión de urgencia práctica.

Más de una vez me ha hecho sentir incómodo la idea de que personas tanto más jóvenes como más viejas, que no pueden juzgar este libro sobre la base de la experiencia clínica, lo leen en gran número. Antes de iniciar la revisión, consideré esta cuestión con mi seminario de alumnos de primer año (1961-62) en Harvard, y comprobé que la unidad personal que, para mejor o para peor, caracteriza un itinerario puede en realidad ayudar a los estudiantes jóvenes a alcanzar una primera visión general guiada de un campo que se intrusa en su autoconciencia y su vocabulario desde tantas fuentes distintas. De paso, mis estudiantes aprobaron en forma casi unánime que no debían introducirse cambios drásticos —como si la posibilidad de modificar un itinerario escrito tiempo antes no fuera una de las prerrogativas de un hombre al cabo de los años. Agradezco su diligencia y su solicitud.

Pero este libro también se ha utilizado en la formación de profesionales dedicados al psicoanálisis. También en este caso he llegado a la conclusión de que los defectos del libro son inseparables de su carácter: un registro de la primera fase del itinerario de un profesional que, como muchos primeros viajes, proporciona impresiones que durante una segunda visita se resisten a la anulación o la modificación. Por lo tanto, he llevado a cabo esta revisión con el único fin de aclarar mis intenciones originales, y he agregado sólo material correspondiente a ese mismo período de mi trabajo.

Así, pues, en lo que a la revisión respecta, en primer lugar he corregido aquellos pasajes que, en una segunda lectura, me resultaron oscuros. Segundo, he ampliado o modificado descripciones y explicaciones que a menudo han sido mal interpretadas o repetidamente discutidas por estudiosos de diversos campos. Los agregados más considerables han de encontrarse sobre todo hacia el final de la Parte Uno y en toda la Parte Tres. Por último, he añadido notas al pie que reflejan mi actitud crítica con respecto a lo que escribí hace quince años y se refieren a algunos de mis escritos posteriores que desarrollan los temas iniciados entonces.

Los reconocimientos en el Prefacio de la primera edición no incluyen el nombre del extinto David Rapaport. Él había leído el manuscrito pero sus sugerencias (enormemente detalladas, cosa que no necesito aclarar a quienes lo conocieron), me llegaron cuando el libro ya había entrado en prensa. En los años posteriores trabajamos juntos; y él más que nadie (y esto me incluye) explicó las consecuencias teóricas de mi trabajo y su relación con el de otros psicoanalistas y psicólogos. Sólo con gratitud puedo referirme a algunos de sus escritos que contienen bibliografías exhaustivas.

Los agregados más largos a la segunda edición están basados en los trabajos "Sex Differences in the Play Construction of Pre-Adolescents", *Journal of Orthopsychiatry*, XXI, 4, 1951; y "Growth and Crises of the 'Healthy Personality'", *Symposium on the Healthy Personality* (1950), M. J. E. Senn, Nueva York, Josiah Macy, Jr. Foundation.

ERIK HOMBURGER ERIKSON

Center for the Advanced Study  
in the Behavioral Sciences  
Stanford, California  
Marzo de 1963

## PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

UN PREFACIO permite al autor expresar de entrada las consideraciones que sólo puede hacer una vez que ha concluido el libro. Contemplando retrospectivamente lo que ha escrito, puede tratar de informar al lector sobre lo que ha de encontrar en él.

En primer lugar, este libro tuvo su origen en la práctica del psicoanálisis. Sus principales capítulos están basados en situaciones tipo que requieren interpretación y corrección: ansiedad en los niños pequeños, apatía en los indios norteamericanos, confusión en los veteranos de guerra, arrogancia en los jóvenes nazis. En éstas, como en todas las situaciones, el método psicoanalítico descubre conflictos, pues se trata de un método que tuvo como primera meta los trastornos mentales. A través de la obra de Freud, el conflicto neurótico se ha convertido en el aspecto más ampliamente estudiado de la conducta humana. Con todo, este libro evita la conclusión fácil de que nuestros conocimientos relativamente avanzados sobre la neurosis nos permiten considerar los fenómenos de masa —cultura, religión, revolución— como analogías de las neurosis, a fin de volverlos susceptibles a nuestros conceptos. Nosotros recorreremos un camino distinto.

El psicoanálisis está abocado en la actualidad al estudio del yo, un concepto que denota la capacidad del hombre para unificar su experiencia y su acción en forma adaptativa. Está desplazando el acento desde el estudio concentrado de las condiciones que embotan o distorsionan el yo individual hacia el estudio de las raíces del yo en la organización social. Intentamos comprender esto no con el fin de ofrecer una cura precipitada para una sociedad que ha sido objeto de un diagnóstico también apresurado, sino con el propósito de completar primero el plan de nuestra teoría. En tal sentido, éste es un libro psicoanalítico sobre la relación del yo con la sociedad.

Es también un libro sobre la infancia. Podemos examinar incontables textos de historia, sociología y moral sin encontrar mayor referencia al hecho de que todos los seres humanos comienzan

siendo niños y que todos los pueblos comienzan en sus *nurseries*. Es un rasgo humano tener una infancia prolongada; es civilizado que la infancia sea cada vez más prolongada. Esa duración de la infancia hace del hombre un *virtuoso* técnico y mental, pero también deja en él un permanente residuo de inmadurez emocional. Si bien las tribus y las naciones, en muchas formas intuitivas, utilizan la educación infantil con el objeto de alcanzar su forma particular de identidad humana madura, su versión única de la integridad, están, y permanecen, acosadas por los temores irracionales que surgen de ese mismo estado infantil que explotaron a su manera específica.

¿Qué puede saber un clínico al respecto? Creo que el método psicoanalítico es en esencia histórico. Aun cuando se interesa por los datos médicos, los interpreta como una función de la experiencia pasada. Afirmar que el psicoanálisis estudia el conflicto entre lo maduro y lo infantil, los estratos actuales de la mente y los arcaicos, significa que el psicoanálisis estudia la evolución psicológica a través del análisis del individuo. Al mismo tiempo, arroja luz sobre el hecho de que la historia de la humanidad es un metabolismo gigantesco de ciclos de vida individuales.

Por lo tanto, quisiera expresar que éste es un libro sobre procesos históricos. Con todo, el psicoanalista es una clase extraña y quizás nueva de historiador: al comprometerse a influir sobre lo que observa, entra a formar parte del proceso histórico que estudia. Como terapeuta, debe tener conciencia de su propia reacción frente a lo observado: sus "ecuaciones" como observador se convierten en sus instrumentos de observación. En consecuencia, ni la alianza terminológica con las ciencias más objetivas ni un digno desdén por la moda del día pueden ni deben impedir que el método psicoanalítico sea, y en forma sistemática, lo que H. S. Sullivan denominó "participante".

En tal sentido, éste es y debe ser un libro subjetivo, un *itinerario conceptual*. No he hecho intento alguno por ser representativo en las citas o sistemático en las referencias. En líneas generales, poco hay que ganar del esfuerzo por acentuar significados todavía vagos con citas aparentemente escrupulosas de significado vagamente similar tomadas de otros contextos.

Este enfoque personal requiere una breve descripción de mi formación y de mi deuda intelectual general.

Llegué a la psicología desde el arte, lo cual puede explicar, aunque no justificar, el hecho de que a veces el lector me vea pintando contextos y trasfondos en ocasiones en que él preferiría que señalara hechos y conceptos. He tenido que hacer una virtud

de una necesidad constitucional, basando lo que quiero decir en una descripción representativa antes que en argumentos teóricos.

Tuve mi primer contacto con niños en una pequeña escuela norteamericana de Viena, dirigida por Dorothy Burlingham y Eva Rosenfeld, bajo la supervisión de Peter Blos. Comencé mi carrera clínica como analista de niños. En tal actividad, conté con la guía de Anna Freud y August Aichhorn. Me gradué en el Instituto Psicoanalítico de Viena.

Henry A. Murray y sus colaboradores en la Harvard Psychological Clinic me ofrecieron mi primer hogar intelectual en este país. A lo largo de los años tuve el privilegio de conversar extensamente con antropólogos, en particular con Gregory Bateson, Ruth Benedict, Martin Loeb y Margaret Mead. Scudder Mekeel y Alfred Kroeber me introdujeron en "el campo". En la Parte Dos me referiré en particular a la enorme deuda que tengo con ellos. Sería imposible entrar en detalles sobre todo lo que debo a Margaret Mead.

Mis criterios comparativos sobre la infancia se desarrollaron a través de una investigación para la que recibí mi primer estímulo de Lawrence K. Frank. Una donación de la Fundación Josiah Macy, Jr., me permitió participar en un estudio sobre las neurosis infantiles incipientes, efectuado en Yale (Departamento de Psiquiatría, Escuela de Medicina e Instituto de Relaciones Humanas); una donación de la General Education Board hizo posible que participara durante un tiempo en el prolongado estudio de Jean Walker Macfarlane sobre niños californianos representativos (Institute of Child Welfare, Universidad de California, Berkeley).

Mi esposa, Joan Erikson, se ha encargado de supervisar la redacción de este libro.

Helen Meiklejohn, así como Gregory Bateson, Wilma Lloyd, Gardner y Lois Murphy, Laurence Sears y Don MacKinnon me ayudaron a completar el manuscrito. Estoy en deuda con ellos.

En el texto aparece una cantidad de nombres ficticios: Sam, Ann y Peter; el infante de marina, Jim el sioux y Fanny el shaman; Jean y su madre, Mary y otros. Son los pacientes y los sujetos que, sin saberlo, me proporcionaron "especímenes" de conducta lúcida que a lo largo de los años se destacaron en mi recuerdo y crecieron en su alcance y significación. Confío en que mis descripciones expresen mi agradecimiento por su participación en este trabajo de clarificación.

Debo ciertos datos presentados en este libro a mi trabajo en colaboración con los siguientes equipos e individuos: Harvard Medical School, Department of Neuropsychiatry-Frank Fremont-

Smith, M. D.; Yale School of Medicine, Department of Psychiatry-Felice Begg-Emery, M. D., Marian Putnam, M. D. y Ruth Washburn; Menninger Foundation, Southard School-Mary Leitch, M. D.; Children's Hospital of the East Bay, Child Development Center-Wilma Lloyd; Mount Zion Hospital, Veterans' Rehabilitation Clinica-Emanuel Windholz, M. D.; Child Guidance Clinics, San Francisco Public Schools.

Partes del libro están basadas en estudios previamente publicados, en particular, "Configurations in Play; Clinical Observations", *Psychoanalytic Quarterly*; "Problems of Infancy and Early Childhood", *Cyclopaedia of Medicine, etc.*, Second Revised Edition, Davis and Company; "Studies in the Interpretation of Play: I. Clinical Observation of Play Disruption in Young Children", *Genetic Psychology Monographs*; "Observations on Sioux Education", *Journal of Psychology*; "Hitler's Imagery and German Youth", *Psychiatry*; "Observations on the Yurok: Childhood and World Image", *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*; "Childhood and Tradition in Two American Indian Tribes", en *The Psychoanalytic Study of the Child, I*, International Universities Press (revisado y reimpresso en *Personality*, editado por Clyde Kluckhohn y Henry A. Murray, Alfred A. Knopf); "Ego Development and Historical Change" en *The Psychoanalytic Study of the Child, II*, International Universities Press.

ERIK HOMBURGER ERIKSON

Orinda, California

## PRÓLOGO

HAY gente que más vale la pena leerla que conocerla. Uno las conoce y se desilusiona porque la calidad del trato personal es inferior a la del texto escrito. Con otros, los menos, no pasa lo mismo y el contacto fuera del libro permite una comprensión más plena y matizada de lo que el autor escribe. Eso me pasó con Erikson, con quien tuve la ocasión de trabajar en Austen Riggs.

Por ello quisiera describirlo y la mejor forma que se me ocurre es trayendo una anécdota. Hace poco estaba Erikson, en vísperas de Navidad, esperando a su avión en la confitería del aeropuerto. La anécdota cuenta —y me consta que es verídica— que se le acerca una chica de poco más de 12 años y con una sonrisa le pregunta: "Disculpe, señor, pero no es usted Papá Noel?"

A pocas personas le puede pasar una cosa así. Dejando de lado que Erikson, con su pelo blanco, su piel joven y la dulce expresión de su rostro, tiene algo de Papá Noel, creo que lo más revelador de la anécdota es que muestra la sensación contagiosa de buena voluntad, de humor y de cordialidad que el recipiente de la pregunta inspiró en una adolescente.

Erikson tiene un don muy singular de captación y de comprensión del otro. Y el otro puede ser un niño, un artista, un esquizofrénico o una tribu de indios pieles rojas. Uno de los mayores atractivos de este libro es el relato clínico que refleja la madurez y complejidad del vínculo que el autor establece con el objeto que estudia. Nadie como Erikson puede articular el enfoque psicológico con el social sin que algo se pierda con el pasaje de un campo al otro. Esto merece ser enfatizado. La mayoría de los autores cuando estudian las motivaciones en la conducta de una persona o de un grupo "cambian de velocidad" cuando pasan del contexto psicológico al social (y además suele chirriar la palanca) y se percibe claramente la brecha que se establece entre la "tercera" psicológica a la "cuarta" social (o viceversa, según cuál sea el fuerte del autor). En Erikson no se percibe el disloque y, además, se produce una verdadera potencialización de ambos campos.

El término "psico-social" en Erikson no es una mera aposición de dos disciplinas —como creo que todavía sucede con lo psico-somático— sino que es un concepto integrador.

El mayor aporte que hace Erikson, en este libro, al psicoanálisis, es el de continuar con el esquema de Freud y Abraham de estadios del desarrollo más allá de la fase genital y de la resolución del complejo edípico. El autor describe una secuencia evolutiva ulterior, con sus mojones específicos, que abarca la vida del hombre desde el nacimiento hasta la muerte. A estos mojones que separan estadios del desarrollo, Erikson los denomina *crisis* y la aparición de los mismos no sólo están condicionados por factores predominantemente biológicos —como las fases del desarrollo de la libido de Freud y Abraham— sino que participan factores psico-sociales en la aparición de estos momentos críticos. Y estos factores psico-sociales pasan a desempeñar un papel cada vez más fundamental en la medida en que el hombre alcanza la juventud, la edad adulta y la vejez.

Esta concepción es sumamente fructífera en la clínica. Por lo pronto jerarquiza y dá viabilidad psicológica a una serie de motivaciones que nosotros, los psicoanalistas, tendemos a relegar a un segundo plano, viendo en ellas lo que tienen de repetitivo del pasado y descuidando la vertiente de lo nuevo en el fenómeno. Para dar un ejemplo, el problema de *intimidad* en la gente joven tiene que ser explicado como resultante y versión actualizada de las primeras relaciones de objeto. La búsqueda de la pareja en la persona de 20 años está condicionada y refleja como fue aquella primera pareja del bebé y su madre. Pero lo nuevo está dado, siguiendo a Erikson, por la forma en que el individuo acaba de resolver el problema de la *identidad*, álgido en la adolescencia, y por la forma en que ya apunta en su horizonte el problema de la *generatividad*. Es inestimable el valor del aporte de Erikson al trazarnos un mapa comprehensivo del desarrollo del hombre y, cosa importante, al darnos todo un rico bagaje de palabras que nos sirven para pensar acerca de cómo nace, vive y muere el hombre.

Sólo me queda decir que Erikson *no* es Papá Noel, pero que lo comprende como si lo fuera.

EMILIO RODRIGUÉ

PARTE UNO  
LA INFANCIA Y LAS  
MODALIDADES DE LA VIDA SOCIAL

## CAPITULO I

### PERTINENCIA Y RELATIVIDAD EN LA HISTORIA CLÍNICA

EN TODOS los campos hay unas pocas preguntas muy simples que resultan sumamente embarazosas porque la controversia que surge incesantemente en torno de ellas lleva sólo a un constante fracaso y parece convertir en tontos a los más expertos. En psicopatología, tales interrogantes se han referido siempre a la localización y la causa de un trastorno neurótico. ¿Tiene un comienzo visible? ¿Reside en el cuerpo o en la mente, en el individuo o en su sociedad?

Durante siglos, este interrogante giró en torno de la controversia eclesíástica sobre el origen de la locura: ¿se trataba de un demonio interior o de una inflamación aguda del cerebro? Una contraposición tan simple nos parece hoy anticuada. En los últimos años hemos llegado a la conclusión de que una neurosis es psico-y somática, psico-y social, e *interpersonal*.

Las más de las veces, sin embargo, la discusión revela que también estas nuevas definiciones son sólo distintas maneras de combinar conceptos separados como psiquis y soma, individuo y grupo. Ahora decimos "y" en lugar de "o", pero conservamos por lo menos el supuesto semántico de que la mente es una "cosa" separada del cuerpo, y que una sociedad es una "cosa" exterior al individuo.

La psicopatología es la hija de la medicina que tuvo su origen ilustre en la búsqueda de la localización y la causa de la enfermedad. Nuestras instituciones de enseñanza están comprometidas en esa búsqueda, que proporciona a los que sufren, así como a los que curan, la seguridad mágica que emana de la tradición y el prestigio científicos. Es tranquilizador pensar en una neurosis como en una enfermedad, porque se la siente como tal. De hecho, a menudo está acompañada por padecimientos somáticos circunscritos; y contamos con enfoques bien definidos de la enfermedad, tanto en el nivel individual como en el epidemiológico. Tales en-

foques han traído apareada una marcada disminución de muchas enfermedades y, en otros casos, de la mortalidad.

Con todo, algo extraño está sucediendo. Cuando tratamos de pensar en las neurosis como enfermedades, gradualmente llegamos a reconsiderar todo el problema de la enfermedad. En lugar de llegar a una mejor definición de la neurosis, encontramos que algunas enfermedades difundidas, tales como las afecciones cardíacas y estomacales, parecen adquirir nuevo significado cuando se las considera equivalentes a los síntomas neuróticos, o por lo menos, a síntomas de una perturbación central y no de un acontecimiento periférico en partes afectadas aisladas.

Aquí, el nuevo significado del enfoque "clínico" resulta extrañamente similar a su más antiguo significado. "Clínico" designó en alguna época la función de un sacerdote junto al lecho del enfermo, cuando la lucha somática parecía llegar a su fin y el alma necesitaba una guía para su solitario encuentro con su Hacedor. De hecho, hubo una época en la historia medieval en que un médico tenía la obligación de llamar a un sacerdote si no podía curar a su paciente al cabo de cierto número de días. En tales casos, se partía del supuesto de que la enfermedad era de una índole que hoy denominaríamos somático-espiritual. La palabra "clínico" se ha despojado hace mucho de su ropaje clerical, pero está recuperando parte de su antigua connotación, pues sabemos que una persona neurótica, no importa dónde, cómo y por qué se sienta enferma, está mutilada en su esencia, al margen de que dicha esencia se considere ordenante u ordenada. Puede no verse expuesta a la soledad final de la muerte, pero experimenta esa soledad entumecedora, ese aislamiento y esa desorganización de la experiencia que llamamos ansiedad neurótica.

Por mucho que el psicoterapeuta aspire a obtener prestigio, solidez y tranquilidad a través de las analogías biológicas y físicas, trata, sobre todo, con *ansiedad humana*. Al respecto puede decir poco que no diga lo todo. En consecuencia, antes de hacer aplicaciones más amplias, conviene que exprese explícitamente cuál es su posición en su actividad clínica.

Por lo tanto, este libro comienza con un espécimen de patología, a saber, la súbita manifestación de un violento trastorno somático en un niño. Nuestro reflector no intenta aislar y mantener enfocado ningún aspecto o mecanismo particular de este caso; antes bien, se desplaza deliberadamente al azar en torno de los múltiples factores involucrados, a fin de determinar si es posible circunscribir el área del trastorno.

## 1. UNA CRISIS NEUROLÓGICA EN UN NIÑO PEQUEÑO: SAM

Una mañana muy temprano, en un pueblo del norte de California, la madre de un niño de tres años se despertó debido a los extraños ruidos provenientes de la habitación de aquél. Corrió junto a su cama y lo encontró en medio de un terrible ataque. Tuvo la impresión de que se trataba de un ataque cardíaco similar al que había provocado la muerte de su madre cinco días antes. Llamó al médico, quien afirmó que el ataque de Sam era de índole epiléptica. Le administró algún sedante e indicó que trasladaran al niño a un hospital en una ciudad cercana. El personal hospitalario no se mostró dispuesto a comprometerse con un diagnóstico debido a la corta edad del paciente y a que estaba bajo la acción de drogas. Dado de alta pocos días después, el niño parecía estar perfectamente bien; sus reflejos neurológicos eran normales.

Con todo, un mes más tarde el pequeño Sam encontró un topo muerto en el patio de su casa y se mostró desusadamente agitado al respecto. Su madre intentó responder a sus astutas preguntas sobre la muerte. De mala gana, se fue a dormir después de haber manifestado que, evidentemente, la madre tampoco sabía nada. Por la noche gritó, tuvo vómitos y contracciones alrededor de los ojos y de la boca. Esta vez el médico llegó a tiempo para observar los síntomas que culminaron en una severa convulsión en todo el lado derecho del cuerpo. El personal del hospital compartió esta vez el diagnóstico de epilepsia, debida posiblemente a una lesión cerebral en el hemisferio izquierdo.

Dos meses más tarde, se produjo un tercer ataque cuando el niño aplastó accidentalmente una mariposa con la mano, y en el hospital se hizo una modificación al diagnóstico: "factor precipitante: estímulo psíquico". En otras palabras, debido a una patología cerebral es probable que el niño tuviera un umbral más bajo para la explosión del ataque convulsivo; pero era un estímulo psíquico, la idea de la muerte, lo que lo precipitaba por sobre dicho umbral. Por otra parte, ni la historia de su nacimiento, ni el desarrollo de su infancia, ni el estado neurológico entre los ataques mostraban una patología específica. Gozaba de excelente salud general. Estaba bien alimentado y sus ondas cerebrales en esa época sólo indicaban que la epilepsia "no podía excluirse".

¿Cuál era el "estímulo psíquico"? Evidentemente, tenía que ver con la muerte: un topo muerto, una mariposa muerta, y entonces recordamos el comentario de la madre en el sentido de que du-

rante su primer ataque había tenido el mismo aspecto que su abuela moribunda.

He aquí los hechos que rodean la muerte de la abuela:

Algunos meses antes, la abuela paterna había visitado por primera vez el nuevo hogar de la familia en X. Se produjo una excitación que perturbó a la madre más profundamente de lo que ella suponía. La visita implicaba someterse a un examen: ¿habría cumplido con su deber para con su esposo y su hijo? También había cierta ansiedad con respecto a la salud de la abuela. Se advirtió al niño, que por aquella época disfrutaba molestando a la gente, que el corazón de la abuela no era demasiado fuerte. Él prometió no molestarla y, al principio, todo anduvo bien. No obstante, la madre rara vez dejaba solos al niño y a la abuela, sobre todo porque aquél parecía no soportar muy bien el control forzoso. La madre pensaba que el niño estaba cada vez más pálido y tenso. Cierta día, cuando la madre decidió salir y dejar al niño al cuidado de su suegra, al regresar encontró a la anciana en el piso, presa de un ataque cardíaco. Según informó más tarde la abuela, Sam se había trepado a una silla y se había caído. Existían múltiples motivos para sospechar que la había molestado y que había hecho deliberadamente algo que ella le rogó que no hiciera. La abuela estuvo enferma durante largos meses, no logró recuperarse, y, finalmente, murió unos pocos días antes del primer ataque del niño.

Se imponía llegar a la conclusión de que lo que los médicos habían denominado el "estímulo psíquico" tenía que ver en este caso con la muerte de la abuela. En realidad, la madre recordó luego algo que en su momento no le pareció pertinente, a saber, que Sam, en el momento de acostarse la noche antes del ataque, había acomodado sus almohadas en la misma forma en que lo hacía la abuela para evitar la congestión, y que se había dormido casi sentado, igual que su abuela.

Por extraño que parezca, la madre insistió en que el niño nada sabía sobre la muerte de la abuela. A la mañana del día siguiente le dijo que la abuela se había ido de viaje a Seattle. Sam lloró y exclamó: "¿Por qué no se despidió de mí?" Se le respondió que no había tenido tiempo. Luego, cuando sacaron de la casa una caja larga, grande y misteriosa, la madre le dijo que contenía los libros de la abuela. Pero Sam nunca había visto a la abuela traer o usar tantos libros, y no podía comprender por qué tantos parientes, que habían acudido presurosamente, derramaban tantas lágrimas junto a un cajón lleno de libros. Desde luego, dudé de que el niño realmente hubiera creído la historia; de hecho, la madre había quedado desconcertada ante una cantidad de comentarios hechos por el pequeño. Cierta vez, cuando deseaba que en-

contrara algo que él se negaba a buscar, Sam le dijo en tono burlón: "Se ha ido de viaje, a Seattle". En el grupo de juego al que ingresó más tarde como parte del plan terapéutico, este niño, habitualmente vigoroso, solía perderse en ensoñaciones y construir innumerables variaciones de cajas rectangulares, cuya abertura cerraba cuidadosamente. Sus preguntas en esa época justificaban la sospecha de que experimentaba con la idea de estar encerrado en una caja rectangular. Pero se negó a escuchar la tardía explicación de la madre, ofrecida casi en tono de súplica, en el sentido de que en realidad la abuela había muerto. "Estás mintiendo", le respondía. "Está en Seattle. Voy a volver a verla."

A partir de los pocos datos ofrecidos hasta este momento acerca del niño, debe resultar evidente que era un muchachito obstinado, vigoroso y precozmente inteligente, que no se dejaba engañar con facilidad. Sus ambiciosos progenitores tenían grandes planes para su único hijo: con su inteligencia podría ingresar en un *college* y luego estudiar medicina en el Este, o quizás abogacía. Alentaban en él la expresión vigorosa de su precocidad y curiosidad intelectuales. Siempre había sido obstinado y ya a los pocos días de su nacimiento se había mostrado incapaz de aceptar como respuesta un "no" o un "quizás". En cuanto pudo extender los brazos, empezó a dar golpes, tendencia que no resultaba absurda en el vecindario en que nació y se crió, un barrio de población mixta, donde debe haber aprendido desde muy temprano que convenía golpear primero, por si acaso. Pero ahora vivían en una ciudad pequeña y próspera, en la que eran la única familia judía. Tuvieron que enseñarle a no pegar a los otros chicos, a no hacer demasiadas preguntas a las mujeres y, por amor de Dios así como en beneficio de los negocios, a tratar bien a los gentiles. En su medio ambiente anterior, la imagen ideal presentada a Sam había sido la de un muchachito "duro" en la calle y un chico despierto en el hogar. Ahora el problema consistía en convertirse rápidamente en lo que los gentiles de clase media llamarían "un muchachito encantador, a pesar de ser judío". Sam había realizado una tarea de notable inteligencia al adaptar su agresividad y convertirse en un ingenioso bromista.

Aquí el "estímulo psíquico" cobra mayores dimensiones. En primer lugar, siempre había sido un niño irritable y agresivo. Los intentos de restricción por parte de los otros siempre provocaban su cólera; sus propios intentos por controlarse traían apareada una intolerable tensión. Podríamos hablar aquí de su *intolerancia constitucional*, entendiéndolo por "constitucional" únicamente la imposibilidad de atribuirle a nada previo; siempre había sido así. Debo agregar, sin embargo, que su cólera nunca duraba demasiado

y que no sólo era muy afectuoso, sino también notablemente expresivo y exuberante, rasgos que lo ayudaban a adoptar el rol de quien hace travesuras sin mala intención. Por la época en que se produjo la llegada de la abuela, sin embargo, algo lo había privado de su sentido del humor: había golpeado duramente a un compañero, había corrido un poquito de sangre, y a él lo habían amenazado con el ostracismo. Sam, el vigoroso extrovertido, se había visto obligado a permanecer en su casa junto a la abuela, a quien no podía molestar.

¿Su agresividad formaba parte de una constitución epiléptica? No lo sé. No había nada febril o agitado en su vigor. Es cierto que sus tres ataques principales estuvieron relacionados con ideas sobre la muerte, y que los dos últimos tuvieron que ver con el alejamiento de su primero y su segundo terapeuta, respectivamente. También es verdad que sus mucho más frecuentes ataques menores, que consistían en quedarse con la mirada fija, hacer arcadas, y breves desmayos de los que se recuperaba diciendo, preocupado, "¿Qué ocurrió?", a menudo se produjeron inmediatamente después de actos o palabras agresivos de su parte. Podía arrojar una piedra a un desconocido, o bien decir: "Dios es un zorrino", o "Todo el mundo está lleno de zorrinos", o (a su madre): "Eres una madrastra". ¿Eran éstos estallidos de agresión primitiva que se veía luego obligado a expiar a través de un ataque? ¿O bien constituían intentos desesperados de descargar a través de una acción violenta el presagio de un ataque inminente?

Tales fueron las impresiones que reuní leyendo la historia clínica del médico y los informes de la madre cuando me hice cargo del tratamiento del niño, unos dos años después del comienzo de su enfermedad. Y pronto habría de presenciar uno de sus accesos menorés. Habíamos estado jugando al dominó, y a fin de poner a prueba su umbral lo hice perder persistentemente, lo cual no me resultó fácil. Palideció y fue perdiendo toda su vivacidad. De pronto se puso de pie, tomó una muñeca de goma y me la arrojó con fuerza a la cara. Luego su mirada se volvió inexpresiva y adquirió fijeza, tuvo arcadas como si fuera a vomitar y un desmayo pasajero. Al volver en sí, dijo con voz ronca y apremiante: "Sigamos", y acomodó mis piezas, que se habían caído. Los niños tienden a expresar en las configuraciones espaciales lo que no pueden o no se atreven a decir. Al reacomodar las piezas apresuradamente, hizo una configuración rectangular: una copia en miniatura de las grandes cajas que solía construir previamente en la *nursery school*. Todas las piezas miraban hacia adentro. Ya del todo consciente, observó lo que había hecho y sonrió débilmente.

Sentí que estaba en condiciones de escuchar lo que yo creía entender. Le dije: "Si quisieras ver los puntos de tus piezas, tendrías que estar dentro de esta pequeña caja, como una persona muerta en un ataúd".

"Sí", murmuró.

"Eso debe significar que tienes miedo de tener que morir porque me golpeaste."

Casi sin aliento, preguntó: "¿Tengo que morirme?"

"Claro que no. Pero cuando se llevaron a tu abuela en el ataúd probablemente pensaste que la habías hecho morir y, por eso tenías que morir también. Por eso construías esas cajas grandes en tu escuela, así como hoy hiciste esta pequeña. Debes haber pensado que te ibas a morir cada vez que tenías uno de esos ataques."

"Sí", respondió, algo avergonzado, porque en realidad nunca había admitido ante mí haber visto el cadáver de su abuela, lo cual significaba que sabía que ella había muerto.

A esta altura se podría pensar que hemos aclarado el caso. Mientras tanto, sin embargo, también había trabajado con la madre y me había enterado del papel, sin duda importante, que ella había desempeñado en esta historia. Pues podemos estar seguros de que cualquiera que sea el "estímulo psíquico" presente en la vida de un niño, es idéntico al conflicto más neurótico de su madre. En realidad, la madre logró luego recordar, a pesar de una severa resistencia emocional, un incidente durante el cual Sam le había arrojado una muñeca a la cara mientras ella se encontraba muy atareada haciendo los preparativos para la llegada de su suegra. Lo haya hecho "deliberadamente" o no, tuvo muy buena puntería: le aflojó uno de los dientes de adelante. Un diente es una posesión muy valiosa en más de un sentido. La madre le devolvió el golpe, con mayor fuerza y mayor rabia que nunca. No había exigido que se le devolviera diente por diente, pero había desplegado una cólera que ni ella ni él sabían que podía experimentar.

¿O lo supo el niño antes que ella? Este es un punto crucial, pues creo que la escasa tolerancia de este niño para la agresión se veía acentuada por la connotación general de violencia en su familia. Más allá del conflicto individual, todo el medio ambiente de estos hijos de quienes huyeron de los ghettos y los pogroms está invadido por el problema del destino especial de los judíos frente a la cólera y la violencia. Todo había comenzado significativamente con un Dios que era poderoso, colérico y vengativo, pero también tristemente atribulado, actitudes que había legado a los sucesivos patriarcas, desde Moisés hasta los abuelos de este niño. Y todo había concluido con la inerme impotencia del pueblo

judío, elegido pero disperso, frente al mundo circundante de gentiles siempre potencialmente violentos. Esta familia había desafiado el destino judío al aislarse en una ciudad gentil; pero llevaban su destino en ellos como una realidad interior, en medio de todos esos gentiles que no los negaban activamente en su nueva aunque incierta seguridad.

Aquí es importante agregar que nuestro paciente se había visto envuelto en el conflicto de sus padres con sus antepasados y con los vecinos, en el momento más inoportuno para él, pues pasaba por una etapa de la maduración caracterizada por una intolerancia a toda restricción. Me refiero al rápido aumento de la energía locomotora, la curiosidad mental, y el tipo sádico de masculinidad infantil que por lo común aparece alrededor de los tres o cuatro años, y se manifiesta de acuerdo con las diferencias en las costumbres y el temperamento individual. No cabe duda de que nuestro paciente había sido precoz en éste y en otros sentidos. En esa etapa cualquier niño es propenso a mostrar una mayor intolerancia a la restricción con respecto al libre movimiento y a las preguntas persistentes. Un vigoroso aumento de la iniciativa, tanto en la acción como en la fantasía, vuelve al niño que se encuentra en esta etapa particularmente vulnerable al principio del talión —y él había llegado a una distancia desagradablemente corta del castigo "diente por diente". En esa etapa, a un niño le gusta fingir que es un gigante porque tiene miedo de los gigantes, ya que sabe muy bien que sus pies son demasiado pequeños para las botas que calza en sus fantasías. Además, la precocidad implica siempre un relativo aislamiento y un perturbador desequilibrio. Así, pues, su tolerancia frente a las ansiedades de sus padres era específicamente baja en el momento en que la llegada de la abuela sumó conflictos ancestrales latentes a los problemas sociales y económicos del momento.

Este es, pues, nuestro primer "espécimen" de una crisis humana. Pero, antes de seguir diseccándolo, permítaseme decir unas palabras sobre el procedimiento terapéutico. Se hizo un intento por sincronizar la tarea pediátrica con la psicoanalítica. Las dosis de sedantes fueron disminuyendo gradualmente a medida que la observación psicoanalítica comenzaba a discernir, y el *insight* a fortalecer, los puntos débiles en el umbral emocional del niño. Los estímulos específicos para esas áreas débiles se consideraron no sólo con el niño sino también con sus padres, a fin de que éstos pudieran examinar su papel en el desarrollo de la perturbación y llegaran a algún *insight* antes de que su precoz hijo los superara en cuanto a la comprensión de ellos y de sí mismo.

Cierta tarde, poco después del episodio en que me arrojó una

muñeca a la cara, nuestro pequeño paciente se acercó a la madre, que descansaba en un diván. Le puso la mano sobre el pecho, y dijo: "Sólo un chico muy malo querría saltar sobre su mamita y pisarla; sólo un chico muy malo querría hacer eso. ¿No es así, mamita?" La madre se rió y dijo: "Estoy segura de que a ti te gustaría hacerlo ahora. Creo que un chico bueno puede pensar que tiene ganas de hacerlo, pero sabría que en realidad no lo desea", o algo por el estilo: es difícil decir esas cosas y los términos exactos no son demasiado importantes. Lo que importa es su espíritu, y la implicación de que hay dos maneras distintas de desear una cosa, que pueden separarse mediante la autoobservación y comunicarse a los otros. "Sí", respondió Saní, "pero no lo haré". Luego agregó: "El señor E. siempre me pregunta por qué arrojó cosas. Él arruina todo". Y agregó rápidamente: "Esta noche no habrá ninguna escena, mamita".

Así, el niño aprendió a compartir su autoobservación con la misma madre contra la que solían apuntar sus rabieta, y a convertirla en una aliada de su *insight*. Era de máxima importancia establecer esa posibilidad, pues le permitía al niño advertir a su madre y a sí mismo toda vez que sentía la proximidad de esa peculiar cólera cósmica o cuando percibía indicaciones somáticas (a menudo muy leves) de un ataque. Ella se ponía inmediatamente en contacto con el pediatra, quien estaba plenamente informado y se mostraba sumamente cooperativo, y aconsejaba alguna medida preventiva. En esta forma, los ataques menores se redujeron a acontecimientos raros y fugaces que el niño aprendió gradualmente a manejar con un mínimo de conmoción. No se produjeron ataques serios.

Al llegar a este punto el lector tendría derecho a protestar en el sentido de que tales ataques en un niño pequeño podrían haber desaparecido sin necesidad de recurrir a procedimientos tan complicados. Es posible que así sea. No se pretende afirmar aquí que se ha logrado una cura de la epilepsia mediante el psicoanálisis. Reclamamos menos y, en cierto sentido, aspiramos a más.

Hemos investigado el "estímulo psíquico" que en un período particular del ciclo de vida del paciente contribuyó a poner de manifiesto una potencialidad latente para los ataques epilépticos. Nuestra forma de investigación permite alcanzar conocimientos en la medida en que proporciona *insight* al paciente, y lo corrige en la medida en que se convierte en una parte de su vida. Cualquiera que sea su edad, recurrimos a su capacidad para autoexaminarse, para comprender y para planear. Al hacerlo, podemos efectuar una cura o acelerar una curación espontánea, lo cual constituye una contribución considerable si se tiene en cuenta el

daño hecho por el mero carácter habitual y repetitivo de tales tormentas neurológicas severas. Pero si bien no pretendemos haber logrado curar la epilepsia, nos gustaría creer en principio que con estas investigaciones terapéuticas sobre un fragmento de la historia de un niño, ayudamos a toda una familia a aceptar una crisis en su seno como una crisis en la historia familiar, pues una crisis psicósomática es emocional en la medida en que el individuo enfermo responde específicamente a las crisis latentes en las personas significativas que lo rodean.

Sin duda, esto no tiene nada que ver con hacer o aceptar *reproches* por el trastorno. En realidad, los autorreproches de la madre en el sentido de que ella podía haber dañado el cerebro de su hijo al darle aquella fuerte bofetada, constituían gran parte del "estímulo psíquico" que buscábamos, ya que aumentaban y reforzaban ese temor general a la violencia que caracterizaba la historia de la familia. Sobre todo, el temor de la madre a haberlo dañado era la contraparte y, por ende, un refuerzo emocional, de lo que finalmente entendemos que constituía el "estímulo psíquico" patógeno realmente dominante que los médicos de Sam querían que encontráramos, a saber, el temor del niño a que también su madre pudiera morir, debido al golpe que le diera en el diente y a sus acciones y deseos sádicos más generales.

No, la culpa no constituye una ayuda. Mientras exista un sentimiento de culpa, también hay intentos irracionales por compensar el daño realizado, y tal reparación impregnada de culpa a menudo trae apareado más daño. Lo que cabría esperar que el paciente y su familia obtuvieran de nuestro estudio sobre su historia es una más profunda humildad frente a los procesos que nos gobiernan, y la capacidad para pasar por ellos con mayor simplicidad y honestidad. ¿Cuáles son esos procesos?

La naturaleza de nuestro caso sugiere que comencemos con los procesos *inherentes al organismo*. En estas páginas nos referiremos al organismo como un proceso antes que como una cosa, pues nos interesa la cualidad homeostática del organismo viviente y no los ítems patológicos que la sección o la disección permitirían demostrar. Nuestro paciente padecía un trastorno somático de un tipo y una intensidad que sugieren la posibilidad de una irritación cerebral somática de origen anatómico, tóxico, u otro. No fue posible demostrar ese daño, pero debemos preguntarnos qué carga significa su presencia en la vida de este niño. Aunque fuera posible demostrar la existencia del daño, ello sólo constituiría una condición potencial, aunque necesaria, para la convulsión. No podría considerarse como su causa, pues debemos suponer que son

numerosos los individuos que viven con una patología cerebral similar sin tener jamás una convulsión. El daño cerebral, entonces, se limitaría a facilitar la descarga de tensión, cualquiera que fuera la fuente, a través de tormentas convulsivas. Al mismo tiempo, serviría para recordar permanentemente la presencia de un punto interno de peligro, de una escasa tolerancia para la tensión. Puede decirse que tal peligro interior vuelve aún más bajo el umbral del niño para los peligros exteriores, sobre todo cuando se los percibe en las irritabilidades y ansiedades de los padres, cuya protección es tan fundamentalmente necesaria, precisamente debido al peligro interior. Así, resulta imposible establecer, como en tantos otros casos, si la lesión cerebral determina la mayor impaciencia e irritabilidad del niño o si su irritabilidad (que compartía con otros familiares y a la que estaba expuesto en su contacto con ellos) hace que su lesión cerebral resulte más significativa que en un niño de otro tipo y entre personas distintas.

Por lo tanto sólo podemos afirmar que en la época de la crisis la "constitución" de Sam, así como su temperamento y su etapa del desarrollo, tenían tendencias específicas en común; todos convergían en la intolerancia a las restricciones a la libertad locomotora y la expresión agresiva.

Pero las necesidades de Sam con respecto a su actividad muscular y mental no eran tan sólo de naturaleza fisiológica, sino que constituían un factor importante del desarrollo de su personalidad y formaban parte, por lo tanto, de su equipo defensivo. En las situaciones de peligro, Sam utilizaba lo que llamamos mecanismo de defensa "contrafóbico": cuando se sentía atemorizado, atacaba, y cuando enfrentaba un conocimiento que otros quizás preferirían evitar por perturbador, hacía preguntas con ansiosa persistencia. Tales defensas, a su vez, eran adecuadas a las sanciones de su medio ambiente temprano, que lo consideraba más encantador cuanto más rudo y despierto se mostraba. Por lo tanto, al desplazar el foco, muchos de los ítems que originalmente figuraban como partes de su constitución fisiológica y mental, terminan por pertenecer a un segundo proceso de organización, que llamaremos *la organización de la experiencia en el yo individual*. Como se verá con mayores detalles, este proceso central protege la coherencia y la individualidad de la experiencia al preparar al individuo para los choques que pueden ser el resultado de discontinuidades súbitas tanto en el organismo como en el medio ambiente, al permitirle anticipar los peligros internos y externos y al integrar lo constitucional con las oportunidades sociales. Así, asegura al individuo un sentimiento de individuación e identidad coherentes: de ser uno mismo, de ser aceptable y de encontrarse en camino de

llegar a ser lo que la otra gente, con su enfoque más bondadoso, considera que somos. Resulta evidente que nuestro muchachito trató de convertirse en un travieso y un preguntón inteligente, papel que en un comienzo había encontrado eficaz frente al peligro y que ahora, según comprobaba, lo provocaba. Hemos descrito en qué forma su papel (que servía para prepararlo para el rol adulto de intelectual judío) se desvalorizó temporariamente debido a sucesos ocurridos en el vecindario y en el hogar. Tal devaluación dejó fuera de combate al sistema defensivo: cuando lo "contrafóbico" no puede atacar, el niño se siente expuesto al ataque, lo espera e incluso lo provoca. En el caso de Sam, el "ataque" provenía de una fuente somática.

Con todo, los "roles" surgen del tercer principio de organización, el *social*. El ser humano de todas las épocas, desde el primer puntapié *in utero* hasta el último suspiro, está organizado en agrupamientos de coherencia geográfica e histórica: familia, clase, comunidad, nación. Así, un ser humano es siempre un organismo, un yo, y un miembro de una sociedad, y está involucrado en los tres procesos de organización. Su cuerpo está expuesto al dolor y la tensión; su yo, a la ansiedad, y como miembro de una sociedad, es susceptible al pánico que emana de su grupo.

Llegamos aquí a nuestros primeros postulados clínicos. Parece inmediatamente evidente que no hay ansiedad sin tensión somática; pero también debemos aprender que no hay ansiedad individual que no refleje una preocupación latente común al grupo inmediato y al más amplio. Un individuo se siente aislado y excluido de las fuentes de fortaleza colectiva cuando (aunque sólo en forma secreta) asume un rol que se considera particularmente malo, sea el de borracho o asesino, "mariquita" o tonto, cualquiera que sea la designación habitual de la inferioridad que se utilice en su grupo. En el caso de Sam, la muerte de la abuela sólo sirvió para confirmar lo que los niños gentiles (o más bien sus padres) habían señalado, esto es, que era un muchachito terriblemente malo. Por detrás de todo esto, desde luego, existe el hecho de que era distinto, de que era un judío, problema que ocupaba su atención no sólo y ni siquiera primariamente a causa de sus vecinos, ya que sus propios padres le señalaban permanentemente que un niño judío debe ser particularmente bueno a fin de no ser particularmente malo. Aquí sería necesario que nuestra investigación, a fin de hacer justicia a todos los hechos pertinentes, nos llevara otra vez a la historia en general; tendríamos que reconstruir el destino de esta familia partiendo desde esa ciudad norteamericana hasta un ghetto en una remota provincia oriental de Rusia y a todos los hechos brutales de la gran Diáspora.

Nos referimos a tres procesos, el proceso somático, el proceso yoico y el proceso social. En la historia de la ciencia estos tres procesos han pertenecido a tres disciplinas científicas distintas —biología, psicología y ciencias sociales— cada una de las cuales estudió lo que pudo aislar, contar y disecar: organismos individuales, mentes individuales y conjuntos sociales. El conocimiento así obtenido se refiere a hechos y cifras, a localización y causa; y ha traído como resultado una controversia sobre la asignación de cada ítem a uno u otro proceso. Nuestro pensamiento está dominado por esta tricotomía porque sólo a través de las metodologías inventivas de estas disciplinas es posible alcanzar algún conocimiento. Por desgracia, sin embargo, este conocimiento está sujeto a las condiciones bajo las cuales se obtuvo: el organismo que sufre una disección o un examen; la mente entregada al experimento o al cuestionario; los conjuntos sociales desplegados sobre tablas estadísticas. En todos estos casos, pues, una disciplina científica distorsiona la cuestión estudiada al disolver activamente su situación de vida total a fin de poder hacer un corte aislado que sea susceptible a la aplicación de una serie de instrumentos o conceptos.

Nuestro problema clínico, y nuestro prejuicio, son distintos. Estudiamos crisis humanas individuales comprometiéndonos terapeuticamente con ellas. Al hacerlo, comprobamos que los tres procesos mencionados son tres aspectos de un mismo proceso, esto es, la vida humana, acentuando de igual manera ambos términos. La tensión somática, la ansiedad individual y el pánico grupal son, entonces, sólo distintas maneras en que la ansiedad humana se presenta a los distintos métodos de investigación. La formación clínica debería incluir los tres métodos, ideal que los trabajos incluidos en este libro persiguen tentativamente. Cuando examinamos cada ítem pertinente en un caso dado, no podemos eludir la convicción de que el significado de un ítem que puede ser "localizado" en uno de los tres procesos está codeterminado por su significado en los otros dos. Un ítem en uno de los procesos gana en importancia al dar y recibir significación de ítems en los otros procesos. Confiamos en que gradualmente podremos encontrar palabras más adecuadas para tal *relatividad en la existencia humana*.

Así, de la catástrofe descrita en nuestro primer ejemplo, no conocemos ninguna "causa". En cambio, encontramos en los tres procesos una convergencia de intolerancias específicas que vuelven la catástrofe retrospectivamente inteligible y probable. La plausibilidad así obtenida no nos permite retroceder y anular las causas. Sólo nos hace comprender un continuo, en el que la catástrofe señaló un acontecimiento decisivo, acontecimiento que ahora arroja

su sombra sobre los mismos ítems que parecen haberla causado. La catástrofe se ha producido, y ahora debemos introducirnos como agente curativo en la situación postcatastrófica. Nunca sabremos cómo fue su vida antes de verse así afectada, y de hecho nunca sabremos cómo fue su vida antes de que nosotros interviniéramos en ella. Estas son las condiciones bajo las que realizamos la investigación terapéutica.

A fin de encontrar términos de comparación y de confirmación, pasaremos ahora a otra crisis, esta vez en un adulto. El síntoma evidente es, también aquí, somático y consiste en una severa cefalea crónica, que debe su comienzo a una de las exigencias de la vida social adulta, el combate en la guerra.

## 2. UNA CRISIS DE COMBATE EN UN INFANTE DE MARINA-

Un joven maestro de poco más de treinta años fue dado de baja de las fuerzas armadas en calidad de "baja psiconeurótica". Sus síntomas, fundamentalmente dolores de cabeza invalidantes, persistieron en su primera tarea civil. En una clínica para veteranos se le preguntó cómo había comenzado todo. He aquí su respuesta:

Un grupo de infantes de marina, que acababan de desembarcar, se encontraban sumidos en la profunda oscuridad de una playa del Pacífico, muy cerca del fuego enemigo. Habían sido alguna vez, y seguían actuando como si lo fueran, un grupo de hombres duros y turbulentos, seguros de poder "aguantar cualquier cosa". Siempre habían sentido que podían confiar en que los oficiales los relevaban después del asalto inicial y que la vulgar infantería se ocuparía de mantener las posiciones conquistadas. En cierto sentido, siempre habían considerado que la mera defensa iba contra el espíritu esencial de su cuerpo. Con todo, eso había ocurrido en esta guerra, y por ello habían estado expuestos no sólo a un maldito fuego furtivo que parecía surgir de la nada, sino también a una extraña mezcla de asco, rabia y temor que sentían en el estómago.

Y allí estaban otra vez. El fuego "de apoyo" de la marina no les había servido de gran ayuda. Parecía que otra vez las cosas habían salido mal. ¿Y si fuera cierto que los oficiales los consideraban carne de cañón?

Entre esos hombres estaba nuestro paciente. Lo último que se le hubiera ocurrido en ese momento es que él mismo pudiera

llegar alguna vez a ser un paciente. En realidad, pertenecía al cuerpo de sanidad. Desarmado, según la costumbre, parecía insensible a la ola lentamente creciente de rabia y pánico que dominaba a los hombres; era como si no pudiera alcanzarlo. De alguna manera, se sentía en su lugar como enfermero. Las quejas de los demás le parecían infantiles. Siempre le había gustado trabajar con niños y siempre se lo había considerado particularmente eficaz con los chicos difíciles. Pero él mismo estaba lejos de serlo. En realidad, al comienzo de la guerra había elegido el cuerpo de sanidad porque no podía soportar la idea de empuñar un arma. No sentía odio hacia nadie. (Al reiterar ahora este elevado sentimiento, se hizo evidente que todo eso era demasiado bueno como para ser cierto, sobre todo en el caso de la Infantería de Marina, pues no bebía ni fumaba ni maldecía jamás.) En aquel momento lo hacía sentir bien la posibilidad de mostrar que podía soportar eso y mucho más, que podía ayudar a esos muchachos a soportar la situación y serles útil cuando su misión agresiva había concluido. Se mantuvo cerca del oficial médico, un hombre parecido a él a quien podía respetar y admirar.

Nuestro enfermero nunca pudo recordar del todo qué ocurrió durante el resto de la noche. Sólo tenía recuerdos aislados, más oníricos que reales. Afirma que se ordenó a los hombres del cuerpo de sanidad que descargaran municiones en lugar de levantar un hospital; que el oficial médico, no se sabe bien por qué, se volvió muy agresivo e insultante y que en algún momento durante la noche alguien le puso una ametralladora entre las manos. Aquí terminan sus recuerdos.

A la mañana siguiente, el paciente (pues ahora lo era) se encontró en el hospital finalmente improvisado. De la noche a la mañana había desarrollado una severa fiebre intestinal. Pasó el día bajo la acción de sedantes; al caer la noche el enemigo atacó desde el aire. Todos los hombres que estaban en condiciones de hacerlo buscaron refugio o ayudaron a los enfermos a encontrarlo. Él estaba inmovilizado, y, peor aún, imposibilitado para ayudar. Por primera vez sintió miedo, como tantos hombres valerosos en el momento en que se encuentran yaciendo de espaldas, sin posibilidad de realizar actividad alguna.

Al día siguiente lo evacuaron. Cuando no se encontraba bajo el fuego enemigo se sentía más tranquilo, o por lo menos así lo creía, hasta que sirvieron la primera comida a bordo. El ruido metálico de los utensilios le perforó la cabeza como una salva de disparos. Era como si careciera de toda defensa contra esos ruidos, que eran tan intolerables que tuvo que arrastrarse y meterse debajo de una frazada mientras los otros comían.

Desde ese momento su vida se convirtió en un tormento a causa de los espantosos dolores de cabeza. Cuando se libraba de ellos temporariamente, estaba inquieto, temeroso de todo posible ruido metálico y furioso cuando escuchaba alguno. Su fiebre (o lo que podía haberla causado) desapareció; pero sus dolores de cabeza y su nerviosidad lo obligaron a regresar a los Estados Unidos, donde lo dieron de baja.

¿Cuál era el núcleo de su neurosis? Pues se trataba sin duda de una "neurosis de guerra", si aceptamos el diagnóstico de sus médicos. Desde el punto de vista psicológico, la fiebre y el estado tóxico habían justificado su primer dolor de cabeza, pero sólo ése.

Aquí debemos preguntar algo aparentemente muy alejado de los dolores de cabeza: ¿por qué se trataba de un hombre tan bueno? Pues incluso ahora, aunque estaba prácticamente rodeado por molestas circunstancias de postguerra, parecía incapaz de verbalizar y dar rienda suelta a su rabia. De hecho, pensaba que la cólera insultante de su oficial médico aquella noche lo había llevado de ansiedad al desilusionarlo. ¿Por qué era tan bueno y lo escandalizaba tanto la rabia?

Le pedí que tratara de sobreponerse a su aversión por la rabia y me enumerara las cosas que lo habían irritado, aunque fuera levemente, durante los días precedentes a la entrevista. Mencionó la vibración de los ómnibus, las voces muy agudas, como las de los niños dedicados a alguna tarea; el chirrido de los neumáticos; el recuerdo de las trincheras llenas de hormigas y lagartos; la pésima comida de la Marina; la última bomba que había explotado muy cerca; las personas desconfiadas; las personas ladronas; la gente soberbia y vanidosa "de cualquier raza, color o religión"; el recuerdo de su madre. Las asociaciones del paciente habían llevado desde los ruidos metálicos y otros recuerdos de guerra a los robos, la desconfianza... y su madre.

Según parecía, no veía a su madre desde los catorce años. Por aquella época su familia estaba en un momento de declinación económica y moral. Abandonó el hogar abruptamente cuando la madre, borracha y furiosa, lo apuntó con un revólver. Se apoderó del arma, la destrozó y arrojó por la ventana. Luego se fue para siempre. Había obtenido la ayuda secreta de su jefe, un hombre muy paternal. A cambio de su protección y guía, le había prometido no beber ni maldecir ni permitirse gratificación sexual alguna, y no tocar jamás un arma. Había llegado a ser un buen estudiante y maestro y un hombre de temperamento excepcionalmente tranquilo, por lo menos en la superficie, hasta esa noche en la playa del Pacífico, cuando entre la cólera y el pánico crecientes de los hombres, su paternal oficial superior explotó con

una serie de violentos insultos y cuando, inmediatamente después, alguien le puso una ametralladora en las manos.

Las neurosis de guerra de este tipo han sido numerosas. Sus víctimas se encontraban en un estado constante de pánico potencial. Se sentían atacadas o en peligro frente a ruidos fuertes o repentinos, así como por síntomas que conmovían su cuerpo: palpitaciones, olas de calor febril, dolores de cabeza. Con todo, estaban igualmente impotentes frente a sus emociones: rabia y ansiedad infantiles sin motivo alguno y provocadas por cualquier cosa que fuera demasiado súbita o intensa, una percepción o un sentimiento, un pensamiento o un recuerdo. Lo que estaba enfermo en esos hombres, por lo tanto, era su sistema de selección, su capacidad para no prestar atención a miles de estímulos que percibimos en cualquier momento dado, pero que podemos ignorar en beneficio de aquello en lo que estamos concentrados. Peor aún, esos hombres no podían dormir profundamente ni soñar bien. A través de largas noches vagaban entre el Escila de ruidos molestos y el Caribdis de los sueños angustiosos que terminaban por sacarlos de los momentos de dormir profundo que tanto les costaba lograr. Durante el día, eran incapaces de recordar ciertas cosas; en sus propios vecindarios se sentían perdidos o de pronto descubrían, en la conversación, que habían entendido las cosas mal. No podían confiar en los procesos característicos del yo mediante los cuales se organiza el tiempo y el espacio y se verifica la verdad.

¿Qué había ocurrido? ¿Eran éstos los síntomas de nervios físicamente sacudidos y somáticamente dañados? En algunos casos, es indudable que la situación comenzó con un daño de ese tipo, o por lo menos con una traumatización momentánea. Las más de las veces, sin embargo, diversos factores se combinaron para provocar una crisis real y para hacerla duradera. El caso presentado incluía todos estos factores: una declinación en el estado de ánimo del grupo y el desarrollo gradual de un pánico grupal imperceptible debido a la falta de confianza en los oficiales; la inmovilización bajo el fuego enemigo que era imposible localizar y devolver; la tentación de "aflojar" en una cama de hospital y, por último, la evacuación inmediata y un conflicto perdurable entre dos voces interiores, una de las cuales decía: "No seas tonto, deja que te lleven a casa", y la otra: "No les falles a los demás; si ellos pueden aguantarlo, tú también".

Lo que más me impresionó en esos hombres fue la pérdida del sentimiento de identidad. Sabían quiénes eran; tenían una identidad personal. Pero era como si, subjetivamente, sus vidas ya no tuvieran cohesión y nunca pudieran recuperarla. Había un trastorno central de lo que entonces comencé a denominar iden-

idad yoica. A esta altura, basta decir que ese sentimiento de identidad permite experimentar al sí mismo como algo que tiene continuidad y mismidad, y actuar en consecuencia. En muchos casos, hubo, en el momento decisivo en la historia del derrumbe, un ítem aparentemente inocente, tal como el arma en las manos renuentes de nuestro enfermero: un símbolo del mal, que ponía en peligro los principios mediante los cuales el individuo había intentado salvaguardar su integridad personal y su *status* social en su existencia normal. Asimismo, la ansiedad estallaba a veces ante este súbito pensamiento: tendría que estar ahora en casa, pintando el techo o pagando aquella cuenta, o teniendo una entrevista con este jefe o visitando a esa muchacha y el desesperante sentimiento de que todo eso nunca ocurriría. Esto, a su vez, parecía estar intrínsecamente entrelazado con un aspecto de la vida norteamericana que será considerado detalladamente más adelante, a saber, el hecho de que muchos de nuestros jóvenes mantienen sus planes de vida y sus identidades en un nivel tentativo, basándose en el principio sugerido por el temprano curso de la historia norteamericana: un hombre debe tener, preservar y defender la libertad del próximo paso y el derecho a elegir y a aprovechar las oportunidades. Sin duda, también los norteamericanos terminan por establecerse y pueden mostrarse furiosamente sedentarios. Pero establecerse con convicción presupone también la seguridad de que pueden desplazarse si así lo desean, desplazarse geográficamente y socialmente, o ambas cosas. Lo que importa es la libre elección y la convicción de que nadie puede "acorrallarlos" o "llevarse los por delante". Así, los símbolos contrastantes adquieren máxima importancia, símbolos de posesión, de *status*, de identidad, y símbolos de elección, de cambio y de desafío. Según la situación inmediata, estos símbolos pueden volverse buenos o malos. En nuestro infante de marina, el arma se había convertido en el símbolo de la decadencia de su familia y representaba todas las cosas desagradables y llenas de rabia que él había elegido *no* hacer.

Así, también aquí, tres procesos contemporáneos, en lugar de servir de apoyo recíproco, parecen haber agravado mutuamente sus peligros respectivos. 1) El grupo: esos hombres deseaban controlar la situación como grupo, con una identidad definida entre las fuerzas armadas de este país. La desconfianza en los líderes, en cambio, causó un pánico lleno de protesta. Nuestro hombre enfrentó el pánico, que no podía de ningún modo ignorar, al asumir una actitud defensiva, tan frecuente en su vida, a saber, que él era el líder sereno y tolerante de un grupo de niños. 2) El organismo del paciente luchó por alcanzar la homeostasis bajo el impacto del pánico (subliminal) y los síntomas de una

infección aguda, pero se vio saboteado por la severa fiebre. Para enfrentar todo esto, nuestro hombre llegó hasta el momento de crisis gracias a esa otra "convicción" de que podía "aguantar cualquier cosa". 3) El yo del paciente: ya abrumado por el pánico del grupo y la fiebre en aumento, frente a ninguno de los cuales estaba al principio dispuesto a ceder, su equilibrio se vio aún más perturbado por la pérdida de un apoyo externo para un ideal interior: los mismos superiores en los que había confiado le ordenaban (o así lo creyó) quebrar un voto simbólico en el que su autoestimación estaba precariamente basada. No cabe duda, pues, de que ese hecho abrió las compuertas de las urgencias infantiles que él había mantenido tan rígidamente en estado latente. Pues debido a su rigidez, sólo una parte de su personalidad había madurado realmente, mientras que la otra había encontrado apoyo en los mismos factores que ahora se derrumbaban. Bajo tales condiciones, no pudo soportar la inactividad bajo el bombardeo aéreo y algo en él claudicó con excesiva facilidad ante el ofrecimiento de evacuarlo. Aquí la situación cambió y aparecieron nuevas complicaciones pues, una vez evacuados, muchos hombres se sintieron inconscientemente obligados, por así decirlo, a seguir sufriendo y padeciendo somáticamente, a fin de justificar la evacuación, para no hablar de la baja posterior, que algunos hombres nunca habrían podido perdonarse de estar motivada por una "mera neurosis". Después de la Primera Guerra Mundial se atribuyó gran importancia a la neurosis de compensación —neurosis prolongada inconscientemente a fin de obtener una ayuda financiera permanente. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial ha proporcionado una mayor comprensión de lo que podría denominarse neurosis de *sobrecompensación*, esto es, el deseo inconsciente de seguir sufriendo a fin de sobrecompensar psicológicamente la flaqueza de haber abandonado a los otros, pues muchos de esos escapistas eran más leales de lo que ellos mismos suponían. También nuestro escrupuloso infante de marina sentía a menudo que "una bala le atravesaba la cabeza", debido al tremendo dolor que experimentaba en cuanto se encontraba decididamente mejor, o más bien, cuando tomaba conciencia de haberse sentido bien durante algún tiempo sin que se diera cuenta de ello.

Podríamos decir con razonable certeza que este individuo no se habría derrumbado en esa forma particular de no haber sido por las condiciones de la guerra y el combate —tal como la mayoría de los médicos podrían estar razonablemente seguros de que el pequeño Sam no habría tenido convulsiones de tal severidad sin alguna "anuencia somática". En ambos casos, sin embargo, el problema psicológico y terapéutico consiste en comprender cómo

las circunstancias combinadas debilitaron una defensa central y que significado específico tiene el derrumbe consiguiente.

Las circunstancias combinadas que reconocemos constituyen una suma de cambios simultáneos en el organismo (agotamiento y fiebre), en el yo (derrumbe de la identidad yoica) y en el medio ambiente (pánico grupal). Estos cambios se agravan unos a otros si el carácter súbito y traumático de una serie de cambios plantea exigencias imposibles de satisfacer al poder equilibrador de las otras dos, o si una convergencia de los temas principales otorga a todos los cambios una especificidad mutua elevada. Observamos una convergencia de este tipo en el caso de Sam, donde el problema de la hostilidad alcanzó un punto crítico en su medio ambiente, su etapa de maduración, su estado somático y sus defensas yoicas. Los casos de Sam y del infante de marina muestran otra tendencia peligrosa, a saber, la ubicuidad del cambio, situación que se produce cuando demasiados factores que sirven de sustento corren peligro simultáneo en las tres esferas.

Hemos presentado dos crisis humanas con el fin de ilustrar un punto de vista clínico general. Las leyes y los mecanismos involucrados serán considerados a lo largo de este libro. Los casos presentados no son típicos: en la rutina diaria de la clínica pocos casos exhiben un "comienzo" tan dramático y nítido. Dichos comienzos tampoco señalan en realidad el desencadenamiento del trastorno que eventualmente dominó a estos pacientes. Sólo señalan momentos de experiencias concentradas y representativas. Pero no nos apartamos demasiado de lo clínico y, de hecho, del hábito histórico, cuando con fines de demostración elegimos casos que destacan en forma desusadamente dramática los principios que gobiernan lo habitual.

Tales principios pueden expresarse en una fórmula didáctica. La pertinencia de un ítem dado en una historia clínica deriva de la de otros ítems a los que aquél confiere a su vez pertinencia y de los cuales, por el hecho mismo de esta contribución, deriva significado adicional. Para comprender un caso de psicopatología se procede a estudiar la serie de cambios observables que parecen más accesibles, sea porque dominan al síntoma básico o porque uno ha aprendido un enfoque metodológico para esta serie particular de ítems, se trate de cambios somáticos, transformaciones de la personalidad o trastornos sociales. Dondequiera que se comience, hay que volver a hacerlo desde los otros dos puntos de vista. Si se empieza con el organismo, habrá que averiguar qué significados tienen esos cambios en los otros procesos y en qué medida obstaculizan, a su vez, el intento del organismo de recuperarse. Para comprenderlo realmente, será necesario, sin temor de caer en una

indebida duplicación, volver a examinar los datos y comenzar, por ejemplo, con las variaciones en el proceso yoico, relacionando cada ítem con la etapa del desarrollo y el estado del organismo, así como con la historia de las vinculaciones sociales del paciente. Esto, a su vez, requiere una tercera forma de reconstrucción, a saber, la de la historia familiar del paciente y la de aquellos cambios en su vida social que derivan su significación de los cambios corporales y el desarrollo yoico y les otorgan, a su vez, significado. En otros términos, y ante la imposibilidad de llegar a ninguna secuencia simple o ninguna cadena causal con una localización clara y un comienzo circunscripto, sólo una especie de contabilidad por partida triple (o, si se lo desea, una manera sistemática de moverse en círculos) puede clarificar gradualmente la pertinencia y la relatividad de todos los datos conocidos. El hecho de que esto pueda no conducir a un claro comienzo y pueda no finalizar con una clara reconstrucción de la patogénesis ni una formulación pronóstica bien fundamentada, es desafortunado desde el punto de vista de nuestros archivos, pero quizás convenga a nuestro esfuerzo terapéutico, pues debemos estar dispuestos no sólo a comprender sino también a influir sobre los tres procesos al mismo tiempo. Ello significa que en nuestra mejor tarea clínica, o en los mejores momentos de dicha tarea, no reflexionamos laboriosamente sobre todas las relatividades involucradas, por más que hayamos podido explicitarlas en las reuniones de personal y en los resúmenes; debemos actuar sobre ellas en la medida en que nos sumamos a ellas.

No es propósito de este libro describir el aspecto terapéutico de nuestro trabajo; sólo en la conclusión volveremos al problema de la psicoterapia como una relación específica. Hemos presentado aquí nuestra fórmula para el pensamiento clínico principalmente como una fundamentación racional para la organización de este libro.

En el resto de la Parte Uno, consideraré la base biológica de la teoría psicoanalítica, la cronología freudiana del desarrollo de la libido y la relacionaré con lo que sabemos sobre el yo y con lo que estamos empezando a aprender sobre la sociedad. La Parte Dos se refiere a un dilema social, esto es, la educación de los niños indios norteamericanos hoy y en el pasado tribal, y su significación para la adaptación cultural.

La Parte Tres trata las leyes del yo, tal como se revelan en la patología yoica y en el juego infantil normal. Presentaremos un cuadro de las adquisiciones psicosociales que constituyen el resultado de la mediación exitosa del yo entre las etapas físicas y las instituciones sociales.

A la luz de todo esto, examinaremos en la Parte Cuatro aspectos seleccionados del final de la infancia y la entrada en la adultez, bajo las condiciones cambiantes de la industrialización en este país, en Alemania y en Rusia. Ello proporcionará una fundamentación racional histórica a nuestro estudio, pues en nuestros tiempos el hombre debe decidir si puede permitirse seguir explotando la infancia como un arsenal de temores irracionales o si la relación entre el adulto y el niño, tal como otras desigualdades, puede llevarse a un plano de coparticipación en un orden más razonable de cosas.

## CAPITULO 2

### LA TEORÍA DE LA SEXUALIDAD INFANTIL

#### I. DOS EPISODIOS CLÍNICOS

COMO INTRODUCCIÓN a una revisión de las teorías de Freud relativas al organismo infantil como una central de energías sexuales y agresivas, permítaseme presentar ahora algunas observaciones sobre dos niños que parecían extrañamente estancados en un combate con sus propios intestinos. Al intentar comprender las consecuencias sociales de los orificios para la eliminación y de otro tipo en nuestro cuerpo, será necesario reservar nuestro juicio sobre los niños estudiados y los síntomas observados. Los síntomas parecen extraños; los niños no lo son. Por buenos motivos fisiológicos, los intestinos están muy alejados de la zona que constituye nuestro mediador interpersonal primario, esto es, el rostro. Los adultos bien educados hacen caso omiso de sus intestinos, si éstos funcionan bien, como el envés no social de las cosas. Con todo, por esa misma razón, el mal funcionamiento intestinal se presta a la reflexión confusa y a la respuesta secreta. En los adultos, dicho problema se oculta tras trastornos somáticos; en los niños, se presenta a través de lo que a primera vista parecen hábitos voluntarios.

Ann, una niña de cuatro años, entra a mi consultorio, en parte tironeada sin violencia y en parte empujada con firmeza por su preocupada madre. Si bien no se resiste ni protesta, tiene el rostro pálido y enfurruñado, la mirada parece vacía y vuelta hacia adentro, y se succiona vigorosamente el pulgar.

Estoy al tanto de las dificultades de Ann. Esta niña parece estar perdiendo su flexibilidad habitual; en cierto sentido es demasiado infantil, y en otro, demasiado seria. Cuando expresa alguna exuberancia, es de ese tipo explosivo que pronto se convierte en tontería. Pero su hábito más molesto consiste en retener sus contenidos intestinales cuando se le pide que los evacue, y en

eliminarlos empecinadamente en su cama durante la noche, o bien por la mañana temprano, justo antes de que su somnolienta madre pueda levantarla. Soporta en silencio y como perdida en una ensoñación, detrás de la cual acecha una evidente desesperación, todas las reprimendas. Tal desesperación parece haber aumentado recientemente luego de un accidente en el que la atropelló un auto. El daño corporal sufrido fue sólo superficial, pero se ha apartado aún más de la comunicación y el control de los padres.

Una vez en el consultorio, la niña suelta la mano de la madre y camina por la habitación con la obediencia automática de un prisionero que ya carece de voluntad propia. En mi cuarto de juego se queda de pie en un rincón, succionando tensamente el pulgar y prestándome sólo una atención reservada.

En el Capítulo 6, consideraré la dinámica de estos encuentros entre un niño y un psicoterapeuta y señalaré en detalle lo que creo que ocurre en la mente del niño y lo que sé que tiene lugar en la mía durante esos primeros momentos de mutuo examen. Me referiré entonces al papel de la observación del juego en nuestro trabajo. Aquí me interesa tan sólo registrar un "especimen" clínico como trampolín para las consideraciones teóricas.

La niña da a entender claramente que no obtendrá nada de ella. Con todo, para su creciente sorpresa y alivio, no le hago pregunta alguna; ni siquiera le digo que soy su amigo y que ella debe confiar en mí. En cambio, comienzo a construir una casa en el piso. Hay una sala, una cocina, un dormitorio con una niña en la cama y una mujer de pie junto a ella, un baño con la puerta abierta y un garaje con un hombre de pie al lado de un auto. Todo esto sugiere, desde luego, la habitual hora matutina en que la madre trata de levantar a la niña "a tiempo", mientras el padre se prepara para abandonar la casa.

Nuestra paciente, cada vez más fascinada por esta presentación sin palabras de un problema, entra repentinamente en acción. Deja de succionarse el pulgar y en su rostro aparece una sonrisa amplia y llena de dientes. Su cara se ilumina y se acerca corriendo a la casita de juguete. Con un vigoroso puntapié elimina a la muñeca que representa a la mujer; cierra estruendosamente la puerta del baño y corre hacia el estante de los juguetes para sacar tres autitos relucientes, que coloca en el garaje junto al hombre. Ha respondido a mi "pregunta": sin duda, no desea que la niña de juguete le dé a su madre lo que pertenece a esta última, y está ansiosa por darle al padre más de lo que éste puede pedir.

Me encuentro todavía meditando sobre el poder de su exuberancia agresiva cuando ella, a su vez, parece súbitamente dominada por una serie totalmente distinta de emociones. Estalla en

lágrimas y se lanza a su gimoteo desesperado: "¿Dónde está mi mamita?" Con premura aterrorizada, toma un puñado de lápices de mi escritorio y corre hacia la sala de espera. Luego de dejar los lápices en la mano de la madre, se sienta junto a ella. Vuelve a meterse el pulgar en la boca y de su rostro desaparece toda comunicatividad; comprendo que el juego ha terminado. La madre quiere devolverme los lápices, pero le indico que no los necesito. La madre y la niña se despiden.

Media hora más tarde suena el teléfono. Casi no han tenido tiempo de llegar a la casa cuando la niña le pregunta a la madre si puede verme otra vez ese mismo día. Mañana no es bastante pronto. Insiste con signos de desesperación en que la madre me llame de inmediato para arreglar una cita ese mismo día, de modo que ella pueda devolverme los lápices. Debo asegurar a la niña por teléfono que aprecio sus intenciones, pero que no tengo inconveniente en que se quede con los lápices hasta el día siguiente.

Al día siguiente, a la hora fijada. Ann está sentada junto a su madre en la sala de espera. En una mano tiene los lápices, que no puede entregarme; en la otra aferra un pequeño objeto. No muestra deseos de seguirme. De pronto se hace evidente que se ha ensuciado. Cuando la levantan para llevarla al baño, los lápices caen al piso y, con ellos, el objeto que sostenía en la otra mano. Es un diminuto perro de juguete, una de cuyas patas está rota.

Debo agregar aquí la información de que, por esa época, el perro de un vecino desempeñaba un papel significativo en la vida de la niña. Dicho perro también se ensucia, pero lo castigan por ello, cosa que no ocurre con la niña. Y el perro, además, ha sido atropellado hace poco por un auto, pero él ha perdido una pata. Así, su amigo en el mundo animal es muy semejante a ella misma, sólo que con los rasgos más acentuados y en peores condiciones. ¿Acaso espera (o quizás incluso desea) que la castiguen del mismo modo?

He descrito ya las circunstancias de un episodio lúdico y de un síntoma infantil. No consideraré aquí las relatividades y pertinencias que llevaron a la situación descrita, así como tampoco relataré la forma en que el estancamiento se resolvió finalmente a través del trabajo con los padres y la niña. Aprecio y comparto con más de un lector el pesar por la imposibilidad de considerar aquí el proceso terapéutico y, de hecho, la solución de esta crisis infantil. En cambio debo pedir al lector que acepte esta historia como un "especimen" y que la analice conmigo.

La niña no había venido por su propia voluntad. Simplemente había permitido que la trajera la madre, la misma figura hacia la

que, como todo lo indicaba, se dirigía su mal humor. Una vez en mi habitación, mi juego silencioso evidentemente la había hecho olvidar durante un instante que su madre estaba afuera. Pudo expresar en pocos minutos de comunicación no verbal lo que no hubiera podido decir con palabras al cabo de muchas horas: ella "odiaba" a su madre y "amaba" al padre. Habiendo expresado esto, sin embargo, debe haber experimentado lo mismo que Adán cuando escuchó la voz de Dios: "Adán, ¿dónde estás?". Se vio obligada a expiar su acción, pues también amaba y necesitaba a la madre. En su mismo pánico, empero, hizo compulsivamente lo que hacen las personas ambivalentes: al tratar de reparar a una persona "inadvertidamente" dañan a otra. De modo que se llevó mis lápices para apaciguar a la madre, y luego quiso obligar a esta última a que la ayudara a devolverlos.

Al día siguiente, su anhelo de granjearse mi simpatía está paralizado. Pienso que yo me había convertido en el tentador que hace confesar a los niños, en los momentos en que no están en guardia, lo que nadie debe saber o decir. Los niños tienen a menudo una reacción de este tipo después de una admisión inicial en los pensamientos secretos. ¿Y si se lo contara a la madre? ¿Y si la madre se negara a traerla de nuevo, para que ella pudiera modificar, limitar esos actos espontáneos? De modo que se negó rotundamente a actuar, y dejó que su síntoma hablara.

Ensuciarse representa un conflicto esfinteriano, un problema anal y uretral. Llamamos zonal a este aspecto de la cuestión porque concierne a una *zona corporal*. Un examen más detallado, sin embargo, pone en evidencia que la conducta de esta niña, aun cuando no es anal en un sentido zonal, tiene la cualidad de un problema esfinteriano. Casi se diría que toda la niña actúa como un esfínter múltiple. En su expresión facial, así como en su comunicación emocional, se cierra la mayor parte del tiempo, para abrirse sólo rara y espasmódicamente. Cuando le ofrecemos una situación lúdica para que pueda revelarse y comprometerse en su "irrealidad", ella realiza dos acciones: cierra, en vigoroso desafío, la puerta del baño de la casa de juguete, y entrega con alegría maníaca, tres autos relucientes al muñeco que representa al padre. Cada vez más profundamente involucrada en la oposición entre las simples modalidades de dar y recibir, da a la madre lo que me quitó a mí y luego desea desesperadamente devolverme lo que ha entregado a la madre. Ya de regreso, sus pequeñas manos tensas aprietan los lápices y el juguete, pero los dejan caer abruptamente, mientras, en forma igualmente repentina, los esfínteres propiamente dichos descargan su contenido.

Evidentemente, pues, esta niña, incapaz de superar el proble-

ma relativo a dar sin tomar (quizás cómo amar al padre sin despojar a la madre) vuelve a caer en una alternancia automática de actos retentivos y eliminatorios. Esta alternancia de retener y soltar, de retraer y entregar, de abrirse y cerrarse, es lo que llamamos el aspecto *modal* del problema. Los esfínteres anal-uretrales, entonces, son los modelos anatómicos para los modos *retentivo* y *eliminador*, los cuales, a su vez, pueden caracterizar una gran variedad de conductas, todas las cuales, de acuerdo con un hábito clínico hoy muy difundido (y un hábito pernicioso, según entiendo), serían consideradas "anales".

Una relación similar entre una zona y un modo puede observarse en los momentos de infantilismo más pronunciado en esta niña. Se transforma toda ella en boca y pulgar, como si una leche consoladora fluyera a través de este contacto de sus propias partes corporales. Ahora es toda "oral". Pero al salir de este replegamiento sobre sí misma, la pequeña puede volverse muy activa, patear la muñeca y apoderarse de los autitos con el rostro encendido y una risa profunda. Entonces, de la posición retentivo-eliminadora, un camino de regresión parece conducir más hacia adentro (aislamiento) y hacia atrás (regresión), mientras que un camino progresivo y agresivo lleva hacia afuera y hacia adelante, hacia una iniciativa que, sin embargo, provoca de inmediato sentimientos de culpa. Esto, pues, circunscribe el tipo de crisis agravada en la que una criatura y una familia pueden necesitar ayuda.

Las vías de tal regresión y progresión constituyen el tema de este capítulo. Con el fin de describir más acabadamente la relación sistemática entre zonas y modalidades, me referiré a un segundo episodio, protagonizado por un niño.

Sabía que Peter retenía su contenido intestinal, al principio durante unos pocos días pero, en los últimos tiempos, había llegado incluso a no defecar durante una semana. Me instaron a apresurarme cuando, además de una retención de materia fecal durante toda una semana, Peter incorporó y retuvo un abundante enema en su pequeño cuerpo de cuatro años. Parecía muy desdichado, y cuando pensaba que nadie lo observaba, apoyaba su hinchado abdomen contra una pared en busca de un apoyo.

Su pediatra había llegado a la conclusión de que semejante hazaña no habría podido lograrse sin la decidida colaboración del aspecto emocional, aunque ya sospechaba lo que más tarde se comprobó a través de una radiografía, a saber, que el niño tenía el colon alargado. Si bien una tendencia al agrandamiento colónico puede haber contribuido inicialmente a la formación del síntoma, evidentemente el niño estaba ahora paralizado por un

conflicto que no podía verbalizar. Más tarde sería necesario tratar mediante una dieta y ejercicios apropiados el trastorno fisiológico local. Primero parecía conveniente comprender el conflicto y establecer una comunicación con el niño lo antes posible, a fin de obtener su cooperación.

He tenido por costumbre, antes de decidirme a encarar un problema familiar, compartir con sus protagonistas una comida en su hogar. Fui presentado a mi futuro paciente como un amigo de los padres que deseaba conocer a toda la familia. El pequeño era uno de esos niños que me hacen poner en duda la sabiduría de todos los esfuerzos por disimular. "¿No son maravillosos los sueños?", me dijo con tono decididamente artificial cuando nos sentamos a almorzar. Mientras que sus hermanos mayores comieron con entusiasmo y rapidez, para luego desaparecer en el bosquecillo situado detrás de la casa, él improvisó casi febrilmente una serie de frases que, como pronto resultará evidente, revelaban su fantasía dominante y perturbadora. Es un hecho característico del aspecto ambivalente de los problemas esfinterianos el que los pacientes revelen casi obsesivamente el mismo secreto que tan trabajosamente retienen en sus intestinos. Enumeraré aquí algunas de las manifestaciones de tipo onírico y mis silenciosas reflexiones al respecto.

"Quisiera tener un elefantito aquí en mi casa. Pero entonces crecería y crecería y la casa reventaría". —El niño está comiendo en ese momento y su abdomen parece a punto de explotar.

"Mire esa abeja; quiere llegar al azúcar que tengo en el estómago". —"Azúcar" parece un eufemismo, pero trasmite la idea de que el niño tiene algo valioso en el estómago y que alguien quiere apoderarse de ello.

"Tuve un mal sueño. Algunos monos subían y bajaban por la casa y trataban de entrar para agarrarme". —Las abejas deseaban llegar al azúcar que tiene en el estómago; ahora los monos quieren apoderarse de él en su casa. El incremento de comida en el estómago —el pequeño elefante que crece dentro de la casa— las abejas que buscan el azúcar que tiene en el estómago, los monos que lo persiguen dentro de la casa.

Al finalizar el almuerzo se sirvió café en el jardín. Peter se sentó debajo de una mesa, arrastró las sillas hacia él como si estuviera haciendo una barricada y dijo: "Ahora estoy en mi tienda, y las abejas no pueden agarrarme". —Vuelve a estar en un lugar cerrado, y corre peligro debido a los animales intrusos.

Luego salió de su escondrijo y me llevó a su habitación. Admiré sus libros y dije: "Muéstrame la figura que más te gusta en el libro que más te gusta". Sin vacilar me mostró una ilus-

tración en la que se veía a un hombre de pan de jengibre que flotaba en el agua hacia la boca abierta de un lobo, que también nadaba. Excitado, dijo: "¡El lobo se va a comer al hombre, pero no lo va a dañar porque [en voz muy alta] no está vivo, y la comida no siente cuando uno la come!" Estuve en un todo de acuerdo con él, y reflexioné mientras tanto que las afirmaciones juguetonas del niño tenían como centro la idea de que todo lo que había acumulado en el estómago estaba vivo y corría peligro de "reventarlo" o bien de ser dañado. Le pedí que me mostrara otra figura que le gustara mucho en cualesquiera de los otros libros. De inmediato sacó un libro titulado "La pequeña locomotora que pudo", y buscó una página en la que se veía a un tren a vapor que se introducía en un túnel, volvía a salir en la página siguiente, pero sin largar vapor. "Ve, me dijo, el tren se metió en el túnel, ¡y en el túnel oscuro se murió!" Algo que estaba vivo entraba en un pasaje oscuro y salía muerto. Ya no dudé de que el niño tenía la fantasía de estar lleno de algo precioso y vivo: si lo conservaba, lo reventaría y si lo descargaba, podía salir dañado o muerto. En otras palabras, estaba embarazado.

El paciente necesitaba ayuda inmediata a través de la interpretación. Quiero dejar bien en claro que no estoy de acuerdo con la práctica de impartir explicaciones sexuales a niños que nada sospechan, antes de haber establecido una relación confiable. Aquí, sin embargo, sentí que se necesitaba una acción "quirúrgica". Retorné al tema de su amor por los elefantitos y sugerí que dibujáramos algunos. Después de haber alcanzado una cierta eficacia en el dibujo de los accesorios y apéndices exteriores de una señora elefante y un par de bebés, le pregunté si sabía de dónde venían los elefantitos. Se puso tenso y respondió negativamente, aunque tuve la impresión de que tan sólo deseaba que siguiera hablando. Así, pues, dibujé lo mejor que pude un corte transversal de la señora elefante y de sus compartimentos internos, dejando bien en claro que existen dos, uno para los intestinos y otro para los bebés. Le dije luego: "Esto es algo que algunos chicos no saben. Creen que los contenidos intestinales y los bebés salen por el mismo orificio en los animales y en las mujeres". Antes que pudiera explicar sobre los peligros que podían deducirse de tal malentendido, me dijo muy excitado que cuando su madre lo estaba esperando tenía que llevar un cinturón para que él no se cayera cuando se sentaba en el inodoro; y que él había sido demasiado para su orificio, de modo que habían tenido que cortarle el estómago para sacarlo. Yo no sabía nada sobre esa operación cesárea, pero dibujé una mujer, aclarando sus recuerdos de las explicaciones maternas. Agregué que, según creía, él también pensaba que

podía tener bebés, y que aunque ello resultaba imposible en la realidad, era importante comprender los motivos de su fantasía; agregué que, como quizás el ya sabía, yo me dedicaba a comprender los pensamientos de los niños, y que, si lo deseaba, volvería al día siguiente para continuar nuestra conversación. Manifestó que así lo deseaba y después de mi partida, movió el intestino con resultados sobrehumanos.

No cabe duda, entonces, de que luego de haber llenado el abdomen con materia fecal retenida este niño pensó que podía estar embarazado y tuvo miedo de defecar por temor a dañarse a sí mismo o al "bebé". ¿Qué lo movió a retener en primer lugar? ¿Qué le provocó en ese momento un conflicto emocional que encontró expresión en la retención intestinal y en una fantasía de embarazo?

El padre del niño me dio un indicio sobre la "causa" inmediata del estancamiento. "Sabe", me dijo, "este chico está empezando a parecerse a Myrtle". "¿Quién es Myrtle?" "Fue su niñera durante dos años; nos dejó hace tres meses". "¿Y poco después sus síntomas empeoraron?" "Así es".

Así, Peter había perdido a una persona importante en su vida: su niñera. Myrtle, una muchacha oriental muy suave y tranquila, había sido su consuelo durante años porque los padres salían a menudo para atender sus obligaciones profesionales. En los últimos meses había adquirido la costumbre de atacar juguetonamente a la niñera, y ésta parecía aceptar y disfrutar silenciosamente de su actitud decididamente "masculina". En su país natal, semejante conducta no sólo no resulta insólita sino que constituye la norma. Pero allí tiene sentido como parte de toda una cultura. La madre de Peter admitió que no podía dejar de sentir que había algo esencialmente malo en la súbita masculinidad del niño y en la forma en que se le permitía manifestarse; y sin duda, no se adecuaba para nada a su cultura. Tomó de pronto conciencia del problema que significaba permitir que una extranjera criara a su hijo y decidió encargarse ella misma del asunto.

Así, la niñera se marchó durante un período de masculinidad incipiente, provocada y desaprobada. Poco importa en lo que al niño respecta que haya partido por propia voluntad o que la despidieran. Lo importante es que vivía en una clase social que podía permitirse sustitutos maternos pagos de una clase o una raza distinta. Desde el punto de vista del niño, esto plantea una serie de problemas. Si un niño siente afecto por su madre sustitutiva, la verdadera lo dejará solo con mayor frecuencia y con la conciencia más tranquila. Si el niño siente hacia ella una leve antipatía, su madre lo dejará con leve pesar. Si la antipatía es muy intensa

y puede provocar incidentes convincentes, la madre la despedirá, para tomar a otra igual o peor que la anterior. Y si sucede que el niño le tiene mucho cariño, a su manera o a la manera de la niñera, no cabe duda de que la madre la despedirá tarde o temprano.

En el caso de Peter, a la injuria se sumó el insulto, debido a una carta de la niñera, quien se había enterado de su problema y que hacía ahora lo posible por explicarle los motivos de su alejamiento. En un principio le había contado que se iba para casarse y tener un hijo propio. Esto ya había sido bastante nocivo en vista de los sentimientos del niño hacia ella. Ahora le informaba que había tomado otro empleo: "Como ves, siempre me voy con otra familia cuando el chico que tengo que cuidar se hace demasiado grande. Me gusta más cuidar a los bebés". Fue entonces cuando algo le ocurrió al niño. Había tratado de ser un chico grande. Su padre no le había servido de gran ayuda porque estaba frecuentemente ausente, ocupado en un negocio que era demasiado complicado como para explicárselo a su hijo. La madre le había dado a entender que la conducta masculina en la forma provocada o tolerada por la niñera era inaceptable. A la niñera le gustaban más los bebés.

Así, pues, hizo una regresión. Comenzó a portarse como un bebé dependiente y, en su desesperación, y a fin de evitar nuevas pérdidas, *retuvo*. Ya lo había hecho antes. Largo tiempo atrás, siendo un bebé, había hecho su primera demostración de empecinamiento al negarse a tragar la comida que ya tenía en la boca. Más tarde, cuando lo sentaron en el inodoro y le ordenaron que no se levantara hasta haber terminado, no terminó y no se levantó hasta que su madre cedió. Ahora retenía sus excreciones, y no sólo eso, pues también comenzó a tener los labios apretados, el rostro sin expresión y el cuerpo rígido. Desde luego, todo esto constituía un sólo síntoma con una variedad de significados relacionados. El significado más simple era el siguiente: me aferro a lo que tengo y no voy a mover el vientre, y no voy a moverme, hacia adelante ni hacia atrás. Pero como vimos a través de su juego, el objeto de su aferramiento podía interpretarse en una variedad de formas. Al principio, cuando todavía creía que la niñera estaba embarazada, trató de retenerla identificándose con ella y fingiendo estar embarazado también. Al mismo tiempo, su regresión general demostraba que también él era un bebé y, por lo tanto, tan pequeño como cualquier niño al que la niñera podría haberse dedicado. Freud llamó a esto la *sobredeterminación* del significado de un síntoma. Los ítems sobredeterminantes, sin embargo, siempre están sistemáticamente relacionados: el niño se

identifica con *los dos participantes en una relación perdida*: es la niñera que ahora está embarazada y es el bebé al que ella prefiere cuidar. Las identificaciones resultantes de las pérdidas son de este tipo. En el duelo, nos transformamos en la persona perdida y volvemos a convertirnos en la persona que fuimos cuando la relación se encontraba en su mejor momento. Esto da lugar a una rica sintomatología aparentemente contradictoria.

Con todo, podemos ver aquí que la *retención* es el modo y el tracto intestinal la zona modelo utilizada para dramatizar la retención y el aferramiento. Pero cuando comenzó a sentir que de hecho tenía dentro de sí el equivalente de un niño, recordó lo que la madre le había dicho sobre su propio nacimiento y el peligro que el parto implica para la madre y el niño. Ya no podía soltar nada.

La interpretación de este temor trajo como resultado una mejora dramática que eliminó el malestar y el peligro inmediato y permitió al niño recuperar su autonomía inhibida y su iniciativa masculina. Pero sólo mediante una combinación de dieta y gimnasia, así como a través de entrevistas con la madre y el niño, fue posible superar finalmente una serie de retrocesos más leves.

## 2. LIBIDO Y AGRESIÓN

Estamos ahora familiarizados con dos episodios patológicos, uno de ellos ocurrido en la vida de una niña y el otro, en la de un varón. Estos incidentes se eligieron debido a sus estructuras claras y observables. Pero, ¿qué clases de leyes pueden explicar tales sucesos?

Freud y los primeros psicoanalistas señalaron al comienzo las regiones psicológicamente inexploradas de los orificios corporales como zonas de vital importancia para la salud y la enfermedad emocionales. Sin duda, sus teorías estaban basadas en la observación de pacientes adultos, y quizás convenga señalar brevemente en qué forma un paciente adulto observado durante un psicoanálisis puede presentar una analogía con lo que hemos visto en nuestros pacientes infantiles.

La "analidad" neurótica de un adulto puede expresarse, por ejemplo, en una excesiva preocupación ritualista por sus funciones intestinales, bajo el disfraz de una higiene escrupulosa o una necesidad general de orden absoluto, limpieza y puntualidad. En otras palabras, parecería ser antianal antes que anal; el individuo sentiría aversión por una retención prolongada o una eliminación descuidada. Pero sus mismas evitaciones antianales lo llevarían a dedicar finalmente más atención y energía a las cuestiones ana-

les que a una persona corriente con una leve tendencia a disfrutar o repudiar las satisfacciones intestinales. El conflicto de ese paciente con respecto a los modos de retención y eliminación podría expresarse en una excesiva restricción general, ya firmemente arraigada en su carácter. No podría actuar con espontaneidad; distribuiría su tiempo, su dinero y su afecto (en cualquier orden) sólo bajo condiciones cuidadosamente ritualizadas y en momentos previamente fijados. Con todo, el psicoanálisis revelaría que, en forma más o menos consciente, tiene fantasías peculiarmente sucias y deseos violentamente hostiles de eliminación total contra algunos individuos, sobre todo aquellos que por necesidad se ven obligados a plantear exigencias a sus tesoros interiores. En otras palabras, se revelaría como sumamente ambivalente en sus afectos, y a menudo totalmente ignorantes del hecho de que los numerosos principios arbitrarios que protegen sus restricciones personales constituyen, al mismo tiempo, intentos autocráticos de controlar a los demás. Si bien a menudo puede ocurrir que ni él ni sus víctimas reconozcan los actos de hostilidad pasiva y retentiva, se vería constantemente forzado a anular, a compensar, a expiar algo realizado en la acción o en la fantasía. Pero, al igual que nuestra pequeña paciente, después de tratar de equilibrar sus retenciones y sus entregas, sólo se vería envuelto en conflictos aún más profundos. Y al igual que ella, el individuo compulsivo adulto experimentaría, muy en lo hondo, un deseo empecinado de castigo porque a su conciencia —y tiene una conciencia particularmente severa— le parece más fácil recibir un castigo que albergar un odio secreto impunemente. Le parece más fácil porque su odio egocéntrico lo ha hecho desconfiar de los rasgos redentores de la mutualidad. Así, lo que en el niño aún está libre para la expresión múltiple y el mejoramiento, en el adulto se ha convertido en un carácter fijo.

En la historia temprana reconstruida de tales casos Freud encontró por lo general crisis del tipo que nuestros pacientes infantiles muestran *in statu nascendi*. Le debemos la primera teoría congruente que consideró en forma sistemática las tragedias y las comedias centradas en torno de los orificios corporales. Creó su teoría irrumpiendo a través de la hipocresía y el olvido artificial de su época, que relegaban a todas las funciones "inferiores" del hombre al dominio de la vergüenza, del ingenio de dudosa especie y de la imaginación mórbida. Se vio forzado a llegar a la conclusión de que la naturaleza de tales tragedias y comedias era sexual, y en tales términos se propuso describirlas. Comprobó que los neuróticos y los perversos no sólo son infantiles en sus actitudes hacia sus semejantes, sino que también están menoscabados en su sexualidad genital y que buscan gratificaciones y consuelos mani-

fiestos o encubiertos en zonas corporales que no son las genitales. Además, su menoscabo sexual y su infantilismo social están sistemáticamente relacionados con su temprana infancia y, en particular, con los conflictos entre los impulsos de sus cuerpos infantiles y los métodos educativos inexorables de sus padres. Llegó a la conclusión de que durante las sucesivas etapas de la infancia, algunas zonas que proporcionan gratificación especial están dotadas de *libido*, una energía que busca placer y que, antes de Freud, se había reconocido en los círculos oficiales y científicos como *sexual* sólo cuando se hacía *genital* al finalizar la infancia. Dedujo que la sexualidad genital madura es el producto final de un desarrollo sexual infantil, que consecuentemente denominó *pregenitalidad*. Así, el tipo de neurótico compulsivo que acabamos de describir era para Freud un individuo que, aunque abiertamente antianal, estaba inconscientemente *fijado* o había hecho una *regresión* parcial a una etapa de la sexualidad infantil llamada *analsádica*<sup>1</sup>.

Del mismo modo, otras tribulaciones emocionales demostraron ser fijaciones o regresiones a otras zonas y etapas infantiles.

Los adictos, por ejemplo, dependen, al igual que el bebé, de la incorporación a través de la boca o de la piel de sustancias que los hacen sentir físicamente saciados y emocionalmente restituidos. Pero no tienen conciencia de que anhelan volver a ser niños. Sólo cuando gimotean, alardean y desafían, se revelan sus almas infantiles y desencantadas.

Por otro lado, muchos pacientes maníaco-depresivos se sienten desesperanzadamente vacíos, carentes de toda sustancia o llenos de algo malo y hostil que debe ser destruido, o bien tan rebosantes de súbita bondad que su sentimiento de poder y exuberancia no conoce límites ni acepta limitaciones. Empero, no conocen la fuente o la naturaleza de toda esa bondad y maldad interior.

Las histéricas, actúan como si estuvieran extrañamente sometidas a algún victimario, como si se sintieran atacadas y asqueadas por las cosas y, al mismo tiempo, fascinadas por ellas: si bien son genitualmente frías, se preocupan por hechos que, al analizarlos, demuestran dramatizar el papel incoactivo de la mujer. Están inconscientemente obsesionadas por su papel sexual, aunque (o porque) ya se volvió inaceptable mucho antes, durante la infancia.

Todos estos individuos atormentados, entonces, sean adictos, deprimidos o inhibidos, en algún sentido no han podido integrar

<sup>1</sup> Sigmund Freud, "Una teoría sexual y otros ensayos". *Obras Completas*, tomo II, Ed. Rueda.

una u otra de las etapas infantiles, y se defienden contra esos patrones infantiles empecinada, inútil y costosamente.

Por otro lado, por cada omisión por represión hay una correspondiente actuación por perversión. Hay adultos que, lejos de disfrazar su patrón infantil original, obtienen la gratificación sexual más completa de que son capaces a través de la estimulación recibida o dada a través de la boca. Otros prefieren el ano a los otros orificios que se prestan a la relación sexual. Y hay perversos que, por encima de todo, desean observar genitales ajenos o exhibir los propios; y están quienes desean utilizarlos, impulsiva y promiscuamente, con el mero fin sádico de "joder" a otros seres humanos.

Habiendo comprendido finalmente la relación sistemática entre los actos sexuales inconscientemente deseados por los neuróticos y los actos manifiestos de los perversos, Freud prosiguió a levantar el edificio de su teoría de la libido. Así, *libido* es la energía sexual con la que están dotadas en la infancia zonas que no son las genitales, y que realza con placeres específicos funciones vitales como la ingestión de alimentos, la regulación de los intestinos y el movimiento de los miembros. Sólo después de haber resuelto exitosamente una cierta secuencia de esos usos pregenitales de la libido, la sexualidad del niño alcanza una breve genitalidad infantil, que de inmediato se vuelve cada vez más "latente", transformada y desviada, pues la maquinaria genital sigue siendo inmadura y los primeros objetos del deseo sexual inmaduro están prohibidos para siempre por el tabú universal del incesto.

En cuanto a los residuos de los deseos pregenitales, todas las culturas permiten hasta cierto punto determinadas clases de juegos sexuales no genitales que deben considerarse como perversión sólo si tienden a reemplazar y a desplazar el predominio de la genitalidad genuina. Un monto significativo de libido pregenital, sin embargo, es *sublimada*, esto es, es desplazada desde metas sexuales a otras no sexuales. De tal modo, una cierta porción de la curiosidad infantil relativa a lo que sucede en el cuerpo de la madre puede reforzar el anhelo del hombre por comprender el funcionamiento de las máquinas y de los tubos de ensayo. Asimismo, el adulto puede absorber ávidamente la "leche de la sabiduría" en reemplazo de la situación en la que deseaba líquidos más tangibles procedentes de receptáculos más sensuales; o bien puede coleccionar toda clase de objetos en toda clase de cajas, en lugar de sobrecargar su colon. En las tendencias pregenitales que se *reprimen*, en lugar de superarlas, sublimarlas o admitirlas en el juego sexual, Freud dio la fuente más importante de tensión neurótica.

Desde luego, las sublimaciones más exitosas son parte integral de las tendencias culturales y se vuelven irreconocibles como derivados sexuales. Sólo cuando la preocupación parece ser demasiado intensa, demasiado bizarra, demasiado monomaniaca, es posible reconocer en los adultos su origen "sexual"; pero en tales circunstancias la sublimación está a punto de derrumbarse, y es probable que haya sido defectuosa desde el comienzo. Es aquí donde Freud, el médico, se convirtió en crítico de su época victoriana. Llegó a la conclusión de que la sociedad es demasiado ciegamente autocrática al exigir irrealizables hazañas de sublimación a sus integrantes. No cabe duda de que es posible y necesario sublimar parte de la energía sexual: la sociedad depende de ello. Por lo tanto, no debemos vacilar en dar a la sociedad lo que le corresponde, pero primero debemos dar al niño esa vitalidad libidinal que hace posible las sublimaciones valiosas.

Sólo quienes se especializan en las sutiles complicaciones de los trastornos mentales y en las desviaciones mentales comunes pueden apreciar plenamente la luz clara y unificadora que sobre esos oscuros rincones arrojó la teoría de la libido, de una energía sexual móvil que contribuye tanto a las formas más "elevadas" como a las más "bajas" de la actividad humana, y a menudo a ambas al mismo tiempo.

Con todo, aún faltan resolver problemas teóricos y terminológicos de largo alcance. Al tomar la decisión de dedicarse a cuestiones verdaderamente pertinentes en psicología, Freud comprobó que el redescubrimiento de la sexualidad era la tarea más importante a realizar. Aquí era necesario salvar una brecha histórica mediante una terminología que mezclara extrañamente la antigua sabiduría con el pensamiento moderno. Consideremos el término "histeria". Los griegos supusieron (o al menos así lo hace pensar la forma en que expresaron sus suposiciones), que la histeria en las mujeres se debía a que el útero se desprendía de su punto de fijación y se desplazaba por el cuerpo, oprimiendo ciertos lugares y bloqueando otros. Para Freud, desde luego, lo que se había disociado de su meta y provocaba el bloqueo del aporte libidinal a los genitales (frigidez) era una idea y no un órgano genital. El aporte libidinal podía transformarse y desplazarse siguiendo la vía de alguna asociación simbólica con zonas y modos infantiles. Por consiguiente, una arcada puede expresar una expulsión defensiva en la parte superior, que evita el hambre genital reprimido en la zona inferior. Para expresar el hecho de que la libidinización retraída de los genitales se manifiesta así en otra parte, Freud utilizó el lenguaje termodinámico de su época, el lenguaje de la conservación y la transformación de la energía. Como resultado,

gran parte de lo que estuvo destinada a ser una hipótesis de trabajo pareció hacer afirmaciones concretas que ni la observación ni el experimento podían siquiera tratar de fundamentar.

Los grandes innovadores siempre hablan a través de las analogías y las parábolas de su tiempo. También Freud debió tener el valor de aceptar y trabajar con lo que él mismo llamaba su "mitología". El verdadero *insight* sobreviene a su primera formulación.

Considero que Freud trató la libido en la misma forma que utilizó George Stewart con respecto a una tormenta. En su libro *Storm*, Stewart hace de un grave cataclismo de la naturaleza el personaje central de su historia<sup>2</sup>. Describe el ciclo de vida y la individualidad de un acontecimiento natural. Es como si el mundo y sus habitantes existieran para la gloria de esa tormenta, lo cual resulta ser una eficaz manera de enriquecer nuestra perspectiva de los acontecimientos trascendentales a nuestro alrededor y en nuestro interior. El psicoanálisis, en sus primeras etapas, describe también la motivación humana como si la libido fuera la sustancia primordial, siendo el yo individual un mero paragon de defensivo y una capa vulnerable entre esa sustancia y un vago "mundo exterior" circundante de convenciones sociales arbitrarias y hostiles.

Pero aquí el médico va más allá que el autor. El médico aprende a investigar y a superar clínicamente las tormentas que primero ha identificado y circunscripto. Al delinear la vida de la libido, Freud amplió nuestra penetración teórica así como nuestra eficacia terapéutica frente a todas esas deficiencias de la vida individual y grupal que surgen del absurdo y erróneo manejo de la sensualidad. Para él era evidente, y cada vez se vuelve más claro para nosotros —que tratamos con nuevas áreas de la mente (yo), con distintas clases de pacientes (niños, psicóticos), con nuevas aplicaciones del psicoanálisis (sociedad)—, que debemos buscar el lugar apropiado de la teoría de la libido en la totalidad de la vida humana. Si bien es necesario seguir estudiando los ciclos de vida de los individuos delineando las posibles vicisitudes de su libido, debemos tomar en cuenta el peligro que implica obligar a personas vivas a tomar el papel de marionetas de un mítico Eros, lo cual no implica ninguna ventaja para la terapia ni para la teoría.

A su vez, Freud el investigador fue más lejos que Freud el médico; hizo algo más que explicar y curar la patología. Siendo por formación un fisiólogo del desarrollo, Freud demostró que la sexualidad se desarrolla a través de etapas, crecimiento que vinculó decididamente con todo el desarrollo epigenético.

<sup>2</sup> George R. Stewart, *Storm*, Random House, Nueva York, 1941.

Cuando Freud estudió por primera vez el problema del sexo, comprobó que la sexología, tanto la popular como la científica, parecía suponer que el sexo constituía una nueva entidad que surge a la vida en la pubertad como resultado de cambios fisiológicos recientemente iniciados. La sexología ocupaba entonces el lugar que tenía la embriología en épocas medievales, cuando en general se aceptaba el concepto del homúnculo, un hombre formado, diminuto pero completo, que aguarda en el semen del hombre su descarga en el útero femenino, para crecer y surgir desde allí a la vida. La embriología nos enseña ahora el desarrollo *epigenético*, el crecimiento gradual de los órganos fetales. Creo que las leyes freudianas del crecimiento psicosexual en la infancia pueden comprenderse mejor a través de una analogía con el desarrollo fisiológico *in utero*.

En esta secuencia del desarrollo cada órgano tiene su momento de origen. Este factor temporal es tan importante como el lugar de origen. Por ejemplo, si el ojo no aparece en el momento señalado, "nunca podrá expresarse plenamente, ya que para ese entonces habrá llegado el momento correspondiente a la rápida aparición de alguna otra parte, que tenderá a dominar la región menos activa y a suprimir la tendencia tardía a la expresión ocular"<sup>3</sup>.

Cuando el órgano ha comenzado a surgir en el momento adecuado, otro factor temporal determina la etapa más crítica de su desarrollo. "Es necesario interrumpir a un órgano dado durante la temprana etapa de su desarrollo a fin de suprimirlo por completo o modificarlo groseramente... Cuando un órgano ha surgido exitosamente desde el 'Anlage', puede resultar estropeado o atrofiado, pero su naturaleza y su existencia concreta ya no pueden destruirse mediante una interrupción del crecimiento"<sup>4</sup>.

El órgano que pierde su momento de predominio no sólo está condenado como entidad, sino que al mismo tiempo pone en peligro a toda la jerarquía de órganos. "Por lo tanto, la detención de una parte en rápido desarrollo no sólo tiende a suprimir temporalmente su crecimiento, sino que la pérdida prematura de su premacia en manos de algún otro órgano hace imposible que la parte suprimida vuelva a adquirir predominio, de modo que queda permanentemente modificada..."<sup>5</sup> El resultado del desarrollo normal es la relación adecuada de tamaño y función entre los órganos corporales: el hígado adaptado en tamaño al estómago y el intestino, el corazón y los pulmones apropiadamente equilibrados,

<sup>3</sup> C. H. Stockard, *The Physical Basis of Personality*, W. W. Norton & Co., Inc., Nueva York, 1931.

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> *Ibid.*

y la capacidad del sistema vascular adecuadamente proporcionada con respecto a la totalidad del cuerpo. Debido a la detención en el desarrollo, uno o más órganos pueden volverse desproporcionadamente pequeños, lo cual perturba la armonía funcional y trae como resultado una persona defectuosa.

Si el "ritmo normal" y la "proporción correcta" se ven perturbados, el resultado puede ser un *monstrum in excessu* o un *monstrum in defectu*: "El hecho de que el individuo normal se encuentre entre estas dos clases arbitrarias de anomalías carece de significación aparte de que las desviaciones anormales son simples modificaciones de la condición normal, resultantes de reducciones desusadas en el ritmo del desarrollo durante ciertas etapas críticas"<sup>6</sup>.

La época más crítica en términos de posibles monstruosidades orgánicas son los meses anteriores al nacimiento. Después del parto, el cuerpo ha "surgido exitosamente de su 'Anlage'", o bien puede diagnosticarse rápidamente como demasiado defectuoso para una maduración integrada. Aunque sólo es un montón de carne "precrebrada" y que sólo resulta adecuado para un lento incremento de clases e intensidades limitadas de estimulación, el niño ha dejado atrás el intercambio químico del vientre y lo ha reemplazado por el cuidado materno dentro del sistema de educación de su sociedad. La literatura sobre el desarrollo infantil describe la forma en que el organismo que madura sigue desenvolviéndose al desarrollar no órganos nuevos, sino una secuencia prescrita de capacidades locomotoras, sensoriales y sociales. A ello el psicoanálisis ha agregado su comprensión de las experiencias y los conflictos más idiosincráticos a través de los cuales el individuo se convierte en una persona con características propias. Sea que se trate de los hábitos oficiales del niño para los que se han encontrado tests porque constituyen pasos evidentes en el camino hacia ciertas habilidades, o de sus actitudes no oficiales que se convierten en el abierto deleite o la secreta preocupación de las madres, es de gran importancia comprender que en la secuencia de experiencias significativas el niño sano, si cuenta con una guía adecuada para recorrer una parte del camino, se limita a obedecer, y en general cabe esperar que obedezca las leyes internas del desarrollo, a saber, las leyes que en su período prenatal formaron un órgano después de otro y que ahora crean una sucesión de potencialidades para la interacción significativa con quienes lo rodean. Si bien tal interacción varía ampliamente de una cultura a otra, en formas que se señalarán más adelante, el ritmo y la secuencia

<sup>6</sup> *Ibid.*

adecuados siguen siendo factores críticos que determinan y limitan toda variabilidad.

Desde el punto de vista de la "economía libidinal" del niño individual, entonces, diríamos que en nuestros dos pacientes el ritmo y la secuencia de los impulsos incipientes se habían visto perturbados: estaban estancados en el tema de la retención y la eliminación anales como un disco fonográfico con un surco defectuoso. Hacían repetidas regresiones a temas de la primera infancia y fracasaban una y otra vez en sus intentos por pasar al tema siguiente, el manejo de su amor por personas significativas del sexo opuesto. El amor de Ann por su padre está sugerido por su expresión de alegría maníaca al entregar los tres autitos relucientes al muñeco que representa al padre; en el caso de Peter, su conducta fálica con respecto a la niñera había precedido a los acontecimientos patógenos. La teoría de la libido sugeriría que la expulsión rectal en un caso, y la acumulación en el colon, en el otro, había dado a estos niños un placer sexual que intentaban recuperar, sólo que ahora sus frenos defectuosos los obligaban a hacer una regresión más profunda y rápida de lo que ellos esperaban. Con todo puesto que ya no eran inocentes bebés que disfrutaban de sus esfínteres aún no educados, estos niños evidentemente tenían fantasías en las que expulsaban a las personas odiadas (recuérdese la forma en que Ann pateó a la muñeca que representaba a la madre), y retenían a las amadas; mientras que el efecto de lo que hacían, en todas sus terribles consecuencias, constituía un triunfo sádico frente al progenitor que deseaba controlarlos. No cabe duda de que había triunfo además de temor en los ojos de la niña mientras estaba sentada sobre sus excrementos por la mañana y veía entrar a la madre; y había una silenciosa satisfacción en la cara inexpresiva del niño, a pesar de que se sentía evidentemente hinchado y molesto. Pero esas pobres madres sabían, a través de una experiencia breve e intensamente penosa, que reaccionar a la tiranía del niño con métodos airados sólo servía para empeorar las cosas. Porque a pesar de todo, esos niños amaban y deseaban ser amados y preferían sin lugar a dudas la alegría del logro al triunfo de un fracaso cargado de odio. No se debe confundir al niño con su síntoma.

A esta altura algunos dirán quizás que los niños que pasan por tales experiencias se encuentran a merced de ese segundo poder primario, que constituye el supuesto que sigue al concepto de la libido en el sistema psicoanalítico: un instinto de destrucción, de muerte. Me resultará imposible examinar aquí este problema, porque se trata de una cuestión esencialmente filosófica,

basada en el compromiso original de Freud con una mitología de los instintos primarios. Su nomenclatura y las controversias que provocó han empañado el estudio clínico de una fuerza que, como se verá, se infiltra en gran parte de nuestro material sin encontrar una clarificación esencial; me refiero a la *rabia* que se despierta toda vez que una acción vital para el sentido de dominio del individuo se ve impedida o inhibida. Evidentemente, es una de las cuestiones más decisivas para la psicología establecer qué ocurre con esa rabia cuando ella, a su vez, debe suprimirse, y cuáles son sus contribuciones a la hostilidad irracional y el anhelo de destrucción del hombre.

A fin de establecer más concretamente qué clases de fuerzas actúan en una situación clínica dada, quizá resulte más conveniente preguntar qué es lo que debemos lograr. Quizás al esclarecer nuestra función en la situación podamos enfrentar las fuerzas que intentamos comprender. Diría que nuestra tarea consiste en reestablecer una mutualidad del funcionamiento entre el paciente infantil y sus padres, a fin de que, en lugar de una serie de intentos inútiles, dolorosos y destructivos de controlarse unos a otros, se establezca una regulación mutua que permita reinstaurar el autocontrol, tanto en el niño como en los padres.

La prescripción revela el diagnóstico. Puesto que crecen juntas, las familias tienden a perder una cierta regulación mutua como grupo. En consecuencia, cada miembro de la familia pierde en cierto sentido el autocontrol adecuado a su edad y a su *status* dentro de la familia. En lugar de controlarse y de contribuir a la regulación mutua del grupo, cada uno de los miembros ha buscado y encontrado controles sustitutivos, áreas de autonomía que excluyen a los demás: los padres, en el trabajo febril y la vida social; los niños, en la única área de autonomía aparentemente absoluta que les pertenece: sus cuerpos. El autoerotismo constituye un arma importante en esta guerra, en tanto proporciona al niño una aparente independencia con respecto a la pérdida mutualidad con los otros. Esa autonomía autocentrada, sin embargo, encubre la verdadera situación, pues al disfrutar aparentemente de los placeres de sus zonas corporales, el niño utiliza modos orgánicos en fantasías hostiles de controlar a los otros mediante una usurpación total, sea el énfasis sádico o masoquista. Sólo este giro, este volverse contra sí mismo o contra los otros, hace que el órgano se convierta en un vehículo de agresión en el sentido más habitual y más hostil. Antes de que ello ocurra, los modos orgánicos son patrones ingenuos, esto es, prehostiles, de acercarse a las cosas, modos de buscar relaciones: esto es lo que significa la *adgresión* antes de convertirse en agresión.

Los padres que deben encarar el desarrollo de varios hijos enfrentan un constante desafío: deben desarrollarse junto con ellos. Deformamos la situación si la resumimos de tal manera que llegamos a considerar que el progenitor "tiene" tal o cual personalidad cuando el niño nace, y que luego, permaneciendo estática, incide sobre una pobre cosita indefensa, pues este ser diminuto débil y cambiante moviliza a toda la familia. Los niños controlan y educan a su familia tanto como sufren el control de aquélla; en realidad, podemos decir que la familia educa a un niño al ser educada por él. Cualesquiera que sean los patrones de reacción biológicamente dados, y cualquiera la secuencia predeterminada desde el punto de vista del desarrollo, deben considerárselos como una serie de *potencialidades para patrones cambiantes de regulación mutua*.

Quizás algunos opinen que estoy abandonando este punto de vista al pasar a examinar todo el campo de lo que Freud denominó etapas pregenitales y zonas erógenas en la infancia y al tratar de construir un puente entre la experiencia clínica y las observaciones relativas a las sociedades. Volveré a hablar de las potencialidades biológicamente dadas que se desarrollan con el organismo del niño. No creo que el psicoanálisis pueda seguir siendo un sistema practicable de investigación sin sus formulaciones biológicas básicas, sin olvidar que éstas necesitan una reconsideración periódica.

Por motivos de orden semántico y conceptual, entonces, esta parte será la más difícil, tanto para el lector como para mí mismo. He señalado cuál es nuestra posición en una de las orillas, la de la clínica; ahora es necesario comenzar un puente, cuyo extremo planeado en la otra orilla aún no es visible para el lector.

Para que la tarea me resulte más fácil, reconstruiré, a medida que avance, la versión final de un diagrama de la pregenitalidad que presenté por primera vez hace más de diez años. Quizás esto sirva para facilitar las cosas al lector también. Los cuadros, parafraseando una frase de Lincoln, son el tipo de cosa que ayudan al tipo de personas que pueden obtener ayuda de ese tipo de cosas. Para dar al lector la máxima oportunidad de respetar su propia modalidad, trataré de escribir este capítulo de tal modo que lo que sea susceptible de comprensión resulte inteligible con el diagrama o sin él. Por "inteligible" quiero decir que el lector podrá confrontar su conocimiento y su vocabulario en relación con mi manera de plantear el problema. Es inherente a la naturaleza misma del problema el hecho de que su descripción y evaluación difieran de un observador a otro y de un período a otro. A partir de nuestra propia observación, intentaremos encuadrar un orden y una secuencia de hechos pertinentes.

¿Qué clase de hechos deseamos encuadrar? ¿Hasta qué punto son "normativos" (en el sentido estadístico) esos hechos, hasta qué punto son indicativos y predictivos nuestros diagramas?

Consideremos la conducta normativa de un niño ante un espejo; tal como la estudió Gesell<sup>7</sup>. El examinador, interesado en estudiar la "conducta perceptual, prensil y adaptativa" del niño a las 56 semanas de vida, levanta ("con una maniobra moderadamente decidida") una cortina que cubre un espejo de cuerpo entero ante el cual se ha colocado al niño. Se señala que el pequeño muchachito desnudo alternativamente contempla su propia imagen y la del examinador, en tanto se inclina hacia adelante, da palmaditas en el espejo, se arrodilla, se acerca y se aleja del espejo, "establece contacto con el espejo a través de la boca", se aparta, etc. Arnold Gesell me mostró cierta vez la serie original de fotografías, y resulta evidente a través de algunas de ellas, no incluidas en el *Atlas*, que el pene del niño estaba erecto. Pero este fragmento de conducta sexual, si bien no es en modo alguno anormal, nada tiene que ver con la secuencia que ha de fotografiarse como normativa. Tal conducta no fue invitada al test; por así decirlo, ha arruinado una linda fiestita. Parece fuera de lugar por razones culturales, pues hasta el momento en que los zoólogos ingresaron al campo de la sexualidad humana, nosotros no hacíamos experimentos con la sexualidad. Parece fuera de lugar por motivos sistemáticos, porque tal conducta sexual ocurre, pero no de acuerdo con un programa. Puede tener lugar en una situación dada, o puede no producirse en absoluto: no es "normativa". Con todo, si ocurre en un momento inoportuno —esto es, cuando alguna persona en las cercanías (madre, asistente) considera que no debería suceder— entonces puede provocar o no en alguien una reacción drástica que quizás consista tan sólo en un cambio extraño y desconcertante en la voz o una actitud general difusa. Puede suceder o no en relación con una persona o en un momento del ciclo vital que puede otorgar al hecho una importancia decisiva para la relación del niño consigo mismo, con el sexo, con el mundo. Si tal es el caso, un analista puede necesitar muchos meses de reconstrucción durante los cuales ningún diagrama normativo le servirá de ayuda, pues este fragmento de conducta se refiere a un área del cuerpo ricamente dotada de terminaciones nerviosas y complejamente provista de connotaciones por las reacciones del medio ambiente.

Lo que debemos tratar de encuadrar, por lo tanto, es la se-

<sup>7</sup> Arnold Gesell, *An Atlas of Infant Behavior*, Vol. 1, Yale University Press, New Haven, 1934.

cuencia aproximada de etapas en las que, de acuerdo con el conocimiento clínico y común, tanto la excitabilidad nerviosa como la coordinación de los órganos "erógenos" y la reactividad selectiva de las personas significativas en el medio ambiente tienden a producir encuentros decisivos.

### 3. ZONAS, MODOS Y MODALIDADES

#### A. LA BOCA Y LOS SENTIDOS

El primero de tales encuentros se produce cuando se pone al pecho al recién nacido, que ahora está privado de su simbiosis con el cuerpo materno. Su capacidad congénita y más o menos coordinada para incorporar a través de la boca se encuentra así con la capacidad más o menos coordinada y la intención del pecho, la madre y la sociedad, de alimentarlo y darle la bienvenida. En este momento, él vive a través de la boca y ama con ella; y la madre hace lo mismo con sus senos. Para ella, esto depende en gran medida del amor que puede tener la seguridad de recibir de los otros, de la autoestimación que acompaña al acto de amamantar y de la respuesta del recién nacido. Para este último, la zona oral, sin embargo, constituye sólo el foco de un modo primero y general de acercamiento, a saber, la *incorporación*. Ahora depende de la entrega de substancias de todo tipo directamente a las puertas receptoras de su organismo. Durante unas pocas semanas por lo menos, sólo puede reaccionar cuando el material es introducido en su campo. Puesto que quiere y puede succionar objetos adecuados y tragar todos los líquidos adecuados que aquellos producen, también pronto puede y quiere "incorporar" con los ojos lo que aparece en su campo visual. (Como si estuviera ya casi en condiciones de asir también objetos, abre y cierra el puño cuando se lo estimula adecuadamente.) También su sentido del tacto parece incorporar todo aquello que siente como bueno. Pero todas estas disposiciones son muy vulnerables. A fin de asegurar que su primera experiencia pueda no sólo mantenerlo vivo sino también contribuir a coordinar sus ritmos respiratorio, metabólico y circulatorio, los aportes a sus sentidos deben tener la intensidad adecuada y producirse en el momento adecuado; de otro modo, su disposición se transforma abruptamente en una defensa difusa. Si bien resulta claro, entonces, qué *debe* ocurrir para que el niño sobreviva (la mínima provisión necesaria) y qué *no debe* suceder, a fin de que no muera o resulte severamente atrofiado (la máxima frustración tolerable), el margen es

mucho más amplio con respecto a lo que *puede* suceder; y las distintas culturas hacen amplio uso de su prerrogativa para decidir qué consideran practicable e insisten en llamar necesario. Algunas personas piensan que a fin de evitar que el niño se arranque los ojos, hay que tenerlo fajado la mayor parte del día durante casi todo el primer año de vida; pero también consideran que es necesario mecerlo o alimentarlo cada vez que lloriquea. Otros piensan que debe permitírsele el libre movimiento de sus miembros lo antes posible, pero que "desde luego", hay que obligarlo a esperar sus comidas hasta que la cara se le ponga azul. Todo esto depende de la meta general y el sistema de una cultura. Como se señalará en el próximo capítulo, parece haber una sabiduría intrínseca, o por lo menos un planeamiento inconsciente, en las variedades aparentemente arbitrarias del condicionamiento cultural: de hecho, las culturas homogéneas tienen maneras de equilibrar en la vida posterior los mismos deseos, temores y rabias que provocaron en la infancia. Entonces, lo que es "bueno para el niño", lo que *puede* sucederle, depende de aquello en que debe llegar a convertirse y dónde.

Pero mientras que el modo de la incorporación domina esta etapa, conviene familiarizarse con el hecho de que el funcionamiento de cualquier zona correspondiente a un orificio corporal requiere la presencia de todos los modos como modos auxiliares. Así, en la primera etapa incorporativa hay una ejercitación de las mandíbulas y las encías (segundo modo incorporativo); hay también una tendencia a escupir (modo eliminatorio) y a apretar los labios (modo retentivo). En los niños vigorosos es posible observar incluso una tendencia general intrusiva de toda la cabeza y el cuello, una tendencia a aferrarse a los pezones y, por así decirlo, a meterse dentro del pecho (oral-intrusivo). Cualquiera de los modos auxiliares puede ser particularmente pronunciado en algunos niños y casi imposible de observar en otros; asimismo, tales modos pueden alcanzar lo que equivale casi a un predominio a través de una falta o pérdida del control interior y de la regulación mutua con respecto a las fuentes de alimentación y de placer oral.

La interacción de cada zona con todos los modos está representada diagramáticamente en la primera línea (Figura 1)<sup>8</sup>. Cada círculo grande representa todo el organismo. Dentro de él podemos distinguir tres zonas: a) "oral-sensorial", que incluye los orificios faciales y la parte superior

<sup>8</sup> Las referencias a los cuadros aparecen en tipo más pequeño de modo que el lector que desee hacerlo pueda leer primero el capítulo y luego estudiar los cuadros. (E. H. E.)

del aparato digestivo; b) "anal", los órganos excretorios; c) los genitales. (Aquí el acento está colocado en la coherencia neurológica antes que en la vecindad anatómica: el tracto uretral, por ejemplo, forma parte de la zona anal y también de la genital, según cuáles sean las inervaciones que se movilizan.)

Cada círculo pequeño representa un modo orgánico:

- 1 = incorporativo 1
- 2 = incorporativo 2
- 3 = retentivo
- 4 = eliminatorio
- 5 = intrusivo

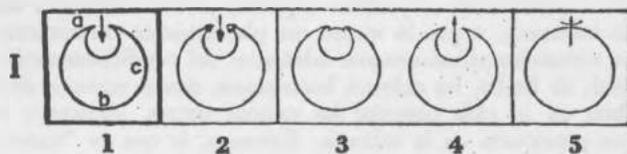


FIG. 1

En la primera etapa oral (I), el primer modo incorporativo ilumina la zona oral. Con todo, preferimos hablar en este caso de una *etapa oral-respiratorio-sensorial* porque el primer modo incorporativo domina en ese momento la conducta de todas esas zonas, incluyendo toda la superficie de la piel; los órganos sensoriales y la piel también son receptivos y cada vez más deseosos de la estimulación adecuada. Esta generalización del modo incorporativo a partir de su foco en la zona oral hasta incluir a todas las zonas sensibles de la superficie corporal está representada por el contorno del círculo grande en II.

Los otros círculos (2, 3, 4, 5) representan los modos auxiliares: segundo oral-incorporativo (= morder), oral-retentivo, oral-eliminatorio y oral-intrusivo. Dichos modos adquieren importancia variable de acuerdo con el temperamento individual, pero siguen estando subordinados al primer modo incorporativo, a menos que la regulación mutua de la zona en relación con la madre proveedora se vea perturbada por una pérdida del control interior en el niño o por una conducta no funcional por parte de la madre.

Un ejemplo de la falta de control interior sería el espasmo pilórico, que expulsa la comida poco después de su ingestión. En tales casos, el modo oral-eliminatorio ocupa un lugar junto al modo incorporativo supuestamente predominante: por lo común se los experimenta al mismo tiempo, hecho que en los casos graves y bajo un manejo inadecuado pueden determinar en forma defi-

nitiva la orientación básica del individuo. La consecuencia puede ser un sobredesarrollo temprano del modo retentivo, y una clausura oral que se convierte en una desconfianza generalizada con respecto a todo lo que se incorpora, porque tiende a no permanecer allí.

La pérdida de la regulación mutua con la fuente materna de abastecimiento está ejemplificada en el retiro habitual del pezón por parte de la madre porque el niño la ha mordido o porque teme que lo haga. En tales casos, la maquinaria oral, en lugar de permitir la succión sin tensión, puede desarrollar prematuramente el reflejo de morder. Nuestro material clínico sugiere a menudo que tal situación constituye el modelo para uno de los trastornos más radicales en las relaciones interpersonales. El niño espera obtener algo, la fuente se retira, ante lo cual el niño intenta por reflejo aferrarse y tomar; pero cuanto más se aferra, más decididamente se aparta la fuente. Pero pasemos ahora de lo clínico a lo normativo.

A medida que se amplía el radio de percepción, coordinación y responsabilidad del niño, éste va enfrentando los patrones educativos de su cultura, y aprende así las modalidades básicas de la existencia humana, cada uno de ellas en formas personal y culturalmente significativas. Estas modalidades básicas están admirablemente expresadas en el inglés "básico" que resulta tan preciso cuando se trata de definir patrones interpersonales. Para nuestro gran alivio, por lo tanto, en esta circunstancia podemos recurrir a algunas de las palabras inglesas más simples en lugar de inventar nuevas combinaciones latinas.

*Obtener* significa recibir y aceptar lo que nos es dado. Esta es la primera modalidad social que se aprende en la vida; y parece más simple de lo que en realidad es, pues el vacilante e inestable organismo del recién nacido adquiere dicha modalidad sólo cuando aprende a regular sus sistemas de órganos de acuerdo con la forma en que el medio material integra sus métodos de cuidado infantil.

Resulta claro, pues, que la situación total óptima implícita en la disposición del recién nacido a obtener lo que se le da es su regulación mutua con la madre, que le permite desarrollar y coordinar sus medios de obtener a medida de que ella desarrolla y coordina sus medios de dar. Hay una alta recompensa en términos de placer libidinal como resultado de esta coordinación, un placer libidinal que el término "oral" formula en forma inadecuada. La boca y el pezón parecen ser meros centros de una atmósfera general de calor y mutualidad de las que no sólo esos órganos focales, sino también ambos organismos totales, disfrutan plenamente y

a la que responden con la relajación. La mutualidad de la relajación así desarrollada es de importancia fundamental para la primera experiencia cordial de "el otro". Cabría decir (algo místicamente, sin duda) que al *obtener así lo que se le da*, y al aprender a conseguir que *alguien haga* lo que él desea, el niño desarrolla también el fundamento yoico necesario para *llegar a ser* un dador. Cuando esto fracasa, la situación se desbarata en una variedad de intentos por controlar a través de la compulsión o la fantasía y no de la reciprocidad. El niño intentará obtener mediante una actividad azarosa lo que no puede conseguir a través de la succión central; se agotará o descubrirá su pulgar y maldecirá al mundo. También la madre tratará de forzar las cosas, introduciéndole a la fuerza el pezón en la boca, modificando ansiosamente las horas y las fórmulas o mostrándose incapaz de relajarse durante el procedimiento inicialmente penoso de la lactancia.

Désde luego, existen métodos para aliviar tal situación, para mantener la reciprocidad, que consisten en dar al niño lo que éste puede obtener a través de buenos pezones artificiales y en compensar la pérdida oral a través del saciamiento de los receptores no orales: el placer que experimenta al sentirse sostenido, calentado, mecido, el que le proporciona una sonrisa o unas palabras, etcétera. No podemos darnos el lujo de descuidar nuestra inventiva compensatoria. Con todo, parecería, aquí como en otras partes, que si dedicamos una fracción de nuestra energía curativa a una cuidadosa prevención, podemos acelerar la cura y simplificarla.

Pasemos ahora a la segunda etapa, durante la cual la capacidad para asumir una actitud más activa y dirigida, y el placer derivado de ella, se desarrollan y maduran. Aparecen los dientes, y con ellos el placer inherente a morder cosas duras, que no ceden a la presión, en morder objetos blandos y en destrozarse con los dientes. Mediante una representación configurativa podemos ver que el modo correspondiente a morder incluye una variedad de otras actividades (como ocurría con el primer modo incorporativo). Los ojos, que forman parte al principio de un sistema relativamente pasivo para aceptar impresiones a medida que aparecen, ahora han aprendido a enfocar, a aislar, a "captar" objetos y rescatarlos de un fondo más vago, y a seguirlos. Los órganos de la audición han aprendido también a discernir los sonidos significativos, a localizarlos y a guiar un cambio adecuado de posición (levantar y girar la cabeza, levantar y girar el tronco). Los brazos han aprendido a extenderse y las manos a asir en forma más intencional.

Con todo esto se establece una serie de patrones interpersonales

centrados en la modalidad social de *tomar* y *aferrarse* a las cosas, que se ofrecen y se dan más o menos libremente, y cosas que tienen una cierta tendencia a escaparse. Cuando el niño aprende a cambiar de posición, a rodar sobre sí mismo, y muy gradualmente a sentarse, debe perfeccionar los mecanismos correspondientes a captar, investigar y apropiarse de todo lo que está a su alcance.

Ahora agregamos la etapa II a nuestro diagrama (Fig. 2)<sup>9</sup>.

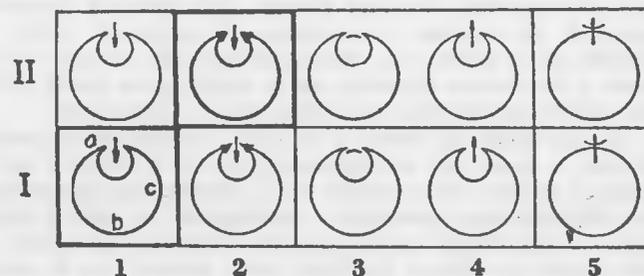


FIG. 2

En la etapa II, el modo 2 (incorporar mordiendo) domina la zona oral. Así, el pasaje de la etapa I a la etapa II (y más tarde a otras etapas) está representado como una progresión diagonal ascendente y hacia la derecha. Progreso significa aquí que la libido del niño sigue avanzando a fin de conferir poder a un segundo modo orgánico que, a su vez, llevará a la integración de una nueva modalidad social: *tomar*. Una nueva etapa no significa la iniciación de una nueva zona o modo, sino la disposición a experimentar ambos en forma más exclusiva, a dominarlos de manera más coordinada y a aprender su significado social con una determinada finalidad.

Pero, ¿qué ocurre si dicho progreso se ve impedido, acelerado o detenido? Entonces es necesario incluir en el cuadro una desviación, sea horizontal o verticalmente. La desviación horizontal (I 1 a I 2) corresponde a un pasaje precoz al modo de la etapa siguiente: la boca del niño, en lugar de succionar en forma relajada, aprieta fuertemente. La desviación vertical (I 1 a II 1) significa aferrarse a un modo que ha demostrado ser satisfactorio. La desviación horizontal lleva a una fijación en una zona, esto es, el individuo se aferra a los placeres *orales* de diversas características modales. La fijación vertical es una fijación en el modo, esto es, el

<sup>9</sup> En la Primera Edición el cuadro estaba dispuesto de tal modo que podía leerse tal como la escritura corriente. Desde entonces he aceptado la repetida recomendación en el sentido de que un cuadro del crecimiento debe ascender, como los árboles genealógicos y los gráficos de la serie evolutiva. (E. H. E.)

individuo tiende a desarrollar el modo I en una variedad de zonas: siempre quiere *obtener*, sea a través de la boca y de los sentidos, o de otros orificios, receptores o conductas. Este tipo de fijación será trasladada más tarde a otras zonas.

En esta etapa, sin embargo, ni siquiera el medio ambiente más favorable puede salvar al niño de un cambio traumático, y de la más severa índole, porque el niño es muy pequeño y las dificultades que encuentra son muy difusas. Me refiero al desarrollo general de los impulsos y mecanismos de la prensión activa, la aparición de los dientes y la proximidad entre este proceso y el del destete y la creciente separación de la madre, quien puede volver a su empleo, quedar otra vez embarazada, o ambas cosas.

Es aquí donde "lo bueno" y "lo malo" irrumpen en el mundo del niño, a menos que su confianza básica en sí mismo y en los demás ya se haya visto socavada en la primera etapa por paroxismos indebidamente provocados o prolongados de rabia y agotamiento. Desde luego, resulta imposible determinar qué siente el niño cuando los dientes "perforan desde adentro", en la misma cavidad oral que hasta ese momento constituía el principal asiento del placer, y una región fundamentalmente de placer; y qué clase de dilema masoquista resulta del hecho de que la tensión y el dolor provocados por los dientes, esos sabotadores internos, sólo pueden aliviarse mordiendo con mayor fuerza. Esto, a su vez, agrega un dilema social al físico, pues cuando la lactancia continúa hasta el momento en que aparecen los dientes (y en general, ésta ha sido la norma en nuestro planeta), se hace necesario aprender a seguir succionando sin morder, de modo que la madre no retire el pezón movida por el dolor o la cólera. Nuestra tarea clínica indica que este punto en la temprana historia del individuo puede ser el origen de una perniciosa división, en la que la rabia contra los dientes que muerden, la rabia contra la madre que se aparta y la rabia frente a la propia rabia impotente, llevan a una intensa experiencia de confusión sádica y masoquista que deja la impresión general de que, en algún momento, uno destruyó la propia unidad con la matriz materna. Esta primitiva catástrofe en la relación del individuo consigo mismo y con el mundo es probablemente la contribución ontogenética a la leyenda bíblica del paraíso, donde los primeros habitantes de la tierra perdieron para siempre el derecho de obtener sin esfuerzo lo que se había puesto a su disposición; mordieron la manzana prohibida y encolerizaron a Dios. Debemos comprender que la profundidad tanto como la universalidad de este tema señalan la importancia de que la temprana unidad sea profunda y satisfactoria y de que

el niño entre en contacto con el inevitable "mal" en la naturaleza humana en forma suave y tranquilizadora, y sin agravamientos evitables.

Con respecto a la primera etapa oral, hablamos ya de una regulación mutua entre el patrón infantil para la aceptación de las cosas y la manera que tiene la madre (la cultura) de darlas. Hay etapas, sin embargo, que están caracterizadas por un desarrollo tan inevitable de rabia y cólera que la regulación mutua a través de la conducta complementaria no puede ser el patrón eficaz. Las pataletas que acompañan a la aparición de los dientes, las de importancia muscular y anal, los fracasos que significan cada caída, etcétera, constituyen situaciones en las que la intensidad del impulso lleva a su propia derrota. Los padres y las culturas utilizan y explotan precisamente esos choques infantiles con los sabotadores interiores, para el reforzamiento de sus exigencias exteriores. Pero los padres y las culturas también enfrentan esas etapas cuidando de que se pierda la menor cantidad posible de mutualidad original en el pasaje de una fase a otra. El destete, por lo tanto, no debe significar la pérdida súbita del pecho y también la pérdida de la presencia tranquilizadora de la madre, a menos, desde luego, que la situación cultural sea homogénea y que resulte posible confiar en que otras mujeres reemplazarán en parte lo mismo que la madre. Una pérdida drástica del amor habitual de la madre sin una sustitución adecuada en ese momento puede llevar (bajo circunstancias agravantes de otro tipo) a una aguda depresión infantil o a un estado de duelo leve, pero crónico que puede conferir un tono depresivo a todo el resto de la vida<sup>10</sup>. Pero incluso bajo las condiciones más favorables, esta etapa deja como residuo un sentimiento primario de algo aciago y destruido y de una nostalgia universal por el paraíso perdido.

Las etapas orales, por lo tanto, forman en el niño los resortes del *sentimiento básico de confianza* y el *sentimiento básico de desconfianza* que siguen siendo la fuente autógena de la esperanza primordial y la condena durante toda la vida. Más adelante los examinaremos como el conflicto nuclear en la personalidad en desarrollo.

#### B. LOS ÓRGANOS ELIMINATORIOS Y LA MUSCULATURA

Al referirse a la autoconservación, Freud sugiere que al comienzo de la vida la libido está vinculada con la necesidad de

<sup>10</sup> René Spitz le ha dado el nombre de "depresión anaclítica". Véanse sus contribuciones a *The Psychoanalytic Study of the Child*, Vols. I-IV, International Universities Press, Nueva York, 1945-49.

mantenerse vivo mediante la succión de líquidos y la masticación de sólidos. No quiere decir esto que la mera ingestión de alimentos baste para satisfacer la necesidad libidinal. En su famoso experimento con cachorros y pollitos, Levy demostró que en estos grupos hay un monto independiente de necesidad de succionar y picotear que va más allá de la mera ingestión de alimentos. En los seres humanos, que responden más a la educación que al instinto, cabe sospechar una mayor variabilidad cultural en cuanto a las cantidades congénitas y provocadas de una necesidad. Lo que estamos examinando aquí son los patrones *potenciales* que es imposible descuidar o reducir más allá de un cierto nivel mínimo sin correr el riesgo de ocasionar algunas deficiencias y que, por otro lado, es necesario provocar en formas específicas mediante procedimientos ambientales, a fin de que alcancen un pleno desarrollo. Con todo resulta evidente que el erotismo oral y el desarrollo de las modalidades sociales correspondientes a "obtener" y "tomar" están basadas en la necesidad de respirar, de beber, de comer y de crecer por medio de la absorción.

¿Cuál sería la función de autoconservación del erotismo anal?

En primer lugar, todo el procedimiento relativo a evacuar los intestinos y la vejiga en la forma más completa posible se vuelve placentero debido a un sentimiento de bienestar que dice: "Bien hecho". Tal sentimiento, al comienzo de la vida, debe compensar los frecuentes malestares y tensiones que se padecen mientras los intestinos aprenden a cumplir con su tarea diaria. Dos desarrollos dan gradualmente a estas experiencias anales el volumen necesario: la aparición de excrementos mejor formados y el desarrollo general del sistema muscular que introduce la dimensión de la descarga voluntaria, de dejar caer y arrojar, y de apoderarse de las cosas asiéndolas. Estos dos desarrollos sugieren una mayor capacidad para alternar a voluntad los actos de retener y expulsar. En cuanto a la analidad propiamente dicha, a esta altura mucho depende de que el medio ambiente cultural desee hacer algo al respecto. Hay culturas (como veremos luego), donde los padres no se ocupan de la conducta anal y donde los niños mayores se encargan de conducir al más pequeño hasta los arbustos, de modo que el deseo de este último de complacer en lo relativo a este problema va coincidiendo con su deseo de imitar a los niños mayores. Nuestra civilización occidental, sin embargo, ha preferido tomar el asunto más en serio, y el grado de presión depende de la difusión de las costumbres de clase media y de la imagen ideal de un cuerpo mecanizado, pues se supone que la educación temprana y rigurosa no sólo contribuye a mejorar la atmósfera hogareña sino que resulta absolutamente necesaria para el desarrollo

del sentido del orden y la puntualidad. Más adelante consideraremos lo que hay de verdad en estos supuestos. No cabe duda, sin embargo, de que los neuróticos de nuestro tiempo incluyen al tipo compulsivo, que tiene una tendencia mecánica al orden, la puntualidad y la economía, tanto en cuestiones de afecto como de excrementos, mayor de lo que le conviene y, a la larga, de lo que es conveniente para su sociedad. La educación de esfínteres se ha convertido en el problema más evidentemente perturbador de la educación infantil en amplios círculos de nuestra sociedad.

Entonces, ¿qué determina que el problema anal sea potencialmente tan difícil?

La zona anal se presta más que cualquier otra al despliegue de una empujada obediencia a impulsos contradictorios porque, por un lado, es la zona modal para dos modos conflictuales de acercamiento, que deben llegar a alternarse, la *retención* y la *eliminación*. Además, los esfínteres son sólo una parte del sistema muscular con su dualidad general de rigidez y relajación, de flexión y extensión. El desarrollo del sistema muscular da al niño un poder mucho más grande sobre el medio ambiente, a través de la capacidad para alcanzar y asir, para arrojar y empujar, para apropiarse de cosas y para mantenerlas a cierta distancia. Toda esta etapa, pues, que los alemanes llamaron la etapa del empujamiento, se convierte en una lucha por la autonomía. En cuanto el niño se apronta a plantarse más firmemente sobre sus pies, comienza a ver el mundo como "yo" y "tú", "mí" y "mío". Toda madre sabe cuán sorprendentemente maleable puede ser un niño en esta etapa, siempre y cuando haya decidido que *desea* hacer lo que se espera que haga. Resulta difícil, empero, encontrar la fórmula adecuada para conseguir que desee precisamente eso. Toda madre sabe cuán tiernamente puede un niño acurrucarse en sus brazos en esta etapa y con qué gesto implacable intentará de pronto apartar al adulto de su lado. Al mismo tiempo, el niño tiende a la vez a acumular cosas y a descartarlas, a aferrarse a las posesiones y a arrojarlas por la ventana. Todas esas tendencias aparentemente contradictorias, entonces, se incluyen en la fórmula de los modos retentivo-eliminadorio.

En cuanto a las nuevas modalidades sociales desarrolladas en este momento, el acento recae sobre la simple antítesis de *soltar* y *aferrar*, cuya proporción y secuencia es de importancia decisiva, tanto para el desarrollo de la personalidad individual como para el de las actitudes colectivas.

El problema de la regulación mutua enfrenta ahora su prueba más difícil. Si el control exterior ejercido por una educación demasiado rígida o demasiado prematura insiste en privar al niño

de su intento de ir controlando gradualmente sus intestinos y otras funciones ambivalentes a través de su libre elección y voluntad, aquél volverá a enfrentar una doble rebelión y una doble derrota. Impotente en su propio cuerpo (y a menudo temeroso de sus heces como si fueran monstruos hostiles que habitan en su interior) e impotente afuera, se verá obligado otra vez a buscar satisfacción y control a través de una regresión o de un falso progreso. En otras palabras, retornará a un control oral previo, esto es, succionándose el pulgar y recurriendo a los lloriqueos y las exigencias o bien se volverá hostil e intrusivo, y utilizará las heces como municiones y fingirá haber alcanzado una autonomía, una capacidad para manejarse sin ayuda de nadie, que en realidad no posee en absoluto. (En nuestros dos "especímenes" hemos visto regresiones a esta posición.)

Agregando la etapa anal-uretral-muscular a nuestro diagrama, llegamos a la formulación que muestra la figura 3.

La diagonal se ha extendido hacia el establecimiento de los modos retentivos (3) y eliminatorios (4) en la zona anal-uretral (círculos inferiores) en la nueva etapa III. El contorno del círculo mismo vuelve a indicar una generalización de estos modos en todo el sistema muscular en desarrollo que, antes de cumplir propósitos más variados e intrincados, debe haber alcanzado alguna forma de autocontrol en lo relativo a la expresión dual, como soltar y aferrar. Cuando tal control se ve perturbado por alteraciones del desarrollo en la esfera anal-uretral, se establecen acentos perdurables en la retención y/o eliminación, que pueden llevar a una variedad de trastornos en la zona misma (recto o colon espásticos), en el sistema muscular (flaccidez o rigidez general), en la fantasía obsesiva (temor paranoide a sustancias hostiles dentro del propio cuerpo), y en las esferas sociales (intentos de controlar el medio ambiente a través de la sistematización compulsiva).

A esta altura resulta posible ilustrar el uso clínico de este cuadro, aún incompleto. Señalamos que nuestro paciente anal-retentivo pasó en su temprana infancia por un período en que retenía el alimento en la boca y se cerraba en general. Tal desarrollo "desviado" que, desde luego, podía no haber asumido el giro que tomó temporariamente en este caso, puede agregarse al cuadro acentuando II 3. Así, este niño, si bien renuncia al intento de aferrarse a la madre (II 2), intenta controlar la situación mediante la retención, una fijación modal que lo predestina a un período difícil en la etapa III, cuando debe aprender a "soltar". La crisis real, empero, se produjo cuando estaba a punto de abandonar esta etapa: hizo una regresión y se aferró como si en ello le fuera la vida.

Otras vías de escape a disposición de los niños están indicadas también en el cuadro. Los modos III 2 y III 1 (anal-uretral-incorporativo)

son bien y concretamente conocidos para los pediatras que deben extraer los objetos que los niños se han introducido en el ano. En la contraparte uretral de este hábito, pajitas y palitos se introducen en la uretra. Estas expresiones modales concretas existen pero son raras; más comunes son las fantasías que preparan para perversiones futuras. Cualquier fijación anal en uno de estos modos es particularmente útil para preparar una actitud homosexual con la idea implícita de lograr amor y control para siempre a través de la incorporación anal. En el caso de las niñas, las

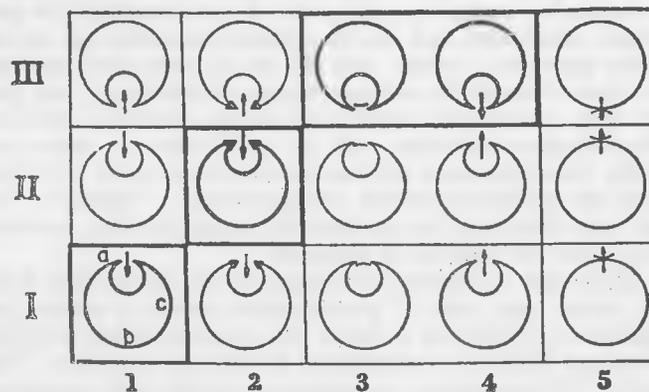


FIG. 3

cosas son totalmente distintas, debido al hecho de que la tendencia a asir no necesita permanecer fijada en la boca o adquirir un carácter perverso a través del ano: puede desplazarse normalmente a la vagina y dominar la conducta genital. Volveremos a considerar este punto cuando hablemos sobre la genitalidad.

El otro posible escape "lateral" es un énfasis indebido en el modo III 5, esto es, el uso de las heces como municiones para atacar a la gente. Esto puede asumir la forma de una evacuación o deposición agresiva de la materia fecal. La tentación de hacerlo sobrevive en los adultos como una tendencia a utilizar insultos relativos a la materia fecal, lo cual constituye una forma mágica de atacar al enemigo, y además conveniente, si existe impunidad.

¿Qué cualidades perdurables están arraigadas en esta etapa muscular y anal? El sentimiento de bondad interior da origen a la autonomía y el orgullo; el sentimiento de maldad, al de duda y vergüenza. Para alcanzar la autonomía, se necesita un estado firmemente desarrollado y convincentemente continuado de con-

fianza temprana. El niño debe llegar a sentir que su confianza básica en sí mismo y en el mundo (que es el tesoro perdurable salvado de los conflictos de la etapa oral) no correrá peligro ante ese deseo repentino y violento de decidir por su cuenta, de apropiarse con actitud exigente y eliminar empecinadamente. La firmeza debe protegerlo contra la anarquía potencial de su juicio aún inexperto, su incapacidad para aferrar y soltar en forma discriminada. Su medio ambiente debe respaldarlo en su deseo de "pararse sobre sus propios pies", a fin de evitar que se vea abrumado por esa sensación de haberse expuesto prematura y tontamente que llamamos vergüenza, o esa desconfianza secundaria, que retrospectivamente llamamos duda.

Por lo tanto, *autonomía versus vergüenza* y *duda* constituyen el segundo conflicto nuclear, cuya resolución es una de las tareas básicas del yo.

### C. LA LOCOMOCIÓN Y LOS GENITALES

Hasta ahora no he mencionado edades. Nos acercamos al final del tercer año, cuando caminar se convierte ya en algo fácil y vigoroso. Los libros nos dicen que un niño "puede caminar" mucho antes, pero para nosotros no está realmente parado sobre sus pies mientras sólo pueda lograrlo con relativa eficacia, con alguna ayuda y durante breves períodos de tiempo. El yo ha incorporado caminar y correr a la esfera del dominio cuando se siente que la gravedad está adentro, cuando el niño puede olvidar que lo que está *haciendo* es caminar y en cambio descubre qué puede *hacer con ello*. Sólo entonces las piernas se convierten en una parte integral del niño en lugar de un apéndice ambulatorio.

Hagamos una pequeña revisión: la primera estación intermedia era la relajación previa. La confianza basada en la experiencia de que los mecanismos básicos de la respiración, la digestión, el dormir, etcétera, tienen una relación constante y familiar con los alimentos y las comodidades ofrecidas, promueve la naciente capacidad de alcanzar primero una posición sentada y luego de pie. La segunda estación intermedia (lograda sólo hacia fines del segundo año), consiste en poder sentarse no sólo con seguridad, sino también sin cansarse, una hazaña que permite que el sistema muscular se utilice gradualmente para una discriminación más fina y para maneras más autónomas de seleccionar y descartar, de apilar cosas y de arrojarlas estrepitosamente.

La tercera estación intermedia encuentra al niño capaz de moverse en forma independiente y vigorosa. No sólo está en condiciones de manifestar su papel sexual, sino que también comienza

a comprender su papel en la economía o, por lo menos, a comprender qué roles vale la pena imitar. De manera más inmediata, ahora puede relacionarse con sus pares y, bajo la guía de niños mayores o de personas especializadas, participa gradualmente en la política infantil de la *nursery school*, la calle y el patio de juegos. Su aprendizaje se vuelve ahora intrusivo; deja de tenerlo a él mismo como centro y se desplaza hacia hechos y actividades siempre renovados; y el niño comienza a percibir claramente las diferencias entre los sexos. Todo esto, pues, prepara el escenario para la genitalidad infantil y para la primera elaboración de los modos intrusivo e inclusivo.

Desde luego, la genitalidad infantil está destinada a permanecer rudimentaria, una mera promesa de cosas por venir. Si no se provoca específicamente una manifestación precoz, a través de frustraciones o costumbres especiales (tales como el juego sexual en grupos), dicha genitalidad no suele ocasionar más que una serie de experiencias fascinantes, que son bastante atemorizantes e insubstanciales como para caer bajo la influencia de la represión durante la etapa que Freud denominó el período de "latencia" esto es, la prolongada postergación de la maduración sexual física.

En esta etapa la orientación sexual del niño es fálica. Si bien no cabe duda de que ya antes se producen erecciones (sea por reflejo o como una clara respuesta sexual a personas y cosas que hacen sentir intensamente al niño) ahora se desarrolla un interés centrado en los genitales de ambos sexos, junto con una vaga urgencia de realizar actos sexuales. Las observaciones sobre sociedades primitivas revelan relaciones sexuales entre niños de tres o cuatro años, actos que, a juzgar por las risas que los acompañan, constituyen una imitación primariamente juguetona. Tales actos manifiestos probablemente contribuyen a facilitar su desarrollo que es potencialmente peligroso: la dirección exclusiva de los tempranos impulsos sexuales hacia los padres, sobre todo cuando existe un tabú total para la comunicación de tal deseo, pues el mayor dominio locomotor y el orgullo que se experimenta por ser grande y casi igual que Papá y Mamá recibe su más severo golpe a través del claro hecho de que, en la esfera genital, el niño es enormemente inferior, y de que ni siquiera en el futuro remoto podrá ser el padre en la relación sexual con la madre o la madre en la relación sexual con el padre. Las profundas consecuencias de esta revelación constituyen lo que Freud denominó el complejo edípico.

Este término ha complicado sin duda la cuestión, en tanto compara lo que ha de deducirse en la infancia con lo que debe inferirse de la historia del rey Edipo. El nombre establece así una analogía entre dos elementos indefinibles. La idea es que Edipo,

que inadvertidamente mató a su padre y se casó con su madre, se convirtió en un héroe mítico, y en el escenario es objeto de intensa piedad y terror porque poseer a la propia madre y reemplazar al propio padre es un deseo universal y universalmente prohibido.

El psicoanálisis verifica en su tarea diaria la simple conclusión de que los varones tienen como objeto de su primer afecto genital a los adultos maternos que han dado bienestar a su cuerpo, y que desarrollan su primera rivalidad sexual contra las personas que son los poseedores genitales de esas personas maternas. Llegar a la conclusión, como hiciera Diderot, de que si el niño tuviera la fuerza de un hombre, violaría a su madre y asesinaría al padre, pertenece al dominio de la intuición y, no obstante, carece de significado. Pues si tuviera ese poder no sería un niño y no necesitaría permanecer junto a sus padres, en cuyo caso podría preferir simplemente otros objetos sexuales. Tal como son las cosas, la genitalidad infantil se dirige a los protectores ideales de la infancia y sufre, en consecuencia, intensas complicaciones.

El modo *intrusivo* que domina gran parte de la conducta en esta etapa, caracteriza una variedad de actividades y fantasías "similares" desde el punto de vista configurativo. Aquéllas incluyen la intrusión en otros cuerpos a través del ataque físico: la intrusión en los oídos y la mente de las otras personas mediante una charla agresiva; la intrusión en el espacio mediante la locomoción vigorosa; la intrusión en lo desconocido a través de una curiosidad insaciable. En general, parece evidente que para los niños de esta edad las relaciones sexuales adultas constituyen actos peligrosos de agresión mutua. Incluso cuando hay juego sexual grupal, el niño parece interpretar los actos sexuales de sus mayores como intrusivos por parte del varón e incorporativos al estilo de la araña por parte de la mujer; y esto ocurre sobre todo cuando la oscuridad rodea la vida sexual adulta, cuando los sonidos que la acompañan son interpretados como expresiones de dolor, cuando se observa subrepticamente la sangre menstrual y cuando se perciben consecuencias hostiles en padres insuficientemente satisfechos.

Las niñas tienen una experiencia funesta en esta etapa, en tanto deben comprender la finalidad del hecho de que, aunque su intrusión locomotora, mental y social, aumenta igualmente y es tan adecuada como la de los varones, carecen de un pene. Mientras que el varón tiene este órgano visible, eréctil y comprensible al que puede referir sueños de poder adulto, el clítoris de la niña no puede dar lugar a sueños de igualdad sexual. Y aún no tiene senos como símbolos análogamente tangibles de su futuro; sus instintos maternos quedan relegados a la fantasía lúdica o al cui-

dado de bebés. Cuando las necesidades de la vida económica y la sabiduría de su plan social vuelven comprensible el papel femenino y sus poderes y recompensas específicos, es más fácil integrar todo esto y establecer la solidaridad femenina. De otro modo, la niña tiende a desarrollar, junto con los modos básicos de *receptividad* femenina e *inclusión* materna, una actitud fastidiosa, exigente, o una tendencia infantil a usurpar, aferrarse y depender excesivamente.

Ahora casi resulta posible completar el diagrama (figuras 4 y 5).

En la figura 4 (varón) y la figura 5 (mujer), agregamos la línea IV, la etapa genital infantil y locomotora, durante la cual el modo de intrusión (5) está sugerido en la exuberancia ambulatoria, la mentalidad agresiva y las fantasías y actividades sexuales. Ambos sexos participan del desarrollo general de los patrones ambulatorio e inclusivo, aunque en la niña se desarrollan patrones de receptividad exigente y maternal (1, 2) en una proporción determinada por la experiencia previa, el temperamento y el énfasis cultural.

La figura 5 muestra el progreso psicosexual de la niña en la etapa IV como una reversión parcial a modos incorporativos, originalmente desarrollados sobre líneas orales y sensoriales. Creo que esto no constituye un resultado accidental de nuestro método de encuadre, pues la niña en esta etapa equipara la vida muscular potencialmente más vigorosa del varón con la potencialidad de una discriminación sensorial más rica y con los rasgos de percepción y aceptación de la maternidad futura. También tiende a volverse cada vez más dependiente y más exigente y, de hecho, se le permite hacerlo, excepto cuando la cultura elige cultivar el modo auxiliar de la conducta intrusiva y marcadamente locomotora (IV 5). Volveremos más tarde a esta cercanía entre sus modos genitales (receptividad, inclusión) y los de la oralidad (incorporación).

La etapa genital infantil y ambulatoria agrega al inventario de modalidades sociales básicas en ambos sexos la de "conquistar" en el sentido de una conducta pujante y hasta desconsiderada, tendiente a asegurarse algún beneficio. No hay ninguna palabra más simple y más fuerte para referirse a las modalidades sociales enumeradas. El término sugiere un ataque directo, el gozo experimentado en la competencia, la insistencia en alcanzar una meta, el placer de la conquista. En el varón, se expresa a través de modos fálico-intrusivos; en la niña, se convierte tarde o temprano en fastidiar o provocar o en formas más leves de "atrapar" es decir, haciéndose atractiva y despertando afecto. El niño desarrolla así los

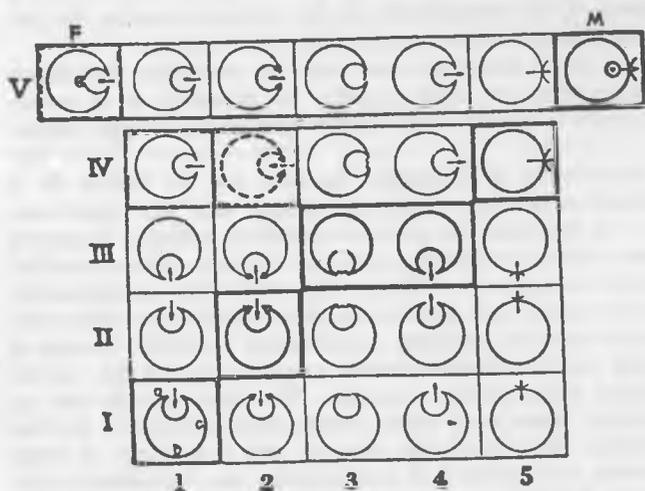


FIG. 4

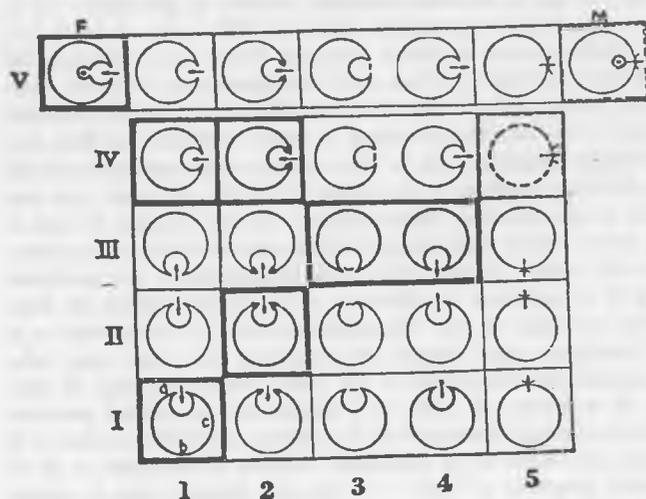


FIG. 5

prerrequisitos para la *iniciativa*, es decir, para la selección de metas y la perseverancia para alcanzarlas.

Con todo, esta disposición general a la iniciativa encuentra de inmediato a su enemigo arquetípico en la necesidad de postergar y desplazar su núcleo sexual, pues éste es biológicamente incompleto y culturalmente combatido por los tabúes del incesto. Los deseos "edípicos" (tan simple y confiadamente expresados en la seguridad del varón de que se casará con su madre y la hará sentir orgullosa de él, y en la seguridad de la niña de que se casará con el padre y lo cuidará mucho mejor) llevan a vagas fantasías lindantes con el asesinato y la violación. La consecuencia es un profundo sentimiento de culpa, un extraño sentimiento, puesto que parece implicar permanentemente que el individuo ha cometido un crimen que en realidad no sólo no ocurrió, sino que habría resultado biológicamente imposible. Esta culpa secreta, no obstante, también ayuda a desplazar todo el peso de la iniciativa y el poder de la curiosidad hacia ideales deseables y metas prácticas e inmediatas, hacia el mundo cognoscible de los hechos y los métodos para hacer cosas, y no para "hacer" personas.

Con todo, esto presupone que se ha encontrado una solución perdurable para el tercer conflicto nuclear, que se examinará en el capítulo sobre el yo, a saber, el conflicto entre la *iniciativa* y la *culpa*.

Con esto concluye nuestra reformulación de la teoría de la sexualidad infantil, que es en realidad una teoría de las etapas pregenitales que conducen a una genitalidad rudimentaria. Pero debemos incluir, tanto en el texto como en el diagrama, un modo generativo rudimentario, que representa la borrosa anticipación del hecho de que la genitalidad tiene una función procreadora. En la cuarta y última sección de este capítulo presentaremos algunas pruebas que se refieren a lo que un clínico conoce y aplica aunque no siempre sepa cómo conceptualizarlo, a saber, que las niñas y los varones se distinguen no sólo a través de diferencias en los órganos, las capacidades y los papeles, sino también por la cualidad única de su experiencia. Esto constituye el resultado de la organización que el yo imparte a todo lo que uno tiene, siente y anticipa. Nunca es suficiente, entonces, caracterizar a los sexos según la forma en que difieren entre sí, aunque tal diferencia tiene su contrapunto en los roles culturales. Antes bien, cada sexo está caracterizado por una singularidad que incluye su diferencia con respecto al otro sexo, pero no se agota en ella; una singularidad que se funda en las funciones preformadas del futuro inseminador y la futura madre, cualquiera que sea el sistema de distribución del

trabajo y el estilo cultural. Aquí los modos de intrusión e inclusión están polarizados al servicio de la producción y la procreación.

En la línea V (figura 4 y figura 5) se anticipa la "etapa genital" rudimentaria. El pequeño círculo adicional tanto en el interior del varón como en el de la mujer designa dos nuevos modos, generador femenino (VF) y generador masculino (VM), y expresa el hecho de que la inclusión femenina y la intrusión masculina se orientan cada vez más hacia una potencialidad interior oscuramente presentida, a saber, la reunión del óvulo y el espermatozoide en el acto de la procreación.

Pero si bien nuestro método para el desarrollo del diagrama fue por adición, como si en cada etapa surgiera algo completamente nuevo, todo el diagrama debe reconsiderarse ahora como la representación de una *diferenciación sucesiva* de partes, todas las cuales existen de alguna manera desde el comienzo hasta el fin, y siempre dentro de una totalidad orgánica, el organismo en maduración. En tal sentido, los modos agregados al final (generador masculino y femenino) han sido un factor central, aunque rudimentario, a través del desarrollo previo<sup>11</sup>.

#### D. PREGENITALIDAD Y GENITALIDAD

Un sistema debe tener su utopía. Para el psicoanálisis, la utopía es la "genitalidad". Al principio se la concibió como la integración de las etapas pregenitales hasta un grado de perfección que, más tarde (después de la pubertad) aseguraría tres difíciles reconciliaciones: 1) la reconciliación del orgasmo genital y las ne-

<sup>11</sup> El cuadro ya está completo. Muchos opinarán que se trata de una manera demasiado estereotipada de explicar los fenómenos de los comienzos de la vida. De hecho, tal estereotipia puede ser el resultado del origen que estos esquemas tienen en la observación clínica. Ahora bien, el problema consiste en saber a dónde puede llevarnos tal esquematización. El hecho de que el concepto de énfasis modal resulta aplicable a datos no clínicos se volverá evidente en la conclusión de este capítulo, y su aplicabilidad a los fenómenos culturales, en la Parte Dos. Hay otra razón para proponer el ulterior examen de los esquemas, que no estoy en condiciones de explicitar, a saber, mi sensación de que la relación de los modos y las zonas señala un principio biológico y evolutivo. Konrad Lorenz expresó esa idea al exclamar, durante una asamblea de la Organización Mundial de la Salud en Ginebra: "Lo que me irrita en el diagrama que Erikson acaba de mostrarnos y que demuestra esas diferencias, es el hecho de que puede aplicarse, con muy poco o ningún cambio, a animales que no tienen, nunca han tenido y nunca tendrán, un pene o una vagina. De modo que la teoría, de las zonas indudablemente no resulta válida para estos animales, pero el principio del diagrama sí lo es". (Véase *Discussions in Child Development*, Volume IV, Tavistock Publications, Ltd., Londres, 1960, pág. 149.) (E. H. E.)

cesidades sexuales extragenitales; 2) la reconciliación del amor y la sexualidad; 3) la reconciliación de los patrones sexuales, los procreadores y los productivos en relación con el trabajo.

Es un hecho reconocido que todos los neuróticos demuestran estar trabados en sus ciclos sexuales: su intimidad se ve perturbada cuando se acercan a sus parejas potenciales, cuando inician, realizan o terminan el acto sexual, o cuando se apartan de las "partes" respectivas y de la pareja. En todo esto las huellas de la pregenitalidad son muy evidentes, aunque rara vez conscientes. Muy en lo profundo, las personas neuróticas prefieren incorporar o retener, eliminar o intrusar, antes que disfrutar de la mutualidad de los patrones genitales. Muchos otros preferirían ser dependientes o tener alguien que dependa de ellos, destruir o ser destruidos, antes que amar con madurez, y esto ocurre a menudo aunque el individuo no sea manifiestamente neurótico en ningún sentido clasificable, diagnosticable y curable. No cabe duda de que un juego sexual pleno es el mejor recurso para resolver los residuos pregenitales. Pero la relación entre el sexo y el juego, el juego y el trabajo, y el trabajo y el sexo, requiere una consideración posterior más detallada.

En este momento, pues, el diagrama puede utilizarse para clasificar las formas en que la desviación pregenital perturba la genitalidad. En la figura 4 el modo de la procreación femenina (VF) y los modos V 1 y V 2 no deben tomarse en forma demasiado literal. Los rudimentos del deseo de tener un hijo se utilizan en la identificación con la figura femenina y el apoyo a ella; o bien son absorbidos en la actividad creadora. En cuanto a las tendencias receptivas, el órgano masculino no tiene ninguna similitud morfológica con la boca, aunque existen rudimentos de un órgano femenino alrededor y por detrás de la base del pene, que está erotizada en los individuos pasivo-receptivo. De otra manera, la boca y el ano deben hacerse cargo de los residuos sexuales de los deseos incorporativos del varón. El modo V 1, si es predominante o tan dominante como el V 5, significaría un énfasis en la receptividad genital, un deseo de obtener en lugar de dar. Un predominio de V 2 representaría a la "puta" masculina —por ejemplo, el homosexual que busca tener relaciones sexuales con hombres con el fin, más o menos consciente, de apoderarse de su fuerza. El modo V 3 significaría una cualidad retentiva, el V 4 una cualidad eliminadora en la conducta genital del hombre; a él pertenecen las formas de la eyaculación inhibida e incompleta y de la eyaculación prematura y "débil". V 5 ha sido descrita como la actitud fálica-agresiva. Estas desviaciones pueden rastrearse siguiendo líneas verticales de fijación modal hasta otras zonas en las que se originaron y a las que tienden a regresar. En la sexualidad masculina madura, desde

luego, todos estos modos deben estar integrados y deben aceptar el predominio del modo procreador masculino (VM).

La última línea de la figura 5 tiene una aplicación doble: a la vida sexual y a la procreación (y el cuidado de los niños). Se ha formulado VF como la posición final dominante. V 1 y V 2 aparecen como la desviación más común: la frigidez relativa en conjunción con una pasividad receptiva o con avaricia sexual —y en el peor de los casos una incapacidad para dar genitalmente y para reconocer así la actuación del varón, que no obstante se exige y se provoca. V 3 es la incapacidad para relajarse lo suficientemente como para dejar entrar al hombre, para hacerlo sentir cómodo o para dejarlo ir. V 4, la genitalidad eliminatoria, se expresa en los espasmos orgásmicos frecuentes que no equivalen a una única experiencia adecuada. V 5 es la posición fálica no reconstruida tal como se expresa en el erotismo exclusivamente clitoriano, y en todas las formas de coerción intrusiva. En una mujer, VM es la capacidad para participar e identificarse con el papel procreador del varón, que hace de la mujer una compañera comprensiva y una guía firme para los hijos. Además, la capacidad creadora en ambos sexos exige una cierta proporción de VM y VF.

Tanto para el diagrama del varón como para el de la mujer, es válido afirmar que todas las desviaciones, si están subordinadas al modo dominante, son tan normales como frecuentes. Cuando reemplazan al modo dominante normal, llevan a desequilibrios en la organización libidinal total que no pueden existir durante mucho tiempo sin deformar decisivamente las modalidades sociales del individuo. Ello, a su vez, no puede ocurrir con demasiada frecuencia sin distorsionar la vida social de un grupo, a menos que éste pueda, durante un tiempo, manejar las cosas estableciendo grupos organizados de individuos desviados.

¿Existe la pregenitalidad sólo para la genitalidad? Parecería que no. De hecho, la esencia misma de la pregenitalidad parece ser la absorción de intereses libidinales en el temprano encuentro del organismo en maduración con un estilo particular de cuidado infantil y en la transformación de sus formas congénitas de acercamiento (agresión) en las modalidades sociales de la cultura.

Para empezar una vez más con lo que puede parecer un comienzo biológico: cuando decimos que los animales tienen "instinto" entendemos que por lo menos las formas inferiores tienen maneras relativamente congénitas, tempranas y ya maduras de interactuar con un sector de la naturaleza como partes del cual deben sobrevivir. Estos patrones varían ampliamente de una especie a otra, pero dentro de una misma especie son altamente inflexibles: los animales pueden aprender muy poco. Recordemos la historia de las golondrinas de Inglaterra importadas a Nueva Zelanda por

ingleses nostálgicos de su patria. Cuando llegó el invierno, todas volaron hacia el sur y no regresaron jamás, pues sus instintos señalaban en esa dirección, y no hacia zonas cálidas. Recordemos que nuestros animales domesticados y domésticos, a quienes tomamos tan fácilmente como índice del mundo animal, son ejemplares altamente seleccionados y adiestrados que aprenden a satisfacer nuestras necesidades emocionales y prácticas en tanto son objeto de nuestros cuidados. Lo que aprenden de nosotros no sirve para mejorar sus posibilidades de sobrevivir en ningún sector de la naturaleza o en ninguna cooperación con otros individuos de su propia especie. En este contexto, no preguntamos qué puede aprender un animal individual, sino qué puede enseñar una especie a sus miembros jóvenes de generación en generación.

En las formas superiores de los animales observamos una *división del instinto* (término utilizado en analogía con la "división del trabajo"). Aquí se trata de la regulación mutua entre la búsqueda instintiva de contacto por parte de los animales jóvenes y la provisión instintiva de contacto en el progenitor que completa el funcionamiento adaptativo en los primeros. He observado, por ejemplo, que ciertos mamíferos pueden aprender a defecar sólo cuando la madre les lame el recto.

Podríamos suponer que la infancia humana y la crianza humana son tan sólo la forma más alta de tal reciprocidad instintiva. Sin embargo, los impulsos con que nace el hombre no son instintos, así como tampoco son de naturaleza totalmente instintiva los impulsos complementarios de su madre. Tampoco incluyen en su naturaleza los patrones de completamiento, de autoconservación, de interacción con cualquier sector de la naturaleza; la tradición y la conciencia deben organizarlos.

Como animal, el hombre no es nada. Carece de sentido hablar de una criatura humana como si fuera un animal en el proceso de domesticación, o de los instintos como patrones fijos impuestos o modelados por el medio ambiente autocrático. Los "instintos innatos" del hombre son fragmentos de impulsos a los que es necesario reunir, otorgar sentido y organizar durante una infancia prolongada, a través de métodos de educación e instrucción infantiles que varían de una cultura a otra y están determinados por la tradición. De ello dependen sus posibilidades como organismo, como miembro de la sociedad, como individuo. En ello también radica su limitación, puesto que mientras el animal sobrevive cuando su sector de la naturaleza permanece bastante previsible como para coincidir con sus patrones congénitos de respuesta instintiva o cuando esas respuestas contienen los elementos para la necesaria mutación, el hombre sólo sobrevive cuando la educación infantil

tradicional le proporciona una conciencia que puede guiarlo sin aplastarlo, y es bastante firme y flexible como para adecuarse a las vicisitudes de su época histórica. Para lograr todo esto, la educación infantil utiliza las vagas fuerzas *instintivas* (sexuales y agresivas), que proporcionan la energía para los patrones instintivos y que en el hombre, precisamente debido a su equipo *instintivo* mínimo, son altamente móviles y extraordinariamente plásticas<sup>12</sup>.

Acá sólo deseamos alcanzar una comprensión inicial del plan y la relación sistemática de los modos orgánicos de la pregenitalidad que establecen la orientación básica que un organismo o sus partes pueden tener con respecto a otro organismo y sus partes y con el mundo de los objetos. Un ser con órganos puede incorporar cosas o bien otro ser; puede retenerlas o soltarlas; o puede penetrar en ellas. Los seres con órganos también pueden realizar esos actos modales con las partes de otro ser. El niño aprende durante su prolongada infancia estos modos de acercamiento físico y, con ellos, las modalidades de la vida social. Aprende a existir en el espacio y en el tiempo mientras aprende a ser un organismo en el espacio-tiempo de su cultura. Así, toda función parcial aprendida está basada en alguna integración de todos los modos orgánicos entre sí y con la imagen del mundo correspondiente a su cultura.

Si tomamos el funcionamiento intelectual como ejemplo de una función parcial, encontramos que está integrado con los modos orgánicos o bien distorsionado por ellos. Percibimos una información; al incorporarla, aprehendemos aquella parte que parece digna de ser poseída; al digerirla, tratamos de comprenderla a nuestro modo, asimilándola a otras informaciones, retenemos algunas partes y eliminamos otras; y la transmitimos a otra persona en la que se repite la digestión o inseminación adecuada. Y así como los modos de la genitalidad adulta pueden ostentar el sello más o menos deformante de tempranas experiencias correspondientes a modos orgánicos, del mismo modo la inteligencia del hombre puede, para mejor o para peor, estar caracterizada por el infra o sobre-desarrollo de uno u otro de los modos básicos. Algunos tratan de adquirir conocimientos con tanta avidez como esa cabra en una historieta de dibujos animados a la que otra le preguntó si había comido recientemente un buen libro; otros se llevan su conocimiento a un rincón y hacen lo mismo que un perro con un hueso;

<sup>12</sup> Para revisiones y clarificaciones de la teoría psicoanalítica, véase el trabajo de H. Hartman, E. Kris y R. Loewenstein (*The Psychoanalytic Study of the Child*, Vols. I-IV, International Universities Press, Nueva York, 1945-49).

otros se transforman en depósitos de información sin ninguna esperanza de llegar alguna vez a digerirla; hay quienes prefieren exudar y desparramar información que no está digerida ni es digerible; y los violadores intelectuales insisten en demostrar su razón atravesando las defensas de interlocutores nada receptivos.

Pero éstas son caricaturas, meramente demostrativas de que no sólo las relaciones sexuales genitales, sino también todas las otras clases de relaciones se desarrollan según una proporción adecuada (o inadecuada) de los modos orgánicos de la pregenitalidad, y que toda forma de relación puede estar caracterizada por una mutualidad relativa de los modos de acercamiento o por formas unilaterales de agresión. Para establecer una proporción particular, el proceso social se apropia de la temprana energía sexual así como de los modos tempranos de acercamiento; completa a través de la educación infantil tradicional los impulsos fragmentarios con que nace la criatura humana. En otras palabras, mientras que los fragmentos instintivos en el mamífero no humano se integran (relativamente), en forma más completa y en un tiempo relativamente más corto, por acción del cuidado instintivo que le proporcionan los progenitores, los patrones mucho más fragmentarios del niño dependen del proceso de la tradición que guía y otorga significado a las respuestas de los padres. El resultado de este completamiento más variable de los patrones impulsivos por parte de la tradición —gloriosa sin duda en sus logros cooperativos y en sus especializaciones y refinamientos inventivos— liga para siempre al individuo a las tradiciones y a las instituciones de su medio ambiente infantil, y lo expone a la autocracia, no siempre lógica y justa, de su autoridad interior, su conciencia.

#### 4. LOS MODOS GENITALES Y LAS MODALIDADES ESPACIALES

Este capítulo comenzó con dos episodios clínicos en que las zonas y los modos dominaban tanto el juego como los síntomas y la conducta de dos pequeños pacientes. Pondré fin a él con observaciones realizadas sobre gran número de niños que no eran pacientes, sino los sujetos de un estudio sobre el desarrollo realizado en la Universidad de California<sup>13</sup>. Tampoco se trataba de criaturas en edad de jugar. Tenían diez, once y doce años; ya

<sup>13</sup> J. W. Macfarlane, "Studies in Child Guidance. I. Methodology of Data Collection and Organization". Society for Research in Child Development *Monographs*, Vol. III, Nº 6, 1938.

habían sido entrevistados y observados regularmente durante una década, y existían datos sobre todos los aspectos discernibles del crecimiento y el desarrollo de sus cuerpos, sus mentes y sus personalidades. Cuando me uní al equipo que efectuaba el estudio, para examinar sus registros, pensamos que sería interesante verificar a través de esta numerosa muestra la proposición clínica que guía las observaciones como en el caso de Ann y Peter, es decir, que la observación del juego puede agregar comentarios significativos a datos provenientes de otras fuentes. ¿Me proporcionaría un procedimiento adecuado los especímenes lúdicos que pudieran servir como claves vivientes para los datos acumulados en los archivos? Quizás aquí resultaría posible aplicar a historias de vida contemporáneas lo que había aprendido en las historias clínicas.

Instalé una mesa para juegos y una selección azarosa de juguetes e invité a los chicos y chicas que participaban en el estudio a entrar de a uno por vez e imaginar que la mesa era un estudio cinematográfico, y los juguetes, los actores y los decorados. Luego les pedí que construyeran sobre la mesa "una escena excitante perteneciente a una película imaginaria". Estas instrucciones fueron elegidas para ahorrar a estos niños, la mayoría de los cuales contaba once años, el oprobio de tener que jugar "como chiquitos"; al mismo tiempo, se pensó que sería un "estímulo" suficientemente impersonal para un uso espontáneo de la imaginación. Pero aquí surgió la primera sorpresa: aunque durante un año y medio, unos 150 niños construyeron unas 450 escenas, no más de media docena de esas escenas y sólo unos pocos muñecos recibieron el nombre de algún actor particular. En cambio, después de un momento de reflexión, los niños organizaron sus escenas como si estuvieran guiados por un plan interior, me relataron una breve historia de contenido más o menos excitante, y dejaron en mis manos la tarea de descubrir qué "significaban" esas construcciones. Recuerdo, sin embargo, que algunos años antes, cuando intenté un método análogo con un grupo más pequeño formado por estudiantes de Harvard y Radcliffe, todos ellos graduados en literatura, a quienes se les pidió que construyeran una escena "dramática", ninguna de éstas se asemejaba a una obra de Shakespeare o de ningún otro autor. Parecería, pues, que instrucciones tan vagas como éstas logran lo mismo que la "asociación libre" (es decir, permitir que los pensamientos sigan su curso y que las palabras fluyan sin autocensura) en una sesión psicoanalítica, y que la invitación a jugar en las entrevistas con niños: tienden a surgir temas aparentemente arbitrarios que, según un estudio más cuidadoso, demuestran estar íntimamente relacionados con la dinámica de la historia de vida de la persona. En el estudio a que me refiero,

lo que llegué a denominar "elementos únicos" a menudo demostraron ser la clave para tal significación. Por ejemplo, uno de los pocos niños negros del grupo, y el más pequeño de todos, es el único que construye su escena *debajo* de la mesa. Ofrece así una prueba escalofriante y desnuda del significado de su sonriente humildad: "sabe cuál es su lugar". O consideremos la única escena en que el taburete ubicado junto al piano es colocado debajo de aquél para que quede bien claro que nadie está tocando. Puesto que la niña que construyó la escena es el único sujeto cuya madre se dedica a la música, es probable que el significado dinámico de los sonidos musicales en su infancia (si también otros datos lo sugieren) merezcan nuestra atención. Por último, para mencionar uno de los principales casos en que una criatura revela en su juego una percepción de algo que no se supone que conozca: una niña, que luego murió, y que entonces sufría una enfermedad sanguínea maligna, ignoraba, según suponían todos, el hecho de que se mantenía viva sólo gracias a una nueva droga que se encontraba entonces en sus etapas experimentales. Construyó las únicas ruinas hechas por una niña en este estudio y colocó en el centro de su escena a una "chica que milagrosamente regresaba a la vida después de haber sido sacrificada a los dioses". Estos ejemplos no rozan el difícil problema de interpretar el contenido inconsciente, pero indican que las escenas demostraron a menudo estar muy cerca de la vida. Con todo, no es esto lo que corresponde considerar en este momento. Aquí me propongo sólo examinar las manifestaciones del poder de los modos orgánicos en las modalidades espaciales.

A fin de dar una idea de mi sorpresa al descubrir modos orgánicos entre lo que, en contraste con los elementos *únicos*, llegué a denominar elementos *comunes* en las construcciones de esos niños, es necesario afirmar algo que quizás resulte difícil de creer, a saber, que traté de no esperar nada en particular y que estaba decidido a disfrutar de la novedad de la experiencia que significaba trabajar con tantos niños y, además, sanos. La disposición a sorprenderse forma parte de la disciplina de un clínico, pues sin ella los "hallazgos" clínicos pronto perderían la cualidad instructiva de descubrimientos nuevos (o verdaderamente confirmatorios).

A medida que los niños se concentraban con la dedicación de un artesano en las configuraciones que debían estar "perfectas" antes de que pudieran anunciar que habían concluido su tarea, comencé a percibir que estaba aprendiendo a esperar distintas configuraciones de los varones y de las niñas. Para dar un ejemplo que nos lleva de inmediato al modo de la inclusión femenina (IV 1), las niñas armaban con mucha mayor frecuencia que los

varones una habitación constituida por un círculo de muebles, sin paredes. A veces algo amenazador, aunque cómico, tal como un cerdo (véase figura 6) o "papá que viene a casa montado en un león" se introducía en una de esas configuraciones circulares de muebles. Cierta día, un muchacho organizó una escena "femenina" de este tipo, donde los intrusos eran animales salvajes, y sentí ese malestar que, según supongo, a menudo revela a un experimentador cuáles son sus expectativas más profundas. Y, en el

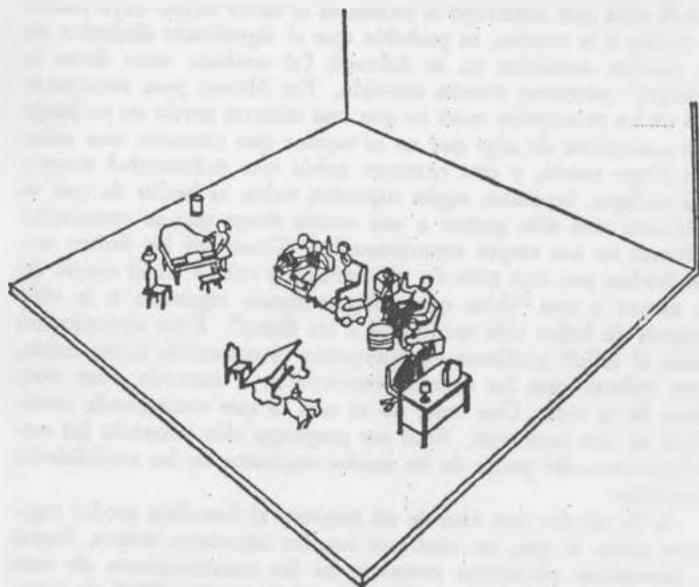


FIG. 6

momento de partir y cuando ya estaba junto a la puerta, el niño exclamó: "Ahí hay algo que no está bien", regresó y con expresión de alivio dispuso los animales formando una tangente con respecto al círculo de muebles. Sólo uno de los niños construyó en dos ocasiones una configuración de este tipo y no la modificó. Era de figura obesa y afeminada. Cuando el tratamiento de la tiroides comenzó a ejercer algún efecto, construyó en la tercera sesión (un año y medio después de la primera) la más alta y esbelta de todas las torres, como cabe esperar de un varón.

El hecho de que la torre de este niño, que ahora había logrado por fin adelgazar, fuera la más delgada, constituyó uno de esos

elementos "únicos" que sugieren que un cierto sentido del propio sí mismo físico influye sobre las modalidades espaciales de esas construcciones. De aquí sólo faltaba dar un paso para llegar a suponer que las modalidades comunes a ambos sexos pueden expresar algo del sentimiento de ser varón o mujer. Fue entonces cuando experimenté gratitud hacia el tipo de investigación en la que me había embarcado, pues el juego de la construcción proporciona un medio no verbal que resulta fácil contar, medir y comparar con respecto a la organización espacial. Al mismo tiempo, su impersonalidad geométrica parece independizarla de las connotaciones culturales y los significados individuales. Una pieza de construcción no es casi nada más que una pieza. Parece notable, pues (a menos que uno lo considere como una mera función de la diferencia en los temas) que niñas y varones difieran en el número de piezas utilizadas así como en las configuraciones construidas<sup>14</sup>.

Así, comencé a definir esas configuraciones en los términos más simples, tales como torres, edificios, calles, pasajes, lugares cerrados complejos y simples, interiores con paredes y sin ellas. Luego presenté las fotografías tomadas de esas escenas a dos observadores objetivos<sup>15</sup>, para ver si estaban de acuerdo acerca de la presencia o ausencia de tales configuraciones (y de combinaciones de ellas). Estuvieron "significativamente" de acuerdo; entonces fue posible determinar cuántas veces consideraban ellos (que no conocían mis expectativas) que esas configuraciones aparecían en las construcciones de varones y niñas. Resumiré sus conclusiones en términos generales. El lector puede suponer que cada ítem mencionado aparece en más de los dos tercios de las construcciones del sexo especificado (y a menudo considerablemente más), y que en el tercio restante prevalecen condiciones especiales que, según puede demostrarse, a menudo "confirman la regla".

La diferencia sexual más significativa fue la tendencia de los varones a construir estructuras, edificios, torres o calles (véase figura 7); las niñas tendían a utilizar la mesa como el interior de una casa, con un uso simple y escaso de las piezas o a veces no utilizándolas en absoluto (véase figura 6).

Las estructuras altas, entonces, prevalecían en las configuraciones de los varones. Pero lo opuesto de la elevación, es decir, la caída, también era igualmente típica de los niños: las ruinas o las estructuras derrumbadas se encontraban exclusivamente en el

<sup>14</sup> M. P. Honzik, "Sex Differences in the Occurrence of Materials in the Play Constructions of Preadolescents", *Child Development*, XXII, 15-35.

<sup>15</sup> Frances Orr y Alex Sherriffs.

trabajo de los varones. (Ya cité la única excepción.) En relación con las torres muy elevadas, algo así como una tendencia al derrumbe aparece regularmente, pero en formas tan diversas que sólo los elementos "únicos" pueden ilustrarla: uno de los niños, después de una prolongada indecisión, tiró abajo una torre extraordinariamente alta y bien construida a fin de hacer una configuración final que consistía en una estructura simple y baja sin

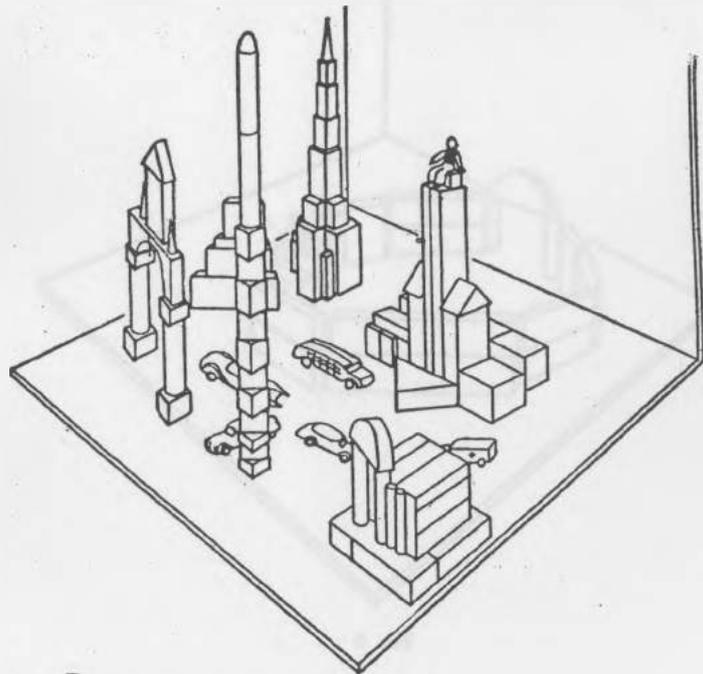


FIG. 7

ningún contenido "excitante"; otro apuntaló precariamente su torre y señaló que el peligro inmediato de un derrumbe era el elemento "excitante" de la historia, que de hecho, *era* su historia. Otro niño, que construyó una torre particularmente alta, colocó junto a la base un muñeco que representaba a un niño y explicó que este último se había caído desde lo alto de la torre; otro varón colocó a un muñeco sentado en lo alto de una de varias torres complicadas, pero afirmó que el niño había sufrido un derrumbe mental (figura 7). La torre más alta fue construida por

el niño más pequeño y, como se señaló, un niño de color construyó la suya *debajo* de la mesa. Todas estas variaciones ponen en evidencia que la *variable alto-bajo* es una *variable masculina*. Habiendo estudiado una serie de las historias de estos niños me inclinaría a agregar el juicio clínico de que la altura extrema (en su combinación con un elemento de derrumbe o caída) refleja la

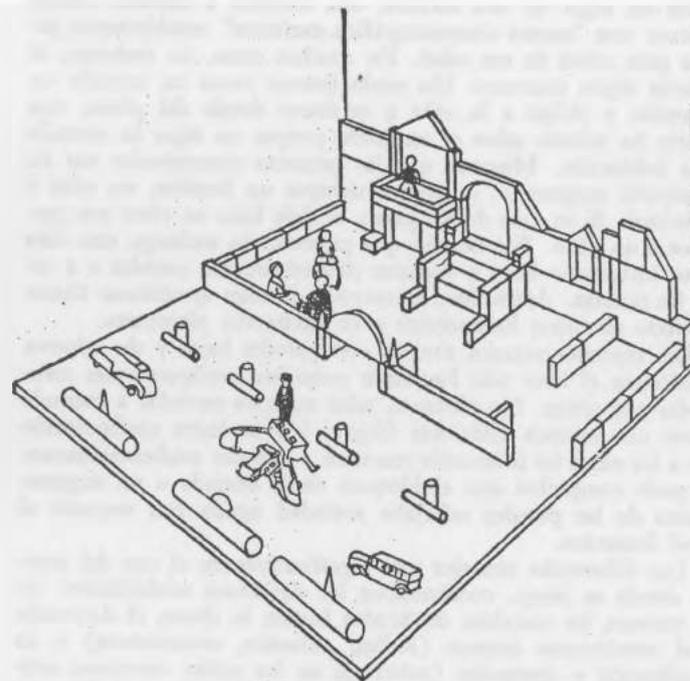


FIG. 8

necesidad de sobrecompensar las dudas con respecto a la propia masculinidad, o el temor a ella.

Las estructuras de los varones incluían menor número de personas y animales dentro de una casa. Antes bien, servían para canalizar el tráfico de automotores, animales e indios. Y también bloqueaban el tránsito: el policía era el muñeco más utilizado por los varones (figura 8).

Las niñas rara vez construían torres. Cuando lo hacían, las apoyaban contra la pared o las colocaban cerca de ella. La torre

más alta construida por una niña no estaba ubicada sobre la mesa sino sobre un estante, situado detrás de aquélla.

Si "alto" y "bajo" son variables masculinas, "abierto" y "cerrado" son modalidades femeninas. La mayoría de las niñas construyó interiores de casas sin paredes. En muchos casos, los interiores eran expresamente apacibles. Cuando se trataba de una casa de familia en lugar de una escuela, una muñeca a menudo tocaba el piano: una "escena cinematográfica excitante" notablemente pacífica para niñas de esa edad. En muchos casos, sin embargo, se producía algún trastorno. Un cérdido intruso causa un tumulto en la familia y obliga a la niña a ocultarse detrás del piano; una maestra ha saltado sobre el escritorio porque un tigre ha entrado en la habitación. Mientras que las personas atemorizadas son en su mayoría mujeres, el intruso es siempre un hombre, un niño o un animal. Si se trata de un perro, se deja bien en claro que pertenece a un niño. Por extraño que parezca, sin embargo, esta idea de un intruso no lleva a levantar defensivamente paredes o a cerrar las puertas. Antes bien, la mayoría de tales apariciones tienen un cierto elemento humorístico y de excitación placentera.

Los espacios cerrados simples con paredes bajas y sin adornos constituyen el ítem más frecuente entre las configuraciones construidas por niñas. No obstante, tales espacios cerrados a menudo tienen una entrada elaborada (figura 9): la única configuración que a las niñas les interesaba construir y adornar exuberantemente. Se pudo comprobar que el bloqueo de la entrada o un engrosamiento de las paredes reflejaba ansiedad aguda con respecto al papel femenino.

Las diferencias sexuales más significativas en el uso del espacio donde se juega, configuraban las siguientes modalidades: en los varones, las variables destacadas fueron la altura, el derrumbe y el movimiento intenso (indios, animales, automotores) y su canalización o detención (policías); en las niñas, interiores estáticos, que están abiertos, encerrados por elementos simples, son apacibles y sufren la aparición de algún intruso. Los varones adornaban las estructuras altas; las niñas, las entradas.

Ahora resulta evidente que las tendencias espaciales que gobiernan estas construcciones nos recuerdan a los *modos genitales* considerados en este capítulo, y que, de hecho, permiten trazar un estrecho paralelo con la morfología de los órganos sexuales: en el varón, los órganos *externos, eréctiles e intrusivos* en su carácter, que *conducen* células espermáticas altamente *móviles*; órganos *internos* en la mujer, con un *acceso* vestibular que lleva a los óvulos *estáticamente expectantes*. ¿Refleja todo esto un énfasis agudo y temporario sobre las modalidades de los órganos sexuales, debido

a la experiencia de la inminente maduración sexual? Mi juicio clínico (y el breve estudio de las "producciones dramáticas" de otros colegas) me lleva a pensar que el predominio de los modos genitales sobre las modalidades de la organización espacial refleja una profunda diferencia en cuanto al sentido del espacio en ambos sexos, incluso cuando la diferenciación sexual evidentemente proporciona la diferencia más decisiva en el plan básico del cuerpo

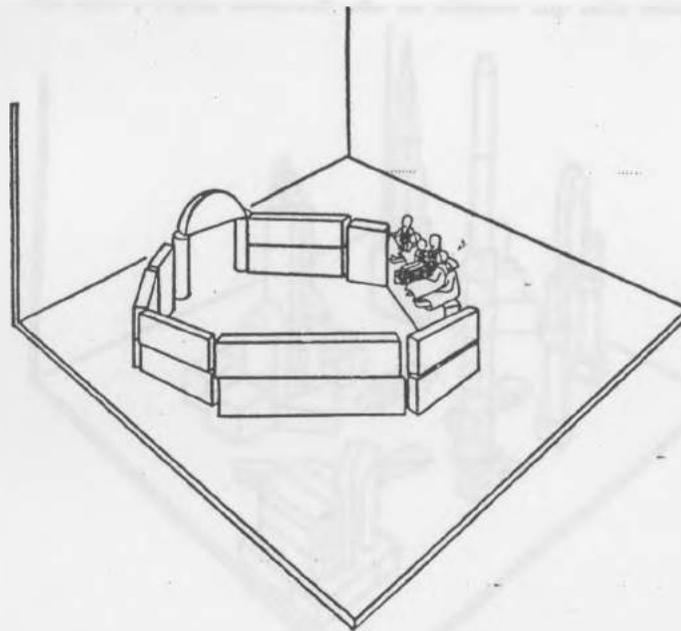


FIG. 9

humano que, a su vez, codetermina la experiencia biológica y los roles sociales.

La construcción lúdica también puede verse como expresión espacial de una variedad de connotaciones sociales. La tendencia de un varón a describir el movimiento hacia afuera y hacia arriba puede, entonces, ser sólo otra expresión de un sentimiento general de estar obligado a mostrarse fuerte y agresivo, móvil e independiente en el mundo, y de alcanzar "una alta posición". La representación que hacen las niñas de los interiores de una casa (que tiene un claro antecedente en su juego infantil con muñecas) sig-

nificaría entonces que están concentradas en la tarea anticipada de cuidar de un hogar y criar hijos.

Pero esta interpretación basada en el sentido común plantea más interrogantes de lo que resuelve. Si al construir esas escenas los varones piensan fundamentalmente en sus roles actuales o anticipados, ¿por qué no son los muñecos masculinos las figuras usadas por ellos con mayor frecuencia? El policía es su favorito; no obstante, cabe afirmar que pocos planean ser policías o creen que nosotros esperamos eso de ellos. ¿Por qué los niños no incluyen campos de deportes en sus construcciones? Con la inventiva nacida de una intensa motivación, esto se podría haber logrado, como pudo verse en la construcción de una cancha de fútbol, con graderías y todo lo demás. Pero esa construcción fue hecha por una niña que en esa época era obesa y "machona" y llevaba el cabello "afectadamente corto", todo lo cual sugiere una determinación única en su caso.

Como ya se señaló, la Segunda Guerra Mundial se fue preparando y estalló en el curso de las primeras etapas de este estudio; ser aviador se convirtió en una de las esperanzas más intensas de muchos varones. Con todo, el piloto sólo recibió tratamiento preferencial con respecto al monje y al bebé; mientras que el policía aparece con doble frecuencia que el vaquero, que sin duda constituye el ideal de rol más inmediato de estos niños occidentales y el que está más en consonancia con las ropas que visten y las actitudes que adoptan.

Si la principal motivación de las niñas es el amor a sus hogares futuros con exclusión de toda otra aspiración que puedan compartir con los varones, ello no explicaría, sin embargo, en forma inmediata por qué las niñas construyen alrededor de sus casas paredes más bajas que los varones y en menor número. El amor por la vida de hogar podría sin duda traer apareado un aumento de paredes altas y puertas cerradas como defensores de la intimidad y la seguridad. En estas apacibles escenas familiares la mayoría de las muñecas están tocando el piano o bien tranquilamente sentadas con sus familias en la sala: ¿podría esto considerarse realmente representativo de lo que desean hacer o piensan que deben demostrar qué desean cuando se les pide que construyan una escena cinematográfica excitante?

Si una niña que toca el piano parece tan específica para la representación de un interior apacible en las construcciones femeninas como el tránsito detenido por el policía en las escenas callejeras de los varones, puede entenderse que lo primero expresa *bondad puertas adentro* y lo segundo, *cautela en el exterior*. Tal énfasis en la bondad y la cautela, como respuesta a la instrucción

explícita de construir una "escena cinematográfica excitante", sugiere que en estas respuestas se expresan dimensiones dinámicas y conflictos agudos que no encuentran explicación en una teoría de mero sometimiento a los ideales culturales y conscientes.

Podemos aceptar, entonces, la evidencia de modos orgánicos en estas construcciones como un recordatorio del hecho de que la experiencia está anclada en el plan básico del cuerpo. Más allá de los modos orgánicos y de sus modelos anatómicos, vemos la sugestión de una experiencia masculina y femenina del espacio. Sus contornos se tornan más claros si, en lugar de meras configuraciones, observamos las funciones específicas acentuadas en las diversas maneras de utilizar (o de no utilizar) las piezas. Algunas construcciones (pasajes, túneles, cruces) sirven para *canalizar* el tránsito. Otras estructuras expresan una tendencia a *erigir, construir y elaborar*. Por otro lado, las paredes simples *incluyen y encierran*, mientras que los interiores abiertos *se mantienen a salvo* sin necesidad de excluir lo exterior.

En conjunto, por lo tanto, el espacio estructurado y los temas utilizados sugieren esa interpenetración de lo biológico, lo cultural y lo psicológico que constituye el tema de este libro. Si el psicoanálisis distingue por ahora lo psicosexual de lo psicosocial, he intentado en este capítulo construir un puente entre ambas esferas.

Trataremos ahora de demostrar que las culturas construyen a partir de lo biológicamente dado y se esfuerzan por alcanzar una división de la función entre los sexos que sea, simultáneamente, practicable dentro del esquema corporal, significativo para una sociedad particular y factible para el yo individual<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Para otras consideraciones sobre este estudio, véase "Sex Differences in the Play Configurations of Pre-Adolescents", *American Journal of Orthopsychiatry*, XXI, N° 4 (1951); revisado en *Childhood in Contemporary Cultures*, Margaret Mead y Martha Wolfenstein, editors, University of Chicago Press, 1955; y en *Discussions of Child Development*, Vol. III; Tavistock Publications, Londres, 1954, e International Universities Press, Nueva York, 1958. Hace poco he podido observar las primeras etapas de una investigación sobre las construcciones lúdicas de preadolescentes en la India. Las primeras impresiones indican que las características generales del universo lúdico difieren notablemente y de acuerdo con diferencias en el universo social, mientras que las diferencias sexuales se expresan a través de las modalidades espaciales descritas en este capítulo. Con todo, una afirmación definitiva al respecto debe aguardar a que Kamalini Sarabhai y sus colaboradores en el B. M. Institute en Ahmadabad hayan efectuado otras investigaciones. (E. H. E.)

PARTE DOS  
LA INFANCIA EN DOS TRIBUS INDIAS  
NORTEAMERICANAS

## INTRODUCCIÓN A LA PARTE DOS

AL PASAR ahora de los niños y los pacientes a los indios, seguimos un curso tradicional en la investigación moderna que busca, en campos periféricos en relación con nuestro complicado mundo adulto, alguna demostración simplificada de las leyes que rigen al hombre. El estudio de la estereotipia de la disfunción mental constituye uno de esos campos: los cristales, afirmó Freud, revelan su estructura invisible cuando se rompen. En el campo de la infancia tratamos de encontrar regularidades a través del estudio del desarrollo progresivo de algo a partir de la nada, o por lo menos de algo más diferenciado a partir de algo más simple. Por último, pasamos al primitivismo cultural en la infancia aparente de la humanidad donde los individuos nos parecen en determinado momento tan ingenuos como niños y, en otros, tan posesos como los lunáticos. La investigación comparada en estos tres campos ha revelado muchas analogías impresionantes. Pero el intento consiguiente de explotar un aparente paralelismo entre las condiciones humanas totales involucradas en ser un salvaje y las correspondientes a ser un niño o un adulto lleno de síntomas ha resultado ser equívoco. Sabemos ahora que los seres primitivos tienen su propia normalidad adulta, que tienen sus propios tipos de neurosis y psicosis y, lo que es más importante aún, que también tienen sus propias variedades de infancia.

Hasta hace pocas décadas, la educación infantil había sido la tierra de nadie de la antropología. Ni siquiera los antropólogos que vivieron durante años entre tribus aborígenes lograron comprender que estas tribus educaban a sus niños de alguna manera sistemática. En cambio, los expertos suponían tácitamente, junto con el público en general, que los salvajes carecían de una educación infantil y que los primitivos crecían "como animalillos", idea que despierta entre los miembros sobreadiestrados de nuestra cultura un desprecio airado o una exaltación romántica.

El descubrimiento de los sistemas primitivos de educación infantil pone en evidencia que las sociedades primitivas no son ni etapas infantiles de la humanidad ni desviaciones detenidas con

respecto a las orgullosas normas progresivas que nosotros representamos: son una forma completa de vida humana madura, a menudo de una homogeneidad y una integridad simple que a veces deberíamos envidiar. Redescubramos las características de algunas de esas formas de vida estudiando especímenes tomados de la vida india norteamericana.

El conjunto humano colectivamente denominado indios norteamericanos constituye hoy día una minoría muy diversa. Como sociedades estables han desaparecido. Es cierto que resulta posible encontrar restos de sus antiquísimas culturas: en reliquias antiguas, sobre altas mesetas a pocas millas de nuestras transitadas carreteras, en unos pocos individuos inmensamente dignos pero culturalmente momificados. Incluso cuando los representantes del gobierno alientan con tolerancia antiguas formas indias aisladas, o el comercio las explota con miras a los ingresos que representa el turismo, dichas formas ya no constituyen parte de una existencia social autosuficiente.

Cabría preguntar, entonces, por qué prefiero utilizar tribus indias norteamericanas para ilustrar lo que me propongo decir: ¿por qué no recurrir a material reunido por otro investigador en áreas que son todavía verdaderamente primitivas? Mi respuesta es la siguiente: porque este libro se refiere no sólo a hechos sino también a la experiencia clínica que implica buscar esos hechos; y debo dos de mis experiencias más instructivas a antropólogos que me invitaron a viajar con ellos y conocer sus tribus indias favoritas. Se trata de H. Scudder Mekeel, quien me introdujo en este campo, llevándome a una reserva sioux en Dakota del Sur, y de Alfred Kroeber, quien luego me ayudó a lograr que la imagen de los sioux (a los que fácilmente se considera como "los" indios) sólidamente comparativa. Me hizo conocer a sus yurok, una tribu de pescadores y recolectores de bellotas en la costa del Pacífico.

Este contacto con la antropología resultó sumamente fructífero por las siguientes razones. Mis guías habían puesto a mi disposición sus anotaciones personales y otros materiales antes de iniciar los viajes. Las tribus en cuestión habían sido su primer y perdurable amor en el trabajo de campo, por lo cual ambos investigadores podían expresar espontáneamente a través de la comunicación personal más de lo que estaba en condiciones de ser publicado en la época de sus estudios originales<sup>17</sup>. Contaban con informantes

<sup>17</sup> A. L. Kroeber, "The Yurok", en *Handbook of the Indians of California*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 78, 1925. H. S. Mekeel, *A Modern American Community in the Light of Its Past*. Tesis para el Doctorado de Filosofía, Universidad de Yale, 1932.

de confianza entre los miembros más viejos de la tribu, los únicos que podían recordar las costumbres de la antigua educación infantil. Sobre todo, ambos tenían formación psicoanalítica que estaban ansiosos por integrar con su tarea antropológica. Si yo, en cierta medida, serví como integrador, ello se debió a que, como analista de niños, estaba ya casi en condiciones de formular lo que se ha bosquejado en el capítulo precedente. Considerando que juntos podríamos recuperar algunos hechos descuidados en la historia reciente de los aborígenes norteamericanos, cada uno de esos hombres me puso en contacto con sus informantes predilectos y mejor adiestrados en el campo y los urgió a hablar conmigo como lo hubieran hecho con él, de haber sabido antes qué era necesario preguntar con respecto a una cantidad de ítems significativos para la infancia y la sociedad.

## CAPITULO 3

## LOS CAZADORES DE LA PRADERA

## 1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

EN LA ÉPOCA de nuestro viaje a Dakota del Sur, Scudder Mekeel era representante del Comisionado de Asuntos Indios. Nuestra investigación tenía como propósito inmediato y muy urgente tratar de averiguar cuál era el origen de la trágica apatía con que los niños de los sioux aceptaban silenciosamente y luego descartaban en forma igualmente silenciosa muchos de los valores que se les enseñaban a través del cuidadoso y costoso experimento de educación india federal. El problema de estos niños era bastante evidente: para ellos existían dos clases de "bien", uno blanco y otro indio. Pero sólo al investigar esa discrepancia pudimos descubrir los restos de lo que fue alguna vez lo correcto para los hijos de la pradera.

Para ser congruentes con la naturaleza clínica de nuestra investigación, debo introducir el material sobre la antigua educación infantil que se presentará aquí con una abundante descripción circunstancial. A fin de llegar a un claro en el que podamos contar con mejor luz para examinar el problema de la infancia y la sociedad, debo llevar al lector a través de los espinosos arbustos de las relaciones raciales contemporáneas.

La reserva india de Pine Ridge se extiende a lo largo del límite con Nebraska, al suroeste de Dakota del Sur. Comparte el destino de las llanuras altas y onduladas:

*The slow hot wind of summer and its withering  
or again the crimp of the driving white blizzard  
and neither of them to be stopped  
neither saying anything else than:  
"I'm not arguing. I'm telling you"*<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Carl Sandburg, *The People, Yes*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1936.

Aquí, 8.000 miembros de la subtribu oglala de los sioux, o dakota, viven en un territorio que les fue asignado por el gobierno. Cuando los indios se instalaron en esta reserva, transfirieron al gobierno de los Estados Unidos su independencia política y económica con la condición de que aquél impidiera que los blancos cazaran y se establecieran en su territorio.

Sólo el más empecinado de los románticos esperará encontrar en una reserva contemporánea algo que se parezca a la imagen de los antiguos dakotas, que alguna vez encarnaron al "verdadero indio", cazador y guerrero, dotado de fortaleza, astucia y crueldad. Hasta hace poco su imagen adornaba una de las monedas norteamericanas, extraño tributo a una extraña relación, pues este derrotado antepasado ocupa un lugar reservado para monarcas y presidentes. Pero su realidad histórica surge del lejano pasado.

La vida era buena en las llanuras altas de los dakotas antes de que llegara el hombre blanco... Los búfalos se desplazaban en grandes masas oscuras por las praderas; las Black Hills y las Rocallosas abundaban en ciervos, castores, osos y otros animales... El hambre estaba por lo general muy lejos de sus *tepees*<sup>19</sup>.

Organizados en un flexible sistema de "bandas", los dakota cabalgaron en otras épocas a través de las vastas planicies, siempre siguiendo a las manadas de búfalos. Periódicamente se reunían en campamentos bien organizados formados por tiendas livianas. Todo lo que hacían en conjunto —acampar, caza mayor del búfalo y danzas— estaba sujeto a una estricta regulación. Pero constantemente pequeños grupos coloridos y ruidosos, seguían el impulso de separarse del cuerpo principal, de dedicarse a la caza menor, robar caballos y sorprender enemigos. La crueldad de los sioux era proverbial entre los primeros colonizadores, y se extendía sin piedad a ellos mismos cuando en solitaria autotortura intentaban alcanzar una visión del Gran Espíritu para que los guiara.

Pero este pueblo otrora orgulloso se ha visto acosado por una secuencia apocalíptica de catástrofes, como si la naturaleza y la historia se hubieran unido para lanzar una guerra total contra su viril descendencia. Debe recordarse que sólo unos pocos siglos antes de que los blancos se instalaran entre ellos, los sioux habían llegado a las planicies altas desde el Missouri superior y el Mississippi y habían organizado su vida en torno de la caza del búfalo. La juventud relativa de esta adaptación podría muy bien explicar el hecho de que, como señala Wissler, "cuando los búfalos des-

<sup>19</sup> P. I. Wellman, *Death on the Prairie*, Macmillan, Nueva York, 1934.

aparecieron, los sioux murieron, étnica y espiritualmente. El cuerpo del búfalo había proporcionado no sólo alimento y material para ropa, abrigo y vivienda, sino también para artículos como bolsas y canoas, cuerdas para los arcos y para coser, tazas y cucharas. Las medicinas y los adornos se hacían con partes del búfalo; sus excrementos, secados al sol, servían como combustible en el invierno. Las sociedades y las estaciones, las ceremonias y las danzas, la mitología y el juego de los niños exaltaban su nombre y su imagen<sup>20</sup>.

Así, en primer lugar, los búfalos estaban desapareciendo. Los blancos, ansiosos de asegurarse rutas comerciales hacia los pastos más verdes del oeste, desbarataron los campos de caza y, juguetona y estúpidamente, mataron los búfalos a millares. Buscando oro irrumpieron en las Black Hills, las montañas sagradas de los sioux, su reserva de caza y refugio invernal. Los sioux intentaron oponerse como guerreros a esta violación de sus tempranos tratados con los generales de los Estados Unidos, pero comprobaron que la vida en la frontera no reconocía la ley federal ni la ley india.

La guerra salvaje y esporádica que sobrevino no terminó definitivamente hasta 1890, cuando el Séptimo Regimiento de Caballería vengó la muerte, ocurrida muchos años antes, de su exhibicionista camarada, el general Custer. En la masacre de Wounded Knee, cientos de sioux, superados en cuanto al número en una proporción de cuatro a uno, murieron a manos de soldados bien armados, aunque la mayoría ya se había rendido. "Los cuerpos de algunas de las mujeres y los niños se encontraron a dos o tres millas de distancia, hasta donde se los había perseguido para asesinarlos"<sup>21</sup>. En 1937, fotografías que mostraban esos cuerpos seguían estando clavadas en las paredes de la única farmacia y heladería de Pine Ridge.

Durante este período histórico en el que se trató de establecer una nueva economía, los sioux conocieron, a través de oleadas sucesivas, a muchas clases de nuevos norteamericanos que constituían el prototipo de la inquieta búsqueda de espacio, poder y nueva identidad étnica que impulsaba al hombre blanco. Los traficantes de pieles y los errabundos tramperos resultaban aceptables para el sioux nómada. Compartían la decisión de los indios de evitar la extinción de los animales de caza; traían cuchillos y armas, abalorios y pavas; se casaban con las mujeres indias y se enamoraban de ellas. También algunos generales norteamericanos eran totalmente aceptables, y casi siempre objeto de una suerte de deifica-

<sup>20</sup> C. Wissler, "Depression and Revolt", *Natural History*, 1938, Vol. 41, Nº 2.

<sup>21</sup> Wellman, *op. cit.*

ción precisamente porque habían luchado bien. Incluso la caballería negra se adecuaba a los valores sioux. Debido a sus impresionantes cargas, recibieron el honrosísimo nombre de "Búfalos Negros". La consagrada fe en el hombre demostrada por los cuáqueros y los primeros misioneros también logró impresionar a los dignos y religiosos líderes de los sioux. Pero en su búsqueda de imágenes adecuadas para vincular el pasado con el futuro, lo menos aceptable para los sioux fue el tipo de hombre blanco que estaba destinado a enseñarles las bendiciones de la civilización, esto es, el funcionario del gobierno.

La joven y bullente democracia norteamericana perdió la paz con los indios cuando no logró llegar a una decisión en cuanto a conquistar o colonizar, convertir o liberar, y en cambio dejó que una sucesión arbitraria de representantes, que tenían uno u otro de esos objetivos como meta, se hiciera cargo de la historia, demostrando así una incongruencia que los indios interpretaron como inseguridad y remordimientos. Los trámites burocráticos no sirven como sustituto de una sólida política; y la discrepancia entre la ideología y la práctica democráticas no es en ninguna parte tan evidente como en la jerarquía de una burocracia centralizada. Con respecto a esto, el indio más viejo, criado en el espíritu de una democracia de cazadores, que nivela a todo dictador y capitalista en potencia, tenía una perspicacia excelente, para no decir maliciosa. Resulta difícil imaginar la situación comprometida y, no obstante, responsable, en que los agentes del gobierno se encontraron en los primeros días. No obstante, algunos de ellos lograron realizar una buena tarea gracias a su espíritu humanitario.

Pero luego sobrevino la guerra de guerrillas con respecto a los niños que hace que el comienzo de la educación federal, tal como lo recuerdan los sioux más viejos, sea cualquier cosa menos agradable. En algunos lugares, "virtualmente se raptaba a los niños para obligarlos a asistir a las escuelas del gobierno, se les cortaba el cabello y se arrojaba sus ropas a la basura. Les estaba prohibido hablar en su propio idioma. La vida en la escuela estaba sometida a una disciplina militar y las reglas se imponían mediante el castigo corporal. Quienes insistían en aferrarse a sus antiguas tradiciones y los que huían y eran nuevamente capturados, terminaban en la cárcel. También se encarcelaba a los padres que se rebelaban contra todo esto. Siempre que ello resultaba posible, se mantenía a los niños en la escuela durante largos años para evitar la influencia de sus familias"<sup>22</sup>. Esta actitud general no se desechó por completo hasta 1920.

<sup>22</sup> G. MacGregor, *Warriors without Weapons*, University of Chicago Press, 1946.

Durante todo ese tiempo, sólo un tipo blanco influyó sobre la imaginación del indio hasta el punto de modificar su vestimenta, su actitud y sus costumbres, así como el juego de sus hijos: el vaquero. Desde 1900 hasta 1917, los sioux hicieron un decidido intento por desarrollar y disfrutar de una economía ganadera. Pero Washington, atento al poder superior de la erosión del suelo y de los intereses ganaderos del medio oeste, se vio obligado a prohibir que los sioux fueran vaqueros en el territorio que se les había asignado. La pérdida de sus ganados, que habían aumentado rápidamente, y el aumento posterior en el precio de la tierra que hizo de los incautos sioux pequeños derrochadores capitalistas, fueron las catástrofes modernas que, desde el punto de vista psicológico, equivalieron a la extinción de los búfalos. No es de extrañar, entonces, que algunos misioneros convencieran a los aguileños sioux de que eran la tribu perdida de Israel, sometidos a la eterna maldición de Dios.

Comenzó luego el período más reciente, durante el cual los sioux debieron volver a trabajar una tierra que ya estaba casi desgastada por la erosión y a punto de sufrir la gran sequía. Incluso hoy, sólo una fracción de ese territorio resulta adecuada para trigo, maíz y otros cereales.

Es comprensible, pues, que los sioux hayan acusado persistente e inútilmente al gobierno de los Estados Unidos de violar sus compromisos y de los errores administrativos de regímenes anteriores. En cuanto a los blancos, los casos de errores e incumplimiento de los compromisos contraídos nunca han sido negados por aquellos que inadvertida o impotentemente los cometieron. Hay informes de generales norteamericanos dirigidos al gobierno, y de comisionados indios dirigidos al Congreso, que describen la profunda vergüenza experimentada por esos hombres al escuchar los dignos reproches de los ancianos indios. De hecho, la conciencia del pueblo norteamericano se mostró a veces tan sensible frente a todos estos problemas que los sentimentalistas y los políticos pudieron explotar esa situación con fines totalmente nocivos para un enfoque realista de los problemas indios.

El gobierno ha retirado sus tropas y ha creado una organización imponente y humanitaria para los indios norteamericanos. El administrador ha sido reemplazado por el maestro, por el médico y el antropólogo social. Pero los años de desencanto y dependencia han dejado su marca, los indios de las planicies ya no pueden confiar precisamente en los casos en que ya no pueden darse el lujo de desconfiar. Donde una vez el indio fue un hombre agraviado, ahora resulta comparable a lo que en psiquiatría se conoce como "un neurótico de compensación"; todo su sentimiento de seguridad

y de identidad se funda en el *status* del individuo a quien se le debe algo. Con todo, cabe sospechar que aunque fuera posible devolver los millones de búfalos y el oro extraído de las Black Hills, los sioux ya no podrían olvidar los hábitos de dependencia o crear una comunidad adaptada al mundo actual que, al fin de cuentas, se impone a los conquistadores tanto como a los conquistados.

No es raro, entonces, que quien visite una reserva se sienta al cabo de un breve tiempo como si formara parte de una película en *ralentisseur*, como si una carga histórica detuviera la vida a su alrededor. Es verdad que el pueblo de Pine Ridge se parece mucho a cualquier cabecera rural de condado en una región pobre del medio oeste. Los edificios municipales y las escuelas son limpios, espaciosos y bien equipados. Los maestros y los empleados, indios y blancos, están siempre bien afeitados y tienen una actitud cordial. Pero cuanto más tiempo permanece uno en la reserva, cuanto más recorre y más de cerca mira, más evidente se vuelve que los indios mismos poseen muy poco y lo mantienen muy mal. Aparentemente serenos, por lo común amistosos, pero en general lentos y apáticos, los indios dan signos sorprendentes de desnutrición y enfermedad. Sólo en alguna danza ritual ocasional y en las peleas de borrachos en los bares más allá de los límites de la reserva, puede percibirse aún esa inmensa energía latente bajo la superficie apática. En la época de nuestra visita a Pine Ridge, el problema indio parecía estar atrapado en alguna parte entre el majestuoso giro de los ciclos de lluvia y sequía, el divino despilfarro del proceso democrático y la sonriente implacabilidad del sistema de libre empresa; y sabemos que para quienes se ven apresados de improviso en sus engranajes, los molinos de la proletarización muelen rápida y finamente. Aquí el problema indio pierde su antigua pátina y se agrega a los problemas de las minorías de color, rurales y urbanas, que aguardan a que los atareados procesos democráticos encuentren tiempo para ellas.

## 2. JIM

Cierto día, Mekeel y yo conocimos en el almacén a Jim, un joven sioux delgado y sincero, evidentemente uno de los graduados en la escuela secundaria más asimilado y, por lo tanto, como habíamos aprendido a esperar, con serios conflictos. Jim había abandonado la reserva unos años antes para casarse con una joven perteneciente a otra tribu de indios de la planicie y para vivir con su gente. Luego de una conversación durante la cual le explica-

mos a qué me dedicaba, manifestó que no se sentía satisfecho con el giro que estaban tomando las cosas en lo relativo a la educación de sus hijos, y que le hubiera gustado que fuéramos a su reserva en lugar de a Pine Ridge, a fin de que su esposa y él pudieran hablar de todo eso conmigo. Prometimos visitar su pueblo a corto plazo.

Cuando nos acercamos a la casa sencilla y limpia, los niños estaban dedicados al juego predilecto del varón indio pequeño, enlazar un tocón, mientras que una niña estaba perezosamente sentada en las rodillas de su padre, jugando con sus pacientes manos. La esposa de Jim trabajaba en la casa. Habíamos traído provisiones adicionales, sabiendo que en el caso de los indios es imposible llegar a nada concreto en unas pocas horas; nuestra conversación tendría que seguir el curso lento, reflexivo y tímido de los anfitriones. La esposa de Jim había pedido a algunos parientes que asistieran a nuestra reunión. Cada tanto se acercaba a la puerta para escudriñar las praderas circundantes, que se fundían en la distancia con las blancas y lentas procesiones de nubes. Cuando nos sentamos, sin decir mucho, tuve tiempo para considerar cuál podría ser el lugar de Jim entre las generaciones vivientes de su pueblo.

Los pocos ancianos de cabello largo entre los habitantes actuales de esas reservas recuerdan los días en que sus padres eran los amos de la pradera que enfrentaban a los representantes del gobierno norteamericano como iguales. Una vez que la lucha hubo cesado, esos indios aprendieron a conocer a la generación anterior de norteamericanos, cuyo Dios era un pariente no demasiado lejano del Gran Espíritu y cuyas ideas sobre una vida humana agresiva pero digna y caritativa no eran tan distintas de las características valientes y generosas del "buen hombre" indio.

La segunda generación de indios sólo conocía la caza y el comercio de pieles a través de relatos. Habían comenzado a considerar que tenían derecho según los tratados a una vida parasitaria, basada en las raciones del gobierno, y que ésa era por lo tanto, una forma "natural" de vida.

Jim pertenecía evidentemente a la tercera generación, que ha tenido todo los beneficios de la educación oficial en escuelas de pupillage y que, gracias a su educación superior, cree estar mejor preparada para enfrentar al hombre blanco. No pueden señalar ningún logro básico, sin embargo, más allá de una cierta adaptación superficial, pues en su mayoría tienen un concepto del futuro tan pobre como el que comienzan a tener del pasado. Esta generación más joven, entonces, está situada entre la impresionante dignidad de sus abuelos, que honestamente se niegan a creer que

el hombre blanco esté definitivamente instalado allí, y el hombre blanco mismo, que siente que el indio insiste en seguir siendo una reliquia nada práctica de un pasado muerto.

Después de un período de meditación espera, la mujer de Jim anunció que habían llegado sus parientes. Transcurrieron algunos minutos antes de que pudiéramos ver las dos figuras que se acercaban en la distancia. Cuando finalmente llegaron, hubo una ronda de saludos tímidos pero divertidos, y nos sentamos formando un círculo a la sombra de los pinos. Por casualidad me encontré sentado sobre el cajón de frutas más alto (las sillas son escasas en la pradera). Bromeé diciendo que era incómodo estar tan alto como un predicador, y di vuelta el cajón para que quedara más bajo. Pero en esa posición resultaba muy débil y tuve que volver a levantarlo. Entonces, sin decir una palabra, Jim acomodó su asiento de modo que quedara tan alto como el mío. Recuerdo éste como uno entre tantos incidentes típicos de una discreción silenciosa que los indios suelen manifestar.

Mientras que Jim parecía evidentemente preocupado, su esposa tenía la expresión de alguien que se está preparando para una conversación muy seria sobre la cual ya ha llegado a una conclusión.

Mekeel y yo habíamos decidido que en nuestra conversación no apuntaríamos directamente a las dificultades domésticas de Jim, cualesquiera fueran, sino que pediríamos al grupo que hiciera comentarios sobre lo que habíamos oído en Pine Ridge respecto de las diversas fases de la vida infantil en las praderas. Así que hablamos sobre las costumbres relativas al parto y a la crianza de los niños, obteniendo relatos fragmentarios sobre lo que alguna vez había sido la práctica habitual y sobre los cambios actuales. Durante toda la conversación las mujeres dieron muestras de una divertida franqueza, aunque sus tímidas sonrisas indicaban que no se habrían atrevido a tocar ciertos temas en la presencia de hombres si Mekeel no hubiera podido introducir en la conversación algunos detalles que las sorprendieron y despertaron sus recuerdos y su capacidad crítica. Evidentemente, nunca habían pensado que tales detalles podían ser de interés para los blancos o podían tener algo que ver con el mundo tal como se reflejaba en el idioma inglés.

Jim no agregó mucho a esta conversación, que duró varias horas. Cuando se hubo considerado la mitad de la primera década de vida, se hizo más notable el contraste entre su ceñudo silencio y la divertida aceptación de las mujeres frente a las diversas maneras en que los niños anticipan las actividades de la vida adulta.

Por fin, llegó la hora de almorzar, y las mujeres entraron a la casa para preparar la comida. Había llegado el turno de Jim, y

éste encaró su problema sin rodeos. Sus hijos usaban palabras sexuales en sus juegos, y él no podía tolerarlo. Su mujer se reía de ellos y de él, afirmando que todos los niños utilizan esas palabras y que no tenía ninguna importancia. Pero él era sensible a las insinuaciones de los blancos de que los indios eran obscenos y tenían hábitos sexuales indeseables. Estuvimos de acuerdo con él en que los blancos acusaban en secreto a los indios de ciertas licencias sexuales, pero también es cierto que todos los pueblos acusan a sus vecinos de las perversiones de las que ellos mismos se avergüenzan; en realidad, suelen dar nombres extranjeros a sus propias perversiones. Pero Jim no quería llevar la cuestión a ese terreno. Sostuvo que en realidad los sioux eran hombres "fuertes" que dominaban sus urgencias sexuales y no permitían que sus hijos utilizaran un lenguaje obsceno; y que no había motivos por los que sus hijos debieran hacer lo que a los niños sioux estaba prohibido. Así demostró que siempre había compartido la creencia de que los sioux eran en esencia "más fuertes" que la tribu estrechamente emparentada a la que pertenecía su esposa y que, en realidad, tenía con respecto a esa tribu los mismos prejuicios que los blancos abrigaban contra la suya propia, los sioux. Tal reflejo de los subgrupos es, desde luego, universal. Así, sucede que los sioux con una mezcla considerable de sangre blanca llaman despectivamente "negros" a sus hermanos de sangre india pura y, a su vez, reciben el nombre de "basura blanca".

Al igual que los pacientes en las entrevistas terapéuticas, Jim se contradijo tan abiertamente que sus palabras equivalían a una confesión. Nos contó que durante su última visita a su hogar en Pine Ridge, se había sentido molesto ante el lenguaje que utilizaban los hijos de sus parientes. Tal estado de cosas no podría haber existido cuando él mismo era niño, afirmó. Le preguntamos quién habría sido la persona encargada de impedirlo. "Mi padre", respondió.

Un ulterior interrogatorio reveló que el padre de Jim había pasado la mayor parte de su infancia en el extranjero. A medida que Jim nos proporcionaba nuevos detalles al respecto, se hizo cada vez más evidente que el condicionamiento foráneo había inducido a su padre, luego de su regreso junto a su propio pueblo, a tratar de inculcar a sus hijos normas que eran distintas de las de los otros niños sioux. Al hacerlo, había levantado un muro entre sus hijos y los de los otros miembros de la tribu: el muro que ahora aislaba a Jim de sus hijos y de sí mismo. A pesar de la infelicidad que era consecuencia de ese bloqueo interior, Jim era impotente frente a su tendencia a crear conflictos en su propia familia al insistir en que su bondadosa mujer pusiera fin, me-

dante una prohibición directa, a los hábitos que los sioux tanto como su propia tribu toleraban como una cuestión que podía solucionarse eventualmente provocando la vergüenza de los culpables o, si ello resultaba necesario, a través de una serena reprimenda de los abuelos.

Intentamos explicar a Jim el poder de los conflictos ambivalentes. Era probable que él se hubiera rebelado secretamente contra el deseo de su padre de apartarlo de sus compañeros de juego. Había suprimido la rebelión abierta pero al precio de hacer con sus propios hijos lo que su padre había hecho con él. Pero precisamente porque nunca había compartido la causa foránea de su padre, sus acciones sólo despertaban la cólera de su esposa, humillaban a sus hijos y provocaban en él mismo una duda paralizante.

Consideró todo esto durante unos pocos minutos y luego dijo: "Supongo que me han dicho algo", notable elogio si se considera que proviene de un indio. El almuerzo estaba listo. La esposa rebelde y las mujeres que la ayudaban aguardaron ceremoniosamente del otro lado de la puerta hasta que el amo de la casa y sus huéspedes hubieran terminado.

Tales fueron, pues, las conversaciones íntimas con indios atribulados en sus hogares de las planicies altas. Tales conversaciones constituyeron una de las principales fuentes de nuestro material relativo a la infancia sioux tal como fue en alguna época. Resulta evidente que en este campo no hay hechos libres de las más complejas connotaciones. El desesperado intento de Jim por recuperar un sentido de la rectitud por medios extraños a él mismo y a quienes lo rodeaban puede darnos una primera comprensión de un extraño mecanismo, a saber, la identificación compulsiva del hombre cuya identidad tribal ha sido destruida, con el destructor mismo. Parecería que los sentimientos de la gente siempre han percibido lo que nosotros hemos aprendido a conceptualizar hace muy poco, a saber, que pequeñas diferencias en la educación infantil son de significación perdurable y a veces fatales para diferenciar la imagen que un pueblo tiene del mundo, su sentido de la decencia y su sentimiento de identidad.

### 3. UN SEMINARIO INTERRACIAL

Nuestra segunda fuente importante de datos fue un pequeño seminario en el que Mekeel y yo intervinimos junto con educadores y asistentes sociales de origen blanco e indio, y en el que discutimos las diversas opiniones expresadas por los maestros pertenecientes al Indian Service. Aquí es necesario entender primero el

hecho de que los mismos datos sobre la infancia que en los conflictos neuróticos están sometidos a la represión y a la falsificación, en la disputa birracial subyacen a una actitud defensiva mutua casi impenetrable. Cada uno de los grupos, cualquiera que sea su naturaleza, parece exigir de sus hijos sacrificios que aquéllos sólo pueden soportar más tarde gracias a la firme creencia o el empujamiento pretexto de que estaban basados en principios absolutos incuestionables de conducta: poner en duda uno de estos principios absolutos implícitos significa que todos corren peligro. Así sucede que pacíficos vecinos, en defensa de algún aspecto insignificante de la educación infantil, se levantan sobre las patas traseras como osos encolerizados que han llegado a creer que sus cachorros corren peligro de muerte.

En la superficie, las quejas planteadas en nuestro seminario parecían profesionales y razonables. El ausentismo constituía el problema más destacado: ante la primera duda, los niños indios simplemente huían de regreso al hogar. El segundo problema era el robo, o por lo menos una marcada desconsideración para con los derechos de la propiedad tal como nosotros los comprendemos. Venía luego la apatía, que incluía todo, desde la falta de ambición e interés hasta una suerte de resistencia pasiva frente a una pregunta o un pedido. Por último, había una excesiva actividad sexual, término utilizado para una variedad de situaciones sugestivas que iban desde las excursiones en la oscuridad después de los bailes hasta la simple costumbre que tenían las niñas de dormir juntas cuando sentían nostalgia por el hogar.

La queja menos frecuente era la impertinencia, y no obstante, uno sentía que los maestros tenían esa misma ausencia de resistencia abierta, como si fuera el arma secreta de los indios. Toda la discusión estaba impregnada por la ofuscada acusación de que, cualquiera que fuera la actitud que uno asumiera frente a esos niños, nunca respondían. Son estoicos y reservados. Nos hacen sentir que quizás comprenden, hasta que de improviso se comprueba que han actuado de otra manera. Es imposible "llegar a ellos".

La furia profunda, y a menudo inconsciente, que este hecho había despertado gradualmente en los educadores mejor intencionados y disciplinados, alcanzó realmente expresión sólo en las opiniones "personales" que los maestros agregaban cada tanto a sus opiniones oficiales. Un viejo educador, agotado por largos años de trabajo, se indignó ante la referencia hecha por algunos maestros de origen indio al amor que los indios profesaban a sus hijos. Exclamó que los indios no sabían lo que significaba amar a un hijo. Ante las protestas que despertó, basó su opinión en la observación del simple hecho de que los padres indios que no han visto

a sus hijos durante períodos de hasta tres años jamás los besan ni lloran cuando finalmente acuden a buscarlos. No pudo aceptar la sugestión, corroborada por los observadores de más edad, de que esa reserva gobierna, desde las épocas más tempranas, el encuentro entre parientes indios, sobre todo en presencia de personas ajenas a la familia. Para él, ese conocimiento libresco quedaba anulado por dos décadas de observación indignada y personal. Insistió en que los progenitores indios sienten menos afecto hacia sus hijos que los animales hacia su descendencia.

Aceptando que la desintegración cultural y la incapacidad para atender económica o espiritualmente a los hijos puede traer apareada cierta apatía en las relaciones personales, resultaba evidentemente aterrador comprobar la existencia de un malentendido tan radical, que de ningún modo podía considerarse como una reliquia de un período menos comprensivo. El coronel Wheeler, que conoció a los sioux como conquistador y no como educador, no creía "que exista sobre la tierra ninguna raza que ame más a su familia que los indios norteamericanos". ¿Quién estaba en lo cierto? ¿Se había vuelto el general victorioso demasiado sentimental, o el desgastado educador demasiado cínico?

Algunas de las opiniones más enérgicas sólo se manifestaron en privado. "La enuresis es la peor dificultad", afirmó un maestro, un indio mestizo, y agregó: "pero nosotros los indios no hablaríamos sobre enuresis en un grupo donde hay mujeres". Consideraba que la falta de una adecuada educación de esfínteres era la causa de la mayor parte de las dificultades en la educación india. Un funcionario blanco señaló otro problema que él consideraba "realmente el peor". Citando informaciones confidenciales de autoridades médicas en el Indian Service, manifestó: "Los padres indios no sólo permiten que sus hijos se masturben, sino que les enseñan a hacerlo". Consideraba que en ello radicaba la causa de todos los problemas, pero se mostraba renuente a tratar el tema en presencia de los indios. Hasta donde fue posible establecer los hechos, ni la enuresis ni la masturbación eran más frecuentes en las escuelas indias que en los internados o los hogares temporarios de cualquier otra parte. En realidad, la masturbación constituía una mera suposición, ya que nadie recordaba haber visto nada por el estilo, exceptuando los manipuleos de niños muy pequeños. Resultaba interesante, entonces, observar que las quejas "reales", las más indignadas y las menos oficiales, se referían a áreas de temprano condicionamiento que han llamado la atención de los psicoanalistas en la cultura occidental (y que se consideraron en la sección sobre pregenitalidad).

Los blancos, muy activos en cuestiones educativas, demostraron

considerar cada omisión en la educación infantil, como la total falta de atención prestada por los padres indios a las cuestiones anales, uretrales y genitales en los niños pequeños, como una omisión flagrante realizada con intención decididamente maliciosa. Los indios, por otro lado, que tienen una actitud permisiva para con los niños pequeños y sólo se muestran verbalmente crueles con los mayores, consideraban el enfoque activo del hombre blanco en cuestiones de cuidado infantil como un intento destructivo y deliberado de desalentar a los niños. Pensaban que los blancos desean apartar a los niños de este mundo, a fin de hacerlos pasar al otro mundo con la mayor prontitud. "¡Enseñan a llorar a sus hijos!", fue el comentario indignado de una mujer india cuando presenció la separación sanitaria de la madre y su hijo en un hospital del gobierno, y sobre todo ante la afirmación de las enfermeras y médicos del gobierno en el sentido de que a los niños les hacía bien llorar hasta ponerse azules. Las mujeres indias más viejas que aguardan el nacimiento de un nieto gimen calladamente como los judíos ante su sagrado Muro, lamentando la destrucción de su pueblo. Pero ni siquiera los indios educados podían suprimir el sentimiento de que todos los costosos cuidados dedicados a los niños constituían en esencia un sistema diabólico de castración nacional. Además, los indios suponían extrañamente que los blancos deseaban destruir también a sus propios hijos. Desde los primeros contactos entre las dos razas, los indios han considerado repugnante el hábito blanco de obligar a los niños a obedecer mediante bofetadas y castigos corporales. Los indios sólo asustan a un niño diciéndole que la lechuga, o el hombre blanco, puede apoderarse de él.

A su vez, son incapaces de comprender los conflictos que originan y perpetúan en sus hijos mediante este sistema.

Así, las quejas no oficiales suponen (en concordancia con nuestros supuestos teóricos más avanzados) que incluso los aspectos aparentemente arbitrarios de la educación infantil tienen una función definida, aunque en las quejas secretas esta comprensión se utiliza en general como un vehículo para el prejuicio mutuo y para encubrir las motivaciones individuales y las intenciones inconscientes. Éste es verdaderamente un campo para la "terapia de grupo", de un tipo que no apuntaría al mejoramiento psiquiátrico del participante individual sino al de las relaciones culturales de sus integrantes.

Ilustraré brevemente tres aspectos significativos en el prejuicio cultural: el respeto por la propiedad, la higiene y la eficiencia.

Cierto día, un maestro trajo una lista de sus alumnos. No había nada de particular en ninguno de estos niños excepto, qui-

zás, el sabor poético de sus nombres (equivalentes: La-Estrella-Sale, Cacería-Matutina, Temeroso-de-los-Caballos). Todos se portaban bien, dando al maestro lo que es del maestro y al hogar indio lo que pertenece al hogar. "Tienen dos series de verdades", explicó el maestro, expresando la situación con mayor cortesía que algunos de sus colegas, quienes están convencidos de que los indios son "mentirosos incorregibles". En general, estaba satisfecho con su rendimiento escolar. El único problema que deseaba considerar era el relativo a uno de sus alumnos que llevaba una existencia relativamente aislada entre los otros niños, como si fuera, de alguna manera, un proscrito.

Interrogamos a indios y blancos sobre el *status* de la familia del niño. Ambos grupos describieron al padre con las dos mismas palabras definitorias: "Tienen dinero". Las visitas habituales del padre al banco de la ciudad cercana le daban, según parecía, ese "aire extranjero" que una hormiga adquiere cuando se pasa al territorio de otra "tribu", por lo cual se la mata cuando regresa. Aquí, el traidor sufre una muerte social, después de que él y su familia han adquirido definitivamente la indeseable identidad de "el-que-se-guarda-su-dinero-para-sí-mismo". Esto ofende uno de los más antiguos principios de la economía sioux: la generosidad.

La idea de almacenar durante un período prolongado es foránea. Si un hombre posee lo suficiente como para evitar la muerte por inanición, tiene suficiente tiempo para la meditación y algo para regalar de vez en cuando, se siente relativamente satisfecho... Cuando las provisiones escasean, o cuando todo se ha agotado, puede enganchar sus caballos e ir de visita con su familia. La comida se comparte por igual hasta que nada queda. El hombre más despreciado es el que tiene riqueza pero no la distribuye entre quienes lo rodean. Él es realmente "pobre"<sup>23</sup>.

En el sistema sioux, la expresión máxima del principio de nivelación de la riqueza era la "distribución", el ofrecimiento de todas las posesiones del anfitrión a sus huéspedes, durante una fiesta realizada en honor de un amigo o un pariente. Para percibir por contraste la antítesis ideal de la perversa imagen del avaro, es necesario observar a un niño indio que distribuye durante alguna ceremonia las escasas monedas o posesiones que sus padres han guardado para tal ocasión. Irradia lo que más tarde formularemos como un sentimiento de identidad ideal: "Yo soy realmente tal como me ven ahora. Y soy igual que mis antepasados".

<sup>23</sup> H. S. Mekeel, *The Economy of a Modern Teton-Dakota Community*, Yale Publications in Anthropology, Nros. 1-7, Yale University Press, New Haven, 1936.

El principio económico de la distribución y el alto prestigio de la generosidad estuvieron alguna vez vinculados a la necesidad. Los nómades necesitan un mínimo de propiedad doméstica que puedan llevar consigo. Los individuos que viven de la caza dependen de la generosidad de los cazadores más afortunados y capaces. Pero las necesidades cambian con mayor rapidez que las verdaderas virtudes, y uno de los problemas más paradójicos de la evolución humana es el de que las virtudes que originalmente estuvieron destinadas a proteger la autoconservación de un individuo o de un grupo se vuelven rígidas bajo la presión de los temores anacrónicos a la extinción, y pueden hacer que un pueblo se vuelva incapaz de adaptarse a las nuevas necesidades. En realidad, tales restos de antiguas virtudes se convierten en obstáculos empecinados pero escurridizos frente a la reeducación, pues una vez privados de su sentido económico general y de su aceptación universal, se desintegran. Se combinan con otros rasgos característicos, que algunos individuos tienen en mayor grado que otros, y se fusionan con las características de los grupos circundantes, tales como la prodigalidad y la despreocupación de los blancos pobres. Al final, el administrador y el maestro no tienen modo de saber cuándo están frente a una antigua virtud y cuándo frente a un nuevo vicio. Consideremos por ejemplo los subsidios, alimentos y maquinaria debidos a familias individuales sobre la base de antiguos tratados y oficialmente distribuidos de acuerdo con la necesidad y el mérito: casi siempre se podía saber cuándo un hombre había recibido tales "dones", pues pequeños carromatos comenzaban a recorrer la pradera llevando a sus parientes menos afortunados su merecida participación en una fiesta de comunismo primitivo. Así, después de todas las décadas de esfuerzos educativos tendientes a la participación india en nuestra civilización monetaria, las actitudes antiguas prevalecen.

La primera conclusión surgida de la consideración de estos aspectos fue la de que nada es más infructuoso en las relaciones entre individuos o grupos que el intento de poner en duda los ideales del adversario demostrando que, de acuerdo con la lógica de la propia conciencia, es incongruente en su prédica, pues cada conciencia, sea individual o grupal, tiene no sólo contenidos específicos, sino también su propia lógica peculiar que salvaguarda su coherencia.

"Carecen de iniciativa", solían decir los exasperados maestros blancos; y de hecho el deseo de un niño indio de sobresalir y competir, si bien se muestra plenamente desarrollado bajo ciertas circunstancias, puede desaparecer por completo en otras. Los miembros de un equipo de carreras, por ejemplo, pueden vacilar en el

momento de la partida. "¿Por qué debemos correr?", dicen. "Ya se sabe quién va a ganar." Quizás piensen en ese momento que el ganador no la pasará muy bien después, pues la historia del "niño-cuyo-padre-tiene-dinero" encuentra paralelos en el destino de todos los niños y niñas indios que dan muestras de aceptar realmente las exigencias de sus educadores y de experimentar placer y satisfacción cuando se destacan en las actividades escolares. La intangible ridiculización de que los hacen objeto los otros niños los obliga a descender al nivel promedio.

Mekeel ilustró los problemas específicos de la niña india señalando un detalle particularmente trágico. La primera impresión que la niña india debe recibir al ingresar en una escuela blanca es la de ser "sucía". Algunos maestros confiesan que no pueden ocultar su repugnancia ante el olor existente en el hogar del niño indio. El *tepee* portátil, desde luego, estaba menos expuesto a la acumulación de olores que las casas de madera actuales. En la escuela se le enseña a la niña los principios de limpieza, de higiene personal, y la vanidad estandarizada de los cosméticos. Aunque no logra asimilar por completo otros aspectos de la libertad de movimiento y ambición que tiene la mujer blanca, que se le presentan con un carácter abrupto históricamente desastroso, la adolescente regresa al hogar limpia y coquetamente vestida. Pero pronto llega el día en que su madre y su abuela la llaman "sucía", pues en el sentido indio una niña es limpia cuando ha aprendido a practicar ciertas evitaciones durante la menstruación; por ejemplo, no debe tocar ciertos alimentos que, según se supone, se echan a perder con su contacto. La mayoría de las niñas son incapaces de volver a aceptar el *status* de un leproso mientras menstrúan. No obstante, tampoco se sienten cómodamente emancipadas: Casi nunca se les da la oportunidad, y tampoco están preparadas o dispuestas, para llevar la vida de una mujer norteamericana; pero sólo rara vez pueden volver a ser felices en las restricciones espaciales, las intimidades antihigiénicas y la pobreza de su medio ambiente.

Las imágenes del mundo profundamente arraigadas no se debilitan por el señalamiento de discrepancias ni se reconcilian a través de los argumentos. A pesar del abismo ideológico que revelan estos ejemplos, se sabía que muchos padres indios hacían honestos y exitosos intentos de inculcar en sus hijos la obediencia al maestro blanco. Con todo, los niños parecían aceptar esa presión como una forma de acatamiento pero sin el respaldo de un sentimiento de obligación más profundo. A menudo respondían con increíble estoicismo, lo cual, según nos parecía, constituía el hecho más sorprendente de ser investigado: que los niños indios

podían vivir durante años, sin manifestar una rebelión abierta o ningún otro signo de conflicto interior, entre dos normas que estaban incomparablemente más apartadas la una de la otra que las que corresponden a dos generaciones o dos clases en nuestra cultura. Entre los sioux encontramos pocos signos de conflictos individuales, de tensiones interiores o de lo que nosotros llamamos neurosis, algo que nos hubiera permitido aplicar nuestro conocimiento de la higiene mental para una solución del problema indio. Lo que observamos fue una patología cultural, manifestada a veces como delincuencia alcohólica de robos de poca monta, pero en su mayor parte bajo la forma de una apatía general y una intangible resistencia pasiva contra nuevos y más definitivos impactos de las normas blancas sobre la conciencia india. Sólo en unos pocos "indios amigos de los blancos", por lo común exitosamente empleados por el gobierno, encontramos alguna tensión neurótica, expresada en compulsiones, sobreescrupulosidad y rigidez general. El niño indio promedio, sin embargo, no parecía tener lo que nosotros llamamos "remordimientos de conciencia" cuando, en desafío pasivo al maestro blanco, se replegaba en sí mismo; tampoco debía enfrentar parientes incomprensivos cuando decidía hacerse la rabona. En general, entonces, ningún verdadero conflicto interior reflejaba el conflicto de los dos mundos en que vivía el niño.

Pero el tono y el ritmo de la vida parecían recuperar parte de su antigua vitalidad sólo en esos raros pero vívidos momentos en que sus mayores exaltaban las antiguas formas de vida; cuando toda la familia o los restos de la vieja banda cargaban sus carros y se reunían en alguna parte de la pradera para realizar una ceremonia o un festival en el que se intercambiaban regalos y recuerdos, se chismeaba y se calumniaba, se bromeaba y, con frecuencia cada vez menor, se bailaban las antiguas danzas. Era entonces cuando sus padres y sobre todo sus abuelos se acercaban más a un sentimiento de identidad que volvía a vincularlos con el pasado infinito en el que sólo había existido el indio, la presa y el enemigo. El espacio en el que el indio podía sentirse todavía como en su casa seguía careciendo de fronteras y permitía reuniones voluntarias al mismo tiempo que una súbita expansión y dispersión. Había aceptado de buena gana aspectos centrífugos de la cultura blanca, tales como el caballo y el rifle y, más tarde, los autos y el sueño de las casas rodantes. En otros aspectos, sólo podía haber una resistencia pasiva frente al presente sin sentido y a los sueños de recuperación: cuando el futuro volviera a llevar hacia el pasado, el tiempo sería otra vez ahistórico; el espacio, ilimitado; la actividad, infinitamente centrífuga, y la provisión de búfalos, inagotable. La tribu sioux en conjunto sigue aguardando

que la Corte Suprema les devuelva las Black Hills y restituya los búfalos perdidos.

Por otro lado, los educadores federales siguen predicando un plan de vida con metas centrípetas y localizadas: la heredad, el fuego del hogar, la cuenta bancaria, todo lo cual recibe su significado de un espacio-tiempo en el que se supera el pasado y los logros del presente se sacrifican en nombre de un estándar de vida aún más alto en un futuro siempre más remoto. El camino hacia ese futuro no es la restitución exterior sino una reforma interna y un "progreso" económico.

Así aprendimos que las perspectivas histórico-geográficas y las metas y medios económicos contienen todo lo que un grupo ha aprendido de su historia y, por ende, caracterizan conceptos de la realidad e ideales de conducta que es imposible cuestionar o modificar parcialmente sin poner en peligro la existencia misma. Los aspectos de la educación infantil, como pasaremos a demostrar ahora, forman parte integral de tales conceptos de la realidad. Cuando ello resulta posible, persisten en su forma original, pero de ser necesario, también bajo facsímiles distorsionados, como pruebas empecinadas de que la nueva forma de vida impuesta por los conquistadores aún no ha podido despertar imágenes de una nueva identidad cultural.

#### 4. EDUCACIÓN INFANTIL DE LOS SIOUX

##### A. EL NACIMIENTO

Las mujeres dakota que nos proporcionaron información sobre los antiguos métodos de educación infantil se mostraron al principio reticentes. Para empezar, eran indias. Además, Mekeel, a quien conocían como antropólogo y amigo, era ahora funcionario del gobierno. Y por último, no parecía decoroso hablar a los hombres sobre cosas relativas al cuerpo humano. En particular el tema del inevitable comienzo, esto es, el embarazo, siempre ocasionaba algunas risas nerviosas. Aunque se dice que los vómitos y otros trastornos fisiológicos del embarazo son raros entre las indias, éstas parecen conscientes de un cambio radical de carácter durante esa época que, retrospectivamente, parece inquietarlas. Se afirma que sólo cuando están embarazadas, las mujeres indias, habitualmente suaves, tratan mal a sus maridos e incluso llegan a golpear a sus hijos. Así, diferentes sistemas culturales tienen distintas vías de salida para la expresión de la profunda ambivalencia experimentada por la mujer que, por mucho que se alegre ante los primeros sig-

nos del embarazo y por mucho que anhele al futuro niño, se encuentra habitada durante nueve largos meses por un ser pequeño y desconocido, pero absolutamente dictatorial.

Sin duda, las costumbres relativas al parto han cambiado completamente. Las mujeres blancas suelen hablar con desprecio sobre la costumbre "antihigiénica" de la antigua mujer india, quien se preparaba un lecho de arena dentro o cerca de la casa, en el que se acostaba o se arrodillaba para tener a su hijo, haciendo presión con los pies contra dos clavijas enterradas en el suelo y aferrándose a otras dos con las manos. Con todo, este lecho, llamado por los blancos "montón de basura", parece haber sido un rasgo importante en el sistema higiénico específico de los indios de las praderas, según el cual todo desecho corporal se entrega a la arena, el viento y el sol. Las manifestaciones de este sistema deben haber desconcertado a los blancos: los paños menstruales e incluso las placentas se colgaban en los árboles; los cuerpos de los muertos se colocaban sobre elevadas plataformas; y la defecación se realizaba en lugares secos específicos. Por otro lado, a los indios les resultaba difícil comprender la superioridad higiénica del retrete, que aunque reconocidamente más modesto, impide que el sol y el viento, pero no las moscas, lleguen hasta los excrementos.

Las mujeres blancas y las indias señalan habitualmente que las indias de antes no dejaban oír "ningún quejido o grito" durante el parto. Algunos relatos hablan sobre mujeres indias que siguieron a su pueblo unas pocas horas después de haberse quedado atrás para dar a luz a un niño. Parecería que la antigua vida errante, que exigía una adaptación al cambio de las estaciones y a los movimientos súbitos de los búfalos y el enemigo, a menudo dejaban poco o ningún tiempo para los cuidados puerperales o la recuperación. Las mujeres más viejas ven en los cambios introducidos por la higiene y los hospitales modernos en las costumbres de la generación más joven no sólo un peligro para la tradición de fortaleza, sino también una injusticia para con el niño, que aprende así a llorar "como un niño blanco".

#### B. RECIBIR Y TOMAR

En la enumeración que haremos de los datos significativos en el sistema sioux de educación infantil, cada dato aislado debe su significación en gran parte al deseo de las mujeres de dejar establecido un punto claro a su *ethos* tradicional, y a veces también a nuestro propio deseo de verificar un punto importante en nuestras anticipaciones teóricas. Tal enumeración, entonces, no puede ser exhaustiva ni totalmente concluyente. Con todo, nos pareció

haber captado una sorprendente convergencia entre los justificativos dados por los indios para sus antiguos métodos y el razonamiento psicoanalítico que nos hizo considerar como pertinentes a esos mismos datos.

El calostro (la primera secreción acuosa de las glándulas mamarias) se consideraba en general como un veneno para el niño; así, no se le ofrecía el pecho hasta que la leche parecía fluir sin dificultades. Las mujeres indias sostenían que no era justo dejar que un niño realizara todo el trabajo inicial para recibir como única recompensa el calostro insustancial y acuoso. La implicación era clara: ¿cómo podía confiar en un mundo que lo recibía así? En cambio, como bienvenida de toda la comunidad, los parientes y amigos preparaban la primera comida del niño. Reunían las mejores hierbas y bayas de la pradera y colocaban el zumo en la vejiga de un búfalo, acondicionada para servir como una mamera en forma de pecho. Una mujer a quien todos consideraban "una buena mujer" estimulaba la boca del niño con el dedo y luego le daba el jugo. Mientras tanto, una mujer de más edad, que en sus sueños había recibido la orden de cumplir esta tarea, succionaba del pecho la leche acuosa y lo estimulaba para realizar una tarea eficaz.

Una vez que el recién nacido comenzaba a disfrutar del pecho materno, se lo amamantaba cada vez que lloraba, de día o de noche, y también se le permitía jugar libremente con los senos. Se consideraba que un niño pequeño no debía llorar por una importante frustración, aunque más tarde llorar de rabia podía "hacerlo fuerte". En general se supone que las madres indias vuelven a sus costumbres de "mala crianza" en cuanto tienen la seguridad de que las autoridades sanitarias no las molestarán.

En el antiguo orden de cosas, la lactancia del niño era tan importante que, por lo menos en principio, ni siquiera se permitía que los privilegios sexuales del padre interfirieran la concentración libidinal de la madre en la lactancia. Se suponía que la diarrea de un niño era el resultado de que la leche materna se aguaba debido a las relaciones sexuales con el padre. Se instaba al marido a mantenerse apartado de la esposa durante la lactancia la cual, según se dice, duraba de tres a cinco años.

Se afirma también que al hijo mayor se lo amamantaba durante más tiempo y que el período promedio de lactancia era de tres años. Hoy día es mucho más breve, aunque siguen existiendo casos de lactancia prolongada, para desesperación de aquellos cuya tarea consiste en promover la salud y las normas morales. Un maestro nos dijo que hacía poco una madre india había acudido a la escuela durante el recreo para amamantar a su hijo de ocho

años, que tenía un intenso resfrío. Lo amamantaba con la misma preocupada devoción con la que nosotros abrumamos con vitaminas a nuestros hijos resfriados.

Entre los antiguos sioux no existía ningún destete sistemático. Desde luego, algunas madres debían dejar de amamantar por razones que escapaban a su control. En todos los otros casos, los niños se destetaban a medida que iban adquiriendo interés por otros tipos de alimento. Antes de abandonar definitivamente el pecho, sin embargo, el niño podía haber ingerido otro tipo de comida durante muchos meses, dando tiempo a la madre para que diera a luz al próximo hijo y restituyera su provisión de leche.

En este sentido recuerdo una escena divertida. Un niño indio de unos tres años estaba sentado en las faldas de su madre comiendo galletas secas. A menudo experimentaba sed. Con gesto dictatorial y movimientos experimentados metía la mano por debajo de la blusa de la madre (que, como antaño, tenía aberturas a los costados, desde las axilas hacia abajo), en un intento de llegar al pecho. Debido a nuestra presencia, ella se lo impedía avergonzada, pero en modo alguno indignada, con el movimiento cauteloso de un animal grande que hace a un lado a otro más pequeño. Pero la actitud del niño indicaba claramente que tenía la costumbre de tomar un sorbito cada tanto mientras comía. La actitud de ambos era más reveladora que los datos estadísticos del hecho de que esos pequeños, una vez que pueden dedicarse a otras actividades, dejan definitivamente de hurgar en la blusa de la madre o de cualquier otra mujer que tenga leche, pues esa leche, cuando excede las necesidades inmediatas del niño, es propiedad comunal.

Este paraíso donde se permitía un uso prácticamente ilimitado del pecho materno también tenía un fruto prohibido. Para que se le permitiera succionar, era necesario que el niño aprendiera a no morder el pecho. Las abuelas sioux relatan las dificultades que tuvieron con sus hijos consentidos cuando aquéllos comenzaron a practicar en los pezones sus primeros mordiscos vigorosos. Cuentan divertidas que "aporreaban" la cabeza del niño, quien estallaba en una cólera salvaje. Era en ese momento cuando las madres sioux solían decir lo que nuestras madres dicen tanto antes en la vida de sus hijos: dejen que lllore, lo hará más fuerte. La intensidad de su furia infantil permitía reconocer, sobre todo, a los buenos cazadores futuros.

Cuando el niño sioux tenía un ataque de rabia, se lo fajaba hasta el cuello y se lo depositaba en la cuna de madera. No podía expresar su rabia mediante los habituales movimientos violentos de los miembros. No quiero dar a entender que ese tipo de cuna

o el fajamiento ajustado constituyan restricciones crueles. Por el contrario, al principio son, sin duda, elementos firmes y cómodos, que hacen sentir al niño como en el vientre, sirven para envolverlo y mecerlo y facilitan su transporte mientras la madre trabaja. Pero sí quiero sugerir que la construcción particular de ese tipo de cuna, su lugar habitual en la casa y la duración de su uso, son elementos variables utilizados por las diferentes culturas como amplificadores de las experiencias básicas y los rasgos principales que desarrollan en sus vástagos.

¿Qué convergencia existe entre la oralidad del niño sioux y los ideales éticos de la tribu? Mencionamos la generosidad como una virtud de gran importancia exigida en la vida sioux. Una primera impresión sugiere que la exigencia cultural relativa a la generosidad recibía su impulso más temprano en el privilegio de disfrutar de la lactancia y en la seguridad que emanaba de una alimentación materna ilimitada. La generosidad venía acompañada de otra virtud, la fortaleza, cualidad que en los indios es más feroz y más estoica que la mera valentía. Incluía un grado siempre disponible de espíritu de caza y de lucha, la inclinación a dañar sádicamente al enemigo y la capacidad para soportar penurias y dolores extremos bajo la tortura y la autotortura. ¿Acaso la necesidad de suprimir los tempranos deseos de morder contribuye a la fácil ferocidad de la tribu? En tal caso, debe ser significativo que las madres generosas intentaran despertar en sus hijos una "ferocidad de cazador", alentando una eventual transferencia de la rabia provocada del niño a imágenes ideales de caza, de ataque, de matanza y de robo.

No queremos dar a entender que el tratamiento que se da a los niños al comienzo de la vida *determina* que un grupo de adultos tenga determinados rasgos, como si fuera posible apretar determinados botones en el sistema de educación de un niño para fabricar ésta o aquella clase de carácter nacional o tribal. En realidad, no consideramos aquí los rasgos en el sentido de aspectos irreversibles del carácter. Nos referimos a metas y valores y a la energía que los sistemas de educación infantil ponen a su disposición. Tales valores persisten porque el *ethos* cultural sigue considerándolos "naturales" y no admite alternativas. Persisten porque se han convertido en una parte esencial del sentimiento de identidad de un individuo, que éste debe preservar como núcleo de la salud mental y la eficiencia. Pero los valores no persisten a menos que sean eficaces económica, psicológica y espiritualmente. Y sostengo que, con tal fin, deben seguir estando anclados, generación tras generación, en la temprana educación infantil; mientras que esta última, para permanecer congruente, debe estar arraigada

en un sistema de síntesis cultural y económica continuada. Pues es la síntesis que actúa dentro de una cultura la que tiende cada vez más a llevar a una estrecha relación temática y a una ampliación mutua cuestiones tales como el clima y la anatomía, la economía y la psicología, la sociedad y la educación infantil.

¿Cómo es posible demostrarlo? Nuestras pruebas deben consistir en el significado coherente que podemos otorgar a datos aparentemente irracionales dentro de una cultura y a problemas análogos en culturas comparables. Por lo tanto, indicaremos en qué forma los diversos ítems de nuestro material relativo a la cultura sioux parecen derivar significado de nuestros supuestos, y luego pasaremos a una comparación con una tribu de pescadores.

Al observar a los niños sioux sentados en los rincones oscuros de sus tiendas, caminando por los senderos o reunidos en gran número para la celebración del cuatro de julio, notamos que a menudo tenían los dedos metidos en la boca. Los niños (y algunos adultos, por lo general mujeres) no se chupaban los dedos, sino que jugaban con los dientes, haciéndolos sonar o dándoles golpecitos con algún objeto, masticando goma de mascar o dedicándose a algún juego en el que intervenían los dientes y las uñas de una o las dos manos. Los labios, aunque la mano estuviera profundamente metida en la boca, no participaban. El interrogatorio al respecto tuvo una respuesta sorprendida: sí, por supuesto, siempre lo habían hecho, ¿acaso no lo hacían todos? Como clínicos, no podíamos evitar la deducción de que este hábito era el heredero de los deseos de moder que habían sido tan inflexiblemente frustrados en la temprana infancia, tal como en nuestra cultura suponemos que la succión del pulgar y otros hábitos de este tipo en nuestros niños (y en adultos) compensan los placeres de la succión que se han visto frustrados o que un manejo incongruente volvió inciertos.

Esto llevó a otra interesante pregunta: ¿por qué las mujeres tenían más tendencia a exhibir este hábito que los hombres, igualmente frustrados? Encontramos una respuesta doble: las mujeres, en los viejos tiempos, utilizaban y abusaban de sus dientes para mascar cuero y ablandar las púas de puercoespín que necesitaban para sus bordados. Así podían aplicar su necesidad de morder a una actividad dental sumamente práctica. Y, de hecho, vi a una anciana sentada en su tienda, que, con expresión soñadora, hacía correr una película fotográfica entre los pocos dientes que le quedaban, tal como antes había hecho con las púas de puercoespín. Parecería, pues, que los hábitos dentales persistían en las mujeres porque en su caso se los consideraba "normales", aun cuando ya no fueran específicamente útiles.

La generosidad en la vida posterior del niño sioux no estaba sustentada por la prohibición, sino por el ejemplo dado por sus mayores en la actitud que asumían frente a la propiedad en general y a sus propias posesiones en particular. Los padres sioux estaban dispuestos en cualquier momento a desprenderse de sus utensilios y tesoros si un visitante manifestaba admiración por ellos, aunque, desde luego, había convenciones que impedían que un huésped expresara su entusiasmo. No se debía hacer referencia a objetos que evidentemente constituían un equipo mínimo. Con todo, la expectativa de que un adulto debía y quería desprenderse de sus excedentes provocaba mucha consternación en las primeras épocas, cuando el "dador indio" ofrecía a un amigo blanco no lo que éste necesitaba, sino aquéllo de que el indio podía prescindir, y luego se alejaba llevándose lo que, en su opinión, no era esencial para el hombre blanco. Pero todo esto se refería tan sólo a la propiedad de los padres. Un progenitor que pretendiera poseer buen carácter e integridad jamás tocaría las posesiones de un niño, porque el valor de aquéllas radicaba en el derecho del propietario a desprenderse de ellas cuando él se sentía inclinado a hacerlo, esto es, cuando ese gesto aumentaba su prestigio y el de la persona en cuyo nombre él podía decidirse a desprenderse de algo. Así, la propiedad de un niño era sacrosanta hasta que aquél contaba con suficiente volición como para decidir acerca de su destino.

### C. RETENER Y SOLTAR

Resulta interesante señalar que la generosidad no se inculcaba tachando de negativa la avaricia y considerando al "dinero" sucio, sino alabando el desprendimiento. La propiedad como tal, con excepción del equipo mínimo mencionado necesario para la caza, la costura y la cocina, no era inherentemente buena. Los comerciantes nunca se cansan de repetir historias de padres indios que se trasladan a la ciudad para comprar provisiones que necesitan desde hace tiempo con dinero que esperan desde hace tiempo y que terminan por acceder con una sonrisa a cada capricho de sus hijos, incluyendo el deseo de romper lo adquirido, y luego regresan al hogar sin las provisiones.

En el capítulo sobre pregenitalidad consideramos la impresión clínica de que hay una relación intrínseca entre el hecho de aferrarse a la propiedad y el de desprenderse de ella y el uso infantil de los excrementos como propiedad del cuerpo.

Y, en realidad, parecería que al niño sioux se le permitía llegar por sí mismo a un acatamiento gradual de las reglas de recato o higienes existentes. Aunque el comerciante se quejaba de que

incluso los chicos de cinco años no controlaban de ninguna manera sus necesidades excretoras mientras se encontraban en la tienda con sus padres, los maestros dicen que en cuanto el niño indio sabe qué se espera de él y, sobre todo, cuando ve que los niños de más edad obedecen, es raro que se ensucien o se mojen en la escuela. El hecho de que, al igual que los niños de otras culturas, se mojen en la cama durante la noche en los internados es otro problema. Por algún motivo, la enuresis parece ser el síntoma "normal" del niño internado que siente nostalgias de su hogar. Por lo tanto, cabe decir que esos niños, lejos de no haber aprendido ningún control, parecen capaces de adaptarse a dos normas sin tendencias compulsivas a la retención o la eliminación. La actividad intestinal se regula a través del ejemplo establecido por los otros niños, y no de medidas que reflejan los caprichos de la relación padre-hijo. Así, en cuanto puede caminar, el niño pequeño es tomado de la mano por los niños mayores y conducido a lugares que la convención destina a la defecación. Probablemente es en este sentido que el niño pequeño aprende a dejarse guiar por esa coerción a la imitación y por esa evitación de la "vergüenza" que tanto caracteriza a la moralidad primitiva. Pues estos "salvajes aparentemente sin principios" a menudo demuestran estar tímidamente preocupados por la murmuración que señala que no han hecho lo correcto o han hecho algo incorrecto. El niño sioux indudablemente percibe las cambiantes longitudes de onda de la murmuración didáctica antes de comprender acabadamente su contenido detallado, hasta que gradual e inexorablemente esta murmuración llega a incluirlo, lo cual fomenta su orgullo autónomo por el hecho de ser alguien que es mirado con aprobación, despierta en él un tremendo temor a quedar desnudo y aislado y desvía toda rebelión que ello pueda provocar en él al permitirle participar en la murmuración contra otros.

Puede decirse que la actitud sioux hacia la educación anal en la infancia no contradice la relativa a la propiedad. Con respecto a ambas, el acento recae sobre la libre entrega antes que en la rígida retención y, en ambos casos, la regulación final se posterga hasta una etapa del desarrollo yoico en que el niño puede llegar a una decisión autónoma que le dará un *status* tangible inmediato en la comunidad de sus iguales.

#### D. "CONQUISTAR" Y CONQUISTAR

En la infancia sioux, los primeros tabúes escritos expresados verbalmente e impuestos a través de una estrecha red de murmuraciones ridiculizadoras, no se referían al cuerpo y sus modos sino

más bien a pautas de intimidad social. Cuando se llegaba a una cierta etapa, poco después de los cinco años, hermano y hermana debían aprender a no mirarse ni hablarse directamente. Se instaba a la niña a limitarse al juego femenino y a permanecer cerca de la madre y el *tepee*, mientras que se alentaba al varón a unirse a los niños mayores, primero en los juegos y luego en la práctica de la caza.

Es necesario decir unas palabras sobre el juego. Yo había sentido suma curiosidad por ver los juguetes de los niños indios y observar sus juegos. La primera vez que me acerqué al campamento indio cerca de la agencia, asumiendo un aire de indiferencia para que por lo menos algunos de los chicos siguieran jugando sin inquietarse, las niñas corrieron hacia las tiendas para sentarse junto a la madre, con las rodillas cubiertas y los ojos bajos. Necesité algún tiempo para comprender que en realidad no tenían miedo, sino que adoptaban la actitud "apropiada". (La prueba: estaban inmediatamente dispuestas a jugar a las escondidas desde detrás de las espaldas maternas.) Una de ellas, sin embargo, de unos seis años de edad, permaneció sentada detrás de un enorme árbol, y evidentemente estaba demasiado concentrada en su juego solitario como para notar mi presencia o acatar las normas de pudor femenino. Cuando me le acerqué silenciosamente, la encontré inclinada sobre una máquina de escribir de juguete. Tenía los labios y las uñas de las manos pintados de rojo.

Incluso la más pequeña de las niñas sufre así en su juego la influencia del cambio radical que tiene lugar en sus hermanas mayores, las alumnas del internado. Ello se puso en evidencia cuando las mujeres del campamento hicieron pequeños *tepees*, carros y muñecas para mostrarme con qué habían jugado en su infancia. Dichos juguetes estaban claramente destinados a guiar a las niñas por el sendero de la maternidad india. Sin embargo, una pequeña, que jugaba con uno de esos anticuados carritos de juguete, sin vacilar colocó dos muñecas en el asiento delantero, arrojó los niños en el compartimiento de atrás y organizó un juego en el que las mujeres "se dirigían al cine de Chadron". No obstante, todo esto sigue siendo juego femenino: una niña sería ridiculizada sin piedad si tratara de intervenir en un juego "masculino" o se atreviera a convertirse en una "machona".

Las aspiraciones desarrolladas en los juegos de los varones han cambiado menos que las correspondientes a las niñas, aunque las actividades relativas al vaquero han desplazado en gran medida a las del cazador de búfalos. Así, mientras yo observaba las muñecas que "se iban a la ciudad", el hermano menor de la niña enlazaba con alegre satisfacción un tocón cercano. Desde un punto

de vista psicológico, ese juego sigue siendo considerado como un serio adiestramiento por los niños mayores y los adultos, aunque en la realidad sea "inútil". Recuerdo que en cierta ocasión me reí cuando uno de los niños nos contó a su madre y a mí que cazaría un conejo salvaje desmontado y con las manos desnudas; tuve la impresión de que no me reía de él, sino *con* él. Pero no tardé en sentir que había cometido un error social: tales fantasías no son un "juego". Forman parte de la preparación para habilidades que, a su vez, aseguran el desarrollo de la identidad de cazador o de vaquero.

En este sentido, una antigua costumbre reviste especial interés, a saber, el juego con "caballos de hueso", pequeños huesos de tres o cuatro pulgadas de largo que los niños recogen en lugares donde se ha matado ganado (y antiguamente, búfalos). Según su forma, se los denomina caballos, vacas o toros, y los niños están en permanente contacto manual con ellos en sus bolsillos o bien los utilizan cuando juegan a las carreras de caballos o a la caza de búfalos. Para los niños sioux estos huesos son lo que los pequeños autos de juguete en las vidas de nuestros niños. Su forma fálica sugiere que pueden constituir el medio que permite a estos niños durante la etapa fálica y locomotora, mientras manipulan constantemente "caballos", "búfalos", "vacas" y "toros", cultivar sueños competitivos y agresivos comunes a todos los varones de la tribu. En esta etapa, correspondía a los hermanos mayores introducir al niño pequeño en el *ethos* del cazador y hacer de la lealtad entre los hermanos la base de la sociedad dakota. Debido a su asociación exclusiva con los jactanciosos niños mayores, los más pequeños sin duda perciben desde muy temprano el hecho de que la agresividad fálica directa sigue siendo un equivalente de la ferocidad del cazador. Se consideraba adecuado que un joven violara a cualquier doncella que encontrara fuera de las áreas destinadas a las muchachas honestas: una muchacha que no conocía "su lugar" era su presa legítima, y él podía alardear de su hazaña.

Se utilizaban todos los recursos educativos para desarrollar en el varón un máximo de autoconfianza, primero a través de la generosidad y la seguridad maternas y luego a través del adiestramiento fraterno. El varón había de convertirse en un cazador, cazador de animales, de mujeres y del espíritu. La emancipación del niño con respecto a la madre y la difusión posterior de toda fijación regresiva en ella, se lograba acentuando extremadamente su derecho a la autonomía y su deber de iniciativa. Objeto de ilimitada confianza, y habiendo aprendido gradualmente (a través del impacto de la vergüenza antes que de la inhibición interna) a tratar a la madre con reticencia y sumo respeto, el niño aparen-

temente canalizaba todo sentimiento de frustración y rabia en la persecución de animales de caza, enemigos y mujeres ligeras, y también contra sí mismo, en su búsqueda de poder espiritual. Podía alardear abierta, ruidosa y públicamente de tales hazañas, con lo cual obligaba a su padre a enorgullecerse de su privilegiado vástago. Era más que evidente que tal invitación inicial general a ser amo y señor exigía el establecimiento de protecciones compensatorias en las niñas. Si bien la organización de estas salvaguardias es ingeniosa, también resulta evidente que se explotaba a la mujer en beneficio del "espíritu" indomable del cazador y, de hecho, se afirma que los suicidios no eran raros entre las mujeres sioux, aunque desconocidos entre los hombres.

Se educaba a la niña sioux para convertirla en una ayuda para el cazador y la futura madre de un cazador. Se le enseñaba a coser, a cocinar, a conservar alimentos y a levantar tiendas. Al mismo tiempo, estaba sometida a un riguroso adiestramiento tendiente a desarrollar un sentimiento de timidez y un abierto temor a los hombres. Se le enseñaba a caminar con pasos medidos, a no cruzar jamás ciertos límites establecidos alrededor del campamento y, a medida que se acercaba a la madurez, a dormir por la noche con los muslos atados para impedir una violación.

Cada muchacha sabía que si un hombre podía afirmar que había tocado su vulva, se consideraba que había triunfado sobre su virginidad. Esta victoria por mero contacto era análoga a su derecho a "anotarse un tanto", esto es, a reclamar una nueva pluma para adornar su cabeza como cuando había logrado tocar a un enemigo peligroso durante una batalla. La similitud entre ambas victorias todavía puede percibirse en la columna de chimentos de un periódico escolar editado por los niños en una reserva india: especificaba el número de veces que algunos varones se habían "anotado un tanto" contra ciertas niñas, es decir, las habían besado. En los antiguos tiempos, sin embargo, toda jactancia pública por parte de los varones constituía un insulto para la muchacha afectada. La joven aprendía que existía la posibilidad de que la hicieran comparecer durante la Fiesta de la Virgen para defender su pretensión de virginidad contra toda acusación. Esta ceremonia consistía en actos simbólicos que aparentemente hacían inevitable la admisión de la verdad. Todo hombre que, durante su transcurso, pretendiera haber llegado siquiera a tocar los genitales de una muchacha podía conseguir que esta última quedara eliminada del grupo privilegiado.

Con todo, sería erróneo suponer que tal guerra ritual excluyera el amor cariñoso entre los sexos. En realidad, el resultado aparentemente paradójico de tal educación era un afecto doblemente

profundo en individuos que estaban dispuestos a sacrificar su prestigio en aras del amor; en el varón, cuya temura domaba su orgullo hasta el punto de llevarlo a cortejar a una muchacha con su flauta de amor y envolverse junto a ella con la manta del cortejo a fin de pedirla en matrimonio; y en la muchacha, que respondía sin sospechar en él intenciones que no fueran honorables y sin utilizar el cuchillo de caza que siempre llevaba consigo, por cualquier cosa que pudiera ocurrir.

Así, se educaba a la niña para que sirviera al cazador y estuviera en guardia contra él, pero también para convertirse en una madre que jamás destruiría en sus hijos las características necesarias para un cazador. Por medio de la murmuración ridiculizadora —“las personas que hicieron tal y cual cosa increíble”— enseñaría gradualmente a sus hijos, tal como había visto a su madre hacerlo, la jerarquía de las evitaciones y deberes mayores y menores en las relaciones entre hombres, entre mujeres y, sobre todo, entre hombres y mujeres. No se permitía que un hermano y una hermana, o un suegro y su nuera, o una suegra y su yerno, se sentaran juntos o tuvieran conversaciones cara a cara. Los cuñados, y cualquier muchacha con su tío materno, sólo podían dirigirse la palabra en tren de broma.

No obstante, estas prohibiciones y regulaciones formaban parte de relaciones altamente significativas. La niña que tenía suficiente edad como para evitar a su hermano sabía que, en última instancia, utilizaría su habilidad para coser y bordar, en la que habría de concentrarse desde ese momento, para fabricar y adornar objetos hermosos para la futura esposa de aquél, así como cunas y ajuar para sus futuros sobrinos. “Tiene una buena hermana”, constituía un gran elogio para el cazador y guerrero. El hermano sabía que habría de dar a la hermana lo mejor de todo lo que obtuviera en la caza o robando. La presa más grande se ofrecía a la hermana para que la trozara, y los cadáveres de los peores enemigos se le entregaban para su mutilación. Así, también ella, a través de la fortaleza y generosidad del hermano, encontraría una oportunidad para participar activa y agresivamente por lo menos en algunos aspectos de los momentos más importantes de la caza y la guerra. Sobre todo, en la Danza del Sol, lavaría, si lograba demostrar su virtud, las heridas autoinfligidas del hermano, compartiendo así el triunfo espiritual de su masoquismo más sublime. La evitación básica entre un hermano y una hermana se convertía así en un modelo para todas las relaciones de respeto y de ayuda y generosidad entre todos los “hermanos” y “hermanas” de la familia más amplia, al tiempo que la lealtad entre los hermanos llegaba a ser el modelo de toda camaradería.

Creo que sería demasiado simple afirmar que tales evitaciones servían para anular la tensión incestuosa “natural”. El extremo a que llegan algunas de estas evitaciones, y las sugerencias directas en el sentido de que las bromas entre cuñados y cuñadas *deben* ser de índole sexual, señalan más bien una provocación ingeniosa así como una desviación de la tensión incestuosa potencial. Tal tensión se utilizaba dentro de la tarea universal consistente en crear una atmósfera social de respeto en el endogrupo (dando a cada uno el tratamiento correspondiente a su *status* familiar); y en desviar hacia la presa, el enemigo y el proscrito toda la necesidad de control manipulativo y de agresividad general provocada y frustrada en la etapa del morder. Había, pues, un sistema altamente estandarizado de relaciones “apropiadas” que aseguraban la bondad, la cordialidad y la consideración dentro del grupo familiar más amplio. Todo sentimiento de pertenencia dependía de la capacidad de adquirir la reputación de alguien que merece elogios por hacer lo apropiado. Pero aquél que, luego de un aumento gradual de la presión ejercida a través de la vergüenza, persistía en una conducta impropia, se convertía en la víctima de una murmuración implacablemente incisiva y de un sistema de calumnias mortíferas: como si, al negarse a contribuir a la desviación de la agresividad, se convirtiera él mismo en un enemigo.

Hoy día, el niño sioux puede tener un atisbo de la vida para la cual sus rituales lúdicos todavía lo preparan sólo cuando observa y (si puede) interviene en la danza de sus mayores. Dichas danzas se han descrito a menudo como “salvajes” en los relatos de blancos que evidentemente sintieron en ellas un doble peligro originado en el espíritu de grupo gradualmente exaltado y en el ritmo “animal”. Con todo, cuando vimos bailar a los sioux en una de las aisladas casas destinadas a tal fin, a medida que transcurría la noche parecían expresar, con sus rostros encendidos, una concentración cada vez más profunda en un ritmo que se apoderaba de sus cuerpos con exigencia cada vez mayor. La legitimidad marchaba a la par de la excitación. En comparación, resultó casi embarazoso observar la llegada tardía de un grupo de hombres jóvenes, que evidentemente también sabían bailar música de jazz. Sus danzas nada tenían que ver con las de los hombres de más edad, y su mirada iba de un rostro a otro revelando vanidad, lo cual por contraste hacía aún más impresionante la concentración espiritual de los mayores. Los indios viejos trataban de ocultar con las manos las sonrisas compasivas que esta exhibición les provocaba.

Así, las danzas y las ceremonias siguen proclamando ocasionalmente la existencia del hombre de “corazón fuerte” que ha apren-

dido a usar las herramientas de su cultura material para ampliar sus poderes para la caza más allá de sus limitaciones corporales. Al dominar el caballo, ha adquirido una velocidad de la que sus piernas eran incapaces, a fin de acercarse a un animal o a un enemigo con rapidez paralizante. Con el arco, la flecha y el hacha, ha aumentado la habilidad y la fuerza de su brazo. El humo de la pipa sagrada le ha ganado la buena voluntad de los hombres; la voz de la flauta de amor, la aceptación de la mujer. Los encantamientos lo han protegido de mil maneras con un poder superior al del aliento, la palabra o el deseo desnudos. Pero ha aprendido que es necesario acercarse al Gran Espíritu sólo con la concentración inquisitiva del hombre que, desnudo, solo y desarmado, se pierde en el desierto para ayunar y para rezar.

## 5. LO SOBRENATURAL

### A. LA DANZA DEL SOL

Como sugerimos en el capítulo precedente, el paraíso de la oralidad y su pérdida durante las rabietas de la etapa del morder pueden ser el origen ontogénico del profundo sentido de maldad que la religión transforma en la convicción del pecado original en una escala universal. La plegaria y la expiación, por lo tanto, deben implicar un renunciamiento a todo el deseo demasiado codicioso con respecto al "mundo" y debe demostrar, en la postura asumida y en la inflexión de la urgente súplica, un retorno a la pequeñez corporal, al desvalimiento técnico y al sufrimiento voluntario.

La ceremonia religiosa de mayor significación en la vida de los dakota era la Danza del Sol, que tenía lugar durante dos períodos de cuatro días en el verano, "cuando los búfalos estaban gordos, las bayas salvajes maduras y la hierba alta y verde". Comenzaba con un banquete ritual, expresión de gratitud hacia el Espíritu de Búfalo, y con demostraciones de camaradería entre los hombres. Seguían luego ritos de fertilidad y actos de licencia sexual como los que caracterizan ritos similares en muchas partes del mundo. Luego venían la guerra y la cacería que glorificaban la competencia entre los hombres. Los hombres relataban bullan-gueramente sus hazañas guerreras; las mujeres y las doncellas se adelantaban para proclamar su castidad. Por último, se glorificaba la dependencia mutua de todo el pueblo en el intercambio de objetos y en actos de fraternización.

La culminación de la fiesta se alcanzaba con la consumación

de autotorturas en cumplimiento de votos hechos en momentos críticos del año. Durante el último día, los "candidatos de la cuarta danza" sufrían la forma más alta de autotortura atravesándose los músculos de la espalda y del pecho con púas que estaban unidas a la estaca del sol por largas correas. Con los ojos fijos en el sol y mientras danzaban lentamente hacia atrás, los hombres sólo podían recuperar la libertad cuando las correas quedaban tirantes y las púas desgarraban su carne. Así ingresaban a la *élite* espiritual del año, que a través de su sufrimiento se aseguraba la benevolencia continua del sol y del Espíritu del Búfalo, los proveedores de la fertilidad y la fecundidad. Esta hazaña particular que consistía en desgarrarse el pecho *ad majorem gloriam* constituye, desde luego, sólo una variación de las incontables formas en que, en todo el mundo, se expía un sentimiento de maldad y se asegura la generosidad continuada del universo, y ello a menudo después de una despedida adecuadamente desenfrenada de toda carne (*carne vale*).

El significado de una forma institucionalizada de expiación debe considerarse tanto ontogénicamente, como una parte adecuada de la secuencia típica de experiencias de la mayoría, como filogenéticamente, como parte de un estilo religioso. En la variación tribal particular que se considera aquí me parece sugestivo que exista una relación entre el más temprano trauma infantil (la pérdida ontogénica pero general del paraíso) y el rasgo culminante de la expiación religiosa. La ceremonia sería así la culminación de las vicisitudes de esa rabia deliberadamente cultivada (pero desde luego olvidada hace ya mucho) experimentada ante el pecho materno durante una etapa del morder que obstaculiza una permisividad prolongada para la succión. Aquí los fieles vuelven contra sí mismos los consiguientes deseos sádicos despertados que las madres atribuyen a la ferocidad del futuro cazador, al hacer de su propio pecho el blanco de su autotortura. La ceremonia, entonces, cumpliría el antiguo principio de "ojo por ojo", sólo que el niño pequeño, desde luego, habría sido incapaz de perpetrar la destrucción que el hombre expía ahora voluntariamente. A nuestras mentes racionales les resulta difícil comprender, a menos que estemos familiarizados con los caminos de la irracionalidad, que los deseos frustrados, en particular los deseos tempranos, preverbales y muy vagos, puedan dejar un residuo de pecado que llega más hondo que cualquier culpa concerniente a acciones realmente cometidas y recordadas. En nuestro mundo, sólo las palabras mágicas de Jesús expresan una convicción sobre estos oscuros problemas. Aceptamos Su palabra, en el sentido de que un deseo secretamente acariciado es tan bueno o, más bien, tan malo, como cual-

quier acción cometida, y de que todo órgano que nos ofenda por sus deseos persistentes debe ser radicalmente extirpado. Desde luego, no es necesario que toda una tribu o una congregación siga semejante precepto al pie de la letra. Antes bien, la cultura debe proveer convenciones de creencias mágicas y un sistema congruente de ritos que permitan a unos pocos individuos excepcionales —que sienten con particular intensidad el sello particular que su cultura tiene para la condenación interior (y, quizás, con bastante tendencia histriónica como para querer transformar todo el asunto en un gran espectáculo)— dramatizar, ante la vista de todos, el hecho de que hay una salvación. (En nuestros tiempos, los que dudan por motivos de orden lógico y los descreídos a menudo deben refugiarse en la enfermedad, en la mutilación aparentemente accidental o la desgracia inevitable a fin de expresar la idea inconsciente de que han deseado demasiado en este mundo, y lo han conseguido.)

#### B. LA BÚSQUEDA DE LA VISIÓN

Comenzamos lentamente a comprender que las culturas homogéneas tienen una manera sistemática de recompensar con la moneda de la inspiración superior y el prestigio exaltado los mismos sacrificios y frustraciones que el niño debe soportar en el proceso de llegar a ser bueno y fuerte en el sentido tradicional. Pero, ¿qué ocurre con quienes se sienten "distintos", y consideran que las posibilidades de prestigio ofrecidas no satisfacen sus necesidades personales? ¿Qué decir de aquellos hombres a quienes no les interesa ser héroes y aquellas mujeres que no aceptan fácilmente ser las compañeras y auxiliares de los héroes?

En nuestra propia cultura, Freud nos ha enseñado a estudiar los sueños de los individuos neuróticos a fin de establecer qué acción no cometida no pudieron dejar sin realizar, qué pensamiento, sin pensar, qué recuerdo, sin recordar, en el curso de su demasiado rígida adaptación. Utilizamos ese conocimiento para enseñar al individuo afligido a encontrar un lugar en su medio cultural o para criticar un sistema educativo que pone en peligro a demasiados individuos al exigir un acatamiento excesivo, y así hace peligrar su propia existencia.

Los sioux, como otros pueblos primitivos, utilizaban el sueño para guiar al fuerte así como para impedir la desviación anárquica. Pero no esperaban hasta que los sueños adultos aparecían para hacerse cargo de los desarrollos defectuosos. El sioux adolescente salía en busca de los sueños, o más bien de visiones, mientras todavía había tiempo para elegir un plan de vida. Sin armas y

desnudo, con la excepción de un taparrabos y mocasines, se internaba en la pradera, expuesto a los rayos del sol, al peligro y al hambre, para hablar a la deidad sobre su humildad esencial y su necesidad de guía. Aquella aparecía, al cuarto día, bajo la forma de una visión que, según la interpretación posterior de un comité de expertos en sueños, lo alentaba a realizar especialmente bien las actividades corrientes tales como cazar, guerrear o robar caballos; o bien a introducir leves innovaciones en las instituciones de su tribu, crear una canción, una danza, una plegaria; o a convertirse en algo especial, como un médico o un sacerdote; por último, a recurrir a los pocos roles disponibles para los desviados confirmados.

Por ejemplo: una persona que estaba convencida de haber visto al Pájaro de Trueno lo comunicaba a sus consejeros, y desde ese momento en adelante, en todas las ocasiones públicas era un *heyoka*. Estaba obligado a comportarse en forma tan absurda y payasesca como fuera posible hasta que sus consejeros consideraban que se había curado de la maldición. Wissler se refiere a la siguiente experiencia instructiva *heyoka* de un adolescente:

Cierta vez, cuando tenía trece años, y siendo primavera, el sol estaba bajo y había perspectivas de lluvia y truenos, mientras mi gente estaba en un campamento de cuatro *tepees*. Soñé que mi padre y nuestra familia estaban sentados en un *teepee* cuando un rayo cayó sobre ellos. Todos quedaron paralizados. Fui el primero en recuperarme. Un vecino gritaba por todo el campamento. Estaba doblado sobre sí mismo cuando volví en mí. Era la hora de sacar los caballos, de modo que lo hice.

A medida que recobraba el conocimiento, comencé a comprender qué había ocurrido y a darme cuenta de que debería pasar por la ceremonia *heyoka* cuando estuviera totalmente recuperado. Oí que un heraldo lo pregonaba, pero no estoy seguro de que fuera real. Sabía que estaba destinado a pasar por el *heyoka*. Lloré un poco. Le comuniqué a mi padre que había visto el Pájaro de Trueno: "Bien, hijo", me dijo, "debes pasar por ello". Se me dijo que debía ser un *heyoka*. Si no me sometía a la ceremonia, un rayo me mataría. Después de esto comprendí que durante la ceremonia debía relatar formalmente cuanto había experimentado<sup>24</sup>.

Como puede verse, era importante que el soñador lograra transmitir a sus interlocutores la sensación de una experiencia que concordaba con una forma reconocida de sueño manifiesto y en

<sup>24</sup> C. Wissler, *Societies and Ceremonial Associations in the Oglala Division of the Teton-Dakota*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, Vol. XI, Parte 1, Nueva York, 1912.

la que él era el abrumado receptor, en cuyo caso se suponía que los poderes superiores le habían dado una prueba convincente de que deseaban que planeara o modificara el curso de su vida en una determinada forma.

La expiación podía consistir en una conducta antinatural durante un período determinado, o durante toda la vida, según la interpretación de los consejeros. Las actividades extravagantes que se exigían al infortunado soñador eran simplemente tontas y absurdas o bien terroríficas. A veces, incluso, se lo condenaba a matar a alguien. Sus amigos lo instaban a obedecer, pues la defensa contra los espíritus malignos era más importante que la conservación de la vida individual.

Quien conozca a fondo los ingeniosos métodos que tiene el yo para superar los sentimientos de ansiedad y culpa no dejará de reconocer, en las extravagancias del *heyoka* las actividades de los niños que juegan a los payasos o se humillan o se dañan de alguna otra manera cuando tienen miedo o remordimientos de conciencia. Un método para evitar la ofensa a los dioses consiste en humillarse o aparecer bajo una luz desfavorable ante los demás. Cuando se induce a cada individuo a permitir que lo tomen por tonto y se burlen de él, los espíritus olvidan y perdonan y pueden incluso llegar a aplaudir. El payaso con su proverbial melancolía secreta y el comediante radial que explota sus propias inferioridades parecen ser elaboraciones profesionales en nuestra cultura de ese mecanismo de defensa. También entre los sioux, el despreciado *heyoka* llegaba a veces a mostrarse tan eximio en sus payasadas que podía llegar a convertirse en un líder.

Otros soñaban con la luna, con un búfalo hermafrodita o con la mujer doble, y así comprendían que no debían seguir el plan de vida destinado a su sexo. Por ejemplo, una muchacha puede encontrar a la mujer doble que la conduce a un *tepee* solitario.

Cuando la mujer se acerca a la puerta y mira hacia adentro, ve a las dos mujeres-ciervos sentadas en el fondo. Estas le indican que elija por qué lado entrará. Junto a una de las paredes hay una hilera de herramientas para trabajar cueros, en la otra, una fila de bolsas con tocados de cuero trabajado. Si elige la primera, dirán: "Has elegido mal, pero te harás muy rica". Si la muchacha elige la segunda, dirán: "Has elegido bien, todo lo que tendrás es una bolsa vacía"<sup>25</sup>.

En ese caso, la muchacha deberá abandonar el camino tradicional de la femineidad sioux y mostrarse activa en su búsqueda de

<sup>25</sup> *Ibid.*

hombres. Se la llamará *witko* (loca) y se la considerará una prostituta. Con todo, también ella podrá alcanzar fama a través del reconocimiento de su habilidad, y llegar al *status* de una hetera.

Un muchacho puede ver:

...la luna con dos manos, una sostiene un arco y flechas, la otra, la correa de carga de una mujer. La luna pide al soñador que elija; cuando el hombre intenta apoderarse del arco, las manos se cruzan de improviso e intentan sujetar al hombre con la correa, quien lucha hasta despertarse antes de tomarla, e intenta también conseguir el arco. En cualquiera de los dos casos, se salva del castigo del sueño. Si fracasa y queda sujeto por la correa, está condenado a ser como una mujer<sup>26</sup>.

Si ese muchacho no prefiere suicidarse, debe renunciar a la carrera de guerrero y cazador y convertirse en un *berdache*, un hombre-mujer que se viste como una mujer y hace su trabajo. Los *berdaches* no eran necesariamente homosexuales, aunque se dice que algunos de ellos se casan con otros hombres, y que otros reciben la visita de guerreros antes de una batalla. Con todo, la mayoría de los *berdaches* eran como eunucos, a los que simplemente no se consideraba peligrosos para las mujeres, y por lo tanto eran buenos compañeros e incluso maestros para aquéllas, porque a menudo se destacaban en el arte de cocinar y bordar.

Una cultura homogénea como la de los sioux, entonces, maneja a sus individuos desviados proporcionándoles un rol secundario, como payaso, prostituta o artista, aunque sin liberarlos por completo del ridículo y el horror que la vasta mayoría de los individuos debe experimentar a fin de suprimir en sí mismos lo que el desviado representa. No obstante, el horror sigue estando relacionado con el poder de los espíritus que se han introducido en los sueños del individuo desviado. No se vuelve contra el individuo mismo. En esa forma, las culturas primitivas aceptan el poder del inconsciente. Si el desviado puede demostrar convincentemente que ha soñado, se considera que su desviación está basada en la visita sobrenatural antes que en una motivación individual. Como psicopatólogos, debemos admirar la forma en que estos sistemas "primitivos" lograban mantener un dominio elástico en un terreno en que a menudo fracasan sistemas más elaborados.

<sup>26</sup> T. S. Lincoln, *The Dream in Primitive Cultures*, Cresset Press, Londres, 1935.

## 6. RESUMEN

Bajo condiciones traumáticas, los sioux han perdido la realidad a la que resultaba adecuada la última forma histórica de su integridad comunal. Antes de la llegada del hombre blanco, era un nómada luchador y un cazador de búfalos. Los búfalos desaparecieron, debido a las matanzas de los invasores. El sioux se convirtió entonces en un guerrero a la defensiva, y fue derrotado. Aprendió casi alegremente a reunir ganado en lugar de encerrar en círculos a los búfalos; también se vio despojado de su ganado. Pudo convertirse en un agricultor sedentario, pero al precio de transformarse también en un hombre enfermo en una tierra pobre.

Así, paso a paso, se le ha negado al sioux las bases para la formación de una identidad colectiva y, con ello, el depósito de integridad colectiva de la que el individuo debe derivar su importancia como ser social.

El temor al hambre ha llevado a los sioux a dejar las funciones comunales en manos del conquistador que provee el alimento. Lejos de seguir siendo una solución de transición impuesta por un tratado, la ayuda federal continúa siendo necesaria, y cada vez más en la forma de un subsidio. Al mismo tiempo, el gobierno no ha logrado reconciliar las imágenes viejas y las nuevas, así como tampoco establecer el núcleo para una conciencia nueva tanto en la forma como en el contenido. Sostenemos que la educación infantil sigue siendo el instrumento sensible de una síntesis cultural hasta que otra nueva síntesis demuestra ser convincente e ineludible.

En realidad, el problema de la educación india es una cuestión de contacto cultural entre un grupo de funcionarios que representan los valores de clase media de un sistema de libre empresa, por un lado, y los restos de una tribu que, toda vez que abandona el refugio de la ayuda gubernamental, se ubica entre los subprivilegiados de ese sistema.

En realidad, los antiguos principios de educación infantil que siguen actuando en los restos de la tribu socavan el establecimiento de una conciencia blanca. En este sistema, el principio del desarrollo sostiene que se debe permitir a un niño ser individualista mientras es joven. Los padres no manifiestan ninguna hostilidad con respecto al cuerpo como tal ni condenan, sobre todo en los varones, la libre determinación. No hay ninguna crítica a los hábitos infantiles mientras el niño desarrolla ese sistema de comunicación entre el sí mismo y el cuerpo y el sí mismo y los familiares en que se basa el yo infantil. Sólo cuando adquiere un cuerpo

fuerte y un sí mismo seguro se le pide que se acate una tradición según la cual la opinión pública, centrada en su conducta social completa antes que en sus funciones corporales o en sus fantasías, somete a los individuos a una implacable ridiculización. Se lo incorpora a una tradición elástica que en una forma estrictamente institucionalizada atiende a sus necesidades sociales, dirigiendo sus tendencias instintivas peligrosas hacia los enemigos exteriores y permitiéndole siempre proyectar en lo sobrenatural la fuente de toda posible culpa. Hemos visto cuán tenaz se ha mantenido esta conciencia incluso frente a la desnuda realidad del cambio histórico.

En contraste, las clases dominantes en la civilización occidental, representadas aquí por su burocracia, están guiadas por la convicción de que una regulación sistemática de las funciones y los impulsos en la más temprana infancia constituye la más segura protección para un funcionamiento posterior eficaz en la sociedad. Implantan el metrónomo permanente de la rutina en el niño fácilmente impresionable, para regular sus primeras experiencias con su cuerpo y con su ambiente físico inmediato. Sólo después de esa socialización mecánica, se lo alienta a convertirse en un individualista acérrimo. Persigue metas ambiciosas, pero se mantiene compulsivamente dentro de carreras estandarizadas que, a medida que la economía se hace cada vez más complicada, tienden a reemplazar a las responsabilidades más generales. La especialización así desarrollada ha llevado a esta civilización occidental al dominio de la maquinaria, pero también a una corriente subterránea de ilimitado descontento y de desorientación individual.

Naturalmente, las recompensas de un sistema educativo significan muy poco para los miembros de otro sistema, mientras que el precio les resulta demasiado evidente. Los impasibles sioux no pueden comprender que haya otra cosa digna de lograr que la *restitución*, ya que tanto su historia individual como la racial le han proporcionado el recuerdo de la abundancia. La conciencia del hombre blanco, por otro lado, le exige una continua *reforma* de sí mismo, en la prosecución de carreras que llevan a estándares cada vez más altos. Tal reforma exige una conciencia cada vez más internalizada, que actúe automática e inconscientemente contra la tentación, sin la presencia de observadores críticos. La conciencia india, más preocupada por la necesidad de evitar situaciones embarazosas dentro de un sistema de honores y vergüenzas claramente definidos, carece de orientación en las situaciones conflictuales cuya solución depende de una "voz interior".

El sistema subyacente a la educación sioux es primitivo, esto es, se basa en la adaptación a un grupo altamente etnocéntrico y

relativamente pequeño de personas, que se consideran las únicas importantes para la humanidad, para un sector de la naturaleza. El sistema cultural primitivo se limita:

a especializar al niño para una carrera fundamental, en este caso, la de cazador de búfalos;

a perfeccionar un estrecho sector del mundo de las herramientas que amplía el poder del cuerpo humano sobre la presa;

al uso de la magia como único medio para doblegar a la naturaleza.

Tal autolimitación asegura la homogeneidad. Hay una fuerte síntesis de patrones geográficos, económicos y anatómicos que en la vida sioux encuentran su denominador común en la *centrifugalidad*, tal como se expresa en una cantidad de factores ya considerados, tales como:

la organización social en bandas, que asegura la fácil dispersión y migración;

la dispersión de la tensión en el sistema familiar extendido; la tecnología nómada y el uso del caballo y el rifle;

la distribución de la propiedad mediante el sistema del desprendimiento;

la desviación de la agresión hacia la presa y el exogrupo.

La educación infantil sioux constituye una base firme para este sistema de centrifugalidad, al establecer un centro perdurable de confianza, a saber, la madre que amamanta, y luego mediante el manejo de la aparición de los dientes, la rabia infantil, y la agresión muscular, en tal forma que se provoca el mayor grado posible de ferocidad, se lo canaliza socialmente y se lo descarga por último contra la presa y el enemigo. Creemos que en este caso nos encontramos no frente a una causalidad simple, sino a una asimilación mutua de patrones somáticos, mentales y sociales que se amplían entre sí y aseguran el patrón cultural para una vida económica y eficaz. Sólo esa integración proporciona un sentimiento de estar en el mundo como en la propia casa. Trasplantado a nuestro sistema, la expresión misma de lo que alguna vez se consideró una conducta eficaz y aristocrática —tal como el desprecio por la propiedad y la negativa a competir— sólo lleva a una integración con los estratos más bajos de nuestra sociedad.

## 7. UN ESTUDIO POSTERIOR

En 1942, cinco años después de mi viaje en compañía de Mekeel, un colega de nuestra época en la reserva durante 1937, Gordon MacGregor, dirigió un estudio intenso y amplio con 200 niños

de Pine Ridge. Dicho estudio formaba parte de un proyecto más amplio sobre educación india que se proponía reunir material detallado sobre la infancia y la personalidad tribal en cinco tribus indias norteamericanas. El estudio fue conjuntamente auspiciado por la Universidad de Chicago y por el Indian Service, entidades a las que pertenecían los integrantes del equipo. MacGregor y su grupo tuvieron la oportunidad, con la que nosotros no contamos, de observar niños indios en la escuela y en el hogar durante todo un año, tarea que efectuó un equipo de observadores que habían tenido experiencia con otras tribus indias así como con niños blancos, y que dominaban una variedad de tests especialmente adaptados. Por lo tanto, su estudio puede constituir un ejemplo de la verificación de las impresiones clínicas, y de un informe de progreso.

Resumiré primero aquí algunos de los ítems de la antigua educación infantil que, de acuerdo con la comunicación de MacGregor<sup>27</sup>, parecen haber persistido en una u otra forma, sobre todo entre los indios puros o menos mestizos de la reserva.

Según informa MacGregor, los bebés están siempre estrechamente fajados. Cuando se los sostiene en brazos, se los mece levemente sin interrupción. Se desteta a algunos niños a los nueve meses, y otros recién a los treinta y seis meses; la mayor parte de ellos pasan por esa experiencia entre los once y los dieciocho meses de vida. La succión del pulgar es rara. Se observaron chupetes en tres casos: uno era de goma, el otro de cerdo, y el otro, una salchicha. El hábito de "golpearse la uña del pulgar contra los dientes de adelante" es común entre los dakotas. El hábito de hacer entrechocar los dientes predomina sobre todo entre las mujeres y las niñas.

Los adultos vigilan con una mezcla de diversión y paciencia el temprano desarrollo del niño. Nadie lo impulsa a caminar o a hablar. Por otro lado, no hay balbuceos infantiles. El lenguaje que primero se les enseña es el antiguo idioma indio: el inglés sigue siendo un problema para muchos niños cuando ingresan a la escuela.

La educación de esfínteres se realiza fundamentalmente a través del ejemplo. Cuando no hay blancos en los alrededores, el niño corretea sin pañales ni bombachas. Con todo, hay una tendencia a apresurar el control esfinteriano y a establecer lugares fijos para la excreción.

En la actualidad se adiestra cuidadosamente a los niños dakota

<sup>27</sup> G. MacGregor, *Warriors without Weapons*, University of Chicago Press, 1946.

en la generosidad. Siguen recibiendo regalos valiosos, tales como caballos. Niños de cinco, seis y siete años regalan libre y placenteramente sus posesiones. "En un funeral donde el reparto era muy generoso, un niño de la familia del difunto gastó su única moneda para comprar polvo de naranja a fin de convidar ceremoniosamente a los otros niños con naranjada". A veces las pertenencias se colocan a salvo de las manos infantiles, pero en general no se protegen de los niños, hecho que los blancos observan "con desconcierto y total frustración".

Los principales medios educativos son las advertencias y la vergüenza. Se permite que los niños griten cuando están rabiosos, pues eso "los hará fuertes". Si bien los castigos corporales son algo más frecuentes, siguen siendo raros. La vergüenza se intensifica, sobre todo si el niño continúa portándose mal, y los miembros adultos de la familia consideran como mala conducta sobre todo el egoísmo y la actitud competitiva, la búsqueda de beneficios basados en la desventaja de los otros. Las situaciones de tensión en el hogar se evitan visitando otras familias que viven a una cierta distancia.

En lugar de utilizar arcos y flechas y huesos de patas de búfalo, los varones pequeños juegan con cuerdas y hondas y, para gloria del espíritu del cazador, se los alienta a perseguir gallos y otros animales pequeños. Las niñas juegan con muñecas y a llevar la casa.

Cuando ya tiene cinco o seis años, el niño dakota ha adquirido un sentimiento de seguridad y afecto familiares. Se inicia entonces una cierta separación entre los sexos, pero se ha abandonado la institución de la evitación, hecho que todos los observadores señalan como el cambio más destacado. Sólo en las danzas por parejas los hermanos y las hermanas deben evitarse.

En la escuela, los de sangre menos pura están aprendiendo a gozar con la competencia, y en general, se disfruta de la actividad escolar como un motivo para reunirse cuando los vínculos familiares van quedando atrás. Con todo, muchos se apartan de las actividades competitivas y algunos se niegan a responder en absoluto. "El pedido de competir en clase va contra los hábitos del niño dakota, quien critica a sus compañeros competitivos". Esta dificultad, junto con la incapacidad para hablar inglés y el temor al maestro blanco, lleva a frecuentes casos de retraining o huida. No se castiga al niño que regresa a su casa: los padres mismos suelen abandonar el trabajo o alejarse de la comunidad cuando se sienten molestos o enojados.

Los niños pequeños golpean a sus compañeras más de lo que suele ocurrir en las escuelas blancas. En el caso de los niños ma-

yores, los deportes competitivos tales como el básquetbol provocan en ocasiones un sentimiento de malestar, debido a la inevitable manifestación competitiva. Con todo, entre los varones hay una mayor tendencia a luchar cuando están enojados, tanto en el hogar como en la escuela.

Las niñas mayores siguen mostrándose temerosas de los varones y de los hombres, viajan siempre con otras chicas, se niegan a andar a caballo y se mantienen completamente apartadas de los niños.

Los años de internado que (en comparación con los hogares) ofrece toda clase de comodidades físicas y ricas oportunidades para una diversidad de intereses, son los más agradables en la vida del niño y, no obstante, la gran mayoría de quienes ingresan a la escuela secundaria no la terminan; tarde o temprano comienzan a faltar y, por último, la abandonan definitivamente. Como siempre, las causas son un sentimiento de malestar por situaciones en las que el problema de la vergüenza y la competencia, la pureza y la mezcla de sangre y la relación entre varones y niñas se ha vuelto insoluble debido a los cambios en las costumbres. Además, una prolongada educación no parece prometer una identidad mejor definida o ingresos más estables.

Exceptuando los años de gran prosperidad, los varones y las niñas mayores tienden a permanecer en la reserva o a regresar a ella. Debido a su temprana educación, el hogar parece constituir el lugar más seguro, aunque los años escolares han hecho que el hogar y el niño resulten menos aceptables el uno para el otro. Habiendo aprendido que es posible evitar la pobreza, a los jóvenes les molesta ver a sus padres ociosos o negligentes; más ambiciosos ahora, lamentan la persistente tendencia a depender del gobierno; más habituados a las costumbres blancas, consideran destructiva la presión continua de la murmuración crítica, sobre todo cuando socava lo poco que ellos han asimilado de las costumbres blancas. En cuanto a ellos mismos, lo que aprendieron en la escuela los ha preparado para un desarrollo homogéneo de la rehabilitación tribal que la labor de las fuerzas armadas, la mano de obra migratoria y el trabajo industrial contribuyen a fomentar. Estas últimas tendencias los exponen a los problemas de la población rural blanca más pobre y la población urbana de color. El sólo hecho de ser soldado da nuevo lustre a un antiguo rol, cuando sucede que hay una guerra.

Quienes siguen el ejemplo de sus maestros e ingresan al *college* o se preparan para ocupar cargos en la administración pública, por lo general tratan de conseguir empleo en otras reservas para escapar a la doble norma, que los acepta como mejor adiestrados,

pero espera que se muestren silenciosos cuando sus mayores más experimentados hablan. Así, la comunidad pierde sus líderes potenciales. Siguen surgiendo hombres y mujeres jóvenes íntegros y vigorosos, pero constituyen las excepciones. Aún no se han cristalizado nuevos modelos confiables para los niños dakota.

Hemos bosquejado lo que, de acuerdo con el estudio de MacGregor, ha permanecido constante en la educación infantil india. Consideremos ahora lo que está cambiando.

El cambio más importante en la vida dakota ha sido probablemente el relativo al *status* de la familia como un todo: en lugar de servir para reforzar la autosuficiencia, aquélla se ha convertido en el refugio de quienes se sienten aislados e ineficaces. El vínculo más fuerte que subsiste parece ser el que existe entre los hermanos: un vínculo saludable, fácilmente transferible y utilizable para establecer nuevas aspiraciones comunales. La relación más débil, con todo, parece ser la que existe entre los hijos y sus padres, que no pueden enseñarles nada y que, en realidad, se han convertido en modelos que deben ser evitados. En cambio, los varones buscan las alabanzas de sus pares. Entre las niñas, casi todas las antiguas evitaciones han sido abandonadas o se han debilitado hasta el punto en que no constituyen más que actos vacíos de acatamiento. Una extraña mezcla de tristeza, rabia y, una y otra vez, vergüenza y malestar, parece haberse introducido en estas antiguas relaciones de respeto. Educarse y conseguir un empleo son nuevas e intensas ambiciones que, no obstante, pronto se agotan porque aparentemente no es posible vincularlas a ningún rol o ninguna función particular. Los niños sienten lo que sus mayores saben, esto es, que (y éstas son mis palabras) "Washington", el clima y el mercado hacen imposible toda predicción.

El estudio de MacGregor recurrió a una amplia "batería" de entrevistas y tests, a fin de llegar a una formulación de la "personalidad dakota", una imagen compleja que, según afirma aquél, no representa "ni la personalidad de un niño particular ni las personalidades de una mayoría de niños: no puede decirse que exista con todos sus elementos en ningún niño en particular, para no hablar de una mayoría". No cuestionaré o discutiré la metodología utilizada en el estudio, sino que me limitaré a señalar algunos de los datos que arrojan luz sobre la vida interior de esos niños.

Para responder a una pregunta que, sin duda, más de un lector desea plantear: la inteligencia de los niños dakota es levemente superior a la de los niños blancos. Su salud, con todo, corresponde a la de los blancos rurales subprivilegiados. No hay duda de que el hambre crónico provoca apatía, y buena parte de la lentitud, la falta de ambición, y también la quemante amargura de la vida

en la reserva se debe simplemente al hambre. Con todo, el grupo de MacGregor, después de un estudio exhaustivo, considera que la apatía general es tanto la causa del hambre como su resultado, pues ha obstaculizado la iniciativa y la industria en situaciones que ofrecían posibilidades de mejoramiento.

Los tests de imaginación temática entre los niños dakota y los relatos espontáneos hechos por aquéllos reflejan su imagen del mundo. En lo que sigue, debe tenerse presente que tales tests no preguntan: ¿cómo ve el mundo y cómo considera las cosas?, ya que pocos adultos, aún menos niños y ningún niño indio sabrían qué decir. Los testistas, por lo tanto, presentan una lámina, o una historia, o páginas con vagas manchas de tinta, y dicen: ¿qué ves en esto?, procedimiento que permite al niño olvidar su realidad y revelar inconscientemente, no obstante ello, sus desilusiones, sus deseos, y, sobre todo, su actitud básica hacia la existencia humana.

Los niños dakota, según afirman sus examinadores después de un cuidadoso análisis cuantitativo de los temas producidos y las apercpciones reveladas, describen el mundo como peligroso y hostil. Las relaciones afectivas en la temprana vida hogareña se recuerdan con nostalgia. En otros sentidos, el mundo parece carecer casi completamente de definición y propósito para ellos. En sus historias, no se nombra a los personajes, no hay una acción ni un desenlace definidos. Al mismo tiempo, la cautela y el negativismo se convierten en las principales características de las manifestaciones del grupo como un todo. Su culpa y su rabia se expresan en historias de crítica trivial, de golpes sin objeto o de robo impulsivo, simplemente por venganza. Como todos los niños, prefieren las historias que les permiten escapar del presente, pero la imaginación del niño dakota retorna a la época anterior a la llegada del hombre blanco. Las fantasías sobre la antigua vida "no se evocan como glorias pasadas sino como satisfacciones que pueden retornar, para compensar por las tribulaciones y temores del presente". En las historias de los niños, la acción es casi siempre iniciada por otros y en general es desconsiderada, nada digna de confianza y hostil, y lleva a luchas y a la destrucción de juguetes y pertenencias, y provoca en el narrador tristeza, temor y rabia. La acción del narrador lleva casi siempre a luchar, a dañar la propiedad, violar las reglas y robar. También los animales aparecen como figuras atemorizantes, y no sólo en los casos tradicionales de serpientes de cascabel, perros vagabundos y toros malignos, sino también en lo relativo a caballos, que en realidad estos niños aprenden a manejar desde muy temprano y con placer. En cuanto a la frecuencia de los temas, la preocupación por la muerte de otras

personas, su enfermedad o su alejamiento ocupa el segundo lugar después de las descripciones de hostilidad provenientes de personas o animales. En el aspecto positivo, aparece el deseo universal de ir al cine, a las ferias y los rodeos, donde (según lo interpretan los examinadores) los niños pueden estar con mucha gente sin estar con nadie en particular.

El estudio llega a la conclusión de que los niños más pequeños examinados (de seis a ocho años) prometen personalidades mejor organizadas de las que tendrán más tarde; que el grupo entre los nueve y los doce años parece ser relativamente el más libre, el que está más a gusto consigo mismo, aunque ya en desventaja con respecto a los niños blancos en cuanto a exuberancia y vivacidad; y que con el advenimiento de la pubertad, los niños comienzan a retraerse en forma más completa y a perder interés en el mundo circundante. Se resignan y se vuelven apáticos y pasivos. Los varones, sin embargo, muestran mayor expresión y ambición, aunque en una forma algo desequilibrada; las niñas, cuando entran a la pubescencia, tienden a exhibir agitación, seguida por una suerte de parálisis de la acción. En la adolescencia, los robos aumentan y el temor a la mala voluntad de la sociedad parece incluir a los mayores y las instituciones, tanto blancos como indios.

En vista de todas estas observaciones, resulta difícil comprender cómo el grupo de MacGregor puede haber llegado a su principal conclusión, a saber, que "el menoscabo y el negativismo" de la personalidad dakota infantil, y su rechazo de la vida, la emoción y la espontaneidad, se deben a "fuerzas represivas puestas en acción a comienzos de la vida del niño". Como antes, mi conclusión sería la de que la temprana infancia entre los dakota, dentro de los límites de pobreza e indiferencia general, implica una existencia relativamente rica y espontánea que permite al niño de edad escolar surgir de la familia con una integración relativa, esto es, con considerable confianza, cierta autonomía y algo de iniciativa. Entre los nueve y los doce años de edad dicha iniciativa sigue siendo ingenua y no demasiado exitosamente aplicada al juego y el trabajo; mientras que sólo en la pubertad se vuelve absolutamente evidente que el monto de iniciativa que ha podido salvarse no encontrará una identidad. Los resultados son el retraimiento emocional y el ausentismo general.

El material de MacGregor señala con particular claridad y significación que el derrumbe de las relaciones de respeto, junto con la ausencia de metas para la iniciativa, priva de aplicación y de desviación a la rabia infantil que la educación temprana sigue provocando. El resultado es la apatía y la depresión. Del mismo modo, sin el equilibrio de recompensas alcanzables, la vergüenza

se convierte en un mero acto sádico, que se hace por venganza y no con fines de orientación.

La visión del mundo adulto como algo hostil, aunque resulta comprensible si se tiene en cuenta la realidad social, parece haber recibido un poderoso refuerzo de la proyección de la rabia interior del niño, razón por la cual el medio ambiente se describe no sólo como prohibitivo sino también como destructivo, mientras que los seres amados corren peligro de alejarse o morir. Aquí me parece muy evidente que el niño dakota *proyecta* ahora lo que en su antiguo sistema *desviaba*. Un ejemplo notable sería el caballo, que fue alguna vez un animal amigo y que se convierte aquí en el objeto de la proyección. Pero al mismo tiempo, me parece que ahora es la imagen original inevitablemente mal ubicada y distorsionada de una hostil bestia de presa. En los días del búfalo, tal como vimos, había un animal en el que era posible concentrar las imágenes afectivas provocadas desde muy temprano en torno de la caza y la matanza, pero ahora no existe ya una meta para esa iniciativa. Así, el individuo comienza a tener su propio poder de agresión no utilizado, y tal temor se expresa en el hecho de que ve, fuera de sí mismo, peligros que no existen o bien que están exagerados por su fantasía. En la realidad social, el robo impulsivo y vengativo se convierte finalmente en la única expresión de esa ferocidad "ávida y mordiente" que alguna vez fue la fuerza bien guiada que se canalizaba a través de la guerra y la caza. El temor a la muerte o el alejamiento de los familiares demuestra probablemente que el hogar, con toda su pobreza, representa los restos de una cultura que alguna vez estuvo bien integrada; incluso como un mero sueño de restitución encierra más realidad que la realidad misma. Por lo tanto, no es el sistema educativo como tal y sus "fuerzas represivas" lo que paraliza al niño, sino el hecho de que durante los últimos cien años los mecanismos de integración de la educación infantil no han recibido aliento para promover un nuevo y promisorio sistema de roles sociales significativos, tal como alguna vez lo hicieron cuando los dakota se convertían en cazadores de búfalos.

Nos satisface enterarnos a través de MacGregor de que la economía ganadera está haciendo permanentes progresos, junto con la rehabilitación del suelo y el retorno de los pastos altos. Con todo, el establecimiento de una economía ganadera sana exigió una vez más el apoyo del gobierno el cual, con el olvidadizo avance de la historia, está perdiendo su carácter original, el de un derecho adquirido a través de un tratado, para convertirse en una simple limosna. Las oportunidades industriales siguen alejando al indio de una concentración permanente en su rehabilitación comunal, al

tiempo que ofrecen al indio negligente sólo las identidades inferiores en el sistema de éxito norteamericano. Pero al menos pagan bien, y pagan por trabajos cumplidos, no por batallas perdidas en el siglo pasado. Por último, con todo el respeto y la comprensión debidas a la situación y la naturaleza particulares del indio, y con fervientes deseos de que logre rehabilitarse, es inevitable llegar a la conclusión de que, a la larga, sólo puede beneficiarse a través de un progreso político y cultural de la población rural pobre y la población no blanca de toda la nación. Los sistemas de educación infantil cambian para bien sólo cuando se sustenta una tendencia universal a establecer entidades culturales más amplias.

## CAPÍTULO 4

### LOS PESCADORES DE SALMÓN

#### 1. EL MUNDO DE LOS YUOK

COMO COMPARACIÓN y contrapunto, pasemos ahora de los melancólicos "guerreros sin armas" a una tribu de pescadores y recolectores de bellotas de la costa del Pacífico: los yurok<sup>28</sup>.

Los sioux y los yurok parecen ser diametralmente opuestos en cuanto a las configuraciones básicas de la existencia. Los sioux recorrían las praderas y cultivaban concepciones espaciales de movilidad centrífuga; sus horizontes eran los movedizos rebaños de búfalos y las cambiantes bandas enemigas. Los yurok vivían en un valle estrecho, montañoso y densamente arbolado, junto a la desembocadura en el Pacífico del río que lo cruzaba. Además, se impusieron las fronteras arbitrarias de un universo circunscrito<sup>29</sup>. Consideran que un disco de unas ciento cincuenta millas de diámetro, dividido en dos por el curso de su río Klamath, incluye todo lo que hay en el mundo. Ignoraron el resto y excluyeron como "loco" o de "innoble cuna" a todo aquél que exhibiera una marcada tendencia a aventurarse más allá de esos límites. Rezaban a sus horizontes, que supuestamente contenían los "hogares" sobrenaturales desde donde espíritus generosos les enviaban el hálito vital: el lago, en realidad inexistente, situado aguas arriba, desde donde fluye el Klamath; la tierra del otro lado del océano que es el hogar del salmón; la región del cielo que envía los ciervos y el lugar sobre la costa del que provienen las conchillas que utilizan como dinero. No existía un este y un oeste, un sur y un norte centrífugos. Sólo había "aguas arriba" y "aguas abajo", un "hacia el río", y un "lejos del río", y luego, en las fronteras del

<sup>28</sup> A. L. Kroeber, "The Yurok", en *Handbook of the Indians of California*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 78, 1925.

<sup>29</sup> T. T. Waterman, *Yurok Geography*, University of California Press, 1920.

mundo (esto es, donde vive la tribu vecina) un "detrás y alrededor" elíptico: un mundo tan centrípeto como pudiera imaginarse.

Dentro de este limitado radio de existencia, tuvo lugar una localización extrema. Un viejo yurok me pidió cierta vez que lo llevara en el auto hasta el hogar de sus antepasados. Cuando llegamos, señaló con orgullo un pozo que pasaba casi desapercibido en el suelo y dijo: "De aquí vengo yo". Tales hoyos conservan para siempre el nombre familiar. De hecho, las localidades yurok tienen un nombre sólo en la medida en que la historia humana o la mitología las ha dignificado. Tales mitos no mencionan picos montañosos o los bosques de picos gigantescos que impresionan tanto a los viajeros blancos; no obstante, el yurok señala ciertas rocas y árboles de aspecto insignificante como el "origen" de los hechos más remotos. La adquisición y la conservación de posesiones es y fue el tema sobre el que los yurok piensan, hablan y rezan. Toda persona, toda relación y todo acto puede ser exactamente evaluado y se convierte en objeto de orgullo o de incessantes altercados. Los yurok tenían dinero antes de haber conocido al hombre blanco. Usaban como monedas conchillas de diferentes tamaños que llevaban en pequeñas bolsas rectangulares. Dichas conchillas procedían de tribus del interior; desde luego, los yurok nunca "cometieron el error" de visitar los lugares en la costa norte donde podrían haber encontrado dichas conchillas en cantidades inflacionistas.

Este mundo yurok pequeño y bien definido, dividido en dos por el Klamath, tiene, por así decirlo, su "boca abierta" hacia el océano y hacia la misteriosa aparición anual de increíbles cantidades de salmones que penetran en el estuario del Klamath, nadan contra sus turbulentos rápidos y desaparecen aguas arriba, donde desovan y mueren. Algunos meses más tarde, su diminuta prole desciende por el río y desaparece en el océano, a fin de que dos años después, como salmones maduros, puedan regresar a su lugar de nacimiento para cumplir con su ciclo de vida.

Los yurok hablan de una vida "limpia", no "fuerte" como ocurría con los sioux. La pureza consiste en la evitación permanente de los contactos y las contaminaciones impuros, y en la purificación constante de las posibles contaminaciones. Luego de haber tenido relaciones con una mujer o de haber dormido en una misma casa con mujeres, el pescador debe pasar por la "prueba" de la casa del sudor. Entra por una puerta de tamaño normal, entendiéndose por normal un agujero de forma ovalada a través del cual incluso una persona obesa podría pasar. Con todo, el hombre puede abandonar la casa sólo a través de una pequeña abertura que únicamente permite el paso de un hombre moderado en sus há-

bitos alimenticios y cubierto de transpiración a causa del fuego sagrado. Se le exige que complete la purificación nadando en el río. El pescador escrupuloso pasa por esta prueba cada mañana.

Este es sólo un ejemplo de una serie de actos que expresan una imagen del mundo según la cual es necesario mantener separados los diversos canales de la naturaleza y la anatomía. Pues, según se dice, lo que fluye por uno de los canales de la vida abomina del contacto contaminador con los objetos de los otros canales. A los salmones y al río les disgusta que se coma algo en un bote. La orina no debe mezclarse con el agua del río. Los ciervos se mantendrán alejados de la trampa si se ha puesto en contacto agua con carne de ciervo. El salmón exige que las mujeres que viajan por el río respeten costumbres especiales, pues pueden estar menstruando.

Sólo una vez por año, durante la ribazón del salmón, dichas evitaciones se dejan de lado. En esa época, luego de complicadas ceremonias, se construye un sólido dique que impide el paso de los salmones y permite que los yurok hagan una buena provisión para el invierno. La construcción del dique constituye "la más grande empresa mecánica acometida por los yurok o, si a eso vamos, por cualquier tribu india californiana, y también el intento más comunitario" (Kroeber). Luego de diez días de pesca colectiva, tienen lugar junto a las riberas del río orgías de ridículo y libertad sexual, que recuerdan las antiguas ceremonias paganas de la primavera que se realizaban en Europa, y la licencia sioux antes de la Danza del Sol.

La ceremonia suprema relacionada con el dique es, por lo tanto, la contraparte de la Danza del Sol de los sioux; comienza con una grandiosa dramatización en masa de la creación del mundo, contiene manifestaciones imponentes que repiten la evolución del *ethos* yurok desde la licencia centrífuga hasta la forma de centrípeta y circunscripta que, finalmente, se convirtió en su ley y en su fuente de seguridad con respecto a un abastecimiento constante por parte de los Proveedores Sobrenaturales.

Más tarde volveremos sobre estas ceremonias cuando podamos relacionarlas con la infancia yurok. Lo dicho bastará para indicar que, en cuanto a tamaño y estructura, el mundo yurok era muy distinto, si no casi sistemáticamente opuesto, al de los sioux.

¡Y qué diferentes son incluso hoy día! Después de haber contemplado a los ex amos apáticos de la pradera, resultaba casi un alivio, si bien un alivio acompañado de una cierta conmoción, llegar a una aldea yurok entonces casi completamente inaccesible y verse tratado como miembro de una minoría blanca mal vista, para

no hablar de la sugerencia de que me alojara con los cerdos, que "son el perro del hombre blanco".

Hay varias aldeas totalmente yurok a lo largo del curso inferior del Klamath, la más grande de las cuales representa una integración tardía, en la época de la quimera del oro, de una cantidad de aldeas muy antiguas. Situada en un claro soleado, sólo resulta accesible por lancha desde la costa, o siguiendo caminos peligrosos y cubiertos por la bruma. Cuando decidí pasar allí unas pocas semanas, a fin de reunir y verificar mis datos sobre la infancia yurok, me topé de inmediato con el "temperamento resistente y suspicaz" que se atribuye a los yurok como grupo. Por fortuna, ya había conocido y trabajado con algunos individuos yurok que vivían cerca del estuario del Klamath; y Kroeber me había preparado para rasgos como la avaricia, la suspicacia y la cólera. Por lo tanto, pude abstenerme de echarles en cara su conducta o, incluso, de sentirme desalentado por ella. Así, pues, me instale en un campamento abandonado junto al río y esperé para descubrir cuál podría ser el problema específico en ese momento. Parecía que en la costa yo había visitado a enemigos mortales de una influyente familia de aguas arriba, y además había comido con ellos. El litigio databa de fines del siglo pasado. Además, parecía que esa comunidad aislada era incapaz de aceptar mi declaración sobre mis intenciones científicas. En cambio, sospechaban que era un agente que tenía como fin investigar cuestiones tales como los litigios relativos a la propiedad provocados por la oposición a la ley Howard-Wheeler. De acuerdo con los mapas antiguos, que sólo existen en la mente de la gente, el territorio yurok es un rompecabezas de terreno comunal, tierra de propiedad común y propiedad familiar individual. La oposición a la ley Howard-Wheeler, que prohíbe a los indios vender su tierra salvo a otro miembro de la tribu, había asumido la forma de una controversia sobre lo que cada yurok individual podía reclamar como propio y vender, siempre y cuando se anulara la ley, y aparentemente una de las misiones secretas que se me atribuían era la de intentar, bajo falsas apariencias, establecer derechos de propiedad que los funcionarios no habían podido delimitar. Además, la enfermedad fatal de un joven *shaker* y la visita de un destacado sacerdote *shaker* procedente del norte había desatado controversias religiosas. El aire de la noche estaba lleno de ruidosas oraciones y danzas. En esa época, el *shakerismo* era visto con malos ojos no sólo por el médico del gobierno, con quien se me había visto río abajo, y por los pocos sobrevivientes del antiguo arte de la medicina yurok, sino también por un misionero recién llegado. Era un adventista del séptimo día, el único otro hombre blanco en la comuni-

dad, quien al recibirme cordialmente, aunque sin disimular su desaprobación ante el cigarrillo que tenía en la mano, me comprometió aún más ante los ojos de los nativos. Pasaron días de solitaria espera antes de que pudiera hablar con algunos de los indios sobre sus sospechas, y antes de que encontrara algunos informantes que pudieran aclararme las estructuras generales de la infancia yurok tradicional. Con todo, una vez que el yurok está seguro de que uno es un amigo, pierde su suspicacia prescripta y se convierte en un honorable informante.

La actitud inflexible y abiertamente cínica de la mayoría de los yurok con respecto al hombre blanco debe atribuirse, según creo, al hecho de que la distancia interna entre el yurok y los blancos no es tan grande como la que existe entre los blancos y los sioux. En los rasgos centrípetos esenciales de la vida yurok había muchas cosas que no fue necesario volver a aprender cuando llegaron los blancos. El yurok vivía en sólidas casas de madera, semienterradas en el suelo. Las casas actuales están situadas junto a hoyos en el suelo que en alguna época contuvieron las viviendas subterráneas de los antepasados. Al revés de los sioux, que repentinamente perdieron el centro de su vida económica y espiritual con la desaparición de los búfalos, el yurok sigue viendo y pescando, comiendo y hablando del salmón. Cuando el yurok de hoy guía una balsa de troncos, o cuando la mujer yurok cultiva verduras, sus ocupaciones no están muy alejadas de la producción original de piraguas (que en una época fueron productos de exportación), la recolección de bellotas y el cultivo de tabaco. Sobre todo, al yurok siempre le ha interesado la propiedad. Sabe cómo discutir un asunto en dólares y centavos, y lo hace con una profunda convicción ritual. El yurok no necesita abandonar esta tendencia "primitiva" en el mundo blanco que gira en torno del dinero. Sus protestas contra los Estados Unidos, por lo tanto, encuentran una expresión distinta de la inarticulada y latente que se refleja en la resistencia pasiva del hombre de la pradera.

El cuatro de julio, cuando los "deudos del año" reciben su paga en el ritual de danzas que duran toda la noche, tuve oportunidad de ver a muchos niños reunidos para observar una danza, cuya culminación no estaba programada hasta el alba. Eran vigorosos y, no obstante, gráciles, y se mostraron tranquilos y bien educados durante toda la larga noche.

## 2. PSIQUIATRÍA INFANTIL ENTRE LOS YUOK

Fanny, una de las más antiguas informantes de Alfred Kroeber, se consideraba a sí misma, y era considerada por los demás, un "médico". En la medida en que trataba trastornos somáticos o usaba el estilo yurok de tratamiento fisiológico, yo no podía esperar a ponerme a su nivel profesional. Con todo, también hacía psicoterapia con niños, y en este campo resultaba posible intercambiar observaciones. Se reía abiertamente del psicoanálisis, cuyo principal principio terapéutico, como se verá de inmediato, puede expresarse fácilmente en los términos de Fanny. Esta anciana irradiaba cordialidad y calor. Cuando la melancolía obligaba a su mirada y a su sonrisa a refugiarse detrás del diseño pétreo de sus arrugas, se trataba de una melancolía dramática, un retraimiento positivo, no la inmovible tristeza que se observa a veces en los rostros de otras mujeres indias.

En realidad, Fanny se encontraba en un estado agudo de melancolía cuando llegamos. Algunos días antes, al dirigirse hacia su huerta y observar la escena, unos cien pies más abajo, en que el Klamath entra en el Pacífico, había visto una pequeña ballena que se internaba en el río, jugaba un poco y luego desaparecía. Esto la conmovió profundamente. ¿Acaso el Creador no había decretado que sólo el salmón, el esturión y otros peces similares podía cruzar la barrera del agua dulce? Este derrumbe de una barrera sólo podía significar que el disco que constituía su mundo estaba perdiendo lentamente su posición horizontal, que el agua salada penetraba en el río, y que se acercaba una inundación comparable a la que una vez destruyó a la humanidad. Con todo, sólo comentó el asunto con unos pocos íntimos, señalando que quizás todo podía evitarse si no se hablaba demasiado al respecto.

Resultaba fácil conversar con esta vieja india porque por lo común se mostraba alegre y muy directa, salvo cuando surgían cuestiones relativas a temas tabú. Durante nuestras primeras entrevistas Kroeber había permanecido sentado cerca de nosotros, escuchando e interrumpiendo cada tanto. Al segundo día, observé de pronto que faltaba de la habitación desde hacía algún tiempo, y pregunté adónde había ido. La anciana se rió alegremente y me dijo: "Le da oportunidad para preguntar solo. Ahora usted es un hombre grande".

¿Cuáles son las causas de las neurosis infantiles (rabietas, falta de apetito, pesadillas nocturnas, delincuencia, etcétera) en la cultura yurok? Sí, después de que se pone el sol, un niño ve a uno

de los miembros del "pueblo sabio", una raza de pequeños seres que precedieron en la tierra a los humanos, desarrolla una neurosis, y si no se lo cura, muere eventualmente.

Según se dice, el "pueblo sabio" tiene la estatura de un niño pequeño. Siempre están "en espíritu", porque no conocen las relaciones sexuales. Son adultos a los seis meses de edad, y gozan de inmortalidad. Procrean oralmente, cuando la mujer come los piojos del varón. El orificio para el nacimiento es vago; con todo, no cabe duda de que la hembra "sabia" carece de un "interior de mujer", esto es, de vagina y útero, a través de los cuales, como se verá más tarde, ingresaron al mundo el pecado y el desorden social.

Observamos que el "pueblo sabio" se parece a los niños. Son pequeños, orales y mágicos, y desconocen la genitalidad, la culpa y la muerte. Sólo son visibles y peligrosos para los niños, porque éstos siguen estando fijados en etapas previas y pueden hacer una regresión cuando la estimulación de la luz diurna desaparece; entonces, al caer en ensueños, pueden sentirse atraídos por el infantilismo del "pueblo sabio" y por sus costumbres intuitivas aunque anárquicas. El "pueblo sabio" carece de organización social. Son creadores, pero no conocen la genitalidad y, en consecuencia, lo que significa ser "limpio". Así, los hombres "sabios" podían servir muy bien para la proyección del estado pregenital de la infancia en la filogenia y la prehistoria.

Si un niño exhibe trastornos o se queja de dolores que hacen pensar que puede haber visto a un miembro del "pueblo sabio", su abuela sale al jardín o a la caleta, o dondequiera le hayan informado que el niño ha estado jugando después de la caída del sol, y se dirige en voz alta a los espíritus: "Este es vuestro hijo; no lo dañéis". Si nada se logra con este recurso, se le pide a la abuela vecina que "cante su canción" al niño. Cada abuela tiene su propia canción. Las culturas indias norteamericanas parecen tener una sorprendente comprensión de la ambivalencia, que determina que en ciertas crisis los parientes cercanos carezcan de utilidad educativa o terapéutica. Y si la abuela vecina tampoco obtiene éxito, se apela por último a Fanny y se fija un precio para la curación.

Fanny afirma que a menudo siente que un paciente está por acudir a ella.

A veces no puedo dormir; alguien quiere que vaya y cure. No tomo agua, y seguro que alguien viene. "Fanny, vengo por ti, te doy diez dólares." Yo digo: "Voy por quince dólares." "Muy bien."

Toda la familia trae al niño y lo coloca sobre el piso en la sala de la casa donde vive Fanny. Ésta fuma su pipa para "ponerse en situación". Luego, si es necesario, la madre y el padre sostienen al niño mientras Fanny succiona el primer "dolor", situado encima del ombligo. Esos "dolores", las "causas" somáticas de la enfermedad (aunque ellas, a su vez, pueden estar provocadas por malos deseos), parecen manifestarse como una suerte de materialización viscosa y sanguinolenta. A fin de prepararse para esta tarea, Fanny debe abstenerse de tomar agua durante un período determinado. "Cuando succiona, es como si el mentón lo atravesara a uno y le llegara hasta la columna, pero no duele", según sostiene un informante. Con todo, cada "dolor" tiene un "compañero"; un hilo viscoso guía a Fanny hasta el lugar del "compañero", que también es eliminado mediante la succión.

Vemos que para los yurok la enfermedad es bisexual. Uno de los sexos parece estar ubicado cerca del centro del cuerpo, que es sumamente susceptible a la brujería, mientras que el otro ha errado hasta la parte afectada, como el útero flotante en la teoría griega de la histeria o la catexia desplazada de un órgano en el sistema psicoanalítico.

Habiendo tragado dos o tres "dolores", Fanny se dirige hacia un rincón y se sienta con el rostro vuelto hacia la pared. Se mete cuatro dedos, omitiendo el pulgar, en la garganta, y vomita la sustancia viscosa en un canasto. Luego, cuando siente que los "dolores" que ha tragado están subiendo, sostiene las manos delante de la boca, "como si fueran dos conchillas" y, con los ruidos correspondientes, escupe el "dolor" del niño en las manos. Luego baila, haciendo que los "dolores" desaparezcan. Repite todo esto hasta que siente que ha eliminado los "dolores" del niño.

Luego llegamos a la versión yurok de una interpretación. Vuelve a fumar, baila otra vez y cae en un trance. Ve un fuego, una nube, niebla, luego se sienta, vuelve a llenar la pipa, aspira una gran bocanada de humo y tiene entonces una visión más substancial, que la lleva a decir a la familia reunida algo por este estilo: "Veo una anciana sentada en las Montañas Peladas y que desea algo malo para otra mujer. Por eso está enfermo este niño". Confiesa que fue ella misma quien cierto día se sentó en las Montañas Peladas e intentó practicar la brujería con respecto a otra mujer. O bien dice: "Veo un hombre y una mujer haciendo cosas (teniendo relaciones sexuales), aunque el hombre ha rezado para tener buena suerte y no debería tocar a una mujer". Ante esto, el padre o el tío se pone de pie y confiesa su culpa. A veces Fanny debe acusar a una persona muerta de brujería o perversión, en

cuyo caso el hijo o la hija del muerto confiesa entre lágrimas sus malas acciones.

Parecería que Fanny tiene un cierto repertorio de pecados (comparables a los "hechos típicos" de nuestras escuelas psicoterapéuticas), que relaciona, bajo circunstancias ritualistas, con determinados trastornos. Así consigue que la gente confiese como hechos tendencias que, en vista de la estructura de la cultura, es posible predecir, y cuya confesión resulta beneficiosa para la tranquilidad interior de cualquiera. Puesto que goza de una posición destacada en una comunidad primitiva, Fanny está en posesión de suficiente información como para conocer las debilidades de sus pacientes incluso antes de verlos, y cuenta con suficiente experiencia como para leer en los rostros de sus pacientes antes de iniciar su ritual mágico. Si entonces relaciona un sentimiento de culpa derivado de una agresión o perversión secreta con los síntomas del niño, pisa sólido terreno psicopatológico, y no nos sorprende enterarnos de que los síntomas neuróticos suelen desaparecer después de que Fanny ha señalado la principal fuente de ambivalencia en la familia y ha provocado una confesión pública.

### 3. EDUCACIÓN INFANTIL YUROK

He aquí los datos sobre la infancia en el mundo yurok.

El nacimiento de un niño se protege por medio de prohibiciones *orales*, además de las genitales observadas por los sioux. Durante el parto, la madre debe permanecer en silencio. El padre y la madre no comen carne de ciervo ni salmón hasta que el ombligo del niño se ha curado. Los yurok creían que la violación de este tabú constituía la causa de las convulsiones infantiles.

Al recién nacido no se le da el pecho durante diez días, sino una sopa de nueces servida en una diminuta conchilla. La lactancia comienza con generosidad y frecuencia indias. Con todo, y al revés de los sioux, los yurok tienen una época definida para el destete que corresponde aproximadamente al sexto mes de vida, esto es, coincidiendo con la aparición de los dientes: esto constituye un período mínimo de lactancia para los indios norteamericanos. El destete se conoce como "olvidar a la madre" y, de ser ello necesario, se impone hacia el final del primer año mediante el alejamiento de la madre durante unos pocos días. El primer alimento sólido que ingiere el niño es salmón o carne de ciervo bien salada con algas marinas. Las comidas saladas son los "dulces" de los yurok. El intento de acelerar la autonomía a través del temprano destete parece formar parte de una tendencia general

a alentar al niño a separarse de la madre y su apoyo en cuanto ello resulta posible y tolerable. Comienza ya en el útero. La mujer embarazada come poco, transporta mucha madera, y siempre que puede realiza tareas que la obligan a agacharse, a fin de que el feto "no descansa contra su columna", esto es, se relaje y se recline. Se frota el abdomen a menudo, sobre todo cuando está desapareciendo la luz diurna, a fin de mantener despierto al feto y de prevenir una temprana tendencia a regresar al estado de prehistoria que, como vimos, es el origen de todas las neurosis. Más tarde, no sólo el destete temprano le exige abandonar a la madre; en la versión yurok de una cuna las piernas del niño quedan descubiertas, y desde el vigésimo día en adelante la abuela las masajea para que comience a gatear temprano. La cooperación de los padres en estas cuestiones está asegurada por la regla de que pueden volver a tener relaciones sexuales en cuanto el niño comience a gatear con vigor. Se impide que los niños duerman a la tarde y al caer la noche, para que el crepúsculo no cierre sus ojos para siempre. Por lo tanto, la primera crisis postnatal tiene una cualidad distinta para el niño yurok de la que experimentaba el pequeño sioux. Está caracterizada por la estrecha proximidad en el tiempo de la aparición de los dientes, el destete forzoso, el gateo provocado y el temprano retorno de la madre a sus costumbres sexuales y a nuevos nacimientos.

Nos hemos referido a la afinidad entre la educación oral del niño sioux y los rasgos deseables en un cazador de las praderas; y cabe esperar que el recién nacido encuentre entre los yurok una recepción sistemáticamente distinta. Y, de hecho, el niño yurok está expuesto a un destete temprano y, de ser ello necesario, abrupto, antes o inmediatamente después de la etapa del morder, y después de que se le haya impedido, mediante una cantidad de recursos, que se sienta demasiado cómodo, dentro de su madre y junto a ella. Ha de convertirse en un pescador: un individuo que tiene sus redes siempre listas para una presa que (con tal de que se comporte bien y diga "por favor" en el tono apropiado) acudirá a él. La actitud del yurok hacia los proveedores sobrenaturales es un "por favor" ferviente y permanente que parece estar reforzado por un residuo de nostalgia infantil por la madre de la que se vio separado tan violentamente. El buen yurok está caracterizado por una capacidad para llorar mientras reza, a fin de adquirir influencia sobre los poderes que proveen el alimento más allá del mundo visible. Cree que algunas palabras lacrimosas, tales como "Veo un salmón", pronunciadas con la convicción de la alucinación autoprovocada, harán que un salmón caiga en sus redes. Pero debe fingir que no está demasiado ansioso, a fin de que la presa no lo

eluda, y debe convencerse a sí mismo de que no tiene intenciones dañinas. Según los yurok, el salmón dice: "Viajaré hasta donde se extiende el río. Dejaré mis escamas en las redes y se convertirán en salmones, pero yo mismo quedaré libre y no moriré".

Esta concentración en las fuentes del alimento no se logra sin una segunda fase de educación oral a la edad en que el niño "tiene uso de razón", esto es, cuando puede repetir lo que se le ha dicho. Se afirma que hace mucho tiempo, una comida yurok era una verdadera ceremonia de autorrestricción. Se enseñaba al niño a no apoderarse de la comida con apresuramiento, a no tomar nada sin pedirlo primero, a comer lentamente y a no solicitar una segunda porción —un puritanismo oral que carece prácticamente de paralelos entre otros pueblos primitivos. Durante las comidas, se conservaba un estricto orden de ubicación y se enseñaba al niño a comer en formas prescritas; por ejemplo, a poner sólo muy poca comida en la cuchara, a llevar esta última muy lentamente hasta la boca, a dejar la cuchara mientras masticaba y, sobre todo, a pensar en hacerse rico durante todo este proceso. Debía reinar el silencio durante las comidas, a fin de que todos pudieran concentrarse en el dinero y los salmones. Esta conducta ceremonial puede haber servido para elevar al nivel de una especie de alucinación esa necesidad nostálgica de ingestión que puede haber tenido como causa la temprana pérdida del pecho y el contacto con la madre, en la etapa en que predominan intensos deseos de morder. Toda "fantasía de deseos" se ponía al servicio de metas económicas. Un yurok podía sugestionarse hasta el punto de ver dinero colgando de los árboles y salmones nadando en el río durante la estación en la que nunca se los veía, y creía que esa alucinación autoprovocada promovería la acción de los Proveedores. Más tarde, la energía de las ensoñaciones genitales también se somete al esfuerzo económico. En la "casa del sudor", los niños mayores aprenden a realizar la doble hazaña de pensar en el dinero y *no* pensar en mujeres.

Las fábulas relatadas a los niños subrayan en forma interesante la fealdad de la falta de restricción. Aíslan un elemento destacado en la fisonomía de los animales y lo utilizan como un argumento en defensa de la "conducta limpia":

La calvicie del milano es el resultado de haber metido impaciientemente toda la cabeza en un plato de sopa caliente.

La anguila codiciosa apostó y perdió sus huesos.

El capirote del grajo azul hembra, que está siempre enojado, es su clitoris, que en una ocasión se arrancó y se colocó en la cabeza al sentir una rabia envidiosa hacia su esposo.

El oso siempre estaba hambriento. Se había casado con el

grajo azul hembra, y cierto día hicieron un fuego y el oso envió al grajo en busca de comida. Este le trajo sólo una bellota. "¿Esto es todo?", dijo el oso. El grajo azul se enojó y arrojó la bellota al fuego. Estalló y todo el suelo quedó cubierto de bellotas. El oso se las tragó todas y enfermó seriamente. Algunos pájaros trataron de cantar para él, pero no sirvió de ayuda. Nada parecía aliviarlo. Por último, el colibrí dijo: "Acuéstate y abre la boca", y luego el colibrí lo atravesó de parte a parte. Eso lo alivió. A ello se debe que el oso tenga un ano tan grande y no pueda retener las heces.

Esto, pues, nos lleva a la fase anal. En la infancia yurok no parece haber ningún énfasis específico en las heces o en la zona anal, pero existe una evitación general de todas las contaminaciones causadas por el contacto de los fluidos y contenidos antagónicos. El niño aprende temprano que no puede orinar en el río o en ninguno de sus afluentes porque los salmones que nadan en esas aguas no quieren flotar en líquidos corporales. Por lo tanto, no se trata tanto de que la orina sea "sucía", sino de que los líquidos de diferentes sistemas de conductos son antagónicos y mutuamente destructivos. Una evitación tan permanente y sistemática necesita de salvaguardias especiales establecidas en la personalidad y la identidad; y, de hecho, la conducta oficial de los yurok exhibe todos los rasgos que el psicoanálisis, siguiendo a Freud y a Abraham, ha considerado de significación típica en los pacientes con "fijaciones anales": ritualización compulsiva, disputas pedantes, avaricia suspicaz, acumulación retentiva, etc. La compulsión en nuestra sociedad constituye a menudo la expresión de esa misma evitación general de las contaminaciones, localizadas por las madres fóbicas en la zona anal; pero en nuestra cultura está reforzada por exigencias excesivas de puntualidad y orden que faltan en la vida yurok.

La base para las actitudes genitales de los yurok se establece en el más temprano condicionamiento del niño, que le enseña a subordinar todos los impulsos instintivos a consideraciones económicas. La niña sabe que la virtud, o más bien un nombre sin tacha, le permitirá conseguir un marido que pague bien, y que su *status* subsiguiente y, por lo tanto, el de sus hijos y el de los hijos de sus hijos, dependerá de la cantidad que su esposo ofrezca a su padre cuando pida su mano. El varón, por otro lado, desea acumular suficiente riqueza como para comprar una esposa valiosa y no quedar endeudado. Si dejara embarazada prematuramente a una joven virtuosa, esto es, antes de poder pagar completamente su precio, quedaría endeudado. Y entre los yurok, toda la conducta desviada y todos los trastornos caracterológicos en los adultos

se explican como un resultado de que la madre, la abuela o la bisabuela del delincuente no hubiera sido "completamente pagada". Según parece, esto significa que el individuo en cuestión estaba tan ansioso por casarse que consiguió a su esposa con un pago inicial, sin poder luego hacer frente a las cuotas sucesivas. Demostró así que, en nuestros términos, su yo era demasiado débil como para integrar las necesidades sexuales y las virtudes económicas. Cuando el sexo no interfiere la riqueza, sin embargo, se lo ve con benevolencia y sentido del humor. El hecho de que el contacto sexual necesite de una purificación no parece considerarse como una molestia, pero no se refleja sobre el sexo como tal ni sobre las mujeres individuales. No hay vergüenza alguna en lo relativo a la superficie del cuerpo humano. Si la joven entre la menarca y el matrimonio evita bañarse desnuda delante de otras personas, es para no ofender con manifestaciones menstruales. De otro modo, todos gozan de libertad para bañarse como quieran y en la compañía que prefieran.

Como vimos, los niños sioux aprendían a asociar los modos locomotor y genital con la caza. En su sexualidad oficial, eran más fálico-sádicos en tanto perseguían todo aquello que se desplazaba: animales, enemigos, mujeres. En todo esto, el yurok es más fóbico y suspicaz. Trata de no caer en una trampa, pues eso mismo le ocurrió incluso a Dios: el creador del universo yurok era un individuo sumamente lascivo que vagaba por el mundo y lo ponía en peligro con su conducta licenciosa. Sus hijos lo obligaron a abandonar este mundo. Prometió ser un buen dios, pero mientras se aventuraba por la costa más allá de donde cualquier persona bien educada y sensata lo haría, encontró a la mujer raya acostada en la playa, con las piernas tentadoramente abiertas. (El pez raya, dicen los yurok, tiene el aspecto del "interior de una mujer".) No pudo resistírsele. Pero en cuanto la hubo penetrado, ella se aferró a él con la vagina, lo envolvió con las piernas y lo raptó. Esta historia sirve para demostrar adónde conduce la lascivia centrífuga, desviada y licenciosa. En el mundo yurok legítimamente restringido que establecieron los hijos sobreescrupulosos del creador delincuente, un hombre sensato se cuida de no caer en la "trampa" que le prepara una mujer que no le conviene o en un momento o un lugar que no le convienen, entendiéndolo por "inconveniente" cualquier circunstancia que comprometa sus haberes como ser económico. Aprender a evitar esto significa convertirse en un individuo "limpio", un individuo con "sentido común".

#### 4. RESUMEN COMPARATIVO

Los mundos de los sioux y los yurok son mundos primitivos de acuerdo con los criterios utilizados previamente. Son altamente etnocéntricos, preocupados tan sólo por la autorregulación tribal en relación con un sector específico de la naturaleza, y por el desarrollo de herramientas suficientes y una magia apropiada. Hemos visto que el mundo yurok está orientado según líneas cautelosamente centripetas, mientras que los sioux son vigorosamente centrifugos.

Como sociedad, los yurok carecían casi por completo de una organización jerárquica. Todo el acento recaía en la vigilancia mutua para la práctica diaria de las más triviales diferencias de valor. Había muy poco sentimiento "nacional", y, como he descuidado señalar, ninguna tendencia a la guerra. Así como el yurok podía creer que ver salmones equivalía a hacerlos acudir, evidentemente también daba por sentado que podía mantener alejada la guerra mediante el simple recurso de no ver enemigos potenciales. Se sabe que los yurok que viven río arriba han permitido el paso de tribus hostiles que atravesaban su territorio, a fin de luchar con otros yurok que vivían más cerca de la desembocadura. La guerra concernía a quienes estaban directamente involucrados en ella, no era una cuestión de lealtad nacional o tribal.

Así, se sentían seguros dentro de un sistema de evitaciones: evitar verse arrastrados a una lucha, a la contaminación, a una mala transacción comercial. Sus vidas individuales comenzaban con un temprano destierro del pecho materno, y con la educación posterior, en el caso de los varones, destinada a evitarla, a mantenerse alejado de sus habitaciones y a estar alerta frente a las trampas preparadas por las mujeres en general. Su mitología destierra al creador de este mundo al relatar la historia de su secuestro por una mujer. Si bien el temor de ser así atrapados dominaba todas sus evitaciones, vivían cada instante con el propósito de arrebatar algún beneficio a algún otro ser humano.

En el mundo yurok, es posible considerar al río Klamath como un canal de nutrición, y a su estuario como una boca y una garganta permanentemente abiertas hacia el horizonte desde donde llegará el salmón; así, su imagen del mundo sugiere cabalmente el modo oral de incorporación. Durante todo el año, las plegarias del mundo yurok apuntaban en esa dirección, protestando humildad y negando el deseo de dañar. Una vez al año, no obstante, los yurok intentan atraer lacrimosamente a su dios de regreso a este mundo durante el tiempo suficiente como para asegurarse su bu-

na voluntad... y atrapar al salmón. Tal como el mundo sioux encuentra su expresión más alta en las ceremonias relacionadas con la Danza del Sol, el mundo yurok dramatiza toda su forma de vida durante esos días de exaltación en los que, con tremendo esfuerzo y organización comunales, construye el dique: las dos partes que se extienden desde las orillas opuestas del río se van cerrando gradualmente como si fueran gigantescas mandíbulas. Las mandíbulas se cierran y la presa queda atrapada. El creador rejuvenece una vez más al mundo al concederle de mala gana partes de sí mismo, para ser desterrado nuevamente durante otro año. También como en el caso de los sioux, esta culminación ceremonial sigue a un ciclo de rituales que tienen que ver con la dependencia de los individuos con respecto a sus proveedores naturales. Al mismo tiempo, el ceremonial representa un grandioso juego colectivo con los temas del más temprano peligro en el ciclo de vida individual: la pérdida ontogénica del pecho materno en la etapa del morder corresponde al peligro filogenético de la posible pérdida del salmón procedente del océano. Aquí se impone la conclusión de que los grandes temas de la fertilidad y la fecundidad encuentran su expresión simbólica en una identificación del salmón sagrado con el falo paterno y el pezón materno: el órgano que genera la vida y el que la alimenta.

Durante los festivales del rejuvenecimiento, esto es, cuando su plegaria se veía reforzada por dientes tecnológicos, no se permitía llorar a los yurok, pues quien lo hiciera moriría antes del año. En cambio, "el fin de la construcción del dique es un período de libertad. Las bromas, la ridiculización y los insultos escapan a todo control. El sentimiento impide la ofensa; y al llegar la noche, las pasiones de los amantes se inflaman" (Kroeber). En esa única ocasión, entonces, los yurok se comportaban en forma tan licenciosa como su creador fálico, orgullosos de que por una ingeniosa mezcla de ingeniería y expiación hubieran realizado otra vez la hazaña de su mundo: apresar el salmón y tenerlo también al año siguiente.

A fin de cumplir con una evitación adecuada y, no obstante, ser adecuadamente codicioso, el yurok individual debe ser *limpio*; es decir, debe rezar con humildad, llorar con fe y alucinar con convicción, en lo que se refiere a los Proveedores Sobrenaturales; debe aprender a hacer buenas redes, a ubicarlas bien y a colaborar en la construcción del dique, según lo requiere su tecnología; debe comerciar y regatear con vigor y persistencia en sus negocios con sus semejantes; y debe aprender a dominar las entradas, las salidas y los conductos interiores de su cuerpo, a fin de controlar mágicamente las rutas de abastecimiento y las vías líquidas de la

naturaleza (que no son accesibles a la comprensión científica y a la influencia técnica). En el mundo yurok, entonces, la homogeneidad descansa en una integración de la ética económica y la moral rígida con las configuraciones geográfica y fisiológica. Hemos señalado en qué forma se va preparando esta integración en la educación del organismo joven<sup>30</sup>.

Al tratar de llegar al significado, o incluso a las meras configuraciones, de la conducta yurok, no hemos podido evitar analogías con lo que se considera una conducta desviada o extrema en nuestra cultura. Dentro de su conducta diaria, el yurok llora ante sus dioses "como un niño"; en su meditación, alucina "como un psicótico"; actúa "como un fóbico" frente a la contaminación; e intenta mostrarse evitador, suspicaz y avaro "como un neurótico compulsivo". ¿Estoy tratando de decir que el yurok es todo esto o se comporta "como si" lo fuera?

El antropólogo que ha vivido durante un tiempo suficiente entre los integrantes de un pueblo puede decirnos aquello que sus informantes deciden comunicarle, y si el material así obtenido sobre lo que se supone que la gente hace corresponde en realidad a lo que puede observarse en la vida diaria y a través de los años. Siguen siendo raras las observaciones capaces de indicar si los rasgos tradicionales, tales como la nostalgia, la avaricia o la retentividad, también constituyen rasgos personales dominantes en individuos típicos. Consideremos la capacidad del yurok para imitar a un ser desvalido que llora o a un deudo profundamente afligido. Sin duda, al caracterizar el reclamo institucionalizado de una persona que hace el yurok, Kroeber, durante unos pocos minutos en una noche de seminario, utilizó las expresiones "lloriqueando", "haciendo alboroto", "discutiendo", "llorando", "autoconmiseración", "excusas que podría dar un niño", "reclamantes que se convierten en una verdadera molestia", etc. ¿Significa esto que el yurok está dentro de su tecnología más desvalido, más paralizado por la tristeza, que los miembros de una tribu que no desarrollan esos "rasgos"? Por cierto que no; su desvalimiento institucionalizado *eo ipso* no es un rasgo ni un síntoma neurótico. No perturba la eficacia del individuo para satisfacer las exigencias tecnológicas que resultan adecuadas para el sector de la naturaleza dentro del cual vive el yurok. Su llanto se basa en la capacidad aprendida y condicionada para dramatizar una actitud infantil que la cultura elige para preservar y poner a disposición del individuo, para que éste y sus

<sup>30</sup> Para un análisis más detallado del mundo yurok, véase E. H. Erikson, *Observations on the Yurok: Childhood and World Image*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 35, Nº 10, University of California Press, 1943.

semejantes la utilicen dentro del área limitada de la magia. Tal actitud institucionalizada no se extiende más allá de su área definida ni impide el desarrollo acabado de su actitud contraria. Es probable que el yurok realmente eficaz fuera el que podía llorar más desgarradoramente o regatear con mayor eficacia en algunas situaciones, y mostrarse lleno de fortaleza en otras, esto es, el yurok cuyo yo era bastante fuerte como para sintetizar la oralidad y el "sentido común". En comparación, los "tipos" orales y anales que podemos observar hoy en nuestra cultura son personas desconcertadas que se sienten víctimas de modos orgánicos sobredesarrollados, sin la realidad cultural homogénea correspondiente.

La configuración de la retentividad yurok parece ser tanto alimenticia como anal. Incluye la boca exigente y el estómago almacenador tanto como los esfínteres avaros. Así, constituye también un prototipo de la tendencia anal a acumular creadoramente para aprovechar al máximo los valores colectivos que pertenecen a todo el sistema social, cuando éstos a su vez proporcionan placer, prestigio y permanencia comunales.

Cuando el carácter anal en nuestra cultura se aproxima a lo neurótico, a menudo parece ser el resultado del impacto, en un niño retentivo, de un cierto tipo de conducta materna en la civilización occidental, a saber, una sobreocupación narcisista y fóbica por las cuestiones relativas a la eliminación. Tal actitud contribuye a sobredesarrollar potencialidades retentivas y eliminatorias y a fijarlas en la zona anal. Crea una intensa ambivalencia social en el niño, y sigue siendo un factor de aislamiento en su desarrollo social y sexual.

El "placer de la evacuación final y la exhibición del material acumulado" que experimenta el yurok resulta sumamente evidente en las danzas, cuando, hacia la mañana, el yurok presenta, con el rostro resplandeciente, sus fabulosos tesoros de obsidiana o sus vinchas adornadas con cráneos de pájaro carpintero. Aquí, la obstinación institucionalizada que le permitió acumular estos tesoros parece verse contrarrestada por la experiencia altamente social de comprobar que sus tesoros realzan el prestigio de toda la tribu. Lo que sostengo aquí es que la neurosis es un estado individual en el que las tendencias irracionales están irreconciliablemente disociadas de una racionalidad relativamente avanzada; mientras que lo primitivo es un estado de la organización humana en que el pensamiento prerracional está integrado con la racionalidad que la tecnología hace posible.

Puesto que tanto la "lógica" irracional como la prerracional utilizan imágenes e impulsos mágicos, Freud pudo arrojar luz sobre la segunda al descifrar la primera; pero el estudio del yo —que

para mí significa el estudio de la interdependencia entre la organización interna y la social— debe determinar aún la función del pensamiento mágico en los distintos estados humanos.

Además, si conocemos la conducta oficial requerida para la participación exitosa en el espectáculo tradicional de una determinada cultura, nos encontramos sólo al comienzo de la investigación sobre el "carácter" de los individuos: pues para saber cuán generoso o cuán ahorrativo "es" un pueblo o un individuo, debemos saber no sólo cuáles son los valores verbalizados e implícitos de su cultura, sino también qué medidas se toman para que un individuo pueda transgredirlas "impunemente". Cada sistema, a su manera, tiende a convertir a todos sus miembros en individuos similares, pero cada uno, en una forma específica, permite también excepciones y reducciones en lo relativo a las exigencias que plantea a la individualidad del yo individual. Resulta razonable pensar que estas excepciones son menos lógicas y mucho menos evidentes, incluso para los individuos mismos, que las reglas oficiales.

Quede entonces en claro que, al describir configuraciones conceptuales y de la conducta en el mundo yurok y en el sioux, no hemos intentado establecer sus "estructuras caracterológicas básicas" respectivas. Antes bien, nos hemos concentrado en las configuraciones con las que estas dos tribus intentan sintetizar sus conceptos y sus ideales en un patrón coherente de vida. Dicho patrón otorga eficacia a sus formas primitivas de tecnología y magia y los protege de la ansiedad individual que podría llevar al pánico: entre los cazadores de las praderas la ansiedad relativa a la castración y la inmovilización, y entre los pescadores del Pacífico, a la posibilidad de quedar sin provisiones. A fin de alcanzar esta meta, una cultura primitiva parece utilizar la infancia en una serie de maneras: atribuye significados específicos a la temprana experiencia corporal e interpersonal, a fin de crear la combinación adecuada de modos orgánicos y el énfasis adecuado en las modalidades sociales; canaliza cuidadosa y sistemáticamente a través del intrincado patrón de su vida diaria las energías así provocadas y desviadas; y confiere un significado sobrenatural congruente a las ansiedades infantiles que ha explotado mediante esa provocación.

Al hacer todo esto, una sociedad no puede darse el lujo de ser arbitraria y anárquica. Incluso las sociedades "primitivas" deben evitar precisamente aquello que nuestro pensamiento analogista les atribuye. No pueden darse el lujo de crear una comunidad de excéntricos, de caracteres infantiles o de neuróticos. A fin de formar personas que funcionen eficazmente como el grueso del pueblo, como líderes energéticos o como desviados útiles, incluso la

cultura más "salvaje" debe tratar de alcanzar lo que nosotros llamamos vagamente un "yo fuerte" en la mayoría de sus miembros o por lo menos en una minoría dominante, esto es, un núcleo individual suficientemente firme y flexible como para reconciliar las contradicciones necesarias en cualquier organización humana, para integrar las diferencias individuales y, sobre todo, para surgir de una infancia prolongada e inevitablemente temerosa con un sentimiento de identidad y una idea de integridad. Sin duda, cada cultura crea también tipos de carácter caracterizados por una mezcla particular de defecto y exceso, y cada cultura desarrolla rigideces e ilusiones que la protegen contra la sensación de que ningún estado ideal, seguro y permanente, puede surgir de planos vacilantemente trazados. No obstante, nos conviene tratar de comprender la naturaleza de esos "planos instintivos", puesto que la humanidad se esfuerza por lograr un tipo distinto de adaptación, que sea a la vez más racional, más consciente y más universal.

En la Parte Tres enfocaremos todo el problema de la infancia y la sociedad desde un ángulo completamente distinto. Debemos tomar temporariamente el yo individual como la medida aparente de todas las cosas, somáticas y sociales, y ello a partir de su comienzo amorfo hasta la conciencia formulada de su sí mismo.

Freud afirmó que el estudio de los sueños es el camino real hacia el inconsciente del adulto. En forma análoga, el mejor indicio para la comprensión del yo infantil es el estudio del juego infantil, "fantasías tejidas en torno de objetos reales" (Waelder). Por lo tanto, pasemos ahora de la ficción de la magia primitiva al juego de nuestros niños.

PARTE TRES  
EL DESARROLLO DEL YO

## INTRODUCCIÓN A LA PARTE TRES

CUANDO en los momentos de leve y vago desequilibrio interno, nos detenemos a preguntarnos en qué ensoñaciones hemos estado perdidos mientras proseguíamos con nuestras ocupaciones racionales durante las horas precedentes, nos esperan varias sorpresas. Suponiendo que nuestra capacidad para la autopercepción supere nuestro talento para el autoengaño, comprobaremos que nuestros pensamientos y sentimientos han estado en permanente oscilación (más o menos intensa, más o menos excéntrica) acercándose y alejándose de un estado de equilibrio relativo. En una dirección, nuestros pensamientos siguen una serie de fantasías relativas a cosas que quisiéramos poder hacer o haber hecho. A menudo, saliendo de los límites y las posibilidades de nuestra existencia circunscripta, nos imaginamos cómo habrían podido ser o cómo podrían ser las cosas, siempre y cuando pudiéramos y llegáramos a realizar ciertas fantasías de control omnipotente, de elección soberana o de licencia sexual. La inocencia de esas imágenes termina cuando, perdidos en nuestras ensoñaciones diurnas, ignoramos tranquilamente, manejamos con alegría, dañamos por accidente o consideramos como no existentes algunas de las personas que nos son más queridas.

El desplazamiento del sube y baja se produce a menudo en forma repentina e irracional. Sin percibir un cambio en el estado de ánimo, nos vemos envueltos en pensamientos de "obligación": lo que deberíamos haber hecho en lugar de lo que hicimos; lo que deberíamos estar haciendo ahora a fin de anular lo que hemos hecho y lo que deberíamos hacer en el futuro en lugar de lo que deseáramos poder hacer. También aquí, nuestra preocupación irracional por la "leche derramada", nuestro temor de haber provocado a personas que en la realidad son indiferentes y de haber provocado el antagonismo de gente bien intencionada, nuestras expiaciones fantaseadas y repeticiones infantiles, pueden muy bien sorprendernos.

La tercera posición, el lugar de reposo entre los dos extremos,

es más difícil de recordar, aunque menos ofensivo, pues en ese tercer estado somos menos impulsivos, no deseamos poder hacer, ni sentimos que deberíamos hacer, nada distinto de lo que debemos, queremos y podemos hacer. Aquí, donde somos menos conscientes de nosotros mismos, somos más genuinos que nunca. Sólo que para muchos de nosotros resulta difícil soñar en esta forma durante un período de tiempo sin toparnos tarde o temprano con nuestros límites o transgredir los límites ajenos, y entonces todo comienza de nuevo, usurpando y expiando.

Así, podemos observar borrosamente lo que sólo se revela en forma plena bajo el disfraz de los sueños que surgen de nuestro dormir más profundo. Es fácil decir que realmente no tenemos intenciones de cumplir lo que así aparece en la pantalla íntima de nuestro escenario interior. Por desgracia para nuestra autoestimación (pero en última instancia, según esperamos, para beneficio de la humanidad), el método psicoanalítico de Freud ha demostrado que podemos tener conciencia, explicar y neutralizar mediante la fantasía, el juego y los sueños, sólo una fracción de estos altibajos: el resto es inconsciente y al mismo tiempo eminentemente poderoso. Al permanecer inconsciente, logra infiltrarse en la acción personal irracional o en los ciclos colectivos de usurpación y expiación.

La práctica de la observación psicoanalítica promueve el hábito de buscar los puntos de mayor resistencia interna y concentrarse en ellos. El observador clínico pide al paciente adulto que verbalice libremente; luego examina el umbral de verbalización no sólo en lo relativo a los temas que cruzan fácilmente bajo la forma de afecto directo, recuerdo claro, manifestación decidida, sino también en busca de temas que nos eluden permanentemente. Tales temas pueden aparecer alternadamente como semirrecuerdos, oníricamente disfrazados, amargamente repudiados, desvergonzadamente proyectados en los demás, torpemente evitados o convertidos en intentos de broma o seguidos por momentos de silencio. En otras palabras, al psicoanalista le interesan los disfraces y las omisiones, y las cantidades y calidades cambiantes de toma de conciencia, tal como se expresan en la verbalización aparentemente voluntaria.

Al considerar las *culturas*, el observador psicoanalítico pesa los temas que aparecen en una balanza dinámica de conducta colectiva: en una de las variaciones, como recuerdo histórico, y en la otra, como teología mitológica; bajo uno de los disfraces, dramatizado en un laborioso ritual, bajo otro, como un juego ligero, y bajo un tercero, totalmente representado por una evitación estricta. Complejos enteros de tales temas pueden reconocerse en sueños

de patrones culturales o en sueños individuales, en las proyecciones humorísticas u hostiles en el vecino, en la raza prehumana o en el mundo animal; pueden estar representados en la conducta desviada abierta sólo para los selectos, los malditos, o para ambos.

Es en esta forma general que hemos llegado, en el caso de los sioux y los yurok, a un puente entre los temas infantiles y los temas de gran fervor religioso y comunal. Hemos señalado el hecho de que un indio sioux, en la culminación de sus actividades religiosas, se atraviesa el pecho con púas, que ata a una correa, ésta a un poste y luego, sumido en un trance peculiar, retrocede bailando hasta que la cuerda se pone tensa y las púas le desgarran el pecho de modo que la sangre corre libremente por su cuerpo; y nos hemos esforzado por encontrar un significado en esta conducta extrema. Dijimos que este ritual puede ser una restitución simbólica exigida por una experiencia crítica que en algún momento de la vida provocó un intenso conflicto entre la rabia contra la madre frustradora y esa parte del individuo que se siente permanentemente dependiente y necesitada de fe, tal como se la aseguran el amor de los progenitores en este mundo y los poderes correspondientes a los padres en el mundo sobrenatural.

Una vez al año, y habiéndose organizado para la gran hazaña técnica de construir en el río un dique que les asegura una provisión de alimentos para el invierno, los yurok se entregan a una licencia promiscua y dejan de lado la expiación y la purificación, después de lo cual alcanzan una etapa de saciedad y reestablecen el autocontrol que les asegura durante otro año el derecho divino a perseguir y atrapar al salmón sagrado.

En ambos casos sospechamos que el ciclo de usurpación y expiación representa un medio mágico colectivo de doblegar a la naturaleza.

En el psicoanálisis, creemos haber aprendido a comprender algo sobre este ciclo, porque lo observamos una y otra vez en las historias individuales. Tenemos un nombre para la presión de los deseos excesivos (el "ello") y para la fuerza opresora de la conciencia (el "superyó"), y tenemos teorías adecuadas para las dos etapas extremas, cuando las personas o los pueblos se ven dominados por una u otra de estas fuerzas. Pero si intentamos definir el estado de relativo equilibrio entre los extremos bien conocidos, si preguntamos qué caracteriza a un indio cuando no hace más que ser tranquilamente un indio, dedicado a las tareas diarias del ciclo anual, nuestra descripción de este estado positivo se expresa sólo a través de negaciones. Buscamos pequeñas señales del hecho de que continúa traicionando en muy insignificantes cambios idea-

tivos y emocionales ese mismo conflicto que, según lo expresó Freud, se manifiesta en un pasaje desde una vaga depresión ansiosa, pasando por una cierta etapa intermedia, hasta un marcado bienestar, y luego se repite. Puesto que el psicoanálisis se desarrolló como psicopatología, al principio tuvo muy poco que decir sobre esta "etapa intermedia", salvo que en ese momento no se observa claramente una tendencia maniaca ni depresiva; que el superyó deja temporariamente de lado su beligerancia, que el ello acepta un armisticio, y que se produce un momento de calma en el campo de batalla del yo.

Detengámonos aquí para rastrear el término "yo" hasta sus orígenes en el psicoanálisis. Freud consideró que el ello era el más antiguo dominio de la mente, tanto en términos individuales —pues sostenía que el recién nacido es "todo ello"— como en términos filogenéticos, pues el ello es la acumulación en nosotros de toda la historia evolutiva. El ello es todo lo que queda en nuestra organización de las preguntas de la ameba y de los impulsos del mono, de los espasmos ciegos en nuestra existencia intrauterina y de las necesidades de nuestros días postnatales, todo lo que haría de nosotros "meras criaturas". Desde luego, el nombre "ello" señala el supuesto de que el "yo" se encuentra ligado a esta capa impersonal, bestial, como el centauro a sus extremidades equinas: sólo que el yo considera tal combinación como un peligro y una imposición, mientras que el centauro saca el máximo beneficio posible de ella. El ello, entonces, tiene algunas de las cualidades pesimistas de la "voluntad" de Schopenhauer, la suma de todos los deseos que es necesario superar antes de llegar a ser realmente humanos.

La otra institución interna reconocida y definida por Freud es el "superyó", una suerte de autoridad automática que limita la expresión del ello al oponerle las exigencias de la conciencia. También en este caso, el acento recayó al principio en la carga foránea impuesta al yo por su superyó, pues este yo superior era "la suma (internalizada) de todas las restricciones que debe acatar el yo". Pero la conciencia contiene también huellas de las fuerzas crueles de supresión en la historia humana, esto es, la amenaza de mutilación o aislamiento. En los momentos de autorreproche y depresión, el superyó utiliza contra el yo métodos tan arcaicos y bárbaros que se vuelven análogos a los del ello ciegamente impulsivo. Así, también en las crueldades de la inquisición religiosa o política resulta difícil establecer dónde termina la mera perversión sádica y dónde comienza una forma demasiado entusiasta de piedad.

Entre el ello y el superyó, entonces, se encuentra el yo. Equilibrando y evitando permanentemente las formas extremas de los

otros dos, el yo se mantiene atento a la realidad del día histórico, verifica las percepciones, selecciona los recuerdos, gobierna la acción e integra de otras maneras las capacidades de orientación y planeamiento del individuo. Para protegerse, el yo utiliza "mecanismos de defensa". Estos, contrariamente a la forma habitual de hablar de una actitud abiertamente "defensiva", son organizaciones inconscientes que permiten al individuo postergar la satisfacción, encontrar sustitutos y llegar en muchas otras formas a transacciones entre los impulsos del ello y las compulsiones del superyó. Tales transacciones aparecen en la defensa "contrafóbica" de Sam, su tendencia a atacar cada vez que se sentía asustado. Reconocimos en la abstinencia generalizada del infante de marina el mecanismo de defensa de la "autorrestricción", e interpretamos su bondad exagerada como "sobrecompensación" por toda la rabia acumulada en su infancia llena de privaciones. A medida que nos refiramos a otros casos, se describirán otros mecanismos de defensa. Con todo, al estudiar esta área deseamos llegar más allá de los meros aspectos defensivos del yo que Anna Freud ha formulado en forma tan concluyente en *El yo y los mecanismos de defensa*:

El yo es victorioso cuando sus medidas defensivas... le permiten restringir el desarrollo de la ansiedad y transformar de tal modo los instintos que, incluso en circunstancias difíciles, se logra una cierta medida de gratificación, estableciendo así las relaciones más armoniosas posibles entre el ello, el superyó y las fuerzas del mundo exterior<sup>31</sup>.

El yo, entonces, es una "institución interna" desarrollada para proteger ese orden dentro de los individuos del que depende todo orden exterior. No es "el individuo" ni su individualidad, aunque resulta indispensable para ambos. A fin de captar la naturaleza de este factor esencial presentaremos un trágico fracaso, un espécimen de psicopatología, una descripción de circunstancias difíciles dentro del individuo. Veremos a un yo joven luchar por alcanzar coherencia, y fracasar en ese intento. Pasando al juego de la infancia normal, observaremos luego cómo los niños fracasan temporariamente y luego logran superar perdurablemente lo peor de su ansiedad infantil.

<sup>31</sup> Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964, 2a. ed.

## CAPITULO 5

## FRACASO TEMPRANO DEL YO: JEAN

ENCONTRARSE cara a cara con un niño "esquizofrénico" constituye una de las experiencias más impresionantes que pueda tener un psicoterapeuta. No es el carácter bizarro de la conducta del niño lo que vuelve al encuentro tan inmediatamente difícil, sino más bien el contraste mismo entre esa conducta y el atractivo de alguno de esos niños. Sus rasgos faciales suelen ser regulares y agradables, los ojos son "conmovedores" y parecen expresar una experiencia profunda y desesperada, junto con una resignación que los niños no deberían tener. La impresión total afecta primero al corazón y de inmediato convence al observador clínico, incluso contra el conocimiento fundado en su experiencia previa, de que la persona adecuada y el método terapéutico apropiado podrían devolver al niño al camino hacia un progreso coherente. Esta convicción trae consigo el corolario más o menos explícito de que el niño ha estado en malas manos y que, en realidad, tiene todos los motivos del mundo para desconfiar de sus padres "rechazadores". (Vimos cuán lejos podían llegar los indios y los blancos en sus mutuas acusaciones sobre daños deliberados infligidos a sus hijos; nuestro prejuicio ocupacional es "la madre que rechaza".)

Conocía a Jean cuando ésta tenía casi seis años. No la vi en el momento más adecuado. Acababa de hacer un viaje por tren, y mi casa le resultaba desconocida. Lo poco que pude ver de ella, pues se movía frenéticamente por la casa y el jardín, me reveló que era una criatura graciosa, pero tensa y abrupta en sus movimientos. Tenía hermosos ojos oscuros que parecían islas serenas en medio de su rostro ansioso. Corrió por todas las habitaciones de la casa, levantando las frazadas de las camas que encontró, como si buscara algo. Los objetos de tal búsqueda resultaron ser las almohadas, a las que abrazó y habló con un susurro ronco y una risa hueca.

Sí, Jean era "esquizofrénica". Sus relaciones humanas eran

centrífugas, se alejaban de la gente. Había observado años antes este extraño fenómeno de un "enfoco centrífugo", interpretado a menudo como una mera falta de contacto, en la conducta de otra niña de quien se decía que "no prestaba atención a nadie". Cuando esta niña descendió las escaleras hacia mí, su mirada resbaló distraída sobre una serie de objetos, describiendo círculos concéntricos en torno de mi rostro. Me enfocó negativamente, por así decirlo. Esta huida es el denominador común de otros síntomas, tales como la preocupación por cosas lejanas e imaginadas; la incapacidad para concentrarse en una tarea inmediata; el rechazo violento de todo contacto con los otros a menos que encajen en algún esquema imaginario, y la huida difusa inmediata de la comunicación verbal, cuando ésta llega a establecerse algo más estrechamente. El significado es rápidamente reemplazado por una repetición tipo loro de frases estereotipadas, acompañada por sonidos guturales de desesperanza.

La observación de que Jean, en sus frenéticos movimientos por toda la casa, se había detenido una y otra vez durante un tiempo suficientemente prolongado como para concentrar su atención y volcar su afecto en las almohadas, parecía significativa por la siguiente razón. Su madre me había dicho que la extrema desorientación de Jean había comenzado luego de que aquélla se viera obligada a permanecer en la casa en su propia habitación, pero la niña sólo podía hablar con ella a través de la puerta, desde los brazos de una niñera bondadosa pero "dura". Durante este período, la madre había tenido la impresión de que había algunas cosas que la niña deseaba urgentemente decirle. Asimismo, lamentó entonces haber permitido que la niñera original de Jean, una dulce muchacha mejicana, los abandonara poco antes de su enfermedad. Hedwig, según observó ansiosamente la madre desde la cama, estaba siempre apurada, movía a la niña con gran energía y se mostraba muy enfática en su desaprobación y sus advertencias. Su comentario favorito era: "¡Ah, nenita, tú apestas!", y su guerra santa tenía como meta impedir que la niña gateara por el piso para que no resultara contaminada por la suciedad. Si la pequeña llegaba a ensuciarse levemente, la frotaba "como si se tratara de la cubierta de un barco".

Cuando después de cuatro meses de separación se le permitió a Jean, que tenía por entonces trece meses, que volviera a entrar en la habitación de la madre, hablaba en una especie de susurro. "Retrocedió ante el diseño del tapizado del sillón y comenzó a llorar. Trató de alejarse gateando de la alfombra floreada, llorando sin cesar, y con una expresión de gran temor. Se sintió aterrada frente a una pelota grande y blanda que rodaba por el piso, y

ante los crujidos de un papel". Estos temores se fueron ampliando. Al principio, no se atrevía a tocar los ceniceros y otros objetos sucios, luego evitaba todo contacto con su hermano mayor y, gradualmente, con casi todas las personas que la rodeaban. Aunque aprendió a comer sola y a caminar dentro de los límites de tiempo normales, gradualmente se volvió triste y silenciosa.

Quizás el frenético afecto que la niña sentía por las almohadas tenía que ver con el período en que se le impedía acercarse a la cama de la madre. Quizás, por alguna razón, no había podido soportar la separación, se había "adaptado" a ella mediante un patrón permanente de huida frente a todo con to humano, y ahora expresaba su afecto por la madre postrada en la cama a través de su amor por las almohadas.

La madre confirmó que la niña tenía un fetiche, una almohada o sábana pequeña que se apretaba contra la cara cuando se iba a dormir. Por su parte, la madre parecía deseosa de compensar a la niña por lo que sentía que se le había negado, no sólo durante esos meses de enfermedad, sino por lo que ahora se presentaba como un descuido general por omisión. La madre en modo alguno carecía de afecto por la niña, pero sentía que no había dado a Jean el cariño sereno que necesitaba *cuando* más lo necesitaba.

En toda historia de esquizofrenia infantil existe siempre algún alejamiento maternal de este tipo. Lo que no se sabe con certeza es si una conducta materna tal como la ausencia relativa de la madre y la presencia total de la niñera podría constituir la "causa" de un trastorno tan radical en el funcionamiento de un niño; o si tales niños, por alguna razón intrínseca y quizás constitucional, tienen necesidades idiosincrásicas que ninguna madre comprendería sin ayuda profesional, y que los profesionales, hasta hace muy poco, no podían siquiera percibir en esos niños cuando eran lo suficientemente pequeños como para salvarlos, supuestamente, con dosis especiales de amor materno bien planeado.

En cuanto a los niños, sus historias a menudo sugieren tempranos traumas orales. Consideremos la historia alimenticia de Jean. La madre trató de amamantarla durante una semana, pero tuvo que renunciar a su intento debido a una infección mamaria. La niña vomitaba, lloraba excesivamente y parecía siempre hambrienta. Cuando Jean tenía diez días, comenzó a sufrir de afta, estado que se mantuvo agudo durante tres semanas y persistió como una leve infección durante el resto del primer año de vida. Beber le resultaba a menudo penoso. En cierta ocasión, durante la primera mitad del primer año, hubo que eliminar una capa infectada de piel situada debajo de la lengua. Las películas de aquella época muestran un labio inferior abultado y saliente, y

una lengua hiperactiva. No cabe duda de que el trauma oral había sido serio. Cabe notar aquí que el principal fetiche de Jean era una almohada que convertía en una pelota y apretaba contra la boca, introduciendo además parte de ella entre los dientes. Además de estas almohadas, a Jean sólo le gustaban los instrumentos y las máquinas: batidoras de huevos, enceradoras y radiadores. Les sonreía, les hablaba en un susurro y las abrazaba, y su mera presencia la impulsaba a una suerte de excitado bailete, al tiempo que se mantenía completamente indiferente con respecto a la gente, a menos que ésta invadiera sus preocupaciones o que ella deseara invadir las de aquélla.

En las anotaciones de la madre había otro elemento que me parecía de gran importancia. Me mostró las declaraciones de un psicólogo que, luego de someter a la niña a algunos tests a los cuatro años de edad, expresó su impresión de que "la niña se había vuelto contra el lenguaje". Pues parece importante comprender que esos niños repudian sus propios órganos sensoriales y funciones vitales como hostiles y "externos". Tienen un sistema selector defectuoso entre el mundo interno y el externo. Sus contactos sensoriales no logran dominar las impresiones abrumadoras así como los impulsos perturbadores que hacen impacto en su conciencia. Por lo tanto, experimentan sus propios órganos de contacto y comunicación como enemigos, como intrusos potenciales en un sí mismo que se ha retraído "debajo de la piel". A ello se debe que estos niños cierran los ojos y se aprietan las manos contra las orejas, u oculten toda la cabeza debajo de la frazada, como reacción a los contactos fracasados. Así, sólo el empleo cuidadosamente dosificado y extraordinariamente constante del apoyo materno podría capacitar al yo del niño para reconquistar, por así decirlo, sus propios órganos, y para percibir con ellos el medio ambiente social y establecer contacto con él en forma más confiada.

Cuando vi a Jean, ésta no vivía con los padres desde hacía muchos meses, y estaba a cargo de una devota mujer dedicada a tales tareas. La mayor parte del tiempo esto parecía no importarle. No obstante, la Navidad anterior, después de asistir a una fiesta en la casa de sus padres y ya de regreso en su hogar temporario, la niña había arrojado todos los regalos que recibiera de aquéllos a la calle, los había pisoteado y había llorado amargamente. Quizás sí le importaba. Propuse que la niña regresara a su casa y que, durante algún período prolongado, la madre se encargara de su cuidado bajo mi dirección, para lo cual yo les haría visitas regulares. Este plan de tratamiento familiar debía preceder, según mi opinión, a toda terapia directa con la niña.

Cuando se vio otra vez junto a su familia, con la madre que

la atendía a cada instante, Jean expresó su apreciación mediante un intento decidido de recuperar el contacto íntimo. Pero dichos intentos a menudo eran demasiado decididos y específicos en cuanto a su meta. Comenzó a sentirse fascinada por partes de la gente. Sus escandalizados hermanos, uno mayor y otro menor, decidieron abandonar su sincero intento de colaborar en el plan terapéutico cuando la niña comenzó a agarrarles el pene. Su padre comprobó que contaba con un entusiasta testigo de sus dachas, circunstancia que aprovechaba la niña para asir también sus genitales. Al principio no pudo ocultar su divertida consternación y luego su algo incómoda molestia. Cuando estaba vestido, la niña se concentraba en una pequeña protuberancia que tenía en la mano, y que ella llamaba un "bultito", y en sus cigarrillos, que le arrancaba de los labios y arrojaba por la ventana. Sabía muy bien en qué era vulnerable la gente; estos niños, tan vulnerables ellos mismos, son expertos en tales diagnósticos.

Por fortuna, el mayor interés "parcial" de Jean eran los senos de la madre; por fortuna, porque la madre podía soportar dicho interés durante un tiempo. A la niña le encantaba sentarse en las faldas de su madre y darle palmaditas en los senos y los pezones. Cuando estaba sentada en sus rodillas, solía decir "alame, alame", que aparentemente significaba "alzame". La madre la dejaba sentarse en sus rodillas durante horas. Esas palabras pronto se convirtieron en un sonsonete como éste (cito del diario de la madre):

"Alame, alame, no lastimar un pecho — no tocar un ven — no tocar un aje — tirar un pecho — lastimar un pecho."

Esto significaba, aparentemente, que a la niña le preocupaba la idea de tocar el "vendaje" de la madre (corpiño) por temor a lastimarla. La intensidad desesperada y el carácter repetitivo de esta frase nos hacen incluso suponer que comunicaba así la idea de que había dañado a la madre cuando aquélla estuvo "mal del pecho" y que había sido expulsada de la habitación de la madre por tal razón. Sus palabras parecían indicar que "arrojar" realmente significaba que ella había sido arrojada: aquí volvemos a ver la imagen más básica de expulsión y expiación. Debe entenderse que la hazaña verbal, y quizás también conceptual, más difícil para estos niños, incluso cuando han adquirido vocabularios amplios, consiste en diferenciar entre activo y pasivo, entre "yo" y "tú": la gramática básica de la relación interpersonal. A medida que progresaba el juego con la madre, se podía oír que Jean murmuraba para sí misma "una paliza" o "no te muerdas el dedo".

Aparentemente asociaba sus ataques contra los penes con el ataque contra el seno materno, pues luego continuaba: "Hermano tiene un pene. Despacito no lastimes. No te cortes las uñas. Bola. Jean tiene una bola (vulva)". Gradualmente comenzó a mostrar una actitud abierta de autocastigo y a pedir que la "tiraran". En los juegos solitarios volvía a sus antiguos temores a la suciedad, y actuaba como si estuviera tratando de librarse de una telaraña o arrojando lejos algo que le producía asco.

Detengámonos aquí para señalar que Jean ya describía aquí el ciclo básico de un conflicto esquizofrénico infantil. No parece haber mayor duda de que la niña, en cuanto tenía una oportunidad para comunicarse a su modo con la madre, siempre hacía referencia a la época, cinco años antes, en que aquélla había estado enferma. Estos niños tienen una excelente memoria —en determinadas áreas, áreas vulnerables— pero su memoria no parece sustentar los rudimentos de un sentimiento de identidad. Sus frases, como las imágenes oníricas, indican sobre qué desean hablar, pero no cuál es la conexión causal que desean comunicar. Al hablar sobre la enfermedad de la madre, debemos inferir que Jean aludía a la posibilidad de haber dañado el pecho materno, a que, como señal de ese daño, la madre había usado un "vendaje" y que por esa razón habían expulsado a la niña (no se le había permitido entrar y abrazar a la madre). La confusión en cuanto a lo que había resultado dañado, el dedo de la niña o el pecho de la madre, puede atribuirse a dificultades semánticas así como al límite deficiente entre el sí mismo y los otros. Los adultos sirven de muy poco en estas cuestiones cuando dicen: "No lo toques, le harás daño", y luego pasan a "No lo toques, te lastimarás los dedos". Con todo, cabría decir que la compulsión de los dictámenes adultos aquí encaja demasiado bien con la temprana etapa yoica en que el dolor se experimenta como "afuera" y todo el placer como "adentro", no importa cuál sea su fuente verdadera. Quizás Jean nunca haya superado esa etapa; y no obstante, estaba también la temprana experiencia de haber sido abandonada por la madre en manos de una niñera que era una fanática del "No toques". Para volver a verificar la realidad de esa prohibición, le bastaba con sus molestos intentos de acercamiento a los hombres de la familia. Con la madre tuvo mejor fortuna. Pero aquí aparece un ítem importante, a saber, la enorme tendencia al autocastigo en estos niños. Su ley es "todo o nada"; toman literariamente y con toda seriedad el aforismo: "Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrojalo de ti". Así, puede ocurrir que un niño en un episodio esquizofrénico pida con toda sinceridad a sus padres horrorizados que le corten el pene porque es malo.

La madre continuó explicando pacientemente a Jean que su enfermedad no era culpa de la niña. Permitted que Jean durmiera con ella, que se sentara en su falda, y, en general, le dedicó la atención y la consideración que por lo común sólo se prestan a un niño muy pequeño. Jean parecía comenzar a creerle. Después de varios meses demostró una notable mejoría. Se volvió más graciosa en sus movimientos; su vocabulario aumentó o, como uno debería decir en tales casos, se puso de manifiesto, pues por lo general ya existe antes de que se sospeche su presencia. ¡Y comenzó a jugar! Acostó a un perrito negro de juguete y le dijo: "Duérmete, perro, quédate bajo las frazadas, cierra los ojos, tendré que castigarte, perro". También comenzó a construir largos trenes que "iban hacia el este". Durante uno de esos juegos miró a la madre a los ojos, con una de esas raras miradas completamente directas y le dijo: "No ir en viaje largo en tren alguna vez". "No", respondió la madre, "nos quedaremos juntas".

Tales progresos parecían muy gratificadores. Por lo común se veían interrumpidos por crisis que motivaban llamadas de emergencia. Yo solía visitar a la familia y hablar con todos sus miembros hasta establecer qué ocurría en las vidas de todos ellos. Toda una serie de dificultades surgió en este sanatorio con un único paciente. Sólo se puede convivir con el pensamiento esquizofrénico cuando uno ha hecho de su comprensión la propia profesión. La madre había aceptado esta tarea, que exige un don particular de empatía y, al mismo tiempo, la capacidad para conservarse intacto. De otro modo, es necesario refutar ese pensamiento a fin de protegerse contra él. Cada uno de los miembros de la familia, al verse obligado a echar una mirada a la mente de Jean, que estaba caracterizada por la alternación de una impulsividad desnuda y una desesperada autonegación, ponía en peligro su propio equilibrio y autoestimación. Era necesario señalar esto repetidamente, porque Jean cambiaba de continuo la dirección de su provocación, y también se retraía a menudo sin ninguna razón evidente.

El incidente que se describirá a continuación sirve para ilustrar el impacto de los primeros intentos de la madre para conseguir que Jean durmiera sola. La niña desarrolló de improviso un apego patológico a las cucharas, que asumió proporciones que llevaron a la primera crisis de desesperación tanto en Jean como en sus padres. Jean repetía insistentemente frases tales como "no dormir en la luz en la habitación de Jean", "luz en la cuchara", "incinerador en la cuchara", "frazadas en la cuchara", etc. Durante la cena, a menudo se sentaba y se limitaba a contemplar la "luz en la cuchara". Incapaz de hacerse entender, comenzó a retraerse y a quedarse en la cama durante horas y días enteros. Con todo,

se negaba a dormir por la noche. Los padres me mandaron llamar con urgencia y me pidieron que tratara de aclarar el problema. Cuando le pedí a Jean que me mostrara la luz en la cuchara, me condujo hasta un tomacorriente detrás de una biblioteca. Algunas semanas antes lo había roto y había provocado un cortocircuito. Cuando la seguí a su habitación para examinar la instalación eléctrica, comprobé que tenía un foco opaco con una pequeña pantalla en forma de cuchara, destinada a impedir que la luz le diera en los ojos cuando estaba en la cama. ¿Era ésa la "luz en la cuchara" original? Jean indicó que así era en efecto. Ahora todo se volvió claro. Al regresar a su casa, Jean había dormido al principio en la cama de la madre. Luego ambas durmieron juntas en la cama de la niña. Finalmente, la madre volvió a su propia cama y Jean permaneció en su cuarto, con la puerta semiabierta y la luz del vestíbulo encendida. Por último, la luz del vestíbulo se eliminó y sólo quedó la luz de una pequeña lámpara ("la luz en la cuchara") en la habitación de Jean. Así, pues, Jean contemplaba esa luz por la noche como su último consuelo —la última "parte" de la madre— y depositaba en ella el mismo afecto parcial y el mismo temor que había demostrado en relación con el pecho de la madre, el pene del padre y los hermanos y todos los fetiches anteriores. Fue en ese momento que tocó el tomacorriente de la sala con sus dedos conflictuales, provocando un cortocircuito y dejando todo a oscuras, incluyendo la "luz en la cuchara". Una vez más había provocado una catástrofe: al tocar algo había ocasionado una crisis que amenazaba con dejarla sola en la oscuridad.

Habiendo explicado todas las circunstancias del caso, el fetiche que era la cuchara fue dejado de lado y Jean volvió al camino del progreso. Con todo, es imposible no sentirse impresionado ante la persistencia del patrón patógeno y la violencia de su erupción, pues ahora Jean ya tenía un año más (casi siete). Con todo, parecía comenzar a sentir que sus dedos no podían causar ningún daño irreparable y que no sólo podía conservarlos sino también usarlos para aprender y para hacer cosas hermosas.

Al principio, quedó encantado con el juego de "este chanchito fue al mercado", etc. Hacía que los chanchitos realizaran las actividades que ella misma había efectuado durante el día, a saber, "ir al mercado", "ir a la tienda", "ir a la escalera mecánica", o "llorar todo el camino a casa". Así, al referirse a la serie coherente de sus dedos aprendió a integrar el tiempo y a establecer una continuidad entre los diversos sí mismos que habían hecho cosas distintas en momentos diferentes. Pero no podía decir: "Yo hice esto" y "yo hice aquello". No considero que se trate de un problema de mera capacidad mental. El yo del esquizoide (así como

del esquizofrénico) está dominado por la necesidad de repetir la experiencia de prueba e integración precisamente porque aquélla le proporciona un sentido inadecuado de la confiabilidad de los hechos en el momento en que ocurren. Así, Jean logró esa reintegración, junto con su comunicación, mediante el uso de los dedos que, aceptados ahora, podían ser readmitidos en el yo corporal. Aprendió las letras del alfabeto dibujándolas con los dedos, después de estudiarlas con la ayuda del método táctil de Montessori. Y aprendió a tocar melodías con las uñas en un xilofón. La madre informó:

Desde la época en que Jean comenzó a mostrar un interés tan perturbador, precisamente porque parecía carecer de sentido, en el xilofón, he observado que en realidad lo toca con las uñas de las manos. Lo hace de tal modo que resulta difícil distinguir qué está haciendo. Esta noche, sin embargo, descubrí que podía tocar *Water, Water, Wild Flower*, del principio hasta el fin. En esta melodía intervienen todas las notas de la escala. Le pedí que lo repitiera y observé su mano mientras recorría la escala de un extremo a otro. Me quedé sorprendida e hice un gran alboroto al respecto, diciendo que se trataba de algo maravilloso. Le dije: "Vayamos abajo con los otros y toquemos para ellos." Bajó de buena gana e incluso con cierta afectación, y muy complacida. Ahora tocó fuerte para los demás, y quedaron atónitos. Luego interpretó otras melodías: *Rain is Falling Down*, ABCDEFG, etc. Todos la elogiamos y comió con buen apetito. No quería volver a subir y en cambio parecía preferir quedarse y tocar para el público, un nuevo y delicioso sentimiento.

Así, Jean "sublimó" y se hizo de amigos; pero al mismo tiempo que recuperaba partes de sí misma también se hizo de nuevos enemigos y en nuevas formas, pues también utilizaba los dedos para clavarlos en la gente, y cierto día estuvo tan cerca de lastimar a un visitante en los ojos que fue necesario impedirselo enérgicamente. Le complacía particularmente hacerlo con su padre, lo cual constituía evidentemente una secuencia de su tendencia a apoderarse del pene y el cigarrillo. En esa época, cuando el padre debía realizar un viaje, hacía una regresión al gimoteo, al fetiche de la sábana (diciendo "La frazada está remendada"), hablaba sólo en voz muy baja y comía poco, rechazando incluso los helados. ¡Una vez más alguien se alejaba porque lo había tocado! Parecía particularmente desesperada porque, de hecho, había comenzado a responder a los devotos esfuerzos del padre por ayudarla.

En la culminación de esta nueva crisis, Jean se acostó con su madre en la cama y con llanto desesperado repitió una y otra vez: "No hay vulva en Jean, no hay berenjena, sacarla, sacarla, nin-

guna berenjena en la planta, ninguna planta en la semilla, cortarte el dedo, trae tijeras, córtalo". Esto representaba sin duda la antigua y profunda reacción de autocastigo.

La madre de Jean le dio las explicaciones adecuadas con respecto a la "desaparición" del padre. También le dijo que no era por haberse tocado que su "berenjena" había desaparecido; de hecho, todavía tenía una bien adentro. Jean volvió a jugar con los dedos. Tuvo que volver a pasar por las etapas previas de su existencia entonando: "Esta niñita duerme en la heladera, esta niñita duerme en la aspiradora", etc. Gradualmente, su interés por los animales y ahora también por los otros niños reapareció, y los dedos representaban entonces "este niño está saltando, este niño está corriendo... está caminando... está corriendo una carrera", etc. Su interés en la habilidad de los dedos se aplicó luego a diversas formas de locomoción, tanto en lo relativo a niños como animales. Aprendió a leer y a enumerar los nombres de diversos animales domésticos y, siempre utilizando los dedos, a recitar los días de la semana y, si agregaba los de los pies, a contar hasta veinte. Al mismo tiempo, su actividad con el xilofón comenzó a incluir canciones folklóricas francesas más difíciles, que tocaba con gran soltura y abandono, sabiendo siempre exactamente dónde encontrar la primera nota. El placer de haber recuperado el uso de los dedos puede percibirse en esta comunicación de la madre:

El domingo pasado, Jean pintó una niña con un vestido amarillo. Por la noche se dirigió en silencio hasta la pintura que estaba colgada en la pared y la tocó. Se detuvo largamente en las manos, cada una de las cuales era más grande que toda la niña, y estaba cuidadosamente pintada con cinco dedos cada una. Luego dijo: "Las manos son lindas." Estuve de acuerdo y repetí las palabras. Al cabo de un instante dijo: "Las manos son bonitas." Volví a manifestar mi acuerdo. Retrocedió hasta la cama sin despegar los ojos de la pintura y se sentó, siempre estudiándola. Luego exclamó en voz muy alta: "Las manos son hermosas."

Durante todo este tiempo Jean había tocado el xilofón y entonado canciones. Entonces los padres tuvieron la suerte de encontrar una profesora de piano dispuesta a basar sus métodos en el don auditivo de Jean y en su capacidad para las imitaciones. Durante mi visita siguiente, después de haber sido conducido hasta mi habitación, escuché que alguien practicaba algunas frases de la primera sonata de Beethoven, e hice un comentario inocente sobre el toque firme y sensible. Pensé que un adulto dotado estaba tocando. Encontrar a Jean sentada al piano fue una de esas sorpresas tan conmovedoras en el trabajo con este tipo de enfermos.

y que a menudo demuestran ser tan equívocas, porque nos llevan una y otra vez a creer en el progreso total del niño, cuando en realidad sólo se justifica creer en progresos aislados y demasiado rápidos de facultades especiales. Lo digo con sentimiento y convicción, pues la interpretación de Jean, se tratara de Beethoven, Haydn o un *boogie-woogie*, era realmente sorprendente, hasta que se volvió contra este mismo don, tal como antes se había "vuelto contra el lenguaje", según la expresión del primer psicólogo que la trató.

Esto completa uno de los episodios en la mejoría de Jean: su relación con las manos. También completa el espécimen que quise presentar aquí como ilustración de la debilidad esencial del yo que hace que estos niños se vean dominados en un determinado momento por una "impulsividad" centrada en una parte de otra persona, y en otros, por un cruel autocastigo y un perfeccionismo paralizante. No se trata de que sean incapaces de aprender, de recordar y de destacarse, por lo común en algún campo artístico que refleja la contraparte sensorial de su fijación esencialmente oral. Lo que ocurre es que no pueden integrarlo todo: su yo es impotente.

Seguramente el lector querrá saber qué fue de Jean. A medida que la niña maduró, la discrepancia entre su edad y su conducta se volvió tan marcada que toda vinculación con niños de aproximadamente el mismo nivel de edad se hizo imposible. Surgieron otras dificultades que obligaron a enviarla, por lo menos durante cierto tiempo, a una escuela especial. Allí perdió rápidamente todo lo que había ganado gracias al heroico esfuerzo de la madre. Desde entonces se ha reanudado su tratamiento en las mejores circunstancias residenciales y bajo la guía de uno de los psiquiatras de niños más dedicados e imaginativos en este campo particular.

El papel que el "rechazo materno" o circunstancias especiales de abandono desempeñan en casos como el de Jean sigue siendo discutible. Creo que es necesario considerar que estos niños pueden fracasar muy temprano y sutilmente en cuanto a responder a la mirada, la sonrisa y el contacto de la madre; una reserva inicial, que, a su vez, hace que la madre se retraiga sin advertirlo. El axioma de que el problema original ha de encontrarse en la relación madre-hijo sólo resulta válido en la medida en que se considera esta relación como una inversión emocional mancomunada que puede multiplicar el bienestar en ambos pero que también los pone en peligro cuando la comunicación se ve perturbada o debilitada. En los casos de esquizofrenia infantil que he cono-

cido, había una clara deficiencia en el "poder emisor" del niño<sup>32</sup>. Debido al muy temprano fracaso en la comunicación, sin embargo, el niño puede revelar en una forma más maligna una fragilidad del contacto afectivo que ya existe en él o en los progenitores, aunque en estos últimos puede estar compensada, por lo menos en otras relaciones, por una estructura caracterológica especial o una capacidad intelectual superior.

En cuanto al procedimiento descrito en este capítulo, debe resultar evidente que la madre de Jean fue capaz de realizar ese excepcional esfuerzo curativo que constituye un prerrequisito para toda la experimentación en esta frontera de la confianza humana.

<sup>32</sup> En la Primera Edición, decía textualmente: "...la deficiencia primaria en el 'poder emisor' radicaba en el niño". Me refería sólo a esos pocos casos que había podido observar y que entonces eran raros en la práctica psicoanalítica. Mi afirmación tenía como fin oponerse a ciertas interpretaciones fáciles que estaban entonces en boga y según las cuales las madres que tenían una actitud de rechazo podían causar esos trastornos en sus hijos. En el ínterin, esta afirmación ha sido citada fuera de contexto en apoyo de una etiología estrictamente constitucional de la psicosis infantil. El lector cuidadoso del capítulo I, sin embargo, y de la historia de Jean, comprenderá que en los fragmentos del caso presentado en este libro no intento aislar causas primeras y efectos terapéuticos, sino delinear una nueva área conceptual que incluye tanto las luchas del yo como las de la organización social. No hay duda de que este enfoque descuida detalles en la interacción progenitor-niño, en la que los defectos constitucionales y ambientales se agravan seriamente unos a otros. Pero las causas primeras pueden aislarse (o descartarse) sólo cuando existen rigurosos criterios diagnósticos y cuando las anamnesis en cantidad permiten una comparación. Dicha labor puede encontrarse en la creciente literatura sobre psiquiatría psicoanalítica infantil. (E. H. E.)

## CAPÍTULO 6

## JUGUETES Y RAZONES

PARAFRASEANDO a Freud, hemos llamado al juego el camino real para la comprensión de los esfuerzos que el yo infantil realiza con el fin de lograr una síntesis. Hemos observado un ejemplo del fracaso de esa síntesis. Ahora pasaremos a situaciones infantiles que ilustran la capacidad del yo para encontrar recreación y autocuración en la actividad lúdica; y a situaciones terapéuticas en las que tuvimos la fortuna de poder ayudar al yo de un niño a ayudarse a sí mismo.

## 1. JUEGO, TRABAJO Y CRECIMIENTO

Comencemos este capítulo más tranquilizador con un episodio lúdico descrito por un psicólogo bastante conocido. Las circunstancias, aunque no patológicas, son no obstante trágicas: un niño llamado Tom Sawyer debe, por orden de su tía, calear una cerca en una mañana de primavera que, de no mediar esa circunstancia, sería perfecta. Su situación se ve empeorada por la aparición de un amigo llamado Ben Rogers, que no tiene otra cosa que hacer salvo jugar. Es Ben, el hombre dedicado al ocio, al que deseamos observar con los ojos de Tom, el hombre que trabaja.

Tomó la brocha y comenzó a trabajar tranquilamente. Ben Rogers no tardó en presentarse; era precisamente el chico cuyas burlas temía más que la de cualquiera de sus otros amigos. Ben avanzaba dando saltos y brincos, señal evidente de que tenía el corazón libre de pesadumbres y grandes esperanzas de divertirse. Estaba comiendo una manzana y de cuando en cuando lanzaba un prolongado y melodioso alarido, seguido de un profundo "ti-lín, ti-lín, ti-lón, ti-lín, ti-lón", porque en ese momento él era un barco a vapor. Al acercarse, acortó la marcha, enfiló hacia el medio de la calle, se inclinó hacia estribor y giró con gran

pompa y solemnidad: en ese momento era el *Big Missouri* y tenía nueve pies de calado. Era buque, capitán y campana, todo a un tiempo, de modo que debía imaginarse a sí mismo en su propia cubierta superior, dando órdenes y ejecutándolas:

... "¡Paren a estribor! ¡Ti-lín, ti-lín! ¡Paren a babor! ¡Adelante estribor! ¡Alto! ¡Que gire lentamente hacia adentro! ¡Ti-lín, ti-lín! ¡Chuf-chuf, chuf-chuf, chuf-chuf! ¡Listo el cabo de proa! ¡Rápido ahora! ¡Vamos, arrojen los cabos! ¿Qué hacen ahí? ¡Amárrenlo a ese poste con la presilla! ¡Junto a ese atracadero! ¡Ahora! ¡Listo las máquinas, señor! ¡Ti-lín, ti-lín! ¡Shhhhhhh, shhhhhhh!" (Probando las llaves de escape.)

Tom siguió caleando, haciendo caso omiso del vapor. Ben se lo quedó mirando un momento y luego dijo:

"¡Eh! Estás en un brete, ¿no?... Tienes que trabajar, ¿eh?"

Mi impresión clínica de Ben Rogers es sumamente favorable, y ello en relación con tres aspectos: organismo, yo y sociedad. Cuida de su cuerpo masticando una manzana. Simultáneamente, disfruta con el control imaginario sobre un número de elementos altamente conflictuales (ser un vapor y sus partes, así como el capitán de dicho barco y la tripulación que lo obedece); mientras que no pierde un instante en evaluar una realidad social cuando, al dar vuelta una esquina, ve a Tom trabajando. Tal como no lo haría sin duda un vapor, sabe de inmediato cómo fingir conseración al tiempo que indudablemente siente que su libertad se ve realzada por la situación en que se encuentra Tom.

Un muchachito flexible, diríamos nosotros. Con todo, Tom demuestra ser mejor psicólogo: conseguirá que Ben se ponga a trabajar. Lo cual demuestra que la psicología ocupa el segundo lugar después de la adaptación corriente e incluso, bajo circunstancias adversas, puede resultar superior a ella.

En vista del destino final de Ben, parece casi descortés sumar la interpretación a la derrota y preguntar qué puede significar el juego de Ben. Planteé este interrogante a una clase de futuros asistentes sociales psiquiátricos. Desde luego, la mayoría de las respuestas fueron de la variedad traumática, pues, ¿de qué otra forma podría convertirse a Ben en un "caso ideal" para estos profesionales? La mayoría estuvo de acuerdo en que Ben debe haber sido un niño frustrado, de otro modo no se explica que se tomara el trabajo de jugar en forma tan laboriosa. Las posibles frustraciones iban desde la opresión ejercida por un padre tiránico del que escapa en la fantasía al convertirse en un capitán autoritario, hasta enuresis nocturna o algún trauma esfinteriano que ahora lo llevaba a querer ser un vapor de nueve pies de calado. Algunas respuestas tenían que ver con la circunstancia más evidente

de que deseaba ser grande, y esto en la forma de un capitán, el ídolo de su tiempo.

Mi contribución a estas consideraciones consistió en señalar que Ben es un niño en crecimiento. Crecer significa estar dividido en partes distintas que se mueven según ritmos distintos. Un niño que crece tiene dificultades para dominar su cuerpo larguirucho así como su mente dividida. Quiere ser bueno, aunque sólo sea por una cuestión de eficacia, y siempre comprueba que ha sido malo. Quiere rebelarse y comprueba que, casi contra su voluntad, ha cedido. A medida que su perspectiva temporal le permite vislumbrar la cercana adultez, se ve actuando como un niño. Un "significado" del juego de Ben podría ser el de que proporciona a su yo una victoria temporaria sobre su cuerpo y su sí mismo esmirriados al transformar en un todo en buen funcionamiento el cerebro (capitán), los nervios y los músculos voluntarios (sistema de señales y maquinarias) y todo el cuerpo (barco). Le permite ser una entidad dentro de la cual es su propio jefe, pues se obedece a sí mismo. Al mismo tiempo, toma sus metáforas del mundo de herramientas de la joven era de la máquina, y anticipa la identidad del dios máquina de su tiempo: el capitán del *Big Missouri*.

El juego, entonces, es una función del yo, un intento por sincronizar los procesos corporales y sociales con el sí mismo. La fantasía de Ben podría muy bien contener un elemento fálico y locomotor: un barco poderoso en un río caudaloso constituye un buen símbolo. Un capitán es sin duda una adecuada imagen paterna y, más allá de ello, una imagen de poder patriarcal bien delineado. Con todo, creo que el énfasis debe recaer en la necesidad yoica de dominar las diversas áreas de la vida, en especial aquellas en que el individuo encuentra que su sí mismo, su cuerpo y su rol social son incompletos y están rezagados. El propósito del juego consiste en alucinar un dominio yoico y, no obstante, también practicarlo en una realidad intermedia entre la fantasía y el mundo real; pero el juego, como pronto veremos, es el amo indiscutido de sólo un estrecho margen de la existencia. ¿Qué es juego y qué no lo es? Consultemos primero el lenguaje y luego pasemos a los niños.

La luz del sol que juega sobre las olas se hace acreedora al calificativo de "juguetona", porque se mantiene fielmente dentro de las reglas del juego. No interfiere realmente el mundo químico de las olas; sólo insiste en entremezclar las apariencias. Estos patrones cambian con fluida rapidez y con un carácter repetitivo que promete fenómenos placenteros dentro de un rango previsible, sin repetir jamás la misma configuración.

Cuando el hombre juega debe entremezclarse con las cosas y la gente en una forma igualmente no comprometida y ligera. Debe hacer algo que ha elegido hacer sin estar impulsado por intereses urgentes o por una intensa pasión; debe sentirse entretenido y libre de todo temor o esperanza de cosas serias. Está de vacaciones con respecto a la realidad social y económica; o bien, como suele acentuarse: *no trabaja*. Es esta oposición con respecto al trabajo la que confiere al juego una serie de connotaciones. Una de ellas es la "mera diversión", resulte o no difícil de hacer. Como comentara Mark Twain, "construir flores artificiales... es trabajo, mientras que escalar el Monte Blanco sólo es diversión". En las épocas y lugares puritanos, sin embargo, la mera diversión siempre denotaba pecado; los cuáqueros nos advertían que es necesario "recoger las flores del placer en los prados del deber". Los hombres de mentalidad igualmente puritana podían permitir el juego sólo porque creían que encontrar "alivio a la actividad moral es en sí misma una necesidad moral". Los poetas, con todo, ponen el acento en otra parte: "El hombre es perfectamente humano sólo cuando juega", afirmó Schiller. Así, el juego es un fenómeno fronterizo en relación con una serie de actividades humanas y, en su propia forma juguetona, trata de eludir toda definición.

Es verdad que incluso el juego más esforzado y peligroso no constituye, por definición, un trabajo; no implica la creación de nuevos artículos de consumo. Cuando así ocurre, "se vuelve profesional". Pero este hecho, desde el comienzo, hace que la comparación entre el juego del adulto y el del niño pierda en cierto modo todo sentido, pues el adulto es un ser que produce e intercambia artículos, mientras que el niño sólo se prepara para llegar a serlo. Para el adulto que trabaja, el juego es una recreación. Le permite un alejamiento periódico de aquellas formas de limitación definida que constituyen su realidad social.

Consideremos la *gravedad*: hacer juegos de manos, saltar o trepar añade dimensiones nuevas a la percepción de nuestro cuerpo. Aquí el juego proporciona una sensación de libertad divina, de espacio en exceso.

Consideremos el *tiempo*: al retozar, al holgazanear, perezosamente nos burlamos de este tirano. Allí donde cada minuto cuenta, el juego desaparece. Esto coloca a los deportes competitivos en la frontera del juego: parecen hacer concesiones a la presión del espacio y el tiempo, para luego derrotar esa misma presión por una fracción de centímetros o de segundos.

Consideremos el *destino* y la *causalidad*, que han determinado quiénes y qué somos y dónde. En los juegos de azar reestablece-

mos la igualdad ante el destino, y aseguramos una posibilidad virgen a cada jugador dispuesto a respetar unas pocas reglas que, si se las compara con las de la realidad, parecen arbitrarias y carentes de sentido. Con todo, resultan mágicamente convincentes, como la realidad de un sueño, y exigen absoluta obediencia. Si un jugador olvida que ese juego debe seguir siendo su libre elección, si se deja poseer por el demonio del azar, el carácter juguetón vuelve a desvanecerse.

Consideremos la *realidad social*, y nuestros compartimientos definidos en ella. En el juego dramático podemos ser lo que en la vida nos está vedado o nos negamos a ser. Pero a medida que en el juego el actor comienza a creer en su personificación, se acerca a un estado de histeria, si no peor; mientras que si intenta, con fines de lucro, hacer que los otros crean en su "papel", se convierte en un impostor.

Consideremos nuestros *impulsos corporales*. El grueso del esfuerzo publicitario del país explota nuestro deseo de jugar con la necesidad, de hacernos creer, por ejemplo, que respirar y comer no son necesidades placenteras, sino un juego caprichoso con matices siempre nuevos y sensuales. Cuando la necesidad de tales matices se vuelve compulsiva, crea un estado general de leve adicción y glotonería, que deja de transmitir una sensación de abundancia y, de hecho, produce una corriente subterránea de descontento.

Por último, pero no menos importante, en la *vida amorosa* describimos como juego sexual las actividades impensadas que preceden al acto final, que permiten a la pareja elegir la parte corporal, la intensidad y el *tempo* ("qué, con qué y a quién", según reza la quintilla). El juego sexual termina cuando el acto final comienza, y al hacerlo disminuye las posibilidades de elección, determina el ritmo y entrega las riendas a la "naturalidad". Cuando uno de esos actos impensados preparatorios se vuelve suficientemente imperativo como para reemplazar por completo al acto final, el carácter juguetón se desvanece y la perversión comienza.

Esta lista de situaciones de juego en una variedad de actividades humanas indica el área estrecha dentro de la cual nuestro yo puede sentirse superior a las limitaciones de espacio y tiempo y al carácter definitivo de la realidad social, libre de las compulsiones de la conciencia y de los impulsos de la irracionalidad. Sólo dentro de esos límites, entonces, el hombre puede sentirse como una sola cosa con su yo; no es de extrañar que se sienta "sólo humano cuando juega". Pero ello presupone una condición sumamente decisiva: debe jugar en raras ocasiones y trabajar la mayor parte del tiempo. Debe tener un rol definido en la sociedad. Los

*play boys* y los jugadores son objeto de la envidia y el resentimiento del hombre que trabaja. Nos gusta verlos denunciados o ridiculizados, o los obligamos a algo peor que el trabajo al forzarlos a vivir en lujosas jaulas.

El niño que juega, entonces, plantea un problema: quien no trabaje no jugará. Por lo tanto, para ser tolerante frente al juego infantil el adulto debe inventar teorías que demuestran que el juego en la infancia es realmente un trabajo, o bien que no cuenta para nada. La teoría más popular y la más fácil para el observador es la de que el niño *no es nadie todavía*, y que la falta de sentido de su juego refleja ese hecho. Los científicos han tratado de encontrar otra explicación para las extravagancias del juego infantil, al considerarlas representativas del hecho de que la infancia no tiene demasiada importancia. De acuerdo con Spencer, el juego utiliza un *excedente de energía* en la prole de una serie de mamíferos que no necesitan alimentarse o protegerse porque sus padres se encargan de hacerlo. Con todo, Spencer observó que toda vez que las circunstancias permiten el juego, se "simulan" tendencias que están "insólitamente listas para actuar, para el surgimiento de sus sentimientos correlativos". En sus comienzos, el psicoanálisis agregó a esto la teoría "catártica", según la cual el juego tiene una función definida en el ser en crecimiento en tanto le permite liberar emociones acumuladas y encontrar un alivio imaginario para las frustraciones pasadas.

A fin de evaluar estas teorías, consideremos ahora el juego de otro niño, que también se llama Tom. Vivía cerca de otro inmenso río, el Danubio, y su juego fue registrado por otro gran psicólogo, Sigmund Freud, quien escribió<sup>38</sup>:

Sin intención de efectuar un estudio amplio de estos fenómenos, aproveché una oportunidad que se me ofreció para elucidar el primer juego inventado por un niño de dieciocho meses. Se trató de algo más que una observación casual, pues viví durante algunas semanas con el niño y sus padres, y transcurrió un tiempo considerable antes de que el significado de su actuación desconcertante y continuamente repetida se volviera claro para mí.

El niño no era en ningún sentido adelantado en cuanto a su desarrollo intelectual;... pero se hacía entender por sus padres y la mucama y gozaba de una sólida reputación en cuanto a "buen" comportamiento. No molestaba a los padres por la noche. Obedecía escrupulosamente las órdenes relativas a no tocar diversos objetos y a no entrar a ciertas habita-

<sup>38</sup> Sigmund Freud, *A General Selection*, editado por John Rickman, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, Londres, 1937

ciones; sobre todo, nunca lloraba cuando la madre salía y lo dejaba solo durante varias horas, aunque el vínculo con la madre era muy estrecho: no sólo lo había amamantado ella misma, sino que también lo había cuidado y criado sin ninguna ayuda. Ocasionalmente, sin embargo, este niño de excelente comportamiento ponía de manifiesto el molesto hábito de arrojar a un rincón de la habitación, o bien debajo de la cama; todos los pequeños objetos que caían en sus manos, de modo que volver a recogerlos constituía a menudo una pesada tarea. Acompañaba esta actividad con una expresión de interés y gratificación, al tiempo que emitía un largo y extendido "O-o-o-oh", que a juicio de la madre (que coincidía con el mío) no era una interjección sino que significaba "váyase" (*fort*). Comprobé por último que se trataba de un juego, y que el niño utilizaba todos sus juguetes sólo para jugar con ellos a "haberse ido" (*fort sein*). Cierta día hice una observación que confirmó mi opinión. El niño tenía un carretel de madera con un poco de hilo enrollado. Nunca se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras de sí por el suelo y jugar al carro y el caballo, y en cambio lo arrojaba con considerable habilidad, reteniendo siempre el hilo en la mano, por sobre el costado de su camita, de modo que el carretel desaparecía dentro de aquél; luego emitía su significativo "O-o-o-oh" y, tirando del hilo, volvía a sacar el carretel del catrecito, saludando su reaparición con un alegre "Da" (allí). Por lo tanto, éste era el juego completo, desaparición y retorno, siendo el primer acto tan sólo el que por lo común presenciaban los observadores, y el que el niño repetía incansablemente como un juego en sí mismo, aunque indudablemente el mayor placer se vinculaba con el segundo acto... Esta interpretación quedó definitivamente establecida por una nueva observación. Cierta día, cuando la madre había estado ausente durante algunas horas, fue recibida a su regreso con la información "Nene o-o-o-oh", que al principio resultó ininteligible. Pronto se comprobó que durante sus largas horas solitarias había encontrado un método para provocar su propia desaparición. Había descubierto su reflejo en el largo espejo que llegaba casi hasta el suelo y luego se había arrodillado frente a él, de modo que su imagen reflejada también resultaba *fort*.

Para comprender lo que Freud vio en este juego, debemos señalar que en esa época se interesaba (y de hecho escribía al respecto) por el extraño fenómeno de la "compulsión a la repetición", esto es, la necesidad de repetir experiencias penosas a través de palabras o actos. Todos hemos experimentado la necesidad ocasional de hablar incesantemente sobre un acontecimiento penoso (un insulto, una discusión o una operación) que, según cabe esperar, uno preferiría olvidar. Conocemos individuos traumatizados, que, en lugar de recuperarse mientras duermen, despiertan repetidamente debido a sueños en los que vuelven a experimentar

el trauma original. También sospechamos que no es inocentemente accidental que algunas personas cometan los mismos errores una y otra vez, que por "coincidencia" y en total ceguera, se casen con el mismo tipo de persona incompatible de la que acaban de divorciarse, o que una serie de accidentes y contratiempos análogos siempre le sucedan precisamente a *ellas*. En todos estos casos, afirmó Freud, el individuo prepara inconscientemente variaciones sobre un tema original que no ha aprendido a superar o a tolerar: trata de dominar una situación que en su forma original fue excesiva para él enfrentándola repetidamente y por su propia voluntad.

Mientras Freud escribía sobre todo esto, le llamó la atención el juego solitario descrito y comprendió que la frecuencia del tema principal (algo o alguien que desaparece y regresa) correspondía a la intensidad a la experiencia de vida reflejada, a saber, el hecho de que la madre partiera por la mañana y regresara a la noche.

Esta dramatización tiene lugar en la esfera del juego. Utilizando su dominio sobre los objetos, el niño puede organizarlos de tal modo que aquéllos le permitan imaginar que también es el amo de su situación vital. Pues cuando la madre lo dejaba solo, se alejaba de la esfera de sus llantos y demandas, y regresaba sólo cuando le resultaba conveniente. En su juego, sin embargo, el niño tiene a la madre sujeta por un hilo. La hace alejarse, incluso la arroja lejos, y luego se asegura de que regrese cuando él lo desea. Tal como Freud lo expresó, *ha convertido la pasividad en actividad*; juega a hacer algo que en realidad le hicieron a él.

Freud menciona tres ítems que pueden guiarnos para una ulterior evaluación social de este juego. Primero, el niño arrojaba el objeto. Freud ve en ello una posible expresión de venganza —"si no quieres quedarte conmigo, yo no te quiero aquí"— y así un beneficio adicional en el dominio activo a través de un aparente desarrollo de la autonomía emocional. En el segundo acto del juego, sin embargo, el niño va más allá. Abandona completamente al objeto y, mediante el uso de un espejo de cuerpo entero, juega a "irse" de sí mismo y a regresar a sí mismo. Ahora es a un mismo tiempo la persona que queda abandonada y la que se aleja. Se ha convertido en dueño de la situación al incorporar no sólo a la persona que en la vida real está más allá de su control, sino también a toda la situación, con sus *dos* participantes.

Hasta aquí llega la interpretación de Freud. Pero nosotros podemos señalar que el niño recibe a la madre que regresa con la información de que ha aprendido a "irse" de sí mismo. El

juego solo, tal como lo describe Freud, puede haberse convertido en el comienzo de una creciente tendencia en el niño a sobrellevar las experiencias de la vida en un rincón solitario y a rectificarlas en la fantasía y sólo allí. Supongamos que ante el regreso de la madre el niño demostrara una total indiferencia, llevando su venganza a la situación real e indicando que ahora él puede cuidar de sí mismo y no la necesita. Ello ocurre a menudo después de las primeras salidas de la madre: ésta se apresura a regresar, ansiosa de abrazar al niño, pero sólo encuentra un rostro inexpresivo. Puede sentirse entonces rechazada y apartarse o enojarse frente al niño indiferente, quien entonces llega fácilmente a sentir que la venganza involucrada en su juego de arrojar objetos y alardear luego al respecto ha dado en el blanco, y que ha conseguido así que la madre se aleje para siempre, cuando en realidad sólo trataba de superar su sentimiento de abandono. El problema básico de sentirse abandonado y abandonar no mejora a través de su solución en el juego solitario. Nuestro pequeño, sin embargo, le habló a su madre de su juego, y podemos suponer que ésta, lejos de sentirse ofendida, demostró interés e incluso orgullo por su ingenio. En esta forma las cosas mejoraron notablemente. El niño se había adaptado a una situación difícil, había aprendido a manejar objetos nuevos y su método había sido objeto de un cariñoso reconocimiento. Todo esto se da en el "juego infantil".

¿Pero acaso el juego infantil, se pregunta a menudo, siempre "significa" algo personal y siniestro? ¿Qué ocurre si diez niños, en las épocas del carro y el caballo, comienzan a jugar con hilos atados a carreteles, a arrastrarlos y a jugar al caballito? ¿Debe significar para cada uno de ellos algo que está más allá de lo que parece significar para todos?

Como ya señalamos, los niños, si han sufrido algún trauma, eligen para sus dramatizaciones el material lúdico que su cultura pone a su disposición y que pueden manejar de acuerdo con su edad. Esto depende de las circunstancias culturales y es, por lo tanto, común a todos los niños que comparten dichas circunstancias. Los Ben de la actualidad no parecen jugar a que son vapores, sino que utilizan bicicletas como objetos más tangibles de coordinación, lo cual no les impide imaginar, mientras se dirigen a la escuela o al almacén, que vuelan por el aire y disparan contra el enemigo, o que son el Llanero Solitario montado en su glorioso Plata. Lo que se puede manejar, sin embargo, depende de la capacidad de coordinación del niño y, por lo tanto, sólo lo comparten los que han llegado a cierto nivel de maduración. Lo que tiene un *significado común* para todos los niños de una co-

munidad (es decir, la idea de hacer que un carretel y un poco de hilo representen una cosa viva sujeta a una correa) puede encerrar un *significado especial* para algunos niños (esto es, para todos aquellos que han aprendido a manipular un carretel y un trozo de hilo y por lo tanto pueden estar en condiciones de entrar a una nueva esfera de participación y simbolización comunal). No obstante, todo esto puede tener, además, un *significado único* para los niños individuales que han perdido a una persona o a un animal y que, en consecuencia, confieren al juego una significación particular. Lo que estos niños tienen "atado de un hilo" no es tan sólo un animal, sino la personificación de un animal particular, significativo y perdido, o bien de una persona. Para evaluar el juego, el observador debe tener una idea de aquello a que suelen jugar los niños de una edad determinada y en una comunidad determinada. Sólo en esa forma puede decidir si el significado único trasciende o no al significado común. Para comprender el significado único mismo se necesita una cuidadosa observación, no sólo del contenido y la forma del juego, sino también de las palabras que lo acompañan y los afectos visibles, sobre todo aquellos que llevan a lo que describiremos en el próximo capítulo como "desorganización del juego".

A fin de considerar el problema de la ansiedad en el juego, examinemos la actividad de construir y destruir una torre. Más de una madre piensa que su hijito está en una "etapa destructiva" o que incluso tiene una "personalidad destructiva" porque, luego de construir una enorme torre, no puede aceptar su consejo de dejarla para que papito la vea, y en cambio *debe* patearla y destruirla. El placer casi maníaco con que los niños observan el derrumbe en un segundo del producto de una larga labor ha desconcertado a muchos, en particular puesto que el niño no parece satisfecho si la torre se cae en forma accidental o gracias a la ayuda de un tío. Es él mismo, el constructor, quien debe destruirla. Creo que este juego surge de la experiencia no muy distante de súbitas caídas en el momento mismo en que ponerse de pie sobre piernas vacilantes proporcionaba una perspectiva nueva y fascinante de la existencia. El niño que luego aprende a obligar a una torre a que "permanezca de pie" disfruta haciendo que esa misma torre tambalee y se derrumbe: además del dominio activo sobre un hecho previamente pasivo, lo hace sentir más fuerte saber que hay algo más débil, y las torres, al revés que las hermanas menores, no pueden llorar y llamar a mamita. Pero puesto que lo que se pretende demostrar en esa forma es el dominio todavía precario, del niño sobre el espacio, resulta comprensible que el hecho de observar como alguien derriba la torre

construida puede hacer que el niño se identifique con la torre y no con el destructor: toda diversión desaparece. Los payasos de circo se hacen cargo más tarde de la situación cuando sufren repetidas caídas debido a su ineptitud y, no obstante, siguen desafiando las leyes de la gravedad y la causalidad con inocencia siempre renovada: existen entonces personas grandes que son más divertidas, más tontas y más tambaleantes. Con todo, algunos niños que están demasiado identificados con el payaso, no pueden soportar sus caídas: para ellos "no son divertidas". Este ejemplo arroja luz sobre el comienzo de muchas ansiedades en la infancia, época en que la ansiedad relacionada con el intento del niño por alcanzar un dominio yoico encuentra un "apoyo" indeseado en los adultos, que lo tratan bruscamente o pretenden divertirlo con ejercicios que al niño sólo le resultan agradables cuando es él mismo quien los inicia.

El juego del niño comienza y se centra en su propio cuerpo. Esto es lo que entendemos por *juego autocósmico*. Empieza antes de que lo observemos como juego, y consiste al principio en la exploración por repetición de percepciones sensoriales, sensaciones kinestésicas, vocalizaciones, etc. Luego, el niño juega con personas y objetos accesibles. Puede fingir que llora para ver cuál es la longitud de onda que resulta más eficaz para provocar la aparición de la madre, o bien puede dedicarse a realizar excursiones experimentales en el cuerpo de aquélla y en las saliencias y orificios de su rostro. Esta es la primera geografía del niño, y los mapas básicos adquiridos en ese interjuego con la madre se conservan sin duda como guías para la primera orientación del yo en el "mundo". Aquí podemos recurrir al testimonio de Santayana<sup>84</sup>:

...Lejos, muy lejos en un borroso pasado, como si hubiera ocurrido en otro mundo o en un estado prenatal, Oliver recordaba el placer largamente negado de sentarse en la falda de su madre. Había sido un refugio tan grande de seguridad, de blandura, de superioridad. A uno lo llevaban y lo envolvían en una amplitud de protección segura, como un rey en su trono, con su fiel guardaespaldas que lo rodeaba por todas partes; y el paisaje que se extendía más allá, con sus mensajeros y sus episodios coloridos, se convertía en el más entretenido de los espectáculos, donde todo era inesperado y excitante, y donde, sin embargo, nada podía salir mal; como si su propia madre le hubiera estado relatando un cuento, y esas imágenes fueran sólo las ilustraciones que se iban pintando en la mente atenta del niño.

<sup>84</sup> Jorge Santayana, "El último puritano".

La *microesfera*, es decir, el pequeño mundo de juguetes susceptibles de manipular, es un puerto que el niño establece, para volver a él cuando su yo necesita reparaciones. Pero el mundo de las cosas tiene sus propias leyes: puede resistirse a la reconstrucción o simplemente hacerse añicos; puede pertenecer a algún otro y estar sometido al peligro de confiscación por los superiores. A menudo la microesfera lo induce por seducción a una expresión desprevenida de temas y actitudes peligrosos, que despiertan ansiedad y conducen a una súbita desorganización del juego. Esta es la contraparte, en la vida de vigilia, del sueño lleno de ansiedad; puede impedir que el niño intente jugar, tal como el temor al terror nocturno le impide dormirse. Si resulta así atemorizado o desilusionado en la microesfera, el niño puede hacer una regresión a la autoesfera, el ensueño diurno, la succión del pulgar y la masturbación. Por otro lado, si el primer contacto con el mundo de las cosas es exitoso y está adecuadamente guiado, el placer de dominar los juguetes se asocia con el dominio de los traumas que se proyectaron en ellos, y con el prestigio obtenido a través de ese dominio.

Por último, a la edad de la *nursery-school*, el juego llega a la *macroesfera*, el mundo compartido con los otros. Al principio esos otros son tratados como cosas, inspeccionados, atropellados u obligados a desempeñar el papel de "caballitos". El aprendizaje es necesario para descubrir qué contenido lúdico potencial puede admitirse sólo en la fantasía o en el juego autocósmico, qué contenido puede representarse exitosamente sólo en el mundo microcósmico de los juguetes y las cosas y qué contenido puede compararse con los otros e imponerse a los otros.

Cuando se aprende todo esto, cada esfera adquiere su propio sentido de realidad y dominio. Durante un período bastante prolongado, entonces, el juego solitario sigue siendo un puerto indispensable para la reparación de las emociones destrozadas después de períodos de tormentas en los mares sociales. Esto, y el hecho de que es posible contar con que un niño introduce en el juego solitario preparado para él todos los aspectos de su yo que han resultado más dañados, constituye la condición fundamental para nuestra confianza diagnóstica en la "terapia de juego", que se examinará a continuación.

¿Qué es, entonces, el juego infantil? Vimos que no constituye el equivalente del juego adulto, que no se trata de una recreación. El adulto que juega pasa a otra realidad; el niño que juega avanza hacia nuevas etapas de dominio. Propongo la teoría de que el juego del niño es la forma infantil de la capacidad humana para manejar la experiencia mediante la creación de si-

tüaciones modelo y para dominar la realidad mediante el experimento y el planeamiento. Es en ciertas fases de su trabajo que el adulto proyecta la experiencia pasada en dimensiones que parecen manejables. En el laboratorio, en el escenario, y frente al tablero de dibujo, revive el pasado y así alivia los afectos residuales; al reconstruir la situación modelo, compensa sus fracasos y fortalece sus esperanzas. Anticipa el futuro bajo el punto de vista de un pasado corregido y compartido.

Ningún pensador puede hacer más que esto y ningún niño que juega puede hacer menos. Tal como lo expresara William Blake: "Los juguetes del niño y las razones del anciano son los frutos de las dos estaciones".

## 2. JUEGO Y CURACIÓN

La moderna terapia de juego está basada en la observación de que un niño que se ha vuelto inseguro a causa de un odio secreto o el temor a los protectores naturales de su juego en la familia y en el vecindario, parece capaz de utilizar la sanción protectora de un adulto comprensivo para recuperar cierta tranquilidad lúdica. Las abuelas y las tías predilectas pueden haber desempeñado ese papel en el pasado; su elaboración profesional de hoy es el terapeuta que utiliza el juego como principal instrumento de curación. La condición más evidente es la de que el niño tenga a los juguetes y al adulto para sí mismo, y que la rivalidad entre hermanos, los reproches de los padres o cualquier clase de interrupción súbita no perturbe el desenvolvimiento de sus intenciones lúdicas, cualesquiera sean éstas. El *acting out* a través del juego es la medida autocurativa más natural que ofrece la infancia.

Recordemos aquí el hecho simple, aunque a menudo molesto, de que los adultos, que han sufrido traumas tienden a resolver su tensión "hablando del asunto". Se ven obligados a describir repetidamente el hecho doloroso: ello parece "hacerlos sentir mejor". Los sistemas destinados a curar el alma o la mente hacen un uso ritual de esta tendencia al proporcionar, a intervalos regulares, un interlocutor prefijado, o sancionado de alguna otra manera, que ofrece su atención indivisa, se compromete a no censurar arbitrariamente ni a traicionar, y confiere la absolución al explicar cómo el problema del individuo adquiere sentido en algún contexto más amplio, sea éste el pecado, el conflicto o la enfermedad. El método encuentra sus limitaciones cuando esta

situación "clínica" pierde la actitud objetiva en la que es posible reflejar la vida, y se convierte a su vez en un apasionado conflicto de dependencia y hostilidad. En términos psicoanalíticos, la limitación está determinada por la tendencia, particularmente fuerte en los neuróticos, a transferir los conflictos básicos de su marco infantil original a toda situación nueva, incluyendo la terapéutica. Esto es lo que Freud quiso decir al afirmar que el tratamiento mismo se convierte al principio en una "neurosis de transferencia". El paciente que transfiere así su conflicto en toda su desesperada inmediatez manifiesta, al mismo tiempo, una resistencia a todos los intentos destinados a hacerle ver la situación en una forma objetiva a todos los intentos de formular su significado. Está *en resistencia*; en una guerra destinada a poner fin a todas las guerras, se confunde más profundamente que nunca. En ese momento, los esfuerzos terapéuticos no psicoanalíticos a menudo llegan a su fin; se dice que el paciente no puede o no quiere mejorar o no tiene capacidad para comprender sus obligaciones en el tratamiento. El psicoanálisis terapéutico, sin embargo, comienza precisamente en ese momento. Hace un uso sistemático del conocimiento de que todos los neuróticos están divididos en su deseo de curarse y de que, necesariamente, transfieren sus dependencias y hostilidades al tratamiento y a la persona del terapeuta. El psicoanálisis reconoce tales "resistencias" y aprende mucho de ellas.

Este fenómeno de la *transferencia* en el niño que juega, así como en el adulto que verbaliza, señala el punto en que las medidas simples fracasan, a saber, cuando una emoción se vuelve tan intensa que derrota la actitud lúdica, obligando a una descarga inmediata en el juego y en la relación con el observador. El fracaso está caracterizado por lo que cabe describir como una *desorganización del juego*, es decir, la incapacidad repentina y completa, o difusa y de lenta expansión, para jugar. Observamos una desorganización de ese tipo, provocada por mí, en el caso de Ann, cuando tuvo que apartarse de mi persona y mis tentadores juguetes a fin de reunirse con la madre. También vimos a Sam atrapado por sus abrumadoras emociones en medio de un juego. En ambos casos, utilizamos la observación del juego como una herramienta diagnóstica incidental. Presentaré ahora a una niña que, aunque sólo acudió a mí en busca de un diagnóstico, me condujo a través de todo un ciclo de desorganización y triunfo del juego, y ofreció así un buen ejemplo de la forma en que el yo, inundado por el temor, puede recuperar su poder sintetizador a través de la posibilidad de entrar y salir de la situación lúdica.

Nuestra paciente es Mary y tiene tres años. Tiene cabello oscuro y cierta palidez, pero parece, y es, inteligente, bonita y muy femenina. Con todo, cuando se encuentra perturbada, se afirma que se muestra empecinada, muy infantil y encerrada en sí misma. Hace poco ha enriquecido su inventario expresivo con pesadillas nocturnas y violentos ataques de ansiedad en el grupo de juego al que ha ingresado hace poco. Todo lo que pueden decir las maestras de ese grupo es que Mary tiene una manera extraña de levantar los objetos y una postura rígida, y que su tensión parece aumentar en relación con las actividades relativas al descanso y al cuarto de baño. Disponiendo de esta información, invitamos a Mary a pasar a nuestro consultorio.

Quizás convenga decir aquí unas palabras sobre la situación tremendamente difícil que sobreviene cuando una madre trae a un hijo para que se lo observe. El niño no ha elegido venir por su propia voluntad, a menudo no se siente enfermo en absoluto en el sentido de tener un síntoma del que desee librarse. Por el contrario, todo lo que sabe es que ciertas cosas y, sobre todo, ciertas personas lo hacen sentir molesto, y que quisiera que nosotros hiciéramos algo con respecto a esas cosas y personas, no con respecto a él. A menudo siente que algo anda mal con sus padres, y la mayor parte de las veces está en lo cierto. Pero no puede expresarlo con palabras y, aunque pudiera, no tiene motivos para confiarnos una información de tanta importancia. Por otro lado, no sabe qué nos han dicho los padres sobre él, mientras que sólo Dios sabe qué es lo que ellos le han dicho al niño sobre nosotros, pues por mucho que deseen ayudar y por necesarios que resulten como informantes iniciales, resulta imposible confiar en los padres en estas cuestiones: la historia inicial que proporcionan suele estar distorsionada por el deseo de justificarse (o de castigarse secretamente) o bien por el de castigar (e inconscientemente justificar) a alguna otra persona, quizás a los abuelos que "ya les habían dicho".

En este caso, mi consultorio se encontraba en un hospital. Se le había dicho a Mary que me visitaría para hablar sobre sus pesadillas conmigo, un hombre al que nunca había visto antes. La madre había consultado a un psiquiatra por esas pesadillas, y Mary había oído las conversaciones entre ambos sobre la posible necesidad de una amigdalectomía. Yo había confiado, por lo tanto, en que ella observara que el mobiliaje de mi habitación indicaba una situación estrictamente no médica y en que me daría una oportunidad para establecer en términos simples y directos el propósito de su visita, decirle que yo no era un médico y luego aclararle que íbamos a jugar juntos a fin de cono-

cernos mejor. Tales explicaciones no resuelven del todo las dudas de un niño, pero pueden permitirle desviar su atención hacia los juguetes y hacer algo. Y en cuanto hace *algo* podemos observar qué selecciona y qué rechaza en nuestro equipo estándar de juguetes. Nuestro próximo paso, por lo tanto, estará guiado por el significado que se revela en esa forma.

Mary se aferra a la madre al entrar a la habitación. Cuando me ofrece la mano, observo que está rígida y fría. Me dedica una breve sonrisa y luego se vuelve hacia la madre, la rodea con los brazos y la mantiene cerca de la puerta, aún abierta. Hunde la cabeza en la pollera de la madre como si quisiera ocultarse, y responde a mi acercamiento sólo girando la cabeza hacia mí, pero con los ojos completamente cerrados. Con todo, durante un brevísimo instante, me había mirado con una sonrisa que parecía expresar algún interés, como si quisiera comprobar si el nuevo adulto estaba dispuesto a comprender la diversión. Esto hace que su búsqueda de refugio en la madre parezca algo dramática. La madre intenta alentarla para que mire los juguetes, pero Mary vuelve a ocultar su rostro en la pollera de la madre y repite con voz exageradamente infantil: "¡Mamita, mamita, mamita!" Una damita bastante dramática, sin duda: ni siquiera estoy seguro de que no esté ocultando una sonrisa. Decido aguardar.

Mary toma una decisión. Siempre aferrándose a la madre, señala una muñeca y dice varias veces en forma rápida e infantil: "¿Qué eso, qué eso?" Una vez que la madre le ha explicado pacientemente que se trata de una muñeca, Mary repite: "Muñequita, muñequita, muñequita" y sugiere con palabras que me resultan incomprensibles que la madre le saque los zapatos a la muñeca. La madre trata de conseguir que ella misma lo haga, pero Mary se limita a repetir su pedido. Su voz adquiere un tono muy ansioso, y da la impresión de que tendremos lágrimas en cualquier momento.

La madre pregunta entonces si no ha llegado la hora de que abandone la habitación y aguarde afuera, como ya le ha informado a Mary que haría. Le pregunto a Mary si podemos dejar que la mamá se vaya, y la niña, inesperadamente, no hace objeción alguna, ni siquiera cuando de pronto se encuentra sin nadie en quien apoyarse. Trato de iniciar una conversación sobre el nombre de la muñeca, que la madre ha dejado en las manos de Mary. Mary la toma firmemente por las piernas y de pronto, con una sonrisa traviesa, comienza a tocar diversos objetos en la habitación con la cabeza de la muñeca. Cuando un juguete se cae de uno de los estantes, me mira para ver si ha ido demasiado lejos; cuando me ve sonreír permisivamente, se ríe y comienza

a empujar juguetes más pequeños, siempre con la cabeza de la muñeca, de tal modo que aquéllos también se caen. Su excitación aumenta. Con júbilo especial ataca con la cabeza de la muñeca un tren de juguetes que está en el piso, en medio de la habitación. Vuelca todos los vagones, con crecientes signos de divertirse en forma demasiado excitada. Cuando vuelca la locomotora, se detiene de improviso y se pone pálida. Se apoya con la espalda contra el sofá, sostiene la muñeca verticalmente sobre su región abdominal inferior y la deja caer sobre el piso. La vuelve a levantar, la sostiene a la misma altura y la deja caer otra vez. Mientras repite esto varias veces, comienza primero a lloriquear y luego a gritar "Mamita, mamita, mamita".

La madre entra, segura de que la comunicación ha fracasado, y le pregunta a Mary si desea irse. Le digo a Mary que puede hacerlo si lo desea, pero que confío en que regresará al cabo de unos pocos días. Rápidamente calmada, parte con la madre, despidiéndose de la secretaria como si hubiera realizado una agradable visita.

Por extraño que parezca, también yo sentía que la niña había logrado una comunicación exitosa aunque interrumpida. En el caso de los niños pequeños, las palabras no siempre resultan necesarias al comienzo. Yo tuve la sensación de que el juego nos llevaría a una conversación; y, de cualquier manera, la niña me había comunicado, a través de una actividad contrafóbica, cuál era su peligro. La ansiosa interrupción de la madre resultaba, desde luego, tan significativa como la desorganización del juego en la niña. Es probable que ambos hechos juntos explicaran la ansiedad infantil de la niña. Pero, ¿qué me había comunicado con su voltereta emocional, con esa súbita hilaridad y su agitada agresividad, y con esa inhibición y esa ansiedad pálida igualmente súbita?

El contenido modal discernible era el de *empujar* objetos, no con la mano sino con la muñeca como extensión de la mano; y luego *dejar caer* esa misma muñeca desde la región genital.

La muñeca como extensión de la mano constituía, por así decirlo, una herramienta para empujar. Ello sugiere que quizás no se atreviera a tocar o a empujar objetos con la mano desnuda y me recuerda la observación de sus maestras en el sentido de que parecía tocar o levantar las cosas en una forma particular. Esto, junto con la rigidez general de sus extremidades, sugiere que Mary puede estar preocupada por sus manos, quizás herramientas agresivas.

La colocación de la muñeca frente a la región abdominal inferior, seguida por las caídas extrañamente obsesivas y repetitivas,

sugiere también que dramatizaba la pérdida de una herramienta agresiva, un instrumento destinado a empujar, correspondiente a esa región. Esa especie de ataque que tuvo en ese momento me recuerda algo que aprendí hace mucho: los ataques histéricos severos en las mujeres adultas se han interpretado como dramatizaciones que representan a ambos miembros de la pareja en una escena imaginada. Así, una de las manos al desgarrar el vestido de la paciente puede dramatizar el ataque de un agresor, mientras que la otra, al aferrarlo, representa el intento de la víctima por protegerse. Me pareció que el ataque de Mary era de esa naturaleza: al dejar caer la muñeca varias veces, en estado de pánico pero también como si estuviera obsesionada, parecía verse inexorablemente llevada a dramatizar tanto al ladrón como a la persona despojada.

Pero, ¿qué le podían robar? Aquí deberíamos saber cuál de los significados es más pertinente, el uso de la muñeca como herramienta agresiva o como bebé. En esta hora de juego, la muñeca que dejaba caer había sido primero la prolongación de una extremidad y una herramienta de agresión (empujar) y luego algo perdido en la región abdominal inferior bajo circunstancias de extrema ansiedad. ¿Acaso Mary considera que un pene es un arma agresiva, y dramatiza el hecho de que no lo posee? Por el relato de la madre es sumamente probable que al entrar a la *nursery-school* Mary tuviera la primera oportunidad de ir al baño en presencia de varones, y se decía que esas ocasiones solían ser para ella momentos de ansiedad.

Pienso ahora en la madre cuando golpea la puerta. Ha dejado a la niña afuera, ya repuesta, para regresar y agregar algo a la biografía de Mary. Ésta nació con un sexto dedo que se le operó cuando tenía aproximadamente seis meses de edad; le queda una cicatriz en la mano izquierda. Justo antes del comienzo de sus ataques de ansiedad, Mary había preguntado repetida y urgentemente por esa cicatriz ("¿Qué eso, qué eso?") y había recibido la respuesta rutinaria de que era simplemente "una picadura de mosquito". La madre aceptó que, cuando la niña era algo más pequeña, podía haber estado presente alguna vez que se hubiera mencionado su anomalía congénita. La madre agrega que Mary se ha mostrado hace poco muy insistente en su curiosidad sexual.

Ahora podemos comprender mejor el hecho de que Mary se sienta inquieta en lo relativo al uso agresivo de la mano, que ha sido despojada de un dedo, y de que pueda identificar la cicatriz que tiene en la mano con su "cicatriz" genital, el dedo perdido y el pene ausente. Tal asociación también determinaría la yuxtaposición de la observación de las diferencias sexuales durante el

juego en la escuela y el problema inmediato de una operación inminente.

Antes de la segunda visita de Mary, su madre ofreció esta otra información: la curiosidad sexual de Mary había recibido poco antes un golpe específico cuando el padre, irritado a causa de un aumento regional en la desocupación que ponía en peligro sus medios de subsistencia, se había mostrado impaciente con ella durante la visita que la niña le hacía habitualmente mientras él se afeitaba en el baño. De hecho, la había echado de allí. Como él mismo me informó más tarde, había repetido con tono de enojo estas palabras: "¡Quédate afuera!" A ella le gustaba observar cómo se afeitaba y en ocasiones recientes (para su leve fastidio) también le había hecho preguntas sobre sus genitales. Una adherencia estricta a una rutina en la que podía hacer, decir y preguntar lo mismo una y otra vez siempre había constituido una condición necesaria para la seguridad interior de Mary. Se mostró "acongojada" al verse excluida del cuarto de baño cuando su padre estaba en él.

También consideramos el hecho, ya mencionado, de que el mal dormir y el mal aliento de Mary habían sido atribuidos por el pediatra a un mal estado de las amígdalas, y que la madre y el médico habían discutido delante de la niña la posibilidad de una operación inmediata. *Operación*, entonces, y *separación* resultan ser así denominadores comunes: la operación real del dedo, la operación anticipada de las amígdalas, y la operación mítica mediante la cual los varones se convierten en niñas; la separación con respecto a la madre durante las horas que pasaba en la escuela y el alejamiento del padre. Al final de la primera hora de observación, entonces, esto es lo más que pudimos acercarnos a los significados en los que parecían converger todos los elementos lúdicos y los datos biográficos.

La antítesis de la desorganización del juego es la saciedad en el juego, del que un niño emerge refrescado como alguien que se despierta después de haber tenido sueños que "terminan bien". La desorganización y la saciedad son muy marcadas y muy claras sólo en casos raros. Las más de las veces son difusas y es necesario establecerlas mediante un estudio detallado. Pero éste no es el caso de Mary. Durante la segunda entrevista, me regaló un espécimen de saciedad tan dramático como su desorganización lúdica.

Al principio Mary vuelve a sonreírme tímidamente. Una vez más da vuelta la cabeza, sosteniendo la mano de la madre e insistiendo en que ésta la acompañe dentro de la habitación. Una vez en ella, sin embargo, suelta la mano de la madre y, olvidando

su presencia y la mía, comienza a jugar animadamente y con evidente decisión y propósito. Cierro rápidamente la puerta e invito a la madre a sentarse, porque no deseo perturbar el juego.

Mary se acerca al rincón donde las piezas de construcción están desparramadas en el piso. Elige dos piezas y las coloca de tal manera que puede ponerse de pie sobre ellas cada vez que se acerca al rincón para levantar más piezas. Así, el juego comienza otra vez con una extensión de las extremidades, esta vez de los pies. Luego hace una pila de piezas en el medio de la habitación, yendo y volviendo del rincón sin ninguna vacilación. Se arrodilla en el

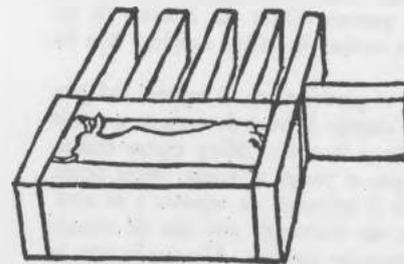


FIG. 10

suelo y construye una casa pequeña para una vaca de juguete. Durante aproximadamente un cuarto de hora está completamente absorta en la tarea de armar la casa de modo que resulte estrictamente rectangular y, al mismo tiempo, rodee ajustadamente a la vaca. Luego agrega cinco piezas junto a uno de los lados más largos de la casa y experimenta con una sexta pieza hasta que su posición la satisface (véase figura 10).

Esta vez, entonces, la nota emocional dominante es la concentración lúdica serena, con una cierta calidad maternal de cuidado y orden. No hay una culminación de la excitación, y el juego termina con una nota de saciedad; ha construido algo, le gusta, y ahora el juego ha terminado. Se pone de pie con una sonrisa radiante, que súbitamente cede su lugar a una expresión traviesa. No me doy cuenta del peligro que estoy a punto de correr, porque me encuentro demasiado fascinado por el hecho de que el apretado establo se parece a una mano, con un sexto dedo. Al mismo tiempo, expresa el modo "inclusivo", una configuración protectora femenina, que corresponde a las cestas, las cajas y las cunas armadas por las niñas grandes y pequeñas para asegurar la comodidad de objetos de poco tamaño. Así verificamos, siguen mis reflexiones, dos reintegraciones en una: la configuración devuelve

a la mano el sexto dedo y la pauta alegremente femenina desmiente la "pérdida de la región genital" previamente dramatizada. Así, la segunda hora de juego constituye una expresión de restauración y seguridad, y ello en lo relativo a las mismas partes corporales (mano, región genital) que en la desorganización del juego de la primera hora parecieron correr peligro.

Pero, como ya dije, Mary había comenzado a contemplarme con expresión traviesa. Ahora se ríe, toma a la madre de la mano y la echa de la habitación, diciendo con tono firme: "Mamita, quédate afuera". Aguardo unos instantes, y luego echo una mirada a la sala de espera. Allí me recibe una voz fuerte y triunfante: "¡Quédese adentro!" Me retiro estratégicamente, ante lo cual Mary da un estruendoso portazo. Otros dos intentos de mi parte por salir de la habitación reciben la misma acogida. Me ha acorralado.

Lo único que puedo hacer es participar en el espíritu del juego. Abro la puerta levemente, empujo la vaca de juguete a través de la abertura, la hago chirriar y la retiro. Mary espera embargada de placer e insiste en que el juego se repita varias veces. Satisface su deseo y ha llegado el momento de regresar a su casa. En el momento de despedirse, me contempla con aire de triunfo y, no obstante, afectuoso, y promete regresar. Me quedo con la tarea de descubrir qué ha ocurrido.

A partir de la ansiedad en la autoesfera durante la primera hora, Mary ha pasado a la saciedad en la microesfera y al triunfo en la macroesfera. Había sacado a la madre de mi espacio y me había encerrado en él. Este juego tiene un contenido: un hombre es traviesamente encerrado en su habitación. Sólo gracias a esta superioridad en el juego Mary había decidido hablarme, y en términos muy definidos: "¡Quédese adentro!", fueron las primeras palabras que me dirigió durante nuestra relación. Las expresó en voz clara y fuerte, como si algo en ella hubiera estado esperando el momento en que pudiera sentirse lo bastante libre como para decirlas. ¿Qué significa esto?

Creo que aquí tenemos la consumación de un episodio lúdico en la forma de una "transferencia paterna". Se recordará que desde el momento en que Mary entró en mi consultorio al comienzo del primer contacto manifestó una curiosidad algo coqueta y tímida con respecto a mi persona, que negó de inmediato cerrando con fuerza los ojos. Puesto que cabe esperar que transfiera a mi persona (el hombre con juguetes) un conflicto que había perturbado su relación habitualmente juguetona con el padre, parece más que probable que en ese juego estuviera repitiendo con dominio activo ("Quédese adentro"), y con cierta inversión de los vectores

(afuera-adentro) la situación de exclusión de la que había sido víctima pasiva en su hogar ("Quédate afuera").

Quizás algunos consideren que se trata de un razonamiento demasiado complicado y tortuoso para una niña tan pequeña. Pero conviene reconocer aquí que estas cuestiones sólo resultan difíciles para el pensamiento racional. Sin duda sería difícil pensar intencionalmente una serie semejante de modalidades de juego. Incluso es difícil reconocerla y analizarla. Desde luego, tiene lugar inconsistente y automáticamente: en estos casos, nunca se debe subestimar el poder del yo, incluso cuando se trata de alguien tan pequeño.

Este episodio se ofrece para ilustrar la tendencia autocurativa en el juego espontáneo; pues la terapia y el diagnóstico a través del juego deben hacer un uso sistemático de tales procesos autocurativos. Pueden ayudar al niño a ayudarse a sí mismo, y pueden ayudarnos para aconsejar a los padres. Cuando esto fracasa, es necesario iniciar métodos de tratamiento más complicados (psicoanálisis infantil)<sup>35</sup>, métodos que no se han considerado en este capítulo. Cuando los niños son más grandes, la conversación prolongada reemplaza al juego. Aquí, sin embargo, mi propósito consistió en demostrar que unas pocas horas de juego pueden servir para informarnos sobre cuestiones que el niño nunca podría verbalizar. Los observadores adiestrados, en posesión de numerosos datos, pueden determinar a través de unos pocos contactos lúdicos cuáles de esos datos son más importantes para el niño y por qué. En el caso de Mary, la desorganización y la saciedad del juego, vistos en el marco de todas las circunstancias conocidas, sugieren claramente que una variedad de acontecimientos pasados y futuros, reales e imaginarios, han sido incorporados a un sistema de peligros mutuamente agravantes. En su segunda hora de juego, los solucionó a todos: recuperó su sexto dedo, se tranquilizó, reafirmó su femineidad y echó al hombre grande. Con todo, esta tranquilidad ganada a través del juego debe fortalecerse mediante una nueva comprensión por parte de los padres.

Los padres de Mary aceptaron (y en parte sugirieron ellos mismos) las siguientes recomendaciones. La curiosidad de Mary con respecto a su cicatriz, sus genitales y la operación sufrida, requerían una actitud más veraz. Necesitaba que otros niños, sobre todo varones, la visitaran en su casa para jugar. El problema de las amígdalas exigía la decisión de un especialista, que debía ser honestamente comunicada a la niña. No parecía prudente desper-

<sup>35</sup> Anna Freud, *Psicoanálisis de niños*, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1964.

tarla y tratar de controlarla durante sus pesadillas; quizás necesitaba luchar con sus sueños y ya habría oportunidad para abrazarla y consolarla cuando despertara espontáneamente. La niña necesitaba mucha actividad; unas clases de movimiento rítmico podrían contribuir a disminuir la rigidez en sus extremidades que, cualquiera que hubiera sido la causa inicial, podía estar agravada por una temerosa anticipación desde que oyera hablar por primera vez sobre la misteriosa amputación de su dedo.

Unas pocas semanas más tarde, cuando Mary me hizo una corta visita, se sentía evidentemente cómoda y me preguntó con voz clara y fuerte por el color del tren que había tomado durante mis vacaciones. Como se recordará, había volcado una locomotora de juguete durante su primera visita: ahora podía hablar sobre locomotoras. El especialista se había decidido en contra de una amigdalectomía; las pesadillas habían desaparecido; Mary hacía ahora un uso libre y amplio de nuevos compañeros de juego con los que tenía contacto en su casa o cerca de ella. La relación juguetona con el padre volvía a tener vigencia. Aquél, intuitivamente, había aprovechado al máximo la súbita y apasionada admiración de Mary por las locomotoras relucientes. Salía a caminar con ella regularmente y visitaban las estaciones ferroviarias donde ambos podían observar a las poderosas máquinas.

Aquí el simbolismo que ha impregnado este episodio clínico adquiere una nueva dimensión. En la desesperación de la desorganización del juego, la locomotora de juguete tenía aparentemente un significado destructivo en algún contexto con ansiedad fálico-locomotora: cuando Mary la hizo caer, aparentemente había tenido esa terrible experiencia, "Adán, ¿dónde estás?", que observamos por primera vez en Ann. En esa época, la relación lúdica de Mary con su padre se había visto desbaratada como consecuencia de las preocupaciones de aquél por una posible dificultad en su *status* ocupacional, cosa que la niña no podía saber ni comprender. Parece haber interpretado esta situación totalmente en términos de su estado de maduración y de sus cambios de *status*: no obstante, su reacción no dejaba de estar relacionada con el significado inconsciente de las acciones del padre. Pues la posible pérdida de *status*, y la amenaza de marginalidad, a menudo traen apareado un intento inconsciente, mediante un autocontrol más estricto y normas purificadas, de recuperar el terreno perdido o por lo menos de evitar un ulterior descenso. Creo que esto movió al padre a reaccionar en una forma menos tolerante ante la exploración de la niña, ofendiéndola así y atemorizándola en el área general que ya se encontraba perturbada. Fue, entonces, esta área la que apareció en su juego en forma condensada, mientras ella

intentaba, a partir del horror del aislamiento, encontrar su camino de regreso hacia una mutualidad en el juego. Así reflejan los niños y, cuando el juego fracasa, así trasladan a su propia vida, las crisis históricas y económicas de sus padres.

Ni el juego de Mary ni el *insight* que aquél permitió alcanzar podían modificar las preocupaciones económicas del padre. Pero en cuanto aquél reconoció el impacto de sus ansiedades sobre el desarrollo de su hija, entendió también que, con un criterio a largo plazo, las ansiedades de la pequeña importaban mucho más que el posible cambio en su *status*. De hecho, los acontecimientos reales no confirmaron sus temores.

La idea del padre de llevar a la niña a visitar las estaciones ferroviarias fue muy feliz, pues las locomotoras reales se convirtieron en símbolos de poder compartidos por el padre y la niña por igual y sustentados por todas las imágenes de la cultura maquinista en la que esta niña está destinada a convertirse en mujer.

Así, al final de todo encuentro terapéutico con un niño el progenitor debe establecer lo que el paciente adulto debe alcanzar por sí mismo: una adaptación a las imágenes y las fuerzas que gobiernan el desarrollo cultural de su época y, a partir de allí, una mayor promesa en lo relativo a alcanzar un sentimiento de identidad.

Pero aquí, por último, debemos tratar de llegar a una mejor descripción y definición de lo que entendemos por identidad.

### 3. LOS COMIENZOS DE LA IDENTIDAD

#### A. JUEGO Y MEDIO AMBIENTE

La identidad naciente establece un puente entre las etapas de la infancia en que el sí mismo corporal y las imágenes de los padres adquieren sus connotaciones culturales, y hace lo mismo con la etapa de la temprana juventud en que una variedad de roles sociales se vuelve accesible y, de hecho, cada vez más imperativa. Intentaremos hacer más tangible este proceso, considerando primero algunos pasos infantiles hacia la identidad y luego, ciertos impedimentos culturales para su consolidación.

Un niño que acaba de descubrir que es capaz de caminar, más o menos apoyado o ignorado por quienes lo rodean, parece impulsado a repetir el acto por el puro placer del funcionamiento, y por la necesidad de dominar y perfeccionar una función recién iniciada. Pero también actúa movido por la inmediata percepción del nuevo *status* y la nueva posición de "alguien que puede cami-

nar", cualesquiera sean las connotaciones que ello tenga en las coordenadas del espacio-tiempo de su cultura, sea el de alguien "que llegará lejos", "que podrá pararse sobre sus propios pies", "que se destacará" o "que es mejor vigilar porque podría llegar demasiado lejos". La internalización de una versión particular de "alguien que puede caminar" constituye uno de los múltiples casos en el desarrollo del niño que (a través de la experiencia coincidente del dominio físico y el significado cultural, del placer funcional y el prestigio social) contribuyen permanentemente a una autoestimación más realista. Dicha autoestimación llega a convertirse en la convicción de que uno está aprendiendo pasos eficaces hacia un futuro tangible y se está transformando en un individuo definido dentro de una realidad social. El niño en crecimiento debe derivar, a cada paso, una sensación vitalizadora de realidad a medida que percibe que su manera individual de dominar la experiencia (su síntesis yoica) constituye una variante exitosa de una identidad grupal y está en concordancia con su espacio-tiempo y su plan de vida.

En este sentido, es imposible engañar a los niños con alabanzas vacías y un estímulo condescendiente. Pueden tener que aceptar el refuerzo artificial de su autoestimación, a falta de algo mejor, pero la identidad de su yo adquiere verdadera fortaleza sólo a partir del reconocimiento sincero y permanente de los logros reales, esto es, los que tienen significado en esa cultura. Hemos intentado expresar esta idea al considerar los problemas de la educación india, pero cedemos el paso a una formulación más lucida<sup>36</sup>:

La doctora Ruth Underhill me describe una reunión con un grupo de ancianos papago en Arizona, durante la cual la autoridad de la casa se dirigió a su nieta de tres años y le pidió que cerrara la puerta. Esta era pesada y difícil de cerrar. La niña hizo el intento, pero no logró moverla. El abuelo repitió varias veces: "Sí, cierra la puerta." Nadie acudió para ayudar a la niña; nadie le quitó su responsabilidad. Por otro lado, no había impaciencia alguna, pues al fin de cuentas la niña era pequeña. Permanecieron sentados gravemente, aguardando a que la niña lograra su cometido, luego de lo cual su abuelo le agradeció con igual gravedad. Se daba por sentado que no se le pediría que realizara esa tarea a menos que estuviera dentro de sus posibilidades y, una vez hecho el pedido, la responsabilidad era sólo de la niña, como si fuera una mujer grande.

Lo esencial de esa educación infantil es que, desde el comienzo, el niño está continuamente condicionado para la participación social respon-

<sup>36</sup> Ruth Benedict, "Continuities and Discontinuities in Cultural Conditioning", *Psychiatry*, I:161-167 (1938).

sable, mientras que, al mismo tiempo, las tareas que se esperan de él están de acuerdo con su capacidad. El contraste con nuestra sociedad es muy grande. Un niño no hace ninguna contribución laboral a nuestra sociedad industrial, excepto cuando entra en competencia con un adulto; su trabajo no se mide según su propia fuerza y habilidad, sino según los exigentes requerimientos industriales. Incluso cuando elogiamos los logros de un niño en el hogar, nos indignamos si se interpreta que tal elogio corresponde al mismo orden que el que se dedica a los adultos. Se alaba al niño porque el progenitor se siente bien dispuesto, esté o no la tarea bien hecha según las normas adultas, y el niño no adquiere ninguna norma razonable que le permita medir su logro. La gravedad con que una familia india cheyenne hace un ceremonioso festejo en torno al primer pinzón de las nieves capturado por el niño está muy alejada de nuestra conducta. En el momento del nacimiento, se le regala al varón un arco y flechas de juguete, y desde el momento en que puede corretear por ahí, el hombre de la familia construye especialmente arcos y flechas adecuados a su estatura. Se le llama la atención sobre animales y pájaros en una serie graduada que comienza con los que se capturan más fácilmente, y cada vez que logra apresar el primer ejemplar de cada especie, su familia lo festeja, aceptando su contribución con tanta gravedad como el búfalo que trae el padre. Cuando finalmente llega a matar un búfalo, ello sólo constituye el último paso de su condicionamiento infantil, y no un nuevo rol adulto con el que su experiencia infantil hubiera estado en divergencia.

Se nos ocurre, entonces, que las teorías sobre el juego que se proponen en nuestra cultura y que se basan en el supuesto de que también en los niños el juego está definido por el hecho de que no se trata de un trabajo, en realidad constituyen tan sólo uno de los múltiples prejuicios según los cuales excluimos a nuestros niños de una temprana fuente para el sentimiento de identidad.

Pero los primitivos configuran un caso muy distinto. Sus culturas son exclusivas. Su imagen del hombre comienza y termina con su idea de un yurok o un sioux fuerte o limpio, en sus sectores definidos de la naturaleza. En nuestra civilización la imagen del nombre está en expansión. A medida que su individuación se acentúa, tiende también a incluir a incontables millones en nuevas regiones, naciones, continentes y clases. Se buscan nuevas síntesis de seguridad económica y emocional en la formación de nuevas entidades nacionales y sociales basadas en identidades más inclusivas.

Las tribus primitivas tienen una relación directa con las fuentes y los medios de la producción. Sus técnicas constituyen extensiones del cuerpo humano; su magia es una proyección de conceptos

corporales. En esos grupos los niños participan en las actividades técnicas y mágicas. El cuerpo y el medio ambiente, la infancia y la cultura pueden estar llenos de peligros, pero todos constituyen un solo mundo. Ese mundo puede ser pequeño, pero es culturalmente coherente. La tendencia expansiva de la civilización, por el otro lado, su estratificación y especialización, impide que los niños incluyan en sus síntesis yoicas más que algunos sectores de la sociedad que es pertinente a su existencia. La historia misma se ha convertido en un medio ambiente temporal al que es necesario adaptarse. Las máquinas, lejos de seguir siendo herramientas y extensiones de las funciones fisiológicas del hombre, destinan organizaciones enteras de personas a ser extensiones de la maquinaria. En algunas clases, la infancia se convierte en un aspecto separado de la vida, con su propio folklóre, su propia literatura.

El estudio de las neurosis contemporáneas, sin embargo, señala la significación de esta brecha entre la educación infantil y la realidad social. Comprobamos que las neurosis contienen intentos inconscientes y fútiles por adaptarse al presente heterogéneo con los conceptos mágicos de un pasado más homogéneo, fragmentos del cual se siguen transmitiendo a través de la educación infantil. Pero los mecanismos de adaptación que contribuyeron alguna vez a la adaptación evolutiva, la integración tribal, la coherencia de casta, la uniformidad nacional, etc., están fuera de lugar en una civilización industrial.

No es de extrañar, entonces, que algunos de nuestros niños perturbados desborden constantemente su juego e inicien una actividad destructiva en la que nos parece que "interfieren" en nuestro mundo; mientras que el análisis revela que sólo desean demostrar su derecho a encontrar en él una identidad. Se niegan a convertirse en una especialidad denominada "niño", que debe jugar a ser grande porque no se le proporciona una oportunidad para ser un pequeño participante en un mundo grande.

#### B. EL HIJO DE UN PILOTO DE BOMBARDERO

Durante la última guerra, uno de mis vecinos, un niño de cinco años, sufrió un cambio en su personalidad: dejó de ser un "nene de mamá" y se convirtió en un chico violento, empecinado y desobediente. El síntoma más inquietante era su tendencia a provocar incendios.

Los padres del niño se habían separado poco antes del estallido de la guerra. La madre y el niño se mudaron a la casa de unas primas, y al declararse la guerra, el padre ingresó a la fuerza aérea. Las primas expresaban a menudo su desdén hacia el padre y cul-

tivaban en el niño rasgos muy infantiles. Así, ser un nene de mamá amenazaba con convertirse en un elemento de identidad más fuerte que ser un hijo de papá. El padre, sin embargo, tuvo una destacada actuación en la guerra y, de hecho, se convirtió en un héroe. En ocasión de su primera licencia, el niño tuvo la experiencia de ver al hombre a quien se le había advertido que no debía imitar convertido en el objeto de la admiración de todo el vecindario. La madre anunció que no seguiría adelante con sus planes de divorcio. El padre regresó al frente y pronto desapareció sobre Alemania.

Después de la partida y la muerte del padre, el niño cariñoso y dependiente comenzó a exhibir síntomas cada vez más inquietantes de destructividad y desafío, que culminaron en la provocación de incendios. Él mismo dio la clave de su cambio cuando, al protestar por una paliza que le diera la madre, señaló una pila de leña a la que había prendido fuego y exclamó (en términos más infantiles): "Si ésta fuera una ciudad alemana, me alabaría por hacerlo". Así indicó que al provocar incendios fantaseaba pilotear un bombardero como el padre, que le había hablado de sus hazañas.

Sólo podemos adivinar la naturaleza del conflicto del niño, pero creo que vemos aquí la identificación de un hijo con su padre, como resultado de un conflicto súbitamente incrementado, hacia el final de la etapa edípica. El padre, al principio exitosamente reemplazado por el muchachito "bueno", se convierte de pronto en un ideal revitalizado y en una amenaza concreta, un competidor por el amor de la madre. Así desvaloriza radicalmente las identificaciones femeninas del niño. A fin de salvarse de la desorientación sexual y social, el niño debe reagrupar sus identificaciones en el menor tiempo posible; pero justo entonces el gran competidor muere a manos del enemigo, hecho que aumenta la culpa por el sentimiento competitivo mismo y compromete la nueva iniciativa masculina del niño, que se vuelve así inadaptada.

Un niño tiene muchísimas oportunidades para identificarse, en forma más o menos experimental, con hábitos, rasgos, ocupaciones e ideas de personas reales o ficticias de ambos sexos. Ciertas crisis lo obligan a hacer selecciones radicales. No obstante, la era histórica en la que vive le ofrece sólo un número limitado de modelos socialmente significativos para combinaciones posibles de identificaciones fragmentarias. Su utilidad depende de la forma en que satisfacen simultáneamente los requisitos de una etapa de maduración del organismo y los hábitos de síntesis del yo.

Para mi pequeño vecino, el rol de piloto de un bombardero debe haber sugerido una posible síntesis de los diversos elementos

incluidos en una identidad naciente: su temperamento (vigoroso); su etapa de maduración (fálico-uretral-locomotora); su etapa social (edípica) y su situación social; sus capacidades (musculares, mecánicas); el temperamento de su padre (un gran soldado antes que un triunfador en la vida civil); y un prototipo histórico contemporáneo (héroe agresivo). Cuando esta síntesis tiene éxito, una muy sorprendente coagulación de reacciones constitucionales, temperamentales y aprendidas puede producir una exuberancia del crecimiento y logros inesperados. Cuando fracasa, lleva a un severo conflicto, a menudo expresado como sorpresiva mala conducta o delincuencia. Pues si un niño llegara a sentir que el medio ambiente trata de despojarlo en forma demasiado radical de todas las formas de expresión que le permiten desarrollar e integrar el próximo paso en su identidad, se defenderá con la sorprendente fuerza que despliegan los animales cuando se ven súbitamente obligados a defender su vida. Y, de hecho, en la jungla social de la existencia humana no es posible sentirse vivo sin un sentimiento de identidad propia. La privación de la identidad puede llevar al crimen.

No me hubiera atrevido a especular sobre los conflictos del pequeño piloto de bombardero si no hubiera encontrado elementos para una solución acorde con nuestra interpretación. Cuando el peor momento de la peligrosa iniciativa de este niño hubo pasado, se observó que se dedicaba a descender a toda velocidad por la ladera de una colina montado en su bicicleta, poniendo en peligro, asustando y no obstante evitando diestramente a otros chicos. Estos gritaban, se reían, y en cierta forma lo admiraban por lo que hacía. Al observarlo, y escuchar los extraños ruidos que emitía, no pude dejar de pensar que nuevamente se imaginaba en un aeroplano cumpliendo una misión de bombardeo. Pero al mismo tiempo, aumentaba su dominio lúdico sobre su locomoción; ejercitaba cierta circunspección en su ataque y se convertía en un admirado virtuoso de la bicicleta.

Este ejemplo debería enseñarnos que la reeducación debe aprovechar las fuerzas movilizadas para la integración lúdica. Por otro lado, la desesperada intensidad de muchos síntomas debe entenderse como la defensa de un paso en el desarrollo de la identidad que promete al niño la integración de los rápidos cambios que tienen lugar en todas las áreas de su vida. Lo que el observador ve como una manifestación particularmente poderosa del instinto desnudo a menudo sólo constituye una súplica desesperada por el permiso necesario para sintetizar y sublimar en la única forma posible. Por lo tanto, cabe esperar que nuestros jóvenes pacientes sólo respondan a las medidas terapéuticas que los ayudan a adqui-

rir los prerequisites para el completamiento exitoso de su identidad. La terapia y la orientación pueden tratar de reemplazar los ítems menos deseables por otros más convenientes, pero la configuración total de los elementos de la identidad en desarrollo pronto se vuelve inalterable. Se deduce así que la terapia y la orientación por parte de profesionales están destinadas al fracaso cuando la cultura se niega a proporcionar una base temprana para una identidad y cuando faltan las oportunidades para adaptaciones posteriores adecuadas.

Mi pequeño vecino ilustra un problema general. La identidad psicosocial se desarrolla a partir de una integración gradual de todas las identificaciones, pero aquí el todo tiene una cualidad diferente de la de la suma de sus partes. Bajo circunstancias favorables los niños tienen el núcleo de una identidad separada desde comienzos de la vida; a menudo deben defenderlo incluso contra la necesidad de sobreidentificarse con uno de sus padres o con ambos. Resulta difícil estudiar estos procesos en los pacientes, porque el sí mismo neurótico se ha convertido por definición en la víctima presa de sobreidentificaciones que aíslan al pequeño individuo tanto de su identidad incipiente como de su medio ambiente.

### C. IDENTIDAD NEGRA

Pero, ¿qué ocurre si el "medio ambiente" está decidido a dejar vivir sólo al precio de una pérdida permanente de la identidad?

Considémoslo, por ejemplo, las posibilidades que tiene el niño negro norteamericano para una continuidad en la identidad. Conozco un niño de color que, como nuestros chicos, escucha todas las noches el programa de Red Rider. Luego se va a la cama, e imagina que es Red Rider. Pero llega el momento en que se ve galopando en persecución de algunos bandidos enmascarados y observa de pronto que su Red Rider de la fantasía es un hombre de color. La fantasía se interrumpe. Aunque pequeño, este niño era extremadamente expresivo, tanto en sus placeres como en sus aflicciones. Hoy es un individuo sereno que sonríe siempre; su lenguaje es suave y poco nítido; nada puede apresurarlo o preocuparlo... o complacerlo. Los blancos le tienen simpatía.

Los niños negros reciben a menudo satisfacciones sensoriales que les proporcionan un excedente oral y sensorial suficiente para toda una vida, como lo revela claramente la forma en que se mueven, ríen, hablan y cantan. Su forzosa simbiosis con el sur feudal explotó este tesoro oral-sensorial y contribuyó a construir una identidad de esclavo: suaves, sometidos, dependientes, algo quejicosos,

pero siempre listos para servir, con ocasional empatía y sabiduría infantil. Pero por debajo de todo eso se produjo una peligrosa división. La inevitable identificación del negro con la raza dominante, y la necesidad de esta última de proteger su propia identidad contra las mismas tentaciones sensuales y orales que emanaban de la raza a la que tenía por inferior (y de la que provenían sus amas de cría), estableció en ambos grupos una asociación: pálido-limpio-inteligente-blanco, y oscuro-sucio-tonto-negro. El resultado, sobre todo en los negros que abandonaron el paupérrimo refugio de sus hogares sureños, fue a menudo un aprendizaje violentamente súbito y cruel en higiene, como lo demuestran las autobiografías de escritores negros. Es como si a través de la limpieza pudiera alcanzarse una identidad más blanca. El consiguiente desencanto se transmite a la etapa fálico-locomotora, cuando las restricciones en cuanto al color de la muchacha con la que es posible soñar interfiere la libre transferencia de la sensualidad narcisista original a la esfera genital. Se forman así tres identidades: 1) el "tesorito" oral-sensual, tierno, expresivo, rítmico; 2) la identidad mala del negro sucio, anal-sádico, fálico-violador, y 3) el "negro amigo del blanco" limpio, anal-compulsivo, restringido, cordial, pero siempre triste.

Las supuestas oportunidades que se le ofrecen al negro que emigra, a menudo sólo resultan ser una prisión aún más estrecha que pone en peligro su identidad históricamente exitosa (la de esclavo) y no logra asegurar una reintegración de los otros fragmentos de identidad mencionados. Tales fragmentos, entonces, se vuelven dominantes bajo la forma de caricaturas raciales que son subrayadas y estereotipadas por la industria del entretenimiento. Cansado de su propia caricatura, el hombre de color a menudo se retira a una invalidez hipocondríaca, como un estado análogo a la dependencia y la relativa seguridad de la restricción definida en el sur: una regresión neurótica a la identidad yoica del esclavo.

He mencionado el hecho de que los indios mestizos en áreas donde casi nunca se ven negros se refieren a sus hermanos de sangre pura con términos despectivos, indicando así el poder de las imágenes nacionales predominantes que sirve como contrapunto de las imágenes ideales y malas en el inventario de prototipos disponibles. Ningún individuo puede escapar a esta oposición de imágenes, que impregna a hombres y mujeres, a las mayorías y las minorías, y a todas las clases de una unidad nacional o cultural dada. El psicoanálisis muestra que la identidad mala inconsciente (constituída por todo lo que provoca una identificación negativa, esto es, el deseo de no parecerse a ella), está compuesta por imágenes del cuerpo violado (castrado), el exgrupo étnico y la minoría

explotada. Así, un hombre marcadamente viril, en sus sueños y prejuicios demuestra experimentar el tremendo temor de llegar a exhibir los sentimientos de una mujer, el sometimiento de un negro o la intelectualidad de un judío. Pues el yo, en el curso de sus esfuerzos tendientes a la síntesis, intenta resumir los prototipos malo e ideal más poderosos (los contendientes finales, por así decirlo) y con ellos todas las imágenes existentes sobre superior e inferior, bueno y malo, masculino y femenino, libre y esclavo, potente e impotente, hermoso y feo, rápido y lento, alto y bajo, en una simple alternativa, a fin de librar una sola batalla y utilizar una sola estrategia a partir de un número desconcertante de escaramuzas.

Si bien los niños pueden sentir que los negros han adquirido ese color debido a una acumulación de suciedad, aquéllos pueden considerar que los blancos son una forma desteñida del hombre de color. En cualquiera de los dos casos, existe la idea de algo lavable.

Todos los hombres nacieron negros, y los que se volvieron blancos simplemente tuvieron más sentido común. El ángel del Señor descendió y les dijo a todos que se reunieran el cuarto viernes cuando se ocultara la luna, y se lavaran en el Jordán. Les explicó que todos se volverían blancos y que se les encierraría el cabello. El ángel predicaba y predicaba, pero esos negros tontos no le prestaban atención. Un ángel no puede enseñar nada a un negro. Cuando llegó el cuarto viernes, muy pocos de ellos se dirigieron al río y comenzaron a fregarse. El río estaba muy bajo. No era como el viejo Mississippi —con perdón del río del Señor— no era más que un arroyuelo. Había que ver esa multitud de negros sentados sobre la cerca, burlándose de los que se lavaban, burlándose y censurando a los demás. Más negros de los que jamás se ven en Vicksburg en los días de circo.

Los que se habían metido en el río seguían fregándose y lavándose, sobre todo el cabello para sacarse las motas. La vieja Tía Grinny Granny —bisabuela de todos los negros— estuvo sentada en un tronco todo el día, comiendo queso y galletas y burlándose de los que se lavaban. Cuando llegó la oscuridad, dio un salto y golpeó las manos: "¡Por Dios, esos negros están volviéndose blancos!" Grinny Granny se sacó el pañuelo de la cabeza y se tambaleó hasta la orilla para lavarse el cabello, y entonces todos los negros tontos la siguieron. Pero el agua se había agotado, sólo quedaban unas gotitas en el fondo, apenas bastante para humedecerse las palmas de las manos y las plantas de los pies. Y por eso es que los negros son blancos en esos lugares<sup>87</sup>.

<sup>87</sup> Miembros de Federal Writers' Projects, *Phrases of the People*, The Viking Press, Nueva York, 1937.

Aquí el folklore utiliza un factor que el prejuicio racial (compartido por negros y blancos por igual) tiene en común con el prejuicio sexual (también compartido, muy en lo hondo, por hombres y mujeres). Se supone que el factor diferenciante, se trate del color más oscuro de la piel o de la forma no masculina de los genitales, es algo que le ha *ocurrido* a los menos dotados, bajo la forma de algún descuido o castigo; y se lo trata en forma más o menos manifiesta como una deshonra.

El negro, desde luego, es sólo el caso más flagrante de una minoría norteamericana que, por la presión de la tradición y la limitación de las oportunidades, se ve obligado a identificarse con sus propios fragmentos de identidad mala, poniendo así en peligro la participación en una identidad norteamericana que pueda haber logrado.

Así, lo que podría denominarse el espacio-tiempo yoico del individuo preserva la topología social de su medio ambiente infantil así como la imagen de su propio cuerpo, con sus connotaciones sociales. Para estudiarlos resulta necesario correlacionar la historia de la infancia de un paciente con la historia de la residencia sedentaria de su familia en áreas prototípicas (este), en áreas "atrasadas" (sur), o en áreas "progresistas" (regiones del oeste y del norte), a medida que dichas áreas se fueron incorporando a la versión norteamericana de la identidad cultural anglosajona; la migración de su familia desde, a través y hacia áreas que en diversos períodos pueden haber representado el polo sedentario extremo o el polo migratorio extremo del carácter norteamericano en desarrollo; las conversiones o divergencias religiosas de la familia, con sus consecuencias con respecto a la clase social; los intentos abortivos de llegar a estandarizarse en un determinado nivel de clase y la pérdida o el abandono de ese nivel. De suma importancia es el fragmento de la historia familiar que proporcionó el último sentido profundo de identidad cultural.

Todo esto pone de manifiesto los peligros que acechan al norteamericano perteneciente a un grupo minoritario, quien, después de superar con todo éxito una etapa marcada y bien guiada de autonomía, pasa a la etapa más decisiva de la infancia norteamericana: la de la iniciativa y la industria. Como ya se señaló, los grupos minoritarios con un menor grado de americanización a menudo gozan del privilegio de una temprana infancia más sensual. Su crisis tiene lugar cuando sus madres, que han perdido la confianza en sí mismas y utilizan correctivos repentinos, a fin de acercarse al vago pero penetrante ideal anglosajón, crean violentas discontinuidades, o bien cuando los niños mismos aprenden a repudiar a sus madres sensuales y sobreprotectoras como tenta-

ciones y como un obstáculo para la formación de una personalidad más norteamericana.

En general, cabe afirmar que las escuelas norteamericanas logran cumplir con la difícil tarea de inculcar a los niños del jardín de infantes y los grados primarios un espíritu de autoconfianza e iniciativa. Estos niños parecen notablemente libres de prejuicio y temor, preocupados como todavía están por crecer y aprender y dedicados a los nuevos placeres de la asociación al margen de sus familias. A fin de evitar el sentimiento de inferioridad individual, esto debe llevar a una esperanza de "asociación industrial", de igualdad con todos aquellos que se dedican con todo entusiasmo a las mismas habilidades y aventuras en el aprendizaje. Los éxitos individuales, por otro lado, sólo sirven para exponer a los niños, ahora abiertamente alentados, de orígenes mixtos y con dotes algo desviadas al choque de la adolescencia norteamericana: la estandarización de la individualidad y la intolerancia frente a las "diferencias".

Hemos dicho que una identidad yoica perdurable no puede comenzar a existir sin la confianza de la primera etapa oral; no puede completarse sin una promesa de realización que, desde la imagen dominante de la adultez se extiende hasta los comienzos del niño y que, a través de la prueba tangible de la salud social, crea a cada paso de la infancia y de la adolescencia un creciente sentimiento de fortaleza yoica. Así, antes de considerar otros problemas de la identidad en nuestro tiempo, debemos reconocer ahora el lugar que ocupa la identidad en el ciclo de la vida humana. El próximo capítulo presenta una lista de cualidades yoicas que surgen de períodos críticos del desarrollo, criterios (uno de los cuales es la identidad), por los cuales el individuo demuestra que su yo, en una etapa determinada, es bastante fuerte como para integrar el programa de desarrollo del organismo con la estructura de las instituciones sociales.

## CAPÍTULO 7

## OCHO EDADES DEL HOMBRE

1. CONFIANZA BÁSICA VERSUS  
DESCONFIANZA BÁSICA

LA PRIMERA demostración de confianza social en el niño pequeño es la facilidad de su alimentación, la profundidad de su sueño y la relación de sus intestinos. La experiencia de una regulación mutua entre sus capacidades cada vez más receptivas y las técnicas maternas de abastecimiento; lo ayuda gradualmente a contrarrestar el malestar provocado por la inmadurez de la homeostasis con que ha nacido. En sus horas de vigilia, cuyo número va en aumento, comprueba que aventuras cada vez más frecuentes de los sentidos despiertan una sensación de familiaridad, de coincidencia con un sentimiento de bondad interior. Las formas del bienestar, y las personas asociadas a ellas, se vuelven tan familiares como el corrosivo malestar intestinal. El primer logro social del niño, entonces, es su disposición a permitir que la madre se aleje de su lado sin experimentar indebida ansiedad o rabia, porque aquélla se ha convertido en una certeza interior así como en algo exterior previsible. Tal persistencia, continuidad e identidad de la experiencia proporcionan un sentimiento rudimentario de identidad yica que depende, según creo, del reconocimiento de que existe una población interna de sensaciones e imágenes recordadas y anticipadas que están firmemente correlacionadas con la población externa de cosas y personas familiares y previsibles.

Lo que aquí llamamos confianza coincide con el término utilizado por Therese Benedek. Si prefiero esta palabra es porque hay en ella más ingenuidad y mutualidad: se puede decir que un niño tiene confianza y, en cambio, sería ir demasiado lejos afirmar que experimenta seguridad. Además, el estado general de confianza implica no sólo que uno ha aprendido a confiar en la mismidad y la continuidad de los proveedores externos, sino también que uno puede confiar en uno mismo y en la capacidad de los propios órganos para enfrentar las urgencias, y que uno es capaz de conside-

rarse suficientemente digno de confianza como para que los proveedores no necesiten estar en guardia para evitar un mordisco.

El ensayo y la verificación constantes de la relación entre adentro y afuera tiene su prueba crucial durante las rabietas de la etapa del morder, cuando los dientes provocan dolor desde adentro y cuando los amigos externos demuestran no servir de mucho o se apartan de la única acción que parece ofrecer algún alivio: morder. No se trata de que la aparición de los dientes provoque todas las horribles consecuencias que a veces se le atribuyen. Como ya se señaló, el niño se ve ahora llevado a "tomar" más, pero las presencias deseadas tienden a eludirlo: el pezón y el pecho, y la atención y el cuidado concentrados de la madre. La aparición de los dientes parece tener una significación prototípica y podría muy bien constituir el modelo de la tendencia masoquista a lograr un bienestar cruel disfrutando con el propio dolor toda vez que a uno le resulta imposible impedir una pérdida significativa.

En psicopatología, la mejor manera de estudiar la ausencia de confianza básica consiste en observarla en la esquizofrenia infantil, mientras que la debilidad subyacente de esa confianza a lo largo de toda una vida resulta evidente en las personalidades adultas en las que es habitual un retraimiento hacia estados esquizoides y depresivos. Se ha comprobado que en tales casos, el restablecimiento de un estado de confianza constituye el requisito básico para la terapia, pues cualesquiera hayan sido las circunstancias que provocaron un derrumbe psicótico, el carácter bizarro y el retraimiento de la conducta de muchos individuos muy enfermos oculta un intento por recuperar la mutualidad social mediante una verificación de las líneas fronterizas entre los sentidos y la realidad física, entre las palabras y los significados sociales.

El psicoanálisis supone que el temprano proceso de diferenciación entre adentro y afuera es el origen de la proyección y la introyección que permanecen como dos de nuestros más profundos y peligrosos mecanismos de defensa. En la introyección sentimos y actuamos como si una bondad exterior se hubiera convertido en una certeza interior. En la proyección, experimentamos un daño interno como externo: atribuimos a personas significativas el mal que en realidad existe en nosotros. Se supone, entonces, que estos dos mecanismos, la proyección y la introyección, están modelados según lo que tiene lugar en los niños cuando éstos quieren externalizar el dolor e internalizar el placer, intento que en última instancia debe ceder ante el testimonio de los sentidos en maduración y, en última instancia, de la razón. En la edad adulta, estos mecanismos reaparecen, más o menos normalmente, en las crisis agudas del amor, la confianza y la fe y pueden caracterizar

las actitudes irracionales hacia los adversarios y los enemigos en las masas de individuos "maduros".

El firme establecimiento de patrones perdurables para la solución del conflicto nuclear de la confianza básica versus la desconfianza básica en la mera existencia constituye la primera tarea del yo, y por ende, en primer lugar, una tarea para el cuidado materno. Pero corresponde decir aquí que la cantidad de confianza derivada de la más temprana experiencia infantil no parece depender de cantidades absolutas de alimento o demostraciones de amor, sino más bien de la cualidad de la relación materna. Las madres crean en sus hijos un sentimiento de confianza mediante ese tipo de manejo que en su cualidad combina el cuidado sensible de las necesidades individuales del niño y un firme sentido de confiabilidad personal dentro del marco seguro del estilo de vida de su cultura. Esto crea en el niño la base para un sentimiento de identidad que más tarde combinará un sentimiento de ser "aceptable", de ser uno mismo y de convertirse en lo que la otra gente confía en que uno llegará a ser. Por lo tanto, dentro de ciertos límites previamente definidos como los "debe" del cuidado infantil, hay pocas frustraciones en ésta o en las etapas siguientes que el niño en crecimiento no pueda soportar, si la frustración lleva a la experiencia siempre renovada de una mayor mismidad y una continuidad más marcada del desarrollo, a una integración final del ciclo de vida individual con algún sentimiento de pertenencia significativa más amplia. Los padres no sólo deben contar con ciertas maneras de guiar a través de la prohibición y el permiso, sino que también deben estar en condiciones de representar para el niño una convicción profunda, casi somática, de que todo lo que hacen tiene un significado. En última instancia, los niños no se vuelven neuróticos a causa de frustraciones, sino de la falta o la pérdida de significado social en esas frustraciones.

Pero incluso bajo las circunstancias más favorables, esta etapa parece introducir en la vida psíquica un sentimiento de división interior y de nostalgia universal por un paraíso perdido, del que se convierte en prototipo. La confianza básica debe mantenerse a través de toda la vida precisamente frente a esta poderosa combinación de un sentimiento de haber sido despojado, dividido, y abandonado.

Cada etapa y crisis sucesiva tiene una relación especial con uno de los elementos básicos de la sociedad, y ello por la simple razón de que el ciclo de la vida humana y las instituciones del hombre han evolucionado juntos. En este capítulo sólo podemos mencionar, después de describir cada etapa, qué elemento básico de la organización social está relacionado con ella. Se trata de

una relación doble: el hombre trae a esas instituciones los restos de su mentalidad infantil y su fervor juvenil, y recibe de ellas, siempre y cuando logren conservar su realidad, un refuerzo para sus adquisiciones infantiles.

La fe de los padres que sustenta la confianza que emerge en el recién nacido, ha buscado a través de toda la historia su salvaguardia institucional (y ha encontrado a veces su más grande enemigo) en la religión organizada. La confianza nacida del cuidado es, de hecho, la piedra de toque de la *realidad* de una religión dada. Todas las religiones tienen en común el abandono periódico de tipo infantil en manos de un Proveedor o proveedores que dispensan fortuna terrenal así como salud espiritual; alguna demostración de la pequeñez del hombre a través de una postura disminuida y un gesto humilde; la admisión en la plegaria y en la canción de malas acciones, de malos pensamientos y malas intenciones; una ferviente súplica de unificación interior a través de la guía divina; y, por último, la comprensión de que la confianza individual debe convertirse en una fe común, la desconfianza individual en un mal comúnmente formulado mientras que la restauración del individuo debe llegar a formar parte de la práctica ritual de muchos y convertirse en un signo de confiabilidad en la comunidad<sup>38</sup>. Hemos ilustrado la forma en que las tribus que se manejan con un solo sector de la naturaleza desarrollan una magia colectiva que parece tratar a los Proveedores Sobrenaturales del alimento y la fortuna como si estuvieran enojados y fuera necesario apaciguarlos a través de la plegaria y la autotortura. Las religiones primitivas, la capa más primitiva en todas las religiones, y la veta religiosa en cada individuo, abundan en esfuerzos de expiación que intentan compensar vagas acciones cometidas contra una matriz materna y restablecer la fe en la bondad de los propios esfuerzos y en la de los poderes del universo.

Cada sociedad y cada edad deben encontrar la forma institucionalizada de veneración que deriva vitalidad de su imagen del mundo, de la predestinación a la indeterminación. El clínico sólo puede observar que muchos se enorgullecen de carecer de una religión a pesar de que sus hijos sufren las consecuencias de esa carencia. Por otro lado, hay muchos que parecen derivar una fe vital de la acción social o la actividad científica. Y, asimismo, hay muchos que profesan una fe, pero en la práctica desconfían de la vida y del hombre.

<sup>38</sup> Este es el aspecto comunitario y psicosocial de la religión. Su relación a menudo paradójica con la espiritualidad del individuo no constituye un tema que pueda tratarse en forma breve y superficial (véase *Young Man Luther*). (E. H. E.)

## 2. AUTONOMÍA VERSUS VERGÜENZA Y DUDA

Al describir el crecimiento y las crisis del ser humano como una serie de actitudes básicas alternativas tales como confianza y desconfianza, recurrimos al término "sentimiento de", aunque al igual que un "sentimiento de salud", o un "sentimiento de no estar bien", u otros similares, se infiltra en la superficie y la profundidad, en la conciencia y en el inconsciente. Son pues, al mismo tiempo, maneras de *experimentar* accesibles a la introspección; maneras de *comportarse*, observables por otros; y *estados interiores* inconscientes que resulta posible determinar a través de tests y del análisis. Es importante tener presente estas tres dimensiones a medida que avancemos.

La maduración muscular prepara el escenario para la experimentación con dos series simultáneas de modalidades sociales: aferrar y soltar. Como ocurre con todas esas modalidades, sus conflictos básicos pueden llevar en última instancia a expectativas y actitudes hostiles o bondadosas. Así, aferrar puede llegar a significar retener o restringir en forma destructiva y cruel, y puede convertirse en un patrón de cuidado: tener y conservar. Asimismo, soltar puede convertirse en una liberación hostil de fuerzas destructivas, o bien en un afable "dejar pasar" y "dejar vivir".

Por lo tanto, el control exterior en esta etapa debe ser firmemente tranquilizador. El niño debe llegar a sentir que la fe básica en la existencia, que es el tesoro perdurable salvado de las rabietas de la etapa oral, no correrá peligro ante su súbito cambio de actitud, este deseo repentino y violento de elegir por su propia cuenta, de apoderarse de cosas con actitud exigente y de eliminar empujamiento. La firmeza debe protegerlo contra la anarquía potencial de su sentido de discriminación aún no adiestrado, su incapacidad para retener y soltar con discreción. Al tiempo que su medio ambiente lo alienta "a pararse sobre sus propios pies", debe protegerlo también contra las experiencias arbitrarias y carentes de sentido de la vergüenza y la temprana duda.

Este último peligro es el que mejor conocemos, pues si se niega al niño la experiencia gradual y bien guiada de la autonomía de la libre elección (o si se la debilita mediante una pérdida inicial de la confianza) aquél volverá contra sí mismo toda su urgencia de discriminar y manipular. Se sobremanipulará a sí mismo, desarrollará una conciencia precoz. En lugar de tomar posesión de las cosas, a fin de ponerlas a prueba mediante una repetición intencional, llegará a obsesionarse con su propia repetitividad. Mediante tal obsesión, desde luego, aprende entonces a reposer el

medio ambiente y a adquirir poder mediante un control empujado y detallado, donde le resulta imposible encontrar una regulación mutua en gran escala. Esa falsa victoria es el modelo infantil para una neurosis compulsiva. También constituye la fuente infantil de intentos posteriores en la vida adulta por gobernar según la letra y no según el espíritu.

La vergüenza es una emoción insuficientemente estudiada, porque en nuestra civilización se ve muy temprana y fácilmente absorbida por la culpa. La vergüenza supone que uno está completamente expuesto y consciente de ser mirado: en una palabra, consciente de uno mismo. Uno es visible y no está preparado para ello; a ello se debe que soñemos con la vergüenza como una situación en la que nos observan fijamente mientras estamos desnudos, con ropa de dormir o, "con los pantalones bajos". La vergüenza se expresa desde muy temprano en un impulso a ocultar el rostro, a hundirse, en ese preciso instante, en el suelo. Pero creo que se trata en esencia de rabia vuelta contra el sí mismo. Quien se siente avergonzado quisiera obligar al mundo a no mirarlo, a no observar su desnudez. Quisiera destruir los ojos del mundo. En cambio, lo único que puede desear es su propia invisibilidad. Esta potencialidad se utiliza abundantemente en el método educativo que consiste en "avergonzar" y que algunos pueblos primitivos utilizan en forma tan exclusiva. La vergüenza visual precede a la culpa auditiva, que es un sentimiento de maldad que uno experimenta en total soledad, cuando nadie observa y cuando todo está en silencio, excepto la voz del superyó. Esa vergüenza explota un creciente sentimiento de pequeñez, que puede desarrollarse sólo cuando el niño es capaz de ponerse de pie y percibir las medidas relativas de tamaño y poder.

La provocación excesiva de vergüenza no lleva al niño a una corrección genuina, sino a una secreta decisión de tratar de hacer las cosas impunemente, sin que nadie lo vea, cuando no trae como resultado una desafiante desvergüenza. Hay una notable balada norteamericana en la que un asesino a quien se colgará ante los ojos de la comunidad, en lugar de sentirse justamente castigado, comienza a burlarse de los presentes, concluyendo cada frase de desafío con estas palabras: "Dios maldiga vuestros ojos". Más de un niño pequeño, al que se ha hecho avergonzar más allá de lo que puede soportar, experimenta permanentes deseos (aunque sin contar con el valor o las palabras) de expresar su desafío en términos similares. Lo que quiero dar a entender a través de esta siniestra referencia es que hay un límite para la capacidad del niño y el adulto para soportar la exigencia de que se considere a sí mismo, su cuerpo y sus deseos, como malos y sucios, y para su

creencia en la infalibilidad de quienes emiten ese juicio. Puede mostrarse propenso a dar vuelta las cosas, a considerar como malo sólo el hecho de que esas personas existen: su oportunidad llegará cuando se hayan ido, o cuando él se haya alejado.

La duda es hermana de la vergüenza. Cuando la vergüenza depende de la conciencia de estar vertical y expuesto, la duda, según me lleva a creer la observación clínica, tiene mucho que ver con la conciencia de tener un reverso y un anverso, y sobre todo un "detrás". Pues esa área del cuerpo, con su foco agresivo y libidinal en los esfínteres y en las nalgas, queda fuera del alcance de los ojos del niño, y en cambio puede estar dominada por la voluntad de los otros. El "detrás" es el continente oscuro del pequeño ser, un área del cuerpo que puede ser mágicamente dominada y efectivamente invadida por quienes se muestran dispuestos a atacar el propio poder de autonomía y quienes califican en términos duros esos productos de los intestinos que el niño sintió como buenos al expulsarlos. Este sentimiento básico de duda con respecto a todo lo que uno ha dejado atrás, constituye un sustrato para formas posteriores y más verbales de duda compulsiva; encuentra su expresión adulta en temores paranoicos concernientes a perseguidores ocultos y a persecuciones secretas que amenazan desde atrás (y desde adentro de ese atrás).

Esta etapa, por lo tanto, se vuelve decisiva para la proporción de amor y odio, cooperación y terquedad, libertad de autoexpresión y su supresión. Un sentimiento de autocontrol sin la pérdida de la autoestimación da origen a un sentimiento perdurable de buena voluntad y orgullo; un sentimiento de pérdida del autocontrol y de un sobrecontrol foráneo da origen a una propensión perdurable a la duda y la vergüenza.

Si algún lector considera que las potencialidades "negativas" de nuestras etapas están en todo esto algo exageradas, debemos recordarle que no se trata tan sólo del resultado de una preocupación por los datos clínicos. Los adultos, incluyendo a los aparentemente maduros y no neuróticos, se muestran muy susceptibles con respecto a una posible y vergonzosa pérdida de prestigio y un temor a ser atacados "por detrás", lo cual no sólo es sumamente irracional y contradictorio con respecto al conocimiento que poseen, sino que puede ser de tremenda importancia si ciertos sentimientos relacionados influyen, por ejemplo, sobre las actitudes interraciales e internacionales.

Hemos relacionado la confianza básica con la institución de la religión. La necesidad perdurable del individuo de que su voluntad esté reafirmada y delineada dentro de un orden adulto de cosas que al mismo tiempo reafirma y delinea la voluntad de los

otros, tiene una salvaguardia institucional en el *principio de la ley y el orden*. En la vida diaria tanto como en los tribunales superiores de justicia —nacionales e internacionales— este principio asigna a cada uno sus privilegios y limitaciones, sus obligaciones y sus derechos. Un sentido de dignidad apropiada y de independencia legítima por parte de los adultos que lo rodean, proporciona al niño de buena voluntad la expectativa confiada de que la clase de autonomía promovida en la infancia no llevará a una duda o vergüenza indebida en la vida posterior. Así, el sentimiento de autonomía fomentado en el niño y modificado a medida que la vida avanza, sirve para la preservación en la vida económica y política de un sentido de la justicia, y a su vez es fomentado por este último.

### 3. INICIATIVA VERSUS CULPA

En todas las etapas hay en cada niño un nuevo milagro de desenvolvimiento vigoroso, que constituye una nueva esperanza y una nueva responsabilidad para todos. Tal es el sentido y la cualidad esencial de la iniciativa. Los criterios para todos estos sentidos y cualidades son los mismos: una crisis, más o menos caracterizada por tanteos y temores, se resuelve en tanto el niño parece repentinamente "integrarse", tanto en su persona como en su cuerpo. Parece "más él mismo", más cariñoso, relajado y brillante en su juicio, más activo y activador. Está en libre posesión de un excedente de energía que le permite olvidar rápidamente los fracasos y encarar lo que parece deseable (aunque también parezca incierto e incluso peligroso), con un sentido direccional íntegro y más preciso. La iniciativa agrega a la autonomía la cualidad de la empresa, el planeamiento y el "ataque" de una tarea por el mero hecho de estar activo y en movimiento, cuando anteriormente el empeñamiento inspiraba las más de las veces actos de desafío o, por lo menos, protestas de independencia.

Sé que para muchos la palabra "iniciativa" tiene una connotación norteamericana e industrial. Con todo, la iniciativa es una parte necesaria de todo acto, y el hombre necesita un sentido de la iniciativa para todo lo que aprende y hace, desde recoger fruta hasta un sistema empresarial.

La etapa ambulatoria y la de la genitalidad infantil suman al inventario de modalidades sociales básicas la de "conquistar", primero en el sentido de "buscar el propio beneficio"; no hay para expresarlo ninguna palabra más simple y más intensa; sugiere placer en el ataque y la conquista. En el varón, el acento permanece

puesto en los modos fálico-intrusivos; en la niña, se vuelca a modos de "atrapar" con una actitud más agresiva de arrebatar o en la forma más sutil de hacerse atractiva y despertar afecto.

El peligro de esta etapa radica en un sentimiento de culpa con respecto a las metas planeadas y los actos iniciados en el propio placer exuberante experimentado ante el nuevo poder locomotor y mental: los actos de manipulación y coerción agresivas que pronto van mucho más allá de la capacidad ejecutiva del organismo y la mente y, por lo tanto, requieren una detención enérgica de la iniciativa planeada. Mientras que la autonomía tiene como fin mantener alejados a los rivales potenciales y, por lo tanto, puede llevar a una rabia llena de celos dirigida la mayoría de las veces contra los hermanos menores, la iniciativa trae apareada la rivalidad anticipatoria con los que han llegado primero y pueden, por lo tanto, ocupar con su equipo superior el campo hacia el que está dirigida la propia iniciativa. Los celos y la rivalidad infantiles, esos intentos a menudo amargos y no obstante esencialmente inútiles por delimitar una esfera de privilegio indiscutido, alcanzan ahora su culminación en una lucha final por una posición de privilegio frente a la madre; el habitual fracaso lleva a la resignación, la culpa y la ansiedad. El niño tiene fantasías de ser un gigante y un tigre, pero en sus sueños huye aterrorizado en defensa de su vida. Esta es, entonces, la etapa del "complejo de castración", el temor intensificado de comprobar que los genitales, ahora enérgicamente erotizados han sufrido un daño como castigo por las fantasías relacionadas con su excitación.

La sexualidad infantil y el tabú del incesto, el complejo de castración y el superyó, se unen aquí para provocar esa crisis específicamente humana durante la cual el niño debe dejar atrás su apego exclusivo y pregenital a los padres e iniciar el lento proceso de convertirse en un progenitor y en un portador de la tradición. Aquí se produce la más terrible división y transformación en la central energética emocional, una división entre la gloria humana potencial y la destrucción total potencial, pues aquí el niño queda dividido para siempre en su interior. Los fragmentos instintivos que antes habían fomentado el crecimiento de su cuerpo y su mente infantiles ahora se dividen en un grupo infantil que perpetúa la exuberancia de los potenciales del crecimiento y un grupo correspondiente a los padres que sustenta e incrementa la autoobservación, la autoorientación y el autocastigo.

Una vez más se trata de un problema de regulación mutua. Cuando el niño, tan dispuesto ahora a sobremanipularse, puede desarrollar gradualmente un sentido de responsabilidad moral, cuando puede alcanzar cierta comprensión de las instituciones, las

funciones y los roles que permiten su participación responsable, encuentra un logro placentero en el manejo de herramientas y armas, de juguetes significativos y en el cuidado de los niños más pequeños.

Naturalmente, la serie correspondiente a los padres es al principio de naturaleza infantil: el hecho de que la conciencia humana siga siendo parcialmente infantil durante toda la vida constituye el núcleo de la tragedia humana, pues el superyó del niño puede ser primitivo, cruel e inflexible, como se observa en los casos donde los niños se sobrecontrolan y se sobrestringen hasta el punto de la autoanulación; los casos en que manifiestan una sobreobediencia más literal que la que el progenitor había deseado provocar o en los que desarrollan profundas regresiones y resentimientos perdurables porque los padres mismos no parecen vivir a la altura de la nueva conciencia. Uno de los conflictos más profundos en la vida es el odio hacia el progenitor que sirvió como modelo y ejecutor del superyó pero al que, en alguna forma, se descubrió tratando de realizar impunemente las mismas transgresiones que el niño ya no puede tolerar en sí mismo. La suspicacia o la ambigüedad que en esa forma se mezcla con la cualidad de todo o nada del superyó, este órgano de tradición moral, hace del hombre moral (en el sentido moralista) un gran peligro potencial para su propio yo, y para el de sus semejantes.

En la patología adulta, el conflicto residual relativo a la iniciativa se expresa en la negación histórica, que provoca la represión del deseo o la anulación de su órgano ejecutivo mediante la parálisis, la inhibición o la impotencia; o bien en el exhibicionismo sobrecompensatorio, en el que el individuo atemorizado, tan ansioso por "ocultarse", "asoma la cabeza" en cambio. Hoy en día también es común una zambullida en la enfermedad psicósomática. Es como si la cultura hubiera llevado al hombre a sobrepublicitarse e identificarse así con su propia propaganda, en el sentido de que sólo la enfermedad puede ofrecerle una vía de salida.

Pero tampoco en este caso debemos pensar exclusivamente en la psicopatología individual, sino en la central energética interna de rabia que debe estar sumergida durante esta etapa, tal como algunas de las esperanzas más caras y las fantasías más desenfrenadas quedan reprimidas e inhibidas. La sensación de "virtud" resultante —a menudo la principal recompensa para la bondad— más tarde puede volcarse intolerantemente contra los demás bajo la forma de una supervisión moralista permanente, de modo que el empeño predominante llega a ser la prohibición y no la orientación de la iniciativa. Por otro lado, incluso la iniciativa del

hombre moral tiende a rebasar los límites de la autorrestricción, permitiéndole hacer a los demás, en su país o en otro, lo que no haría ni toleraría en su propio hogar.

En vista de los peligros potenciales inherentes a la prolongada infancia del hombre, conviene volver a examinar las primeras etapas de la vida y las posibilidades de guiar a los jóvenes mientras aún lo son. Y aquí observamos que, de acuerdo con la sabiduría del plan básico, el niño no está en ningún otro momento tan dispuesto a aprender rápida y ávidamente, a hacerse más grande en el sentido de compartir la obligación y la actividad, que durante este período de su desarrollo. Está ansioso y es capaz de hacer las cosas en forma cooperativa, de combinarse con otros niños con el propósito de construir y planear, y está dispuesto a aprovechar a sus maestros y a emular los prototipos ideales. Desde luego, permanece identificado con el progenitor del mismo sexo, pero por el momento busca oportunidades donde la identificación en el trabajo parece prometer un campo de iniciativa sin demasiado conflicto infantil o culpa edípica, y una identificación más realista basada en un espíritu de igualdad experimentada en el hecho de hacer cosas juntos. De cualquier manera, la etapa "edípica" trae apareada no sólo el establecimiento opresivo de un sentido moral que limita el horizonte de lo permisible, sino que también determina la dirección hacia lo posible y lo tangible que permite que los sueños de la temprana infancia se vinculen a las metas de una vida adulta activa. Por lo tanto, las instituciones sociales ofrecen a los niños de esta edad un *ethos económico*, en la forma de adultos ideales a los que es posible reconocer por sus uniformes y sus funciones, y que resultan lo suficientemente fascinantes como para reemplazar a los héroes del libro ilustrado y el cuento de hadas.

#### 4. INDUSTRIA VERSUS INFERIORIDAD

Así, el escenario interior parece preparado para "la entrada a la vida", pero la vida debe ser primero vida escolar, sea la escuela una pradera, una selva o un aula. El niño debe olvidar las esperanzas y deseos pasados, al tiempo que su exuberante imaginación se ve domesticada y sometida a las leyes de las cosas personales. Pues antes de que el niño, que ya es psicológicamente un progenitor rudimentario, pueda convertirse en un progenitor biológico, debe comenzar por ser un trabajador y un proveedor potencial. Con el período de latencia que se inicia, el niño de desarrollo normal olvida, o más bien sublima, la necesidad de con-

quistar a las personas mediante el ataque directo o de convertirse en papá y mamá en forma apresurada: ahora aprende a obtener reconocimiento mediante la producción de cosas. Ha dominado el campo ambulatorio y los modos orgánicos. Ha experimentado un sentimiento de finalidad con respecto al hecho de que no hay un futuro practicable dentro del vientre de su familia, y así está dispuesto a aplicarse a nuevas habilidades y tareas, que van mucho más allá de la mera expresión juguetona de sus modos orgánicos o el placer que le produce el funcionamiento de sus miembros. Desarrolla un sentido de la industria, esto es, se adapta a las leyes inorgánicas del mundo de las herramientas. Puede convertirse en una unidad ansiosa y absorta en una situación productiva. Completar una situación productiva constituye una finalidad que gradualmente reemplaza a los caprichos y los deseos del juego. Los límites de su yo incluyen sus herramientas y habilidades: el principio del trabajo (Ives Hendrick) le enseña el placer de completar el trabajo mediante una atención sostenida y una diligencia perseverante. En esta etapa, los niños de todas las culturas reciben alguna *instrucción sistemática* aunque, como vimos en el capítulo sobre los indios norteamericanos, no se imparte siempre en el tipo de escuela que las personas alfabetizadas deben organizar en torno de maestros especiales que han aprendido a enseñar a leer y a escribir. En los pueblos prealfabetos y en las actividades que nada tienen que ver con leer y escribir, se aprende mucho de los adultos que se convierten en maestros a través de un don y una inclinación y no de un nombramiento, y quizás la mayor parte se aprende de los niños mayores. Así, se desarrollan los *elementos fundamentales de la tecnología*, a medida que el niño adquiere capacidad para manejar los utensilios, las herramientas y las armas que utiliza la gente grande. Los individuos educados, con carreras más especializadas, deben preparar al niño enseñándole fundamentalmente a leer y a escribir, la educación más amplia posible para el mayor número de carreras posible. Cuanto más confusa se vuelve la especialización, sin embargo, más indistintas son las metas eventuales de la iniciativa, y cuando más complicada es la realidad social, más vagos resultan en ella los roles del padre y de la madre. La escuela parece ser una cultura por sí sola, con sus propias metas y límites, sus logros y sus desencantos.

El peligro del niño en esta etapa radica en un sentimiento de inadecuación e inferioridad. Si desespere de sus herramientas y habilidades o de su *status* entre sus compañeros, puede renunciar a la identificación con ellos y con un sector del mundo de las herramientas. El hecho de perder toda esperanza de tal asociación

"industrial" puede hacerlo regresar a la rivalidad familiar más aislada, menos centrada en las herramientas, de la época edípica. El niño desespera de sus dotes en el mundo de las herramientas y en la anatomía, y se considera condenado a la mediocridad o a la inadecuación. Es en ese momento que la sociedad, más amplia se vuelve significativa en cuanto a sus maneras de admitir al niño a una comprensión de los roles significativos en su tecnología y economía. El desarrollo de más de un niño se ve desbaratado cuando la vida familiar no ha logrado prepararlo para la vida escolar, o cuando ésta no alcanza a cumplir las promesas de las etapas previas.

Con respecto al período en que se desarrolla un sentido de la industria, me he referido a *obstáculos internos y externos* en el uso de nuevas capacidades, pero no a las complicaciones que implican nuevos impulsos humanos, ni a la rabia sumergida que resulta de su frustración. Esta etapa difiere de las anteriores en tanto no se trata de una oscilación desde un cataclismo interior hacia un nuevo dominio. Freud la denomina la etapa de latencia porque los impulsos violentos están normalmente inactivos. Pero se trata tan sólo de un momento de calma antes de la tormenta de la pubertad, cuando todos los impulsos previos reemergen en una nueva combinación, para caer bajo el dominio de la genitalidad.

Por otro lado, se trata de una etapa muy decisiva desde el punto de vista social: puesto que la industria implica hacer cosas junto a los demás y con ellos, en esta época se desarrolla un primer sentido de la división del trabajo y de la oportunidad diferencial, esto es, del *ethos tecnológico* de una cultura. En la última sección señalamos el peligro que amenaza al individuo y a la sociedad cuando el escolar comienza a sentir que el color de su piel, el origen de sus padres o el tipo de ropa que lleva, y no su deseo y su voluntad de aprender, determinan su valor como aprendiz, y por lo tanto, su sentimiento de *identidad* que ahora debemos considerar. Pero hay otro peligro, más fundamental, a saber, la autorrestricción del hombre y la limitación de sus horizontes a fin de que incluyan sólo su trabajo, al que, como dice la Biblia, ha sido condenado después de su expulsión del paraíso. Si acepta el trabajo como su única obligación, y "lo eficaz" como el único criterio de valor, puede convertirse en el conformista y el esclavo irreflexivo de su tecnología y de quienes se encuentran en situación de explotarla.

## 5. IDENTIDAD VERSUS CONFUSIÓN DE ROL

Con el establecimiento de una buena relación inicial con el mundo de las habilidades y las herramientas y con el advenimiento de la pubertad, la infancia propiamente dicha llega a su fin. La juventud comienza. Pero en la pubertad y la adolescencia todas las mismidades y continuidades en las que se confiaba previamente vuelven a ponerse hasta cierto punto en duda, debido a una rapidez del crecimiento corporal que iguala a la de la temprana infancia, y a causa del nuevo agregado de la madurez genital. Los jóvenes que crecen y se desarrollan, enfrentados con esta revolución fisiológica en su interior, y con tareas adultas tangibles que los aguardan, se preocupan ahora fundamentalmente por lo que parecen ser ante los ojos de los demás en comparación con lo que ellos mismos sienten que son, y por el problema relativo a relacionar los roles y las aptitudes cultivadas previamente con los prototipos ocupacionales del momento. En su búsqueda de un nuevo sentimiento de continuidad y mismidad, los adolescentes deben volver a librar muchas de las batallas de los años anteriores, aun cuando para hacerlo deban elegir artificialmente a personas bien intencionadas para que desempeñen los roles de adversarios; y están siempre dispuestos a establecer ídolos e ideales perdurables como guardianes de una identidad final.

La integración que ahora tiene lugar bajo la forma de identidad yoica es, como ya se señaló, más que la suma de las identificaciones infantiles. Es la experiencia acumulada de la capacidad del yo para integrar todas las identificaciones con las vicisitudes de la libido, con las aptitudes desarrolladas a partir de lo congénito y con las oportunidades ofrecidas en los roles sociales. El sentimiento de identidad yoica, entonces, es la confianza acumulada en que la mismidad y la continuidad interiores preparadas en el pasado encuentren su equivalente en la mismidad y la continuidad del significado que uno tiene para los demás, tal como se evidencia en la promesa tangible de una "carrera".

El peligro de esta etapa es la confusión de rol<sup>39</sup>. Cuando ésta se basa en una marcada duda previa en cuanto a la propia identidad sexual, los episodios delincuentes y abiertamente psicóticos no son raros. Si se los diagnostica y trata correctamente, tales incidentes no tienen la misma significación fatal que encierran a otras edades. En la mayoría de los casos, sin embargo, lo que

<sup>39</sup> Véase "The Problem of Ego-Identity", *J. Amer. Psyc. Assoc.*, 4:56-121.

perturba a la gente joven es la incapacidad para decidirse por una identidad ocupacional. Para evitar la confusión, se sobreidentifican temporariamente, hasta el punto de una aparente pérdida completa de la identidad, con los héroes de las camarillas y las multitudes. Esto inicia la etapa del "enamoramiento", que no es en modo alguno total o siquiera primariamente sexual, salvo cuando las costumbres así lo exigen. En grado considerable, el amor adolescente constituye un intento por llegar a una definición de la propia identidad proyectando la propia imagen yocica difusa en otra persona y logrando así que se refleje y se aclare gradualmente. A ello se debe que una parte tan considerable del amor juvenil consista en conversación.

La gente joven también puede ser notablemente exclusivista, y cruel con todos los que son "distintos", en el color de la piel o en la formación cultural, en los gustos y las dotes, y a menudo en detalles insignificantes de la vestimenta y los gestos que han sido temporariamente seleccionados como los signos que caracterizan al que pertenece al grupo y al que es ajeno a él. Resulta importante comprender (lo cual no significa perdonar o compartir) tal intolerancia como una defensa contra una confusión en el sentimiento de identidad. Los adolescentes no sólo se ayudan temporariamente unos a otros a soportar muchas dificultades formando pandillas, convirtiéndose en estereotipos, y haciendo lo mismo con sus ideales y sus enemigos, sino que también ponen a prueba perversamente la mutua capacidad para la fidelidad. La facilidad con que se aceptan tales pruebas explica, asimismo, la atracción que las doctrinas totalitarias simples y crueles ejercen sobre la mente de los jóvenes en los países y las clases que han perdido o están perdiendo sus identidades grupales (feudal, agraria, tribal, nacional) y enfrentan la industrialización mundial, la emancipación y la comunicación más amplia.

La mente adolescente es esencialmente una mente del *mora-torium*, una etapa psicosocial entre la infancia y la adultez, y entre la moral aprendida por el niño y la ética que ha de desarrollar el adulto. Es una mente ideológica y, de hecho, es la visión ideológica de la sociedad la que habla más claramente al adolescente ansioso por verse afirmado por sus iguales y listo para verse confirmado a través de rituales, credos y programas que, al mismo tiempo, definen el mal, lo incomprensible y lo hostil. Por lo tanto, al buscar los valores sociales que guían la identidad, uno enfrenta los problemas de la *ideología* y la *aristocracia*, ambos en su sentido más amplio posible, según el cual, dentro de una imagen definida del mundo y un curso predestinado de la historia, los mejores individuos llegarán al poder, y éste desarrolla lo mejor

que hay en la gente. Para no caer en el cinismo o en la apatía, los jóvenes deben ser capaces de convencerse de que quienes triunfan en su mundo adulto anticipado tienen así la obligación de ser los mejores. Examinaremos más tarde los peligros que emanan de los ideales humanos sometidos al manejo de las supermáquinas, estén éstas guiadas por ideologías nacionalistas o internacionales, comunistas o capitalistas. En la última parte de este libro consideraremos la forma en que las revoluciones de nuestra época intentan resolver y también explotar la profunda necesidad de la juventud de redefinir su identidad en un mundo industrializado.

## 6. INTIMIDAD VERSUS AISLAMIENTO

La fortaleza adquirida en cualquier etapa se pone a prueba ante la necesidad de trascenderla de modo tal que el individuo pueda arriesgar en la etapa siguiente lo que era más vulnerablemente precioso en la anterior. Así, el adulto joven, que surge de la búsqueda de identidad y la insistencia en ella, está ansioso y dispuesto a fundir su identidad con la de otros. Está preparado para la intimidad, esto es, la capacidad de entregarse a afiliaciones y asociaciones concretas y de desarrollar la fuerza ética necesaria para cumplir con tales compromisos, aun cuando éstos pueden exigir sacrificios significativos. Ahora el cuerpo y el yo deben ser los amos de los modos orgánicos y de los conflictos nucleares, a fin de poder enfrentar el temor a la pérdida yocica en situaciones que exigen autoabandono: en la solidaridad de las afiliaciones estrechas, en los orgasmos y las uniones sexuales, en la amistad íntima y en el combate físico, en experiencias de inspiración por parte de los maestros y de intuición surgida de las profundidades del sí mismo. La evitación de tales experiencias debido a un temor a la pérdida del yo puede llevar a un profundo sentido de aislamiento y a una consiguiente autoabsorción.

La contraparte de la intimidad es el distanciamiento: la disposición a aislar y, de ser ello necesario, a destruir aquellas fuerzas y personas cuya esencia parece peligrosa para la propia, y cuyo "territorio" parece rebasar los límites de las propias relaciones íntimas. Los prejuicios así desarrollados (y utilizados y explotados en la política y en la guerra) constituyen un producto más maduro de las repudiaciones más ciegas que durante la lucha por la identidad establecen una diferencia neta y cruel entre lo familiar y lo foráneo. El peligro de esta etapa es que las relaciones íntimas, competitivas y combativas se experimentan con y contra las mismas personas. Pero, a medida que se van delineando las áreas

del deber adulto, y a medida que se diferencian el choque competitivo y el abrazo sexual, quedan eventualmente sometidas a ese *sentido ético* que constituye la característica del adulto.

En términos estrictos, recién ahora puede desarrollarse plenamente la *verdadera genitalidad*, pues gran parte de la vida sexual que precede a estos compromisos corresponde a la búsqueda de ienitud, o está dominada por las tendencias fálicas o vaginales que hacen de la vida sexual una suerte de combate genital. Por otro lado, con excesiva frecuencia se describe la genitalidad como un estado permanente de dicha sexual recíproca. Este, entonces, puede ser el lugar adecuado para completar nuestro examen de la *genitalidad*.

A fin de lograr una orientación básica en esta cuestión, citaré lo que ha llegado hasta mí como la declaración más breve de Freud. A menudo se afirma, y los malos hábitos de conversación parecen corroborarlo, que el psicoanálisis como terapéutica intenta convencer al paciente de que sólo tiene una obligación frente a Dios y a sus semejantes: tener buenos orgasmos, con un "objeto" adecuado y en forma regular. Desde luego, esto es falso. Alguien le preguntó cierta vez a Freud qué pensaba que una persona normal debía ser capaz de hacer para vivir bien. Es probable que el interlocutor esperara una respuesta complicada. Pero Freud, en el tono brusco de sus antiguos días, respondió, según se afirma: *Lieben und arbeiten* (amar y trabajar). Conviene meditar sobre esta simple fórmula; se vuelve más profunda a medida que se reflexiona sobre ella. Pues cuando Freud dijo "amor", se refería al amor *genital* y al amor genital; cuando dijo amor y trabajo, se refirió a una productividad general en el trabajo que no preocuparía al individuo hasta el punto de hacerlo perder su derecho a su capacidad de ser genital y capaz de amar. Así, podemos reflexionar sobre ella, pero no mejorar la fórmula del "profesor".

La genitalidad, entonces, consiste en la capacidad plena para desarrollar una potencia orgástica tan libre de interferencias pregenitales que la libido genital (no sólo los productos sexuales descargados a través de las "vías de salida" de Kinsey) se exprese en la mutualidad heterosexual, con plena sensibilidad tanto del pene como de la vagina, y con una descarga de tipo convulsiva de la tensión en todo el cuerpo. Esta es una manera bastante concreta de decir algo sobre un proceso que en realidad no comprendemos. Para expresarlo en términos más situacionales: el hecho total de encontrar, a través del torbellino culminante del orgasmo, una experiencia suprema de la regulación mutua de dos seres, de alguna manera anula las hostilidades y la rabia potenciales provocadas por la oposición entre masculino y femenino, realidad y fan-

tasia, amor y odio. Así las relaciones sexuales satisfactorias hacen el sexo menos obsesivo, la sobrecompensación, menos necesaria y los controles sádicos, superfluos.

Preocupado como estaba por los aspectos curativos, el psicoanálisis a menudo descuidó formular el problema de la genitalidad en una forma significativa para los procesos de la sociedad en todas las clases, las naciones y los niveles culturales. El tipo de mutualidad en el orgasmo que el psicoanálisis tiene en cuenta aparentemente se obtiene con facilidad en clases y culturas que han hecho de él una institución del ocio. En las sociedades más complejas, esta mutualidad está obstaculizada por tantos factores relativos a la salud, la tradición, la oportunidad y el temperamento, que la formulación adecuada de la salud sexual sería más bien ésta: un ser humano debe ser potencialmente capaz de lograr la mutualidad del orgasmo genital, pero también estar constituido de tal modo que pueda soportar un cierto monto de frustración sin una indebida regresión, toda vez que la preferencia emocional o consideraciones relativas al deber y la lealtad la hagan imperativa.

Si bien el psicoanálisis ha ido a veces demasiado lejos en la importancia que atribuye a la genitalidad como cura universal para la sociedad, y ha proporcionado así una nueva adicción y un nuevo bien de consumo a muchos que deseaban interpretar así sus enseñanzas, no siempre ha indicado todas las metas que la genitalidad debe en realidad implicar. A fin de encerrar una significación social perdurable, la utopía de la genitalidad debería incluir:

1. mutualidad del orgasmo;
2. con un compañero amado;
3. del otro sexo;
4. con quien uno puede y quiere compartir una confianza mutua;
5. y con el que uno puede y quiere regular los ciclos de
  - a) el trabajo;
  - b) la procreación;
  - c) la recreación;
6. a fin de asegurar también a la descendencia todas las etapas de un desarrollo satisfactorio.

Es evidente que semejante logro utópico en gran escala no puede constituir una tarea individual o, de hecho, terapéutica. Tampoco se trata en modo alguno de un problema puramente sexual. Es parte integral del estilo que una cultura tiene para la selección, la cooperación y la competencia sexuales.

El peligro de esta etapa es el aislamiento, esto es, la evitación de contactos que llaman a la intimidad. En psicopatología, ese rastorno puede llevar a serios "problemas de carácter". Por otro lado, hay vínculos que equivalen a un aislamiento *à deux*, que protegen a sus integrantes de la necesidad de enfrentar el nuevo desarrollo crítico, el de la generatividad.

## 7. GENERATIVIDAD VERSUS ESTANCAMIENTO

En este libro el acento está puesto en las etapas de la infancia; de no ser así, la sección correspondiente a la generatividad sería necesariamente esencial, pues este término abarca el desarrollo evolutivo que ha hecho del hombre el animal que enseña e instituye, así como el que aprende. La insistencia, muy de moda hoy día, en dramatizar la dependencia de los niños con respecto a los adultos a menudo nos hace pasar por alto la dependencia que la generación más vieja tiene con respecto a la más joven. El hombre maduro necesita sentirse necesitado, y la madurez necesita la guía y el aliento de aquello que ha producido y que debe cuidar.

La generatividad, entonces, es en esencia la preocupación por establecer y guiar a la nueva generación, aunque hay individuos que, por alguna desgracia o debido a dotes especiales y genuinas en otros sentidos, no aplican este impulso a su propia descendencia. Y, de hecho, el concepto de generatividad incluye sinónimos más populares tales como *productividad* y *creatividad* que, sin embargo, no pueden reemplazarlo.

El psicoanálisis necesitó algún tiempo para comprender que la capacidad de perderse en el encuentro entre dos cuerpos y dos mentes lleva a una expansión gradual de los intereses del yo y a una inversión libidinal en aquello que se genera en esa forma. La generatividad constituye así una etapa esencial en el desarrollo psicosexual y también en el psicosocial. Cuando tal enriquecimiento falta por completo, tiene lugar una regresión a una necesidad obsesiva de pseudointimidad, a menudo con un sentimiento general de estancamiento y empobrecimiento personal. Los individuos, entonces, comienzan a tratarse a sí mismos como si fueran su propio y único hijo y, cuando las condiciones los favorecen, la temprana invalidez física o psicológica se convierte en el vehículo de esa autopreocupación. El mero hecho de tener o incluso de desear tener hijos, sin embargo, no basta para alcanzar la generatividad. De hecho, parecería que algunos padres jóvenes sufren a causa de la demora con que aparece la capacidad para desarrollar esta etapa. Las razones se encuentran a menudo en las impresiones

de la temprana infancia, en un excesivo autoamor basado en una personalidad demasiado laboriosamente autofabricada, y por último (y aquí volvemos al principio) en la falta de alguna fe, de una alguna "creencia en la especie", que convirtiera a un niño en una responsabilidad que la comunidad acoge de buen grado.

En cuanto a las instituciones que protegen y refuerzan la generatividad, sólo cabe decir que todas las instituciones codifican la ética de la sucesión generativa. Incluso cuando la tradición filosófica y espiritual sugiere el renunciamiento al derecho a procrear o a producir, ese temprano vuelco a "las cuestiones últimas", cuando está instituido en los movimientos monásticos, tiende a resolver al mismo tiempo el problema de su relación con el Cuidado de las criaturas de este mundo y con la Caridad que lo trasciende.

Si éste fuera un libro sobre la vida adulta, resultaría indispensable y provechoso comparar ahora las teorías económicas y psicológicas (comenzando con las extrañas convergencias y divergencias entre Marx y Freud) y pasar luego a examinar la relación del hombre con su producción así como con su prole.

## 8. INTEGRIDAD DEL YO VERSUS DESESPERACIÓN

Sólo en el individuo que en alguna forma ha cuidado de cosas y personas y se ha adaptado a los triunfos y las desilusiones inherentes al hecho de ser el generador de otros seres humanos o el generador de productos e ideas, puede madurar gradualmente el fruto de estas siete etapas. No conozco mejor término para ello que el de integridad del yo. A falta de una definición clara, señalaré unos pocos elementos que caracterizan dicho estado. Es la seguridad acumulada del yo con respecto a su tendencia al orden y el significado. Es un amor postnarcisista del yo humano —no el sí mismo— como una experiencia que transmite un cierto orden del mundo y sentido espiritual, por mucho que se haya debido pagar por ella. Es la aceptación del propio y único ciclo de vida como algo que debía ser y que, necesariamente, no permitía sustitución alguna: significa así un amor nuevo y distinto hacia los propios padres. Es una camaradería con las formas organizadoras de épocas remotas y con actividades distintas, tal como se expresan en los productos y en los dichos simples de tales tiempos y actividades. Aunque percibe la relatividad de los diversos estilos de vida que han otorgado significado al esfuerzo humano, el poseedor de integridad está siempre listo para defender la dignidad de su propio estilo de vida contra toda amenaza física y económica. Pues

sabe que una vida individual es la coincidencia accidental de sólo un ciclo de vida con sólo un fragmento de la historia; y que para él toda integridad humana se mantiene o se derrumba con ese único estilo de integridad de que él participa. El estilo de integridad desarrollado por su cultura o su civilización se convierte así en el "patrimonio de su alma", el sello de su paternidad moral de sí mismo (...pero el honor / Es patrimonio del alma: Calderón). En esa consolidación final, la muerte pierde carácter atormentador.

La falta o la pérdida de esta integración yoica acumulada se expresa en el temor a la muerte: no se acepta el único ciclo de vida como lo esencial de la vida. La desesperación expresa el sentimiento de que ahora el tiempo que queda es corto, demasiado corto para intentar otra vida y para probar caminos alternativos hacia la integridad. El malestar consigo mismo oculta la desesperación, las más de las veces bajo la forma de mil pequeñas sensaciones de malestar que no equivalen a un gran remordimiento: *mille petits dégoûts de soi, dont le total ne fait pas un remords, mais un gêne obscure.* (Rostand.)

Para convertirse en un adulto maduro, cada individuo debe desarrollar en grado suficiente todas las cualidades yoicas mencionadas, de modo que un indio sabio, un verdadero caballero y un campesino maduro comparten y reconocen unos en otros la etapa final de la integridad. Pero para desarrollar el estilo particular de integridad sugerido por su ubicación histórica, cada identidad cultural utiliza una combinación particular de estos conflictos, junto con provocaciones y prohibiciones específicas de la sexualidad infantil. Los conflictos infantiles se vuelven creadores sólo si cuentan con el firme apoyo de las instituciones culturales y las clases dirigentes especiales que las representan. A fin de acercarse a la integridad o de experimentarla, el individuo debe aprender a seguir a los portadores de imágenes en la religión y en la política, en el orden económico y en la tecnología, en la vida aristocrática y en las artes y las ciencias. Por lo tanto, la integridad yoica implica una integración emocional que permite la participación por consentimiento así como la aceptación de la responsabilidad del liderazgo.

El *Webster's Dictionary* tiene la gentileza de ayudarnos a completar este bosquejo en una forma circular. Confianza (el primero de nuestros valores yoicos) se define aquí como "la seguridad con respecto a la integridad de otro", el último de nuestros valores. Sospecho que Webster se refería a los negocios antes que a los niños, y al crédito antes que a la fe. Pero la formulación sigue

siendo válida. Y parece posible parafrasear aún más la relación entre la integridad adulta y la confianza infantil diciendo que los niños sanos no temerán a la vida si sus mayores tienen la integridad necesaria como para no temer a la muerte.

## 9. UN DIAGRAMA EPIGENÉTICO

En este libro el acento está puesto en las etapas de la infancia. Con todo, la concepción precedente del ciclo de vida necesita un tratamiento sistemático. Para prepararlo, concluiré este capítulo con un diagrama. En él, como en el diagrama de las zonas y modos pregenitales, la diagonal representa la secuencia normativa de adquisiciones psicosociales realizadas a medida que en cada etapa un nuevo conflicto nuclear agrega una nueva cualidad yoica, un nuevo criterio de fortaleza humana acumulada. Por debajo de la diagonal hay un espacio para los precursores de cada una de estas soluciones, todas las cuales existen desde el principio; sobre la diagonal hay un espacio para los derivados de esas adquisiciones y sus transformaciones en la personalidad ya madura y en maduración.

Los supuestos subyacentes a tal diagrama son: 1) que la personalidad humana se desarrolla en principio de acuerdo con pasos predeterminados en la disposición de la persona en crecimiento a dejarse llevar hacia un radio social cada vez más amplio, a tomar conciencia de él y a interactuar con él; 2) que la sociedad tiende en principio a estar constituida de tal modo que satisface y provoca esta sucesión de potencialidades para la interacción y de intentos para salvaguardar y fomentar el ritmo adecuado y la secuencia adecuada de su desenvolvimiento. Éste es el "mantenimiento del mundo humano".

Pero un diagrama sólo es una herramienta que ayuda a pensar y no puede aspirar a ser una prescripción que debe seguirse, sea en la práctica de la educación infantil, en la psicoterapia o en la metodología del estudio del niño. Al presentar las etapas psicosociales bajo la forma de un *diagrama epigenético*, análogo al que se utilizó en el Capítulo 2 para un análisis de las etapas psicosociales de Freud, lo hacemos teniendo en cuenta pasos metodológicos definidos y delimitados. Uno de los propósitos de este trabajo es el de facilitar la comparación de las etapas que Freud discernió en un principio como sexuales, con otros programas del desarrollo (físico, cognoscitivo). Pero todo diagrama delimita tan sólo un plan y no debe entenderse que nuestro bosquejo del pro-

grama psicosocial aspira a implicar oscuras generalidades con respecto a otros aspectos del desarrollo o incluso de la existencia. Si el diagrama, por ejemplo, enumera una serie de conflictos o crisis, no consideramos todo desarrollo como una serie de crisis: sólo afirmamos que el desarrollo psicosocial procede según pasos críticos, siendo lo "crítico" una característica de los cambios decisivos, de los momentos de elección entre el progreso y la regresión, la integración y el retardo.

Quizás convenga formular ahora las consecuencias metodológicas de una matriz epigenética. Los cuadrados de trazo más grueso sobre la diagonal significan tanto una secuencia de etapas como un desarrollo gradual de las partes constitutivas: en otras palabras, el diagrama formaliza una progresión a través del tiempo de una diferenciación de las partes. Ello indica: 1) que cada ítem crítico de fortaleza psicosocial considerado aquí es sistemáticamente relacionado con todos los demás, y que todos ellos dependen del desarrollo apropiado, en la secuencia adecuada, de cada ítem, y 2) que cada ítem existe en alguna forma antes de que llegue normalmente su momento crítico.

Si digo, por ejemplo, que una proporción favorable de confianza básica con respecto a la desconfianza constituye el primer paso en la adaptación psicosocial, y una proporción favorable de voluntad autónoma con respecto a la vergüenza y la duda, el segundo, la afirmación diagramática correspondiente, expresa un número de relaciones fundamentales que existen entre los dos pasos, así como algunos hechos esenciales para ambos. Cada uno de ellos llega a su culminación, enfrenta su crisis y encuentra su solución perdurable durante la etapa indicada. Pero todas deben existir desde el comienzo en alguna forma, pues todo acto requiere una integración de todos los otros actos. Asimismo, un niño puede mostrar algo similar a la "autonomía" desde el comienzo, en la forma particular en que intenta airadamente liberarse cuando se siente apretado. Con todo, en condiciones normales, sólo durante el segundo año comienza a experimentar toda la *oposición crítica que significa ser una criatura autónoma y, al mismo tiempo, dependiente*; y sólo entonces está listo para un encuentro decisivo con su medio ambiente, un ambiente que, a su vez, se siente llamado a transmitirle sus ideas y conceptos particulares de autonomía y coerción en formas que contribuyen decisivamente al carácter y la salud de su personalidad en su cultura. Es este encuentro, junto con la crisis resultante, lo que hemos descrito tentativamente en cada etapa. En cuanto al pasaje de una etapa a la siguiente, la diagonal indica la secuencia a seguir. Con todo, tam-

bién deja lugar para variaciones en el ritmo y la intensidad. Un individuo, o una cultura, pueden demorarse excesivamente en la confianza y pasar de I1, saltando I2, a II2, o bien una progresión acelerada puede desplazarse desde II, saltando III1, a II2. Con todo, se supone que cada una de tales aceleraciones o retardos (relativos) tiene una influencia modificadora sobre todas las etapas posteriores.

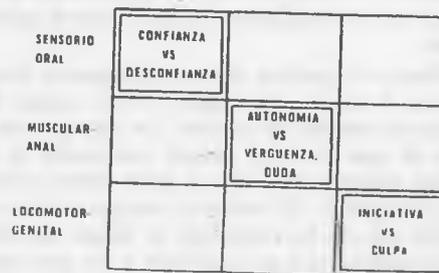


FIG. 11

Así, un diagrama epigenético presenta un sistema de etapas mutuamente dependientes; y si bien las etapas individuales pueden haber sido exploradas en forma más o menos completa o denominadas en forma más o menos adecuada, el diagrama sugiere que su estudio se efectúe teniendo siempre en cuenta la configuración total de las etapas. El diagrama invita, pues, a una elaboración de todos sus recuadros vacíos: si hemos anotado Confianza Básica en I1 e Integridad en VIII 8, dejamos planteado el interrogante en cuanto a qué podría haber llegado a ser la confianza en una etapa dominada por la necesidad de integridad, tal como lo hacemos en cuanto a las características que puede tener e incluso qué nombres puede recibir en la etapa dominada por una tendencia a la autonomía (II 1). Sólo queremos acentuar que la confianza debe haberse desarrollado por derecho propio, antes de convertirse en algo más que el encuentro crítico en el que se desarrolla la autonomía, y así sucesivamente, siguiendo la línea vertical. Si, en la última etapa (VIII 1) cabe esperar que la confianza se haya convertido en la fe más madura que una persona que envejece puede alcanzar en su marco cultural y su período histórico, el cuadro permite la consideración no sólo de lo que debe ser la ancianidad, sino también de cuáles deben haber sido sus etapas preparatorias. Todo esto debería poner en claro que un cuadro de



PARTE CUATRO  
LA JUVENTUD Y LA EVOLUCIÓN  
DE LA IDENTIDAD

## INTRODUCCIÓN A LA PARTE CUATRO

EL INTENTO de formular la integridad como la cualidad madura acumulada a través de todas las etapas yoicas y las fases libidinales, parece rebasar el alcance de un libro sobre la infancia y la sociedad y, con ello, también el de la psicología infantil psicoanalítica tal como ahora se la formula. Pues el análisis ha descripto permanentemente las vicisitudes de los instintos y del yo sólo hasta la adolescencia, momento en que se esperaba que la genitalidad racional absorbiera las fijaciones infantiles y los conflictos irracionales o bien los admitiera para repetir determinadas actuaciones bajo múltiples disfraces. Así, el principal tema recurrente se refería a la sombra de frustración que cae desde la infancia sobre la vida posterior del individuo y sobre su sociedad. En este libro sugerimos que para comprender la infancia o la sociedad, debemos ampliar nuestras perspectivas para incluir el estudio de la forma en que las sociedades iluminan los ineludibles conflictos de la infancia con una promesa de cierta seguridad, identidad e integridad. Al reforzar así los valores por los que se rige el yo, las sociedades crean la única condición bajo la que el crecimiento humano resulta posible.

Si bien las sucesivas civilizaciones explotan síndromes adecuados de temores infantiles, también puede demostrarse que elevan el correspondiente valor yoico infantil al más alto esfuerzo colectivo. Una religión, por ejemplo, puede organizar el conflicto nuclear del sentimiento de confianza versus el sentimiento del mal, cultivando colectivamente la confianza bajo la forma de la fe y explotando el sentimiento del mal bajo la forma del pecado. Tal organización debe tener su época en la historia cuando refuerza este valor yoico particular con un poder ceremonial capaz de inspirar a las civilizaciones y de enriquecer el sentimiento comunitario de sus adeptos con alguna forma de integridad humana. El hecho de que las organizaciones tiendan a sobrevivir a su predominio histórico constituye otro problema. A medida que otros valores yoicos (esto es, la autonomía) se convierten en los núcleos

de los esfuerzos colectivos, las organizaciones más viejas pueden llegar a depender cada vez más de una implacable explotación de los temores infantiles. Una religión puede tener que refugiarse en un sistema de adoctrinamiento destinado a convencer a la gente de la ineludible realidad de una forma particular del mal, a fin de poder anunciar que sólo ella posee la llave para la única puerta hacia la salvación.

La historia de las sociedades registra el desarrollo y la caída de clases altas, *élites* y castas sacerdotales que en sus aspiraciones aristocráticas cultivaron uno u otro de los valores yoicos, dando verdadero consuelo o asegurando un verdadero progreso, pero que luego, en aras de la supervivencia de sus propias y mezquinas jerarquías, aprendieron a explotar las ansiedades infantiles que al principio contribuyeron a aliviar. Reyes que, en sus momentos de grandeza, fueron héroes en el drama del patriarcado, se han protegido a sí mismos y a su poder recurriendo al tabú contra el parricidio. Sistemas feudales que en sus mejores momentos constituyen modelos para la distribución de la responsabilidad entre los que guían y los que son guiados, han logrado mantenerse prediciendo la anarquía y amenazando con la pérdida del honor a los disidentes. Los sistemas políticos se han beneficiado provocando dudas múltiples y mórbidas; los sistemas económicos han aprovechado la vacilación culpable para iniciar un cambio. Con todo, las *élites* políticas, económicas y técnicas, toda vez que han aceptado la obligación de perfeccionar un nuevo estilo de vida en un momento lógico de la historia, han proporcionado a los hombres un alto sentido de identidad y los han inspirado para alcanzar nuevos niveles de civilización. En general, cabe llegar a la conclusión de que el precio pagado en infelicidad concomitante ha sido demasiado alto, pero éste es un tema para una reflexión puramente filosófica.

Estas son impresiones. Carezco del conocimiento necesario como para encarar en alguna forma sistemática la relación entre las cualidades yoicas, las instituciones sociales y las épocas históricas. Pero, para repetirlo en forma más dogmática, así como existe una afinidad básica entre el problema de la confianza básica y la institución de la religión, el problema de la autonomía se refleja en la organización política y legal básica y en el de la iniciativa en el orden económico. De modo similar, la industria está relacionada con la tecnología; la identidad, con la estratificación social; la intimidad, con los patrones de relación; la generatividad, con la educación, el arte y la ciencia; y, por último, la integridad, con la filosofía. El estudio de la sociedad debe ocuparse de la relación mutua entre estas instituciones, y del surgimiento y la declinación

de las instituciones como organizaciones. Pero creo que, a la larga, tal estudio perdería una de sus consideraciones más fructíferas si pasara por alto la forma en que cada generación puede y debe revitalizar cada institución a medida que su desarrollo le permite alcanzarla. Aquí sólo puedo seguir una dirección específica sugerida y confirmada por mis propias observaciones. He considerado el problema de la identidad yoica y su anclaje en una identidad cultural porque creo que constituye esa parte del yo que, hacia fines de la adolescencia, integra las etapas yoicas infantiles y neutraliza la autocracia del superyó infantil. Es el único recurso interior que impide la permanente alianza del superyó con los restos no estructurados de una rabia infantil latente.

Sé muy bien que este cambio en el énfasis conceptual está dictado por el accidente histórico, esto es, por las revoluciones que tienen lugar en nuestra época y afectan nuestra fortuna personal así como los síntomas presentes y las exigencias inconscientes que nos hacen nuestros pacientes. Para condensarlo en una sola fórmula: el paciente de hoy sufre sobre todo por el problema relativo a lo que debe creer y lo que debería, o de hecho podría ser o llegar a ser; el paciente de las primeras épocas analíticas, en cambio, padecía sobre todo de inhibiciones que le impedían ser lo que era y quien creía ser. En este país en particular, los pacientes adultos y los padres de futuros pacientes infantiles a menudo confían en encontrar en el sistema psicoanalítico un refugio de las discontinuidades de la existencia, una regresión y un retorno a una relación patriarcal entre dos individuos.

Ya en 1908<sup>41</sup> Freud señaló el origen de las neurosis de su época en la doble norma para los dos sexos y las excesivas exigencias que las apariencias de clase alta planteaban a las esposas y madres en su medio ambiente urbano. Reconoció, como parcialmente pertinente, la influencia nociva de los cambios rápidos en el rol social experimentadas por individuos que pasaban del campo a la ciudad o que ascendían de la clase media a la clase alta. En todo ello, sin embargo, distinguió como principal fuente de la patología una profunda perturbación en la economía sexual del individuo, debido a las múltiples hipocresías y represiones sexuales que se le imponían.

A los individuos que padecían a causa de esas normas arbitrarias, Freud ofreció el método psicoanalítico, una forma radical de autoesclarecimiento que pronto superó los límites de la neuropsiquiatría, pues con él encontró, en la profundidad de los individuos

<sup>41</sup> Sigmund Freud, "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna", *Obras Completas*, Ed. Rueda, tomo XIII, pág. 27.

costosos contra el ello y (como el superyó) emparentados y peligrosamente aliados con el ello. Si bien es cierto, desde luego, que esos valores rectores se han aliado en todas las épocas con la brutalidad y la estrechez de criterio, han inspirado no obstante todo el desarrollo cultural que el hombre ha logrado y es imposible omitirlos del balance psicológico pasado, presente o futuro.

Y así ocurre que comenzamos a conceptualizar los problemas de la identidad precisamente en el momento de la historia en que aquélla se convierte en un problema. Pues lo hacemos en un país que intenta construir una superidentidad a partir de todas las identidades importadas por sus inmigrantes constitutivos; y lo hacemos en un momento en que la mecanización en rápido crecimiento amenaza esas identidades esencialmente agrarias y patricias también en sus países de origen.

El estudio de la identidad se vuelve así tan estratégico en nuestra época como el estudio de la sexualidad lo fue en tiempos de Freud. Tal relatividad histórica en el desarrollo de un campo, sin embargo, no parece excluir la congruencia de un plan básico ni un contacto permanente con los hechos observables. Los hallazgos de Freud relativos a la etiología sexual de la parte neurótica de un trastorno mental son tan válidos para nuestros pacientes como lo fueron para los suyos; mientras que la carga de la pérdida de la identidad que se destaca en nuestras consideraciones posiblemente abrumaba a los pacientes de Freud tanto como a los nuestros, como lo demostrarían las reinterpretaciones<sup>43</sup>. Así, distintos períodos nos permiten ver con una exageración temporaria distintos aspectos de partes esencialmente inseparables de la personalidad.

En esta cuarta y última parte exploraré problemas de identidad relacionados con el ingreso a la revolución industrial de tres grandes países: los Estados Unidos, Alemania y Rusia. Aquí nuestro tema central será la necesidad de una conciencia nueva y fraterna y una identidad más inclusiva y necesariamente industrial en la juventud de todos esos países.

Comenzaré con este país, aunque lo haga sólo con grandes vacilaciones. En los últimos años, muchos libros y artículos sobre la estructura caracterológica de las naciones han demostrado con considerable claridad que se trata todavía de un tema muy precario en general y casi prohibitivo en el caso de este país.

Lo cierto es que resulta casi imposible (salvo dentro del género novelístico) escribir *en* los Estados Unidos *sobre* los Estados Unidos *para* sus habitantes. Como norteamericano, uno puede trasladarse a las Islas del Mar del Sur y escribir al regresar; como ex-

<sup>43</sup> Véase "Reality and Actuality", *J. Amer. Psa. Assoc.*, 10:451-473.

tranjero, es posible viajar por los Estados Unidos y escribir al abandonar el país; como inmigrante, uno puede escribir cuando se establece; uno puede pasar de una región a otra de este país o de una "clase" a otra y escribir mientras todavía tiene un pie en cada lugar. Pero al final uno siempre escribe sobre lo que se siente al llegar o al partir, al cambiar o al establecerse. Se escribe sobre un proceso del que uno siempre constituye una parte más o menos bien dispuesta, pero siempre placenteramente acosado, y pronto nos convertimos en esclavos del estilo y caemos en una actitud ditirámica o ultrajada.

La única manera norteamericana sana de escribir sobre los Estados Unidos para sus habitantes consiste en ventilar una protesta y exagerarla. Esto, con todo, requiere dotes especiales y una prosapia intelectual particular, ninguno de los cuales resulta fácil de adquirir.

Me limitaré, por lo tanto, a formular desde el punto de vista de quien ha practicado y enseñado psicoanálisis en este país, qué clase de sentimiento de identidad y qué clase de pérdida de la identidad parecen revelarse en los pacientes norteamericanos, grandes y pequeños.

## CAPÍTULO 8

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD  
NORTEAMERICANA

## 1. POLARIDADES

RESULTA un lugar común afirmar que todo aquello que uno puede llegar a considerar como un rasgo verdaderamente norteamericano tiene su opuesto igualmente característico. Cabe sospechar que esto es válido para todos los "caracteres nacionales" o, como yo prefiero llamarlos, identidades nacionales; tan válido, en realidad, que se podría comenzar, en lugar de terminar, con la proposición de que la identidad de una nación deriva de las formas en que la historia ha tejido un contrapunto, por así decirlo, entre ciertas potencialidades opuestas, las formas en que lleva ese contrapunto a un estilo único de civilización o lo deja desintegrarse y convertirse en mera contradicción.

Este dinámico país somete a sus habitantes a contrastes más extremos y cambios más abruptos durante toda una vida o una generación, de lo que suele ocurrir con otras grandes naciones. La mayoría de sus ciudadanos enfrentan, en su propia vida o dentro de la órbita de sus familiares más cercanos, alternativas presentadas por polaridades tales como: caminos abiertos a la inmigración y celosas islas de tradición; internacionalismo abierto y desafiante aislacionismo; jactanciosa competencia y una modesta cooperación; y muchas otras. La influencia de los lemas contradictorios resultantes sobre el desarrollo de un yo individual depende probablemente de la coincidencia de las etapas yoicas nucleares con cambios críticos en las vicisitudes geográficas y económicas de la familia.

El proceso formativo de la identidad norteamericana parece sustentar la identidad yoica de un individuo en tanto éste pueda asegurarse de que su elección autónoma conserva un cierto elemento de ensayo, de tanteo. El individuo debe estar en condicio-

nes de convencerse a sí mismo de que el próximo paso depende de él y que, no importa dónde esté o dónde vaya, siempre puede tomar la decisión de partir o avanzar en la dirección opuesta, si así lo prefiriere. En este país, el individuo migratorio no quiere que lo inciten a trasladarse, ni el hombre sedentario que lo impulsen a quedarse donde está, pues el estilo de vida (y la historia familiar de cada uno) contiene el elemento opuesto como una alternativa potencial que él desea considerar como su decisión más privada e individual.

Así, el norteamericano "adaptado", como heredero de una historia de contrastes extremos y cambios abruptos, basa su identidad yoica final en alguna combinación tentativa de polaridades dinámicas tales como migratorio y sedentario, individualista y estandarizado, competitivo y cooperativo, piadoso y libre pensador, responsable y cínico, etcétera.

Al tiempo que observamos estas elaboraciones extremas de uno u otro de tales polos en tipos regionales, ocupacionales y caracterológicos, el análisis revela que esta actitud extrema (de rigidez o de vacilación) encierra una defensa interior contra el extremo opuesto siempre implícito, profundamente temido o secretamente anhelado.

Para conservar su posibilidad de elegir, el norteamericano vive en general con dos series de "verdades": una serie de principios religiosos o de principios políticos de intenso matiz religioso y calidad altamente puritana, y una serie de lemas cambiantes, que expresan lo que, en un momento dado, cada uno puede conseguir sobre la base de nada más que una corazonada, un estado de ánimo, o una noción. Así, un mismo niño puede haber estado expuesto en forma sucesiva o alternada a súbitas decisiones que expresan los lemas "escapemos de aquí" y, también, "mantengámonos firmes y expulsemos a esos bastardos", para mencionar sólo dos de los más comunes. Sin ninguna pretensión de lógica o principio, los *slogans* resultan suficientemente convincentes para los individuos involucrados como para justificar la acción sea dentro o apenas al margen de la excelsa ley (en la medida en que ésta es aplicada u olvidada, de acuerdo con el clima local cambiante). Los *slogans* aparentemente inútiles contienen perspectivas de tiempo y espacio tan arraigadas como las elaboradas en los sistemas sioux o yurok; constituyen experimentos en el espacio-tiempo colectivo con el que las defensas yoicas individuales están coordinadas, pero se modifican, a menudo radicalmente, durante el curso de la infancia.

Una verdadera historia de la identidad norteamericana debería correlacionar las observaciones hechas por Parrington sobre la

continuidad del pensamiento formulado con la rica historia de *slogans* norteamericanos discontinuos que impregnan la opinión pública en las tiendas y las oficinas, en los tribunales y en la prensa diaria. Pues también en los principios y los conceptos parece existir una vigorizante polaridad entre la aristocracia intelectual y política que, siempre atenta al precedente, conserva una dosis de pensamiento coherente y espíritu indestructible, y una poderosa "plebeocracia" que parece preferir los *slogans* cambiantes a los principios que se autoperpetúan. Esta polaridad nacional de aristocracia y "plebeocracia" (tan admirablemente sintetizada en Franklin D. Roosevelt) impregna la democracia norteamericana con mayor eficacia de lo que los defensores y críticos de la gran clase media norteamericana parecen comprender. Esta clase media norteamericana, que algunos condenan como encarnación de una osificación de todo lo que es mercenario y filistino en este país, sólo puede representar una serie transitoria de intentos sobrecompensatorios por establecerse tentativamente en torno de alguna Main Street, el fuego del hogar, la cuenta bancaria y la marca del automóvil; no excluye, como debería ocurrir con una clase, la alta movilidad y un potencial cultural inseguro de su identidad final. El *status* expresa una relatividad distinta en una sociedad más móvil: se parece más a una escalera mecánica que a una plataforma; es un vehículo, antes que una meta.

Todos los países, sobre todo los grandes, complican a su manera su propio progreso con las premisas mismas de sus comienzos. Debemos tratar de describir la forma en que las autocontradicciones en la historia norteamericana pueden exponer a su juventud a un cortocircuito emocional y político y poner así en peligro su potencial dinámico.

## 2. "MAMI"

En los últimos años, las observaciones y advertencias de los psiquiatras de este país han girado cada vez más en torno de dos conceptos: la "personalidad esquizoide" y el "rechazo materno". En esencia, ello significa no sólo que muchos individuos quedan al margen del camino como resultado de la desconexión psicótica con respecto a la realidad, sino también que demasiadas personas, si bien no abiertamente enfermas, parecen carecer no obstante de un cierto tono yoico y una cierta mutualidad en el intercambio social. Uno podría reírse de esta sugestión y señalar el espíritu de individualismo y los gestos de animación y de jovial cordialidad que caracterizan a gran parte de la vida social en este país; pero

los psiquiatras (sobre todo después de la tremenda experiencia de verse obligados a rechazar o repatriar a cientos de miles de "psiconeuróticos" durante la última guerra) ven el problema de otra manera. La sonrisa aerodinámica en el rostro perfectamente equilibrado y que responde a las formas estandarizadas de exhibir autocontrol no siempre implica esa verdadera espontaneidad que resulta indispensable, a fin de mantener a la personalidad intacta y bastante flexible como para hacer de ella una empresa en marcha.

En estos casos los psiquiatras tienden a atribuir la responsabilidad a "mami". Innumerables historias señalan que el paciente tenía una madre fría, una madre dominante, una madre que lo rechazaba, o bien una madre sobreprotectora y sobreposesiva. Dan a entender que el paciente, cuando niño, no pudo sentirse cómodo en este mundo salvo a condición de que se comportara en ciertas formas definidas, que eran incongruentes con el orden de aparición de sus necesidades y potencialidades infantiles, y contradictorias en sí mismas. Implican que la madre dominaba al padre, y que si bien éste ofrecía más ternura y comprensión a los niños que aquélla, los desilusionó al final debido a lo que "soportaba" de la madre. Gradualmente, lo que comenzó como un movimiento espontáneo en miles de archivos clínicos se ha convertido en un deporte literario manifiesto en libros que condenan a las madres de este país como "mamis" y como "una generación de víboras".

¿Quién es esta "mami"? ¿Cómo llegó a perder su nombre bueno y simple? ¿Cómo pudo convertirse en una excusa para todo lo que está corrompido en una nación y un tema de pataletas literarias? ¿Es Mami realmente culpable?

En un sentido clínico, desde luego, echar la culpa puede significar simplemente señalar lo que el investigador informado considera sinceramente como la causa primaria de la calamidad. Pero en gran parte de nuestra labor psiquiátrica hay un matiz de triunfo vengativo, como si por fin se hubiera descubierto y acorralado al villano. La culpa atribuida a las madres en este país (a saber, que son sexualmente frías, que rechazan a sus hijos y que dominan indebidamente la vida del hogar) encierra en sí mismo un castigo moralista específico. Sin duda, tanto los pacientes como los investigadores psiquiátricos fueron objeto de muchas acusaciones en su infancia; ahora acusan a todas las madres, porque toda causalidad ha llegado a vincularse con la culpa.

Desde luego, fue una injusticia vengativa dar el nombre de "mami" a cierto tipo peligroso de madre, un tipo aparentemente caracterizado por una serie de contradicciones fatales en su actitud materna. Tal injusticia sólo puede explicarse y justificarse a través del hábito periodístico de la contraposición sensacional, una

parte de las costumbres folklóricas del publicista de nuestra época. Es verdad que en los casos en que el soldado norteamericano "psiconeurótico" se sentía inadecuadamente preparado para la vida, a menudo responsabilizaba de ello implícitamente, y las más de las veces inconscientemente, a su propia madre, y que el experto tendía a estar de acuerdo con él. Pero también es cierto que el camino desde Main Street hasta la trinchera era más largo —geográfica, cultural y psicológicamente— que el camino desde las líneas del frente hasta las ciudades natales de las naciones que estaban expuestas al ataque y habían sido atacadas, o de las que se habían preparado para atacar una patria ajena y ahora temían por la propia. Parecía carente de sentido acusar a la familia norteamericana por los fracasos, y en cambio negarle todo el mérito que significaba el gigantesco logro humano de superar esa distancia.

"Mami", entonces, como prototipos similares en otros países —véase el "padre alemán" examinado en el próximo capítulo— es una imagen compuesta por muchos rasgos, que nunca están presentes en su totalidad en ninguna mujer individual. Ninguna mujer aspira conscientemente a ser una "mami", y no obstante, puede encontrar que su experiencia converge en esa "gestalt" como si se viera obligada a asumir un rol. Para el investigador clínico, "mami" es algo comparable a un síndrome psiquiátrico "clásico" que uno llega a usar como unidad de medida aunque nunca lo haya visto en su forma pura. En las historietas se convierte en una caricatura, inmediatamente convincente para todos. Antes de analizar a "mami" como un fenómeno histórico, estudiémosla desde el punto de vista de las exigencias patógenas que plantea a sus hijos y a través de las cuales reconocemos su presencia en nuestra tarea clínica:

1. "Mami" es la autoridad indiscutida en materia de costumbres y moral en el hogar y, a través de los clubes, en la comunidad; con todo se permite seguir siendo, a su modo, vanidosa en cuanto a su apariencia, egoísta en sus exigencias e infantil en sus emociones.

2. En cualquier situación en que esta discrepancia choca con el resto que exige a sus hijos, considera a estos últimos culpables y nunca a ella misma.

3. Así, mantiene artificialmente lo que Ruth Benedict llamaría la discontinuidad entre el *status* del niño y el del adulto, sin conferir a esta diferenciación el significado superior que emana del ejemplo superior.

4. Manifiesta una decidida hostilidad frente a toda expresión libre de las formas más ingenuas de placer sensual y sexual por

parte de sus hijos, y deja bien en claro que cuando el padre tiene con ella exigencias sexuales se convierte en una molestia. Con todo, a medida que envejece, parece reacia a sacrificar algunos signos externos de competencia sexual, tales como vestidos demasiado juveniles, accesos de exhibicionismo y maquillaje. Además, manifiesta una ávida afición por los temas sexuales en los libros, las películas y en la murmuración.

5. Enseña la autorrestricción y el autocontrol, pero es incapaz de limitar su ingestión de calorías, a fin de poder seguir usando los vestidos que prefiere.

6. Espera que sus hijos sean duros consigo mismos, pero ella está hipocondríicamente preocupada por su propio bienestar.

7. Defiende los valores superiores de la tradición, pero ella misma no desea volverse "vieja". En realidad, tiene un profundo temor a ese *status* que en el pasado fue el fruto de una vida rica, a saber, el de abuela.

Esto bastará para indicar que "mami" es una mujer en cuyo ciclo de vida los restos de infantilidad se unen a la senilidad avanzada para excluir el rango intermedio de femineidad madura, que queda así anulado y estancado. De hecho, desconfía de sus propios sentimientos como mujer y como madre. Incluso su excesiva preocupación no proporciona confianza, sino una desconfianza perdurable. Pero corresponde decir que esta "mami" —o mejor aún, cualquier mujer que se identifica o es identificada por los demás con el estereotipo mami— no es feliz; no se gusta a sí misma; está acosada por la ansiedad de haber desperdiciado su vida. Sabe que sus hijos no la aman genuinamente, a pesar de los regalos para el Día de la Madre. "Mami" es una víctima, no una triunfadora.

Suponiendo, entonces, que éste sea un "tipo", una imagen compuesta de suficiente pertinencia para la epidemiología del conflicto neurótico en este país, explicarlo requeriría evidentemente la colaboración del historiador, el sociólogo y el psicólogo, y de una nueva clase de historia, una clase que en este momento se encuentra reconocida sólo en sus etapas impresionistas y sensoriales. Desde luego, "mami" es sólo una caricatura estereotipada de contradicciones existentes que han surgido de cambios intensos, rápidos y aún no integrados en la historia norteamericana. Para encontrar sus comienzos, probablemente será necesario retroceder en la historia hasta la época en que la mujer norteamericana era la encargada de desarrollar una única tradición común, sobre la base de muchas tradiciones importadas, y fundar en ella la educación de sus hijos y el estilo de su vida hogareña; cuando ella era la encargada de establecer nuevos hábitos de vida sedentaria en un con-

tinente originalmente poblado por hombres que en sus países de origen, por una razón u otra, no habían querido sentirse "encerrados". Ahora, por temor a someterse una vez más a una autocracia externa o interna, esos hombres insistían en mantener su nueva identidad cultural en un nivel tentativo hasta un punto en que las mujeres debían volverse autocráticas en su exigencia de contar con algún orden.

La mujer norteamericana en las comunidades de la frontera era el objeto de intensas rivalidades por parte de hombres rudos y a menudo desesperados. Al mismo tiempo, tuvo que convertirse en el censor cultural, la conciencia religiosa, el árbitro estético y la maestra. En esa temprana y precaria economía establecida a partir de una naturaleza hostil, fue ella la que proporcionó ese refinamiento en el vivir y esa espiritualidad sin los cuales la humanidad no puede mantenerse. Veía en sus hijos a futuros hombres y mujeres que deberían enfrentar los contrastes de la vida sedentaria y rígida y la existencia cambiante y migratoria. Debían estar preparados para innumerables oposiciones extremas en el medio ambiente, y siempre dispuestos a buscar nuevas metas y a luchar por ellas en una competencia despiadada. Al fin de cuentas, un tonto era peor que un pecador.

Sugerimos que las madres de los sioux y los yurok estaban dotadas de un poder instintivo de adaptación que les permitía desarrollar métodos de educación infantil adecuados a la formación de cazadores y esposas de cazadores en una sociedad nómada, y de pescadores y recolectores de bellotas en una sociedad sedentaria. Creo que la madre norteamericana reaccionó ante la situación histórica en este continente con una adaptación inconsciente similar cuando siguió desarrollando patrones anglosajones de educación infantil que permitirían evitar el debilitamiento de los futuros hombres de la frontera a causa de un maternalismo protector. En otras palabras, pienso que lo que ahora se considera como una actitud de "rechazo" en la mujer norteamericana es un defecto moderno basado en una virtud histórica destinada a un nuevo y vasto país, donde el hecho predominante era la frontera, sea que uno la buscara, la evitara, o tratara de olvidarla.

De la frontera, mi historiador-sociólogo y yo deberíamos pasar al puritanismo como una fuerza decisiva en la creación de la madre norteamericana y su caricatura moderna, "mami". Este calumniado puritanismo fue alguna vez un sistema de valores destinado a controlar a hombres y mujeres de vitalidad eruptiva, de intensos apetitos y de fuerte individualidad. En relación con las culturas primitivas, hemos señalado el hecho de que una cultura viva tiene sus propios equilibrios que la vuelven duradera y tolerable para

la mayoría de sus miembros. Pero la historia cambiante pone en peligro el equilibrio. Durante el breve curso de la historia norteamericana, rápidos desarrollos se fusionaron con el puritanismo en tal forma que contribuyeron a la tensión emocional de madre e hijo. Entre ellos figuran la permanente migración de la población nativa, la inmigración incontrolada, la industrialización, la urbanización, la estratificación de clases, la emancipación de la mujer. Éstas son algunas de las influencias que pusieron al puritanismo a la defensiva, y un sistema tiende a volverse rígido cuando asume esa actitud. El puritanismo, además de definir el pecado sexual para individuos de gran vitalidad y obstinación, llegó a abarcar gradualmente toda la esfera de la vida corporal, incluyendo la sensualidad y las relaciones maritales, y extendiendo su frigididad sobre las tareas del embarazo, el parto, la lactancia y la educación infantil. El resultado fue que los hombres no lograban aprender de sus madres a amar la bondad antes de aprender a realizar sus prácticas pecaminosas. En lugar de odiar el pecado, aprendieron a desconfiar de la vida. Muchos se volvieron puritanos sin fe ni entusiasmo.

Desde luego, la frontera siguió siendo la influencia decisiva que sirvió para establecer en la identidad norteamericana la polarización extrema que la caracteriza. La polaridad original fue el cultivo de los polos sedentario y migratorio, pues las familias y las madres mismas se vieron obligadas a preparar hombres y mujeres capaces de arraigarse en la vida comunitaria y la gradual estratificación de clases de los nuevos pueblos y ciudades y, al mismo tiempo, a preparar a esos niños para las posibles penurias físicas del establecimiento en la frontera. También las ciudades desarrollaron su existencia sedentaria y orientaron su vida centripeta en torno del taller y el escritorio, el fuego del hogar y el altar, mientras por caminos y senderos circundantes llegaban desconocidos que alardeaban de Dios sabe qué pastos más verdes. Uno tenía que seguirlos, o bien permanecer donde estaba y jactarse aún más. Lo importante es que el llamado de la frontera, la tentación a seguir avanzando, obligó a quienes permanecieron en su sitio a volverse defensivamente sedentarios y defensivamente orgullosos. En un mundo que desarrollaba el *slogan*: "Si puedes ver la chimenea de tu vecino, es hora de seguir adelante", las madres debían criar hijos e hijas dispuestos a ignorar el llamado de la frontera, pero también igualmente dispuestos a seguir desplazándose si se veían obligados a ello o elegían hacerlo. Con todo, cuando se hacían demasiado viejos ya no cabía elección alguna, y se quedaban para apoyar la adherencia más sectaria y estandarizada. Creo que fue el temor a volverse demasiado viejo como para elegir lo que dio a

la ancianidad y a la muerte una mala reputación en este país. (Sólo en los últimos tiempos las parejas de ancianos han encontrado una solución, el sistema nacional de remolques que les permite dedicarse a un perpetuo viajar y también morir sobre ruedas.)

Sabemos en qué forma los problemas del inmigrante y los del individuo migratorio, los del emigrado y los del refugiado, se superpusieron unos a otros, a medida que se colonizaban grandes áreas y que éstas comenzaban a tener un pasado. Para el nuevo norteamericano, con una tradición nacional de estratificación, los recién llegados se caracterizaron cada vez más por el hecho de haber escapado de alguna cosa, y no por los valores comunes a que aspiraban; y también estaban las masas de esclavos ignorantes y engañados del creciente mercado laboral industrial. A favor y en contra de estos últimos norteamericanos, las madres debían establecer nuevas normas morales y rígidas pruebas de ascendiente social.

A medida que los Estados Unidos se fueron convirtiendo en el proverbial crisol de pueblos, la decisión de la mujer anglosajona aseguró que de todos los ingredientes mezclados, el puritanismo, tal como era entonces, fuera el más poderoso. El tipo más antiguo anglosajón, se hizo aún más rígido, aunque al mismo tiempo honrado y bondadoso a su manera. Pero también las hijas de los inmigrantes intentaron frenéticamente emular las normas de conducta que no habían aprendido en su infancia. Creo que es aquí donde se originó la personalidad hecha-por-sí-misma como contraparte femenina del hombre hecho-por-sí-mismo; es aquí donde encontramos el origen del popular concepto norteamericano de un "yo" vanidoso y elegante que es su propio creador y árbitro. En realidad, el psicoanálisis de los hijos de inmigrantes revela claramente hasta qué punto ellos se convierten, en su calidad de primeros norteamericanos auténticos de la familia, en los progenitores culturales de sus padres.

Esta idea de un yo hecho-por-sí-mismo se vio a su vez reforzada y, no obstante, modificada, por la industrialización y la estratificación de clases. La industrialización, por ejemplo, trajo apareada la educación mecánica de los niños. Era como si este nuevo mundo de maquinarias hecho por el hombre, que había de reemplazar a los "sectores de la naturaleza" y a las "bestias de presa", ofreciera su dominio sólo a quienes estuvieran dispuestos a asemejarse a él, tal como los sioux "se convertían" en el búfalo y los yurok en el salmón. Así, se inició un movimiento en la educación infantil que, desde el comienzo mismo, tendía a adaptar el organismo humano a la puntualidad cronométrica, a fin de convertirlo en un apéndice estandarizado del mundo industrial. Este movi-

miento no ha concluido de ninguna manera en este país o en los países que en aras de la producción industrial quieren parecerse a nosotros. En esta búsqueda de adaptación a la máquina y al dominio sobre ella, las madres norteamericanas, sobre todo en la clase media, se encontraron con que estaban estandarizando y sobreadaptando a niños que más tarde debían personificar esa misma individualidad viril que en el pasado había sido una de las características más destacadas del norteamericano. El peligro resultante consistía en crear, en lugar de individualismo, una máscara de individualidad producida en serie.

Como si esto no bastara, la creciente diferenciación de clases en algunas clases y regiones no muy grandes, pero sí influyentes, se combinó con los restos de modelos aristocráticos europeos para crear el ideal de la dama, la mujer que no sólo no necesita trabajar, sino que, de hecho, es demasiado infantil y demasiado decididamente ignorante como para comprender incluso qué significa trabajar. En casi todas las regiones del país, exceptuando el sur, esta imagen pronto se vio contrarrestada por el ideal de la mujer emancipada. Este nuevo ideal parecía exigir igualdad de oportunidades, pero es bien sabido que la mayoría de las veces llegó a representar, en cambio, una aparente igualdad en el equipo, un derecho a la conducta masculina.

Con sus atributos originales, entonces, la mujer norteamericana era una compañera adecuada y heroica para el hombre postrevolucionario, imbuida de la idea de la libertad con respecto a la autocracia de cualquier hombre y acosada por el temor de que las nostalgias de alguna patria y la entrega a algún rey pudiera alguna vez obligarlo a someterse a la esclavitud política. Mamá se convirtió en "mami" sólo cuando Papá se convirtió en "papi" bajo el impacto de discontinuidades históricas idénticas. Porque, en última instancia, la institución del "mamismo" no es más que un paternalismo mal ubicado. Las madres norteamericanas asumieron el rol de los abuelos en el momento en que los padres renunciaron a su lugar dominante en la familia, en el campo de la educación y en la vida cultural. Los descendientes revolucionarios de los Padres Fundadores obligaron a sus mujeres a ser madres y padres, mientras ellos seguían cultivando el papel de hijos nacidos libres.

Me resulta imposible tratar de estimar el alcance del trastorno emocional en este país. Las meras estadísticas sobre las perturbaciones mentales severas no sirven de ayuda. Nuestros métodos diagnósticos mejorados y nuestro celo misionero se desarrollan paralelamente, a medida que tomamos conciencia del problema, de modo que resultaría difícil afirmar si este país tiene hoy día neurosis más grandes y mejores, o maneras más grandes y me-

jores de detectarlas, o ambas cosas a la vez. Pero desde mi experiencia clínica me atrevería a formular una *cualidad* específica en los individuos trastornados. Diría que, por debajo de su orgulloso sentimiento de autonomía y su exuberante sentido de la iniciativa, el norteamericano atribulado (que a menudo es el que menos atribulado parece) acusa a su madre de haberle fallado. Sostiene que su padre no tuvo mucho que ver en el asunto, excepto en aquellos casos raros en que se trataba era un hombre extraordinariamente severo en la superficie, un individualista anticuado, un paternalista foráneo o un "patrón" al estilo norteamericano. En el psicoanálisis del hombre norteamericano por lo común se necesita bastante tiempo para llegar al *insight* de que hubo un período, a comienzos de su vida, en que el padre parecía realmente más grande y amenazador. Incluso entonces, al principio hay muy poca comprensión de esa rivalidad específica por la madre, estereotipada en el complejo de Edipo. Es como si la madre hubiera dejado de ser el objeto de la nostalgia y el apego sensual antes de que el desarrollo general de la iniciativa llevara a una rivalidad con el "viejo". Por detrás de un fragmentario "complejo de Edipo", aparece ese arraigado sentimiento de haber sido abandonado y defraudado por la madre, que constituye la queja silenciosa que se oculta tras el retraimiento esquizoide. Parecería que el niño pequeño sintió que no tenía sentido hacer una regresión, porque no había nada a qué regresar, que no tenía sentido expresar sentimientos porque la respuesta era muy incierta. Sólo quedaba la acción y el movimiento hasta el punto del derrumbe. Cuando también la acción fracasaba, sólo quedaba el retraimiento y la sonrisa estandarizada y, más tarde, el trastorno psicossomático. Pero toda vez que nuestros métodos nos permiten llegar más hondo, encontramos en el origen de todo esto la convicción, la mortal autoacusación, de que fue *el niño el que abandonó a la madre*, porque tenía tanto apuro por independizarse.

El folklore norteamericano destaca este complejo en todo su poder original, en la leyenda del nacimiento de John Henry, un trabajador negro quien, de acuerdo con la conocida balada, murió más tarde en un intento por demostrar que un verdadero hombre es adecuado rival de cualquier máquina. La leyenda, no tan bien conocida, es esta<sup>44</sup>:

Ahora John Henry era un hombre, pero hace mucho que ha muerto.

La noche en que John Henry nació, la luna era cobriza y el cielo estaba negro. Las estrellas no brillaban y llovía a torrentes. Los relá-

<sup>44</sup> Roark Bradford, *John Henry*, Harper Bros., Nueva York, 1931.

pagos atravesaban el aire y la tierra temblaba como una hoja. Las pantes chillaban en los matorrales como un niño y el río Mississippi se salió de su cauce miles de millas. John Henry pesaba veintidós kilos.

No sabían qué hacer con John Henry cuando nació. Lo miraron y luego fueron y miraron el río.

"Tiene una voz de bajo como un predicador", dijo su mamá.

"Tiene hombros como los de un cargador de algodón", dijo su papá.

"Tiene las encías azules como un hechicero", dijo la partera.

"Podría predicar algo", dijo John Henry, "pero no seré un predicador. Podría cargar algodón, pero no seré un cargador de algodón. Quizás tenga las encías azules como un hechicero, pero no tendré nada que ver con los espíritus. Porque mi nombre es John Henry, y cuando la gente me llame por mi nombre, sabrá que soy un hombre de verdad."

"Su nombre es John Henry", dijo su mamá. "Es un hecho."

"Y cuando uno lo llama por su nombre", dijo su papá, "es un hombre de verdad."

Y en ese momento John Henry se levantó y se desperezó. "Bueno", dijo, "¿no es hora de cenar?"

"Seguro que es hora de cenar", dijo su mamá.

"Y más tarde", dijo su papá.

"Y mucho más tarde", dijo la partera.

"Bueno", dijo John Henry, "¿ya cenaron los perros?"

"Ya cenaron", dijo su mamá.

"Todos los perros", dijo su papá.

"Hace mucho", dijo la partera.

"Bueno, entonces", dijo John Henry, "¿no valgo yo tanto como los perros?"

Y cuando John Henry dijo eso se encolerizó. Se echó hacia atrás en su cama y rompió las tablillas. Abrió la boca y aulló, y apagó la lámpara. Hendió la lengua y escupió, y eso apagó el fuego. "¡No me hagan enojar!", dijo John Henry, y el trueno resonó y retumbó. "No me hagan enojar el día en que he nacido, porque me asusto de mí mismo cuando me enojo."

Y John Henry se puso de pie en medio del piso y les dijo qué quería comer. "Tráiganme cuatro huesos de jamón y una olla llena de repollos", dijo. "Tráiganme pienso de nabos verdes altos como un árbol, y adérecenlo con un poco de afrecho. Tráiganme una torta de pan fría y un poco de licor caliente para bajarla. Tráiganme dos quijadas de cerdo y una pava llena de arvejas. Tráiganme una cacerola llena de bizcochos calientes y un porrón de miel de caña. Porque mi nombre es John Henry, y los verá pronto."

Y con eso John Henry salió de la casa y se alejó de Black River Country, donde nacen todos los buenos cargadores.

Desde luego, hay historias análogas en otros países, desde Hércules hasta Buslaev. Con todo, esta leyenda contiene algunos elementos específicos que considero acabadamente norteamericanos. Caracterizar el tipo de humor utilizado aquí exigiría un enfoque objetivo que está más allá de mis posibilidades actuales. Pero lo que debemos recordar, para una referencia ulterior, es el hecho de que John Henry comienza con una enorme protesta: se ve frustrado en su enorme apetito; ruega "no me hagan enojar el día en que he nacido"; resuelve el dilema saltando sobre sus propios pies y alardeando de su capacidad estomacal; no se comprometerá con ninguna identidad predeterminada por los estigmas del nacimiento; y parte para convertirse en un hombre que no es nada más que un hombre, antes de que se haga intento alguno por proporcionarle lo que ha exigido.

### 3. JOHN HENRY

Este mismo John Henry es el héroe de una leyenda que relata cómo, con su misma muerte, demostró el triunfo de la carne sobre la máquina:

*Cap'n says to John Henry,  
"Gonna bring me a steam drill 'round,  
Gonna take that steam drill out on the job,  
Gonna whop that steel on down,  
Lawd, Lawd, gonna whop that steel on down".  
John Henry told his cap'n,  
Said, "A man ain't nothin' but a man,  
And befo' I'd let that steam drill beat me down  
I'd die with this hammer in my hand,  
Lawd, Lawd, I'd die with the hammer in my hand"*<sup>45</sup>.

El capitán le dijo a John Henry:  
"Voy a traer un taladro a vapor,  
lo voy a poner a trabajar,  
voy a golpear ese acero hasta vencerlo,  
Señor, Señor, voy a golpear ese acero hasta vencerlo."  
John Henry le respondió,  
"Un hombre es nada más que un hombre,  
y antes de dejar que el taladro me venza  
moriré con el martillo en la mano,  
Señor, Señor, moriré con el martillo en la mano."

<sup>45</sup> J. A. Lomax y A. Lomax (Eds.), *Folksong U.S.A.*, Duell, Sloan y Pearce, Nueva York, 1947.

De acuerdo con los Lomax, la melodía de esta balada está "arraigada en una tonada escocesa y sus elementos corresponden a los de las baladas medioevales, pero su contenido es el coraje del hombre común", quien cree hasta el fin que un hombre sólo vale como tal.

John Henry es así uno de los modelos ocupacionales de los individuos descarriados de la frontera que enfrentaban los nuevos mundos geográficos y tecnológicos como hombres y sin un pasado. El último modelo que sobrevive parece ser el del vaquero que heredó sus alardes, su actitud de protesta, la tendencia a vagabundear, la desconfianza con respecto a los vínculos personales, su concentración libidinal y religiosa en los límites de la audacia y la capacidad para soportar, su dependencia de los "animales" y los climas.

Estos trabajadores desarrollaron hasta sus mismos límites emocionales y sociales la imagen del hombre sin raíces, del hombre sin madre, del hombre sin mujer. Más tarde sostendremos que esta imagen es sólo una dentro de una variedad particular de nuevas imágenes que existen en todo el mundo; su denominador común es el niño que nace libre y se convierte en un adolescente emancipado y un hombre que refuta la conciencia de su padre y su nostalgia con respecto a la madre, y acepta sólo los hechos crudos y la disciplina fraterna. Se jactaban como si se hubieran criado a sí mismos, más rudos que los animales y más duros que cualquier metal forjado:

Criado en los montes, amamantado por un oso polar, nueve hileras de dientes en las mandíbulas, una doble mata de pelo, costillas de acero, intestinos como alambres, y una cola de alambre de púas, y no me importa un rábano por dónde la arrastro. *Whoopee-whee-a-ha!*<sup>46</sup>

Preferían mantenerse en el anonimato a fin de poder ser el producto condensado de lo más bajo y lo más alto en el universo.

Soy peludo como un oso, con cabeza de lobo, activo como un puma y puedo reír como una hiena, hasta que se curve la corteza del tronco de un gomero. Hay en mí un poco de todo, desde el león hasta el zorrino; y antes de que termine la guerra, declararán que soy todo un instituto zoológico, o me he equivocado en mis cálculos<sup>47</sup>.

<sup>46</sup> Alfred Henry Lewis, *Wolfville Days*, Frederic A. Stokes Co., Nueva York, 1902. Citado en B. A. Botkin, *A Treasury of American Folklore*, Crown Publishers, Nueva York, 1944.

<sup>47</sup> *Colonel Crockett's Exploits and Adventures in Texas*, escrito por él mismo, 1836.

Si en todo esto hay totemismo, tomado de los indios, también hay un compromiso de incongruencia trágica, pues es posible enfrentar un "sector de la naturaleza" identificándose con él, pero si uno aspira a ser más frío y más duro que las máquinas, y aspira a tener intestinos de alambre, los intestinos pueden no responder a esa exigencia.

Al estudiar a dos tribus indias norteamericanas, llegamos a la conclusión de que sus formas particulares de educación temprana estaban bien sincronizadas con sus imágenes del mundo y con sus roles económicos en ellas. Sólo en los mitos, en los rituales y en las plegarias encontramos referencias al precio que tuvieron que pagar por su forma particular de expulsión del paraíso infantil. En una nación grande y diversa como los Estados Unidos, ¿hay alguna forma de vida folklórica que pueda reflejar tendencias típicas en la temprana relación con la madre?

Creo que la canción folklórica es la contraparte psicológica, en las regiones agrícolas, de los cánticos religiosos comunales de los pueblos primitivos. Como vimos, las canciones de estos últimos están dirigidas a los Proveedores Sobrenaturales: esos individuos ponían toda la nostalgia que sentían por el paraíso perdido de la infancia en sus canciones, a fin de hacerlas convincentes a través de la magia de las lágrimas. Con todo, las canciones folklóricas expresan la nostalgia de los trabajadores que han aprendido a doblegar el suelo con herramientas toscas manejadas con el sudor de su frente. Cantan su anhelo de un hogar recuperado como una recreación después del trabajo, y a menudo como un acompañamiento de aquél, cuando no como herramienta auxiliar cuando la letra se refiere al trabajo.

En sus "antiguas canciones de amor", la canción norteamericana ha heredado una buena medida de la serena profundidad del folklore europeo: "Negro, negro, negro, es el color del cabello de mi amada". Pero el recuerdo de los profundos valles del Viejo Mundo, sus tranquilos molinos y sus dulces doncellas sobrevive primariamente en las melodías. En sus palabras cambiantes la canción folklórica de este país cultiva deliberadamente esa "personalidad disociada" que mucho más tarde reaparece en la era del jazz. Esa discrepancia entre la melodía y la letra ya se revela en la canción norteamericana que se supone más antigua, *Springfield Mountain*. Las melodías más dulces pueden servir al mismo tiempo para los versos más crudos e irrespetuosos; incluso las canciones de amor tienen tendencia a disipar el sentimiento profundo. "Si uno lee entre líneas", afirman los Lomax, "no puede dejar de percibir dos actitudes repetidamente expresadas hacia el amor... El amor es peligroso —no es nada más que una idea que el vien-

to se ha llevado'—... El amor es cosa de risa, y el galanteo es una comedia. Aparentemente, esos individuos que no temían a los indios, a la soledad o a las alimañas, a los bosques, la libertad, los caballos salvajes, los incendios en la pradera, la sequía, las armas, tenían miedo del amor"<sup>48</sup>.

Es pues en esas mismas canciones de amor donde encontramos no sólo el dolor por haber sido abandonado (tema internacional) sino también el temor a experimentar emociones profundas, que exponen al peligro de quedar apresado y herido por un "amor indiferente".

En lugar de romanticismo, en la canción norteamericana hay una empecinada insistencia en los hechos desagradables de la pobreza, la soledad y el trabajo en un continente que castigaba al tiempo que desafiaba. Hay un énfasis especial en los animales, que constituyen una molestia inmediata y constante: "Chinches, zarigüellas, coatis, gallos, gansos, sabuesos, sinsontes, serpientes de cascabel, machos cabríos, jabalíes, mulas". El uso de animales sirve particularmente para la clase de canción sin sentido y de juego de palabras que en parte debe ocultar a los severos adultos y en parte revelar a los jóvenes, algún tipo de alusión erótica, cuando en las reuniones de juego "inocente" es necesario evitar los bailes y no obstante acercarse a ellos a través del juego:

*And it's ladies to the center and it's gents  
around the row,  
And we'll rally round the canebrake and shoot  
the buffalo.  
The girls will go to school, the boys will  
act the fool,  
Rally round the barnyard and chase the old  
gray mule.  
Oh, the hawk shot the buzzard and the buzzard  
shot the crow  
And we'll rally round the canebrake and shoot  
the buffalo*<sup>49</sup>.

Las mujeres en el centro y los hombres  
alrededor  
Y nos reuniremos en el cañaveral para cazar  
al búfalo.  
Las chicas irán a la escuela, los muchachos  
se harán los tontos,

<sup>48</sup> Lomax y Lomax, *op. cit.*

<sup>49</sup> *Ibid.*

Se reunirán en el granero y perseguirán a la  
vieja mula gris.  
El halcón mató al buaro y éste mató  
al cuervo  
Y nos reuniremos en el cañaveral para cazar  
al búfalo.

La tontería se vuelve más irreverente cuando se refiere a la decadencia y el fin de las cosas viejas y perecederas. Se trata en general de animales, "la vieja yegua gris", que "ya no es la de antes", o "el viejo gallo colorado", que "no puede cantar como antes", o la gansa gris de la tía Nancy:

*Go tell Aunt Nancy  
Her old gray goose is dead.  
The one she's been savin'  
To make her feather bed.  
The goslin's are mournin'  
'Cause their mammy's dead.  
She only had one fe-eather,  
A-stickin' in her head*<sup>50</sup>.

Dile a la tía Nancy  
que su vieja gansa gris murió.  
La que estaba guardando  
Para hacer una cama de plumas.  
Los gansitos se lamentan  
Porque su mamá murió.  
Sólo tenía una pluma  
Clavada en la cabeza.

La ironía amarga y, no obstante, alegre en este último verso se refiere a las épocas en que, de acuerdo con los Lomax, "una cama de plumas de ganso era fundamental para dormir, porque uno se sentía acunado y abrazado y casi envuelto al mismo tiempo". A veces, sin embargo, esta alegre despedida se aplica sin disimulo a personas:

*My wife, she died, O then, O then,  
My wife, she died, O then,  
My wife, she died,  
And I laughed till I cried,  
To think I was single again*<sup>51</sup>.

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> *Ibid.*

Mi esposa murió, oh entonces, oh entonces,  
Mi esposa murió, oh entonces,  
Mi esposa murió,  
Y me reí hasta llorar,  
al pensar que era soltero otra vez.

La libre expresión de sentimientos como "al demonio con lo que se ha desgastado" y "no te tomes demasiado en serio" está de acuerdo con el hecho de que sea necesario caminar, bailar y correr al compás de la canción norteamericana para revelar su verdadero espíritu. Aquí la acción perpetua se funde con las alegres referencias a las técnicas laborales de todos los días que expresan el credo norteamericano, la fe en la liberación mágica que se logra viajando y haciendo cosas.

Las canciones de vaqueros, que reflejan una de las últimas formas de las actitudes singulares y desviadas de los trabajadores altamente especializados de la frontera, exhiben una exquisita síntesis de pauta laboral y expresión emocional. Mientras intentaba cansar a un potro bravío, cuidando de que el temor o la rabia no sabotee su calma muscular, o mientras guiaba a sus animales a lo largo del sendero polvoriento soleado, cuidando de no apresurarse o trastornar al ganado que debe entregarse reluciente y bien alimentado, el vaquero se dedicaba a entonar las melodías de las que surgieron las versiones purificadas de la canción popular. En todo momento, el motivo central del "lamento del vaquero" sigue siendo el hecho de que para él no hay camino de retorno. Así, existen las conocidas canciones conmovedoras en las que se habla del vaquero que nunca volverá a ver a su madre ni a su "querida hermana"; o que regresará junto a su novia para encontrarse con que lo ha engañado una vez más. Pero más genuinamente generalizado es el extraño hecho de que este hombre que vive entre hombres se convierte en sus canciones en algo así como una madre y un maestro y una niñera de las reses a que lleva hacia una muerte temprana:

*Your mother was raised away down in Texas  
Where the jimson weed and the sand-burrs grow,  
So we'll fill you up on cactus and cholla,  
Until you are ready for Idaho*<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> M. y T. Johnson, *Early American Songs*, Associated Music Publishers, Inc., W. 45th St., Nueva York, 1943.

Vuestra madre fue criada muy lejos, en Texas  
 Donde crecen malezas y arbustos espinosos  
 Los llenaremos de cactus y chola,  
 Hasta que estén listos para Idaho.

Canta a sus reses canciones de cuna mientras éstas avanzan sobre miles de pequeñas pezuñas en la oscuridad que cae temprana sobre la pradera:

*Go slow, little dogies, stop milling around,  
 For I'm tired of your roving all over the ground,  
 There's grass where you're standin',  
 So feed kind o'slow,  
 And you don't have forever to be on the go,  
 Move slow, little dogies, move slow*<sup>53</sup>.

Despacio, reses, basta de remolinear,  
 Estoy cansado de que correeteen por todas partes,  
 Hay pasto donde están paradas,  
 Así que coman despacio,  
 Y no hay que estar siempre moviéndose,  
 Despacio, reses, despacio.

Y aunque protesta: "Es vuestra desgracia y no la mía", se siente identificado con esos novillos a los que ha marcado, castrado y alimentado hasta que estuvieron listos para transportarlos y degollarlos:

*You ain't got no father, you ain't got no mother,  
 You left them behind when first you did roam,  
 You ain't got no sister, you ain't got no brother,  
 You're just like a cowboy, a long way from home*<sup>54</sup>.

No tienes padre, no tienes madre,  
 Los dejaste atrás cuando empezaste a vagar;  
 No tienes hermana, no tienes hermano,  
 Eres como un vaquero, muy lejos del hogar.

Así, la canción norteamericana afirma en sus melodías la nostalgia de lo antiguo, aun cuando en sus palabras exprese a menudo

<sup>53</sup> De *Singing America*, utilizado con el permiso de la National Recreation Association, autores de los derechos, y de C. C. Birchard and Co., editores.

<sup>54</sup> Johnson, *op. cit.*

una paradoja deliberada y empecinada, una negación de la confianza en el amor, de la necesidad de confianza. Así, se convierte en una más íntima declaración de independencia.

En este país, la imagen del hombre libre está basada en ese europeo del norte que, habiendo escapado de leyes feudales y religiosas, repudiaba a su patria y establecía un país y una constitución sobre el principio básico de impedir el resurgimiento de la autocracia. Desde luego, esta imagen tuvo más tarde un desarrollo que resultaba totalmente imprevisible para esos colonizadores originales que sólo deseaban restablecer en ese continente una nueva Inglaterra, una Inglaterra con aldeas igualmente encantadoras, pero con más lugar para el pensamiento libre. No pudieron prever el intenso y persistente llamado de un continente que nunca había sido la patria de nadie y que, a pesar de sus excesivos rigores, se convirtió en un tentador autocrático. En los Estados Unidos la naturaleza es autocrática y dice: "Yo no discuto, afirmo". El tamaño y el rigor del país y la importancia de los medios de migración y transporte contribuyeron a desarrollar y crear la identidad de autonomía e iniciativa, la identidad del que "se desplaza y hace cosas". Históricamente, se tendió a dejar de lado el pasado sobredefinido a cambio de un futuro indefinido; geográficamente, la migración era un hecho siempre presente; socialmente, las oportunidades y las posibilidades radicaban en la audacia y la suerte, en sacar plena ventaja de los canales de movilidad social.

No es una coincidencia, entonces, que los análisis psicológicos encuentren en el fondo de muchas aflicciones mentales específicas el complejo de haber abandonado a la madre y de haber sido abandonado por ella. En general, los norteamericanos no experimentan "este país" como una "patria", en el sentido dulce y nostálgico de la "vieja tierra". "Este país" es amado en forma casi amarga y en una forma notablemente realista y carente de romanticismo. La oratoria puede acentuar lo geográfico; las lealtades más profundas están vinculadas con las asociaciones voluntarias y las oportunidades, que expresan un nivel de logro antes que una pertenencia local. Hoy día, cuando hay tanta demanda de viviendas en vecindarios defensivamente sobredefinidos, abiertamente estandarizados y sobrerrestringidos, muchos individuos disfrutaban de sus momentos de máxima relajación en los mostradores de los cruces de caminos, en los bares y en los vehículos automotores, en campamentos y cabañas, jugando a que carecen allí de restricciones y tienen libertad para quedarse o para seguir avanzando. La población de ningún otro país viaja tan lejos y tan rápido. Después de la guerra, más veteranos que en ninguna otra nación prefirieron iniciar su nueva vida en lugares alejados de su ciudad

natal, con la que habían soñado mientras estaban en el frente. Para muchos norteamericanos, entonces, si bien "no hay nada como el hogar", es importante poder llevárselo consigo o encontrar un facsímil a muchas millas de distancia. Quizás los que más viajen son los que tienen mejores hogares en que establecerse.

Pero al dominar así con violencia la extensión de un vasto continente, los norteamericanos también aprendieron a controlar al segundo autócrata, con el que los hijos libres se encontraron inesperadamente: la máquina.

Es necesario comprender la autocracia del continente y la autocracia de la máquina cuando uno se propone estudiar o criticar los métodos norteamericanos de educación infantil que tienden a hacer que un niño sea levemente nostálgico y, no obstante, fiel, autónomo y, sin embargo, digno de confianza, individualista y, al mismo tiempo, previsible. El hecho de que tales métodos comienzan con un "rechazo" materno sistemático es en sí mismo parte del folklore, que debe ser rastreado hasta los hechos, nacidos de las circunstancias, y hasta la fantasía, nacida de la necesidad; pues el hombre y la mujer que habrían de corresponder a la imagen del hombre hecho-por-sí-mismo y la personalidad hecha-por-sí-misma y habrían de crear y "adaptar" su identidad yoica a medida que avanzaban, no tenían una gran opinión del amor materno protector. Sin duda, en los casos en que lo recibieron siendo niños, tuvieron que repudiarlo después. Cuando "mami" no existía, era necesario inventarla: pues tal es la importancia histórica del sentimiento de agravio en este país que para que un hombre pueda pararse sobre sus propios pies en un mundo intensamente cambiante debe sostenerse mediante sus propios rencores.

Puesto que John Henry nació después de que los perros hubieran cenado, saltó sobre sus pies antes de su primera comida. En vista del continente que se extendía ante él, y de las tareas que se esperaban de él, sus primeras horas en este mundo fueron significativas, aunque reconocidamente extremas. Pero, ¿qué hará John Henry vestido con un traje cruzado de ejecutivo? ¿Qué ocurrirá con sus "intestinos de alambre" cuando deba servir a las máquinas y se encuentre atrapado en la maquinaria impersonal de la vida moderna?

#### 4. ADOLESCENTE, PATRÓN Y MÁQUINA

La adolescencia es la edad del establecimiento final de una identidad yoica positiva dominante. Es entonces cuando un futuro alcanzable se convierte en una parte del plan consciente de vida.

Es entonces cuando se plantea el interrogante relativo a si el futuro fue o no anticipado en las expectativas previas.

Anna Freud ha expuesto lúcidamente el problema planteado por la maduración fisiológica<sup>55</sup>.

El proceso fisiológico que señala el logro de la madurez sexual física está acompañado por una estimulación de los procesos instintivos... Los impulsos agresivos se intensifican hasta el punto de un desenfreno total, el hambre se convierte en voracidad y las travesuras del período de latencia se transforman en la conducta criminal del adolescente. Los intereses orales y anales, largo tiempo sumergidos, vuelven otra vez a la superficie. Los hábitos de higiene, laboriosamente adquiridos durante el período de latencia, dan lugar al placer en la suciedad y el desorden, y en lugar de decoro y comprensión encontramos tendencias exhibicionistas, brutalidad y crueldad con los animales. Las formaciones reactivas, que parecían estar firmemente establecidas en la estructura del yo, amenazan con derrumbarse. Al mismo tiempo, viejas tendencias que habían desaparecido emergen en la conciencia. Los deseos edípicos se realizan bajo la forma de fantasías y ensueños diurnos, en los que han sufrido muy poca distorsión; en los varones, las ideas de castración, y en las niñas, la envidia del pene, se convierten una vez más en el centro de interés. Hay muy pocos elementos nuevos en las fuerzas invasoras. Su arremetida se limita a traer una vez más a la superficie el contenido familiar de la sexualidad infantil temprana de los niños pequeños.

Este es el cuadro en términos del yo individual, que parece estar invadido por un ello nuevamente movilizado y enormemente aumentado como si proviniera de un mundo interior hostil y de un mundo exterior interno. Nuestro interés apunta a la cantidad y la calidad de apoyo que el yo adolescente, así acosado, puede esperar del mundo exterior externo; y al problema de si las defensas yoicas, así como los fragmentos de identidad desarrollados en etapas previas, reciben el necesario sustento adicional. Ahora los jóvenes regresivos y en crecimiento, rebeldes y en maduración, se preocupan fundamentalmente por quiénes y qué son ante los ojos de un círculo más amplio de personas significativas, en comparación con lo que ellos mismos han llegado a sentir que son; y en la forma de relacionar los sueños, las idiosincrasias, los roles y las habilidades cultivadas previamente con los prototipos ocupacionales y sexuales de su tiempo.

El peligro de esta etapa es la difusión de rol; tal como Biff

<sup>55</sup> Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1964.

lo expresa en *La muerte de un viajante*: "Simplemente no puedo afirmarme en alguna clase de vida". Cuando ese dilema se basa en una intensa duda previa en cuanto a la propia identidad étnica y sexual, los incidentes de delincuencia y de tipo abiertamente psicótico no son raros. Son muchos los jóvenes que, desconcertados por el rol asumido, un rol que les fue impuesto por la estandarización inexorable de la adolescencia norteamericana, huyen en una forma u otra: abandonan escuelas y empleos, no regresan al hogar por la noche, o se retraen a una actitud bizarra e inaccesible. Una vez que se ha convertido en un "delincuente", su mayor necesidad y a menudo su única salvación es la negativa por parte de los adolescentes de más edad, de los consejeros y del personal judicial a seguirlo tipificando mediante diagnósticos convencionales y juicios sociales que ignoran las condiciones dinámicas particulares de la adolescencia. El mayor servicio que pueden prestar es la negativa a "confirmarlo" en su criminalidad<sup>56</sup>.

Entre los norteamericanos jóvenes con identidades definidas tempranas, hay un tipo de adolescente al que trataré de describir en el marco de su medio ambiente. Mi método es la descripción clínica de un "tipo": pero el muchacho no es un paciente, muy lejos de ello. En realidad, no le interesan los "reducidores de cráneos". Quizás por esa misma razón, habría que encontrar un medio para estudiarlo acabadamente, pues limitar nuestra comprensión a quienes nos necesitan desesperadamente significaría limitar indebidamente nuestra misión.

La familia es anglosajona, tíbiamente protestante, de la clase de empleados. Este tipo de varón es alto, delgado y musculoso. Se muestra tímido, sobre todo con las mujeres, y emocionalmente retentivo, como si estuviera reservándose para algo. Su sonrisa ocasional, sin embargo, indica una satisfacción básica consigo mismo. Entre sus iguales, puede ser travieso y bullanguero; con los niños más pequeños, bondadoso y circunspecto. Sus metas están vagamente definidas. Tienen algo que ver con la acción y el movimiento. Sus prototipos ideales en el mundo de los deportes parecen satisfacer necesidades tales como la locomoción disciplinada, el juego limpio en la agresión, un exhibicionismo tranquilo y una sexualidad masculina latente. Evita la ansiedad neurótica concentrándose en metas limitadas con leyes circunscriptas. Desde un punto de vista psicoanalítico, el mecanismo de defensa predominante es la autorrestricción.

Su madre es, en cierto sentido, una "mami". Puede ser dura,

autoritaria y severa. Probablemente sea también algo frígida. El padre, si bien exhibe la dureza necesaria en los negocios, es tímido en sus relaciones íntimas, y no espera que se lo trate con mucha consideración en el hogar. En nuestras historias clínicas, tales padres siguen describiéndose como patógenos, aunque resulta evidente que representan un patrón cultural. El efecto que tengan sobre un niño depende de variables que los términos clínicos existentes no tienen en cuenta. En cuanto a la madre, que manifiesta un cierto desprecio por la debilidad masculina, ladra más de lo que muerde. Tiene un ideal masculino, derivado de la historia de su familia y por lo común relacionado con su padre, y no deja de señalar al hijo que éste tiene la posibilidad de acercarse a ese ideal. Tiene la inteligencia necesaria (a veces la pereza o la indiferencia necesaria) como para permitirle decidir si quiere alcanzar o no ese ideal. Resulta importante señalar que no es sobreprotectora. Al revés que las madres que impulsan pero no pueden soltar (ellas son las patógenas, las "sobreprotectoras"), no ata abiertamente al niño a ella misma. Proporciona a sus hijos adolescentes la libertad de la calle, del patio de juegos y de las fiestas, incluso por la noche. Convince al padre para que no se preocupe y les preste su auto, o más bien "el auto". Debe admitirse que esta madre está segura de hasta dónde llegará el muchacho en cuestiones sexuales, porque inconscientemente sabe que cuando era pequeño, logró matar por inanición una parte del demonio original que había en él. En su temprana infancia, deliberadamente lo subestimó sexual y emocionalmente.

He indicado en qué medida una cierta y determinada falta de maternalismo en tales madres puede fundarse históricamente no sólo en el puritanismo religioso, sino en la continuación inconsciente de condiciones históricas que hacían peligroso que un hijo creyera más en el pasado que en el futuro, que basara su identidad en la adherencia a su hogar infantil y en la exclusión de toda posible migración en busca de mejores oportunidades, que pareciera un "mariquita" en lugar de alguien que ha aprendido a tolerar una cierta cantidad de privación y soledad.

Hemos examinado el desarrollo de un sentimiento corporal básico a partir de la regulación mutua entre la madre y el niño. Partes del cuerpo se sienten como "más" y como "buenas" en la medida en que el medio ambiente temprano se hizo primero cargo de ellas y luego, con las connotaciones adecuadas, las dejó gradualmente libradas al propio cuidado del niño. Las áreas de mayor conflicto siguen siendo áreas abruptamente desconectadas del sentimiento del cuerpo y más tarde de la propia identidad. Siguen siendo áreas perturbadoras en el cuerpo en rápido crecimiento del

<sup>56</sup> Véase E. H. y K. T. Erikson, "The Confirmation of the Delinquent", *Chicago Review*, invierno de 1957.

adolescente, quien se mostrará manifiestamente preocupado y consciente de ellas y sufrirá períodos de pérdida de contacto con sus propias partes corporales. No cabe duda de que, en sus sentimientos más íntimos, este adolescente está separado de sus genitales; los ha considerado "privados" toda la vida y no en el sentido de que constituyeran su propiedad privada, sino en el de que eran demasiado privados como para que incluso él los tocara. Lo han amenazado, desde temprano y en tono casi indiferente, con la pérdida de sus genitales y, de acuerdo con la restricción yoica general que constituye su mecanismo de defensa predilecto, se ha apartado de ellos. Desde luego, no tiene conciencia de todo esto. El ejercicio vigoroso lo ayuda a conservar intacta su imagen corporal y le permite vivir su tendencia intrusiva a través de la importancia atribuida a la meta en los deportes.

La cualidad yoica de la autonomía, como ya señalamos, depende de una definición constante del privilegio y la obligación individuales en la infancia. Como consecuencia de desarrollos recientes, que involucran a nuestro adolescente, toda suerte de influencias han debilitado los vínculos de privilegios y obligaciones, con y contra los cuales el niño puede desarrollar su autonomía. Entre ellas figuran la disminución del tamaño de nuestras familias y la temprana educación de esfínteres. Un número considerable de hermanos puede asegurar que exista una igualdad viable en la distribución de privilegios y obligaciones entre los que son "demasiado pequeños" y los que "ya son bastante grandes". Una familia numerosa, si se la utiliza con este fin, es una buena escuela para la democracia, sobre todo si los padres aprenden gradualmente a limitarse a una firme actitud de consejeros. Las familias pequeñas acentúan las diversidades tales como el sexo y la edad. Como consecuencia de la exigencia de una temprana educación en la higiene, el orden y la puntualidad, las madres individuales en las familias pequeñas a menudo enfrentan a un niño por vez en una guerra de ingenio y paciencia. Nuestra madre, entonces, ha aceptado sin vacilar el lema científico de que es mejor "condicionar" al niño lo antes posible, antes de que el asunto pueda convertirse en una consecuencia de su ambivalencia muscular. Para ella tiene sentido esperar que la educación muy temprana lleve a un acatamiento automático y a una máxima eficiencia, con un mínimo de fricción. Al fin de cuentas, el método resulta eficaz con los perros. Al igual que la psicología "conductista" de su época, no tuvo en cuenta el hecho de que se enseña a los perros a servir y morir; de que no se los obliga a representar para su descendencia lo que sus amos significaron para ellos. Los hijos deben eventualmente educar a sus propios hijos, y todo empobrecimiento

de su vida impulsiva, con el fin de evitar la fricción, debe considerarse como un posible riesgo que afecta a más de una vida. Las generaciones dependen de la capacidad de todo individuo procreador para enfrentar a sus hijos con el sentimiento de que pudo salvar parte de su entusiasmo vital a través de los conflictos de su infancia. En realidad, tales principios de educación temprana no funcionan eficazmente desde el comienzo porque exigen un esfuerzo demasiado constante por parte del progenitor: llegan a ser una educación para los padres antes que para los hijos.

Nuestro niño llegó así a ser "bueno", pero también aprendió a asociar tanto las comidas como los intestinos con la preocupación y el apresuramiento. Su tardía campaña en defensa de la autonomía somática se inició así bajo circunstancias desconcertantes, y con un definido déficit inicial en su capacidad para hacer elecciones, porque su área de control se había visto invadida antes de que pudiera oponerse o bien someterse a través de una elección razonablemente libre. Quisiera sugerir muy seriamente que la temprana educación de esfínteres y otros recursos similares inventados para condicionar al niño antes de que éste se encuentre en condiciones de regularse por sí solo, puede constituir una práctica muy dudosa en la crianza de individuos que más tarde deben ejercer una elección libre y vigorosa como ciudadanos. Es aquí donde la máquina ideal de "funcionamiento sin fricción" invadió el medio ambiente democrático. Gran parte de la apatía política puede tener su origen en una sensación general de que, al fin de cuentas, las cuestiones de elección aparente probablemente han sido resueltas de antemano, sensación que se convierte en un hecho si las partes influyentes del electorado consienten en ello porque han aprendido a ver el mundo como un lugar donde los adultos hablan de elección, pero "arreglan" las cosas a fin de evitar la fricción manifiesta.

En cuanto a la llamada etapa edípica, cuando "el niño se identifica con el superyó de los padres", es de suma importancia que este superyó tenga un máximo de sentido colectivo en términos de los ideales del momento. El superyó ya es bastante desastroso como mera institución, porque perpetúa internamente la relación del adulto grande y colérico con el niño pequeño pero malo. La era patriarcal explotó en ciertas formas definidas el hecho evolutivo universal de un "rector" moral internalizado e inconsciente, mientras que otras épocas lo han explotado de otra manera. La explotación paterna aparentemente lleva a sentimientos suprimidos de culpa y al temor a la castración como resultado de la rebelión contra el padre; la explotación materna está centrada en sentimientos de destrucción y abandono mutuo entre la madre y el niño.

Cada época, en tonces, debe encontrar su propia manera de manejar el superyó como una potencialidad universalmente dada para la supervivencia automática e interior de un abismo entre el adulto y el niño. Cuanto más idiosincrática es esta relación y menos adecuado el progenitor en cuanto a reflejar los prototipos e instituciones culturales cambiantes, más profundo será el conflicto entre la identidad yoica y el superyó.

Con todo, la autorrestricción salva a nuestro niño de mucho desgaste moral. El niño parece estar en relaciones razonablemente buenas con su superyó y lo sigue estando en la pubertad y en la adolescencia, debido a un ingenioso sistema en la vida norteamericana que torna difuso el ideal paterno. El ideal masculino del niño rara vez está vinculado a su padre, tal como lo ve en la vida diaria. Por lo común se trata de un tío o un amigo de la familia, cuando no de su abuelo, tal como su madre se lo presenta, a menudo inconscientemente.

El abuelo, un hombre poderoso y de poderosos impulsos —de acuerdo con el patrón norteamericano que alguna vez prevaleció ampliamente, otra mezcla de realidad y mito—, se dedicó a tareas técnicas nuevas y difíciles en regiones muy diversas. Cuando había resuelto el problema fundamental, delegaba la tarea en otros y seguía adelante. Su esposa sólo lo veía para una fecundación ocasional. Sus hijos no pudieron seguir su ritmo y se quedaron atrás como respetables colonizadores; sólo su hija se le parecía. Con todo, su misma identificación masculina no le permitió elegir un marido tan fuerte y poderoso como su padre. Se casó con lo que, en comparación, parecía un hombre débil pero seguro, e inició una vida sedentaria. En más de un sentido, sin embargo, habla como el abuelo. No sabe con cuánta persistencia desvaloriza al padre sedentario y critica la falta de movilidad geográfica y social de la familia. Así establece en el niño un conflicto entre los hábitos sedentarios que defiende y los hábitos de audacia que lo insta a desarrollar. En cualquier caso, la temprana imagen "edípica", la imagen del padre abrumadoramente más grande y más fuerte y poseedor de la madre que es necesario emular y derrotar, se asocia al mito del abuelo. Ambos se vuelven profundamente inconscientes y se mantienen así bajo la necesidad predominante de aprender a ser un buen hermano, restringido y restrictivo, y, no obstante, sano y alentador. El padre queda relativamente a salvo del resentimiento de sus hijos varones, a menos que, desde luego, sea "anticuado", evidentemente extranjero o del "tipo patrón". De otra manera, él también se convierte en algo así como un hermano mayor. Gran parte de la rivalidad sexual, al igual que la sexualidad en general, ha quedado excluida de la conciencia.

Los varones a que me refiero, ya a comienzos de la adolescencia, son altos, a menudo más que sus padres. Hacen al respecto bromas levemente condescendientes. De hecho, parece que algo similar a la "relación a través de bromas" de los indios se está desarrollando en este país entre padres e hijos. Estas bromas tienen que ver a menudo con esa área marginal donde se puede tener la esperanza de "salirse con la suya", es decir, eludir la mirada vigilante de la madre. Esto establece una identificación mutua que ayuda a evitar la oposición directa y todo choque manifiesto de voluntades. Los sueños de los varones señalan que sus proezas físicas y su identidad independiente despiertan ansiedad en ellos: cuando eran pequeños, tenían miedo de esos mismos padres que entonces les parecían tan sabios y potentes. Es como si esos muchachos mantuvieran el equilibrio sobre una cuerda floja. Sólo si son más fuertes que su padre verdadero o distintos de aquél vivirán a la altura de sus ideales secretos o de las expectativas de su madre; pero sólo si de alguna manera demuestran que son más débiles que el padre omnipotente (o el abuelo) de su infancia, estarán libres de toda ansiedad. Así, al mismo tiempo que se vuelven jactanciosos e implacables en muchos sentidos, pueden mostrarse sorprendentemente bondadosos y llenos de disculpas en otros.

En lo que se refiere a la iniciativa del hijo, la convención insta al padre a frenar toda tendencia que pueda tener a desafiar a aquél. Con tal fin, se acentúa el futuro en contraste con el pasado. Si, en su conducta grupal, los hijos parecen estar organizados en la búsqueda de un mayor grado de americanización, es obligación del padre dejar que sigan su propio camino. De hecho, debido a su mayor afinidad con el ritmo y con los problemas técnicos del futuro inmediato, los niños son en cierto sentido "más sabios" que los padres; y sin duda muchos niños son más maduros en cuanto a su visión de los problemas de la vida diaria. El padre de tales hijos no oculta su debilidad relativa tras una máscara de pretensiones patriarcales pomposas. Si comparte con el hijo una admiración por un tipo ideal, trátese de un jugador de beisbol o un dirigente industrial, un científico o un artista de rodeo, la necesidad de llegar a ser como el ideal se acentúa sin complicarla con un problema relativo a la derrota del padre. Si éste juega al beisbol con su hijo, no tiene como fin demostrarle que él se acerca más a la perfección de un tipo ideal común —porque probablemente no ocurra así— sino que juegan juntos a identificarse con ese tipo, y que siempre existe la posibilidad, anhelada por ambos, de que el niño logre acercarse más al ideal de lo que pudo el padre.

Todo esto no excluye en modo alguno el hecho de que el

padre es potencialmente todo un hombre, pero lo demuestra más cuando está lejos de la casa, en los negocios, en las excursiones y en su club. A medida que el hijo llega a percibirlo, un nuevo y casi desconcertado respeto se suma a su afecto. Hay verdaderas amistades entre padres e hijos.

Las imágenes fraternales, audaz o cautelosamente, aparecen así para llenar las brechas dejadas por el paternalismo decadente; padres e hijos tienden inconscientemente a desarrollar un patrón fraternal que impida el retorno reaccionario de patrones edípicos más patriarcales, sin llevar, por el otro lado, a un empobrecimiento general de la relación padre-hijo<sup>57</sup>.

¿En qué forma prepara el hogar al niño para la democracia? Si se la toma en un sentido demasiado literal, casi resulta imposible atreverse a responder a esta pregunta. El niño carece en absoluto de todo sentido político. Nunca ha pensado en la "dignidad del hombre". De hecho, ni siquiera conoce algún tipo de indignación en el sentido positivo de volverse claramente consciente de la violación de un principio, con la excepción de la *injusticia*. A comienzos de la vida esto toma la forma de sentirse despojado de un derecho de nacimiento, cuando los hermanos mayores y menores, sobre la base de su superioridad o inferioridad, exigen privilegios especiales. Al aprender penosamente una cierta dosis de obligación y privilegio en relación con la fuerza y la debilidad, se convierte en un defensor de la justicia —la injusticia, sobre todo en los deportes, es probablemente el único tema que provocaría algo semejante a la indignación, y luego por supuesto, la actitud autoritaria de cualquier tipo. "Nadie puede hacerme esto a mí" es el lema de tal indignación. Constituye la contraparte del honor o *honneur* más heroico de otros países, del *droit* o juego limpio. Si bien este niño puede compartir con una sonrisa algunas referencias casuales a una raza o una clase inferior, no es en realidad intolerante: la mayor parte de su vida es demasiado protegida y "restringida" como para enfrentarlo con una de-

<sup>57</sup> En los pacientes psicoanalíticos a menudo resulta evidente la abrumadora importancia del abuelo. Puede haber sido un herrero en el Viejo Mundo o un obrero ferroviario en el Nuevo, un judío aún orgulloso o un sureño aferrado a sus tradiciones. Lo que estos abuelos tienen en común es el hecho de que fueron los últimos representantes de un mundo más homogéneo, dominadores y crueles con la conciencia limpia, disciplinados y piadosos sin pérdida de la autoestimación. Su mundo inventó máquinas mejores y más grandes como juguetes gigantescos que no habrían de desafiar los valores sociales de los hombres que los habían creado. Su dominio persiste en sus nietos como un empecinado y encolerizado sentimiento de superioridad. Manifiestamente inhibidos, sólo pueden aceptar a los otros en términos de un privilegio preestablecido.

cisión individual en este sentido. Cuando ello le ocurre, decide sobre la base de la amistad, no de la ciudadanía. Aceptar un compañero de cualquier tipo es su privilegio, no su obligación. En lo que se refiere a una "ciudadanía general", comparte el concepto escolar de la conducta que recibe ese nombre, pero no lo relaciona con la política. En otros sentidos, se mueve casi como un sonámbulo en un laberinto de privilegios, licencias, compromisos y responsabilidades indefinidos. Aspira a un éxito vago y general, y se da por satisfecho si puede obtenerlo en buena ley, o sin percibir lo injusto. En tal sentido, es necesario señalar que este muchacho, más por omisión y debido a una visión restringida, y a menudo a causa de su descuido, causa gran daño a sus compañeros menos afortunados de tez oscura, a los que excluye de su hogar, su pandilla y de sí mismo, porque verlos y enfrentarlos como seres humanos reales podría provocarle un vago malestar. Los ignora, aunque podría haber promovido su participación en la identidad norteamericana al tomar más en serio el simple principio social de que lo que nadie puede hacerme a mí, nadie debería hacérselo a otro tampoco.

Pero creo que la vida familiar de este muchacho encierra más democracia de lo que parece a primera vista. Puede no reflejar la democracia de los libros de historia y de los editoriales periodísticos, pero sí un número de tendencias que caracterizan, para mejor o para peor, el proceso democrático tal como es y tal como debe ampliarse. Debo señalar aquí una de esas analogías configurativas entre la vida familiar y las costumbres nacionales que resulta difícil incluir en un patrón teórico, pero que parece de suma importancia:

"Ahora se ha establecido como una norma no escrita pero firme del Congreso que ningún bloque importante será derrotado en la votación, bajo circunstancias normales, en lo relativo a cualquier asunto que ataña a sus intereses vitales"<sup>58</sup>. Esta afirmación se refiere, desde luego, a los grupos políticos de interés (el bloque agrícola, el bloque minero, los amigos del proletariado, etc.) que utilizan en una forma poderosa aunque por ahora no oficial, la polarización bipartidaria oficial, y son a su vez utilizados por ella. A veces contribuyen a una legislación positiva, pero las más de las veces, cosa que resulta en ocasiones más importante, impiden la legislación indeseable. La legislación positiva así afianzada puede ser buena pero debe, en primer lugar, resultar aceptable para todos los bloques principales (tal como un candidato a la

<sup>58</sup> John Fischer, "Unwritten Rules of American Politics", *Harper's Magazine*, 197:27-36, noviembre de 1948.

presidencia *puede* ser potencialmente un gran hombre, pero *debe* ser un hombre aceptable para todo grupo grande de votantes). Este principio no sólo impide que cualquiera de los grupos llegue a dominar en forma completa, sino que salva a cada uno de los grupos de un sometimiento total.

De manera similar, la familia norteamericana tiende a proteger el derecho del miembro individual, incluidos los padres, a no ser dominado. De hecho, a medida que cada miembro crece y cambia, refleja una variedad de grupos exteriores y sus necesidades e intereses cambiantes: el grupo ocupacional del padre, el club de la madre, la pandilla del adolescente y los primeros amigos de los niños. Estos grupos de interés determinan los privilegios del individuo en su familia; ellos son los que juzgan a la familia. Desde luego, el receptor sensible de los estilos cambiantes en la comunidad y el árbitro sensible de su choque dentro del hogar es la madre; y creo que esta necesidad de actuar como árbitro es otra razón más por la que la madre norteamericana vacila instintivamente cuando se trata de volcar en sus hijos la clase de amor animal ingenuo que, en su misma ingenuidad, puede ser tan selectivo e injusto y que, sobre todo, puede debilitar en el niño la decisión de buscar en sus iguales lo que la familia no puede y no debe darle. En cierto sentido, la madre se mantiene por encima de las facciones y los intereses; es como si ella tuviera que cuidar de que cada facción y cada interés se desarrollara con el mayor vigor posible, hasta el momento en que debe ejercer su derecho de veto en beneficio de otro individuo o de la familia como un todo. Aquí, entonces, cabe esperar que encontremos la justificación racional interior para una variedad de actividades e inactividades: representan no tanto lo que cada uno desea hacer, como lo que, de todas las cosas factibles, resulta menos inaceptable para todos los individuos involucrados. Desde luego, tal arreglo interno se ve fácilmente perturbado por cualquier demostración de interés conferido, de interés especial o interés minoritario, y a ello se deben las frecuentes disputas aparentemente mezquinas toda vez que se produce un choque de intereses. La familia triunfa si el problema se soluciona hasta el punto de una "conurrencia de la mayoría", aunque ello se logre con renuencia; y resulta gradualmente socavada por las decisiones frecuentes en favor de uno de los grupos de interés, sea el de los padres o el de los niños. Este toma y daca trae como resultado un extraordinario grado de división de la familia en partes desiguales que pueden reclamar privilegios sobre la base de la edad, la fuerza, la debilidad o la bondad. En cambio, la familia se convierte en un campo de entrenamiento para la tolerancia de *intereses* distintos, no de *seres* distintos; la

simpatía y el amor poco tienen que ver con ello. De hecho, tanto el amor como el odio manifiestos se mantienen como en sordina, pues cualquiera de ellos podría debilitar el equilibrio de la familia y las oportunidades para el miembro individual, ya que lo más importante es acumular reclamos para privilegios futuros, justificables sobre la base de las concesiones pasadas.

Desde luego, el significado de todo esto es una prevención automática de la autocracia y la desigualdad. En líneas generales, forma individuos no dogmáticos, dispuestos a regatear y a llegar a una transacción. Vuelve imposible la total irresponsabilidad, y hace que el odio y la lucha abierta en las familias sean raros. También impide que el adolescente norteamericano se convierta en lo que sus iguales en otros países grandes llegan a ser tan fácilmente, esto es, ideólogos inflexibles. Nadie puede tener la certeza de estar en lo cierto, pero todos deben estar dispuestos a hacer concesiones, en beneficio de sus oportunidades futuras.

Así, la analogía con el sistema bipartidario resulta clara: la política norteamericana no es, como la europea, "un preludio a la guerra civil"; no puede volverse totalmente irresponsable ni completamente dogmática, y no debe tratar de ser lógica. Es un mar agitado de controles y equilibrios en el que los absolutos inflexibles necesariamente se ahogan. El peligro consiste en que tales absolutos pueden ahogarse en banalidades generalmente aceptables, y no en una transacción productiva.

En la familia, el peligro correspondiente es el de que los intereses que no son inaceptables para toda la familia se conviertan en áreas tan vacías de problemas reales que la vida familiar llegue a ser una institución para la ensoñación paralela en la que cada miembro está pendiente de su programa radial favorito o se retrae detrás de la revista que representa sus intereses. Un tono bajo general de responsabilidad mutua puede despojar al patrón de la concurrencia mayoritaria de su indignación original y, por ende, de su dignidad.

Así, mientras que en Europa la adolescencia llega a un conflicto con el padre y a la necesidad de rebelarse o someterse (o, como veremos en el capítulo sobre Alemania, a rebelarse primero y a someterse después), en la familia norteamericana no existen en general motivos para ello. Las oscilaciones adolescentes del joven norteamericano no se refieren abiertamente al padre, ni al problema de la autoridad, sino que están centradas en sus iguales. El varón tiene una veta delincuente, tal como ocurría con su abuelo en la época en que las leyes faltaban o no se aplicaban. Ello puede expresarse en actos sorprendentes de manejo peligroso de automóviles o destrucción y despilfarro negligentes, la contraparte indi-

vidual del saqueo en masa que se da en el continente. Esto ofrece un contraste notable con los mecanismos de defensa de la autorrestricción ascética, hasta que se comprende que la total negligencia ocasional es la contraparte necesaria y la válvula de seguridad de la autorrestricción. Tanto la negligencia como la autorrestricción parecen autoiniciadas; subrayan el hecho de que no hay ningún patrón, y de que no hace falta reflexionar mucho.

Nuestro muchacho es antiintelectual. Todo aquél que siente o piensa mucho le parece "raro". Esta oposición al sentimiento y el pensamiento deriva, en cierta medida, de una temprana desconfianza en la sensualidad. Implica cierta atrofia en esta esfera y, al mismo tiempo, representa una actitud tentativa general, un deseo de no meditar o no tomar una decisión hasta que la exploración libre, a través de la acción, de un número de posibilidades pueda obligarlo a pensar.

Si este muchacho va a la iglesia, y como ya sugerí es protestante, encuentra un medio ambiente que no plantea demasiadas exigencias a su capacidad para entregarse a actitudes de condena o salvación o incluso de simple devoción. En la vida religiosa debe acreditarse mediante una conducta manifiesta que demuestra disciplina por autorrestricción, ganándose así un puesto entre todos aquellos cuya buena fortuna en la tierra, Dios, evidentemente, legitima. La pertenencia a la Iglesia hace así las cosas mucho más fáciles, ya que al mismo tiempo proporciona una definición más clara del propio *status* social y económico en la comunidad. También aquí los sociólogos, en su crítica algo ingenua y literal del "sistema norteamericano de clases", parecen pasar por alto la necesidad histórica en los Estados Unidos de encontrar en la vida comunitaria y religiosa un campo para actividades que resultan aceptables a todos los individuos involucrados. Esto requiere algún principio inicial de selección, una cierta uniformidad. Sin ella, la democracia no habría comenzado a funcionar en este país. Pero los sociólogos están en lo cierto al señalar que con excesiva frecuencia la pertenencia con mayor o menor grado de exclusivismo, el sectarismo y la novelería llevan a una mera apariencia de congregación fraternal cuando los hábitos de la vida familiar se siguen manteniendo en lugar de llevarlos a producir algún fruto político o espiritual. La comunidad religiosa se convierte en una "mami" frígida y punitiva; Dios es un "papi" que en vista de la presión pública no puede dejar de seguir siendo un proveedor para aquellos de sus hijos que demuestran merecerlo a través de una conducta autorrestringida y una apariencia adecuada; mientras que los hermanos tienen la obligación esencial de mostrarse dignos de crédito siendo moderados en el trato recí-

proco y desviando las tácticas más enérgicas hacia "los de afuera".

El tipo de adolescente que describo aquí no es ni será nunca un verdadero individualista. Pero resultaría difícil señalar algún verdadero individualista dentro de la órbita de su experiencia, a menos que se trate del mito de su abuelo materno. Pero esta imagen queda enterrada en la autoconstricción o bien, en el mejor de los casos, se la posterga para el día en que, como hombres adultos, puedan convertirse en "patrones" de algún tipo.

Con este núcleo individualista, que se ve complicado por su transmisión a través de la madre, nuestro adolescente es alérgico a las formas profesionales de individualismo exhibidas por escritores y políticos. Desconfía de ambos, ya que lo hacen sentir molesto, como si le recordaran que hay algo que debería ser o hacer, pero que no puede recordar. No ha experimentado, o más bien no ha enfrentado, otra autocracia que la de su madre, quien para él ya se ha convertido en "mami", en el sentido original y más bondadoso. Si experimenta algún resentimiento hacia ella, trata de olvidarlo.

Tiene conciencia de que su hermana mayor, delgada, arreglada y compuesta, a veces parece sentirse físicamente molesta en presencia de la madre. El muchacho no puede entender a qué se debe, pero piensa que eso corresponde al área general de los caprichos femeninos que él cuidadosamente evita. No sabe, ni quiere saber, qué carga debe soportar la hermana en su esfuerzo por convertirse en mujer y madre sin parecerse a la mujer que es su madre. Pues ella debe ser la mujer hecha-por-sí-misma de su época. Debe tratar de mejorarse, en compañía competitiva con las otras jóvenes que hacen las nuevas normas y, a su vez, sufren su efecto. Margaret Mead ha descrito lúcidamente la difícil tarea que estas muchachas comparten, a saber, la necesidad de salvar una cierta dosis de calor y respuesta sexual a través de los años de calculadas apariencias en los que incluso la naturalidad resulta afectada en ocasiones<sup>59</sup>. La crisis de la hermana se producirá cuando se convierta en madre y cuando las vicisitudes de la educación de sus hijos inevitablemente saquen a relucir la identificación infantil con la madre. En ella hay mucho menos de "mami" que en su madre; que este residuo sea decisivo depende de la región, la clase y el tipo de marido.

Este adolescente norteamericano, entonces, debe enfrentar, como los adolescentes de todos los países que han entrado o están entrando en la era de la máquina, este interrogante: ¿libertad

<sup>59</sup> Margaret Mead, *Male and Female*, William Morrow and Co., Nueva York, 1949.

para qué y a qué precio? El norteamericano se siente tan rico en sus oportunidades para la libre expresión que a menudo ya no sabe de qué es libre. Tampoco sabe cuándo no es libre; no reconoce a sus propios autócratas. Está demasiado inmediatamente ocupado tratando de ser eficiente y de ser correcto.

Este adolescente será un líder eficaz y correcto en una tarea circunscripta, un buen gerente o un buen profesional y un buen funcionario, y disfrutará particularmente de su recreación con "los muchachos" en las organizaciones a que pertenece. Como espécimen, ilustra el hecho de que en la guerra o en la paz, el fruto de la educación norteamericana ha de encontrarse en una combinación de capacidad mecánica nativa, autonomía en el manejo, liderazgo personalizado y tolerancia discreta. Estos jóvenes son realmente la espina dorsal de la nación.

¿Pero acaso no son, como hombres, extrañamente indiferentes a la conducción del país? ¿No tienen estos hijos libres una tendencia a mostrarse notablemente ingenuos, abiertamente optimistas y mórbidamente autorrestringidos en su trato con los hombres que los gobiernan? Saben aceptar una tarea circunscripta; pueden mostrarse muy bullangueros cuando están "de parranda"; pero, en general, se apartan respetuosamente de todo lo grande, sean dólares o palabras altisonantes. Teóricamente, odian a los autócratas, pero toleran la actitud del "patrón" porque por lo común no pueden diferenciar un patrón de "patrones". Hemos señalado en repetidas ocasiones esta categoría del "patrón", y ya ha llegado el momento de señalar explícitamente que hay un patrón y un "patrón", tal como hay una mami y una "mami". Usamos ambas palabras sin comillas en su sentido más habitual y afectuoso, en el sentido de *mi mami* y *mi patrón*; mientras que encerramos entre comillas las "mamis" que constituyen una institución como la descripta y los "patrones" que corresponden a la actitud a que ahora hemos de referirnos.

Los viejos autócratas han desaparecido, y los nuevos saben cómo esconderse tras la ambigüedad del lenguaje, que llena las legislaturas y la prensa diaria, la actividad industrial y el entretenimiento organizado. Los "patrones" son autócratas hechos por sí mismos y, por lo tanto, se consideran a sí mismos y unos a otros la cima de la democracia. En la medida de lo necesario, un "patrón" se mantiene dentro de la ley, y en la medida de lo posible penetra audazmente en el vacío que han dejado los hijos emancipados en su esfuerzo por restringirse y ser justos para con los demás. Busca áreas en que la ley ha sido deliberadamente vaga (a fin de dejar lugar para controles, equilibrios y enmiendas) y trata de hacer uso y abuso de ella en su propio beneficio.

Es el que, para usar un término de carretera, se adelanta y ocupa el lugar que otros han dejado en aras de la corrección y la seguridad.

Lo que me hace unirme a quienes señalan el peligro de esa actitud no es una cuestión de gusto o de mero principio. Considero el problema desde el punto de vista de la economía psicológica. "Patrones" y "máquinas" constituyen, según he aprendido, un peligro para la identidad norteamericana y, por ende, para la salud mental de la nación. Presentan a las generaciones emancipadas, a las generaciones con identidades tentativas, el ideal de una autocracia de irresponsabilidad. Ellos representan el modelo aparentemente exitoso, "el individuo que se juzga a sí mismo únicamente por lo que 'resulta', por aquello que puede hacer impunemente y lo que puede aparentar ser". Hacen del "funcionamiento" mismo un valor por sobre todos los otros valores. En sus posiciones de poder autocrático en la legislación, en la industria, en la prensa y en el mundo del entretenimiento, utilizan, con habilidad y sin ella, una maquinaria superior para imponer sus ideas a los ingenuos hijos de la democracia. Sacan partido de la complicación de la "maquinaria", una maquinaria cuya complicación se mantiene deliberadamente a fin de que siga dependiendo del profesional endurecido y el experto de "adentro". El hecho de que estos hombres se manejen a ellos mismos como a máquinas constituye un problema para su médico, su psiquiatra o su enterrador. El hecho de que vean el mundo y manejen a la gente como a máquinas se convierte en un peligro para el hombre.

Consideremos a nuestro adolescente. En su temprana infancia se vio sometido a una educación que tendía a convertirlo en una máquina y un reloj. Así estandarizado, encontró oportunidades para desarrollar la autonomía, la iniciativa y la industria, con la promesa implícita de que la corrección en las relaciones humanas, la habilidad en los detalles técnicos y el conocimiento de los hechos le garantizarían libertad de elección en sus actividades, y de que la identidad de la libre elección equilibraría su autocoerción. Como adolescente y como hombre, sin embargo, se ve enfrentado por máquinas superiores, complicadas, incomprensibles e impersonalmente dictatoriales en su poder para estandarizar sus actividades y sus gustos. Tales máquinas hacen todo lo posible, y eso es mucho, por convertirlo en un idiota que consume, un egoísta divertido y un esclavo de la eficiencia, y lo intentan ofreciéndole precisamente lo que él parece exigir. A menudo permanece imperturbable y mantiene su rumbo: ello depende en gran medida de la esposa que él, según se dice, elija. De no ser así, ¿en qué otra cosa podría convertirse sino en un participante in-

fantil, un patrón cínico en pequeña escala, tratando de introducirse en el círculo de algún gran patrón, o bien un carácter neurótico, un caso psicossomático?

En aras de su salud emocional, entonces, una democracia no puede darse el lujo de permitir que las cosas se desarrollen hasta un punto en que la juventud inteligente, orgullosa de su independencia y plena de iniciativa, deba dejar las cuestiones relativas a la legislación, el derecho y los asuntos internacionales, para no hablar de la guerra y la paz, en manos de "los iniciados" y los "patrones". La juventud norteamericana sólo alcanzará la plena medida de su identidad y de su vitalidad al adquirir plena conciencia de las tendencias autocráticas en este país y en otros a medida que surgen una y otra vez de la historia cambiante. Y ello no se debe sólo a que la conciencia política no puede hacer una regresión sin consecuencias catastróficas, sino también a que los ideales políticos son parte integral de una evolución en la estructura de la conciencia cuya negación conduce necesariamente a la enfermedad.

Cuando consideramos las consecuencias que deben surgir de los peligros particulares que amenazan el estado emocional de la nación, prestamos atención a la institución de la "mami" y del "patrón", las dos tendencias que han usurpado el lugar del paternalismo: la primera en alianza con el rigor autocrático de un nuevo continente, y la segunda, con la autocracia de la máquina y de las "máquinas".

El esclarecimiento psiquiátrico ha comenzado a desenmascarar la idea supersticiosa de que, para manejar una máquina, es necesario convertirse en una máquina, y de que para formar amos de la máquina es necesario mecanizar los impulsos de la infancia. Pero debe quedar en claro que la humanización de la temprana infancia —tal como la propugnan los obstetras y pediatras lúcidos— debe tener su contraparte en un rejuvenecimiento político. Los hombres y las mujeres que detentan el poder deben llevar a cabo un esfuerzo concertado por superar la concepción arraigada de que el hombre, por su propio bien, debe estar sometido a "máquinas", sea en política, en los negocios, en la educación o en el entretenimiento. Los adolescentes norteamericanos creen firmemente en la empresa verdaderamente libre; prefieren una sola gran oportunidad a una certeza mediocre. El hecho de que por esa misma razón no contemplan la posibilidad de rebelarse (como parecen temer quienes quisieran amordazar sus fuentes de información) nos obliga a proteger a la juventud contra un estado de cosas que puede llevar a que sus gestos de hombres libres parezcan huecos y su fe en el hombre, ilusoria e ineficaz.

El interrogante de nuestra época es: ¿cómo pueden nuestros hijos conservar su libertad y compartirla con aquellos a los que, sobre la base de una nueva tecnología y una identidad más universal, deben considerar como iguales? Esto hace necesario que los hombres y las mujeres que detentan el poder otorguen absoluta prioridad, por sobre el precedente y las circunstancias, la convención y el privilegio, al único esfuerzo que puede mantener sano a un país democrático: el esfuerzo por "apelar a la inteligencia potencial de la generación más joven" (Parrington).

He señalado parte del dilema de los nietos de los hombres hechos-por-sí-mismos, que a su vez fueron nietos de rebeldes. En otros países, la juventud se encuentra todavía en las primeras fases de la revolución contra la autocracia. Consideremos ahora algunos de sus problemas históricos<sup>60</sup>.

<sup>60</sup> ¿Qué despertó un temor en algunos de los pasajes ahora más oscuros de este capítulo? Creo que fue la división interior entre la moral de la existencia diaria, las ideologías de la vida política y los dictados neutrales de la superorganización moderna. Los patrones están, por lo menos en este país, a punto de ser absorbidos por los equipos más eficaces del poder empresario. En algunas naciones más jóvenes (que repiten un siglo de nuestra historia en décadas), una variedad de ideologías revolucionarias está llevando al poder a los patrones de las maquinarias partidarias, de las maquinarias militar e industrial, de las organizaciones laborales, etc. La frecuente manifestación del desconcierto ético de la edad madura encargada de enfrentar cambios imprevistos, obliga a gran parte de la juventud a caer en un conformismo apático o una indiferencia cínica. La moraleja es que la ganancia en cuanto a identidad obtenida a través de las revueltas exitosas contra los sistemas envejecidos no constituye en sí misma una garantía de los valores generadores necesarios para una ética del poder maduro. Si el hombre permite que su ética dependa de las máquinas que él puede poner en movimiento, olvidando integrar la infancia y la sociedad, puede verse impotentemente sometido a una destrucción total, así como a los planes de la producción total. (Para una consideración del sentido moral, ideológico y ético en el desarrollo humano, véase "The Golden Rule and the Cycle of Life", *Harvard Medical Alumni Bulletin*, diciembre de 1962.) (E. H. E.)

## CAPÍTULO 9

LA LEYENDA DE LA INFANCIA  
DE HITLER

LOS MÁS IMPLACABLES explotadores de la lucha de cualquier nación por una identidad segura han sido Adolfo Hitler y sus colaboradores, quienes durante una década se constituyeron en los amos políticos y militares indiscutidos de un pueblo grande, industrioso y estudioso. Para impedir que estos expertos en palabras baratas llegaran a ser una amenaza para toda la civilización occidental, se movilizaron los recursos combinados de las naciones industriales del mundo.

Occidente preferiría ignorar ahora el signo de interrogación que desafía así la idea de un progreso unilineal. Confía en que, después de algunas raciones alimenticias y una buena administración efectuada por las tropas de ocupación, esos mismos alemanes resurgirán como buenos parroquianos, fácilmente domesticables; que volverán a dedicarse a la *Kultur*, y olvidarán para siempre las tonterías marciales en las que una vez se vieron atrapados.

Los hombres de buena voluntad deben creer en los milagros tanto psicológicos como económicos. Con todo, no creo que estemos haciendo nada en favor de las probabilidades de progreso humano en Alemania o en ninguna otra parte olvidando tan pronto lo que ocurrió. Antes bien, nuestra tarea consiste en reconocer que el milagro negro del nazismo fue sólo la versión germana, notablemente planeada y chapuceada, de un potencial contemporáneo universal. La tendencia persiste; el fantasma de Hitler cuenta con ello.

Las naciones, tanto como los individuos, no sólo se definen por su nivel más alto de logro civilizado, sino también por el punto más débil en su identidad colectiva: de hecho, están definidas por la distancia, y la cualidad de esa distancia, entre ambos extremos. La Alemania nacional-socialista ha proporcionado un claro ejemplo del hecho de que la civilización en marcha está expuesta al peligro potencial de su propio progreso, en tanto divide la conciencia anti-

gua, pone en peligro las identidades incompletas y libera fuerzas destructivas que ahora pueden contar con la fría eficiencia de los superempresarios. Por lo tanto, retrocederé este paso en nuestra historia y reformularé aquí unas pocas consideraciones escritas para una organización del gobierno norteamericano al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en preparación para la llegada de los primeros prisioneros nazis, tan arrogantes. Algunas de esas consideraciones pueden parecer ya anticuadas. No obstante, los problemas psicológicos planteados no se desvanecen del día a la noche, ni en Alemania propiamente dicha ni en el continente del cual es el centro. De cualquier manera, la historia sólo enseña a quienes no están demasiado ansiosos por olvidar.

Tomaré como texto la melodía más dulce y seductora del Flautista Pardo: la descripción de su infancia en *Mi lucha*.

*"En esta pequeña ciudad junto al río Inn, bávara por la sangre y austríaca por la nacionalidad, iluminada por la luz del martirio alemán, vivían, hacia fines del siglo pasado, mis padres: el padre era un fiel funcionario público, la madre se dedicaba al cuidado de la casa y de sus hijos con una devoción amorosa eternamente igual"*<sup>61</sup>.

La estructura de las oraciones, la cualidad tonal, indican que estamos a punto de escuchar un cuento de hadas y, de hecho, lo analizaremos como parte del intento moderno por crear un mito. Pero un mito, antiguo o moderno, no es una mentira. Es inútil tratar de demostrar que carece de bases en la realidad o pretender que su ficción es falsa y carente de sentido. Un mito fusiona los hechos históricos y la ficción significativa de tal modo que "suena a verdadero" para un área o una era, despertando una piadosa admiración o una quemante ambición. Las personas afectadas no pondrán en duda la verdad o la lógica; los pocos que no pueden dejar de dudar comprobarán que su razón queda paralizada. Por lo tanto, estudiar un mito críticamente significa analizar sus imágenes y sus temas en relación con el área cultural afectada.

## I. ALEMANIA

*"Esta pequeña ciudad . . . bávara por la sangre y austríaca por la nacionalidad, iluminada por la luz del martirio alemán . . ."*

<sup>61</sup> Adolfo Hitler, *Mi Lucha*.

Hitler nació en la ciudad austríaca de Braunau, cerca de la frontera alemana. Así, pertenecía a la minoría alemana del Imperio Austríaco.

El mismo señala que fue en Braunau donde un hombre llamado Palm fue fusilado por los soldados de Napoleón por haber impreso un panfleto: "En la hora de la humillación más profunda de Alemania". El monumento a Palm se levanta en el centro de la ciudad.

Por supuesto, no existía un Reich alemán en la época de Palm. De hecho, algunos de los estados alemanes eran aliados militares de Napoleón. Pero habiendo utilizado el término mágico e incluso "Alemania", Palm se convirtió en el ídolo del movimiento nacionalista que reclamaba una Alemania más grande cuando la policía austríaca lo entregó a Napoleón.

Habiendo señalado la resistencia y el martirio de Palm frente al siniestro *Bonaparte*, el relato pasa a describir la heroica oposición del joven Adolfo a su *padre*, y describe el odio de la minoría alemana hacia el *emperador* austríaco. El pequeño Adolfo pertenecía, según él mismo afirma, a "aquellos que con dolorosa emoción anhelan la hora que les permitirá regresar a los brazos de la madre amada": Alemania.

Es aquí donde sus imágenes comienzan a involucrar términos de relaciones familiares que identifican abiertamente su situación "edípica" con los problemas nacionales de su país. Se queja de que esta "madre amada... el joven Reich", a través de su "trágica alianza con el antiguo estado austríaco impostor... sancionó ella misma la lenta exterminación de la nacionalidad alemana".

La madre de Hitler era veintitrés años más joven que el padre y, como una buena mujer de su época, defendió valientemente al hombre que la castigaba. El padre era un borracho y un tirano. Surge por sí sola la conclusión de que tanto en las imágenes nacionales de Hitler como en las domésticas, la joven madre traiciona al hijo anhelante por un tirano senil. La experiencia personal del pequeño Adolfo se fusiona así con la de la minoría alemana que se niega a cantar "Dios salve al emperador Francisco", cuando se entona el himno austríaco, y lo reemplaza por *Deutschland Uber Alles*. Hitler continúa: "El resultado directo de este período fue que, primero, me hice nacionalista; segundo, aprendí a captar y a comprender el significado de la historia... de modo que a los quince años ya entendía la diferencia entre el patriotismo dinástico y el nacionalismo popular."

Tal coincidencia aparentemente ingenua de temas se presta fácilmente —demasiado fácilmente— a una interpretación psicoanalítica del primer capítulo de *Mi lucha* como una confesión

involuntaria del complejo edípico de Hitler. Tal interpretación sugeriría que en este caso, el amor hacia su joven madre y el odio hacia su padre asumieron proporciones mórbidas, y que fue este conflicto el que lo movió a amar y a odiar y a salvar o destruir a personas y pueblos que realmente "representan" a la madre y al padre. Se han escrito artículos en la literatura psicoanalítica que defienden esa causalidad simple. Pero evidentemente se necesita mucho más que un complejo individual para llegar a ser un revolucionario exitoso. El complejo crea el fervor inicial, pero si fuera demasiado fuerte paralizaría al revolucionario en lugar de inspirarlo. El uso particular de imágenes relativas a los padres y a la familia en los discursos públicos de Hitler tienen esa extraña mezcla de confesión ingenua y astuta propaganda que caracteriza al genio histriónico. Goebbels lo sabía y guió muy bien a su vociferante amo, hasta muy poco antes del fin.

No pasaré aquí revista a la literatura psiquiátrica que ha descrito a Hitler como un "paranoide psicópata", un "niño sádico amoral", un "mariquita sobrecompensado", o "un neurótico que actúa bajo la compulsión de matar". En ocasiones, indudablemente era todo eso, pero, por desgracia, también algo más. Su capacidad para actuar y para provocar la acción era tan rara que parece inútil aplicar a sus palabras métodos diagnósticos corrientes. Fue en primer lugar un aventurero, en una escala grandiosa. La personalidad del aventurero es similar a la del actor, porque siempre debe estar listo para personificar, como si los hubiera elegido, los roles cambiantes que le sugieren los caprichos del destino. Hitler comparte con más de un actor el hecho de que se le atribuye una actitud extraña e intolerable entre bambalinas, para no hablar de su dormitorio. Indudablemente tenía rasgos frontezos peligrosos. Pero sabía cómo acercarse al límite, cómo dar la impresión de que iba demasiado lejos, para luego volver a acercarse a su público en suspenso. Hitler sabía explotar su propia histeria. Los médicos brujos a menudo tienen también este don. En el escenario de la historia alemana, Hitler percibió en qué medida no era riesgoso dejar que su propia personalidad representara con abandono histérico lo que alentaba en todo interlocutor y lector alemán. Así, el papel que eligió revela tanto sobre su público como sobre sí mismo; y precisamente aquello que al observador no alemán le parecía más extraño y mórbido se convirtió para los oídos alemanes en la melodía más persuasiva de este Flautista Pardo.

## 2. EL PADRE

"...el padre, un fiel funcionario público..."

A pesar de esta caracterización sentimental del padre, Hitler dedica una acalorada porción de su primer capítulo a reiterar la afirmación de que ni su padre ni "ningún poder sobre la tierra podían hacer de él un funcionario". Ya a comienzos de la adolescencia sabía que la vida de un funcionario no le atraía en absoluto. ¡Qué distinto era de su padre! Pues aunque también aquél se había rebelado en su adolescencia y a los trece años había huido de su hogar para convertirse "en algo mejor", después de veintitrés años regresó para convertirse en un funcionario de poca monta. Y "nadie recordaba al muchachito de otros tiempos". Hitler dice que esa inútil rebelión envejeció prematuramente a su padre. Luego, paso a paso, describe una técnica rebelde superior a la de aquél.

¿Es ésta la ingenua revelación de un odio patológico hacia el padre? O, si se trata de una astuta propaganda, ¿qué otorgó a este austroalemán el derecho a esperar que el relato de su infancia ejerciera una atracción decisiva sobre las masas alemanas del Reich?

Evidentemente, no todos los alemanes tenían padres como el de Hitler, aunque con frecuencia tal era el caso. Con todo, sabemos que para que un tema literario resulte convincente no necesita ser verídico; debe parecer verdadero, como si hiciera recordar al lector algo profundo y pasado. La cuestión, entonces, es si la posición del padre alemán en su familia lo hacía actuar —fuera todo el tiempo, o durante períodos suficientemente prolongados, o en ocasiones memorables— en tal forma que creaba en su hijo una imagen *interior* que tenía alguna correspondencia con la de la publicitada imagen de un Hitler adulto.

Superficialmente, la posición del padre alemán de clase media en su familia a fines del siglo pasado y comienzos de éste puede haber sido muy similar a otras versiones victorianas de "la vida con Papá". Pero los patrones de educación son evasivos. Varían según las familias y las personas; pueden permanecer latentes, sólo para aparecer durante crisis memorables; pueden verse contrarrestados por decididos intentos de ser distinto.

Presentaré aquí una versión impresionista de lo que considero un patrón de paternidad alemana. Es representativo en el sentido en que las imágenes fotográficas borrosas de Galton en fotografía son representativas de lo que se supone que muestren.

Cuando el padre regresa del trabajo, incluso la distancia entre

las paredes parece disminuir (*nehmen sich zusammen*). La madre —aunque a menudo la autoridad no oficial de la casa— tiene un comportamiento suficientemente distinto como para que un niño pequeño lo perciba. Se apresura a satisfacer los caprichos del padre y trata de no encolerizarlo. Los niños contienen el aliento, pues el padre no aprueba las "tonterías, esto es, las actitudes femeninas de la madre ni el juego de los niños. La madre debe estar a su disposición mientras él permanece en la casa; su conducta sugiere que condena esa unidad entre la madre y los hijos de que disfrutaron durante su ausencia. A menudo habla a la madre tal como lo hace con los niños, esperando obediencia e interrumpiendo toda respuesta. El hijo llega a sentir que todos los vínculos gratificadores con su madre son una espina clavada en el pecho del padre, y que el amor y la admiración de aquélla —el modelo para tantos logros y realizaciones posteriores— sólo puede alcanzarse contra los deseos explícitos del padre o actuando a sus espaldas.

La madre aumenta esta sensación al ocultar al padre algunas de las "tonterías" o aventuras del niño, siempre y cuando le plazca hacerlo; mientras que expresa su desaprobación acusando al niño cuando el padre regresa al hogar, y a menudo haciendo que aquél aplique castigos corporales periódicos por malas acciones, cuyos detalles no le interesan. Los hijos son malos, y el castigo siempre está justificado. Más tarde, cuando el niño puede observar al padre en compañía de otros, cuando percibe su sometimiento ante los superiores y cuando observa su excesivo sentimentalismo mientras bebe y canta con sus iguales, adquiere ese primer ingrediente de *Weltschmerz*: una profunda duda sobre la dignidad del hombre, o en cualquier caso, sobre la del "viejo". Desde luego, todo esto se da simultáneamente con el respeto y el amor. Durante las tormentas de la adolescencia, sin embargo, cuando la identidad del niño debe definir su situación frente a la imagen del padre, aparece esa severa *Pubertät* alemana que constituye una tan extraña mezcla de rebelión abierta y "pecado secreto", de delincuencia cínica y obediencia servil, de romanticismo y melancolía, y que tiende a quebrar, definitivamente, el espíritu del niño.

En Alemania, este patrón tiene antecedentes tradicionales. Las cosas siempre fueron así, aunque desde luego, no estaban "planeadas". De hecho, algunos padres que habían padecido profundamente a causa de este patrón durante su propia infancia deseaban desesperadamente librar de él a sus hijos. Pero este deseo vacilaba traumáticamente una y otra vez en los períodos de crisis. Otros trataron de reprimir el patrón, con el único resultado de aumentar su propia neurosis y la de sus hijos. A menudo el niño

percibía que el padre mismo se sentía desgraciado por su incapacidad para romper ese círculo vicioso, y experimentaba piedad y repugnancia por esa impotencia emocional.

¿Qué, entonces, hizo que este conflicto fuera tan universalmente funesto? ¿Qué es lo que diferencia, en una forma inconsciente pero decisiva, el aislamiento y la dureza del padre alemán, de rasgos similares en otros padres occidentales? Creo que la diferencia radica en la falta esencial de verdadera autoridad interior en el padre alemán, esa autoridad que resulta de una integración del ideal cultural y el método educativo. Aquí el énfasis recae decididamente en lo alemán en el sentido de *alemán del Reich*. Muy a menudo, al referirnos a lo alemán, hablamos y pensamos sobre regiones alemanas bien conservadas, y sobre casos "típicos" aunque aislados, en los que la autoridad interior del padre alemán parecía profundamente justificada, fundada como lo estaba en una *Gemülichkeit* rural antigua y pequeño-urbana; en la *Demut* cristiana; en la *Bildung* profesional; o en el espíritu de la *Reform* social. Lo importante aquí es que todo esto no asumió un significado integrado en una escala nacional cuando las imágenes del Reich se hicieron predominantes y la industrialización socavó la estratificación social previa.

La dureza es productiva sólo cuando hay un sentido de obligación en el mando, un sentido de dignidad en la obediencia voluntaria. Con todo, esto sólo puede proporcionar una causa integradora: una causa que une el pasado y el presente de acuerdo con los cambios en las instituciones económicas, políticas y espirituales.

Las otras naciones occidentales tuvieron sus revoluciones democráticas. Como Max Weber lo demostró, al asumir gradualmente los privilegios de sus clases aristocráticas, se habían identificado con los ideales aristocráticos. Llegó a haber algo así como algo del *chevalier* francés en todo francés, del caballero anglosajón en todo inglés y del aristócrata rebelde en todo norteamericano. Ese "algo" se fusionó con los ideales revolucionarios y creó el concepto de "hombre libre", un concepto que supone derechos inalienables, abnegación indispensable y vigilancia revolucionaria incesante. Por motivos que pronto consideraremos, en relación con el problema del *Lebensraum*, la identidad alemana nunca incorporó decididamente estas imágenes en la medida necesaria como para influir sobre los modos inconscientes de educación. La autoridad y la dureza del padre alemán promedio no estaban fusionadas con la ternura y la dignidad que proviene de la participación en una causa integradora. Antes bien, el padre promedio, fuera habitualmente o en momentos decisivos, llegó a representar

los hábitos y la ética del sargento mayor alemán y del pequeño funcionario que, "investidos de una pequeña y breve autoridad", nunca serían más que eso, pero estaban en constante peligro de descender aún más y que habían vendido sus derechos de nacimiento como hombres libres por un título de funcionario o una pensión vitalicia.

Además, se produjo el derrumbe de la institución cultural que se había ocupado del conflicto adolescente en sus formas tradicionales y regionales. En los viejos tiempos, por ejemplo, existía la costumbre de la *Wanderschaft*. El niño abandonaba el hogar, a fin de trabajar como aprendiz en tierras extranjeras, aproximadamente a la misma edad, o un poco más tarde, en que Hitler anunció su oposición y su padre huyó del hogar. En la era pre-nazi inmediata, todavía se producía algún tipo de separación, entre tormentas paternas y lágrimas maternas; o bien se reflejaba en conflictos más moderados que eran menos efectivos, en tanto más individualizados y a menudo neuróticos; o bien se reprimían, en cuyo caso lo que se rompía no era la relación padre-hijo, sino la del niño consigo mismo. A menudo los maestros, exclusivamente varones, debían soportar las consecuencias de todo esto; mientras que el niño ampliaba su hostilidad idealista o cínica hasta abarcar toda la esfera de *Bürgerlichkeit*, el despreciable mundo de "meros ciudadanos". Resulta difícil transmitir la connotación de esta palabra *Bürger*. No es idéntica al sólido burgués; tampoco coincide con la imagen del *bourgeois* saciado que tiene el joven revolucionario con conciencia de clase; y menos aún con el orgulloso *citoyen* o el ciudadano responsable que, aceptando sus obligaciones iguales, afirma su derecho a ser un individuo. Antes bien, significa un tipo de adulto que ha traicionado la juventud y el idealismo y ha buscado refugio en una actitud conservadora mezquina y servil. Esta imagen se utilizaba a menudo para indicar que todo lo "normal" era corrupto, y que todo lo "decente" era débil. Como "pájaros errantes", los adolescentes podían gozar de una unidad romántica con la Naturaleza, compartida con muchos otros rebeldes y conducida por un tipo especial de líder juvenil, adolescentes profesionales y confesionales. Otro tipo de adolescentes, el "genio solitario", escribía a diario poemas y tratados; a los quince años podía compartir la queja de Don Carlos, la más alemana de todas las quejas: "¡Veinte años y aún nada hecho para la inmortalidad!" Otros adolescentes formaban pequeñas pandillas de cínicos intelectuales, de delincuentes, de homosexuales y de chauvinistas raciales. El rasgo común de todas estas actividades, sin embargo, era la exclusión de los padres individuales como influencia, y la adherencia a alguna entidad místico-román-

tica: La Naturaleza, la Patria, el Arte, la Existencia, etc., que constituían superimágenes de una madre pura, que jamás traicionaría al niño rebelde frente al ogro que era el padre. Si bien se suponía a veces que la madre, abierta o secretamente, favorecía, cuando no envidiaba, tal libertad, el padre era considerado su enemigo mortal. Si no se lograba que manifestara suficiente hostilidad, se lo provocaba deliberadamente, pues su oposición constituía la esencia de la experiencia.

En esta etapa, el muchacho alemán prefería morir antes que comprender que esta iniciativa excesiva y mal orientada, que apuntaba en la dirección de una actitud utópica a ultranza, despertaría una culpa muy profunda y llevaría finalmente a un aturrido agotamiento. La identificación con el padre que, a pesar de todo, había quedado bien establecida en la temprana infancia, pasaría entonces al primer plano. En formas muy complejas, el traicionero Destino (la realidad) convertiría finalmente al niño en un *Bürger*, un "mero ciudadano" con un eterno sentimiento de pecado por haber sacrificado el genio a cambio de riquezas y una mera esposa y meros hijos, como cualquiera puede tener.

Naturalmente, he hecho una descripción que alcanza casi el carácter de una caricatura. No obstante, creo que tanto el tipo manifiesto como el patrón encubierto existieron y, de hecho, que esta disociación habitual entre la rebelión individualista precoz y el ciudadano desilusionado y obediente constituyó un factor poderoso en la inmadurez política de los alemanes: esa rebelión adolescente era un aborto del individualismo y del espíritu revolucionario. Creo que los padres alemanes no sólo no se oponían a esta rebelión sino que, de hecho, la fomentaban inconscientemente, como una manera segura de mantener su dominio patriarcal sobre la juventud. Una vez que el supery patriarcal se establece firmemente en la temprana infancia, se puede dar rienda suelta a los jóvenes: ellos mismos no se permiten llegar demasiado lejos.

En el carácter alemán típico del Reich, esta combinación peculiar de rebelión idealista y sometimiento obediente llevó a una paradoja. La conciencia alemana es inflexible y cruel; pero sus ideales son cambiantes y, por así decirlo, carentes de hogar. El alemán es duro consigo mismo y con los demás, pero la dureza extrema sin una autoridad interior fomenta la amargura, el temor y los sentimientos de venganza. Al carecer de ideales coordinados, el alemán tiende a buscar muchas metas contradictorias y abiertamente destructivas con ciega convicción, cruel autosacrificio y un perfeccionismo supremo.

Luego de la derrota y la revolución de 1918, este conflicto psicológico se vio incrementado hasta el punto de una catástrofe

en las clases medias alemanas; y las clases medias de cualquier parte incluyen significativamente a la clase trabajadora, en tanto ésta aspira a convertirse en clase media. Su servilismo con respecto a la clase alta, que había perdido la guerra, se veía ahora súbitamente despojado de toda semejanza con una subordinación significativa. La inflación puso en peligro las pensiones. Por otro lado, las masas vacilantes no estaban preparadas para anticipar o usurpar el rol de ciudadanos libres o el de trabajadores con conciencia de clase. Resulta evidente que sólo bajo tales condiciones las imágenes de Hitler pudieron vencer de inmediato a tantos individuos y paralizar a tantos más.

No afirmaré, por lo tanto, que el padre de Hitler, tal como se lo describe con actitud crítica, era, en su forma manifiestamente tosca, un padre alemán típico. En la historia ocurre a menudo que una experiencia personal extrema e incluso atípica corresponde a un conflicto latente universal a tal punto que una crisis la eleva a una posición representativa. De hecho, cabe recordar aquí que las grandes naciones tienden a elegir a un individuo nacido más allá de sus fronteras para convertirlo en su líder: Napoleón provenía de Córcega y Stalin de Georgia. Se trata entonces de un patrón infantil universal, que constituye la base para la profunda sensación de extrañeza que se apoderaba del alemán que leía sobre la juventud de Hitler. "Por firme y decidido que fuera mi padre... su hijo era igualmente empecinado y obstinado al rechazar una idea que ejercía sobre él muy poco o ningún atractivo. Yo no quería convertirme en un funcionario." Esta combinación de revelación personal y astuta propaganda (junto con una acción firme y decidida) terminó por expresar esa convicción universal que la ardiente rebelión de la juventud alemana había estado aguardando: que ningún anciano, fuera el padre, el emperador o un dios, debía ponerse en el camino de su amor por su madre Alemania. Al mismo tiempo, demostró a los hombres maduros que al traicionar su adolescencia rebelde se habían vuelto indignos de guiar a la juventud de Alemania, que desde ese momento en adelante "plasmaría su propio destino". Tanto los padres como los hijos podían ahora identificarse con el *Führer*, un adolescente que jamás cedió.

Los psicólogos exageran los atributos paternos en la imagen histórica de Hitler; Hitler el adolescente que se negó a convertirse en un padre en ningún sentido o, si a eso vamos, en un kaiser o un presidente. No repitió el error de Napoleón. Era el *Führer*: un hermano mayor glorificado, que asumió las prerrogativas de los padres sin sobreidentificarse con ellos: al describir a su padre como "un viejo que seguía siendo un niño", reservó

para sí mismo la nueva posición del que se mantiene joven en posesión del poder supremo. Él era el adolescente inquebrantable que había elegido una carrera al margen de la felicidad civil, la tranquilidad mercantil y la paz espiritual: el líder de una pandilla que mantenía unidos a los muchachos al exigir su admiración, al crear terror y al comprometerlos astutamente en crímenes de los que ya no podían retroceder. Fue un implacable explotador de los fracasos paternos.

"La cuestión relativa a mi carrera habría de solucionarse antes de lo que yo había anticipado... Cuando tenía trece años mi padre murió repentinamente. Mi madre se sintió en la obligación de continuar mi educación para la carrera de funcionario." Viéndose así frustrado, Hitler desarrolló una severa enfermedad pulmonar, y "todo aquello por lo que había luchado, todo lo que había anhelado en secreto, se convirtió de pronto en realidad...". Su madre tuvo que conceder al hijo enfermo lo que había negado al muchacho sano y empecinado: ahora podía prepararse para ser artista. Lo hizo, y fracasó en el examen de ingreso a la escuela nacional de arte. Luego su madre murió también. Ahora estaba libre y solo.

El fracaso profesional siguió a ese temprano fracaso escolar que retrospectivamente se racionaliza como fuerza de carácter y rudeza masculina. Es bien sabido que, al elegir a sus colaboradores, Hitler compensó más tarde fracasos civiles similares. Se salió con la suya en este sentido sólo debido al hábito alemán de adornar el fracaso escolar con la sospecha de una genialidad oculta: la educación "humanista" en Alemania padeció siempre la severa división que significa fomentar por un lado el sentido del deber y la disciplina y, por otro, glorificar los estallidos nostálgicos de los poetas.

En su trato con la "vieja" generación, dentro o fuera de Alemania, Hitler desempeñó posteriormente un papel tan empecinado, desviado y cínico como el que él mismo manifiesta haber tenido en relación con su padre. De hecho, toda vez que sintió que sus actos requerían justificación y disculpa públicas, preparó el escenario tal como lo hizo en el primer capítulo de *Mi lucha*. Sus arengas tenían como blanco un dirigente extranjero —Churchill o Roosevelt— y lo describían como un tirano feudal o un tonto senil. Luego creaba una segunda imagen, la del hijo rico y aicalado y el cínico decadente: nada menos que Duff-Cooper y Eden fueron elegidos para tal fin. Y, de hecho, los alemanes le permitieron romper sus promesas en tanto Hitler, el adolescente inquebrantable, pareció estar aprovechándose de la senilidad de otros hombres.

### 3. LA MADRE

*"...la madre se dedicaba al cuidado de la casa y de sus hijos con una devoción amorosa eternamente igual".*

Aparte de esta continuación de su cuento de hadas, Hitler dice muy poco sobre su madre. Menciona que a veces se sentía cariñosamente preocupada por las peleas en que él, el héroe niño, se veía envuelto; que después de la muerte de su padre, se sintió "obligada" —más por un sentido del deber que por inclinación— a hacer que continuara su educación, y que también ella murió muy pronto. Afirma que respetó a su padre, pero que amó a su madre.

No vuelve a decir una sola palabra sobre "sus hijos". Hitler nunca fue hermano de nadie.

No puede haber mayor duda de que Hitler, el aventurero histriónico e histérico, tuvo un apego patológico hacia su madre. Pero esto no es lo que importa aquí pues, patológico o no, Hitler hábilmente divide la imagen de su madre en las dos categorías que son del más alto valor propagandístico: la cocinera amorosa, infantil y levemente martirizada que se mantiene en un segundo plano cálido y acogedor, y la gigantesca virgen de mármol o de hierro, el monumento al ideal. En contraste con la escasez de referencias a su madre personal, hay una abundancia de figuras maternas sobrehumanas en sus imágenes. Su cuento de hadas de la Alemania del Reich no afirma simplemente que Hitler nació en Braunau porque sus padres vivían allí; no, fue "el Destino el que eligió el lugar de mi nacimiento". Esto ocurrió cuando debía suceder y no debido a la evolución natural de las cosas; se trató de "una mezquina treta inmerecida del Destino" que él hubiera "nacido en un período entre dos guerras, en un momento de tranquilidad y orden". Cuando era pobre, "la pobreza me tomaba entre sus brazos"; cuando se sentía triste, "la Señora Aflicción era mi madre adoptiva". Pero toda esta "crueldad del Destino" aprendió a elogiarla más tarde como la "sabiduría de la Providencia", pues lo preparó para servir a la Naturaleza, "la cruel Reina de toda sabiduría".

Cuando estalló la guerra mundial, "el Destino permitió graciosamente" que se convirtiera en un soldado de infantería alemán, la misma "Diosa inexorable del Destino, que utiliza las guerras para evaluar a las naciones y los hombres". Cuando, después de la guerra, se encontró frente a un tribunal defendiendo sus primeros actos revolucionarios, tuvo la certeza de que "la Diosa

del juicio eterno de la Historia destrozará con una sonrisa" el veredicto del jurado. El Destino, que por momentos frustraba traicioneramente al héroe y en otros satisfacía graciosamente su heroísmo y anulaba el juicio de los hombres viejos y malos: tales son las imágenes infantiles que impregnan gran parte del idealismo alemán; encuentran su expresión más representativa en el tema del joven héroe que alcanza grandeza en un país extranjero y regresa para liberar y exaltar a la madre "cautiva": la contraparte romántica de la leyenda del Rey Edipo.

Así, por detrás de las imágenes de madres sobrehumanas hay una imagen bifronte de la maternidad: en determinado momento la madre aparece juguetona, infantil y generosa; en otros, traicionera y aliada con fuerzas siniestras. Creo que ésta es una serie común de imágenes en las sociedades patriarcales donde la mujer, a la que se mantiene en muchos sentidos irresponsable e infantil, se convierte en un mediador y un intermediario. Así sucede que el padre odia en ella a los niños que lo eluden, y los niños odian en ella al padre apartado. Puesto que "la madre" constituye el modelo inconsciente para "el mundo", bajo Hitler la ambivalencia hacia la mujer maternal se convirtió en uno de los rasgos más intensos del pensamiento oficial alemán.

La relación del *Führer* con la maternidad y la familia siguió siendo ambigua. En la elaboración de una fantasía nacional veía en sí mismo a un hombre solitario que alternativamente lucha contra las figuras maternas sobrehumanas y las complace, figuras que, a su vez, intentan por momentos destruirlo y en otros se ven obligadas a bendecirlo. Pero nunca reconoció a las mujeres como compañeras hasta el último instante, cuando insistió en legalizar su situación con Eva Braün, a la que pronto mató con sus propias manos, según afirma la leyenda. Pero las esposas de otros hombres dieron a luz en el refugio de la cancillería mientras él mismo, de acuerdo con su biógrafo oficial, "constituye la encarnación de la voluntad nacional. No conoce la vida de familia, ni conoce vicio alguno".

Hitler llevó esta ambivalencia oficial con respecto a las mujeres a su relación con Alemania como imagen. Si bien despreciaba abiertamente a las masas de sus conciudadanos que, al fin de cuentas, constituyen Alemania, apeló frenéticamente a ellas y les imploró con sus fanáticos gritos de "Alemania, Alemania, Alemania" que creyeran en una entidad nacional mística.

Pero también es cierto que los alemanes siempre han tenido inclinación a manifestar una actitud comparable de ambivalencia hacia la humanidad y el mundo en general. De la mayoría de

las tribus y las naciones puede decirse que perciben esencialmente al mundo como un "mundo exterior". Pero para Alemania el mundo cambia constantemente su cualidad y siempre en un sentido extremo. Se experimenta al mundo como enormemente superior en edad y sabiduría, la meta del eterno anhelo y el *Wanderlust*; o como un ejército sitiador perverso y traicionero que vive para una sola meta, traicionar a Alemania; o como un misterioso *Lebensraum* que se conquistará mediante el coraje teutónico y que se utilizará para mil años de engrandecimiento adolescente.

#### 4. EL ADOLESCENTE

En este país, para todos salvo aquellos que deben usarla profesionalmente, la palabra "adolescencia" ha llegado a significar, en el peor de los casos, una tierra de nadie entre la infancia y la madurez, y, en el mejor de los casos, una época "normal" para deportes y payasadas, pandillas, camarillas y fiestas. En este país el adolescente no constituye un problema tan serio, y se siente menos aislado porque, de hecho, se ha convertido en el árbitro cultural; pocos hombres en este país pueden darse el lujo de abandonar los gestos del adolescente junto con los del hombre libre eternamente empeñado en derrotar a los autócratas.

Desde aquí, por lo tanto, resulta difícil entender lo que la adolescencia puede significar en otras culturas. En el pasado primitivo, los ritos dramáticos y bizarros de la adolescencia se realizaban en un esfuerzo por modificar y sublimar la incipiente masculinidad del adolescente. En los rituales primitivos, el adolescente se veía obligado a sacrificar un poco de su sangre, algunos de sus dientes o una parte de sus genitales; en las ceremonias religiosas se le enseña a admitir su pecaminosidad y a doblar la rodilla. Los ritos antiguos confirmaban la intención del joven de convertirse en un hombre en el mundo de su padre, pero, al mismo tiempo, de seguir siendo eternamente como el hijo modesto de un "Gran Padre". Los líderes de la danza ritual, los redentores y los actores trágicos eran los representantes de la culpa y la expiación. La rebelión adolescente de Alemania fue un paso culminante en un desarrollo psicológico universal que resulta paralelo a la declinación del feudalismo: la emancipación interna de los hijos. Pues si bien existen estrechos paralelos entre los ritos primitivos de la adolescencia y los del nacionalsocialismo, hay una diferencia muy significativa. En el mundo de Hitler, el adolescente marchaba junto a sus iguales emancipados. Su líder nunca había sacrificado su voluntad ante ningún padre. De hecho,

había afirmado que la conciencia es una deshonra como la circuncisión, y que ambas son judías.

El horror de Hitler hacia la judería —un “germen castrador” representado por menos del uno por ciento de su nación de 70 millones de habitantes— está expresado a través de las imágenes de la fobia; describe el peligro que emana de ella como una infección debilitadora y una contaminación que envilece. Sifilofobia es lo menos que la psiquiatría puede diagnosticar adecuadamente en su caso. Pero también aquí resulta difícil determinar dónde termina el síntoma personal y dónde comienza la astuta propaganda, pues las imágenes del adolescente idealista son típicamente del más puro blanco y el más renegrido negro. Su preocupación constante es la búsqueda de lo blanco, y la evitación y la extirpación fóbicas de todo lo negro en los demás y en sí mismo. Los temores a la sexualidad, en particular, hacen al adolescente muy susceptible a palabras como éstas: “Basta la pérdida de pureza de la sangre para destruir para siempre la felicidad interior; rebaja eternamente al hombre y sus consecuencias nunca pueden eliminarse del cuerpo y la mente.”<sup>62</sup>

El adolescente alemán prenazi era apasionadamente cruel consigo mismo; no era por su propia satisfacción que se oponía a su padre. Cuando “caía”, experimentaba una enorme culpa. Se intentaba convencer al adolescente de que Hitler era el hombre que tenía derecho a mostrarse cruel con lo negro en cualquier parte porque no era indulgente consigo mismo. Lo que despertó sospechas en los no alemanes sensatos —a saber, la proclamada abstinencia de Hitler con respecto a la carne, el café, el alcohol y el sexo— constituía aquí un contundente factor de propaganda, pues Hitler demostraba así su derecho moral a liberar a los alemanes de su masoquismo de posguerra y a convencerlos de que ellos, a su vez, tenían derecho a odiar, a torturar y a matar.

En los niños, Hitler trató de reemplazar el complicado conflicto de la adolescencia, tal como se daba en cada alemán, por patrones simples de acción hipnótica y libertad con respecto al pensamiento. Para lograrlo, estableció una organización, una educación y un lema que desviarán toda la energía adolescente hacia el nacionalsocialismo. La organización era la Juventud Hitleriana; el lema: “La juventud plasma su propio destino”.

Dios ya no importaba: “En este momento en que la tierra se consagra al sol, sólo tenemos un pensamiento. Nuestro sol es Adolfo Hitler”<sup>63</sup>. Los padres no importaban: “Todos los que

<sup>62</sup> *Ibid.*

<sup>63</sup> Citado en G. Ziemer, *Education for Death*, Oxford University Press, Nueva York, 1941.

desde la perspectiva de su ‘experiencia’ y sólo desde allí combaten nuestro método de permitir que la juventud guíe a la juventud, deben ser silenciados...”<sup>64</sup> La ética no importaba: “Una generación totalmente nueva y recién nacida ha surgido, libre de ideas preconcebidas, libre de concesiones, dispuestas a ser leal con las órdenes que constituyen su derecho de nacimiento”<sup>65</sup>. La hermandad y la amistad no importaban: “No escuché una sola canción que expresara una emoción tierna relacionada con la amistad, el amor a los padres, el amor a los semejantes, la alegría de vivir, la esperanza de una vida futura”<sup>66</sup>. La educación no importaba: “La ideología nacionalsocialista ha de ser un fundamento sagrado. No debe degradársela mediante explicaciones detalladas”<sup>67</sup>.

Lo que importaba era lo siguiente: avanzar siempre sin mirar hacia atrás. “Aunque todo se derrumbe, seguiremos adelante. Hoy Alemania es nuestra, mañana, el mundo entero.”

Sobre tales fundamentos Hitler ofreció una simple dicotomía racial de dimensiones cósmicas: el alemán (soldado) versus el judío. Se describe al judío como pequeño, moreno, cubierto de vello; anda encorvado y tiene los pies planos; bizquea y se relame; tiene un olor inmundoso, es promiscuo, tiene tendencia a desflorar, impregnar e infectar a las jóvenes rubias. El ario es alto, erguido, rubio, sin vello en el pecho y en las extremidades: su mirada, su andar y su conversación son *stramm*, su saludo es el brazo extendido. Es apasionadamente limpio en sus hábitos. Jamás tocaría a sabiendas a una muchacha judía, excepto en un burdel.

Se trata evidentemente de una antítesis entre el hombre mono y el superhombre. Pero mientras que en este país tales imágenes habrían sido objeto de caricaturas, en Alemania se convirtieron en el alimento oficial para las mentes adultas. Y no olvidemos (pues los alemanes no lo olvidarán) que durante largos años la juventud y el ejército alemanes parecieron demostrar el éxito de las imágenes hitlerianas. Sanos, duros, serenos, obedientes, fanáticos, “desafían todo lo que signifique debilidad del cuerpo, de la intensidad y de la lealtad”<sup>68</sup>. Eran sumamente arrogantes y sólo en su despreciativa arrogancia era posible reconocer el antiguo temor alemán a sucumbir a la influencia “cultura” extranjera.

También en las mujeres la conciencia racial nacionalsocialista

<sup>64</sup> Citado en Hans Siemsen, *Hitler Youth*, Lindsay Drummond, Londres, 1941.

<sup>65</sup> Citado en Ziemer, *op. cit.*

<sup>66</sup> Ziemer, *op. cit.*

<sup>67</sup> Citado en Ziemer, *op. cit.*

<sup>68</sup> Ziemer, *op. cit.*

estableció un nuevo orgullo. Se enseñaba a las muchachas a aceptar alegremente las funciones corporales en relación con arios selectos. Recibían educación y estímulo sexuales. La procreación, legítima o ilegítima, se promovía a través de la propaganda, de los subsidios, de la institución de los "hijos del Estado", que nacían "para el Führer". Se propugnaba la lactancia natural; lo que los psiquiatras norteamericanos de esa época sólo se atrevían a sugerir en las publicaciones profesionales, era decretado por el estado alemán: *Stillfähigkeit ist Stillwille*, la capacidad de amamantar es la voluntad de amamantar. Así, la infancia alemana se enriquecía en bien de la raza y del Führer.

En lo relativo a las imágenes que utiliza, ningún actor o ningún innovador eficaz es realmente independiente, ni puede atreverse a ser totalmente original: su originalidad consiste en la valentía y en la concentración singular con que expresa una serie de imágenes existentes, en el momento adecuado. Si lo logra, sin embargo, es convincente para sí mismo y para los demás y paraliza a sus adversarios, en tanto éstos participen inconscientemente de sus imágenes, de modo tal que aguardarán, se volverán inseguros y finalmente se rendirán.

En Alemania, entonces, vimos cómo una nación altamente organizada y educada se entregaba a las imágenes de la adolescencia ideológica. Hemos señalado que no podemos responsabilizar por ello al poder de las neurosis individuales de los líderes. ¿Podemos inculpar a los patrones infantiles de quienes se dejaron conducir?

## 5. LEBENSRAUM, SOLDADO, JUDIO

La mera comparación impresionista de las imágenes familiares de una nación con sus actitudes nacionales e internacionales puede fácilmente volverse absurda. Parece llevar a la conclusión de que se podrían modificar las actitudes internacionales mediante la simple alteración de los patrones familiares de una nación. Con todo, las naciones sólo cambian cuando su realidad total se modifica. En los Estados Unidos, los hijos e hijas de todas las naciones se transforman en norteamericanos, aunque cada uno sigue estando perturbado por su conflicto específico: y me atrevo a decir que más de un lector germano-norteamericano habrá reconocido en este capítulo algunos de los problemas de su propio padre. Los reconocerá porque hay una brecha entre el mundo de su padre y el de él: su padre vive en un espacio-tiempo distinto.

La facilidad misma con que resulta posible trazar comparacio-

nes entre los patrones de la infancia y las actitudes nacionales, y el absurdo a que ellas pueden conducir, oscurecen la importante verdad que está, no obstante, involucrada. Por lo tanto, utilizaremos este capítulo para ilustrar la forma en que la realidad histórica y geográfica amplía los patrones familiares y en qué medida, a su vez, dichos patrones influyen sobre la interpretación que un pueblo hace de la realidad. Es imposible caracterizar lo alemán sin relacionar las imágenes familiares de Alemania con su posición central en Europa pues, como vimos, incluso los grupos más inteligentes deben orientarse a sí mismos y unos a otros en una forma relativamente subverbal y mágica. Toda persona y todo grupo tiene un inventario limitado de conceptos espaciotemporales históricamente determinados, que configuran la imagen del mundo, los prototipos ideales y malignos y el plan de vida inconsciente. Tales conceptos dominan los esfuerzos de una nación y pueden llevar a un alto nivel de excelencia; pero también limitan la imaginación de un pueblo y provocan así el desastre. En la historia alemana, tales configuraciones destacadas son encierro versus *Lebensraum* y desunión versus la unidad. Desde luego, tales términos son tan universales que no parecen específicos; el observador que se da cuenta de la importancia que estas palabras tienen en el pensamiento alemán debe sospechar que constituyen una propaganda insincera. Con todo, nada puede ser más funesto en los encuentros internacionales que el intento de desvalorizar o discutir el espacio-tiempo mitológico de otra nación. Los no alemanes no comprenden que en Alemania estas palabras encerraban una convicción que iba mucho más allá que la de la lógica corriente.

La versión oficial del *Lebensraum* sostenían que el estado nazi debía asegurar, dentro de Europa, hegemonía militar y monopolio de armamentos, preponderancia económica y liderazgo intelectual. Más allá de esto, el *Lebensraum* tenía un significado esencialmente mágico. ¿Cuál es ese significado?

Al final de la Primera Guerra Mundial, Max Weber escribió que el destino había decretado (incluso un alemán realista dice "destino", no "geografía" o "historia") que sólo Alemania tuviera como sus vecinos inmediatos a tres grandes poderes terrestres y el más grande poder marítimo, y que debiera oponérseles. Según él, ningún otro país sobre la tierra estaba en tal situación<sup>69</sup>.

En opinión de Max Weber, la necesidad de crear grandeza y seguridad nacionales en una posición totalmente encerrada y vulnerable creaba dos alternativas: Alemania podía conservar su cua-

<sup>69</sup> Max Weber, *Gesammelte Politische Schriften*, Drei Masken Verlag, Munich, 1921.

lidad regional y convertirse en una federación moderna como Suiza —simpática y útil para todos y que no representa un peligro para nadie—, o bien podía desarrollar rápidamente un Reich moldeado a partir de características políticas desfavorables, un Reich tan maduro y poderoso como el de Inglaterra o Francia, capaz de intervenir en la política del poder, a fin de construir con Occidente una unidad defensiva cultural y militar contra Oriente. Pero Weber era un "realista", lo cual significaba que sólo consideraba aquello que, de acuerdo con el pensamiento reflexivo de su mente conservadora, parecía "razonable"<sup>70</sup>. Nunca soñó que, al cabo de unos pocos años, un hombre se levantaría para proclamar e incluso prácticamente cumplir, una tercera alternativa, a saber, que Alemania se convirtiera en una nación tan poderosa y tan sagazmente conducida que toda la combinación circundante de París, Londres, Roma y Moscú pudiera ser avasallada una por una y ocupada durante bastante tiempo como para quedar castrada "por mil años".

Este plan sigue pareciéndole fantástico al no alemán. Se pregunta cómo semejante proyecto pudo coexistir en la misma men-

<sup>70</sup> Una publicación reciente en este país (H. H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber: Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, 1946, págs. 28-29) describe ciertos hechos en la vida de Weber que se citarán aquí porque ilustran claramente los patrones familiares que estamos considerando:

"Su profundo sentido de la caballería era, en parte, una respuesta a la actitud patriarcal y dominadora del padre, quien entendía el amor de la madre como una disposición a servir y a dejarse explotar y controlar por él. Esta situación culminó cuando Weber, a los 31 años y en presencia de su madre y su esposa, consideró llegado el momento de pronunciarse con respecto a su padre: estaba decidido a romper toda relación con él sin ningún remordimiento, a menos que aceptara una condición: la madre debía visitarlo 'sola', sin el padre. Hemos señalado que el padre murió poco tiempo después de este encuentro y que Weber salió de esa situación con un imborrable sentimiento de culpa. Sin duda, cabe inferir una situación edípica insólitamente intensa.

"Durante toda su vida, Weber mantuvo una intensa correspondencia con su madre, quien alguna vez se refirió a él como 'una hija mayor', y siempre solicitó sus consejos, tratándose de su primogénito, en lugar de recurrir a su esposo, en cuestiones relativas a la conducta de su tercer hijo. También cabe prestar atención a lo que sin duda constituyó una fase pasajera en las aspiraciones del joven Weber: su deseo de convertirse en un hombre cabal en la universidad. Al cabo de sólo tres semestres, logró transformarse exteriormente y dejó de ser un delgado hijo de mamá para convertirse en un típico estudiante de la Alemania Imperial, robusto, aficionado a la cerveza, fumador, y con las cicatrices de un duelo, al que su madre saludó a su regreso con una sonora bofetada. Evidentemente, éste ya era el hijo de su padre. Los dos modelos de identificación y sus valores asociados, arraigados en la madre y el padre, jamás desaparecieron de la vida interior de Max Weber..."

talidad nacional con la bondad simple y la sabiduría cosmopolita representativa de la "verdadera" cultura alemana. Pero, como ya se señaló, el mundo pensaba en virtudes regionales y no nacionales cuando hablaba de la cultura alemana. Subestimó persistentemente la desesperada necesidad alemana de unidad que, de hecho, no pueden apreciar los pueblos que en su propio país dan tal unidad por sentada. El mundo tiende una vez más a subestimar la fuerza con que el problema de la unidad nacional puede convertirse en una cuestión de *preservación de la identidad* y, por lo tanto, de vida o muerte (humanas), muy por encima de la cuestión de los sistemas políticos.

A través de su historia, Alemania ha estado sometida, o ha sido potencialmente vulnerable, a arrolladoras invasiones. Es verdad que durante unos cien años sus centros vitales no habían sido ocupados por un enemigo, pero siguió teniendo conciencia de su posición vulnerable, tanto racional como irracionalmente.

Con todo, la amenaza de una invasión militar no es la única. Sea como invasora o víctima de la invasión de esos países, Alemania ha sentido el impacto de los *valores foráneos*. Su actitud frente a tales valores y su relación con su propia diversidad cultural constituyen un problema clínico difícil de definir. Pero cabe afirmar que ninguna otra nación joven de similar tamaño, densidad, y diversidad histórica de población, con una falta similar de fronteras naturales, está expuesta a influencias culturales tan divergentes en cuanto a su naturaleza y tan perturbadoras en su sucesión como las que emanan de los vecinos de Alemania. Tal como ocurre con los elementos que contribuyen a la ansiedad humana, lo que nunca ha permitido que la identidad alemana cristalizara o asimilara la evolución económica y social a través de pasos lógicos y graduales, es la persistente agravación mutua de todos esos factores.

La imagen alemana de desunión está basada en un sentimiento histórico de malestar que puede denominarse el "complejo de Limes". *Limes Germanicus* era un muro, comparable a la muralla china, construida por los romanos a través de Alemania occidental y meridional para separar las provincias conquistadas de las que seguían estando en manos de los bárbaros. Dicho muro fue destruido hace mucho tiempo, pero se vio reemplazado por una barrera cultural que separaba el área meridional, sometida a la influencia de la Iglesia de Roma, de la Alemania protestante del norte. Otros imperios (militares, espirituales, culturales) han penetrado así en Alemania: desde Occidente, la Francia sensual y racional; desde Oriente, la Rusia analfabeta, espiritual y dinástica; desde el norte y el noroeste, el "protestantismo" individual-

lista, y desde el sudeste, la despreocupación oriental. Todos los conflictos entre el este y el oeste, el norte y el sur, se resolvieron en batallas libradas en alguna parte de Alemania, y también en la mente alemana.

Desde el comienzo, Alemania se vio así constantemente perturbada por una secuencia traumática de influencias divergentes, que agravaron y agudizaron una forma específica del conflicto universal entre la sugestionabilidad y un empecinamiento defensivo. Hitler prometió a Alemania no sólo la conquista militar de los centros de invasión que rodeaban al Reich, sino también una victoria de la conciencia racial sobre la invasión "bacteriana" de las estéticas y la ética extranjeras dentro de la mente alemana. Su meta fue no sólo la anulación de la derrota militar de Alemania al cabo de la Primera Guerra Mundial, sino también una purga completa de los valores foráneos corruptos que habían invadido la cultura alemana. Para los alemanes atormentados, esto era una verdadera "libertad"; en comparación, otras libertades parecían vagas e insustanciales.

Así, el violento remedio que ofrecía Adolfo Hitler estaba dirigido a un Reich que era vasto y se sentía potencialmente grande, pero también vulnerable en sus fronteras y no desarrollado en su núcleo político. Estaba dirigido a una mentalidad nacional con una grandiosa herencia regional y ardientes ambiciones espirituales, pero con una sugestionabilidad mórbida y una profunda inseguridad en sus valores básicos. Sólo un adversario capaz de medir el efecto de semejante situación sobre la lucha por la identidad que libra la juventud de una nación puede adivinar el peligro que implica para ella y para sí mismo.

Las desesperadas paradojas de Alemania llevaron a esos dos extremos de las contradicciones alemanas que, antes de Hitler, se consideraba que constituían dos Alemanias distintas. Como reacción frente al sentimiento de encierro cultural, un cierto tipo de alemán del Reich se volvió, por así decirlo, demasiado amplio, mientras que el otro llegó a ser demasiado estrecho. El hecho de que otras naciones tengan conflictos análogos entre la actitud cosmopolita y la provincialista no niega la necesidad de comprender la versión alemana de este dilema. El tipo "demasiado amplio" negaba u odiaba la paradoja alemana y abrazaba todo el "mundo exterior" circundante; se volvió totalmente cosmopolita. El tipo "estrecho" trató de ignorar las tentaciones foráneas y se hizo "alemán" a un nivel caricaturesco. El primero siempre se alegraba de que lo confundieran con un inglés, un francés o un norteamericano; el segundo exageraba arrogantemente el mezquino inventario de sus propias características genuinas. El primero sentía y

pensaba en una escala olímpica; el segundo se volvió obediente y mecánico con exclusión de todo pensamiento y sentimiento. El primero a menudo llegaba a ser un exiliado nostálgico y voluntario de por vida, o un suicida en potencia o un psicótico; el segundo permanecía en el hogar, o se ingeniaba para sentirse así dondequiera que fuese y, apretando los dientes, seguía siendo alemán.

El mundo admiró al primer tipo y menospreció al segundo; el mundo ignoró, hasta que fue demasiado tarde, el hecho de que ninguno de esos dos tipos llevaba a un renacimiento, a nivel nacional, de esa madurez y esa monumental dignidad que habían caracterizado en algunas ocasiones a los burgueses y los artesanos de regiones de Alemania. El mundo ignoró el hecho de que ninguno de los dos tipos se sentía seguro en sí mismo y en el mundo, que ninguno de ellos aceptaba desempeñar un papel en la emancipación política del hombre.

Constituye un error fatal suponer que el nacionalsocialismo sobrevino a pesar de la grandeza intelectual de Alemania. Fue el resultado natural de la particular orientación social, o más bien asocial, de sus grandes hombres.

No necesitamos limitarnos aquí a considerar a un enemigo solitario de las realidades del hombre como Nietzsche, quien tuvo la fortuna de morir insano y delirante, en lugar de verse obligado a presenciar la desnuda realidad de los superhombres uniformados que él había contribuido a crear. No, podemos pensar en hombres con una exquisita percepción de las realidades, hombres como Thomas Mann, que durante la Primera Guerra Mundial alentó a los alemanes, según se afirma, diciendo que, al fin de cuentas, el hecho de contar con un filósofo como Kant compensaba con creces la revolución francesa, y que la *Crítica de la razón pura* constituía, de hecho, una revolución mucho más radical que la proclamación de los derechos del hombre<sup>71</sup>.

Comprendo que ésta puede muy bien haber sido la manera de un gran intelectual de decir algo inadecuado en el momento adecuado, lo cual constituye el privilegio de un intelectual durante las emergencias de su país. Pero la afirmación ilustra la reverencia de los alemanes por la grandeza abrumadora, solitaria y a menudo trágica, y su disposición a sacrificar el derecho del individuo a fin de emancipar la grandeza en su propio corazón.

Tampoco un cosmopolita tan distante como Goethe, ni un estadista tan distante como Bismarck —que entonces constituían las imágenes dominantes en el inventario de figuras escolares

<sup>71</sup> Janet Flanner, "Goethe in Hollywood", *The New Yorker*, diciembre de 1941.

rectoras— habían contribuido esencialmente a una imagen alemana del hombre democrático.

El intento de crear una república, después de la derrota de 1918, llevó a un predominio temporario del alemán “demasiado amplio”. Los líderes de ese período no pudieron impedir la fusión de la inmadurez política y el escapismo intelectual, que se combinaron para crear un mito de pasión extraña y casi histérica: el *Destino* había provocado la derrota de Alemania a fin de destacarla entre las naciones. El *Destino* la había elegido para ser la primera gran nación que aceptara voluntariamente la derrota, para cargar con toda la culpa moral y para renunciar a una vez y para siempre a la grandeza política. Así, el *Destino* había utilizado a todos los países aliados, con todos sus soldados, vivos y muertos, con el mero objeto de llevar a Alemania a una existencia exaltada en un *Lebensraum espiritual* ilimitado. Incluso en esos mismos abismos de autohumillación masoquista —tan condenada por Max Weber— la historia mundial seguía siendo un acuerdo secreto entre el espíritu teutónico y la Diosa del Destino. La relación básica de Alemania con la historia no había cambiado. El mundo parece haberse sorprendido cuando este chauvinismo espiritual se convirtió gradualmente en militarismo, cuando volvió a utilizar imágenes y técnicas sádicas y no masoquistas. Los Grandes Poderes fracasaron en ese momento en cuanto a su responsabilidad de “reeducar” a Alemania en la única forma en que resulta posible reeducar a los pueblos, a saber, presentándoles el hecho incorruptible de una nueva identidad dentro de un marco político más universal. En cambio, explotaron el masoquismo alemán y aumentaron su desesperanza universal. El alemán demasiado estrecho, que se mantenía amargamente oculto desde la derrota, ahora dio un paso al frente para preparar el *Lebensraum* terrenal más amplio posible para el tipo más estrecho de alemán: la dominación mundial aria.

Atrapados entre esos dos extremos de estrechez y amplitud los pocos estadistas capaces de dignidad, realismo y visión cedieron ante la presión o fueron asesinados. Los alemanes, carentes de trabajo, de alimentos y de una nueva integridad, comenzaron a prestar atención a las imágenes que les presentaba Hitler y que, por primera vez en la historia del Reich alemán, daban expresión política al espíritu del adolescente. Había un peso mágico en las palabras: “No obstante, he resuelto ahora convertirme en un político”, con las que el indomable adolescente concluye el séptimo capítulo de *Mi lucha*.

Cuando Hitler se lanzó así a llevar las imágenes adolescentes de su pueblo a una situación de predominio político, pudo apode-

rarse gradualmente de una magnífica herramienta: el ejército alemán. El conocimiento libresco de la guerra de 1870-71 había sido “la mayor experiencia espiritual” de Hitler. En 1914, cuando se le permitió convertirse en soldado del Reich, se encontró inmerso en la luz de esa historia heroica. Luego sobrevino la derrota. Hitler había negado con fanatismo histérico —él mismo quedó ciego a causa del gas o, como dicen otros, debido al agotamiento emocional— que la luz se hubiera apartado de esa imagen. Parecía decidido a redimirla. Sus enemigos, dentro y fuera de Alemania, se encogieron de hombros.

Pero aquí resulta necesario una vez más mirar más allá de lo obsesivo y descubrir lo ingenioso. Desde el Thomas Mann de la Primera Guerra Mundial hasta el filósofo nazi de la Segunda, el soldado alemán se concebía como la personificación, o incluso la espiritualización, de lo que es alemán. Representaba “el vigía junto al Rin”: el muro humano que reemplazaba las fronteras naturales inexistentes de Alemania. En él, la unidad alcanzada a través de la obediencia ciega demostraba su eficacia y las aspiraciones a la diversidad democrática encontraban su derrota. Sería peligroso pasar por alto el hecho de que esta posición, explotada como lo fue por un tipo ruidoso de oficial joven y presuntuoso, contribuyó también a crear una aristocracia de oficiales que, con verdadera absorción de los principios aristocráticos-revolucionarios de otros países, constituyó uno de los pocos tipos europeos políticamente maduros en Alemania. Por lo tanto, si Hitler negó la derrota de ese ejército con todas las armas del autoengaño y la falsedad, salvó para sí mismo y para la juventud alemana la única imagen integrada que podía pertenecer a todos.

El tratado de Versalles, inteligentemente explotado, resultó útil para crear un nuevo soldado alemán aerodinámico. El pequeño ejército se convirtió en un ejército de especialistas. Así, el tipo más antiguo y menos modificado de alemán del Reich fue objeto de una re-creación, con las insignias del técnico moderno. Un espíritu de trabajo en equipo y de responsabilidad personal reemplazó a la obediencia ciega; la marca distintiva del oficial era la madurez, en lugar de la casta. Con ese material nuevo se preparó la *Blitzkrieg*: fue no sólo una hazaña técnica sino también una solución y una salvación generales para el pueblo alemán traumatizado, pues prometía una victoria de movimiento sobre la superioridad aliada en cuanto a poder de artillería (y al poder industrial que lo respaldaba) que, durante la Primera Guerra Mundial, había “tenido clavados” a los alemanes hasta que estuvieron dispuestos a confiar en Wilson, a dispersarse y a ocuparse de otras cosas. Además, la juventud de Alemania experimentó en la *Blitz-*

*krieg* "las consecuencias de una revolución que alcanza profundidades espirituales, mentales y materiales"<sup>72</sup>. Alivió el sentimiento de encierro y de vulnerabilidad periférica. Y, para citar a un nazi: "El placer instintivo que la juventud encuentra en el poder de las máquinas vaticina aquí la superación de las limitaciones de la humanidad, tan estrechas desde el comienzo y, que, en general, no han sido ampliadas por la civilización"<sup>73</sup>. Sería fatal pasar por alto tal misticismo nazi. Para derrotar a la Alemania motorizada, la juventud de otros países también tuvo que aprender, como centauros modernos, a convertirse junto con sus maquinarias bélicas en nuevos seres incansables de precisión apasionada. Hitler trató de anticipar una época que aceptaría como algo natural un mundo motorizado, y de fusionarlo con la imagen de una "máquina-estado" totalitaria. Se sentía personalmente insultado cuando veía que las industrias de las democracias aumentaban su rendimiento (como *Gelump* —basura— intentaba describir su producción). Cuando su potencia de juego llegó por el aire hasta sus ciudades y, sobre todo, cuando vio que los jóvenes anglosajones podían identificarse con sus máquinas sin perder la cabeza, se mostró incrédulo. Cuando después comprobó que los rusos realizaban milagros no sólo defensivos sino también ofensivos, su furia irracional no conoció límites, pues en su inventario de imágenes los había descrito no sólo como inferiores a sus soldados, sino también como individuos que estaban por debajo de toda comparación posible: hombres del barro (*Sumpfmenschen*), los había llamado, y también subhumanos. Así se convirtieron, hacia el final, en equivalentes de los otros subhumanos, los judíos: sólo que los rusos, más afortunados, tenían un país y un ejército.

- Resulta bastante evidente que había mucha envidia en la fantástica sobreestimación de Hitler con respecto al "peligro" judío, encarnado en una porción tan pequeña de la población, además de altamente intelectualizada. Pero como ya dijimos, el alemán de tipo estrecho siempre se sintió amenazado, desnacionalizado, por la información que lo exponía a la relatividad y la diversidad de los valores culturales. El judío parecía seguir siendo él mismo, a pesar de su dispersión por todo el mundo, mientras que el alemán temblaba por su identidad en su propio país. De hecho, esos misteriosos judíos parecían estar convirtiendo la relatividad intelectual en un medio de autoconservación racial. Para algunos alemanes, esto sólo podía explicarse a través de un chauvinismo particularmente tortuoso, un secreto pacto judío con el Destino.

<sup>72</sup> W. W. Backhaus, "Ueberwindung der Materialschlacht", *Das Reich*, Berlín, julio 13 de 1941.

<sup>73</sup> *Ibid.*

## 6. NOTAS SOBRE EL JUDAISMO

Oswald Spengler ya había sospechado que el antisemitismo era en gran parte un problema de proyección, lo cual significa que la gente ve con excesiva claridad en los judíos lo que no desea reconocer en sí misma. Un pacto secreto con el Destino, de la variedad que oculta sueños de conquista mundial detrás de un sentimiento "elegido" de superioridad intelectual, es una idea muy emparentada con el chauvinismo alemán.

Con todo, si bien las proyecciones constituyen distorsiones hostiles y atemorizadas, por lo común no carecen de un núcleo de significado profundo. Es cierto que quien proyecta ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, y el grado de distorsión y el espanto de su reacción siguen siendo su responsabilidad. No obstante, por lo común hay algo en el ojo ajeno que se presta a una magnificación específica. No es en modo alguno una coincidencia que en ese momento crucial de la historia (cuando "un solo mundo" se convirtió en una imagen verdadera, y dos mundos en una realidad inevitable) la más encerrada de las naciones civilizadas se haya vuelto susceptible a una propaganda que prevenía contra los poderes demoníacos de la nación más dispersa del mundo. Por lo tanto, podemos preguntar al pasar qué parece hacer del judío un blanco predilecto para las proyecciones más tortuosas, y de ningún modo sólo en Alemania. De hecho, también en Rusia hemos presenciado hace poco una violenta campaña contra los "intelectuales cosmopolitas". La judería es un ejemplo singular de una vieja entidad que se aferra a su identidad, sea racial, étnica, religiosa o cultural, de tal modo que las identidades incipientes la viven como un peligro.

¿Acaso el judío recuerda al mundo occidental esos siniestros ritos de sangre (ya mencionados) en los que el dios-padre exige una prenda del miembro sexual del niño, un tributo de su masculinidad, como signo del pacto? Los psicoanalistas ofrecen la explicación de que el judío despierta así "temores de castración" en pueblos que no han aceptado la circuncisión como una medida higiénica. Vimos cómo en Alemania este temor podía extenderse hasta convertirse en el miedo a ceder, a perder la propia voluntad adolescente. El hecho de que los judíos hayan abandonado su patria y sacrificado su derecho nacional a la autodefensa organizada desempeña, sin duda, un papel en este sentido. Hasta que esta situación fue heroicamente modificada por la juventud sionista, los jóvenes de otras naciones tenían la impresión de que los judíos

acostumbraban "buscarse los que les pasaba" en dos sentidos, con respecto a su Dios y a los países en que vivían.

Creo que la teoría de la identidad psicosocial permite otra interpretación. El conflicto universal entre la rigidez defensiva y la flexibilidad adaptativa, entre la actitud conservadora y la progresista, se expresa en los judíos de la Diáspora a través de la oposición de dos tendencias: la ortodoxia dogmática y la adaptabilidad oportunista. Desde luego, dichas tendencias se vieron favorecidas por siglos de dispersión. Podemos pensar aquí en términos de tipos, tales como el judío religiosamente dogmático y culturalmente reaccionario, para quien el cambio y el tiempo no significan absolutamente nada: la Letra es su realidad. Y podemos pensar en su opuesto, el judío para quien la dispersión geográfica y la multiplicidad cultural se han convertido en algo así como una "segunda naturaleza": el relativismo se convierte para él en lo absoluto, el valor de intercambio, en su herramienta.

Hay tipos extremos que pueden verse como caricaturas vivientes: el judío con barba en su *kaftan*, y Sammy Glick\*. Con todo, el psicoanalista sabe que este mismo par de opuestos, este conflicto entre la adherencia a la Letra y el sometimiento al precio cambiante de las cosas impregna los conflictos inconscientes de hombres y mujeres de ascendencia judía que no se consideran a sí mismos, ni son considerados por los demás, como "judíos" en un sentido religioso o racial. Aquí la Letra puede haberse convertido en dogma político o científico (socialismo, sionismo, psicoanálisis), completamente apartado del dogma del Talmud y, no obstante, citado y argumentado en una forma que no es distinta de las controversias sobre pasajes del Talmud en la tradición de sus antepasados; y el valor de intercambio puede haberse convertido en una pre-ocupación obsesiva por el valor comparativo de los valores. Económica y profesionalmente, las etapas posteriores de la historia han explotado las circunstancias más tempranas: los judíos se vieron limitados a lo que hacían mejor, mientras que ellos, desde luego, aprendieron a perfeccionar lo que se les permitía hacer. Así, se han convertido no sólo en los tradicionales comerciantes de bienes, sino también en los mediadores del cambio cultural los intérpretes en las artes y las ciencias, los que curan la enfermedad y el conflicto interior. En estos campos, su fuerza radica en un sentido responsable de la relatividad. Pero ello define también la debilidad judía, pues cuando el sentido de la relatividad pierde su responsabilidad puede convertirse en un relativismo cínico.

\* N. del E.: Personaje de la novela de Budd Schulberg, *Porque Corre Samuelillo*.

A su vez, el genio judío, silenciosamente poseído del coraje de los siglos, eleva el problema de los valores relativos a un plano en el que la realidad conocida se vuelve relativa en un sentido más amplio. En la esfera religiosa, hemos observado que la ética cristiana se basa en una subordinación radical de este mundo al "otro mundo", de los imperios de la tierra al Reino de Dios: cuando Hitler afirmó que la conciencia era un defecto judío, incluyó al cristianismo y su doctrina del pecado y la salvación.

En épocas modernas, la libertad en lo relativo a su voluntad, a la elección consciente de sus valores y a su capacidad de juicio se ha visto cuestionada por las teorías de tres judíos. La teoría marxista del determinismo histórico estableció el hecho de que nuestros valores dependen inconscientemente de los medios que nos permiten asegurar nuestra subsistencia. (Como hecho psicológico, esto no es esencialmente idéntico a la doctrina política del marxismo, que en distintos países ha llevado a una variedad de socialismos.) En psicología, la teoría de Freud del inconsciente demostró con pruebas contundentes que desconocemos lo peor y lo mejor de nuestras motivaciones. Por último, fue la teoría de la relatividad de Einstein la que dio a la reorientación moderna la amplia base de la teoría física cambiante. Demostró que nuestras unidades de medida son relativas con respecto a las relaciones que medimos.

Evidentemente, se puede demostrar que cada una de estas teorías ha surgido en el momento "lógico" en la historia de sus campos respectivos, y que esos pensadores culminaron la crisis cultural y científica de Europa, no porque fueran judíos sino porque eran judíos y alemanes y europeos. Con todo, los ingredientes que intervienen en las innovaciones radicales en las encrucijadas de cualquier campo casi no se han estudiado<sup>74</sup>; y cabe preguntar si se trata tan sólo de un mero accidente histórico el hecho de que Marx, Freud y Einstein, hombres de ascendencia judío-alemana, hayan llegado a formular y, más aún, a *personificar* redefiniciones radicales del terreno mismo en que el hombre creía afirmarse.

Los períodos fuertes y los países fuertes asimilan las contribuciones de los judíos fuertes porque su sentimiento de identidad se ve realzado por las redefiniciones progresistas. Con todo, en épocas de ansiedad colectiva la sugerencia misma de una relatividad es mal recibida, en particular por aquellas clases que están a punto de perder su *status* y su autoestimación. En su esfuerzo por encontrar un programa de conservación, se aferran con ceñuda unilateralidad de propósitos a los pocos absolutos que, según creen, han de salvarlos. Es en ese momento cuando el antisemitismo pa-

<sup>74</sup> Véase *Young Man Luther*.

ranoide es provocado por agitadores de muchos tipos y propósitos, que explotan la cobardía y la crueldad de las masas.

Creo, pues, que la comprensión de la naturaleza fundamental del problema de la identidad puede arrojar alguna luz sobre el hecho de que cientos de miles de alemanes hayan participado en la "solución alemana del problema judío" y millones la hayan aceptado. Estos métodos desafían la comprensión en tal medida que más allá de algunos accesos abortivos de rechazo, nadie, sea norteamericano, judío o alemán, puede por el momento mantener frente a ellos una reacción emocional congruente. Este, pues, fue el logro culminante del perverso genio mitológico del nazismo: crear un infierno en la tierra que parece imposible incluso para aquellos que saben que ha sido realidad.

La maquinaria política y militar del nacionalsocialismo está aplastada. La forma de su derrota, sin embargo, lleva implícitas las condiciones para la aparición de nuevos peligros. Una vez más Alemania se ha dividido contra sí misma. La formación de una identidad política alemana ha quedado otra vez postergada. La conciencia alemana se ve de nuevo convertida en la aguja impotente en la balanza de dos morales universales: mañana puede volver a reclamar la posición del árbitro que sostiene esa balanza en las manos. También la derrota total promueve una sensación absoluta de ser algo único, lista para ser explotada una vez más por quienes parecen ofrecer un sentimiento de poder total junto con una unidad permanente, y un nuevo sentimiento de identidad que redime el pasado, ahora carece de sentido.

Todo aquél que anhela y propugna un cambio en Europa que proporcione a los alemanes un destino de paz, debe comprender primero el dilema histórico de su juventud y de la juventud de otras grandes áreas del mundo, donde las identidades nacionales abortivas deben encontrar nueva ubicación en una identidad fraternal e industrial general. Es por esa razón que me he remontado al período anterior a la última guerra. Hasta que se demuestre que las fuerzas que entonces actuaron han sido canalizadas a través de esfuerzos concertados hacia un orden verdaderamente nuevo, no podemos darnos el lujo de olvidar<sup>75</sup>.

<sup>75</sup> Si bien parecería absurdo poner este capítulo, o cualquiera de los precedentes y los siguientes, "al día", no puedo dejar de mencionar dos recientes desarrollos. Por alguna misteriosa lógica histórica en nuestra era nuclear vuelve a levantarse un simple muro que divide concretamente a los alemanes entre sí. Por otro lado, el nuevo imperio económico de Europa incluye una parte de Alemania. Ni su división recientemente reforzada ni el nuevo campo para su genio organizativo parecen resolver el problema de la identidad nacional de Alemania o el de su hegemonía en el continente del que constituye el centro. (E. H. E.)

## CAPITULO 10

### LA LEYENDA DE LA JUVENTUD DE MÁXIMO GORKI<sup>76</sup>

Hoy día resulta difícil llegar a saber mucho sobre Rusia que sea indudable, pertinente y articulado al mismo tiempo. Lo poco que sé, se ha cristalizado recientemente en torno de las imágenes de una película rusa vieja y no obstante vital, y sobre todo en torno del rostro de un muchacho que es su héroe.

La película relata la leyenda bolchevique de la infancia de Máximo Gorki. Como en el caso de la versión nacionalsocialista de la infancia de Hitler, analizaré las imágenes en relación con el lugar geográfico y el momento histórico de su origen<sup>77</sup>. En algunos aspectos significativos, ambas leyendas no resultan disímiles. Las dos muestran un muchachito en crecimiento, obstinado, lanzado a una lucha sin cuartel contra un padre que es un tirano inflexible y, al mismo tiempo, un fracaso senil. Tanto Hitler como Gorki se sintieron en la adolescencia mentalmente enfermos ante la falta de sentido de la existencia y la futilidad de la rebelión. Se convirtieron en proletarios intelectuales, muy próximos a una desesperación total. Es una coincidencia irónica el que en los archivos policiales de sus respectivos países hayan figurado como "pegacarteles". Pero aquí termina la analogía.

<sup>76</sup> Este capítulo se originó en mi participación como consultor ocasional en el Columbia University Research Project in Contemporary Cultures, auspiciado por la Office of Naval Research. En cuanto a los hechos y sus interpretaciones, quiero expresar mi gratitud a los miembros del grupo ruso que participó en este proyecto, sobre todo a Sula Benet, Nicolás Calas, Geoffrey Gorer, Nathan Leites y Bertram Schaffner; y, particularmente, a su directora de seminario, Margaret Mead, quien me recomendó la película que se menciona aquí.

<sup>77</sup> De acuerdo con un prospecto en la cinematográfica del Museo de Arte Moderno de Nueva York, la película considerada aquí fue exhibida por primera vez en Moscú en 1938. El director es un escritor llamado Mark Donskoi, y el sello productor, Soyuzdetfilm. Vi la película en Nueva York en marzo de 1948.

Gorki se convirtió en un escritor, no en un político. Es cierto que después de la revolución soviética siguió siendo un ídolo del estado soviético; regresó a Rusia y allí murió. Que su muerte haya sido misteriosa o meramente distorsionada por motivos políticos, es algo que no sabemos. Junto a su féretro, Molotov comparó su pérdida con la de Lenin mismo. Pero la razón de esta trascendencia nacional no radica por cierto en el fanatismo doctrinario o en la astucia política de Gorki, pues éste, el amigo de Lenin, afirmó: "Las diferencias de opinión no deberían afectar las simpatías; nunca di a las teorías y las opiniones un lugar destacado en mi relación con la gente". De hecho, se deduce que tanto Lenin como Stalin se mostraron excepcionalmente benévolos con Gorki al ignorar algunas de sus amistades, de dudosa ortodoxia. La respuesta ha de encontrarse en el hecho de que Gorki, consciente y empeinadamente, fue un escritor de y para el pueblo. Él, el "vagabundo" y el "provinciano", vivió en un doble exilio, uno con respecto a la policía zarista, y el otro, a los círculos intelectuales de su época. Su obra autobiográfica *Mi infancia* muestra con cuánta calma y deliberación trazó su propio camino incluso frente a ídolos tan abrumadores como Tolstoi.

Al igual que este último, Gorki pertenece a esa época del realismo ruso que hizo a la Rusia literaria tan cruelmente auto-observadora y tan desdichadamente autoconsciente. Pero sus escritos no se abandonaron a la autoborradora de infelicidad que impregna a los de sus contemporáneos más notables. No terminó en un conflicto insuperable entre el bien y el mal, una rendición final a los demonios del pasado, como Tolstoi y Dostoievski. Gorki aprendió a observar y a escribir sencillamente, porque comprendió "la necesidad de representar exactamente ciertos fenómenos, muy raros y positivos, de la realidad". La película describe el desarrollo de esta actitud. Más allá de ello, ilustra un dilema ruso, un dilema bolchevique y, como intentaré demostrar, el dilema de una actitud mental "protestante" que emerge tardíamente en los países de Oriente.

La película es vieja. Al principio plantea exigencias imposibles a los ojos y los oídos norteamericanos. Pero en cuanto al contenido, parece fácil como un cuento de hadas. Se desarrolla como una narración fluida y sentimental, aparentemente destinada a acercar al héroe, el pequeño Alyosha, al corazón del público que reconoce en él a su Rusia nativa y a su propia infancia, y que al mismo tiempo sabe que ese Alyosha se convertirá algún día en el gran Gorki. Los rusos que vieron la película conmigo experimentaron tan sólo un sentimiento meditativo y nostálgico, sin ningún resabio de controversia política. La leyenda es su propia propaganda.

## 1. LA TIERRA Y EL MIR

Al principio encontramos la trinidad rusa: planicies desiertas, el Volga, la balalaika. -Los vastos horizontes de la Rusia central revelan su oscuro vacío; y de inmediato las melodías que toca la balalaika se elevan hasta compasivos *crescendos*, como si dijeran: "No estás solo, todos estamos aquí". En alguna parte del Volga, anchas barcazas transportan gente apiñada hacia aldeas aisladas y ciudades abarrotadas.

La vastedad de la tierra y el refugio de la pequeña y alegre comunidad constituyen así el tema inicial. Nos recuerda el hecho de que *mir*, la palabra que significa aldea, también quiere decir mundo, y nos hace pensar en el dicho: "Incluso la muerte es buena si uno está en el *mir*". Hace mil años, los vikingos llamaron a los rusos "el pueblo de las empalizadas", porque los habían encontrado apiñados en sus aldeas compactas, sobreviviendo así a los inviernos, las bestias y los invasores, y divirtiéndose según sus propias y toscas costumbres.

Un voluminoso barco atraca junto a un muelle que está lleno de amigos alegres. Entre ellos, un grupo de familiares se acerca a dos de los recién llegados: Varvara, la madre viuda, y su hijo Alyosha. Su carita de rasgos agradables aparece primero, con los ojos y la boca abiertos, en el momento en que surge desde detrás de las largas polleras de la madre, contemplando con temor a los ruidosos parientes que los abrazan y los sofocan. Y de hecho, cuando se atreve a mostrar algo más de su rostro, no faltan los bromistas que ponen a prueba su curiosidad. Un travieso primo le saca la lengua y lanza un grito; un tío le aprieta la nariz siguiendo el ritmo de la sirena del barco. Un atractivo joven suelta una carcajada al verlo, bien intencionada sin duda, pero no se puede estar seguro. Por último, el niño recibe un golpe en la cabeza y se siente empujado hacia un pequeño bote.

Luego se ve a la familia avanzar por el centro de la calle pisando con fuerza y muy cerca unos de otros, como una procesión de peregrinos o quizás un grupo de prisioneros, o ambas cosas a la vez. Los murmullos hostiles alcanzan cada vez mayor volumen. Alguien susurra: "Todavía están peleando por su parte en la piedad del viejo". Otro sugiere que la madre de Alyosha ha regresado al hogar para exigir a su padre una segunda dote. La abuela, cuya corpulenta figura encabeza la procesión, se lamenta en voz baja: "Niños, niños", como si el número de su prole en la abrumara.

Ahora vemos a toda la familia en el hogar, amontonados en

una pequeña habitación y entregados a extraños estados de ánimo. Una balalaika sugiere melodías tentativas de infelicidad y nostalgia. Como si reemplazaran así una plegaria antes de la comida que está servida ya en la mesa, esta gente se lanza a una auto-comiseración musical, compartida por todos, a pesar de lo cual cada uno está preocupado a su manera. El viejo Gregorio expresa el tema en forma muy notable: siguiendo el ritmo de la canción, se da golpes en la cabeza. No se sabe con certeza qué le produce más placer, si el ritmo o los golpes.

Pero como si todo esto no bastara, la expresión del Tío Yakov cambia de improviso. Toma un trago (¿de vodka?), huele una vaharada (¿de cebolla?) e interpreta una melodía alegre y rítmica, con una letra sin mayor sentido sobre grillos y cucarachas. Hay un *crescendo* inmediato y electrizante, demasiado rápido para que una mente occidental lo comprenda. Luego vemos a Gitano bailar una típica danza rusa.

Gitano es joven y apuesto. Cuando se afloja las mangas, saca su camisa afuera del pantalón y en general, se "desata", crea la situación más relajadamente vigorosa de toda la película. Salta por el aire, hace chocar los talones, se pone en cuclillas y lanza las piernas hacia adelante. Todo en la atestada habitación responde a su danza, como si se tratara de un alegre terremoto. Los muebles se tambalean, los platos se sacuden e incluso el agua del botellón se agita.

Esta masculina demostración se ve luego reemplazada por una escena de generosidad femenina. Logran convencer a la abuela para que baile. La abuela es en realidad una mujer vieja y muy corpulenta, envuelta en pesado ropaje, con la cabeza cuadrada, un rostro ancho y una sonrisa como la aurora. Esta enorme mujer logra mostrarse al principio aniñadamente tímida, luego juvenilmente complacida y, por último, mover su voluminoso cuerpo en una forma sinceramente serena, que sugiere enorme encanto y ligereza. No mueve demasiado los pies, y su cuerpo se mantiene erguido y digno; pero a medida que gira lentamente, extiende primero uno y luego los dos brazos, y levanta su pesado chal, como si desnudara ante todos sus amplios senos.

De pronto, queda inmóvil, palidece y vuelve a envolverse en el chal. Todos los ojos quedan fijos en la puerta: ha entrado el abuelo. A no dudarlo, ni siquiera habíamos notado su ausencia. Con todo, nada podría ser más claro que la implicación de que sólo en su ausencia la abuela podía desnudar su corazón y su cuerpo ante sus hijos.

Estas escenas vigorosas señalan un comienzo feliz, o más bien la referencia a un pasado dichoso. Como occidentales, conviene

que nos preparemos para el hecho de que en esta película no hay un final feliz, así como tampoco hay una historia de amor o de éxito. Lo que vemos al comienzo es el recuerdo de cosas pasadas; al final habrá un futuro del cual sólo una cosa es segura: será amargo. "Gorki" significa "amargo".

El abuelo ha entrado, y con él su tacañería y su odio a los hombres. Su rostro es tenso y sus movimientos, nerviosos; todo él es una excitación secreta. Según parece, en lugar de unirse a los demás, salió para comprar un mantel, un mantel blanco. Cuando lo muestra con actitud infantil, se hace evidente que el mantel blanco constituye para él un símbolo de su *status*: trata de utilizar la reunión para mostrar egoístamente que ahora es bastante rico como para tener un mantel blanco. Es el propietario de una pequeña tintorería, no obstante lo cual está expuesto a la proletarización.

De inmediato, entre susurros y gritos, se encara la cuestión de su propiedad. ¿Cuándo va a retirarse, a distribuir su riqueza entre sus hijos ya maduros?

Cuando los murmullos airados aumentan, el abuelo grita en tono chillón y senil: "¡Silencio! ¡No se lo doy a nadie!" Su voz revela la desesperación, pero también la última fortaleza de un animal acorralado. Los gritos del abuelo son como una señal para que sus hijos intercambien miradas asesinas. No tardan en rodar por el piso, luchando unos con otros con la cólera de los borrachos. El saco del abuelo se engancha en alguna parte y se le desgarró una manga. Sorpresivamente, se vuelve contra su esposa. "¡Bruja!", dice con voz quejosa. "¡Has dado a luz animales salvajes!", un tema que debe recordarse.

Cuando los huéspedes se dispersan aterrados y la mesa del festejo se convierte en una ruina, el pequeño Alyosha se esconde tras la estufa, el refugio de los niños. Ya ha visto suficiente durante su primer día. Hasta el momento no ha dicho una sola palabra. Lo que todo ello significó y significará para él al final sólo puede adivinarse a través de la forma en que actúa o incluso en que se abstiene de participar, a medida que su posición se va elaborando en una serie de encuentros.

Para que podamos concentrarnos en la naturaleza de dichos encuentros, relataré brevemente toda la historia.

El padre de Alyosha, Maxim Pyeshkov, había abandonado muchos años antes la casa de sus suegros, los Kashirin, y había muerto en una región apartada. Varvara, su mujer, y Alyosha, se vieron obligados a regresar junto a la familia de aquélla. Los Kashirin son gente muy codiciosa. Los tíos (Vanya y Jakob) quieren que su abuelo ya senil deje la tintorería en sus manos. Aquél se niega.

Al principio se vengan con "bromas pesadas". Y aquél hace lo mismo castigando a sus pequeños nietos. Uno de los tíos prende fuego al establecimiento y así comienza la desintegración de la familia. La madre de Alyosha logra eventualmente escapar, casándose con un funcionario de poca monta y trasladándose a la ciudad. Alyosha queda con sus abuelos y debe ser testigo de la decadencia económica y mental del abuelo. Encuentra amigos fuera de la familia, primero entre los sirvientes y luego entre los niños del pueblo. En la casa quedan el viejo Gregory, el mayoral que pierde la vista durante el incendio, e Iván ("Gitano"), el aprendiz, que muere más tarde. En la calle, Alyosha se hace amigo de una pandilla de niños sin hogar y de Lyenka, un inválido. Lo más decisivo, sin embargo, es su encuentro con un misterioso inquilino, a quien más tarde la policía arresta por "anarquista". Hacia el final vemos que Alyosha, que ahora tiene ya doce o catorce años, contempla con expresión resuelta el horizonte. Deja atrás la decadencia, pero poco se dice sobre lo que le espera en el futuro.

Durante todas estas escenas, Alyosha no hace ni dice mucho. Rara vez participa, pero observa ávidamente y en general reacciona absteniéndose de toda participación. Tal dramatización a través de la no-acción no constituye precisamente un rasgo de lo que los occidentales consideramos un relato.

Al estudiar las omisiones tanto como las acciones, me fui convenciendo de que esas escenas representan estaciones intermedias en la resistencia del niño frente a la tentación: tentaciones de un tipo completamente extraño para nosotros. Para traducirlas a los términos de nuestros radioteatros: ¿Se someterá Alyosha al fatalismo primitivo de su abuela? ¿Lo convertirá la traición de su madre en un pesimista? ¿Lo llevará el sadismo de su abuelo a una furia parricida y a un inútil remordimiento? ¿Lo convencerán sus tíos parricidas para que comparta sus crímenes y sus confesiones de borrachos? ¿Despertarán en él el ciego y el inválido una piedad paralizante y una caridad superficial? ¿Le impedirá todo ello convertirse en un nuevo ruso, en Gorki?

Así, cada escena y cada persona significativas representan una tentación a regresar a la moral tradicional y a las costumbres antiguas de su pueblo, a permanecer atado al superyó tradicional en su interior y a la servidumbre en el exterior. En el aspecto positivo, se ve cómo Alyosha va adquiriendo mayor seguridad en sí mismo, como si hubiera hecho un juramento secreto; y parece dedicarse con fidelidad cada vez más profunda a una meta no formulada.

Desde luego, los occidentales han aprendido a identificar lo que aquí llamamos tentaciones con la extravagancias del alma rusa,

y con su tipo de cristianismo. Y nos enojamos si la gente no concuerda con el tipo de alma al que han hecho publicidad y que se ha convertido en su fácil rótulo. Pero debemos tratar de comprender: en virtud de su destino como Pyeshkov desplazado entre los Kashirin, Alyosha muestra las estaciones intermedias de una nueva actitud rusa emergente, un individualismo ruso. Ningún Lutero, ningún Calvino, le ha mostrado nuevas regiones de la mente; tampoco ha contado con padres fundadores y pioneros que le revelaran continentes desconocidos donde pudiera superar su servidumbre interna y externa. Debe aprender por sí solo, y en secreto acuerdo con hombres de mentalidad similar, a protestar y a desarrollar, en el sentido más amplio, una moral "protestante".

## 2. LAS MADRES

Hemos presenciado una exhibición de la fortaleza, el encanto y la generosidad de la abuela en la escena de la recepción. Sin lugar a dudas, la mayor tentación, y la que acompaña a Alyosha hasta el fin, es la de encontrar refugio en la paz espiritual de la abuela (tal como al comienzo de la película se oculta en las amplias faldas de la madre) y convertirse en una parte de su conciencia serena. Esa anciana parece representar el positivismo de la tierra, la fuerza autoevidente de la carne y la intrepidez natural del corazón. Su generosidad materna es ilimitada. No sólo engendró y amamantó a los Kashirin, a los que ha aprendido a soportar; también encontró y cuidó a Gitano, transformando al niño sin hogar en un joven libre y alegre.

Cada vez se hace más evidente para Alyosha que la abuela cuida incluso del plañidero abuelo. En lo relativo al tremendo problema de la distribución de la propiedad, sus ideas son simples, aun cuando "carentes de principios": "Repártela", le dice, "te sentirás mejor". Y frente al horror del anciano, afirma: "Yo pediré limosna por ti". Al mismo tiempo, permite que el anciano senil la castigue, mediante el simple expediente de dejarse caer de rodillas, como si él fuera en realidad bastante fuerte para obligarla a asumir esa posición. Alyosha está desconcertado. "¡Tú eres más fuerte que él!", exclama. "Sí", reconoce la abuela, "pero es mi marido". Pronto se convierte también en la madre de Alyosha, pues cuando Varvara se aleja, la abuela dice simplemente: "Seré su abuela y su madre".

Esta mujer no parece conocer otra ley que la de dar; ningún principio excepto la confianza en su propia capacidad interna de soportar: en tal sentido, evidentemente simboliza la confianza pri-

mitiva del pueblo, su capacidad para sobrevivir y persistir y, no obstante, también su debilidad de soportar aquello que en última instancia lo esclavizará.

Alyosha llega a aceptar la grandiosa paciencia de la abuela como algo que corresponde a otro mundo. Según parece, ese mundo es la vieja Rusia y el estrato más profundo de su identidad, y también de la del niño. Es la Rusia primitiva que persistió a través de la primera era cristiana, cuando las imágenes de madera sobrevivieron a los bautismos forzados y a las conversiones ingenuas. Es la tranquilidad de espíritu de la empalizada original, el *mir* primitivo que había encontrado alguna organización cerca de la tierra y alguna fe en el manejo animista de las fuerzas de la naturaleza. La abuela sigue utilizando en secreto prácticas animistas. Recuerda las antiguas baladas y puede recitarlas con sencillez y vigor. No teme a Dios ni a los elementos. Demuestra estar en buenas relaciones con el fuego, que durante toda la película simboliza la pasión destructiva.

Durante el incendio, la abuela entra a la casa en llamas para sacar una botella de vitriolo; y no tiene dificultades para tranquilizar al caballo, que se encabrita y se espanta. "¿Realmente pensaste que te dejaría quemarte vivo aquí adentro?", le dice, y el caballo parece serenarse. Acepta las pasiones de los hombres como acepta el fuego: ambos son males externos, aunque inevitables. Es como si hubiera vivido mucho antes de que las pasiones hicieran a los hombres ambiciosos, ávidos, y, a su vez, infantilmente arrepentidos; y como si esperara sobrevivir a todo eso.

Su pasión, pues, es la compasión. Incluso cuando reza a Dios, está muy cerca de Él, como si Él realmente residiera en el icono situado frente a ella. Lo trata como a un igual, o incluso como una madre que pide algo a uno de sus hijos que se ha convertido en Dios. No necesita ser destructiva en su pasión, porque su conciencia carece de crueldad. Así, es una Virgen primitiva, una madre de Dios y del hombre, y también de los espíritus.

La abuela asume así en la vida del niño el lugar que las mujeres rusas ocupan tradicionalmente frente a los hijos "de cualquiera": el papel de la *babushka* y el de la *nyaniya*: mujeres que se sienten como en su casa en este mundo sólo porque lo convierten en un hogar para otros. Como la enorme estufa en el centro de la casa, es posible confiar en ellas eternamente, con una confianza del tipo que permite a la gente soportar cualquier cosa y aguardar, aguardar durante tanto tiempo que la confianza se convierte en apatía y el vigor en servidumbre.

Alyosha no sólo debe aprender a abandonar a sus madres, sino también a vivir sin ese residuo de pecaminosidad que obliga a un

alma descarriada a aferrarse penitentemente a símbolos maternos: como si, al apartarse de su madre, la hubiera destruido. Pues gran parte de la entrega mórbida e incontrolada del alma tuvo su origen en la necesidad de superar un sentimiento abrumador de haber dañado y abandonado el origen materno, y de reestablecer mediante una fusión de las almas el más temprano sentimiento de hogar, de paraíso.

Según parece, ese hogar no es necesariamente la madre verdadera. Hay series y grados de maternidad en la Rusia campesina que impiden una fijación materna exclusiva y dan al niño un rico inventario de imágenes maternas gratificadoras y frustradoras. La *babushka* es y sigue siendo la representante de la imagen materna de la primera infancia, aún no dañada por los crecientes celos edípicos del niño.

En nuestra película, la "verdadera" madre de Alyosha se convierte en una figura borrosa y casi carente de voluntad propia; se aleja gradualmente, al principio como fuente de fortaleza y luego como objeto de afecto. Al comienzo hay un momento en que la madre, para proteger al niño, ataca altivamente a uno de los tíos crueles, dándole puntapiés como si se tratara de un mueble. En ese momento Alyosha cede a la tentación y exclama: "Mi madre es fuerte". Más tarde el pobre niño debe tragarse esas palabras, cuando su abuelo lo azota mientras la madre, aterrada, sólo atina a murmurar: "No lo hagas, *papasha*". "¿Y ahora es fuerte tu madre?", repite su mezquino primo. La debilidad de las mujeres no es física: radica en su tendencia a "ceder".

Mientras que la abuela es una ley para sí misma y carece de principios sólo porque es anterior a los principios de la moral formulada, la madre prefiere la seguridad hipócrita del pequeño funcionario. Se vende en matrimonio a un lacayo uniformado, y explica al niño que así podrá comprar la libertad para él. En esa única ocasión aquél actúa con violencia, con pasión. Insulta al cortejante de la madre, se arroja sobre su cama y llora como un niño. En el momento de la partida, la madre lo sumerge una vez más en su presencia física, al envolverlo en su chal. Pero nada sugiere que él se proponga seguirla, o intente sacar partido de su traición personal y social. "Parece que tu destino es quedarte conmigo", dice el viejo Kashirin. El niño permanece silencioso y ceñudo.

Cabe preguntarse si la división y difusión tradicional de la maternidad en la Rusia campesina no convirtió al mundo en un hogar más seguro, ya que el cuidado materno no dependía de una sola relación frágil, sino que se trataba de una atmósfera homogénea. Y, no obstante, hay una amarga nostalgia evidentemente

relacionada con el hecho de que la madre se vuelque "a otro hombre", o se permita degradarse y destruirse de alguna otra manera, o por lo menos ésa es la impresión que transmite la literatura. En cuanto al nuevo padre de Alyosha, debe recordarse que también el de Hitler era un funcionario, un miembro de la baja clase media, servil y, no obstante, oficiosa.

El Alyosha de la película se traga decididamente su nostalgia. Los efectos que esa "nostalgia reprimida" provocó en el verdadero Gorki se examinarán más tarde al considerar sus accesos de rabia y desprecio y su extraño intento suicida durante su juventud. Sus escritos padecieron de nostalgia durante largo tiempo. Chejov le escribió en cierta ocasión: "La falta de control se percibe particularmente en la descripción de la naturaleza... en la descripción de mujeres... y en las escenas amorosas. Usted habla mucho sobre las olas..."<sup>78</sup> Gorki se esforzó arduamente por superar esa debilidad.

### 3. DÉSPOTA SENIL Y PROGENIE MALDITA

El abuelo es un hombre pequeño, con "barba rojiza, ojos verdes y manos que parecían manchadas de sangre, a tal punto había carcomido su piel la tintura. Sus insultos y sus plegarias, sus bromas y sus prédicas morales, todo se fundía de alguna extraña manera en un lamento cáustico y afilado que carcomía el corazón como la herrumbre"<sup>79</sup>. La película refleja fielmente esta descripción. El abuelo surge como el destructor de toda alegría infantil. Es un hombre que depende como una criatura de su dinero y de la fuerza de su esposa. Es un avaro sádico-retentivo, que hace una regresión gradual a la dependencia de un mendigo.

Las variables de su carácter se vuelven sumamente evidentes en la escena de los azotes. La cólera del hombre, que había estallado durante el final violento de la recepción, sigue viva. La acción transcurre en la tintorería, donde los tíos, inclinados sobre su trabajo, planean furtivamente una mezquina venganza. Las bromas pesadas preceden una vez más a la destrucción más directa. Los tíos obligan a Sasha a calentar el dedal del abuelo sobre la llama y a colocarlo otra vez en su lugar. Cuando el abuelo se pone el dedal, "casi estalla de dolor". Pero el núcleo mismo del abuelo

<sup>78</sup> A. Roskin, *From the Banks of the Volga*, Philosophical Library, Nueva York, 1946.

<sup>79</sup> Máximo Gorki, *Reminiscences of Tolstoy, Chekhov and Andreyev*, The Viking Press, Inc., Nueva York, 1959.

se ve invadido cuando Alyosha, en su única travesura infantil, es impulsado por los otros niños a teñir el nuevo mantel, a destruir su blancura. El abuelo decide azotar a los niños, y lo hará el sábado, después de ir a la iglesia.

La azotaina se describe con lentitud y lujo de detalles: los fríos preparativos del abuelo; la intervención dramática pero impotente de las mujeres; el silbido del látigo y el estremecimiento de los pequeños cuerpos. Gitano debe sujetarlos sobre el banco de tortura.

Después de los azotes, se ve a Alyosha en su cama, boca abajo pues tiene la espalda cruzada por estrías largas y delgadas. El abuelo entra de improviso. El niño lo observa, al principio con desconfianza y luego con rabia. Pero el abuelo le muestra unas atractivas galletitas. El niño le da un puntapié, sin que el viejo se enfade por ello. Arrodillándose junto a su cama, intenta convencerlo: "No estás sufriendo por nada, todo se tiene en cuenta". El sádico introduce así el tema masoquista de que el sufrimiento es bueno para la salvación, de que al sufrir acumulamos puntos en una contabilidad celestial. Pero va aún más allá. Habla de sus propios sufrimientos como barquero en el Volga durante su juventud. Cuando uno arrastra barcazas, con los pies desnudos sobre las orillas del río llenas de piedras afiladas, "los ojos se humedecen, el alma solloza, las lágrimas ruedan por las mejillas", dice con profunda emoción. Una vez más, lo que está implícito aquí es que el sufrimiento de un hombre explica y excusa el hecho de que haga sufrir a quienes son más débiles que él; una manera rusa de decir: "Lo que fue bueno para mí es bueno para ti". El niño no parece conmoverse. No hace ningún gesto de paz ni responde al desborde del abuelo con un intercambio de conmiseración. El abuelo se va cuando alguien lo llama.

Otra tentación ha pasado: la de hacer en un momento de tormento una identificación con el atormentador y con su razonamiento sado-masoquista. Si en ese momento el niño hubiera permitido que su rabia se convirtiera en piedad, si hubiera abierto su alma al atormentador que hacía lo mismo con la propia, habría adquirido el patrón de identificación masoquista con la autoridad que aparentemente ha sido una intensa fuerza colectiva en la historia de Rusia. El zar, como el padrecito blanco, constituía precisamente un símbolo de esa autocracia compadecida. Incluso el hombre al que la historia llamó Iván el Terrible sólo fue para su pueblo Iván el Severo, pues afirmaba que siendo niño había sufrido por la crueldad de la oligarquía palaciega.

Las oscilaciones sado-masoquistas del abuelo se ilustran también en otras escenas. Al ver que su propiedad se le escapa de las

manos, se lamenta ante el icono: "¿Soy más pecador que los otros?" El icono no responde. Pero la abuela lo toma en sus brazos, casi en su falda. Lo tranquiliza y le promete mendigar por él. El se derrumba sobre ella en un tonto arranque afectivo, pero sólo para rehacerse de improviso y golpearla en un ataque de celos, pues afirmó que ama a su progenie maldita más que a él. Aquí resulta evidente que su esposa constituye para él su propiedad, y ésta es una suerte de madre sustitutiva sin la cual no puede vivir. La total derrota del "propietario privilegiado" en el juego edípico es, desde luego, una de las notas propagandísticas implícitas en la película, tal como la derrota del padre de Hitler constituyó una nota necesaria en su sistema de imágenes. El abuelo se vuelve cada vez más senil y cada vez más inútil como proveedor.

En una de las escenas finales, la lucha de Alyosha contra su abuelo llega a una conclusión victoriosa. Acaba de entregar a la abuela una moneda que ha ganado; ella lo mira con ternura. En ese momento Alyosha observa los ojos del abuelo, a los que el odio ha contraído. Alyosha acepta el desafío y sobreviene un duelo de miradas. Los ojos del niño se vuelven tan delgados como la hoja de una navaja, y es como si ambos desearan apuñalarse con la mirada. Los dos saben que ése es el fin y que el muchacho debe irse. Pero parte victorioso.

Este choque de miradas es muy impresionante. Con todo, hay algo ruso en este uso particular de los ojos como arma agresiva y defensiva. En la literatura rusa hay una interminable variación en el uso de los ojos como unos receptores espirituales, como ávidos instrumentos de captación, como los órganos mismos para la mutua entrega espiritual. Con respecto a los grandes modelos de la vida política y literaria, sin embargo, el acento está puesto en los ojos como instrumentos incorruptibles para el manejo del futuro. La descripción que Gorki hace de Tolstoi es típica: "Con ojos penetrantes, de los que ni un sólo guijarro ni un sólo pensamiento podían ocultarse, miraba, medía, probaba, comparaba". O también, sus ojos estaban "aguzados como si se esforzaran por mirar hacia el futuro".

Igualmente típica es la descripción que Trotsky hace de Lenin: "Cuando Lenin, con el ojo izquierdo contraído, recibe una comunicación, se asemeja a un campesino demoníacamente astuto que no se deja confundir por palabras ni engañar con frases. Se trata de una astucia campesina sumamente intensificada, elevada al nivel de la inspiración"<sup>80</sup>.

<sup>80</sup> Leon Trotsky, "The Russian in Lenin", *Current History Magazine*, marzo de 1924.

La escena en que el abuelo, sentado en la choza miserable junto al lecho de su dolorido nieto, suplica su perdón, me recordó en cierto sentido a una famosa pintura rusa que muestra una situación similar en un palacio: Iván el Terrible está sentado junto al cadáver de su hijo mayor, al que ha asesinado. La violencia paterna a la Kashirin caracteriza a las familias principales de Rusia desde el comienzo de la historia, e impregna la literatura de la época prerrevolucionaria. En ambas alcanzó cumbres de cruda violencia desconocidas en regiones y períodos comparables de la historia. La coincidencia de estas dos escenas invita a una digresión histórica.

Los eslavos originales eran campesinos, cazadores y habitantes de empalizadas, pacíficos y prolíficos. Hace aproximadamente mil años pidieron a Rurik, un vikingo, que se encargara de protegerlos contra los invasores nómades provenientes del sur. Aparentemente pensaban conseguir, a cambio de concesiones razonables, la paz y el permiso para mantener su *statu quo*: cazar con armas primitivas, cultivar la tierra con sus toscas herramientas de madera, adorar a sus ídolos de madera y a sus dioses de la naturaleza. Cualquiera haya sido el motivo que los obligó a renunciar a su autonomía en manos de esos guerreros nórdicos de piel tan blanca y armaduras relucientes, recibieron más protección de la que habían solicitado. Los protectores engendraron hijos que deseaban participar en el negocio de la protección. Los "extranjeros" se fortalecieron. Pronto la tarea de proteger al pueblo contra otros protectores se convirtió en una ocupación definida. El primer príncipe inició el sistema del "gran príncipe", una suerte de jerarquía de residencias para sus hijos que provocó interminables pleitos, relativos a las primeras ciudades que surgieron: Kiev y Novgorod. Tales pleitos se repitieron una y otra vez en sectores grandes y pequeños del país, haciendo que al final la gente deseara y rogara por la aparición de un "padre fuerte", la autoridad central que uniría a los diversos hijos aun cuando para ello tuviera que asesinarlos a todos. Así, en la temprana historia rusa el escenario estaba preparado para la interacción entre un pueblo que necesitaba guía y protección contra los enemigos, los protectores oligárquicos que se convirtieron en pequeños tiranos y el supertirano central, cautivo de la oligarquía y secreto redentor.

Los protectores introdujeron por la fuerza el cristianismo (de la variedad bizantina) y con él otra jerarquía que se vio para siempre envuelta en un conflicto consigo misma y con los príncipes terrenales. Si bien tanto los príncipes como los sacerdotes tenían sus orígenes culturales y a menudo éticos en una variedad de otras tierras, gradualmente comenzaron a desarrollar el espectáculo que

los libros llaman la historia rusa: una secuencia de luchas dinásticas que no sólo sobrevivieron a la terrible invasión tártara, sino que alcanzaron violenta importancia y dimensiones nacionales. A modo de contrapunto, dichas luchas llevaron al establecimiento de una nación, de un cristianismo ruso y de un zarismo ruso: en el siglo xv, Moscú se convirtió en "la tercera Roma", e Iván III, en el primer monarca de todos los rusos y el Protector de la Verdadera Fe. Transformó a la antigua Rusia en un estado nacional; su hijo incluyó en ese estado ruso a sus numerosos y variados vecinos.

Con Iván el Terrible, la tradición ya existente desde el siglo x de "hijos litigantes y asesinos" alcanzó su culminación. El parricidio había abundado en los altos círculos durante siglos. Pero Iván, a quien la historia llama "el Terrible", asesinó con sus propias manos a su hijo mayor, su predilecto. Tal como el viejo Kashirin junto al lecho del dolorido Alyosha, Iván justificó la cruel locura de su madurez con los sufrimientos experimentados cuando niño. El pueblo lo aceptó. Como ya señalé, no lo llamaban el Terrible, como lo hizo la historia, sino el Severo. ¿Acaso no había sido él mismo la víctima de la aristocracia oligárquica, sus enemigos y también los del pueblo, que habían hecho de su infancia verdadero tormento? Y sin duda, en sus momentos de cordura este primer Zar se había volcado al pueblo, había permitido que se acercaran a él con peticiones, había iniciado reformas judiciales e introducido la imprenta. En sus estados de mayor enajenación continuó regocijándose ante las listas de aristócratas asesinados, sólo para caer, a su vez, en el más abyecto remordimiento. El pueblo lo convirtió en un ídolo y fortaleció de buen grado su autoridad, a fin de mantener bajo control a los príncipes, los aristócratas y las clases medias.

A medida que la centralización progresaba y la organización nacional se desarrollaba, las paradojas de la historia rusa comenzaron a perpetuarse. Con cada paso tendiente a un estado organizado y centralizado en ese inmenso territorio, el número de intermediarios aumentaba. Gobernaban y administraban "para el zar", enseñaban en las escuelas y cobraban impuestos, y también extorsionaban y corrompían. Es un viejo tema ruso el de que todo progreso en escala nacional se paga con un nuevo poder que adquiere la burocracia, lo cual explica la indiferencia hostil "congénita" del pueblo hacia el progreso en general y a la oligarquía contemporánea en particular.

En segundo lugar, cada paso hacia la occidentalización y el esclarecimiento llevaba a una mayor servidumbre. En aras de su sacrosanta "severidad", Iván privó a los campesinos de su derecho a cambiar de amo el día de San Jorge. Catalina, amiga y esclare-

cida corresponsal de Voltaire, entregó a propietarios aristocráticos individuales 800.000 esclavos de la Corona, que habrían de ser torturados y vendidos a voluntad. Y cuando mucho más tarde Alejandro II liberó a veinte millones de esclavos, por temor a que lo hicieran por su propia cuenta, su decisión no hizo más que dejarlos librados a la falta de tierras, la proletarización y, en el mejor de los casos, la necesidad de trabajar con herramientas anticuadas pequeñas porciones de tierra que debían pagar en cuotas.

Pero lo que nos interesa aquí es la tercera paradoja: el tácito permiso otorgado por el pueblo a esos zares para que se comportaran en una forma grandiosamente irracional. Pedro el Grande, un niño precoz e impetuoso como Iván, fue el primer emperador de Rusia y el más grande de sus reformadores monárquicos. También él asesinó a su hijo mayor, aunque, gracias al progreso de la civilización, utilizó a su policía secreta, y no un garrote. Además de esos asesinatos familiares sin disimulos, hubo en la historia rusa toda suerte de extraños manejos en lo relativo a la regencia. Hubo pretendientes misteriosos e inmensamente populares, supuestos hijos de zares asesinados que, como Alyosha, regresaron para desafiar a los criminales, y que eran casi santos por el mero hecho de no pertenecer a la "progenie maldita" dominante. Quizás la cumbre de la atrocidad edípica se alcanzó cuando el Zar Pablo, casi demente (la gente lo llamaba el Pobre), luego de la muerte de su madre Catalina, hizo exhumar a su padre, asesinado por aquélla, y lo enterró junto a la tumba de su esposa. Obligó a los numerosos amantes de su madre a montar una espléndida guardia militar junto a la descomposición de los cadáveres imperiales.

Los historiadores dan por sentado que ésa es la "historia". Pero, ¿cómo explicar no sólo el consentimiento pasivo de un pueblo, sino la apasionada identificación altruista con tales tragedias y comedias imperiales? ¿Por qué un pueblo prolífico y vigoroso se sometió a los protectores extranjeros? ¿Por qué admitió el sistema de aquéllos en su vida nacional, comprometiendo cada vez más profundamente su estilo de vida en una relación de posesión mutua? ¿Ha de buscarse la explicación primero en la superioridad de los nómades asesinos y las bestias salvajes, y luego en la impotencia de esta inmensa población frente a la oligarquía armada?

Probablemente la respuesta sea que las formas del liderazgo se definen no sólo por los peligros históricos que su tarea de organización debe evitar; también deben servir para el despliegue público de fantasías y anticipaciones populares. Los monarcas, aunque sean extranjeros (y a menudo porque lo son) se convierten en salvaguardias visibles de las débiles fuerzas morales interiores de un pueblo, y las élites aristocráticas, en personificaciones de ideales

nuevos borrosamente percibidos. Es con este propósito que los monarcas y los aristócratas pueden y deben interpretar en el escenario de la historia el ciclo completo del conflicto irracional: deben pecar en forma más desafiante y expiar con mayor profundidad, para surgir por último con mayor importancia personal y pública. Mientras intentan cumplir este ciclo, el pueblo les sirve de buen grado como coto griego y como animales para el sacrificio, ya que el pecado grandioso de unos pocos promete la salvación absoluta para todos.

Se trata, pues, de algo más que una "proyección", sea de la maldad interior (el ello) o de la conciencia inexorable. Creo que también ejerce una función yoica colectiva: contribuye al desarrollo de una identidad nacional y moral mejor definida. Iván y Pedro son grandes, no a pesar de las pasiones trágicas que aparentemente menoscabaron su condición de líderes, sino porque pudieron encarnar en una escala gigantesca la tragedia de la temprana organización patriarcal y su contraparte interior, el superyó; y porque al hacerlo, promovieron la conciencia nacional y la moral nacional, cada uno de ellos mediante un paso decisivo. Quizás sea necesario ampliar nuestro concepto de la historia, a fin de incluir un análisis de las exigencias dinámicas planteadas por las masas gobernadas a sus más "obstinados" amos, que se ven así obligados a representar los conflictos de la evolución humana en el escenario macrocósmico de la historia: quizás en este sentido los reyes sean juguetes del pueblo. En etapas posteriores de la civilización, sus tragedias y comedias se transfieren a un macrocosmos ficticio, el escenario y, por último, al microcosmos de la novela.

Ahora podemos comprender la misión histórica de la literatura realista rusa: volvió a ubicar la tragedia del parricidio y el fratricidio en el ruso corriente, como material literario para los individuos educados<sup>81</sup>. Tal pronunciamiento literario de la responsabilidad individual es paralelo al desarrollo de la responsabilidad política. La literatura y la historia rusas se mostraron tardías y explosivas para alcanzar, en un sólo siglo terriblemente condensado, las etapas preliminares de una conciencia literaria efectiva y de una conciencia política, mientras que el atraso de las enormes masas campesinas seguía reflejando un nivel histórico primitivo que Occidente había dejado atrás en la época helénica.

<sup>81</sup> En su trabajo "Dostoievsky y el parricidio", Freud estableció un paralelo entre *Los hermanos Karamazov*, *Hamlet* de Shakespeare y *El Rey Edipo* de Sófocles, debido a que las tres obras alcanzan una grandeza artística común, al tiempo que tienen el asesinato del padre como tema central.

Detengámonos también aquí para recordar que en la época de la revolución rusa, los campesinos constituían las cuatro quintas partes de la población de ese país. Resulta imposible sobreestimar la gigantesca tarea de transformación exterior y conversión interior de esas masas de campesinos, no porque aspiraran a otra forma de gobierno, sino porque nunca habían pensado en una interacción organizada de su vida diaria con alguna forma de gobierno.

La caracterización que la película hace de la tormentosa "progenie" señala por lo menos un complejo colectivo de carácter singularmente arcaico, que ha mantenido a las masas campesinas de Rusia (y en realidad, de gran parte del continente eurasiático) en una servidumbre interior, mientras que su servidumbre exterior quedaba asegurada por príncipes y sacerdotes. Me refiero a las consecuencias psicológicas de un antiguo trastorno tecnológico: la revolución agrícola. Aquí los misterios de la prehistoria son tan profundos como los de la temprana infancia. Ambos nos obligan a caer en una mitología a fin de empezar a comprender.

En relación con los cazadores y pescadores de la prehistoria norteamericana, utilizamos una llave que abrió a la interpretación ciertos rituales primitivos. Señalamos que los seres humanos prealfabetos tratan de comprender y de dominar al gran "Desconocido" en su expansión en el espacio y en el tiempo, proyectando en él los atributos de la estructura y el crecimiento humanos: así, se personifica el medio ambiente geográfico, y se confieren al pasado histórico las imágenes de la niñez humana. En este sentido, entonces, la tierra se convierte en una madre que, alguna vez, dio por propia voluntad. La transición entre la vida nómada y la agrícola implicó usurpar fragmentos de tierra y repartirlos; la violación del suelo con herramientas coercivas; el sometimiento de la tierra como un proveedor forzoso. Cualquiera haya sido la evolución interior que acompañó a este paso tecnológico, estuvo asociada (como lo atestiguan los mitos y los rituales) con ese pecado original que, en la vida individual, consiste en la primera percepción del violento deseo de controlar a la madre con los órganos que permiten morder y agarrar.

La "progenie maldita" representa así a los hijos que, en su rapacidad, están dispuestos a usurpar y destruir celosamente a la madre; y a los hombres a los que la tarea de trabajar colectivamente la tierra volvió ambiciosos, celosos y explotadores. Así, el sentimiento de una culpa original, que ya consideramos, encadena al campesino al ciclo de expiación dolorosa y festejo maniaco, tal como lo obliga a depender del año productivo. Desde luego, el cristianismo se apoderó de este ciclo que se autoperpetuaba y le su-

perpuso su propio calendario anual de pecado y expiación, de muerte y redención.

Puedo concluir este sombrío tema refiriéndome a un recuerdo de Gorki que revela la identificación de la tierra cultivada y la mujer conquistada y el desafío maníaco de su amo<sup>82</sup>.

Él (Chejov), solía decir:

"Si cada hombre hiciera todo lo que está a su alcance en el pedazo de tierra que le pertenece, ¡cuán hermoso sería este mundo!"

Yo había comenzado a escribir una pieza titulada Vasska Busslaev, y cierto día le leí el jactancioso monólogo de Vasska:

"Ah, si yo estuviera dotado de mayor fuerza y poder exhalaría un aliento cálido y derretiría las nieves.

Recorrería la tierra y la araría una y otra vez.

Caminaría durante años y años y construiría una ciudad tras otra,

levantaría iglesias sin número y cultivaría jardines sin fin;

adornaría la tierra, como si fuera una hermosa doncella;

la tomaría en mis brazos, como si fuera mi desposada;

la elevaría hasta mi corazón y se la presentaría a Dios: ...

"Te la habría entregado, Señor, como un hermoso regalo, sólo que, no, no resultaría, la quiere demasiado."

A Chejov le gustó mucho este monólogo y, tosiendo excitado, dijo:

"Es excelente, sin duda. Muy verdadero y muy humano. Encierra la esencia de toda filosofía. El hombre ha hecho la tierra habitable, por lo tanto, también debe hacerla acogedora para sí mismo."

Sacudió la cabeza, en obstinada afirmación, y repitió:

"Lo hará."

Me pidió que volviera a leer el monólogo de Vasska. Así lo hice, y escuchó atentamente hasta el fin. Luego señaló:

"Las últimas dos líneas son innecesarias, no resultan pertinentes. No hay necesidad de eso..."

#### 4. LOS EXPLOTADOS

##### A. SANTO Y MENDIGO

Gitano, el expósito, no nació en pecado como el resto de la prole, los tíos, los "animales salvajes". No habiendo nacido

<sup>82</sup> Máximo Gorki, *op. cit.*

en pecado, tiene, como lo expresa la abuela, un "alma simple". Posee un cuerpo gracioso, como lo demuestra en la escena del baile, mientras que los otros hombres parecen rígidos y carentes de libertad en sus movimientos y, cuando están borrachos o encolerizados, se mueven como camiones sin frenos. No siendo hijo de nadie, Gitano no espera propiedad alguna ni la envidia. Es como si su orfandad sugiriera una concepción inmaculada. Y, de hecho, de una manera sutil, se describe a Gitano como un cristiano primitivo, caritativo y siempre lleno de esperanza.

Gitano habla a Alyosha de su padre muerto. Él era distinto: él *comprendía*. Por tal razón lo odiaban los Kashirin. Aquí se introduce un tema que más tarde se retoma cuando aparece el anarquista, el representante de quienes comprenden y aceptan la falta de hogar. Son objeto del odio de los padres y sus hijos rapaces, como portadores de un principio totalmente nuevo al que es imposible enfrentar con armas viejas: ellos leen, piensan y planean. Así, es Gitano quien proporciona al alma ansiosa de Alyosha las imágenes de su futura identidad.

Gitano reconoce a quienes comprenden, pero él mismo no "comprende". Tiene otro defecto, y resulta peligrosamente distinto en otro sentido: es "bueno". Después de la azotaina, aparecen en sus brazos estrías sangrientas, y él confiesa alegremente que, mientras sujetaba al niño sobre el banco, había evitado con sus propios brazos que los peores golpes cayeran sobre aquél. "Recibí los golpes por amor", le dice al niño hechizado, quien siente que su corazón se entrega a Gitano. Pero entonces éste se explaya sobre los métodos más convenientes para recibir golpes. No trates de apartarte, le dice, sino de aflojarte. Y grita tanto como quieras. Confiesa que ha recibido tantos golpes que su piel serviría para encuadernar libros.

Una vez más, la implicación de esta escena no está formulada, pero parece referirse a la tentación de la no violencia ingenua, de la bondad cristiana y el hecho de aprender a soportar las penurias de este mundo adaptándose a sus golpes. Alyosha se siente conmovido y fascinado, pero mantiene su reserva. Y poco después Gitano muere en una forma pintoresca y simbólica, y el niño debe soportar esa pérdida.

Uno de los tíos desea levantar una enorme cruz en homenaje a su esposa muerta (a la que, como Gitano sabe, ha asesinado). Pide a Gitano que le ayude a subirla por la ladera de la colina. Es evidente que la enorme cruz es demasiado pesada para un sólo hombre, pero Gitano, con orgullo infantil, se jacta de que puede cargarla sobre la espalda sin ayuda. Durante un instante, Alyosha siente la tentación de ayudarlo; el público tiembla ante la pers-

pectiva de que el niño pueda tratar de colaborar en el transporte de la enorme cruz, pero Alyosha, como en otros momentos sumamente críticos, permite que lo disuadan y abandona a su amigo a su destino.

En una escena evidentemente destinada a sugerir el Calvario, se ve la silueta de Gitano recortada contra el cielo, mientras asciende por la ladera de una lejana colina con la enorme cruz sobre su espalda encorvada. Es evidente que termina por aplastarlo, pues pronto lo traen de regreso a la casa y allí muere sobre el piso. Un ratoncito blanco, con el que solía jugar y entretener incansablemente a los niños, escapa de entre sus ropas y corre hacia Alyosha, quien lo agarra. Es como si el "alma blanca" de Gitano hubiera encontrado un nuevo hogar en Alyosha.

Si la abuela representa las costumbres primitivas, y el abuelo y los tíos la era codiciosa de la propiedad de tierras y bienes, esposas y títulos, Gitano es el santo simple de una era cristiana primitiva. Es alegremente bueno y caritativo hasta el fin.

Alyosha, entonces, observa la destrucción preordenada a su alrededor y mantiene, no obstante, el paso firme de un sonámbulo en lo que se refiere a evitar compromisos fatales y peligros tradicionales. ¿Acaso Alyosha carece de conmiseración, de moral?

Consideremos su encuentro con el viejo Gregorio, el mismo individuo que lo aleja y disuade de participar en el Calvario de Gitano (pues Gregorio, casi ciego, puede ver lo que el futuro encierra). Es una figura impresionante y profética, pero ha bajado en la tintorería del abuelo durante casi cuatro décadas y, al perder la vista, se convierte en un desocupado. Puesto que el abuelo se niega a cuidar de él, Gregorio deberá mendigar. Alyosha se siente horrorizado. "Iré contigo", llora lleno de conmiseración. "Te llevaré de la mano".

Pero después del incendio, mientras Gregorio avanza tambaleante con los brazos extendidos, llamando angustiosamente a Alyosha, éste se oculta y lo deja solo en su noche eterna. En otras dos o tres ocasiones se lo ve seguir a Gregorio, convertido ya en un mendigo callejero. De hecho, Alyosha acecha a Gregorio como si el espectáculo lo fascinara.

El espectador occidental no puede dejar de pensar que ambos personajes servirían para realizar una película conmovedora; la figura del ciego, alta y patriarcal, y el niño que lo conduce de la mano. Imagina un final en el que el abuelo atormentado se reforma y lanza a las fuerzas del Estado en busca de los dos, cuando quizás es ya demasiado tarde. Los hombres del comisario y las patrullas de policías motorizados encuentran al anciano y al niño

en el preciso momento en que están por cruzar un puente debilitado por un río que se ha salido de cauce...

Pero resulta evidente que lo que vemos en esta película es el surgimiento de una nueva actitud, que para nosotros está principalmente caracterizada por sus omisiones. Lo que se omite una y otra vez es la acción basada en un sentimiento de culpa. Así, ni el remordimiento ni la reforma parecen importar en esta nueva actitud. Lo que cuenta es la cautela crítica, la paciencia incorruptible, la evitación absoluta de la acción errónea, la maduración de una clara dirección interna y recién entonces, la acción<sup>83</sup>.

El observador occidental decide en ese momento que la película es amoral. Podría ocurrir, sin embargo, que la película se limitara a plantear alternativas morales muy distintas de aquellas con las que nuestro mundo judeocristiano está comprometido. Cuando Alyosha no cede ante la tentación de sacrificar su joven vida en beneficio del anciano ciego, rompe sin duda una promesa hecha a un individuo, que posiblemente tuvo como base un sentimiento de culpa compartida, la sensación de que él podía compensar los pecados económicos de su abuelo. Pero esta "tentación" se enfrenta con un juramento interior, una promesa solemne de seguir una dirección, un plan aún vago que, en lugar de perpetuar la culpa interior, llevará a la acción cooperativa más allá del bien y del mal. Tal juramento está encarnado en otro personaje: el anarquista.

Pero conviene describir una escena final que, en sus crudas imágenes, muestra el absoluto desprecio que la nueva generación siente hacia el derrumbe moral de la anterior. Mientras el abuelo, ya completamente senil, mendiga entre la muchedumbre de la feria, el viejo Gregorio, su antiguo mayoral, responde a su súplica y le entrega un trozo de pan. Al reconocer al ciego, el abuelo arroja el pan y grita: "¡Me has llevado a la miseria!" Es una escena cruel, desde nuestro punto de vista; pero el pequeño Alyosha se aparta de ella, sin manifestar siquiera algún rechazo. Dejar atrás las ruinas de hombres y sistemas parece constituir una tarea que no requiere ningún despliegue de emoción.

## B. EL DESCONOCIDO

Hay un hombre en la aldea, de hecho en una habitación en la casa del abuelo, que no está ligado a nada y no habla con

<sup>83</sup> Véase el siguiente diálogo durante los juicios de Moscú:  
VISHINSKY: "¿Aprobó usted estas negociaciones (con los alemanes)?"  
BUKHARIN: "¿O las desaprobé? No desaprobé, por lo tanto aprobé."  
VISHINSKY: "Pero usted dice que se enteró de ello *post factum*."  
BUKHARIN: "Sí, una cosa no contradice la otra."

nadie. No es un siervo y, no obstante, nada posee. No tiene nada para vender y, no obstante, parece alimentarse. Se dice químico y, a pesar de ello, no parece tener ningún empleo. Con su cabello negro, su frente despejada y sus ojos agudos detrás de los anteojos, se parece a un Trotsky juvenil y algo desnutrido.

Cierta día, cuando Alyosha se desliza confiadamente por la ventana de ese cuarto para llegar a su habitación en el sótano, observa que el inquilino oculta rápidamente un libro. Luego, tranquilamente, obliga al niño a abandonar su habitación abriendo una botella de la que escapan vapores pestilentes. El niño se siente ofendido, pero aún más fascinado.

Vuelve a ver a ese hombre durante una reunión en la cual la abuela entona antiguas leyendas y baladas. Con palabras sencillas y vigorosas, la oímos recitar una larga leyenda que contiene esta frase: *No se ocultaba detrás de la conciencia de otros*. El hombre parece sentirse extrañamente excitado, como si escuchara un oráculo. Murmura algo con respecto a "el pueblo, nuestro pueblo" (que aparentemente se refiere a la cualidad de la antigua sabiduría popular) y abandona la habitación apresuradamente. Quizás sea simbólico el hecho de que, bajo el influjo de sus emociones, olvide sus anteojos. De cualquier manera, Alyosha es quien los recoge.

En la escena siguiente, Alyosha ve al extraño individuo acostado sobre la hierba que crece en las barrancas del río. El hombre casi no le da las gracias por los anteojos. De hecho, le indica con cierta rudeza que puede sentarse junto a él, si logra quedarse callado y compartir su actitud contemplativa. Así, ese hombre, el río, el vasto horizonte y una nueva actitud llegan a asociarse y permanecen relacionadas. La presencia imponente del hombre parece proclamar que uno debe poder permanecer en silencio; que se debe ser capaz de meditar; que hay que estar dispuesto a contemplar el horizonte lejano. Sus palabras explícitas son: "Debes aprender a leer y a escribir". Alyosha queda desconcertado, pero evidentemente siente una profunda simpatía por el fervor y la sinceridad de ese hombre.

Su amistad no dura mucho; o más bien, su amistad debe sobrevivir a una relación muy breve, pues el codicioso abuelo obliga al desconocido a desalojar la habitación, y aquél decide abandonar el pueblo.

Una pandilla de niños sin hogar lo acompaña hasta el río, pero él rodea con su brazo los hombros de Alyosha. Según los títulos sobreimpresos en inglés, le dice apasionadamente: "Uno debe aprender a tomar la vida". Lo dice con tal fervor misionero

que el espectador percibe en esas palabras una significación que las rebasa. Aquí debemos recurrir al lingüista.

Los gestos del hombre indican que se refiere a "tomar" en el sentido de agarrar o aferrarse, y no en el de soportar o resistir. Con todo, cuando vi la película por primera vez, mi intérprete ruso insistió en que el hombre había dicho *brat'*, esto es, tomar en el sentido de soportar. Por razones que se considerarán de inmediato, esta diferencia me pareció tan básica que insistí en averiguar el origen de la discrepancia entre la palabra y el gesto. Y, de hecho, en el libro que sirve de base a esta película, el revolucionario dice: "Uno debe saber cómo tomar (en ruso *wzyat'*) cada cosa. ¿Comprendes? Es muy difícil aprender a tomar (*wzyat'*)". *Wzyat'* significa "tomar" en el sentido de "agarrar". Resulta evidente, entonces, que lo que se perdió entre el libro y la película es la palabra, y no el significado.

El significado es el siguiente: es necesario aprender a no esperar hasta que a uno le den, uno debe tomar lo que desea y aferrarse a ello. Hemos considerado esta alternativa en relación con las modalidades sociales de las etapas orales. Evidentemente, este hombre no sólo quiere decir que uno debe tomar, sino también que debe hacerlo con la conciencia tranquila, con una nueva conciencia; que uno debe tomar sin hacer una regresión por un mero sentimiento de pecado relativo a ese acto.

Como veremos, esta decidida tendencia a "agarrar", junto con una resistencia a hundirse otra vez en la dependencia, es de notable importancia en la psicología bolchevique. Ya señalamos la manera incisiva y taladrante en que Alyosha reacciona frente a la mirada cargada de odio del abuelo; nos referimos a la importancia que tienen el enfoque, la amplitud y la captación en la visión y en la previsión; y hemos demostrado su incorruptibilidad de propósito, al margen de los sentimientos personales.

Más tarde se hace evidente que el desconocido era un revolucionario. La policía lo busca y lo detiene en algún punto más allá del horizonte, pues cierto día, cuando un grupo miserable de andrajosos prisioneros encadenados pasa por la calle en que vive Alyosha, camino al barco que los llevará a Siberia, el desconocido está entre ellos, pálido y fantasmal, pero casi alegre.

El título sobreimpreso dice: "Así terminó mi amistad con el primero de una serie de extranjeros en su propio país: la mejor gente".

Alyosha, entonces, ha conocido a un miembro del submundo de los revolucionarios profesionales, llamados durante un cierto tiempo *intelligentsia*, debido a su creencia religiosa en la necesidad no

sólo de leer y escribir, sino también de disciplina mental como única manera de superar la apatía, el letargo y la servidumbre.

### C. PANDILLA SIN PADRE Y NIÑO SIN PIERNAS

Cuando el anarquista desaparece, la figura de Alyosha parece agrandarse. Ahora tiene una meta, una hermandad. Debemos recordar que también su padre "comprendía" y desapareció. Con todo, nos horroriza ver que Alyosha, apenas un niño, se identifica con el fantasma martirizado de un hombre cuyo *ethos* estaba contenido en unas pocas observaciones oscuras. Alyosha es apenas un niño; ¿dónde está su infancia, dónde están sus compañeros? ¿Juega alguna vez?<sup>84</sup>

Tuvimos ocasión de observar la participación abortiva en las bromas de sus primos y en su manera maliciosa y tortuosa de vengarse del viejo. La escena de la azotaina o, más bien, la mayor madurez que sigue a la derrota moral del abuelo después de esa escena, pone fin a todo eso. En una escena posterior, mientras Alyosha camina por el vecindario, se encuentra con un grupo de chicos bien alimentados que han atacado con piedras y gritos a un niño idiota. Alyosha intenta defenderlo, ante lo cual se vuelcan contra él llamándolo "Kashirin". Alyosha protesta: "Yo soy un Pyeshkov". Como los niños en todos los rincones del mundo, terminan arrojándose palabras unos a otros: ¡Kashirin! ¡Pyeshkov! ¡Kashirin! ¡Pyeshkov! Pero cuando los niños comienzan a golpearlo y patearlo, una pandilla de chicuelos hambrientos y zaparrastrosos aparece de pronto, lo libera y lo convierte en su amigo.

Esta pandilla está formada por niños sin hogar —"proletarios" en el sentido original. Alyosha se hace uno de ellos: económicamente, en tanto se dedica también a recorrer los depósitos de basura en busca de objetos que puedan venderse; espiritualmente, en tanto comparte su sentimiento de que no pueden confiar en sus padres, sí es que los tienen. Así, la película describe dramáticamente en unas pocas escenas la proletarización de Alyosha. Él, un Pyeshkov sin padre, se pone del lado del niño idiota que nace con dotes inferiores; se vincula con quienes se han hundido por debajo de toda casta y clase. En una impresionante escena, descubre que uno de los miembros de la pandilla, un niño con rasgos asiáticos, ni siquiera sabe de dónde proviene. Alyosha ríe; es el último despliegue de alegría irreflexiva. Al ver la desesperación y la rabia del niño asiático, se vuelve inmune a otra tentación:

<sup>84</sup> Tolstoi dijo cierta vez a Gorki: "No resulta fácil creer que usted fue alguna vez un niño". (Gorki, *op. cit.*)

estar orgulloso del nombre Pyeshkov. (Como sabemos, más tarde eligió el nombre de pila de su padre Máximo, y el apellido Gorki, que significa amargo.)

Ahora también él es un proletario. Después del "trabajo", él y su pandilla yacen sobre la barranca, esa pequeña elevación desde la que los desposeídos contemplan el horizonte y el futuro. Allí sueñan, ¿con qué? Con tener palomas, a fin de poder dejarlas en libertad: "Me encanta ver las palomas trazando círculos en el brillante cielo de verano".

Esta sugestión de libertad tiene su contraparte en otro encuentro. Cierta día, Alyosha escucha una voz joven y alegre a través de la ventana de un sótano. Sigue la voz y encuentra a Lyenka, un niño inválido que está en la cama. Tiene las piernas paralizadas, "no viven, están simplemente ahí", le explica. Así, es un prisionero en su sótano. Pero habita en un mundo propio, un mundo de juego y de ensueños. Tiene animalitos en cajas y jaulas que comparten su cautiverio; pero vive para el día en que verá las praderas y los prados, y entonces abrirá todas las cajas y pondrá en libertad a los animales. Mientras tanto, constituyen su microcosmos: reflejan el mundo exterior. Una pequeña cucaracha es "el posadero", otra la "esposa del funcionario". Los mismos opresores del mundo real son los cautivos de su mundo lúdico. Es como si su invalidez le permitiera ser el único niño en la película que tiene algo que ver con el juego. Su risa es la más alegre y la más libre; sus ojos brillan de deleite. Su sensación de poderío parece no conocer límites; tiene la certeza, según le dice excitado a Alyosha, de que "un ratón podría llegar a convertirse en un caballo".

Al descubrir el amor que el niño siente hacia los compañeros animales de su prisión y su necesidad y capacidad para dotar a una cosita como un ratón de posibilidades míticas, Alyosha, luego de una leve vacilación, le regala el ratón blanco de Gitano. Recordamos que es el mismo que Gitano le regalara al morir. Era su último vínculo con la alegría, su último juguete. ¿Por qué lo regala? ¿Se trata de piedad, de caridad? Una vez más la figura moral de Alyosha parece agrandarse al sacrificar algo que quiere, y al resistirse a una tentación: la tentación de jugar, de soñar, de aferrarse a sustitutos fetichistas que vuelven más soportables las prisiones, y aumentan así sus cadenas. Sabe que tendrá que pasárselas sin juguetes. Así, cada uno de los actos de Alyosha (o de sus negativas a actuar) es como un voto. Uno tras otro, los puentes de la regresión se van quemando y los consuelos infantiles del alma se abandonan para siempre.

Con todo, Lyenka sólo puede liberarse si alguien lo hace libre,

si le da piernas. Y Alyosha organiza a la "pandilla" con vistas a esa meta. Entre los tesoros que rescatan de los montones de basura, guardan partes de maquinarias con los cuales construirán un cochecillo, una prótesis mecánica de libertad locomotora.

#### D. EL NIÑO FAJADO

La figura de Lyenka no parece estar tomada del libro de Gorki. No sé quién la inventó. Pero parece significativo que éste, el más emotivo y alegre de todos los niños, sea, por así decirlo, el que menor movilidad tiene. Su deleite llega al horizonte, pero sus piernas están atadas, "no están vivas, simplemente ahí". Esto sugiere la consideración de un problema ruso importante relativo a la educación infantil, que ha alcanzado una prominencia casi ridícula en estudios recientes sobre el carácter ruso: la costumbre de fajar a los niños.

¿Acaso el alma rusa está igualmente fajada? Algunos de los principales estudiosos del carácter ruso, a quienes debo mi primer contacto con esta película, así lo creen decididamente<sup>85</sup>.

En la vasta población campesina rusa, y en grados variables en todas las regiones y clases que compartieron y siguen compartiendo la herencia cultural común de las grandes planicies centrales de Rusia, la costumbre de fajar a los niños se desarrolló en grado extremo. Si bien el hábito de fajar a los niños es muy difundido, la antigua tradición rusa exige que el niño esté fajado hasta el cuello, en forma tan ajustada como para convertirlo en un "leño" manejable, y que ese estado de cosas se mantenga durante nueve meses, la mayor parte del día y toda la noche. Tal procedimiento no trae apareada ninguna deficiencia locomotora perdurable, aunque una vez desfajado, se hace necesario enseñarle al niño a gatear.

Cuando se les pregunta porqué es necesario fajar a los niños, los rusos simples responden con sorpresa: ¿de qué otra manera se puede llevar a un niño y protegerlo contra el invierno ruso? Y además, ¿de qué otra manera podría evitarse que se arañe y se lastime, o que se asuste ante la vista de sus propias manos? Probablemente sea cierto que un niño que ha estado fajado, sobre todo cuando por fin lo liberan, no tiene dominio suficiente de sus propios movimientos como para no arañarse y golpearse. El consiguiente supuesto de que *por lo tanto* es necesario volver a fajarlo

<sup>85</sup> Geoffrey Gorer, "Some Aspects of the Psychology of the People of Great Russia", *The American Slavic and Eastern European Review*, 1949. Véase también Geoffrey Gorer y John Rickman, *The People of Great Russia*, W. W. Norton & Co., 1962.

constituye una triquiñuela favorita de la racionalización cultural. Proporciona una base cultural a un patrón particular de restricción infantil. Es necesario fajar al niño para protegerlo contra sí mismo; ello provoca en él violentas necesidades vasomotoras; debe permanecer emocionalmente fajado a fin de no convertirse en una víctima de intensas emociones. Ello, a su vez, contribuye a establecer un adoctrinamiento básico, preverbal, según el cual la gente, en su propio beneficio, debe estar rígidamente restringida. al tiempo que se le ofrece, cada tanto, maneras de descargar las emociones comprimidas. Así, la costumbre de fajar a los niños corresponde al grupo de elementos en la educación infantil que deben tener una relación significativa con la imagen del mundo común a toda la cultura.

Y, de hecho, no hay ninguna literatura que, como la rusa, abunde tanto en excesos vasomotores. Los personajes de las novelas rusas parecen al mismo tiempo aislados y efusivos. Es como si cada individuo estuviera extrañamente aprisionado en sí mismo, como si se encontrara en una jaula de emociones estranguladas. Con todo, busca permanentemente otras almas a través de suspiros, palideces y sonrojos, sollozando y desmayándose. Muchos de los personajes que pueblan esta literatura parecen vivir para el momento en que algún tipo de embriaguez, glandular, alcohólica o espiritual, permitirá una fusión temporaria de la emoción, a menudo sólo una mutualidad ilusoria que debe terminar en el agotamiento. Pero no es necesario mirar más allá de la película que estamos considerando: si la realidad rusa cotidiana de la época del joven Gorki manifestaba una fracción del volumen, la intensidad y la variedad de expresión emocional que vemos en esta película, la percepción que el niño tiene de la emoción debe ser vívida y calidoscópica.

Resulta interesante reflexionar, entonces, que cuando el niño fajado toma conciencia de tal emotividad, no puede responder a ella a través del movimiento, es decir, moviendo los brazos, las piernas o los dedos. Se ve impedido de levantar la cabeza, de buscar apoyo, y de ampliar su campo visual más allá de las fuentes auditivas de la conmoción percibida. Sin duda, cabe pensar que tal sistema abruma al sistema vasomotor con la tarea de enfrentar y equilibrar todas estas vívidas impresiones. Sólo durante la experiencia periódica de verse libre del fajamiento, el niño podría participar en la efusividad de los mayores.

Con todo, a fin de evaluar la significación de un elemento en la educación infantil dentro de la totalidad de la configuración cultural, sería necesario suponer no una única cadena casual, en el sentido de que los rusos son así —o gustan de presentarse o

describirse así— porque han sido fajados. Como hicimos al considerar otras culturas, debemos suponer más bien una amplificación recíproca de un número de temas. Así, la costumbre casi universal y, de paso, bien práctica, de fajar a los niños, habría recibido una cierta amplificación como resultado de esa tendencia a la síntesis que puso a la geografía, la historia y la infancia humana a cargo de unos pocos denominadores comunes. Observamos una afinidad configurativa entre estos hechos de la tradición rusa.

1. La vida social compacta en una solitaria empalizada, aislada en medio de los rigores de las planicies centrales, y su liberación periódica después de los deshielos de la primavera.

2. Los largos períodos de apretado fajamiento que se alternan con momentos de rico intercambio de jubiloso afecto cuando llega el momento de desfajar al niño; y

3. La conducta sancionada de estoica paciencia y servidumbre apática por un lado y, por el otro, la catarsis emocional periódica lograda al desnudar efusivamente el alma.

Desde un punto de vista histórico y político, el fajamiento podría formar parte de un sistema de arraigadas instituciones que han contribuido a sustentar y prolongar la combinación rusa de servidumbre y "alma". Y, de hecho, Gorki afirmó en su obra *Los Filisteos*: "Cuando un hombre se cansa de yacer sobre un costado, se da vuelta sobre el otro, pero cuando está cansado de las condiciones en que vive, sólo gruñe. Haced entonces un esfuerzo, y *¡a darse vuelta!*". Un hombre adecuadamente motivado puede hacer un esfuerzo por darse vuelta o, como diríamos nosotros, por levantarse; pero frente a la adversidad de estar encadenado a ciertas condiciones, su mente puede actuar de acuerdo con su más temprana experiencia, la de estar atado. Y precisamente lo que un niño fajado no puede hacer es darse vuelta. Sólo puede hundirse, ceder, mostrarse paciente y alucinar, refugiándose en sus sensaciones vasomotoras y en las aventuras de sus intestinos, hasta que el momento de la liberación locomotora se produzca otra vez.

Quizás Lyenka simbolice esa situación: el niño de emociones más intensas y más limitado en cuanto al movimiento; el niño con la imaginación más vívida y la mayor dependencia con respecto a los otros. Cuando Alyosha le da el pequeño ratón blanco, es como si en ese momento creciera y superara la necesidad de aferrarse a un fetiche lúdico y a los sueños de omnipotencia como los que las almas fajadas y prisioneras pueden necesitar. No siente piedad por Lyenka. Antes bien, reconoce su estado, lo compara con el propio y actúa en consecuencia. Hace lo necesario para que Lyenka consiga piernas mecanizadas, pero no se identifica con él.

Si bien la película no muestra a Alyosha y sus amigos dedicados al juego, en *Mi infancia* Gorki describe un juego fantástico practicado por estos pequeños "proscritos". Como veremos, la interpretación que Gorki hace de él está en total acuerdo con las teorías propuestas en nuestro capítulo sobre el juego.

Cuando tenía unos diez años, solía *acostarme debajo de un tren*, compitiendo en audacia con mis compañeros, uno de los cuales, el hijo del cartero, participaba en el juego con particular sangre fría. Es una diversión casi sin peligros, siempre y cuando la caldera esté suficientemente alta y el tren ascienda por la ladera de una colina, en lugar de descender, pues entonces los frenos de los vagones están muy tirantes y no pueden golpearlo a uno o, en caso de hacerlo, lo arrojan sobre los durmientes. Durante unos pocos segundos, uno experimenta una sensación misteriosa, *uno trata de apretarse tanto como puede contra el suelo*, y, poniendo en juego toda la fuerza de voluntad, de *superar el apasionado deseo de moverse, de levantar la cabeza*. Uno siente que la corriente de hierro y madera, que se precipita sobre uno, lo arranca de la tierra y *quiere arrastrarlo* a alguna parte, y siente el crujido de los aros de hierro como si estuviera en los huesos. Entonces, cuando el tren ha pasado, uno se queda inmóvil durante un minuto o más, *incapacitado de levantarse*, con la sensación de nadar en pos del tren; es como si el cuerpo se estirara interminablemente, creciera, *se hiciera liviano, se fundiera con el aire*, y, un instante después, uno volara sobre la tierra. Es muy agradable sentir todo esto.

"¿Qué lo fascinaba en un juego tan absurdo?" preguntó Andreyev.

Le dije que quizás poníamos a prueba el poder de nuestra voluntad, al oponer al movimiento mecánico de enormes masas la inmovilidad consciente de nuestros pequeños cuerpos.

"No, replicó, eso es demasiado bueno; ningún niño podría pensar en eso."

Le recordé que a los niños les encantaba balancearse sobre el hielo blando de un estanque recién congelado o de un río poco profundo y le dije que, en general, les gustaban los juegos peligrosos<sup>80</sup>.

He destacado los pasajes que sugieren, de acuerdo con nuestras teorías sobre el trauma y el juego, un significado ulterior en esta actualidad infantil. Se podría decir que aquí una pandilla audaz desafía un tren para lograr una experiencia en la que los elementos esenciales de un trauma infantil común a todos se repiten misteriosamente: inmovilidad y movimiento violento, impotencia total y una vivísima emoción.

Sea lo que fuere lo que la "hipótesis del fajamiento" demues-

<sup>80</sup> Gorki, *op. cit.*

tre, o no logre demostrar, con respecto a la transformación de la experiencia infantil en patrones juveniles y adultos, parece señalar configuraciones de experiencia singularmente vivas en la conducta y la imaginación rusas.

En la película, Alyosha no participa en ningún juego. Mantiene los ojos abiertos, aunque a veces estrechados en actitud inquisitiva: "levanta la cabeza", enfoca su visión, trata de aprehender y de percibir con claridad y de concentrarse con disciplina, todo con el fin de llegar eventualmente a tomar la vida. La película dice más sobre las cosas de las que se libera, que sobre las cosas para las que desea ser libre.

## 5. EL PROTESTANTE

Alyosha ha decidido partir. La pandilla lo acompaña hasta las atueras. En el carrito, ya terminado, está sentado Lyenka, embargado de alegría y anticipación: ahora puede desplazarse y se dispone a liberar a sus animales. En una escena que hubiera podido constituir el final feliz de la película en cualquier otra cultura, Lyenka suelta a sus preciosos pájaros y los deja volar hacia los espacios infinitos. Pero mientras la pandilla agita la mano y se despide, Alyosha, con sencillez y sin emoción, contempla el horizonte.

¿Adónde va, este muchachito con acero en los ojos? La película no lo dice. Evidentemente, parte para convertirse en Gorki y, más allá de eso, en una nueva clase de ruso. ¿Qué fue del joven Gorki y qué caracterizaba al nuevo ruso?

Gorki fue a estudiar a la Universidad de Kazan. "Si alguien me hubiera propuesto, 've a estudiar, pero a condición de que todos los domingos te azoten públicamente en la plaza Nikolaewsky', seguramente habría aceptado"<sup>87</sup>. Pero no tardó en sentir los efectos de la discriminación de que era objeto por ser un campesino sin dinero. Por lo tanto, se convirtió en un estudiante de lo que él llamó la universidad "libre" de la juventud revolucionaria.

Pero Gorki siempre había sido sensible e impresionable, y su tristeza básica, sentimental, sólo sería contrarrestada por su decisión de "tomar" la vida, casi de obligarla a responder a su fe. Su disciplina como escritor consistió en una lucha por decir lo esencial usando la menor cantidad posible de palabras. Contra una tendencia profundamente nostálgica, el joven Gorki decidió desarrollar un corazón que pudiera "tomar", y no obstante amar: un

<sup>87</sup> Roskin, *op. cit.*

alma con dientes. Como ocurrió con tantos de sus contemporáneos de igual actitud, la lucha casi acabó con él.

A los veinte años intentó suicidarse pegándose un tiro en un costado. "Responsabilizo de mi muerte, escribí en una notable nota suicida, al poeta alemán Heine, que inventó un *dolor de muelas del corazón*... Como se verá por mi pasaporte, soy A. Pyeshkov, pero según espero, a través de esta nota nada se verá"<sup>88</sup>. Ahora nos perdonará si, contrariando sus deseos, percibimos una relación significativa entre ese dolor de muelas del corazón y su lucha y la de su nación por superar la nostalgia regresiva y "aprender a tomar la vida". El término utilizado había sido inventado por el amargado o, podríamos decir, acerbadamente nostálgico Heine, quien recomendaba como remedio para los dolores de muelas del corazón ciertos polvos preparados por Bertold Schwarz, el inventor de la pólvora. Gorki describió más tarde a Chejov su período depresivo como una época de "oscuridad pétrea", de *inmovilidad permanentemente en reposo*. Habiendo salido del estancamiento corriendo el riesgo de la autodestrucción, se recuperó y se lanzó a vagabundear y a trabajar.

"No he venido al mundo para hacer transacciones", afirmó en su primer poema épico. Alyosha había seguido a Gregorio y a todos los demás, observando a fin de descubrir en qué circunstancias debía y no debía dejarse envolver en la vida de otra gente; Gorki literalmente acechó a personas y situaciones para descubrir en qué circunstancias podía arrancar a la vida, como vagabundo sin hogar, esos fenómenos "raros y positivos" que mantendrían viva su fe.

Su incorruptibilidad analítica "elevada hasta el nivel de la inspiración" nunca se expresa con mayor vibración épica que en la famosa carta que escribió al recibir la dolorosa noticia de que el viejo Tolstoi había abandonado su hogar, su esposa y su propiedad<sup>89</sup>.

Hay un perro aullando en mi alma y tengo la premonición de alguna desgracia. Sí, los periódicos acaban de llegar y ya resulta claro: ustedes en el hogar están comenzando a "crear una leyenda"; los ociosos y los inservibles han seguido viviendo y han creado ahora un santo. Piensen tan sólo cuán pernicioso es para el país precisamente en este momento, cuando los hombres desilusionados han agachado la cabeza, cuando las almas de la mayoría están vacías y las de los mejores, llenas de aflicción. Lacerados y hambrientos anhelan una leyenda. Tienen tanta nece-

<sup>88</sup> Roskin, *op. cit.*

<sup>89</sup> Gorki, *op. cit.*

sidad de un alivio para el dolor, para el tormento. Y crearán precisamente lo que él desea, pero no lo que se necesita, la vida de un santo.

... Bien, es probable que ahora esté haciendo su última acometida a fin de dar a sus ideas la significación más alta posible, de modo que pueda afirmar su santidad y obtener un halo. Eso es dictatorial, aunque su enseñanza esté justificada por la antigua historia de Rusia y por sus propios sufrimientos de genio. La santidad se logra coqueteando con el pecado, debilitando la voluntad de vivir. La gente desea vivir, pero él trata de convencerla: "Nuestra vida terrenal es una tontería". Resulta fácil persuadir de esto a un ruso: es una criatura perezosa que necesita por encima de todo encontrar una excusa para su propia inactividad.

... Una extraña impresión solían producir sus palabras: "Soy feliz, soy muy feliz, soy demasiado feliz". Y luego, de inmediato: "Sufrir". Sufrir, también eso era verdad en él. No dudo ni por un instante de que él, apenas convaleciente, se habría sentido realmente contento de verse encarcelado, desterrado, en una palabra, de abrazar la corona del martirio.

En el último análisis, veía en la conversión de Tolstoi la antigua maldición de Rusia<sup>90</sup>:

... Siempre exaltó grandemente la inmortalidad del otro lado de esta vida, pero la prefirió de este lado. Como escritor, nacional en el sentido más auténtico y completo, encarnó en su gran alma todos los defectos de su nación, todas las mutilaciones que hemos sufrido a través de las pruebas de nuestra historia; su nebulosa prédica de "no actividad", de "no resistencia al mal", la doctrina de la pasividad, todo esto es el malsano fermento de la antigua sangre rusa, envenenada por el fatalismo mongol y casi químicamente hostil a Occidente, con su incansable labor creadora, con su resistencia activa e indomable frente a todos los males de la vida. Lo que se denomina el "anarquismo" de Tolstoi expresa esencial y fundamentalmente nuestro antiestatismo eslavo que es, en realidad, una característica nacional, arraigada en nuestra carne desde antiguo, nuestro deseo de dispersarnos como nómades. Hasta ahora nos hemos permitido ese deseo apasionadamente, como usted y todo el mundo lo sabe. Los rusos también lo sabemos, pero siempre elegimos las líneas de menor resistencia; vemos que es pernicioso, pero nos seguimos apartando cada vez más unos de otros; y estas funestas excursiones de cucarachas se denominan "la historia de Rusia", la historia de un estado que se estableció en forma casi incidental, mecánica, para sorpresa de la mayoría de sus honestos ciudadanos, por acción de las fuerzas de los varegos, los tártaros, los alemanes bálticos y los funcionarios de poca monta...

<sup>90</sup> Gorki, *op. cit.*

Al ver esta película y al tratar de establecer *para qué* se hizo libre Alyosha, resulta difícil evitar dos peligros, uno de índole biográfica y el otro de índole histórica. Parece evidente que Alyosha, como mito colectivo de la película, tiene una gran afinidad con la imagen que Gorki tenía de sí mismo, con sus ideales, y con la leyenda que él, como cualquier gran escritor, se esforzó tanto por vivir. Con todo, el examen de las formas en que el verdadero Gorki intentó resolver, mediante la creatividad y la neurosis, el problema que soportó en su juventud, no es inherente a nuestras consideraciones.

El peligro histórico radicaría en una comparación hostil del sencillo carácter humano y terrenal de esta película, su espíritu revolucionario implícito, con la "línea" revolucionaria estancada y pomposa, a la que nos hemos acostumbrado en lo que nos llega ahora de literatura y cinematografía soviéticas. Más allá del cruel abuso de las revoluciones que hacen los superempresarios a quienes aquéllas otorgan poder, debemos buscar la raíz de la revolución en las necesidades de los que se dejan conducir, y también engañar.

La importancia de la película para este libro radica en su simple pertinencia con respecto a unas pocas tendencias psicológicas que son básicas para las revoluciones en general y, específicamente, para las que tienen lugar en áreas que enfrentan la industrialización mientras siguen estando inmersas en las imágenes de una antigua revolución agrícola. Es verdad que nuestra película sólo ofrece al análisis algunas de las imágenes de una de esas áreas: las vastas planicies rusas. Si bien otras áreas étnicas exigirían la consideración de imágenes distintas o relacionadas, Rusia ha sido hasta ahora una influencia tan decisiva y penetrante en la revolución comunista como lo fueron los anglosajones en la historia de los Estados Unidos.

En resumen: en las imágenes sugeridas por esta película, la abuela ocupa un lugar dominante. Parece representar al pueblo en su unidad mística con la carne y la tierra: buena en sí misma pero maldita por la codicia de la "progenie", que lleva a la pérdida del Paraíso. Participar en la fuerza de la abuela significaría entregarse a la intemporalidad, y una esclavitud eterna con respecto a la fe en la economía primitiva. Es esta fe la que obliga a los primitivos a aferrarse a los métodos de herramientas antiguas y de influencia mágica sobre las fuerzas de la naturaleza; es esa fe la que, a su vez, le proporciona un remedio simple para todo sentimiento de pecado: la proyección. Toda la maldad está encerrada en fuerzas perversas, en espíritus, en maldiciones: es necesario regularlas con la magia, o bien dejarse poseer por ellas. Para el revolucionario bolchevique, la bondad de la abuela se re-

trotrae a la época previa al ingreso del bien y el mal en el mundo; y, según cabe suponer, se extiende hacia el lejano futuro en que una sociedad sin clases superará la moralidad de la codicia y la explotación. Mientras tanto, la abuela es un peligro. Ella representa la apatía política de la intemporalidad y la confianza infantil del ruso. Quizás ella sea la virtud, como se expresó hace poco, que permite al Kremlin aguardar y al pueblo ruso, aguardar aún más.

Un segundo grupo de imágenes se refiere a la dicotomía madera-fuego. Los tíos, y los otros hombres, son robustos, cuadrados, pesados, torpes y tontos, como leños; pero son altamente combustibles. Son madera y son fuego. El "leño" fajado, con su violencia vasomotora latente, el pueblo ruso de madera, con sus almas explosivas: ¿son tales imágenes residuos de una *edad de la madera* muy reciente o, en Rusia, incluso contemporánea? La madera proporcionaba el material para las empalizadas, así como para los hornos sobrecalentados durante los largos inviernos. Era el material básico para las herramientas. Pero también incorporó el peligro de ser consumido por su propia combustibilidad. Las casas y las aldeas y las provisiones de leña ardían sin posibilidad de recuperación, una tendencia fatal en vista del hecho de que los bosques mismos desaparecían a causa de los incendios y se alejaban de las praderas y los pantanos. ¿Qué medios mágicos fueron invocados para salvarlos?

Un tercer grupo de imágenes gira en torno del *hierro* y el *acero*. En la película sólo aparece a través de la rueda utilizada para el carro de Lyenka. Los niños la encuentran, pero en lugar de convertirla en dinero, la utilizan para completar la prótesis destinada a conseguir la liberación locomotora de Lyenka. Pero la rueda ocupa un lugar especial entre las invenciones humanas básicas. Va más allá de las herramientas que representan meras extensiones y prótesis de los miembros; con movimiento propio, resulta básica para la idea de la máquina que, hecha y manejada por el hombre, desarrolla no obstante una cierta autonomía como organismo mecánico.

Aparte de esto, sin embargo, el acero se sugiere de diversas maneras como símbolo de la nueva actitud. Mientras que las imágenes relativas a la madera y el fuego sugieren una estructura de personalidad cíclica, caracterizada por un tráfago apático, una confianza infantil, súbitos estallidos de pasión devoradora y un sentimiento de deprimente condena, las imágenes relativas al acero sugieren un realismo incorruptible y una lucha disciplinada y persistente. El acero se forja en el fuego, pero no es combustible ni susceptible de ser destruido por aquél. Dominarlo significa triun-

far sobre la debilidad del alma-carne y la mortalidad y combustibilidad de la mente-madera. Al forjarse, el acero crea una nueva generación y una nueva *élite*. Tal, por lo menos, debe ser la connotación de nombres como Stalin (acero) y Molotov (martillo), y de la conducta oficial que subraya incesantemente la incorruptibilidad de la percepción bolchevique, el largo alcance de su visión, su claridad acerada de decisión y la firmeza de tipo máquina en la acción. Al ponerse a la defensiva, tal serenidad se convierte otra vez en madera, o en oratoria combustible.

Vemos ahora dónde quiso ubicarse Gorki y dónde lo ubica esta película sobre los tempranos días de la revolución rusa: a la vanguardia de los revolucionarios llamados *intelligentsia* que, con todas sus mórbidas reflexiones, prepararon la nueva moral al aprender a agarrar y a aferrar, primero hechos e ideas, y luego, el control político y militar mismo. A nosotros nos resulta difícil comprender qué inspiración sobrehumana pareció ejercer su influencia en la época en que Lenin decidió pedir a los trabajadores y campesinos de los frentes debilitados que se aferraran a sus armas; y qué milagro debe haber parecido que esas masas agotadas lo hicieran. Fue Gorki quien llamó a los escritores "los ingenieros de la sociedad" y, a su vez, habló de un inventor como "un poeta en el dominio de la técnica científica, que despierta la energía sensible que crea la bondad y la belleza". Cuando la revolución se estableció, la *élite* intelectual altamente educada y, en muchos sentidos, occidentalizada, cedió su lugar a una *élite* planeada y cuidadosamente adiestrada de ingenieros políticos, industriales y militares, que creían formar la aristocracia del proceso histórico mismo. Hoy son nuestros enemigos fríos y peligrosos.

Pero hubo una época en que la *intelligentsia* deseaba apasionadamente pertenecer al pueblo y actuar para él; y, sin duda, en alguna ocasión amplificaron y fueron amplificados por una tendencia oscura e ignorante en las masas rusas (o, de cualquier manera, en un sector decisivo de esas masas) a encontrar su identidad nacional en una causa internacional mística. En Alyosha vemos al hijo de un pasado místico y terrenal, así como a un padre fundador en potencia de un futuro mundo industrial.

El hijo del campesino norteamericano desciende de los Padres Fundadores, que fueron ellos mismos hijos rebeldes. Se habían negado a ocultarse tras una corona o de una cruz. Eran los herederos de una reforma, un renacimiento, del surgimiento del nacionalismo y el individualismo revolucionario. Tenían ante ellos un nuevo continente que no había sido su patria y que nunca había estado sometido al dominio de padres coronados u ordenados. Tal

hecho permitió una explotación del continente que fue crudamente masculina, toscamente exuberante y, de no ser por sus mujeres, anárquica. Los norteamericanos han cumplido el sueño de Chéjov. Han vuelto acogedora la tierra conquistada y han transformado la maquinaria en algo casi agradable, con lo cual despertaron la envidia ambivalente del resto del mundo. El protestantismo, el individualismo y la frontera se unieron para crear una identidad de iniciativa individual que encontró en la industrialización su medio natural. En un capítulo previo señalamos el problema que esta identidad debió enfrentar a medida que el continente se explotaba a lo largo y a lo ancho, y que la iniciativa voraz comenzaba a roer los recursos humanos de la nación; y señalamos también algunos de los derivados de la revolución protestante.

Intentaré ahora expresar con términos más explícitos lo que quise decir antes cuando me refería a la nueva actitud del Alyosha como una forma demorada de protestantismo oriental.

Las tentaciones de las que Alyosha se aparta —y de las que un protestante se aparta y a las que se opone— no son distintas de las que los primeros protestantes consideraban originadas en Roma: el hechizo de Dios como un espíritu que penetra a través de los sentidos, tal como la luz de los ventanales de color, el humo del incienso y el arrullo del cántico; la inmersión mística en la masa: la visión "clínica" de la vida como una enfermedad infantil del alma y, sobre todo, el permiso para "ocultarse detrás de la conciencia de otros".

Si consideramos la comunidad de hombres a la que Alyosha parece volcarse, el paralelismo con los patrones protestantes se vuelve incluso más claro. Abandonando una forma centralizada para la salvación a través de intermediarios (y, por ende, la explotación de los temores infantiles y primitivos), Alyosha y sus camaradas pasan al establecimiento de una *élite* responsable. Su instrumento de selección no es la fe en lo Invisible, sino la conducta dentro de una comunidad que examina, selecciona y juzga. Su conciencia moral no está basada en los paroxismos del ciclo de pecado y expiación, sino en una disciplina mental. Dicha disciplina determina su forma de sacrificio, que es el énfasis en una disciplina sistemática de los sentidos antes que en una expiación espectacular. Su estado de salvación no está determinado por la irradiación interior de la fe y el amor a los creyentes, sino por el éxito disciplinado en este mundo, en una alianza decidida con las fuerzas económicas y técnicas contemporáneas. Su condena y su muerte no es la conciencia del pecado y la certeza del infierno, sino la exclusión de la comunidad revolucionaria e incluso la autoexclusión del proceso histórico, una aniquilación moral en compa-

ración con la cual la muerte de cualquier tipo es una mera trivialidad biológica.

El marco de esta reorientación protestante oriental es, desde luego, radicalmente distinto del occidental. Es proletario e industrial, y es ruso y ortodoxo. Estos últimos dos elementos han determinado los peligros de esa orientación y la enormidad de su tragedia.

Aquí podemos continuar y concluir nuestra analogía. El Partido Comunista, al absorber un protestantismo incipiente, no pudo tolerar un ingrediente protestante de importancia: el *sectarismo*. Para conservar un poder absoluto, sintió la necesidad de una unidad absoluta. Los intentos desesperados y finalmente crueles del partido por evitar las divisiones sectarias están muy bien documentados en las actas de sus primeras convenciones, caracterizadas por una sutileza en la argumentación que recuerda la historia eclesástica: los problemas eran la *verdad* de la dialéctica histórica, la *infalibilidad* del Politburó y la *sabiduría* mística de las masas. Sabemos cómo terminaron esas controversias.

La predicción de Max Weber en el sentido de que un intento de establecer la dictadura del proletariado sólo podía llevar a una dictadura de los intermediarios, de la burocracia, resulta ahora profética. Una vez más, el pueblo ruso cree en un solo hombre en el Kremlin, al que no responsabiliza por las crueldades de sus intermediarios y al que atribuye la función de defenderlos contra usurpadores y explotadores, extranjeros y nacionales.

Hasta el día de hoy lo creen honestamente, porque no hay otra cosa en la que puedan creer sobre la base de lo que saben. Por lo tanto, han puesto lo mejor de sí en esa creencia. Nuestros cuidadosos estudios deberían referirse al hecho de que la emergencia original de una actitud revolucionaria en Rusia y en Asia, volcánica como fue, puede haber constituido un intento, inevitable en vista del proceso histórico, de aproximarse a la etapa de conciencia moral humana que caracterizó a nuestra revolución protestante. No sabemos si unos pocos hombres en el continente eurasiático o algún nervioso consejo de ministros nos lanzará a una guerra. Pero podría muy bien ser que el futuro, con guerra o sin ella, pertenezca a aquellos que concentrarán las energías psicológicas liberadas de las supersticiones inconducentes de las antiguas morales agrícolas en los continentes europeo, asiático y africano. Al aprender a fisionar el átomo, la física ha liberado nueva energía tanto para la guerra como para la paz. Con la ayuda del psicoanálisis, podemos estudiar otra clase de energía que queda en libertad cuando la parte más arcaica de nuestra conciencia se "disocia". A medida que la civilización avanza hacia una era industrializada, tal disociación resulta inevitable. La enorme energía

así liberada puede ser benévola, pero también puede ser malévola. En última instancia, quizás sea más decisiva que las armas materiales.

Cuando los norteamericanos, con la cordial coerción de un Paul Bunyan (los rusos dirían, de un Vassily Buslaiev) lanzamos artículos y robots al mercado mundial, debemos aprender a comprender que ayudamos a crear condiciones económicas revolucionadas. Debemos estar en condiciones de demostrar a los ceñudos Alyoshas de todo el mundo que nuestros productos nuevos y relucientes (tan tentadoramente envueltos en promesas de libertad) no les llegan como tantos otros sedantes para subordinarlos a sus desgastadas clases altas, como tantos otros opiáceos para adormecerlos y llevarlos a la nueva servidumbre del consumo hipnotizado. No quieren que se les conceda la libertad; lo que quieren es tener la oportunidad de apoderarse de ella, como iguales. No desean progreso cuando éste socava su sentido de la iniciativa. Exigen autonomía, junto con la unidad; y la identidad junto con los frutos de la industria. Debemos convencer a los Alyoshas de que, desde un punto de vista a muy largo plazo, su protestantismo es el nuestro y el nuestro, el de ellos.

## CAPITULO 11

### CONCLUSIÓN: MÁS ALLÁ DE LA ANSIEDAD

AL COMPROBAR que faltan muy pocas páginas para que concluya este libro, el lector puede preguntarse qué tipo de conclusión breve podría hacer justicia a los problemas de inmediato interés ilustrados en el último capítulo. Aquí debo aceptar que no hay mayores posibilidades de que una conclusión formal contribuya a transmitir un mensaje que mi descripción y mis razonamientos no hayan bastado para manifestar explícitamente. Nada tengo que ofrecer, salvo una manera de mirar las cosas. Desde la periferia de nuestras ilustraciones, debo ahora desandar el camino recorrido hasta el centro de este punto de vista en la labor psicoanalítica.

Este retorno a nuestro punto de partida no es una evasión. Debe recordarse que, hasta hace muy poco, nuestra comprensión clínica de la relación entre infancia y sociedad ha encontrado muy poco o ningún corolario en las ciencias de la sociología y la historia. Al tiempo que clarificamos estas cuestiones en la medida en que nuestros métodos lo permiten, debemos mostrarnos cautelosos al sugerir aplicaciones prácticas. No queda tiempo para mostrarse históricamente tan ingenuos como, durante toda la historia pasada, lo han hecho los historiadores desde el punto de vista psicológico.

Para reconciliar las metodologías histórica y psicológica, debemos primero aprender a tratar conjuntamente el hecho de que las psicologías y los psicólogos están sometidos a leyes históricas, y de que los historiadores y los registros históricos están sometidos a las de la psicología. Habiendo aprendido en el trabajo clínico que el individuo tiende a desarrollar amnesia con respecto a sus experiencias más formativas de la infancia, también nos vemos obligados a reconocer un punto ciego universal en los creadores y los intérpretes de la historia: ignoran la función decisiva de la infancia en la trama de la sociedad. Los historiadores y los filósofos reconocen en el mundo "un principio femenino", pero no el

hecho de que el hombre nace de una mujer y es criado por ella. Discuten principios de educación formal, pero descuidan la aurora determinante de la conciencia individual. Insisten permanentemente en un espejismo de progreso, según el cual la lógica del hombre (refiriéndose al sexo masculino) llevará a la razón, el orden y la paz, mientras que cada paso hacia ese espejismo trae nuevas alianzas hostiles que conducen a la guerra y a cosas aún peores. El hombre moralista y racionalizador sigue identificándose con abstracciones de sí mismo, pero se niega a ver cómo llegó a convertirse en lo que realmente es y cómo, en tanto ser político y emocional, anula con compulsiones y pulsiones infantiles lo que su pensamiento ha inventado y sus manos han construido. Todo esto tiene su base psicológica, a saber, la decisión inconsciente del individuo de no volver a enfrentar cara a cara la ansiedad de su infancia, y su temor supersticioso de que una mirada a los orígenes infantiles de sus pensamientos y esquemas pueda destruir su vigor y su unilateralidad de propósito. Por lo tanto, prefiere ilustrarse sobre todo aquello que lo aparta de sí mismo, a lo cual se debe que, en general, las mentes más privilegiadas hayan sido las que menos autoconciencia alcanzaron.

Pero, ¿no podría ser principalmente la superstición la que lleva al hombre a apartarse de su ansiedad latente, como si fuera la cabeza de una Medusa? ¿No podría ser que el hombre, en esta etapa del juego, deba y pueda ampliar su percepción tolerante hasta incluir sus ansiedades latentes y los orígenes infantiles de sus preconcepciones y temores?

Todo adulto, sea líder o acólito, miembro de una masa o de una *élite*, fue alguna vez un niño. En algún momento fue pequeño. Un sentimiento de pequeñez constituye un sustrato inamovible de su mente. Sus triunfos se medirán en relación con esa pequeñez, sus derrotas contribuirán a fortalecerla. Los interrogantes relativos a quién es más grande y quién puede o no hacer esto o aquello, y a quién, llenan la vida interior del adulto mucho más allá de las necesidades y las conveniencias que él comprende y para las que traza planes.

Toda sociedad está formada por hombres que se encuentran en el proceso de dejar de ser niños para convertirse en progenitores. Para asegurar la continuidad de la tradición, la sociedad debe prepararse desde temprano para esa tarea en sus niños; y debe encargarse de los residuos inevitables de infantilismo en sus adultos. Se trata de una vasta tarea, sobre todo considerando que una sociedad necesita de muchos seres que puedan seguir, unos pocos que puedan conducir, y algunos capaces de hacer ambas cosas, en forma alternada o en distintas áreas de la vida.

El aprendizaje del hombre durante la infancia, que desarrolla su coordinación cerebro-ojo-mano altamente especializada y todos los mecanismos intrínsecos de reflexión y planeamiento, necesita una prolongada dependencia. Sólo así logra el hombre desarrollar una conciencia, esa dependencia de sí mismo que, a su vez, hará que se pueda depender de él; y sólo cuando sea posible confiar totalmente en él en lo relativo a una cantidad de valores fundamentales (verdad, justicia, etc.), puede volverse independiente y enseñar y desarrollar la tradición. Pero dicha confiabilidad plantea un problema debido a su origen en la infancia a las fuerzas utilizadas en su desarrollo. Hemos considerado el retardo en el desarrollo sexual, su concentración en la familia, y su posterior desviación hacia otras metas; hemos examinado la importancia de los patrones tempranos de acercamiento agresivo (modos orgánicos) para el desarrollo de las modalidades sociales. Ambos desarrollos obligan a los orígenes mismos de los ideales del individuo a asociarse con imágenes que denotan tensión y rabia infantiles.

Así, el origen inmaduro de su conciencia pone en peligro la madurez del hombre y sus obras: el temor infantil lo acompaña durante toda la vida. Esto es lo que los psicoanalistas intentamos corregir en los casos individuales; esto es lo que intentamos explicar y conceptualizar, porque no hay ninguna cura universal —sólo quizás un alivio a través de una comprensión gradual— para el hecho de que cada generación debe desarrollarse a partir de su propia infancia y, superando su tipo particular de infancia, debe desarrollar otra nueva, potencialmente promisoriosa y potencialmente peligrosa.

Mark Twain, probablemente en uno de sus momentos de depresión, llamó al hombre "el animal impúdico", la única criatura que sabe que está desnuda o, como diríamos nosotros, la única criatura con conciencia de su sexualidad. Aquí Mark Twain descuidó mencionar la especialidad humana redentora en la que él mismo se especializó: el humor, la capacidad, en raros momentos, de jugar y reflexionar sin temor acerca de las extrañas costumbres e instituciones a través de las cuales el hombre debe encontrar la autorrealización. Pero aun así, el ser humano de la temprana infancia aprende a considerar uno u otro aspecto de la función corporal como malo, vergonzoso o peligroso. No hay cultura que no utilice una combinación de estos demonios para desarrollar, a modo de contrapunto, su propio estilo de fe, orgullo, certeza e iniciativa. Así, subsiste en el sentimiento de logro del hombre la sospecha de sus raíces infantiles; y puesto que adquirió su más temprano sentido de la realidad a través de la penosa prueba de la bondad y la maldad interiores y exteriores, el hombre sigue espe-

rando de algún enemigo, fuerza o acontecimiento en el mundo exterior, aquello que, en realidad, lo hace peligrar desde adentro: sus propios impulsos agresivos, su propio sentimiento de pequeñez y su propio mundo interior dividido. Así, siempre está irracionalmente dispuesto a temer la invasión de fuerzas enormes y vagas que son ajenas a él mismo; un encierro estrangulante por parte de todo aquello que no se revela claramente como un aliado; y un devastador ridículo frente a un público burlón. Estos, y no los temores del animal, caracterizan la ansiedad humana, tanto en cuestiones mundiales como en asuntos personales.

Como conclusión, resumiré por lo menos algunos de los temores básicos. Pero primero, quisiera confiar en que he logrado indicar mi reconocimiento de lo evidente, a saber, que la existencia de esferas de poder, de esferas de influencia, jurisdicción y posesión y, sobre todo, de esferas de explotación, son cuestiones que corresponden al proceso social y que no pueden explicarse por sus orígenes en la ansiedad infantil: constituyen la expresión de la realidad histórico-geográfica en la que existimos. El problema a elucidar es el relativo a la medida en que el hombre tiende a proyectar en la necesidad política y económica esos temores, esas aprensiones y urgencias que se originan en el arsenal de la ansiedad infantil.

Y otra aclaración: debemos aprender a distinguir entre temores y ansiedades. Los temores son estados de aprensión centrados en peligros aislados y reconocibles, de modo que resulte posible evaluarlos sensatamente y enfrentarlos con criterio realista. Las ansiedades son estados difusos de tensión (provocados por una pérdida de la regulación mutua y un trastorno consiguiente en los controles libidinales y agresivos) que magnifican un peligro externo e incluso llevan a la ilusión de que existe, sin indicar caminos adecuados de defensa o dominio. Estas dos formas de aprensión evidentemente corren a menudo juntas, y podemos insistir en una estricta separación sólo a los fines de esta argumentación. Si, durante una depresión económica, un hombre tiene miedo de perder su dinero, dicho temor puede estar justificado. Pero si la idea de tener que vivir con ingresos que sólo son diez veces más grandes, en lugar de veinticinco veces, que los de su conciudadano promedio lo lleva a un derrumbe y al suicidio, entonces debemos consultar nuestras fórmulas clínicas. Ellas pueden ayudarnos a descubrir, por ejemplo, por qué la riqueza fue la piedra fundamental de la identidad de ese hombre y también que la depresión económica coincidió con su climaterio. El temor a perder su dinero, entonces, se asoció con la ansiedad provocada por la idea de tener que vivir un rol que no estaba caracterizado por recursos ilimita-

dos, y todo eso en un momento en que el temor a perder su potencia sexual había movilizad una ansiedad infantil que alguna vez estuvo relacionada con la idea de estar paralizado y castrado. En el adulto, por lo tanto, el menoscabo de la capacidad de juicio por otra de la rabia infantil constituye el resultado de un estado de tensión emocional provocado por un corto circuito entre los temores adultos racionales y las ansiedades infantiles asociadas. Ésta es la verdad que se oculta tras la afirmación simple y, no obstante, mágica de Franklin D. Roosevelt, en el sentido de que no tenemos otra cosa que temer que el temor mismo, afirmación que, en nuestro contexto, debe parafrasearse del siguiente modo: nada tenemos que temer salvo la ansiedad. No es el temor a un peligro (que bien podríamos estar en condiciones de enfrentar por medio de una acción sensata), sino el temor al estado asociado de ansiedad difusa que nos lleva a una acción irracional, a una fuga irracional y, de hecho, a una negación irracional del peligro. Cuando nos vemos amenazados por tal ansiedad, magnificamos un peligro que no tenemos motivos para temer excesivamente, o bien ignoramos un peligro que tenemos todos los motivos del mundo para temer. Poder tomar conciencia del temor, sin caer en la ansiedad, enseñar a nuestro temor, incluso frente a la ansiedad, a seguir siendo una medida exacta y una advertencia de lo que el hombre debe temer: ésta es una condición necesaria para una actitud sensata. Esto resulta tanto más importante puesto que las instituciones políticas y religiosas, al rivalizar por la lealtad de los seres humanos, han aprendido a explotar pánicos infantiles comunes a toda la humanidad o a sectores particulares de aquélla. Aunque en última instancia redundan en su propio perjuicio, los líderes "astutos", las camarillas y los grupos de presión pueden hacer que la gente vea peligros exagerados, o bien que permanezca ciega a un peligro existente hasta que es demasiado tarde. A ello se debe que incluso hombres esclarecidos y democráticos se vean menoscabados en su capacidad para temer acertadamente y cooperar con sensatez.

Sólo podemos resumir algunas de las ansiedades involucradas y dejar que cada uno (autor y lector por igual) se pregunte en qué forma su propia actividad en la vida puede contribuir a combatir el pánico que arroja una sombra sobre el progreso del hombre.

En la infancia, desde luego, el temor y la ansiedad están tan cerca el uno del otro que resulta imposible distinguirlos, y ello debido a que el niño, con su equipo inmaduro, no puede diferenciar entre peligros internos y externos, reales e imaginarios: aún debe aprender todo esto y, para ello, necesita la guía tranquiliza-

dora del adulto. En la medida en que el niño no puede dejarse convencer por el razonamiento del adulto, y sobre todo cuando percibe, en cambio, el horror y el desconcierto latentes de aquél, se establece un sentimiento de pánico relativo a una vaga catástrofe, que permanece como una potencialidad siempre lista para entrar en acción. Por lo tanto, un niño tiene derecho a desarrollar ansiedad toda vez que experimenta temor, tal como tiene derecho a experimentar temores "infantiles" hasta que la orientación lo ha ayudado, paso a paso, a desarrollar su capacidad de juicio y de dominio. Por tal razón, consideraremos como temores una cantidad de aprensiones del niño, aunque esas mismas aprensiones recibirán el nombre de ansiedades cuando se trata del adulto en el que persisten en marcado contraste con su capacidad para juzgar el peligro y planear su acción frente a él.

En lo que sigue, nos referiremos primariamente a temores infantiles que están relacionados con la experiencia de los organismos en crecimiento. Se observará que tales temores son los precursores de muchas ansiedades irracionales que experimentan los adultos en sus diversas esferas de interés, tales como la conservación de las identidades individuales y la protección de los territorios colectivos.

Los niños muy pequeños se sobresaltan ante una cantidad de cosas, tales como una súbita pérdida de sustentación o un ruido intenso o repentino o un haz de luz. Tales acontecimientos son accidentales y raros, y se logra una rápida adaptación a ellos, a menos que el niño haya aprendido a *temer lo súbito* en los cambios que se producen a su alrededor. Desde ese momento resulta difícil decir cuánto teme la repetición de un hecho particular, o lo súbito como tal, y cuándo reacciona con ansiedad ante la ineptitud o la tensión del adulto que se expresa a través de un carácter súbito recurrente. El temor "instintivo" a cosas objetivas tales como la pérdida de sustentación o el ruido se convierte así fácilmente en ansiedad social relacionada con la pérdida repentina del cuidado atento.

La inevitable imposición al niño de controles exteriores que no están en suficiente acuerdo con su control interior en ese momento, tiende a producir en él un ciclo de rabia y ansiedad. Ello deja un residuo de *intolerancia a ser manipulado* más allá del punto en el que el control exterior puede experimentarse como autocontrol. Con esto se relaciona una *intolerancia a ser interrumpido* en un acto vital, o al hecho de que no se le permita concluir un acto en una forma idiosincrática importante. Todas estas ansiedades llevan a una obstinación impulsiva o, por contraste, a una exagerada autocoerción a través de la estereotipia y de la repetición

solitaria. Encontramos aquí los orígenes de la compulsión y la obsesión, y de la necesidad concomitante de un manejo y una coerción vengativos con respecto a otros.

La intolerancia frente a la imposibilidad de completar experiencias tiene su contraparte en el *temor a verse empobrecido* en un modo orgánico particular. En el nivel oral, hay algo así como un temor a quedar vacío (de alimentos) y a verse privado de estimulación (sensorial y sensual). Estos temores se hacen más tarde intercambiables, de modo que la búsqueda de excitación y el temor a la inanición pueden caracterizar a personas que han contado con alimento más que suficiente, pero no con bastante intimidad sensual.

La ansiedad provocada por el *temor a perder la autonomía*, en su forma intestinal, se refiere al posible vaciamiento y el saqueo del propio interior por obra de individuos hostiles y de saboteadores internos que pueden obligar a los intestinos a liberar su contenido en contra del propio deseo soberano. En concordancia con el aspecto ambivalente de esta etapa, el temor alternativo se referiría al *peligro de estar herméticamente cerrado*, de verse obligado a contener los intestinos abultados, de no tener una "vía de salida".

En el área muscular también hay una doble intolerancia: la ansiedad provocada por la *sensación de estar restringido* y de verse llevado al punto de la impotencia muscular, tiene su contraparte en la sensación de no estar restringido en absoluto, de *perder las ligaduras exteriores* y los límites, y con ellos la orientación necesaria para la definición de la propia autonomía. La alianza del sadismo anal y el muscular parece promover el temor a *ser atacado desde atrás*, de verse oprimido y sujetado, o bien violado rectalmente, tal como aparentemente ocurre con los animales.

La posibilidad de mantenerse de pie tiene muchas connotaciones de orgullo y aislamiento, de deseo de ser admirado y de *temor a quedar expuesto* a una inspección devastadora y, desde luego, también a *caer*.

En el centro de los temores fálico-locomotores del niño acecha el miedo a la "castración", a quedar *privado de un arma intrusiva*. Las pruebas clínicas de la existencia estratégica de un temor con respecto a ese órgano sensible, el pene, que tan desafiantemente "asoma la cabeza", son abrumadoras. En términos más generales, hay un *temor a permanecer pequeño*, sea en el tamaño total o en el genital, a que no le hayan proporcionado a uno "los elementos necesarios".

En el aspecto ambulatorio, hay un *temor a quedar inmovilizado* y aprisionado y, no obstante, también un *temor a no ser guiado*, a que las líneas limítrofes no estén definidas de tal modo que uno

pueda luchar y afirmar la propia iniciativa. Aquí radica el origen infantil de la necesidad (en el hombre) de tener un enemigo, de modo que pueda armarse y luchar contra un adversario concreto y liberarse así de la sociedad constante relativa a enemigos desconocidos que, en momentos inesperados, pueden encontrarlo desarraigado y desprotegido.

El temor a permanecer vacío (oral) o a ser vaciado (anal) tiene una cualidad especial en las niñas, ya que la imagen corporal de la niña (incluso antes de que "conozca" su anatomía interna) incluye un interior valioso, un interior del que depende su realización como organismo, como persona y como portadora de un rol. Este *temor a quedar vacía* y, en términos más simples, a *quedar abandonada*, parece constituir el temor femenino más básico, que se extiende a lo largo de toda la existencia de una mujer. Se intensifica normalmente con cada menstruación e impone su último tributo durante la menopausia. No es de extrañar, entonces, que la ansiedad provocada por tales temores pueda expresarse a través de un sometimiento total al pensamiento masculino, de una desesperada competencia con él o de esfuerzos por atrapar al varón y convertirlo en una posesión.

Aquí debo señalar en particular una de las consecuencias más paradójicas y de más largo alcance del temor femenino a quedar abandonada. A menos que sus hombres las dejen de lado y las abandonen en pos de actividades periódicas de competencia, conquista y guerra, las mujeres tienden a abstenerse de poner en duda el valor de tales actividades que, una y otra vez, llevan a la desorganización del hogar y a la matanza de los hijos. Fingen creer realmente en la guerra y en el magnífico equipo de que está dotado el hombre, cuando en realidad sólo han aprendido a aceptar como inevitable una excitación marcial que está esencialmente más allá de su comprensión. Quizás sea imposible terminar con las guerras hasta que las mujeres, en nombre de una supervivencia valiosa, se atrean a reconocer y a fomentar el poder aún no desarrollado de la resistencia pasiva. Pero aquí las mujeres deben aprender primero a comprender su temor a quedar abandonadas, y su renuencia a poner sensatamente en duda el cultivo que el hombre hace de la guerra por la guerra misma.

En algún momento, desde luego, la niña aprende a odiar a aquél que tan cómodamente "tiene lo que hace falta", y que puede llevarlo siempre consigo. A través de una "proyección", demasiado complicada para una breve descripción, el odio de la niña intensifica su *temor a la violación*, que lleva a una ansiedad que se confunde fácilmente con los diversos temores pregenitales de ser devorada, despojada y vaciada. Los hombres, a su vez, hacen am-

plio uso de tal ansiedad cuando necesitan el consentimiento de las mujeres para sus fantasías marciales y sus provocaciones agresivas: siempre hay una mujer, un país, un principio, simbolizados como una mujer sobrehumana, que es necesario proteger contra la captura y la violación.

Éstos son, entonces, algunos de los temores, las intolerancias y las ansiedades básicas resultantes que surgen del mero hecho de que la vida humana comienza con una infancia lenta y prolongada y la sexualidad, ligada a las figuras de los progenitores. Los temores basados en la estructura y el desarrollo del organismo se acentúan aquí porque son los temas del temor más tempranos, los más difundidos y los menos conscientes. Un resumen completo atribuiría igual importancia al desconcierto del pequeño ser frente a esas tensiones y rabias imprevisibles que periódicamente parecen abrumar a los adultos que lo rodean. Hacia fines de la infancia y comienzos de la adolescencia, desde luego, tales temores se convierten en parte integral de las relaciones interpersonales ("complejo de Edipo", "rivalidad entre hermanos") que se refieren a rivales más grandes y más pequeños y a sus exigencias conflictuales, pues el rival más grande reclama un derecho de propiedad basado en el hecho de haber llegado primero y ser más fuerte, y el rival más pequeño reclama un derecho igual sobre la base de haber llegado en último término y de ser el más débil, contradicciones que no resulta fácil reconciliar en los sistemas de educación infantil o en los sistemas políticos.

Llegamos a la conclusión de que sólo un sentimiento gradualmente creciente de identidad, basado en la experiencia de salud social y solidaridad cultural al final de cada crisis importante de la infancia, promete ese equilibrio periódico en la vida humana que, en la integración de las etapas yoicas, contribuye a establecer un sentimiento de humanidad. Pero toda vez que dicho sentimiento se pierde, toda vez que la integridad cede ante la desesperación y el rechazo, toda vez que la generatividad cede el paso al estancamiento, la intimidad al aislamiento, y la identidad a la confusión, es probable que toda una serie de temores infantiles asociados se movilice: pues sólo una identidad firmemente anclada en el "patrimonio" de una identidad cultural puede producir un equilibrio psicosocial eficaz<sup>91</sup>.

<sup>91</sup> El concepto de identidad del yo puede interpretarse erróneamente en dos sentidos. Se puede sospechar que toda identidad es conformista, que un sentimiento de identidad se logra fundamentalmente a través del sometimiento total del individuo a roles sociales dados y a través de su adaptación incondicional a las exigencias del cambio social. Es verdad que ningún yo puede desarrollarse fuera de los procesos sociales que ofre-

En la última parte de este libro ilustré algunos de los problemas que hoy día debe enfrentar la juventud del mundo. La revolución industrial, la comunicación mundial, la estandarización, la centralización y la mecanización amenazan las identidades que el hombre ha heredado de las culturas primitiva, agraria, feudal y patricia. El equilibrio interior que esas culturas puedan haber ofrecido corre ahora peligro en una escala gigantesca. Puesto que el temor a la pérdida de la identidad domina gran parte de nuestra motivación irracional, recurre a todo el arsenal de ansiedad que queda en cada individuo por el mero hecho de su infancia. En esta emergencia, millares de individuos están dispuestos a buscar la salvación en pseudoidentidades.

He indicado sólo a través de unas pocas sugerencias que las ansiedades bosquejadas persisten en la vida adulta, y no sólo bajo la forma de ansiedad neurótica que, al fin de cuentas, puede reconocerse como tal, mantenerse dentro de ciertos límites en la mayor parte de los casos y, en otros, curarse. Más terrible resulta el hecho de que reaparecen bajo la forma de pánicos colectivos y tribulaciones de la mente colectiva. Las ansiedades señaladas en las páginas precedentes podrían sacarse de su contexto en la infancia y servir como encabezamientos para un tratado sobre pánicos grupales y su explotación por la propaganda.

Esta es, pues, una de nuestras tareas: perfeccionar métodos que, en situaciones determinadas, faciliten la elucidación de los prejuicios, las aprensiones y la insensatez que emanan de la rabia infantil y de las defensas del adulto contra su ansiedad infantil latente.

Suponiendo que nuestra experiencia clínica nos haya llevado a percibir conexiones significativas en la relación entre las ansiedades de la infancia y los trastornos de la sociedad, ¿qué tipo de comprensión es ésta y qué clase de poder nos ofrece? ¿Acaso la

con prototipos y roles factibles. Con todo, el individuo sano y fuerte adapta esos roles a los ulteriores procesos de su yo, contribuyendo así a mantener vivo el proceso social.

El segundo malentendido se refiere a aquellos individuos que se dedican al estudio y a la búsqueda solitaria de integridad humana y que, al hacerlo, parecen vivir al margen y por encima del grupo del que han surgido. ¿Están por encima de toda identidad? En su desarrollo, tales individuos no fueron en modo alguno independientes de la identidad de su grupo que, de hecho, pueden haber absorbido hasta el punto de superarla. Tampoco están libres de una nueva identidad común, aunque pueden compartirla sólo con unos pocos hombres que quizás no vivan en la misma época (me refiero aquí a Gandhi, y su relación tanto con la India como con Jesús de Nazaret).

utilización de este conocimiento nos ayudará a crear sistemas sintéticos de educación infantil que permitan fabricar la clase deseada de personalidad en nuestros niños? ¿Puede ayudarnos a percibir las debilidades infantiles de nuestros enemigos, de modo que podamos derrotarlos? Y, en el caso de abrigar tales esperanzas, ¿seguiría siendo la comprensión así aplicada una comprensión?

Nuestro conocimiento de tales problemas se basa en el estudio de la ansiedad y, por lo tanto, destaca principalmente las formas en que aquélla se produce y se explota. Como ya se señaló en el primer capítulo, podemos utilizar el análisis para volver retroactivamente plausible el origen de la ansiedad individual, pero sólo hemos comenzado a estudiar la combinación de elementos que, en un caso dado, habría traído apareada una variación interesante del funcionamiento humano en lugar de una desviación neurótica con respecto a aquél. Hemos estudiado variaciones en menor medida que desviaciones, y ello porque las variaciones se arreglan muy bien sin nosotros.

En los círculos psicoanalíticos, hemos sido testigos de una pequeña historia privada de sistemas tentativos de educación infantil dedicados a la permisividad instintiva o la evitación de ansiedad en nuestros niños. Sabemos que más de una vez, el resultado sólo ha sido un nuevo sistema de supersticiones "científicas". Comparando obsesivamente las variaciones de las diversas infancias con las desviaciones encontradas en los recuerdos infantiles de los pacientes adultos, algunos de nosotros hemos empujado inadvertidamente a nuestros niños a una identificación con nuestros pacientes. Por lo menos, el hijo de un psiquiatra lo expresó hace poco en términos bien claros: cuando se le preguntó a este niño cuidadoso y consideradamente criado en qué querría convertirse cuando fuera grande y fuerte, respondió: "En un paciente". Quería decir, desde luego, que deseaba ser el tipo de persona que pudiera constituir para su padre un motivo de interés tan absorbente. Puesto que pudo expresarlo, quizás no necesite hacerlo, y sus padres pueden aprender de él a tiempo. Pero tales experiencias deberían enseñarnos que no resulta fácil construir mediante una mera síntesis científica un sistema infalible que conduzca a nuestros niños en la dirección deseada y evite la indeseable. Evidentemente, lo bueno sólo puede surgir de una interacción continuada entre lo que, como estudiosos, vamos aprendiendo gradualmente y aquéllo en que, como personas, creemos.

Ello no es fácil. Cuando los hombres se concentran en un área aún inexplorada de la existencia humana, transforman esa área en el universo y cosifican su centro como la realidad básica. Así,

como señalé al referirme a la teoría de la sexualidad infantil, el "ello" fue cosificado en el psicoanálisis, y los instintos se convirtieron en el universo, a pesar de que Freud se refirió soberanamente a ellos como su "mitología". Sabía que cuando el hombre construye teorías organiza su imagen del mundo a fin de integrar lo que conoce con lo que necesita, y que hace de todo ello, pues debe vivir al mismo tiempo que estudia, un modelo para la vida. ¿Podrá evitar hacer lo mismo con el yo? Se trata de un principio central de organización<sup>92</sup> en la experiencia y la acción del hombre, que debe entenderse como tal, pero sin cosificarlo. La comprensión del hombre siempre debe apartarse de lo que ha discernido. El hombre vive en una identidad fuerte, así como de un cuerpo sano y sensual y una mente discriminativa y curiosa, pero no ha comprendido la fuerza o las ilusiones que proceden de aquéllos si permite que alguno de ellos domine su vida o su pensamiento.

También en lo relativo a los procesos sociales comenzamos a saber algo sobre el lugar de la ansiedad, la superstición y la propaganda inescrupulosa en los descontentos colectivos, los cataclismos sociales y las transformaciones. Pero no sabemos con igual certeza en qué forma una idea nueva logra de pronto lo aparentemente imposible y crea o mantiene una variación de la civilización en medio de un caos aparente de contradicciones desviadas.

La situación aquí se parece bastante a la que existe en el campo de la investigación atómica. Los físicos, bajo la presión de un peligro para nuestra civilización, se han esforzado por perfeccionar una obra de la más alta significación teórica y del más largo alcance práctico. El público en general se inclina a aceptar como algo dado un arma inconcebible, dejando que los científicos se encarguen de encontrar armas defensivas iguales al poder ofensivo que han creado, y confiando, para todo lo demás, en las viejas tradiciones de la diplomacia tradicional. Los científicos se han organizado para esclarecer al público, pero ellos mismos no pueden crear y gobernar una nueva organización internacional que baste por sí sola para hacer frente al peligro que tan bien conocen. Construir un superciclótron es una cosa; construir una organización supranacional es algo muy distinto. Los científicos tienen a su disposición sólo la voz del esclarecimiento, confianza en la humanidad y su propia ética científica. La situación no es fácil para ellos porque, cualesquiera sean sus lealtades declaradas y sus compromisos inalterables, hay un punto en que el *ethos* científico y las carreras armamentistas no pueden convivir en una misma

<sup>92</sup> Y sólo en este sentido es "el núcleo del individuo", como lo denominé en la primera página de la Primera Edición. (E. H. E.)

identidad, y, al verse obligadas a fusionarse, ponen en peligro el espíritu mismo de la investigación.

También en nuestro campo conocemos parte del problema, pero no todo. Hemos visto pruebas espectaculares del hecho de que las concepciones psicoanalíticas sirven para aclarar la dinámica inconsciente. Hemos estudiado curas convincentes y fracasos notables. Hemos ofrecido clarificaciones sorprendentes en el campo de las fuerzas motivacionales y nos acercamos firmemente al estudio de la sociedad. Con todo, las emergencias nos obligan a ofrecer nuestro criterio con respecto a los hechos sociales e internacionales. Algunos de nosotros respondemos analizando los problemas de la organización social como situaciones clínicas. Otros depositan su fe en lo que se llama trabajo interdisciplinario en equipo, una suerte de cooperación entre un cojo y un ciego, en la que un científico social, con muy poca visión psicológica, lleva sobre su espalda a un psicólogo que aún no ha aprendido a moverse con facilidad entre los acontecimientos públicos de este mundo, a fin de que entre los dos puedan ir tanteando su camino a través de la historia contemporánea. Pero creo que nuestro trabajo debe contribuir en forma más significativa a un nuevo tipo de hombre, cuya visión esté a la altura de su capacidad locomotora, y su acción, a la de su pensamiento sin ataduras. Sólo en la medida en que nuestra manera clínica de trabajar se convierte en parte de una forma sensata de vida podemos contribuir a contrarrestar y reintegrar las fuerzas destructivas que la división en la conciencia arcaica del hombre moderno pone en libertad.

La sensatez en su sentido más amplio es una actitud que tolera las diferencias, se muestra cautelosa y metódica en la evaluación, justa en el juicio, circunspecta en la acción y, a pesar de su aparente relativismo, capaz de fe y de indignación. Lo opuesto es el prejuicio, una actitud caracterizada por valores prejuizados y divisiones dogmáticas; aquí todo parece estar claramente delineado y departamentalizado, y esto por "naturaleza", debido a lo cual debe permanecer para siempre tal como ha sido. Al confiar así en nociones preconcebidas, la actitud prejuiciada crea una rigidez que puede volverse muy molesta; pero tiene la ventaja de permitir la proyección de todo lo que parece extraño a uno mismo en un vago exterior enemigo, mecanismo que contribuye a una cierta estabilidad y estandarización limitada, hasta que una catástrofe pone en peligro toda esa frágil estructura de preconceptos<sup>93</sup>. La

<sup>93</sup> Véase el trabajo de T. W. Adorno, Else Frenkel-Brunswick, Daniel J. Levinson y R. Nevitt Sanford, *The Authoritarian Personality*, Harper & Brothers, Nueva York, 1950.

actitud sensata, a su vez, permite una mayor flexibilidad y variabilidad, pero también pone en peligro al individuo desequilibrado y neurótico que decide asumirla. Cuando abandona todo prejuicio, también renuncia al mecanismo de proyección: su peligro es entonces la introspección y la "introyección", una excesiva preocupación por el mal en sí mismo. Cabría decir que se vuelve prejuiciado contra sí mismo. Los hombres de buena voluntad deben tolerar esto en cierta medida. Los hombres de buena voluntad deben aprender a temer adecuadamente y a enfrentar sensatamente la ansiedad despertada por el hecho de renunciar al prejuicio. El esclarecimiento ha establecido los cimientos; las nuevas formas de comunicación deben contribuir a cementarlos y la sociedad debe proporcionar la estructura.

El conocimiento clínico, entonces, como cualquier otro conocimiento, no es más que una herramienta en las manos de una fe o un arma al servicio de una superstición. En lugar de llegar a la conclusión de que algunos elementos particulares de la educación infantil y los detalles relativos a su dosis y momentos de aplicación hacen y deshacen a los hombres, y de que, por lo tanto, debemos actuar con circunspección consciente y trazar planes detallados, es necesario aceptar una alternativa. Podemos considerar que las relaciones entre la ansiedad infantil y la destructividad adulta existen en las formas demostradas en este libro primariamente porque sirven a sistemas de superstición y explotación. Podría muy bien ser que, dentro de ciertas limitaciones que determinan lo que un organismo puede integrar y un yo sintetizar, los detalles se vuelven decisivos sólo cuando los adultos supersticiosos asocian a ellos preconceptos y aprensiones: en cuyo caso lo decisivo es determinar si esos adultos y sus hijos viven en un sistema que equilibra sus supersticiones o si éstas constituyen retardos y regresiones fragmentarios e individualizados, en marcado contraste con los hechos conocidos, los métodos conscientes y las aspiraciones formuladas.

Nuestros esfuerzos concertados, por lo tanto, deben dedicarse al abandono de la superstición inconsciente en el manejo de los niños y a la reducción del prejuicio político y económico, que niega a la juventud un sentimiento de identidad. Con todo, a tal fin resulta necesario comprender el hecho básico de que la infancia humana proporciona una base muy fundamental para la explotación humana. La polaridad Grande-Pequeño es la primera en el inventario de oposiciones existenciales tales como Hombre y Mujer<sup>94</sup>, Gobernante y Gobernado, Poseedor y Poseído, Piel Blanca

<sup>94</sup> Margaret Mead hace un amplio análisis de este tema en *Male and Female*, William Morrow and Co., Nueva York, 1949.

y Piel Oscura, con respecto a las cuales hoy día se libran luchas emancipatorias tanto política como psicológicamente. La meta de tales luchas es el reconocimiento de la función diversa de participantes que son iguales no porque sean esencialmente similares, sino porque en su misma singularidad son esenciales para una función común.

Aquí debemos aclarar, por lo menos en lo que respecta a su interpretación simplificada, la formulación que resumía el primer impacto del esclarecimiento psicoanalítico en este país, a saber, que la frustración lleva a la agresión. El hombre que está al servicio de una fe puede soportar una frustración significativa. Antes bien, deberíamos decir que la explotación lleva a la rabia infructífera, siendo la explotación el contexto social total que da a una frustración específica su poder devastador. La explotación existe cuando una de las partes involucradas hace uso erróneo de una función dividida, en tal forma que, a los fines de su pseudo engrandecimiento, priva al otro participante de todo sentimiento de identidad que haya alcanzado, de toda integridad a la que se haya aproximado. La pérdida de mutuality que caracteriza tal explotación destruye eventualmente la función común y al explotador mismo.

En nuestro país, probablemente más que en ninguna otra nación grande, el niño coparticipa con el adulto. Atesoramos como una promesa de cosas por venir la simple observación diaria de que toda vez que en un hogar prevalece un espíritu de coparticipación y toda vez que la infancia constituye un *status* por sí misma, el resultado es un sentimiento de identidad, conciencia fraternal y tolerancia. También sabemos que la inhumanidad de la colosal organización maquinista pone en peligro esas mismas adquisiciones de lo que es tan específicamente norteamericano. Los norteamericanos responsables conocen el peligro proveniente de una "guerra total" y de su facsímil en tiempos de paz. Pero no es sólo la superorganización lo que hoy día vuelve relativos los valores culturales. La rápida difusión de la comunicación y el conocimiento cada vez mayor de la relatividad cultural pone en peligro a individuos que se encuentran en una posición marginal, individuos que están traumáticamente expuestos al incremento numérico, la mayor proximidad o el mayor poder de los "otros". Entre tales individuos, la tendencia a la tolerancia alcanza un punto en que deja de rendir beneficios: provoca ansiedad. Del mismo modo, la tendencia a la sensatez no es en modo alguno tan inmediatamente conducente a la paz cívica o, si a eso vamos, a la salud mental, como la nueva campaña norteamericana pro "Higiene Mental" quisiera hacernos creer: pues la evaluación tole-

rante de las otras identidades pone en peligro la propia. El superyó, que fue durante tanto tiempo el sostén de la moral, hará que la verdadera tolerancia sea peligrosa hasta que la identidad de la sensatez se vuelva pertinente e ineludible. Tal sensatez es, en esencia, un problema de moral personal y cívica; todo lo que la psicología puede hacer es contribuir a una mayor tolerancia de la ansiedad, y al reconocimiento concomitante de la tendencia disimulada a la coerción y la explotación.

Aquí la psicología enfrenta su crisis humanista pues, en muchos sentidos, desempeña el papel de manipulador de la voluntad humana. Citamos a William Blake en el sentido de considerar los juguetes del niño y las razones del anciano como los "frutos de las dos estaciones". Supusimos que intentaba así reconocer la dignidad del juego infantil; pero quizás quiso también señalar un infantilismo latente en la razón madura. Pues en el uso de la razón radica la tentación eterna de hacer con los datos humanos, en el experimento y la argumentación, lo que el niño hace con ellos en el juego: a saber, reducirlos a un tamaño y un orden en el que parecen manejables. Así, los datos humanos se tratan como si el ser humano fuera un animal, una máquina o un dato estadístico. Es posible derivar un enorme sentimiento ingenuo de poder del hecho de que, cuando se lo encara adecuadamente, el ser humano es hasta cierto punto todas estas cosas y, bajo ciertas condiciones, puede reducirse a nada más que sus facsimiles. Pero el intento de volver de sí mismo no puede llevar a una psicología esencialmente humana.

Frente a una explotación del denominador común más bajo en los hombres, la alternativa consiste en apelar deliberadamente a su inteligencia latente, y en el cultivo sistemático de nuevas formas de comunicación grupal. En este sentido, sin embargo, el analista sólo puede aconsejar en la medida en que ha comprendido, además de los orígenes infantiles de las ansiedades adultas, cuales son las salvaguardias sociales y políticas de la fuerza y la libertad del individuo.

Sugerí que al leer esta conclusión el lector reflexionara sobre su propia área de actividad. Concluiré con dos ejemplos tomados de la mía.

Hace algunos años tuve una de las experiencias más alentadoras de mi vida profesional cuando escuché a un pequeño grupo de médicos pioneros hablar sobre el desarrollo de la técnica del parto "natural" (reintroducida en nuestra cultura occidental mecanizada por el doctor Grantly D. Read). Hoy día, los hechos ya son

bien conocidos. En los términos utilizados aquí, diríamos que el objetivo es el parto sin ansiedad. La futura madre experimentará algún temor porque sabe que el dolor es inevitable, pero el hecho de que ha aprendido, mediante el ejercicio y la instrucción, a conocer la ubicación y la función de las contracciones que provocan el dolor, y el hecho de que espera, en el momento más agudo del dolor, tener el privilegio de decidir conscientemente si ha de recurrir al alivio de las drogas o no, esta situación en la que puede ejercer su capacidad de juicio le impide desarrollar el estado de ansiedad que en el pasado reciente era provocado por la ignorancia y la superstición y que, las más de las veces, constituía la verdadera causa del dolor excesivo. Así, la madre puede, si lo desea, observar en un espejo la llegada de su hijo a este mundo: nadie lo ve antes que ella y nadie tiene que decirle cuál es su sexo. Conoce desde hace meses a la partera. Ambas participan en una misma tarea y no hay actitud condescendiente por parte de las enfermeras. Existe una serie de ventajas fisiológicas sorprendentes, tanto para la madre como para el niño, debido a la ausencia de amnesia artificial durante este proceso tan natural. Pero hay más aún: el impacto emocional de esta experiencia única y de la reacción plena frente al primer llanto del niño, según todas las madres están de acuerdo en afirmar, despierta en ellas un sentimiento general de mutualidad. Con la innovación adicional del *rooming-in*, el niño permanece lo bastante cerca como para que la madre lo oiga, lo toque, lo observe, lo sostenga y lo alimente, y tenga así la oportunidad de observar y aprender a conocer la idiosincrasia de su hijo.

En las primeras épocas de este nuevo método resultaba algo desconcertante oír que los médicos se referían a su tarea de preparar a las madres como el período de "adoctrinamiento" y que explicaban el éxito final del procedimiento como resultado de la "transferencia paterna" que la madre hacía en la persona del obstetra. A tal punto habíamos olvidado, en esta etapa de emancipación femenina, que el parto es el "trabajo" y el logro de una mujer; hasta tal punto el experto había desarrollado la ilusión de que él debía enseñar e inspirar la vida, cuando en realidad todo lo que se necesitaba era terminar con las supersticiones que él y sus maestros habían contribuido a crear, y limitar su intervención técnica a la tarea de proteger a la madre y al niño contra riesgos y accidentes. Pero estos hombres, cualquiera fuera el nombre que le dieran, se lanzaron al experimento, y mujeres de todos los sectores de la vida se enteraron, con una "naturalidad" algo sorprendente, de qué se trataba. Sus hijas lo conocerán con una actitud aún más natural.

Tales ejemplos podrían señalar el comienzo de una nueva era. Desde luego, el parto natural no es una verdadera innovación, pero su reintroducción representa una mezcla sensata de métodos eternamente naturales y progresivamente técnicos. Del mismo modo, toda la formidable multitud de preocupaciones y supersticiones consideradas en este libro podrían encararse, en forma gradual, con una actitud más sensata, sobre todo si la instrucción grupal impartida por expertos y el esclarecimiento mutuo de los padres a través de conversaciones en grupo llega a incluir todas las fases de la función de progenitores, pues creo firmemente que las nuevas técnicas de discusión que hoy se están desarrollando —tanto en la industria como en la educación— tienen buenas perspectivas de llegar a reemplazar la tranquilizadora seguridad que en alguna época sólo emanaba de una continuidad de la tradición.

El parto "natural" no es un retorno al primitivismo. Durante algún tiempo seguirá siendo el tipo más costoso de parto, si consideramos la inversión de tiempo y atención que debe agregarse al equipo técnico moderno. Confiemos, entonces, en que nuestra sociedad no recriminará a sus nuevos ciudadanos por esta inversión en tiempo y dinero, y en que contribuirá a demostrarles que valió la pena ingresar a este mundo menos drogados y más dispuestos a abrir los ojos.

En este libro he intentado demostrar el origen, en la práctica y la teoría psicoanalíticas, de *insights* concernientes a la prolongada desigualdad del niño y el adulto como uno de los hechos de la existencia que permiten la explotabilidad, así como al virtuosismo técnico y cultural, en la vida humana. Tengo dolora conciencia del hecho de que, a los fines de esta demostración, he explotado mi experiencia clínica sin transmitir la naturaleza del proceso psicoanalítico mismo como una nueva forma de participación sensata en otra desigualdad básica, la del que cura y la del que está enfermo. Aquí, uno recuerda con gratitud el paso moral que dio Freud cuando repudió la hipnosis y la sugestión, una decisión que se racionaliza con excesiva facilidad atribuyéndola a motivos de eficacia terapéutica. Cuando Freud decidió que debía lograr que el yo consciente del paciente enfrentara sus ansiedades y sus resistencias, y que la única manera de curar la ansiedad consistía en lograr su transferencia a la relación médico-paciente, exigió tanto a sus pacientes como a sus médicos que dieran un paso en la evolución de la conciencia. Es verdad que Freud reemplazó el diván hipnótico por el diván analítico, exponiendo así la voluntad desinhibida y la regresión infantil inevitable del paciente a cierta

explotación sádica y caprichosa. Pero la idea moral se puso claramente de manifiesto: la "situación clásica" sólo constituía un medio para un fin, a saber, una relación humana en la que el observador que ha aprendido a observarse a sí mismo, enseña al individuo observado a volverse autoobservador. En sus últimos días, Freud debe haber tomado clara conciencia de las fragilidades que aparecían en muchos de los que tratábamos de vivir a la altura de esa idea revolucionaria: es una idea difícil de sustentar y con la que no resulta fácil convivir en una época de identidades perturbadas; una idea difícil de organizar de acuerdo con la costumbre profesional y difícil de encajar en un sistema de remuneración. Por lo tanto, es sólo con humildad que podemos especificar qué tipo de relación humana sugieren las innovaciones técnicas de Freud. ¿Cuáles son las dimensiones de la tarea del psicoanalista?

La primera dimensión se extiende a lo largo del eje *curación-investigación*. En el acto mismo de curar, el psicoterapeuta tiene a su disposición un "experimento" modelo que permite un enfoque de los problemas humanos al tiempo que el ser humano se mantiene vivo y plenamente motivado para la participación. Es verdad que un ser humano puede prestar partes de sí mismo (visión, audición, memoria, etc.), como si fueran funciones aisladas, a los experimentos; y un experimentador puede colocar a un ser humano en una situación experimental como si aquél fuera un animal lleno de conflictos o un robot, y el experimentador, un observador objetivo. Pero sólo en la situación clínica, el conflicto motivacional pleno de un ser humano se convierte en parte de una situación interpersonal en la que la observación y la autoobservación devienen expresiones contemporáneas de una mutualidad de motivación, de una división del trabajo, de una investigación común. La participación franca y autoobservadora del observador en esa tarea caracteriza la segunda dimensión: *objetividad-participación*. Para ser objetivo, el clínico debe poseer conocimiento, pero debe saber cómo mantener ese conocimiento en suspenso, puesto que cada caso, cada problema, es nuevo, no sólo porque cada hecho es individual y cada individuo es un conglomerado distinto de hechos, sino porque tanto él como su paciente están sometidos al cambio histórico. Las neurosis cambian, y lo mismo ocurre con las implicaciones más amplias de la terapia. Por lo tanto, el conocimiento del clínico nunca debe volver a ceder el paso al experimento interpersonal; las impresiones frescas deben reagruparse permanentemente según sus denominadores comunes en configuraciones, y estas últimas, por último, deben ser transformadas en modelos conceptuales sugestivos. La tercera dimensión del trabajo clínico, por lo tanto, se extiende a lo largo del eje *conocimiento-imagina-*

ción. Al utilizar una combinación de ambos, el clínico aplica *insights* seleccionados a enfoques más estrictamente experimentales.

Por último, consideraría que la *tolerancia-indignación* también es una dimensión en la tarea del psicoterapeuta. Mucho se ha dicho y se dice sobre la indiferencia moral del terapeuta con respecto a la multitud de pacientes que le traen variedades de conflictos y soluciones: naturalmente, debe permitir que encuentren su propio estilo de integridad. Pero el analista ha ido aún más lejos. En analogía con cierta ave, ha tratado de fingir que sus valores permanecían ocultos porque su posición clásica junto al "diván psicoanalítico" lo excluía del campo visual del paciente. Hoy sabemos que la comunicación no constituye en esencia una cuestión verbal: las palabras son sólo las herramientas de los significados. En un mundo más esclarecido y bajo condiciones históricas mucho más complicadas, el analista debe enfrentar una vez más todo el problema de la participación discriminada que expresa el espíritu de la tarea analítica en forma más creadora que la tolerancia apática o la guía autocrática. Las diversas identidades del analista —identidades basadas en controversias talmúdicas, en el celo mesiánico, en la ortodoxia punitiva, en el sensacionalismo de moda, en la ambición profesional y social— todas esas identidades y sus orígenes culturales deben ahora formar parte del análisis del analista, a fin de que éste pueda descartar los rituales arcaicos de control y aprender a identificarse con el valor perdurable de su tarea de esclarecimiento. Sólo así puede liberar en sí mismo y en el paciente aquellos restos de indignación discriminatoria sin la cual una curación es sólo una brizna de paja llevada por el viento cambiante de la historia.

La "situación psicoanalítica" es una contribución occidental y moderna a los permanentes intentos del hombre de alcanzar una introspección sistemática. Comenzó como un método psicoterapéutico y ha llevado a una amplia teoría psicológica. He acentuado como conclusión las posibles implicaciones de la teoría y la práctica para una orientación discriminatoria de las perspectivas y los peligros ilimitados de nuestro futuro tecnológico.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

ERIK H. ERIKSON

### ETICA Y PSICOANALISIS

Este libro se ocupa de las implicaciones éticas de la comprensión psicoanalítica y de las responsabilidades que cada generación de hombres tiene con las siguientes. Con la misma claridad y originalidad que campea en *Infancia y sociedad*, Erikson explica aquí los conceptos que lo han guiado como analista, maestro e investigador. Reexamina el enfoque freudiano originario y la naturaleza de la evidencia clínica. Trata las perturbaciones del yo a la luz de los conflictos internos y el desarraigo.

Basándose en su estudio de los ciclos de la vida humanos, examina las fuerzas básicas y las debilidades que se transmiten de generación en generación, para construir así finalmente un puente entre la observación analítica de la realidad y la actualidad histórica. De esta manera, Erikson logra iluminar áreas de extraordinaria importancia para comprender la conducta del hombre. Este libro trasciende, pues, la especialidad, y sus conexiones tocan la actualidad histórica, política, socio-cultural, económica y psicológica del ser humano, brindando de este modo los esbozos de una ciencia "total" del hombre.

ERIK H. ERIKSON

### LOS SUEÑOS DE SIGMUND FREUD INTERPRETADOS

El eminente psicoanalista Erik Erikson interpreta aquí los sueños de Sigmund Freud. Este análisis cumple una doble finalidad: expone la técnica de interpretación de los sueños enriquecida por el enfoque *configuracional* metodizado por Erikson (que amplía lo conocido en la materia y que fue en lo esencial descrito por Freud) y, por otra parte, al tomar como material de interpretación los sueños más famosos de la obra de Freud, Erikson nos introduce en el inconsciente del maestro, en sus contenidos y defensas, en sus conflictos y en el modo de resolverlos.

Por estos dos caminos Erikson nos aproxima a Freud en su dimensión humana y cotidiana; nos introduce en su mundo, y a través de él, en la comprensión de un psicoanálisis enlazado con la realidad.